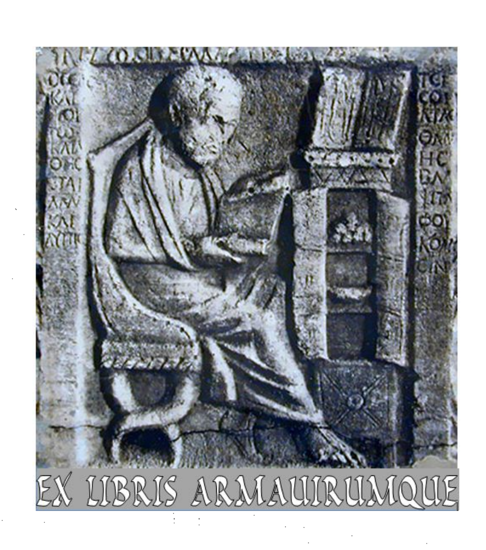

Steven Runciman
Historia de
las Cruzadas II
Alianza
Universidad

Steven
Runciman

Historia de las Cruzadas

2. El Reino de Jerusalén y el Oriente Franco 1100-1187

Versión española de
Germán Bleiberg



Alianza
Editorial

Alianza Universidad

Título original:
A History of the Crusades. Vol.2: The Kingdom of Jerusalem and the Frankish East. 1100-1187

Primera edición en "Alianza Universidad": 1973
Quinta reimpresión en "Alianza Universidad": 2002

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88;
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 84-206-2997-9 (obra completa)
ISBN: 84-206-2160-X (Vol. II)
Depósito legal: M. 12.873-2002
Impreso en Lavel, S. A. Pol Ind. Los Llanos
C/ Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

A Ruth Bovill

INDICE

Libro IV.—Cambian las tornas

Libro V.—El triunfo del Islam

Apéndice

Bibliografía

INDICE DE MAPAS

PREFACIO

En este volumen he intentado narrar la historia de los estados francos de Ultramar, desde que subió al trono el rey Balduino hasta la reconquista de Jerusalén por Saladino. Es una historia que ha sido narrada ya por autores europeos, especialmente por Röhricht, con minuciosidad germánica, y por René Grousset, con elegancia e ingenuidad francesas, y, demasiado brevemente, en inglés, por W. B. Stevenson. He abarcado el mismo campo y utilizado las mismas fuentes principales que estos autores, pero me he aventurado a dar a las pruebas una interpretación que a veces difiere de la de mis predecesores. El relato no puede ser siempre sencillo. Sobre todo, la política del mundo musulmán a principios del siglo XII exige un análisis a fondo, y hay que comprenderla si queremos entender la fundación de los estados cruzados y de las causas posteriores de la recuperación del Islam.

El siglo XII no experimentó ninguna de las grandes migraciones de razas que caracterizaron al siglo XI, y que iban a volver a presentarse en el XIII para hacer más compleja la historia de las últimas Cruzadas y la decadencia y derrumbamiento de Ultramar. En lo esencial, es posible concentrar nuestra principal atención en Ultramar. Pero no podemos perder de vista el trasfondo más amplio de la política europea occidental, las guerras religiosas de los príncipes españoles y sicilianos, la preocupación de Bizancio y el Califato de

Oriente. La predicación de San Bernardo, la llegada de la flota inglesa a Lisboa y las intrigas palaciegas en Constantinopla y Bagdad constituyen episodios del drama, si bien el punto culminante se alcanzó en un calvero de Galilea.

El tema principal de este volumen es la guerra; y al describir las muchas campañas y correrías he seguido el ejemplo de los antiguos cronistas, que sabían su oficio, porque la guerra era el fondo de la vida en Ultramar, y los azares en el campo de batalla decidieron a menudo su destino. Pero he incluido en este volumen un capítulo sobre la vida y organización del Oriente franco. Espero dar una visión de su desarrollo artístico y económico en mi volumen siguiente. Estos dos aspectos del movimiento de las Cruzadas alcanzaron su pleno desarrollo en el siglo XIII.

En el prefacio al volumen primero he mencionado a algunos de los grandes historiadores que me han ayudado con sus obras. Aquí tengo que rendir un tributo especial a la obra de John La Monte, cuya prematura muerte ha sido un golpe cruel para la historiografía de las Cruzadas. Le debemos, más que a todos los demás, el conocimiento especializado del sistema de gobierno en el Oriente franco. También quiero reconocer mi deuda con el profesor Claude Cahen, de Estrasburgo, autor de una extensa monografía sobre la Siria del Norte y de varios artículos que son de suprema importancia para nuestro tema.

Debo expresar mi agradecimiento a los muchos amigos que me han ayudado en mis viajes por Oriente y de manera particular a los Ministerios de Antigüedades de Jordania y del Líbano y a la Iraq Petroleum Company.

Mi gratitud también a los síndicos de Cambridge University Press por su amabilidad y paciencia.

STEVEN RUNCIMAN.

Londres, 1952.

[Las citas de las Escrituras al principio de cada capítulo se han tomado, para la versión española, de la *Sagrada Biblia,* ed. Bover, S. J.-Cantera, B. A. C., 3.ª edición, Madrid, 1953.

Los nombres propios árabes, sirios, armenios, turcos, etc., se han conservado generalmente con la misma grafía utilizada por el autor.—*N. del T.*]

Libro I

LA FUNDACION DEL REINO

Capítulo I

ULTRAMAR Y SUS VECINOS

«Eres devoradora de hombres y has arrebatado sus hijos a tu nación.»

(Ezequiel, 36, 13.)

Cuando los ejércitos francos entraron en Jerusalén, la primera Cruzada alcanzó su meta. Pero si los cristianos querían conservar la Ciudad Santa, y si el camino hacia ella debía facilitarse a los peregrinos, era necesario un gobierno estable, con defensas de confianza y comunicaciones seguras con Europa. Los cruzados que pensaban quedarse en Oriente estaban bien enterados de sus necesidades. El breve reinado del duque Godofredo anunció los comienzos de un reino cristiano. Pero Godofredo, no obstante todas sus estimables cualidades, era un hombre débil y necio. Por envidia disputó con sus colegas; por auténtica piedad cedió demasiado de su poder en favor de la Iglesia. Su muerte y sustitución por su hermano Balduino salvaron el reino naciente. Porque Balduino poseía la sabiduría, la previsión y la tenacidad propias de un político. Pero la tarea que le esperaba era formidable, y tenía pocos auxiliares en los que confiar. Todos los grandes guerreros de la primera Cruzada habían marchado hacia el Norte o regresado a sus patrias. De los protagonistas del movimiento sólo quedó en Palestina el más inoperante, Pedro el Ermitaño, de cuya vida oscura en Tierra Santa nada sabemos, y que volvió a Europa en 1101 [1] Los príncipes se habían llevado

[1] Hagenmeyer, *Pierre l'Hermite*, págs. 330-44. Pedro murió a una edad avanzada en 1115 (*ibid.*, pág. 347).

consigo a sus ejércitos. Balduino, un segundón sin tierras, no trajo a Oriente ningún vasallo de los suyos, sino que había tomado a su servicio a hombres de sus hermanos. Dependía ahora de un puñado de guerreros devotos que, antes de salir de Europa, habían hecho promesa de permanecer en Tierra Santa, y de aventureros, muchos de ellos segundones como Balduino, que esperaban encontrar allí tierras y enriquecerse.

Por la época en que Balduino subió al trono, los francos tenían un dominio precario sobre la mayor parte de Palestina. Su autoridad estaba más consolidada a lo largo de la cordillera de la provincia, desde Belén, en dirección Norte, hasta la llanura de Jezreel. Muchas de las aldeas de esa zona habían sido siempre cristianas, y los musulmanes de aquella región abandonaron, en su mayoría, sus hogares al aparecer los ejércitos francos, huyendo incluso de su ciudad predilecta, Nablus, a la que llamaban la Pequeña Damasco. Esta zona era fácil de defender. Al Este se hallaba protegida por el valle del Jordán. Entre Jericó y Beisan no había ningún vado por el río y una sola senda conducía desde el valle a las montañas. El acceso era casi igual de difícil desde el Oeste. Más al Norte estaba el principado de Galilea, que Tancredo había conquistado para la Cristiandad. Este principado incluía los llanos de Esdraelon y las colinas que van desde Nazaret al lago Huleh. Sus fronteras eran más vulnerables; se entraba fácilmente desde la costa mediterránea, cerca de Acre, y desde el Este por los caminos que pasan al norte y al sur del mar de Galilea. Mas también de aquella zona había emigrado gran parte de la población musulmana, y solamente quedaban cristianos, aparte de unas pocas colonias judías en las ciudades, especialmente en Safed, sede, desde hacía tiempo, de la tradición talmúdica. Pero los judíos, en su mayoría, después de las matanzas de sus hermanos en Jerusalén y Tiberíades y de su lucha contra los cristianos en Haifa, prefirieron seguir a los musulmanes al destierro [2]. La cordillera central y Galilea eran el corazón del reino, aunque sus tentáculos penetraban hacia casi todas las zonas musulmanas de los contornos. El principado de Galilea había obtenido recientemente una salida al mar en Haifa. En el Sur, el Negeb estaba dominado por la guarnición franca de Hebrón. Pero el castillo de San Abraham, como lo llamaban los francos, era poco más que una isla en un océano musulmán [3]. Los francos no tenían ningún dominio sobre los caminos que procedían de Arabia, bordeando la orilla meridional del mar Muerto, y que seguían la antigua ruta de las especias de los bizantinos; por

[2] Para los judíos, véase *infra*, pág. 272.
[3] Véase *supra*, vol. I, págs. 285, 295.

esos caminos los beduinos podían infiltrarse en el Negeb y establecer contacto con las guarniciones egipcias de Gaza y Ascalón, sobre la costa. Jerusalén tenía salida al mar por un pasillo que corría por Ramleh y Lydda a Jaffa; pero el camino no era seguro, excepto para convoyes militares. Grupos algareros de las ciudades egipcias, refugiados musulmanes de las tierras altas y beduinos del desierto recorrían el país y acechaban a los viajeros incautos. El peregrino escandinavo Saewulf, que fue a Jerusalén en 1102, después de que Balduino había reforzado las defensas del reino, quedó horrorizado de los peligros del viaje [4]. Entre Jaffa y Haifa estaban las ciudades musulmanas de Arsuf y Cesarea, cuyos emires se habían declarado vasallos de Godofredo, aunque seguían en contacto por mar con Egipto. Al norte de Haifa, toda la costa estaba en manos musulmanas, a lo largo de unas doscientas millas, hasta las afueras de Laodicea, donde vivía la condesa de Tolosa con el séquito de su esposo, bajo la protección del gobernador bizantino [5].

Palestina era un país pobre. Su prosperidad en la época romana no había sobrevivido a las invasiones persas, y las guerras continuas desde la llegada de los turcos habían interrumpido la parcial recuperación experimentada bajo los califas. El campo estaba mejor arbolado que en tiempos modernos. A pesar de las devastaciones ocasionadas por los persas y la lenta destrucción originada por los campesinos y las cabras, había grandes bosques en Galilea, en la cordillera del Carmelo y alrededor de Samaria, y un pinar junto a la costa, al Sur de Cesarea. Estos bosques proporcionaban alguna humedad al campo que, por su naturaleza, era escaso en agua. Había fértiles campos de cereales en la llanura de Esdraelon. El valle tropical del Jordán producía plátanos y otras frutas exóticas. A pesar de las guerras recientes, la llanura costera, con sus cosechas y sus huertos, donde crecían las hortalizas y la naranja amarga, había sido próspera, y muchas de las aldeas de las montañas estaban rodeadas de olivos y otros árboles frutales. Pero, en su mayor parte, el país era árido y el suelo de poca profundidad y pobre, especialmente en torno a Jerusalén. No existía ninguna gran industria en ninguna de sus ciudades. Incluso cuando el reino llegó a su cenit, sus reyes nunca fueron tan ricos como los condes de Trípoli o los príncipes de Antioquía [6]. La fuente principal de riqueza procedía de los impuestos de peaje, ya que las fértiles tierras del otro lado del Jordán, Moab y el Jaulan, tenían su salida natural por los puertos de la costa de Palestina. El

[4] *Pilgrimage of Saewulf* (en *P. P. T. S.*, vol. IV), págs. 8-9.

[5] Véase *supra*, vol. I, págs. 297-298.

[6] Un buen relato breve se encuentra en Munro, *The Kingdom of the Crusaders*, págs. 3-9.

tráfico de mercancías desde Siria a Egipto pasaba por los caminos palestinenses, y las caravanas cargadas con especias procedentes de la Arabia del sur habían pasado siempre por el Negeb al mar Mediterráneo. Para asegurar esta fuente de ingresos era necesario bloquear todas las otras salidas. Toda la frontera desde el golfo de Akaba al monte Hermón, y también desde el Líbano al Eufrates, tenía que ser vigilada por los francos.

Palestina era además un país insano. Jerusalén, con el aire de las montañas y las instalaciones sanitarias romanas, era bastante saludable, menos cuando soplaba el *khamsin,* viento bochornoso y polvoriento que venía del Sur. Pero las llanuras más cálidas, cuya fertilidad atraía a los invasores, eran propicias a la enfermedad, con sus aguas estancadas, sus mosquitos y sus moscas. En aquella región eran frecuentes la malaria, el tifus y la disentería. Rápidamente se extendían, por los pueblos insalubres y superpoblados, las epidemias del cólera y la peste. Abundaba la lepra. Los caballeros y soldados occidentales, con sus ropas inadecuadas, grandes apetitos y la ignorancia de la higiene personal, fácilmente sucumbían a estas enfermedades. La proporción de mortalidad era aún mayor entre los niños nacidos y criados allí, especialmente entre los varones. La cruel contradicción de la naturaleza, que hace que las niñas sean más resistentes que sus hermanos, constituyó en las generaciones futuras un constante problema político para el reino franco. Más tarde, cuando los colonizadores aprendieron a seguir las costumbres nativas, aumentaron sus posibilidades de una vida larga; pero el tanto por ciento de mortandad siguió siendo muy alto entre sus niños. Pronto se puso de manifiesto que si la población franca de Palestina debía sostenerse con la fuerza necesaria para dominar el país, tenía que haber una continua y amplia inmigración desde Europa.

La primera tarea del rey Balduino consistió en asegurar la defensa de su reino. Esto implicaba una acción ofensiva. Había que tomar Arsuf y Cesarea y absorber sus territorios. Ascalón, perdida para los cristianos en 1099 por el conde Raimundo [7], debido a la envidia de Godofredo, tenía que ser anexionada y era necesario desplazar la frontera egipcia hacia el Sur si se quería dejar libre el acceso a Jerusalén desde la costa. Había que establecer posiciones avanzadas en Transjordania y al sur del mar Muerto. Tenía que intentar unir su reino con los estados cristianos del Norte, para abrir más caminos a los peregrinos y a los inmigrantes; tenía que conquistar la mayor extensión posible de costa y fomentar la constitución de nuevos estados cristianos en Siria. También tenía que asegurar para su reino un

[7] Véase *supra,* vol. I, pág. 279.

puerto marítimo mejor que los de Jaffa o Haifa. Porque Jaffa era un puerto muy abierto, de poco calado para barcos grandes, que no podían acercarse demasiado a la orilla. Los desembarcos se hacían en pequeñas lanchas y estaban llenos de peligro cuando soplaba cualquier viento. Si el viento era fuerte, también los mismos barcos estaban en peligro. Al día siguiente de desembarcar Saewulf, en 1102, fue testigo del hundimiento de más de veinte barcos de la flotilla en que él había hecho la travesía, y vio cómo se ahogaban más de mil peregrinos [8]. La rada de Haifa era más profunda y estaba protegida contra los vientos del Sur y del Oeste por los salientes del monte Carmelo, pero se hallaba peligrosamente expuesta al viento del Norte. El único puerto en la costa de Palestina seguro contra cualquier inclemencia del tiempo era el de Acre. Razones comerciales y estratégicas aconsejaban su conquista.

Para el gobierno interior, las necesidades principales de Balduino consistían en hombres y dinero. No podía esperar levantar su reino si no era rico y suficientemente poderoso para dominar a sus vasallos. La fuerza humana sólo podía obtenerse por el fomento de la inmigración y alentando a los cristianos nativos a colaborar con él. El dinero se conseguiría por medio del comercio con los países vecinos y sacando todas las ventajas de los deseos piadosos de los fieles en Europa de proteger y crear fundaciones en Tierra Santa. Pero tales donaciones se hacían en favor de la Iglesia. Para asegurar que serían utilizadas en beneficio de todo el reino, Balduino tenía que dominar la Iglesia.

La mayor ventaja de los francos era la desunión del mundo musulmán. A causa de las envidias de los jefes musulmanes y de su negativa a colaborar entre sí, la primera Cruzada pudo alcanzar su objetivo. Los musulmanes chiitas, encabezados por el califa fatimita de Egipto, odiaban a los turcos sunníes y al califa de Bagdad tanto como a los cristianos. Por lo que se refiere a los turcos, existía una perpetua rivalidad entre los seléucidas y los danishmend, entre los ortóquidas y la casa de Tutush, e incluso entre los dos hijos del propio Tutush. Algunos atabeks, como Kerbogha, contribuían a la confusión con sus ambiciones personales, mientras algunas dinastías árabes menores, tales como los Banū Ammar, de Trípoli, y los munquiditas, de Shaizar, se aprovechaban del desorden para mantener una independencia precaria. El éxito de la Cruzada sólo fue un factor más en este caos imperante. El desaliento y la recriminación mutua hicieron aún más difícil la colaboración entre los príncipes musulmanes [9].

[8] *Pilgrimage of Saewulf*, págs. 6-8.

[9] Un excelente relato abreviado sobre el mundo musulmán lo constituye

Las cristianos habían sacado ventaja de la mala situación del Islam. En el Norte, Bizancio, regida por el espíritu sutil del emperador Alejo, había utilizado la Cruzada para recobrar el dominio sobre el Asia Menor occidental, y la flota bizantina había conseguido recientemente recuperar toda la línea costera de la península para el gobierno del Emperador. Incluso el puerto sirio de Laodicea volvió a ser, gracias a la ayuda de Raimundo de Tolosa, una posesión imperial [10]. Los principados armenios de las montañas del Tauro y del Antitauro, amenazados con ser aniquilados por los turcos, podían tener ahora la esperanza de sobrevivir. Y la Cruzada dio origen a dos principados francos, que constituían una cuña clavada en el mundo musulmán.

De éstos el más rico y seguro era el principado de Antioquía, fundado por el normando Bohemundo, a pesar de la oposición de su colega en la jefatura de las Cruzadas, Raimundo de Tolosa, y de las obligaciones que él mismo había jurado al emperador Alejo. No cubría un área muy extensa; constaba del valle del Orontes inferior, la meseta de Antioquía y la cordillera Amánica, con los dos puertos marítimos de Alejandreta y San Simeón. Pero Antioquía, a pesar de sus recientes vicisitudes, era una ciudad muy rica. Sus fábricas producían tejidos de seda y alfombras, cristalería, cerámica y jabón. Las caravanas de Alepo y Mesopotamia no hacían caso de la guerra entre los musulmanes y los cristianos, y pasaban por las puertas de la ciudad en su ruta hacia el mar. Los habitantes del principado eran casi todos cristianos, griegos y sirios ortodoxos, sirios jacobitas y algunos nestorianos, y armenios, todos ellos tan envidiosos entre sí que resultaba fácil para los normandos controlarlos [11]. El peligro exterior más importante procedía menos de los musulmanes que de Bizancio. El Emperador consideraba que había sido engañado acerca de la posesión de Antioquía; y ahora, con los puertos cilicianos y Laodicea bajo su dominio, y su flota con base en Chipre, esperaba una oportunidad para reafirmar sus derechos. Los ortodoxos del principado deseaban la vuelta del gobierno bizantino; pero los normandos podían enzarzarlos con los armenios y los jacobitas. Antioquía sufrió un rudo golpe en el verano de 1100, cuando Behemundo dirigió su expedición hacia el Eufrates superior y su ejército fue destruido por el emir danishmend, y él mismo cayó en cautividad. Pero, aparte de la pérdida de hombres, el desastre no causó un perjuicio duradero al principado. La rápida acción del rey Balduino, que por

la introducción de Gibb a su traducción de *The Damascus Chronicle* (Ibn al-Qalanisi).

[10] Véase *supra*, vol. I, págs. 297-298.

[11] Para Antioquía, véase Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 127 y sigs.

entonces era aún conde de Edesa, había impedido a los turcos explotar su victoria, y pocos meses después llegó Tancredo desde Palestina para hacerse cargo de la regencia mientras duraba la prisión de su tío. En Tancredo hallaron los normandos un jefe tan enérgico y poco escrupuloso como Bohemundo [12].

El segundo Estado franco, el condado de Edesa, servía como barrera para proteger a Antioquía contra los musulmanes. El condado, regido ahora por un primo de Balduino, tocayo suyo, Balduino de Le Bourg, era más grande que el principado. Estaba regado en sus dos partes por el Eufrates, desde Ravendel y Aintab hasta una frontera imprecisa en el Jezireh, al este de la ciudad de Edesa; carecía de fronteras naturales y de una población homogénea, ya que, si bien estaba habitado principalmente por cristianos, jacobitas, sirios y armenios, incluía ciudades musulmanas tales como Saruj. Los francos no podían esperar fundar allí un gobierno centralizado. En lugar de ello gobernaban situando guarniciones en algunas poderosas fortalezas, desde las cuales podían sacar tributos e impuestos de las aldeas vecinas y aventurarse en correrías provechosas a través de la frontera. Toda la región había sido siempre un país fronterizo, sujeto a guerras interminables; pero tenía un campo fértil y muchas ciudades prósperas. Con sus impuestos y correrías el conde de Edesa obtenía una renta suficiente. Balduino I fue, en comparación, mucho más rico como conde de Edesa que como rey de Jerusalén [13].

La necesidad principal de ambos estados era la fuerza humana; pero también en este sentido su necesidad era menor que la de Jerusalén. En Palestina, la población cristiana tenía prohibido el uso de armas desde que los musulmanes habían invadido el país. Carecía de soldados nativos en los que los nuevos gobernantes pudieran confiar. Pero Antioquía y Edesa se hallaban dentro de las antiguas fronteras de Bizancio. Había cristianos, en estas ciudades, con una larga tradición de proezas castrenses, especialmente armenios. Si éstos colaboraban con el príncipe franco, podría contar con un ejército dispuesto. Tanto Bohemundo y Tancredo en Antioquía, como Balduino I y Balduino II en Edesa, intentaron al principio atraerse a los armenios. Pero éstos demostraron que eran poco de fiar y traicioneros. No se les podía dar puestos de confianza. Los gobernantes de Antioquía y de Edesa necesitaban caballeros occidentales para ponerlos al mando de sus regimientos y castillos, y funcionarios también occidentales para servir en la administración de su gobierno. Pero mientras Antioquía brindaba a los inmigrantes la perspectiva

[12] Véase *supra*, vol. I, págs. 299-300; *infra*, cap. III.
[13] Cahen, *op. cit.*, págs. 110 y sigs.

de una existencia bastante segura, Edesa sólo podía tentar a los aventureros dispuestos a llevar la vida de un jefe de bandoleros.

Jerusalén estaba separada de estos dos estados francos del Norte por una larga extensión de terreno regida por una serie de potentados musulmanes envidiosos entre sí. La costa inmediatamente al norte del reino se halla protegida por cuatro ricos puertos de mar: Acre, Tiro, Sidón y Beirut, que eran leales a Egipto, aunque con una lealtad que crecía o disminuía según estuviera cerca o lejos la flota egipcia [14]. Al norte de Beirut estaba el emirato de los Banū Ammar, con su capital en Trípoli. El emir de Trípoli se había beneficiado recientemente con la partida de los cruzados hacia el Sur extendiendo sus territorios hasta Tortosa [15]. Jabala, entre Tortosa y Laodicea, estaba en manos de un magnate local, el cadí Ibn Sulaiha, quien en el verano de 1101 se la entregó a Toghtekin, atabek de Duqaq de Damasco, de quien pasó a los Banū Ammar [16]. En las montañas Nosairi, detrás de Tortosa y Jabala, estaban los pequeños emiratos de los Banu Muhris de Marqab y Qadmus y los Banu Amrun de Kahf [17]. El valle del Orontes superior estaba repartido entre el aventurero Khalaf ibn Mula'ib de Apamea, un chiita que reconocía, por tanto, la soberanía fatimita; los munquiditas de Shaizar, la más importante de estas dinastías menores, y Janah ad-Daulah de Homs, antiguo atabek de Ridwan de Alepo, que había reñido con su señor y que disfrutaba de una independencia de hecho [18]. Alepo seguía aún en manos de Ridwan, quien, como miembro de la familia real seléucida, llevaba el título de malik, o rey. El Jezireh, al Este, estaba ocupado principalmente por miembros de la dinastía ortóquida, que se habían retirado allí a raíz de la reconquista fatimita de Jerusalén en 1097, y que se consideraban como vasallos de Duqaq de Damasco. Duqaq, malik, como su hermano Ridwan, reinaba en Damasco [19].

Estas divisiones políticas se hicieron más inestables por los elementos divergentes de la población en Siria. Los turcos formaban una dispersa aristocracia feudal; pero los emires menores eran casi todos árabes. En la Siria del norte y en el Damasquinado la población urbana era en su mayoría cristiana, sirios de la Iglesia jacobita, con

[14] Gibb, *op. cit.*, págs. 15-18; Le Strange, *Palestine under the Moslems*, páginas 342-352.

[15] Para los Banū Ammar, véase el artículo «Ibn Ammar» en la *Encyclopaedia of Islam*.

[16] Ibn al-Qalanisi, *The Damascus Chronicle*, págs. 51-2.

[17] Cahen, *op. cit.*, pág. 180.

[18] Véase Honigman, artículo «Shaizar», y Sobernheim, artículo «Homs», en la *Encyclopaedia of Islam;* también la introducción a Hitti, *An Arab-Syrian Gentleman*, págs. 5-6.

[19] Véase Gibb, *op. cit.*, págs. 22-4.

algunos nestorianos en las regiones orientales y armenios que procedían del Norte. El territorio de los Banū Ammar estaba, en su mayor parte, habitado por la secta monotelita de los maronitas. En las montañas Nosairi se hallaba la tribu de los nosairi, una secta chiita que daba su poderío a Khalaf ibn Mula'ib. En las laderas del Líbano meridional estaban los drusos, chiitas que habían aceptado la divinidad del califa Hakim y que odiaban a todos sus vecinos musulmanes, si bien odiaban aún más a los cristianos. La situación se complicó todavía más por la constante inmigración de los árabes que venían del desierto a las zonas agrícolas y de los kurdos procedentes de las montañas del Norte, y por la presencia de grupos turcomanos, dispuestos a servir como mercenarios a cualquier caudillo guerrero que les pagara [20].

El más poderoso entre los vecinos musulmanes de Siria era el gobierno fatimita de Egipto. El valle y el delta del Nilo eran la zona más densamente poblada del mundo medieval. El Cairo y Alejandría constituían dos grandes ciudades industriales, y sus fábricas producían cristalería, cerámica, metalurgia y también tejidos y brocados. Las zonas agrícolas daban grandes cantidades de cereales, y había inmensas plantaciones de azúcar en el Delta. Egipto dominaba el comercio con el Sudán, con su oro y su goma arábiga, sus plumas de avestruz y su marfil. El comercio con el lejano Oriente se hacía ahora con barcos que utilizaban la ruta del mar Rojo y, por tanto, los puertos egipcios del Mediterráneo tenían mucho movimiento. El gobierno egipcio podía poner en pie de guerra grandes ejércitos, y, aunque los egipcios estaban desacreditados como militares, podían permitirse el lujo de tomar a su servicio cuantos mercenarios quisieran. Además, era la única de las potencias musulmanas que poseía una flota considerable. El califa fatimita, en su calidad de chiita, era el protector natural de los chiitas de Siria. Pero era tolerante por tradición, y muchos de los árabes sunníes, temerosos de la dominación turca, estaban dispuestos a reconocer su soberanía. Las invasiones turcas habían reducido el Imperio de los fatimitas en Siria, y la conquista de Jerusalén por los francos y su victoria sobre la fuerza de socorro egipcia en Ascalón habían dañado su prestigio. Pero Egipto podía arriesgarse a perder un ejército. Era evidente que el visir al-Afdal, que gobernaba en Egipto en nombre del joven califa al-Amir, y que era un armenio nacido en Acre, procuraría buscar la ocasión lo más pronto posible de vengar la derrota y recuperar Palestina. En el ínterin, la flota egipcia siguió en contacto con las ciudades musulmanas de la costa [21].

[20] Véase Gibb, *op. cit.*, págs. 27-9.
[21] Véase Wiet, *L'Egypte Musulman*, págs. 260 y sigs.

El Califa rival, el abasida al-Mustazhir, era un joven oscuro que reinaba en Bagdad por la gracia del sultán seléucida. Pero el sultán, Barkiyarok, el primogénito del gran Malik Shah, carecía del poder y la capacidad de su padre. Sus hermanos continuamente se sublevaban contra él. Se vio obligado a dar al menor Sanjar, el feudo de Khorassan, y desde 1099 estuvo en guerra con otro hermano, Mohammed, quien al fin se aseguró la provincia del Iraq. Estas preocupaciones le convirtieron en un aliado inútil para la lucha contra los cristianos.

La cabeza de la rama más joven de la dinastía seléucida, el malik anatoliano Kilij Arslan, que se titulaba sultán, estaba por entonces poco mejor que su primo. La primera cruzada le había privado de su capital, Nicea, y de la mayor parte de su tesoro, perdido en el campo de batalla de Dorileo. Gran parte del territorio dominado por él había pasado nuevamente a manos bizantinas. Estaba en malas relaciones con los seléucidas del Este, cuya soberanía se negaba a reconocer. Pero los inmigrantes turcomanos en Anatolia le proporcionaron los medios para rehacer su ejército y una población que excedía a la de los cristianos [22]. Más eficaz era el emirato danishmend, firmemente establecido en Sivas y dominando el nordeste de la península. El emir, Gümüshtekin, había cobrado fama recientemente por haber apresado a Bohemundo. Era el primer jefe musulmán que ganaba una batalla sobre un ejército de caballeros cristianos. También él recibía el refuerzo constante de la inmigración turcomana [23].

Entre los turcos de Anatolia y los estados francos del norte de Siria había un grupo de principados armenios. Eran los de Oshin, que dominaba la parte central del Tauro; y al este de él, los príncipes de la casa de Roupen: Kogh Vasil, en el Antitauro; Tatoul, en Marash, y Gabriel, en Melitene. Tatoul y Gabriel pertenecían a la Iglesia ortodoxa, y estaban, por tanto, inclinados a colaborar con Bizancio. Ellos y Oshin basaban su posición jurídica en los títulos que les confirió el Emperador. Pero los roupenianos, que fueron los únicos de estos armenios que consiguieron fundar un estado perdurable, eran, por tradición, hostiles, tanto a Bizancio como a la Iglesia ortodoxa [24].

La potencia extranjera cristiana más interesada en los asuntos si-

[22] Véanse los artículos «Seldjuks» y «Kilij Arslan» en *Encyclopaedia of Islam*.

[23] Para los danishmend, véase Mukrimin Halil, artículo «Danismend», en *Islam Ansiklopedisi*.

[24] Para el trasfondo armenio, véase Tournebize, *Histoire Politique et Religieuse d'Armenie*, págs. 168-70; también *supra*, vol. I, págs. 188 y sigs.

rios era Bizancio. Llevaba ocupando el trono ya casi veinte años el emperador Alejo. Encontró él Imperio en su nadir, pero su diplomacia y su administración, el juicioso manejo de sus súbditos y rivales, en el interior y en el exterior, consiguieron apuntalarlo sobre bases sólidas. Había aprovechado el movimiento de los cruzados para reconquistar el Asia Menor occidental de manos de los turcos, y su flota reorganizada le proporcionó el dominio de las costas. Incluso en su más acusada bajamar, Bizancio gozó de un gran prestigio tradicional en Oriente. Era el Imperio romano, con una historia milenaria a sus espaldas, y su Emperador era la cabeza reconocida de la Cristiandad, por mucho que sus colegas cristianos pudiesen desaprobar su política y hasta su codicia. Constantinopla, con sus innumerables y activos habitantes, su enorme riqueza y sus formidables fortificaciones, era la ciudad más impresionante del mundo. Las fuerzas armadas del Imperio eran las mejor equipadas de su época. El sistema monetario imperial había sido durante mucho tiempo el único seguro. El cambio internacional se calculaba a base del «hiperpirón», a menudo llamado besante, el sólido de oro, cuyo valor había sido fijado por Constantino el Grande. Bizancio iba a desempeñar un papel preponderante en la política oriental durante casi todo el siglo siguiente; pero, de hecho, sus éxitos se debían más al brillo de sus políticos y al prestigio de su abolengo romano que a su auténtica fuerza. Las invasiones turcas habían destruido la organización social y económica de Anatolia, de donde, desde tiempos remotos, el Imperio había sacado la mayor parte de sus soldados y víveres; y, aunque se reconquistaba el territorio, resultó casi imposible restablecer la antigua organización. El ejército era ahora en su casi totalidad mercenario y, en consecuencia, costoso y de poca confianza. Los mercenarios turcos, tales como los pechenegos, podían utilizarse libremente contra los francos o los eslavos, pero no eran de fiar en una lucha contra los turcos de Asia. Los mercenarios francos no se habrían batido de grado contra sus compatriotas. En los comienzos de su reinado, Alejo tuvo que comprar ayuda marítima otorgando algunas concesiones comerciales a los venecianos, en detrimento de sus propios súbditos, y a dichas concesiones siguieron otras parecidas a otras ciudades marítimas, como Génova y Pisa. De esta suerte, el comercio del Imperio empezó a pasar a manos extranjeras. Poco después, para hacer frente a sus apuros de tesorería, Alejo perjudicó su sistema monetario, emitiendo piezas de oro que carecían de la adecuada ley. Empezó a perderse la confianza en el besante, y pronto los clientes del Imperio exigían que se les pagase en *migueles,* la moneda acuñada durante el reinado de Miguel VII, la última que se reputó como divisa segura.

La preocupación principal del Emperador era el bienestar de su Imperio. Recibió satisfecho la primera Cruzada y se manifestó dispuesto a colaborar con sus jefes; pero la ambición y perfidia de Bohemundo en Antioquía le sorprendieron y colmaron de ira. Su primer deseo fue el de reconquistar Antioquía y dominar las rutas que conducían a la ciudad por el Asia Menor. Cuando los cruzados avanzaron hacia el Sur, en Palestina, su colaboración activa tocó a su fin, La política tradicional bizantina había sido, durante el siglo anterior, una alianza con los fatimitas de Egipto contra los abasidas sunníes y los turcos.

Excepto bajo el califa loco Hakim, los fatimitas habían tratado a los cristianos con amable tolerancia, y Alejo no tenía razones para suponer que el gobierno franco iba a ser mejor para ellos. Por tanto, se había abstenido de participar en la marcha franca sobre Jerusalén. Pero al mismo tiempo, como jefe de los ortodoxos, no podía ser indiferente al destino de Jerusalén. Si había alguna probabilidad de que el reino franco perdurase, tenía que dar los pasos necesarios para procurar que sus derechos fuesen reconocidos. Estaba dispuesto a demostrar a los francos de Palestina su buena voluntad; pero su ayuda activa se limitaría a colaborar en abrir los caminos del Asia Menor. Para los normandos de Antioquía no tenía más que un sentimiento de hostilidad, y se manifestó como enemigo peligroso. Parece no haber alimentado ninguna ambición de reconquistar Edesa. Probablemente reconocía el valor de un condado franco en aquella zona como avanzada contra el mundo musulmán [25].

Se había introducido un nuevo factor en la política oriental por la intervención de las ciudades mercantiles italianas. Al principio se mostraron recelosas de participar en la Cruzada, hasta que vieron que parecía tener éxito. Entonces Pisa, Venecia y Génova enviaron flotas a Oriente, prometiendo ayuda a cambio de establecerse en ciudades a cuya conquista hubiesen cooperado. Los cruzados los recibieron gustosos, pues ofrecían el poder marítimo sin el cual habría resultado imposible reducir las ciudades musulmanas costeras, y sus barcos proporcionaban un camino más rápido y seguro para la comunicación con la Europa occidental que el largo viaje por tierra. Pero las concesiones que pidieron y obtuvieron significaban que los gobiernos francos en Oriente perderían gran parte de su posible renta [26].

La complejidad de la situación internacional en torno a él no

[25] Acerca de la situación de Bizancio y la política de Alejo, véase *supra*, volumen I, *passim*.

[26] El mejor resumen del papel desempeñado por los italianos se encuentra en Heyd, *Histoire du Commerce du Levant*, vol. I, págs. 131 y sigs.

era una fuente de optimismo para el rey Balduino. Sus aliados eran o bien indiferentes, o bien rapaces, y sólo les preocupaban sus intereses egoístas. La desunión de sus enemigos era una ayuda para él; pero, si el mundo musulmán encontraba un caudillo capaz de unificarlos, había poca probabilidad de supervivencia para los estados francos en Oriente. Entretanto, se encontró con muy exiguos partidarios, en una tierra de clima mortífero, que había sido, a lo largo de los siglos, el campo de batalla de las naciones. Con gozosa esperanza recibió la noticia de que estaban partiendo de Occidente nuevas expediciones de cruzados.

Capítulo 2

LAS CRUZADAS DE 1101

«Mas ellos contestaron: '¡No la oiremos!'»
(Jeremías, 6, 17.)

Las noticias de que los cruzados habían reconquistado Jerusalén llegaron a la Europa occidental a finales del verano de 1099. Se recibieron con entusiasmo y regocijo. En todas partes, los cronistas interrumpían su relato de los sucesos locales para registrar la gran prueba de la merced divina. El papa Urbano murió antes de poder conocer la noticia; pero sus amigos y auxiliares de toda la Iglesia alabaron a Dios por el éxito de su política. Durante el invierno siguiente, muchos de los jefes cruzados regresaron a la patria con sus hombres. Según costumbre en los soldados que regresan, los cruzados exageraron sin duda las calamidades de su expedición y la esplendidez de la tierra en la que habían penetrado, y dieron mucho realce a los milagros con los que habían sido alentados por los cielos. Pero todos ellos coincidían en que, para proseguir la obra de Dios, eran necesarios los guerreros y los colonos en Oriente, y que allí había tierras y riqueza para provecho de los aventureros. Incitaron a que se preparase una nueva cruzada, a la que los predicadores de la Iglesia dieron su bendición [1].

[1] Por ejemplo, la carta del papa Pascual en Migne, *Patrologia Latina,* volumen CLXIII, cols. 42 y sigs. Se creía en Oriente que si no llegaban refuerzos tendrían que evacuar las tierras conquistadas (*De Translatione S. Nicolai,* en *R. H. C. Occ.,* vol. V, pág. 271).

No fue hasta principios del otoño de 1100 cuando pudo partir la nueva expedición. Los meses de invierno eran inadecuados para el viaje, y después había que recoger la cosecha. Pero en septiembre de 1100 salió de Italia, con dirección a Oriente, una cruzada de lombardos. A su frente estaba la más destacada personalidad de Lombardía, Anselmo de Buis, arzobispo de Milán. Con él iban Alberto, conde Biandrate; el conde Guiberto de Parma y Hugo de Montebello. Los lombardos habían desempeñado un papel sin importancia en la primera Cruzada. Muchos de ellos habían partido para Oriente en los primeros meses de aquélla y se habían unido a Pedro el Ermitaño, y por sus intrigas con sus seguidores germánicos contra los franceses habían contribuido a hacer fracasar su expedición. Los supervivientes pasaron después al servicio de Bohemundo. En consecuencia, para los lombardos, Bohemundo fue el más prestigioso de los jefes cruzados. La expedición actual estaba algo mejor organizada. Participaban en ella muy pocos soldados profesionales y se componía, principalmente, de chusma de los barrios bajos de las ciudades lombardas, es decir, de hombres cuyas vidas habían sido desplazadas por la creciente industrialización de la provincia. Con ellos iban, en gran número, clérigos, mujeres y niños. Era un gentío inmenso, si bien la cifra de doscientos mil, dada por Alberto de Aix, debería dividirse, al menos, por diez. Ni el arzobispo ni el conde de Biandrate, que era considerado como el jefe militar, podían dominar a tanta gente [2].

Durante el otoño de 1100 los lombardos hicieron su cómodo trayecto por Carniola y por el valle del Save, a través del territorio del rey de Hungría, y entraron en el Imperio bizantino por Belgrado. Alejo estaba dispuesto a tratar con ellos. Sus tropas les escoltaron por los Balcanes. Después, como eran demasiados para ser aprovisionados y vigilados en un solo campamento, fueron divididos en tres grupos. Uno iba a pasar el invierno en un campamento en las afueras de Filipópolis; otro, en los alrededores de Adrianópolis, y el tercero, en las cercanías de Rodosto. Pero incluso así eran demasiado indisciplinados para que se les pudiera dominar. Cada grupo empezó a hacer incursiones por la zona cercana a su campamento, cometiendo pillajes en las aldeas, irrumpiendo en los graneros y llegando, incluso, a saquear las iglesias. Al fin, en marzo, el Emperador los trasladó a todos a un campamento fuera de las murallas de Constantinopla, con el propósito de transportarlos lo antes posible a Asia. Pero por entonces supieron que habían salido otros cruzados para unirse a ellos.

[2] Alberto de Aix, VIII, I, pág. 559; Ana Comneno, XI, viii, I, vol. III, página 36, los designa como normandos bajo el mando de dos hermanos llamados φλάντρας.

Se negaron a cruzar el Bósforo hasta que llegaran estos refuerzos. Para obligarles a marchar, las autoridades imperiales suprimieron todos los suministros; a consecuencia de ello, atacaron en el acto las murallas de la ciudad y se abrieron paso hasta el patio del palacio imperial de Blachernes. Allí dieron muerte a uno de los leones domesticados del Emperador e intentaron abrir las puertas del palacio. El arzobispo de Milán y el conde de Biandrate, que habían sido bien recibidos por el Emperador, estaban horrorizados. Se lanzaron en medio de las turbulentas masas y consiguieron al fin persuadirles a regresar al campamento. Luego tuvieron que afrontar la tarea de apaciguar al Emperador [3].

El conde Raimundo de Tolosa restableció la concordia. Raimundo había pasado el invierno como huésped de Alejo, de cuya completa confianza gozaba ahora. Como el de más edad de todos los príncipes cruzados, el amigo del papa Urbano y del obispo Ademaro aún disfrutaba de una gran fama. Los lombardos le escuchaban, y, siguiendo su consejo, aceptaron pasar el estrecho hacia Asia. A fines de abril estaban establecidos en un campamento cerca de Nicomedia, donde esperaron a los que tenían que llegar de Occidente [4].

Esteban, conde de Blois, nunca pudo desprenderse de la indignidad de su huida de Antioquía. No había cumplido sus votos de cruzado y había demostrado cobardía frente al enemigo. Su esposa, la condesa Adela, hija de Guillermo el Conquistador, estaba profundamente avergonzada de él. Incluso en la intimidad de la alcoba le incitaba, con riñas, a marchar para rehacer su reputación. No podía alegar que era necesario en su patria, ya que su esposa había sido siempre la verdadera señora del condado. De esta guisa, de mala gana y con presentimientos sombríos, volvió a partir para Tierra Santa en la primavera de 1101 [5].

Con las noticias de su expedición, muchos otros caballeros franceses decidieron unirse a él, bajo la jefatura de Esteban: el conde de Borgoña, Hugo de Broyes, Balduino de Grandpré y el obispo de Soissons, Hugo de Pierrefonds. Hicieron el viaje por Italia y, cruzando el Adriático, llegaron a Constantinopla a principios de mayo. En algún lugar de su trayecto fueron alcanzados por un pequeño contin-

[3] Alberto de Aix, VIII, 2-5, págs. 559-62; Orderico Vital, X, 19, vol. IV, pág. 120, mezcla los datos y dice que el Emperador utilizó leones contra los cristianos.

[4] Alberto de Aix, VIII, 7, pág. 563; Ana Comneno, XI, viii, 2, vol. III, páginas 36-7. Se dijo que Raimundo tenía en su poder la llamada Santa Lanza. Véase Runciman, ««The Holy Lance found at Antioch», en *Analecta Bollandiana,* vol. LXVIII, págs. 205-6.

[5] Orderico Vital, X, 19, vol. IV, pág. 119.

gente alemán, mandado por Conrado, condestable del emperador Enrique IV[6].

Los cruzados franceses se alegraron de encontrar a Raimundo en Constantinopla, y se mostraron muy satisfechos del recibimiento que les había dispensado el Emperador. Seguramente fue una sugerencia de Alejo el que Raimundo asumiera el mando de toda la expedición; y los lombardos se mostraron de acuerdo. En los últimos días de mayo, todo el ejército, compuesto de franceses, alemanes, lombardos, algunos bizantinos al mando del general Tsitas, con el que iban quinientos mercenarios turcos, probablemente pechenegos, avanzó desde Nicosia por el camino de Dorileo.

El objetivo de la Cruzada era alcanzar Tierra Santa y de paso volver a abrir la ruta por el Asia Menor, un propósito secundario que contaba con todo el apoyo del Emperador. Esteban de Blois, por tanto, recomendó que el ejército siguiera el camino tomado por la primera Cruzada, por Dorileo y Konya. Raimundo, de acuerdo con las instrucciones que había recibido de Alejo, se mostró conforme. Pero los lombardos, que formaban la gran mayoría del ejército, tenían otras opiniones. Bohemundo era su héroe, el único guerrero en el que confiaban que les llevaría a la victoria. Y Bohemundo estaba cautivo en el castillo de Niksar, propiedad del emir danishmend, en el nordeste de Anatolia. Insistieron en que su primera misión era libertar a Bohemundo. Raimundo y Esteban protestaron en vano. Era demasiado conocida la envidia que Raimundo tenía a Bohemundo y, además, pese a todas sus cualidades, el conde de Tolosa nunca dio pruebas de ser un jefe eficaz, y la influencia de Esteban se hallaba disminuida por el recuerdo de su cobardía pretérita. El conde de Biandrate y el arzobispo de Milán apoyaron a los lombardos, que se salieron con la suya[7]. Al abandonar Nicomedia, el ejército dobló al Este y tomó el camino de Ankara. El territorio estaba casi por completo en manos bizantinas, y los cruzados pudieron encontrar víveres según avanzaban. Ankara pertenecía ahora al sultán seléucida Kilij Arslan; pero cuando llegaron a la ciudad, el 23 de junio, la hallaron escasamente defendida y la tomaron por asalto. Muy cumplidores, entregaron la ciudad a los representantes del Emperador.

Al salir de Ankara los cruzados tomaron un sendero que conducía, por el Nordeste, a Gangra, en la Paflagonia del Sur, para llegar a la ruta principal a Amasea y Niksar. En el camino a Gangra empe-

[6] Alberto de Aix, VIII, 6, págs. 562-3; Orderico Vital, *loc. cit.*

[7] Alberto de Aix, VIII, 7, págs. 563-4, dice que fueron los lombardos los que decidieron ir hacia el Este; Ana, *loc. cit.*, dice que el Emperador esperaba que Raimundo y Tsitas podrían cambiar esta decisión.

zaron sus penalidades. Kilij Arslan se retiraba delante de ellos, devastando el campo a su paso, de manera que podían encontrar poca comida. Entretanto, Malik Ghazi el Danishmend se había asustado profundamente. Se apresuró a renovar su alianza con Kilij Arslan e indujo a Ridwan de Alepo a mandar refuerzos desde el Sur. A principios de julio, los cruzados llegaron a Gangra; pero allí dominaban los seléucidas. La fortaleza era inexpugnable. Después de saquear el campo y coger todas las provisiones que pudieron hallar, los cruzados se vieron obligados a marcharse.

Estaban cansados y hambrientos, y en la meseta de Anatolia el calor de julio era difícil de soportar. En medio de su descontento, hicieron caso del conde Raimundo, que les aconsejó marchar en dirección Norte, hacia Kastamuni, y desde allí a cualquier ciudad bizantina en la costa del mar Muerto. Esta dirección salvaría al ejército de una destrucción segura; y, sin duda, Raimundo pensaba que el Emperador le perdonaría su desacato si regresaba después de haber reconquistado para el Imperio dos grandes fortalezas, Ankara y Kastamuni, esta última el *Castra Comnenon*, que había sido la casa solariega de la dinastía imperial.

El viaje a Kastamuni fue lento y penoso. Escaseaba el agua, y los turcos habían destruido las cosechas. Estos, por su parte, se movían con rapidez por senderos paralelos y hostigaban a los cruzados a veces por la vanguardia y otras por la retaguardia. No habían avanzado mucho, y la vanguardia, compuesta de setecientos lombardos, fue súbitamente atacada. Los caballeros lombardos huyeron, con pánico, abandonando a la infantería a la matanza. Con dificultad consiguió Esteban de Borgoña reorganizar la vanguardia y rechazar al enemigo. Durante los días siguientes, Raimundo, al mando de la retaguardia, estuvo enzarzado en constantes combates con los turcos. El ejército pronto se vio obligado a moverse en una masa compacta, de la que era imposible separar partidas de forrajeo o escuchas. Cuando llegaron a las cercanías de Kastamuni, los jefes comprendieron que la única posibilidad de salvación estaba en irrumpir lo más directamente posible hacia la costa. Pero, una vez más, los lombardos se negaron a escuchar la razón. Tal vez culpaban a Raimundo de la elección del camino de Kastamuni y de haberles causado las penalidades que sufrían; o tal vez pensaban que cuando salieran del territorio seléucida y entraran en el de los danishmend todo iría mejor. Con loca obstinación insistieron en doblar hacia el Este. Los príncipes tuvieron que aceptar esta decisión, ya que sus escasos contingentes difícilmente podrían sobrevivir si se separaban del grueso del ejército. La Cruzada avanzó por el río Halys, hacia la tierra del emir danishmend. Después del acostumbrado saqueo de una aldea cristia-

na en el camino, llegaron a la ciudad de Mersivan, a mitad de camino entre el río y Amasea. Allí el condestable Conrado cayó en una emboscada y perdió varios cientos de alemanes. Era evidente ahora que los danishmend y sus aliados se estaban concentrando para un ataque serio; y Raimundo formó el ejército cristiano en orden de batalla [8].

Cuando empezó la batalla, los turcos emplearon su táctica predilecta. Los arqueros se lanzaban para descargar sus flechas; después, se retiraban rápidamente y surgían otros de otra dirección. Los cruzados no tuvieron ninguna oportunidad de un combate cuerpo a cuerpo, en el que su mayor fortaleza física y sus armas más perfectas habrían sido una ventaja. Muy pronto se vino abajo la moral de los lombardos. Con su jefe, al frente, el conde de Biandrate, fueron presa del pánico, y huyeron, abandonando a sus mujeres y sacerdotes. Pronto les siguieron los mercenarios pechenegos, considerando que no había ninguna razón para esperar una muerte segura. Raimundo, que estaba luchando con ellos, también fue abandonado. Consiguió retirarse con su guardia personal a una pequeña colina rocosa, donde resistió hasta que pudieron liberarle Esteban de Blois y Esteban de Borgoña. Durante la tarde, los caballeros franceses y Conrado el Alemán se batieron con bravura, replegándose sobre el campamento, pero, al anochecer, Raimundo se consideró agotado. Protegido por la oscuridad, huyó con sus guardias provenzales y su escolta bizantina hacia la costa. Cuando sus colegas se enteraron de que había huido, abandonaron la lucha. Antes del amanecer del día siguiente, los restos del ejército estaban en plena huida, dejando el campamento y los no combatientes en manos de los turcos.

Los turcos se detuvieron para degollar a los hombres y a las ancianas que había en el campamento, y después persiguieron inmediatamente a los fugitivos. Sólo pudieron escapar los caballeros que iban a caballo. La infantería fue alcanzada y muerta casi en su totalidad. Los lombardos, cuya obstinación dio origen al desastre, quedaron aniquilados, a excepción de sus jefes. Las pérdidas se calcularon en cuatro quintos de todo el ejército. Cayeron en poder de los turcos mu-

[8] Alberto de Aix, VIII, 8-14, págs. 564-7. Dice que Raimundo fue sobornado por los turcos para que condujese el ejército hasta Kastamuni. Esto resulta poco convincente. Ana, *loc. cit.*, hace mención del saqueo de la aldea cristiana. Grousset, *Histoire des Croisades*, vol. II, pág. 326, núm. 2, tiene razón al rechazar la identificación que Tomaschak hace del «Maresch» de Alberto con Amasea (*Topographie von Kleinasien*, pág. 88), y se inclina por la opinión de Michaud, que lo identifica con Merzifun o Mersivan. Cualquier francés ignorante pudo fácilmente transformar Mersivan en Maresiam o Marescam, forma francesa de Marash, pero es difícil comprender cómo una «r» pudo introducirse en Amasya, expresión turca de Amasea, o en Masa, forma árabe.

chos tesoros y armas; y los harenes y mercados de esclavos de Oriente se llenaron de muchachas y niños capturados aquel día [9].

Raimundo y su escolta consiguieron llegar al pequeño puerto bizantino de Bafra, en la desembocadura del río Halys. Allí encontraron un barco que los llevó a Constantinopla. Los otros caballeros se abrieron paso al otro lado del río y llegaron a la costa en Sinope. Desde este punto siguieron lentamente el camino de la costa, a través de territorio bizantino, hasta el Bósforo. Se reunieron de nuevo en Constantinopla a principios del otoño [10].

La opinión general entre los cruzados, que trataban de hallar una víctima propiciatoria, echó la culpa del desastre a los bizantinos. Se dijo que el conde Raimundo estaba obedeciendo órdenes del Emperador cuando desvió al ejército de su ruta para morir en una emboscada turca premeditada. Pero, en realidad, Alejo estaba furioso con Raimundo y sus colegas. Los recibió con cortesía, aunque con extrema frialdad, y no disimuló su desagrado [11]. Si la Cruzada hubiese obtenido para él Kastamuni y la Paflagonia interior, habría perdonado la decisión; pero deseaba muchísimo más asegurar una comunicación directa con Siria, para salvaguardar sus reconquistas en el suroeste del Asia Menor y poder intervenir en los asuntos sirios. Además, no quería verse envuelto en una guerra con el emir danishmend, con quien había iniciado negociaciones para comprar la persona de Bohemundo. La insensatez de los lombardos echó abajo sus planes. Pero el desastre tuvo efectos aún más serios. Las victorias cristianas durante la primera Cruzada habían perjudicado la fama y la confianza en sí mismos de los turcos. Ahora habían recobrado ambas gloriosamente. El sultán seléucida pudo restablecer su dominación sobre la Anatolia central, y pronto fijaría su capital en Konya, precisamente en la calzada principal de Constantinopla a Siria; entretanto, Malik Ghazi el Danishmend proseguía su conquista del valle del Eufrates hasta los límites del condado de Edesa [12]. El camino terrestre de Europa a Siria volvía a estar cerrado tanto para los cruzados como para los bizantinos. Es más, las relaciones entre aquéllos y Bizancio habían empeorado. Los cruzados insistían en creer al Emperador responsable de sus infortunios, mientras los bizantinos estaban sorprendidos y airados por la estupidez, la ingratitud y la falta de honradez de los cruzados.

[9] Alberto de Aix, VIII, 14-23, págs. 567-73, concuerda con el relato, más breve, de Ana (XI, viii, 3, vol. III, págs. 37-8).

[10] Alberto de Aix, VIII, 24, pág. 274.

[11] *Ibid., loc. cit.* Dice que Raimundo calmó la indignación del Emperador.

[12] Miguel el Sirio, III, págs. 189-91. Véase Cahen, *La Syrie du Nord,* página 232.

No tardaron en manifestarse las consecuencias del desastre. Pocos días después de que los lombardos hubieron salido de Nicomedia, llegó un ejército francés a Constantinopla, mandado por Guillermo II, conde de Nevers. Había dejado su patria en febrero y, viajando por Italia, cruzó el Adriático desde Brindisi a Avlona. Su ejército causó una excelente impresión cuando marchaba por Macedonia, debido a la rigidez de su disciplina. El conde fue recibido cordialmente por Alejo; pero decidió no demorarse en Constantinopla. Tal vez tuviera la esperanza de poder unir sus fuerzas con las del duque de Borgoña, que era vecino suyo en la patria, y por eso se apresuró a salir lo antes posible, con la esperanza de alcanzarle. Cuando llegó a Nicomedia, supo que la Cruzada había salido para Ankara, adonde llegó hacia fines de julio. Pero en Ankara nadie sabía nada del paradero del ejército franco-lombardo. Guillermo se volvió, por tanto, para tomar el camino de Konya. A pesar de las dificultades del viaje por una tierra que aún no se había recobrado de las devastaciones de la primera Cruzada, su ejército avanzaba en perfecto orden. Konya estaba ahora en poder de una vigorosa guarnición seléucida, y el intento de Guillermó de tomar la ciudad por asalto fue un fracaso. Se dio cuenta de que sería imprudente permanecer allí y emprendió la marcha. Pero, entretanto, Kilij Arslan y Malik Ghazi supieron que se trataba de un nuevo enemigo. Animados aún por su triunfo sobre los lombardos, se movieron rápidamente en dirección Sur, probablemente por Cesarea-Mazacha y Nigde, y llegaron a Heraclea antes que él. Las tropas de Nevers marchaban lentamente hacia el Este desde Konya. Escaseaba la comida; los manantiales habían sido cegados por los turcos. Cuando se acercaban a Heraclea, fatigados y debilitados, cayeron en una emboscada y fueron cercados por el ejército turco completo, que era muchísimo más numeroso que ellos. Después de una breve batalla quedó rota la resistencia. Toda la fuerza francesa cayó en el campo, con excepción del conde Guillermo y unos pocos caballeros que lograron abrirse paso entre las líneas turcas, y que, después de varios días de andar errantes por las montañas del Tauro, llegaron a la fortaleza bizantina de Germanicópolis, al noroeste de Seleucia de Isauria. Parece ser que allí el gobernador bizantino les ofreció una escolta de doce pechenegos mercenarios, para acompañarlos hasta la frontera siria. Algunas semanas después, el conde Guillermo y sus compañeros entraron en Antioquía, medio desnudos y sin armas. Dijeron que los pechenegos los habían despojado y abandonado en el desierto por el que pasaban; pero lo que efectivamente sucedió nos es desconocido[13].

[13] Alberto de Aix, VIII, 25-33, págs. 576-8. Constituye la única fuente

Apenas había cruzado el Bósforo el conde de Nevers, llegó a Constantinopla otro ejército más numeroso, compuesto de franceses y alemanes. Mandaba el contingente francés Guillermo IX, duque de Aquitania, que era el trovador más famoso de su tiempo y, políticamente, el más decidido rival de Raimundo de Tolosa, pues su mujer, la duquesa Felipa, era hija del hermano mayor de Raimundo y debía haber heredado el condado. Le acompañaba Hugo de Vermandois, que había abandonado la primera Cruzada después de la conquista de Antioquía y que deseaba cumplir su voto de ir a Jerusalén. El ejército aquitano salió de Francia en marzo y viajó por el interior, por la Alemania meridional y Hungría. A su paso se le unió el duque Güelfo de Baviera, quien, después de una larga e ilustre carrera en Alemania, se proponía pasar sus últimos años luchando por la Cruz en Palestina. Llevaba un ejército bien equipado de caballeros e infantes alemanes, y le acompañaban Thiemo, arzobispo de Salzburgo, y la margravesa viuda Ida de Austria, una de las grandes bellezas de su época y que, ahora que su juventud había pasado, buscaba el piadoso estímulo de una cruzada. Sus ejércitos unidos marcharon juntos bordeando el Danubio hasta Belgrado y prosiguieron por la calzada superior que atraviesa los Balcanes. Era una muchedumbre anárquica, y a su llegada a Adrianópolis su conducta fue tan lamentable que las autoridades bizantinas enviaron tropas pechenegas y polovsianas para impedir que siguieran avanzando. Se inició una batalla en regla; y sólo gracias a la intervención personal del duque Guillermo y Güelfo, garantizando la buena conducta futura de sus tropas, se les permitió proseguir el camino. Una fuerte escolta les acompañó hasta Constantinopla. Alejo recibió cordialmente a Guillermo, a Güelfo y a la margravesa, y el Emperador les facilitó embarcaciones para transportar sus hombres lo antes posible al otro lado del Bósforo. Algunos de los peregrinos civiles, entre ellos el historiador Ekkehard de Aura, tomaron el barco directamente a Palestina, adonde llegaron después de un viaje de seis semanas.

Habría sido posible que los duques hubiesen alcanzado al conde de Nevers y que hubiesen reforzado su ejército al unir sus fuerzas. Pero el conde de Nevers quería unirse con el conde de Borgoña, y del duque Guillermo no se podía esperar que se pusiese de acuerdo con un ejército mandado por su viejo enemigo el conde de Tolosa, mientras Güelfo de Baviera, antiguo enemigo del emperador Enrique IV, no tenía seguramente ningún afecto al condestable de Enrique, Con-

para esta expedición. Hagenmeyer, *Chronologie du Royaume de Jérusalem*, páginas 438-9, 449, 459-60, fecha la llegada a Constantinopla del conde Guillermo y sus caballeros a mediados de junio; su partida de Ankara, hacia el 25 de julio, y de Konya, a mediados de agosto.

rado. El conde de Nevers se adelantó apresuradamente hacia Ankara, mientras el ejército aquitano-bávaro esperó cinco semanas cerca del Bósforo, para avanzar después lentamente por la calzada principal a Dorileo y Konya. Por la época en que llegó a Dorileo, el ejército de Nevers ya había pasado por la ciudad y estaba muy avanzado en el camino a Konya. El paso de otro ejército por el mismo camino unos cuantos días antes no facilitó las cosas para los aquitanos y bávaros. Los escasos recursos de comida ya habían sido agotados; de lo cual, como de costumbre, se echó la culpa a los bizantinos. Igual que los hombres de Nevers, encontraron los pozos secos o cegados. Filomelio estaba abandonada, y los cruzados la saquearon. La guarnición turca de Konya, que había resistido a los de Nevers, abandonó la ciudad a la vista de este ejército más numeroso; pero antes de salir reunieron y se llevaron todos los víveres que allí había y asolaron todas las huertas y jardines de las afueras. Los cruzados no encontraron casi nada para reconfortarse. Sería entonces cuando, a unas cien millas de distancia, Kilij Arslan y Malik Ghazi estaban degollando a los hombres del conde de Nevers.

Los cruzados siguieron forcejeando, desde Konya, con hambre y sed, por el desierto, en dirección a Heraclea. Aparecieron ahora jinetes turcos en su flanco, disparando flechas contra el centro de sus filas y cortando la retirada a grupos forrajeros y rezagados. A principios de septiembre entraron en Heraclea, que encontraron abandonada, igual que Konya. Justo al otro lado de la ciudad corría el río, uno de los pocos ríos que, durante el verano, llevan agua abundante en Anatolia. Los guerreros cristianos, medio locos de sed, rompieron filas para arrojarse al agua tan bien recibida. Pero el ejército turco se hallaba camuflado en las espesuras junto a las orillas del río. Cuando los cruzados pululaban desordenadamente por aquellos parajes, los turcos se abalanzaron sobre ellos y los cercaron. No hubo tiempo para rehacer la formación. Cundió el pánico en el ejército cristiano. Jinetes y soldados de infantería se mezclaron en una desordenada huida, y, según tropezaban en su intento de huir, eran degollados por el enemigo. El duque de Aquitania, seguido por uno de sus criados, se abrió paso y cabalgó hasta las montañas. Después de andar errante varios días por los desfiladeros, encontró el camino de Tarso. Hugo de Vermandois fue gravemente herido en la batalla, aunque algunos de sus hombres le recogieron y también llegó a Tarso. Pero estaba agonizando. Murió el 18 de octubre y fue enterrado en la catedral de San Pablo. Nunca cumplió su voto de ir a Jerusalén. Güelfo de Baviera sólo pudo salvarse gracias a haberse despojado de su armadura. Después de varias semanas llegó con dos o tres ayudantes a Antioquía. El arzobispo Thiemo fue hecho prisionero y marti-

rizado por su fe. La suerte de la margravesa de Austria es desconocida. Leyendas posteriores decían que había acabado sus días como cautiva en un lejano harén, donde dio a luz al héroe musulmán Zengi. Es más probable que fuese arrojada de su litera, en medio del pánico, y que muriera pisoteada [14].

Cada una de las tres cruzadas del año 1101 tuvo un fin desastroso, y sus desastres afectaron a todo el desarrollo del movimiento cruzado. Los turcos habían vengado su derrota en Dorileo. Después de todo, no iban a ser expulsados de Anatolia. El camino por la península permanecía inseguro para los ejércitos cristianos, francos o bizantinos. Cuando los bizantinos quisieron más tarde intervenir en Siria, tuvieron que operar en el extremo de las líneas de comunicación, que eran muy dilatadas y vulnerables, y los inmigrantes francos del Oeste temían viajar por tierra adentro, por Constantinopla, excepto si iban en grandes ejércitos. Sólo podían venir por mar, y pocos de ellos podían costearse el pasaje. Y, en lugar de los miles de útiles colonos que en aquel año debían haber llegado a Siria y Palestina, sólo llegó un pequeño número de jefes pendencieros que habían perdido sus ejércitos y su fama en el trayecto a los estados francos, donde ya había bastantes jefes amigos de la pendencia.

No todos los cristianos, sin embargo, tenían motivo para lamentar los desastres del año 1101. Para las ciudades italianas marítimas, el fracaso en la seguridad de una ruta terrestre por el Asia Menor significó su aumento en influencia y riqueza. Pues ellas poseían los barcos que proporcionaban otros medios de comunicación con los estados francos de Oriente. Su colaboración era de todo punto necesaria, y ellas insistían en que se les pagara en concesiones comerciales. Los armenios de las montañas del Tauro, en especial los príncipes roupenianos, se alegraron de las circunstancias que hicieron difícil para Bizancio el restablecer la autoridad del Imperio sobre las regiones en que vivían; aunque los armenios de más al Este tuvieron menos razón para el regocijo. Su enemigo principal era el emir danishmend, cuyo triunfo pronto le animó a atacarlos. Y los normandos, en Antioquía, que, como los roupenianos, temían más a los bi-

[14] Alberto de Aix, VIII, 34-40, págs. 579-82 (la única fuente completa); Ekkehard, XXIV-XXVI, págs. 30-2. Fue por mar a Constantinopla y confunde las expediciones por tierra, como igualmente le ocurre a Fulquerio de Chartres, VII, xvi, 1-3, págs. 428-33. Existen tres *Passiones S. Thiemonis* que describen el martirio del arzobispo, pero ninguna contiene detalles acerca de la expedición. La presunta suerte de Ida está recogida en *Historia Welforum Weingartensis*, en *M. G. H. Ss.*, vol. XXI, pág. 462. Ekkehard dice simplemente que la mataron. Algunos cronistas occidentales aluden a la expedición. Hagenmeyer *(op. cit.*, pág. 457) fecha el saqueo de Filomelio alrededor del 10 de agosto, y la batalla, el 5 de septiembre.

zantinos que a los turcos, tuvieron un útil respiro. Bohemundo aún languidecía en el cautiverio, pero su regente, Tancredo, aprovechó plenamente la situación para consolidar el principado a costa del Emperador. La suerte pronto le pondría en la mano un buen triunfo.

El duque de Aquitania, el conde de Baviera y el conde de Nevers habían llegado ya con sus pocos compañeros supervivientes a Antioquía en el otoño de 1101; pero los jefes de la Cruzada franco-lombarda estaban aún en Constantinopla. Alejo consideró difícil perdonarles sus locuras. Incluso Raimundo, en quien había puesto grandes esperanzas, le había decepcionado. A fines del año, los príncipes occidentales decidieron continuar su peregrinación, y Raimundo pidió permiso para reunirse con su esposa y su ejército en Laodicea. El Emperador los dejó marchar de grado y les proporcionó barcos para llevarlos hasta Siria. Hacia Año Nuevo, Esteban de Blois, Esteban de Borgoña, el condestable Conrado y Alberto de Biandrate desembarcaron en San Simeón y se trasladaron a toda prisa a Antioquía, donde Tancredo les hizo un caluroso recibimiento. Pero el barco del conde Raimundo fue aislado de los otros y llevado al puerto de Tarso. Cuando puso pie en tierra se le acercó un caballero llamado Bernardo el Extranjero, y le arrestó por haber traicionado a la Cristiandad con su huida del campo de Mersivan. La exigua guardia personal de Raimundo fue impotente para libertarle. Fue conducido bajo escolta y entregado a Tancredo [15].

[15] Alberto de Aix, VIII, 42, págs. 582-3. Bernardo el Extranjero estaba al mando de Tarso en septiembre de 1101 (véase *infra*, pág. 43). Es probable que, como sugiere Radulfo de Caen (cxlv, pág. 708), seguido por Cahen (*La Syrie du Nord*, pág. 232, núm. 10), Raimundo desembarcara en Longiniada, el puerto de Tarso, y no en San Simeón, con los otros cruzados, como parece indicar Alberto. Mateo de Edesa, clxxii, pág. 242, dice que Raimundo fue encarcelado en 'Sarouantavi', esto es, en Sarventikar, en el Tauro. Esto parece improbable.

Capítulo 3

LOS PRINCIPES NORMANDOS DE ANTIOQUIA

«Y todos éstos obran contra los edictos del César.»

(Hechos de los Apóstoles, 17, 7.)

La derrota de Bohemundo y su captura por Malik Ghazi el Danishmend, si bien parecieron alarmantes en su momento, no dejaron de tener compensaciones para los príncipes francos. Antioquía estaba necesitada de un regente, y Tancredo era el candidato evidente para ocupar el lugar de su tío. El rey Balduino pudo así deshacerse de su más peligroso vasallo en Palestina, y Tancredo se alegró de poder salir de una situación comprometida e incierta para trasladarse a una esfera que ofrecía una perspectiva más amplia y mayor independencia. Tancredo salió de Palestina en marzo de 1101, con la única condición de que, si su tío volvía del cautiverio dentro del plazo de tres años y Antioquía ya no le necesitaba, se le devolvería su feudo de Galilea. Por tanto, Balduino y Tancredo estaban igualmente interesados en que Bohemundo no saliera demasiado pronto de la prisión. No se hizo ningún intento de negociar con su capturador [1].

Tancredo era un regente justo. No asumió el título de príncipe de Antioquía. Aunque acuñó moneda, la leyenda, escrita en mal griego, solamente le intitulaba «el siervo de Dios», y a veces se lla-

[1] Fulquerio de Chartres, I, vii, I, págs. 390-3; Alberto de Aix, VII, 44-5, págs. 537-8.

maba a sí mismo el «gran emir». Es probable que la opinión pública en Antioquía le habría refrenado en sus ambiciones, de haber ido éstas más allá de lo que fueron. Los normandos aún veían en Bohemundo a su jefe, y Bohemundo tenía un amigo leal en el patriarca que había nombrado precisamente antes de su cautividad, el latino Bernardo de Valence, a favor del cual había destituido al patriarca griego, Juan el Oxita. La política de Tancredo era la misma que la de Bohemundo: en el interior, la consolidación de la administración del principado y la latinización de la Iglesia; en el exterior, enriquecerse a costa de los bizantinos y de los príncipes musulmanes cercanos. Pero sus ambiciones eran más locales y carecían de la fuerza universalista peculiar en las de su tío [2].

Su primera preocupación fue la de defenderse contra cualquier ataque de Bizancio. Las desastrosas Cruzadas de 1101 fueron una gran ayuda para él, pues el resurgimiento de los turcos anatolianos significaba que el Emperador no podía arriesgarse, por algún tiempo, a enviar un ejército directamente por la península hacia el Sudeste. Tancredo creía que el ataque era la mejor defensa. Así, en el verano de 1101, en cuanto supo las noticias de la batalla de Mersivan, envió tropas a Cilicia para reconquistar Mamistra, Adana y Tarso, que los bizantinos habían recuperado tres años antes. Las fuerzas bizantinas locales no eran lo bastante fuertes como para oponerse. Cuando Guillermo de Aquitania y Hugo de Vermandois llegaron como fugitivos a Tarso a fines de septiembre, encontraron al lugarteniente de Tancredo, Bernardo el Extranjero, al frente de la plaza [3].

Después, Tancredo fijó su atención en Laodicea, el puerto bizantino que los normandos habían codiciado hacía largo tiempo. Era algo más impresionante, pues la guarnición bizantina estaba reforzada con tropas provenzales de Raimundo y protegida por una escuadra de la flota bizantina. Antes de atreverse al ataque, Tancredo se aseguró la ayuda de barcos genoveses [4]. Entretanto, ocupó el «hinterland» e intentó conquistar Jabala, al Sur. Bohemundo había enviado una pequeña expedición, sin éxito, contra Jabala en el verano de 1100, y en el curso de ella cayó prisionero su condestable. La expedi-

[2] Schlumberger, *Les Principautés franques du Levant*, págs. 14-5, estudia las monedas de Tancredo, en las que aparece con traje imperial, pero con un *kefieh* en la cabeza. La leyenda en griego dice 'Tancredo siervo de Dios', con una cruz y IC XP NIKA (como en las monedas bizantinas) en el reverso. De acuerdo con la *Historia Belli Sacri*, pág. 228, no fue aceptado como gobernante hasta que otorgó juramento de fidelidad a Bohemundo. Fue investido con la regencia por el legado del Papa, Mauricio de Oporto.

[3] Radulfo de Caen, cxliii, pág. 706; Alberto de Aix, VIII, 40, pág. 582; Orderico Vital, XXIII, pág. 140.

[4] Caffaro, *Liberatio*, pág. 59; Ughelli, *Italia Sacra*, IV, págs. 847-8.

ción de Tancredo en el verano de 1101 fue igualmente inoperante. Pero determinó que Ibn Sulaiha, el cadí de Jabala, entregara la ciudad al atabek de Damasco, y el cadí se retiró a Damasco para disfrutar de una ancianidad tranquila. El atabek, Toghtekin, nombró gobernador a su hijo Buri. Pero Buri fue un gobernante impopular, y los ciudadanos de Jabala le destituyeron después de unos meses y se pusieron bajo la protección de los Banū Ammar de Trípoli. Entonces Tancredo retiró sus tropas de la región [5].

El haberse apoderado de la persona de Raimundo permitió a Tancredo la reanudación de su proyecto contra Laodicea. Había encarcelado a Raimundo en Antioquía, pero el patriarca Bernardo y los colegas cruzados de Raimundo estaban indignados con la conducta de Tancredo. A requerimiento de ellos, le puso en libertad, pero exigió a Raimundo que prestase juramento de no inmiscuirse nunca más en los asuntos del norte de Siria [6]. Una vez libre, Raimundo marchó en dirección sur para atacar Tortosa. De acuerdo con su juramento, cuando pasó por Laodicea dio orden a su esposa y sus tropas para que evacuasen la ciudad y se uniesen a él. La guarnición bizantina quedó sin el apoyo provenzal. Después, a principios de la primavera de 1102, Tancredo avanzó sobre Laodicea. Pero sus murallas eran sólidas y la guarnición se batía bien, mientras unidades de la flota imperial aseguraban los suministros. El sitio duró cerca de un año, pero durante las primeras semanas de 1103, Tancredo, que tenía por entonces barcos genoveses a su servicio para interrumpir las comunicaciones entre Laodicea y Chipre, preparó una estratagema para que los hombres de la guarnición salieran de la ciudad, y cayó sobre ellos, y los hizo prisioneros. Entonces la ciudad capituló [7].

Estos hechos no agradaron al emperador Alejo. Ya se había enfurecido por el destierro del patriarca griego de Antioquía, Juan el Oxita, y por las noticias de que el alto clero griego iba siendo ahora destituido y reemplazado por latinos. A principios de 1102 recibió una carta del rey Balduino, que había oído el rumor de que la falta de ayuda bizantina había contribuido al fracaso de las Cruzadas de 1101, y que escribía para pedir al Emperador que diera su pleno apoyo a cualquier nueva cruzada. La carta fue enviada con un obispo llamado Manasses, que había ido a Palestina con Ekkehard, en 1101,

[5] Ibn al-Qalanisi, *Damascus Chronicle*, págs. 51-2.

[6] Alberto de Aix (VIII, 42, págs. 582-3) afirma que Raimundo juró no intentar conquistas en Siria, al norte de Acre, pero como no se objetó nada a su ataque a Tortosa, se deduce que el juramento comprendía solamente las tierras desde Laodicea hacia el Norte.

[7] Rodolfo de Caen, cxliv, págs. 708-9; Ana Comneno, IX, vii, 7, vol. III, pág. 36.

y que volvía entonces de Jerusalén. Parece que estaba redactada en términos corteses y la acompañaban algunos obsequios; por eso creyó Alejo que podía hablar con franqueza al obispo y referirle todos sus agravios. En este punto juzgó equivocadamente al mensajero. El obispo era más latino que cristiano, y no sentía ninguna simpatía por los griegos. A requerimiento del Emperador marchó a Italia e informó al Papa de todo lo que se le había dicho, pero lo matizó, de suerte que el Papa montó en cólera contra Bizancio. De haber vivido entonces el papa Urbano II no habría surgido ningún contratiempo, porque Urbano tenía un punto de vista amplio y no quería disputas con la Cristiandad oriental. Pero su sucesor, Pascual II, era un hombre menos dotado, miope y fácilmente influenciable. En seguida se halló dispuesto a aceptar la opinión franca de ver en el Emperador a un enemigo. Alejo no obtuvo respuesta [8].

Luego intentó Tancredo inmiscuirse en los asuntos del reino de Jerusalén. El rey Balduino desterró al patriarca Daimberto en 1101. Tancredo en seguida le recibió con agrado en Antioquía, donde puso a su disposición la iglesia de San Jorge. Cuando, algunos meses después, Balduino fue derrotado por los sarracenos en Ramleh y pidió ayuda a los príncipes del Norte, Tancredo se negó a prestársela, a menos que Daimberto fuese repuesto en Jerusalén. Balduino accedió y con ello creció la fama de Tancredo. Pero declinó cuando Daimberto fue condenado por un concilio y nuevamente desterrado. Tancredo le volvió a ofrecer hospitalidad, pero ya no siguió apoyando con tanto ahínco su causa [9].

Las actividades de Tancredo no eran totalmente del agrado de su vecino de Edesa, Balduino de Le Bourg. El padre de Balduino, el conde Hugo I de Rethel, era hijo de la princesa de Boloña, tía de Godofredo de Lorena y del rey Balduino, y Balduino, que era segundón, vino a Oriente con sus primos. Cuando Balduino I se estableció en Edesa, él se quedó atrás con Bohemundo y sirvió de enlace entre los dos príncipes. Al ser hecho prisionero Bohemundo, Baldui-

[8] Alberto de Aix, VIII, 41, 47-8, págs. 582, 584-5. Alberto llama a Manasses obispo de 'Barzenona' o 'Barcinona', nombres con los que generalmente se designa a Barcelona (Chalandon, *Règne d'Alexis Ier Comnène,* pág. 237; Leib, *Rome, Kiev et Byzance,* págs. 273-4; Norden, *Das Papsttum und Byzanz,* página 70). Pero en aquel tiempo el obispo de Barcelona era Berenguer II, un anciano que nunca salió de su diócesis (Baudrillart, *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie Ecclésiastique,* artículo 'Barcelona'). Es más probable que el obispo fuera un italiano, pero resulta imposible identificar su sede. Debió presentar su queja en el Sínodo que el papa Pascual convocó en Benevento, en 1102 (*Annales Beneventani,* ed. ann. 1102, en *M. G. H. Ss.,* vol. III, pág. 183). Alberto de Aix dice que se encontró al Papa en Benevento.

[9] Véase *infra,* págs. 84-86.

no de Le Bourg se hizo cargo de Antioquía, hasta que fue llamado a Jerusalén Balduino de Edesa. Este dio después en feudo el condado de Edesa a su primo Balduino de Le Bourg, para gobernarlo con autonomía, aunque bajo la soberanía de Jerusalén. No fue una situación fácil la que heredó. Sus tierras no tenían fronteras naturales y estaban constantemente expuestas a invasiones. Sólo podía gobernar situando guarniciones en las ciudades principales y en los castillos, y para ello necesitaban siervos y compañeros en los que poder confiar. Estando mal provisto de hombres de su propia raza se impuso como meta el mantener excelentes relaciones con los cristianos nativos. Casi su primer acto como conde de Edesa fue casarse con una princesa local, Morfia, la joven hija del anciano Gabriel, señor de Melitene, armenio de raza, pero que profesaba en la Iglesia ortodoxa. Al mismo tiempo trató de conquistar y conquistó el apoyo de los armenios de la Iglesia separada, cuyo gran historiador, Mateo de Edesa, abundó en elogios hacia su naturaleza amable y la pureza de su vida privada, aunque lamentaba su ambición y avaricia. Balduino, sobre todo, favorecía a los armenios porque podía utilizarlos como soldados, pero también era bueno para con sus súbditos sirios jacobitas, y hasta consiguió conjurar un cisma dentro de su Iglesia. La única acusación contra él era su rapacidad. Siempre se vio agobiado por la necesidad de dinero y lo sacaba de donde podía. Pero sus métodos eran menos arbitrarios y más suaves que los de Balduino I. Sus caballeros se sintieron encantados, especialmente cuando consiguió sacar a su suegro 30.000 besantes al manifestar que debía esta cantidad a sus hombres, y que les había jurado que si no les podía pagar se afeitaría la barba. Los armenios, igual que los griegos, consideraban necesaria la barba para la dignidad viril, y les molestaban las caras afeitadas de tantos cruzados. Gabriel pensó que un yerno sin barba sería nocivo a su prestigio, y cuando los hombres de Balduino, tomando parte en la comedia, corroboraron que su jefe realmente había prestado tal juramento, Gabriel se apresuró a entregar la cantidad necesaria para impedir tan lamentable humillación, y obligó a Balduino a hacer un nuevo juramento en el sentido de que nunca más volvería a pignorar su barba [10].

A principios de su reinado, Balduino II tuvo que hacer frente a un ataque de los ortóquidas de Mardin. El emir Soqman envió un ejército contra Saruj, una ciudad musulmana que Balduino I había conquistado y puesto bajo la autoridad de Fulquerio de Chartres. Balduino II se apresuró a ayudar a Fulquerio, pero fue derrotado en

[10] Guillermo de Tiro, X, 24, págs. 437-8; XI, II, págs. 469-72, narra el relato del matrimonio de Balduino y de su barba. Mateo de Edesa, CCXXV, página 296, habla de él con respeto, pero sin afecto.

la batalla que siguió, y Fulquerio murió asesinado. La ciudad fue tomada por los musulmanes, pero la ciudadela resistió bajo Benedicto, el arzobispo latino de Edesa, mientras Balduino se trasladó a toda prisa a Antioquía para tomar tropas a su servicio y reforzar su ejército. A su regreso fue más afortunado. Soqman fue expulsado de la ciudad con graves pérdidas. Los habitantes que habían tenido tratos con los ortóquidas fueron asesinados, y se hicieron muchos prisioneros, cuyo rescate enriqueció las arcas de Balduino [11].

Poco después, Balduino encontró un lugarteniente útil en la persona de su primo, Joscelino de Courtenay. Joscelino, cuya madre era tía de Balduino, era el segundón sin tierras del señor de Courtenay, y probablemente llegó a Oriente con su vecino más próximo, el conde de Nevers. A su llegada, Balduino le dio en feudo la tierra del condado que estaba al oeste del Eufrates, con sus cuarteles generales en Turbessel. Demostró ser un amigo valiente, aunque su lealtad sería puesta en duda más adelante [12].

Según pasaba el tiempo, Balduino parece ser que iba sospechando de las ambiciones de Tancredo, y deseó el regreso de Bohemundo a Antioquía. De acuerdo con el patriarca Bernardo, inició negociaciones con el emir danishmend para asegurar su liberación. Tancredo no tomó parte en las conversaciones. El emperador Alejo ya había ofrecido al emir la enorme suma de 260.000 besantes por la entrega de la persona de Bohemundo, y el emir habría aceptado de no haberse enterado de ello el sultán seléucida Kilij Arslán. Este, como señor supremo de los turcos anatolianos, exigió la mitad de cualquier rescate que pudieran recibir los Danishmend. La disputa surgida entre los dos príncipes turcos impidió la aceptación inmediata del ofrecimiento del Emperador, pero sirvió al útil propósito de romper su alianza. Bohemundo, en su cautividad, estaba enterado de estas negociaciones. Aún era un hombre hermoso y encantador, y las damas del séquito del emir se interesaron por él. Tal vez con ayuda de ellas pudo convencer a su capturador de que era preferible un arreglo privado con los francos de Siria, que implicase la promesa de su alianza, que un trato con el Emperador, en el que pretendían inmiscluirse los seléucidas. El emir accedió a dejar en libertad a Bohemundo por la suma de 100.000 besantes [13].

[11] Mateo de Edesa, clxviii, págs. 232-3; Ibn al-Qalanisi, págs. 50-1; Al-Azimi, pág. 494.

[12] Guillermo de Tiro, X, 24, pág. 437.

[13] Alberto de Aix, IX, 33-6, págs. 610-12; Orderico Vital, X, 23, vol. IV, pág. 144, relata las relaciones amorosas de Bohemundo con una hija de los Danishmend, mientras que los *Miracula S. Leonardi (Aa. Ss. Nov.*, vol. III, páginas 160-8, 179-82) suponen que esta dama era la esposa cristiana del emir.

Mientras continuaban las negociaciones, el ejército danishmend atacó Melitene. Su gobernante, Gabriel, tuvo que recurrir a su yerno, Balduino, para que le ayudara; pero Balduino no hizo nada, probablemente porque no quería molestar en esta coyuntura al emir. Los súbditos de Gabriel no le querían a causa de su religión ortodoxa. Los sirios, sobre todo, nunca le perdonaron que hubiese condenado a muerte por traición a uno de sus obispos. El y su ciudad cayeron, pero uno de sus castillos resistió. Se pidió a Gabriel que les ordenara la rendición. Como la guarnición no le obedeció, fue ejecutado delante de sus murallas [14].

En Melitene, pocos meses después, en la primavera de 1103, Bohemundo fue entregado a los francos. El dinero para el rescate lo habían proporcionado Balduino y el patriarca Bernardo, con la ayuda del reyezuelo armenio Kogh Vasil y de los parientes de Bohemundo en Italia. Tancredo no contribuyó con nada. Bohemundo marchó en seguida a Antioquía, donde fue repuesto en su cargo. Públicamente dio las gracias a Tancredo por haber administrado el principado durante su ausencia, pero en privado hubo alguna fricción entre el tío y el sobrino, ya que Tancredo no comprendía por qué tenía que entregar a Bohemundo las conquistas que había realizado él durante su mandato como regente. La opinión pública le obligó a ceder, y fue recompensado con un pequeño feudo dentro del principado. Legalmente podía haber reclamado la devolución de Galilea a Balduino I, pero pensó que no valía la pena [15].

Los francos celebraron la vuelta de Bohemundo con una ofensiva general contra sus vecinos. En el verano de 1103, Bohemundo, con Joscelino de Courtenay, corrió el territorio de Alepo. Conquistaron la ciudad de Muslimiye, al norte de Alepo, y consiguieron imponer un enorme tributo a los musulmanes de la región, que se empleó en devolver el dinero a los francos, que se lo habían prestado a Balduino y al patriarca para reunir el rescate de Bohemundo [16]. Luego se volvieron contra los bizantinos. Alejo, después de escribir a Bohe-

Mateo de Edesa (clxxviii, pág. 252) dice que Ricardo del Principado fue rescatado por Alejo; pero Ricardo ya estaba en Siria antes de que Bohemundo consiguiese la libertad (*Miracula S. Leonardi*, pág. 157). Rodolfo de Caen afirma que Balduino obró por antipatía hacia Tancredo (cxlvii, pág. 709). Ibn al-Qalanisi (pág. 59) informa acerca de la disputa entre los gobernantes seléucidas y danishmend.

[14] Miguel el Sirio, III, págs. 185-9.

[15] Véase *supra*, pág. 42. Fulquerio (II, xxiii, I, pág. 460) dice que Tancredo fue 'debidamente' recompensado, pero Radulfo afirma que sólo se le dieron dos pequeños pueblos (*loc. cit.*).

[16] Kemal ad-Din, pág. 591; Ibn al-Athir (*Kamil at-Tawarikh*, pág. 212) añade que Bohemundo se apoderó de dinero de Qinnasrin.

mundo para requerirle que devolviera las ciudades cilicianas, envió al general Butumites para reconquistarlas. Pero la tropa de Butumites no era de confianza. Entró en Cilicia en el otoño de 1103, mas pronto constató que la tarea era superior a sus fuerzas, y supo que los francos pensaban extenderse hacia el Norte hasta Marash, que el armenio Tatoul gobernaba en nombre del Emperador. Se desvió a toda prisa hacia Marash, y seguramente gracias a esto salvó de momento a Tatoul. Pero se le ordenó que regresara a Constantinopla. A principios de la primavera siguiente, Bohemundo y Joscelino avanzaron sobre Marash. Tatoul se encontraba impotente. El ejército bizantino estaba lejos. Los turcos danishmend se hallaban ahora en buenas relaciones con los francos. Entregó su ciudad a Joscelino, que le permitió retirarse a Constantinopla, mientras Bohemundo conquistaba la ciudad de Albistan, al norte de Marash [17].

Los francos se sintieron ahora libres de ataques procedentes de Anatolia. Podían volverse hacia los musulmanes del Este. En marzo de 1104, Bohemundo volvió a invadir las tierras de Ridwan de Alepo y tomó la ciudad de Basarfut, en el camino de Antioquía a Alepo; pero su intento contra Kafarlata, al Sur, fracasó debido a la resistencia de la tribu local de los Banu Ulaim. Joscelino, entretanto, cortó las comunicaciones entre Alepo y el Eufrates [18]. Pero si pretendían aislar de verdad a los musulmanes de Siria de los del Iraq y de Persia, los cristianos tenían que ocupar la gran fortaleza de Harran, situada entre Edesa y el Eufrates, en el Jezireh septentrional. Si conquistaban Harran, los francos podían incluso proyectar una expedición contra Mosul y Mesopotamia. En la primavera de 1104 las condiciones parecían favorables. Durante el año de 1103, todo el mundo musulmán oriental estuvo desgarrado por una guerra civil entre el sultán seléucida Barkiyarok y su hermano Mohammed. Hicieron las paces en enero de 1104, y el sultán conservaba Bagdad y la meseta occidental irania. Su tercer hermano, Sanjar, ya había obtenido Khorassan y el Irán oriental, y Mohammed obtuvo el Iraq del norte y el Jezireh y derechos de soberanía sobre Diarbekir y toda Siria. Era un arreglo incómodo. Cada uno de los hermanos pensaba en dejar de cumplirlo cuanto antes, y entretanto intrigaban para encontrar aliados entre todos los príncipes turcos y árabes. En el Jezireh, la muerte, en 1102, del atabek de Mosul, Kerbogha, a quien habían derrotado los francos en Antioquía, provocó una guerra civil. El príncipe ortóquida de Mardin, Soqman, había fracasado en ase-

[17] Ana Comneno, XI, ix, 1-4, vol. III, págs. 40-1; Mateo de Edesa, clxxxvi, pág. 257, supone equivocadamente que la conquista de Marash tuvo lugar después de la batalla de Harran (Radulfo de Caen, cxlviii-cl, págs. 710-2).

[18] Kemal ad-Din, págs. 591-2; *Zettersteen Chronicle*, pág. 239.

gurar la sucesión a favor de su candidato y se hallaba en guerra con el nuevo atabek, Jekermish, nombrado por el seléucida Mohammed. La fortaleza de Harran había pertenecido a un general turco, Qaraja, que había sido mameluco al servicio de Malik Shah; pero su conducta brutal provocó la rebelión de los habitantes y la entrega del gobierno a un tal Mohammed de Isfahan. Mohammed, en cambio, fue asesinado por un antiguo paje de Qaraja, llamado Jawali, en el que había confiado temerariamente. Pero la autoridad de Jawali era muy incierta; entretanto, Harran empezó a sufrir las correrías de los francos de Edesa, que devastaban sus campos e interrumpían su comercio. Era evidente que pensaban avanzar pronto [19].

Cundió la alarma entre Soqman de Mardin y Jekermish de Mosul. El peligro común les indujo a olvidar su antigua disputa y a unirse en una expedición contra Edesa, para atacar antes de que fueran atacados. A principios de mayo de 1104 avanzaron juntos contra Edesa, Soqman con una gran fuerza de caballería ligera turcomana y Jekermish con un ejército ligeramente inferior, compuesto de turcos seléucidas, kurdos y árabes. Balduino se enteró de que se estaban concentrando en Ras al-Ain, a unas setenta millas de su capital. Pidió ayuda a Joscelino y a Bohemundo, y propuso que podían desviar el ataque haciendo ellos mismos un intento contra Harran. Dejando una pequeña guarnición en Edesa, hizo el camino a Harran con un exiguo grupo de caballeros y de levas de infantería armenia. Le acompañaba el arzobispo de Edesa, Benedicto. Cerca de Harran fue alcanzado por Joscelino, con las tropas de sus tierras, y por el ejército de Antioquía, al mando de Bohemundo, Tancredo, el patriarca Bernardo y Daimberto, ex-patriarca de Jerusalén. Todo el ejército franco sumaba cerca de tres mil hombres de a caballo y unas tres veces más sería el número de los de infantería. Este ejército constaba de todas las fuerzas de combate de los francos del norte de Siria, aparte las guarniciones de las fortalezas.

El ejército se concentró delante de Harran, mientras los príncipes musulmanes estaban aún a alguna distancia por el Nordeste, avanzando sobre Edesa. Si los francos hubiesen intentado tomar la fortaleza por asalto, Harran hubiese sido suya; pero no querían dañar las fortificaciones, que esperaban usar más adelante ellos mismos. Pensaban que la guarnición podía ser atemorizada hasta el punto de llegar a rendirse. Era una esperanza lógica. Los musulmanes dentro

[19] Para el trasfondo de la campaña de Harran, véase Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 236-7, con referencias. Nicholson, en su tesis sobre Tancredo, páginas 138-42, subraya que la campaña no formaba parte de una política general de expansión, sino que fue la contestación a una amenaza de los musulmanes. Pero Harran era, sin duda, una meta última de los francos.

de la ciudad eran débiles; casi en seguida iniciaron negociaciones. Pero, después, Balduino y Bohemundo disputaron sobre la cuestión de cuál estandarte de los de ambos jefes se izaría primero en las murallas. La dilación fue causa de su ruina. Antes de que hubieran terminado la disputa, el ejército turco giró en dirección sur y se hallaba sobre ellos.

La batalla se libró en las orillas del río Balikh, cerca del antiguo campo de Carrhae, donde, siglos antes, Craso y las legiones romanas fueron aniquiladas por los partos. La estrategia franca consistía en que el ejército de Edesa, a la izquierda, distrajera a la mayor parte de las fuerzas enemigas, mientras el ejército de Antioquía estaba oculto detrás de una baja colina a una milla a la derecha, dispuesto a intervenir en al momento decisivo. Pero los musulmanes proyectaban algo parecido. Una sección de su ejército atacó el flanco izquierdo de los francos, después dio media vuelta y huyó. Los edesanos creyeron que habían obtenido una fácil victoria y les persiguieron a toda prisa, perdiendo el contacto con sus compañeros de la derecha. Cruzaron el río y cayeron directamente en una emboscada tendida por el ejército principal. Muchos de ellos fueron muertos allí mismo; los restantes dieron media vuelta y huyeron. Cuando Bohemundo, que había rechazado un pequeño destacamento frente a él, se disponía a participar en la batalla, sólo encontró un torrente de fugitivos en la lejanía, arrastrándose al otro lado del río, donde nuevos núcleos de turcos caían sobre ellos. Vio que todo estaba perdido y se alejó rápidamente, salvando sólo a algunos edesanos. Cuando los combatientes pasaban por debajo de las murallas de Harran, la guarnición cayó sobre ellos y en la confusión mató, con entusiasmo, tantos perseguidores musulmanes como francos. El ejército de Antioquía escapó sin grandes pérdidas; pero el de Edesa perdió casi todos sus hombres, que fueron capturados o muertos. El patriarca Bernardo estaba tan asustado que, cuando huía, cortó la cola de su caballo, no fuera que algún turco pudiera cogerle por ella, aunque en aquel momento no había ningún enemigo a la vista.

Entre los primeros que cayeron prisioneros se hallaba el arzobispo Benedicto. Pero, debido a la complicidad de su carcelero, un cristiano renegado, o a un contraataque antioqueno, fue pronto libertado. Balduino y Joscelino huyeron juntos a caballo, pero se les dio alcance en el lecho del río. Fueron llevados como prisioneros a la tienda de Soqman [20].

[20] Alberto de Aix, IX, 38-42, págs. 614-16; Radulfo de Caen, cxlviii, páginas 710-11; Fulquerio de Chartres, II, xxvii, 1-13, págs. 468-77; Ibn al-Qalanisi, págs. 60-1; Ibn al-Athir, págs. 221-3; Sibt ibn al-Djauzi, pág. 537;

Temiendo con razón que los turcos atacarían después Edesa, Bohemundo y Tancredo se apresuraron a organizar la defensa. Una vez más la desgracia de un colega se convirtió en ventaja para Tancredo. Los caballeros que se habían quedado en Edesa, con el arzobispo al frente, le suplicaron que se hiciera cargo de la regencia hasta que Balduino fuese puesto en libertad. Tancredo aceptó gustoso el ofrecimiento; y Bohemundo, igual que Balduino I cuatro años antes, se sintió aliviado al verle marchar. Tancredo permaneció en Edesa con los restos del ejército edesano y con las tropas que pudo proporcionarle Bohemundo, mientras Bohemundo regresó a Antioquía, cuyos vecinos estaban disponiéndose a sacar ventaja del desastre franco [21].

La batalla de Harran fue el complemento de las Cruzadas de 1101. En conjunto, acabaron con la leyenda de que los francos eran invencibles. Las derrotas de 1101 habían significado que la Siria del Norte había quedado privada de los refuerzos de Occidente, necesarios si se pretendía establecer sólidamente en aquella región la dominación franca; y Harran significaba que, a la larga, el condado de Edesa estaba condenado a muerte y que Alepo no caería jamás en manos francas. La cuña que los francos habían pensado mantener entre los tres centros musulmanes de Anatolia, el Iraq y Siria estaba clavada con poca seguridad. Y no sólo se beneficiarían de ello los musulmanes. El Emperador, resentido, vigilaba en Bizancio y no se entristeció al conocer el descalabro de los francos.

Las consecuencias inmediatas no fueron tan fatales como podía haberse temido. La alianza entre Soqman y Jekermish no sobrevivió mucho tiempo a su victoria. Las tropas turcomanas del primero eran las que habían hecho más prisioneros y capturado mayor botín; y el segundo tenía envidia. Su regimiento seléucida atacó la tienda de Soqman y se llevó a Balduino. Los turcomanos estaban furiosos; pero Soqman demostró el suficiente dominio de sí mismo para renunciar a un contraataque. Se resignó con la pérdida de su valioso prisionero y, después de reducir unas pocas fortalezas cristianas fronterizas por la simple estratagema de vestir a sus soldados con las ropas de sus víctimas francas, se retiró a Mardin y no siguió participando en la guerra [22]. Jekermish siguió combatiendo. Primero, para protegerse contra Soqman, conquistó los castillos francos en el Shahbaq-

Mateo de Edesa, clxxxii, págs. 254-5. Miguel el Sirio, III, pág. 195; *Chron. Anon. Syr.*, págs. 78-80. Los relatos de la batalla son algo contradictorios.

[21] Radulfo de Caen, cxlviii, pág. 712; Alberto de Aix, *loc. cit.;* Mateo de Edesa, clxxxii, pág. 256.

[22] Ibn al-Athir, *loc. cit.* Se atribuye a Soqman el haber dicho: «Preferiría perder mi bienestar antes que permitir que los cristianos nos vituperen alocadamente.»

tan, al este de Edesa, y después marchó sobre la capital. La indecisión franca salvó a Harran para el Islam. Ahora la indecisión musulmana salvó a Edesa para la Cristiandad. Tancredo tuvo tiempo de reparar las defensas de la ciudad, y pudo resistir contra el primer ataque de Jekermish, gracias en gran medida a la lealtad y al valor de los armenios locales. Pero los ataques fueron tan vigorosos, que pidió ayuda urgente a Bohemundo. Bohemundo estaba sumido en sus propios problemas, aunque la amenaza sobre Edesa era más importante. Salió en seguida en ayuda de su sobrino; mas las malas condiciones de los caminos entorpecieron su marcha. Tancredo, a la desesperada, ordenó una salida de su guarnición para antes del amanecer. En la oscuridad, sus hombres cayeron sobre los turcos dormidos y confiados, y su victoria se redondeó con la llegada de Bohemundo. Jekermish huyó, presa del pánico, abandonando los tesoros de su campamento. Los francos se habían sacado la espina de Harran y Edesa se salvó [23].

Entre los prisioneros que cayeron en manos de Tancredo se hallaba una princesa seléucida de alcurnia que pertenecía al séquito del emir. En tan alta estima tenía Jekermish a esta dama que ofreció pagar por su rescate 15.000 besantes, o bien canjearla por Balduino. Llegaron noticias de la propuesta a Jerusalén y el rey Balduino se apresuró a escribir a Bohemundo para pedirle que no perdiera esa oportunidad de obtener la libertad del conde. Pero Bohemundo y Tancredo necesitaban dinero, mientras el regreso de Balduino habría privado de su puesto actual a Tancredo y éste habría tenido que volver al lado de su tío. Contestaron que no sería diplomático que se mostrasen demasiado ansiosos de aceptar la oferta; Jekermish aumentaría el precio del rescate si los veía vacilar. Pero entretanto negociaron con el emir la solución por el dinero, y Balduino siguió en su cautiverio [24].

Habiéndose así enriquecido mediante el sacrificio de su compañero, Bohemundo y Tancredo volvieron a enfrentarse con los enemigos que estaban atacándolos. Jekermish no volvió a intentar el ataque de Edesa, y Tancredo pudo reparar las defensas de la ciudad. Pero Bohemundo tuvo que afrontar en seguida una invasión de Ridwan de Alepo en las zonas orientales de su principado. En junio, los habitantes armenios de Artah entregaron su ciudad a los musulmanes, encantados de escapar de la tiranía de Antioquía. Las ciudades de Maarat, Misrin y Sarman, en la frontera, siguieron el ejemplo, y las pequeñas guarniciones francas de Maarat al-Numan, Albara

[23] Alberto de Aix, IX, 43, págs. 617-18; Ibn al-Athir, pág. 223; Ibn al-Qalanisi, págs. 69-70.

[24] Alberto de Aix, IX, 46, págs. 619-20.

y Kafartab, que de esta suerte quedaron aisladas, se retiraron a Antioquía. Entretanto, Ridwan saqueó el principado hasta el puente de Hierro. En el lejano Norte, la guarnición de Bohemundo en Albistan sólo se mantuvo por el sistema de encarcelar a los armenios locales de importancia, que estaban conspirando con los turcos. Todo el Estado de Bohemundo hubiese podido peligrar, de no haber muerto Duqaq de Damasco a fines de junio de 1104, por lo que la atención de Ridwan se centró en la lucha por la sucesión entre los dos hijos de Duqaq, Buri e Iltash[25].

El fracaso de Bohemundo frente al ataque de Ridwan se debió a su preocupación por los asuntos bizantinos. El emperador Alejo estaba ahora en buenas relaciones con los estados francos situados más al Sur. Raimundo de Tolosa era aún su amigo íntimo, y se había ganado la buena voluntad del rey Balduino por haber pagado el rescate de muchos francos distinguidos que estaban cautivos en Egipto. Su generosidad había sido prudentemente calculada. Quería trazar un tajante contraste entre su actitud y la conducta de Bohemundo y Tancredo para con Balduino de Edesa; y ello recordaba a los francos que él poseía una influencia y un prestigio que respetaban los fatimitas. Cuando, en consecuencia, tomó la iniciativa contra Antioquía, el príncipe no recibió ayuda de sus colegas. Alejo ya había fortificado Corico y Seleucia, en la costa ciliciana, para impedir una agresión antioquena en la Cilicia occidental. En el verano de 1104, un ejército bizantino, al mando del general Monastras, reconquistó sin dificultad las ciudades de la Cilicia oriental, Tarso, Adana y Mamistra; mientras una escuadra mandada por el almirante imperial Cantacuceno, que había entrado en aguas chipriotas en persecución de una flota pirata genovesa, se aprovechó de la situación de Bohemundo y puso rumbo a Laodicea, donde se apoderó del puerto y la parte baja de la ciudad. Bohemundo acudió a toda prisa con las tropas francas que había podido reunir para reforzar la guarnición de la ciudadela y sustituir a su jefe, del que no se fiaba. Pero, careciendo de poder naval, no intentó expulsar a los bizantinos de sus posiciones[26].

En el otoño, Bohemundo se sentía desesperado. En septiembre celebró consejo con sus vasallos en Antioquía, y llamó a Tancredo. Les habló con franqueza de los peligros que acechaban al principado. La única solución era, según él, conseguir refuerzos de Europa. Iría a Francia y usaría de su prestigio personal para reclutar la gente necesaria. Tancredo, respetuosamente, se brindó a llevar a cabo la

[25] Radulfo de Caen, *loc. cit.;* Kemal ad-Din, págs. 592-3; Sibt ibn al-Djauzi, pág. 529; Ibn al-Qalanisi, págs. 62-5.
[26] Ana Comneno, XI, X, 9-xi, 7, vol. III, págs. 45-9.

tarea; pero su tío contestó que él no contaba con la suficiente autoridad en Occidente. Debería quedarse allí como regente de Antioquía. Rápidamente se hicieron los preparativos para la marcha de Bohemundo. A fines de otoño zarpó del puerto de San Simeón, llevando consigo todo el oro y la plata, las alhajas y los objetos de valor que había disponibles, y copias de los *Gesta Francorum*, la historia anónima de la primera Cruzada contada desde el punto de vista normando. En estas copias Bohemundo intercaló un pasaje que afirma que el Emperador le había prometido el señorío de Antioquía [27].

Tancredo entonces se hizo cargo del gobierno de Antioquía, jurando, al mismo tiempo, que devolvería Edesa a Balduino en cuanto éste saliera del cautiverio. Entretanto, como Tancredo no podía gobernar debidamente Edesa desde Antioquía, nombró a su primo y cuñado, Ricardo de Salerno, delegado suyo al otro lado del Eufrates [28].

Bohemundo llegó a sus tierras de Apulia a principios del nuevo año. Permaneció allí hasta el mes de septiembre, ocupándose de sus asuntos personales, que necesitaban su supervisión después de una ausencia de nueve años, y organizando grupos de normandos para unirse a sus hermanos en Oriente. Después marchó a Roma, donde visitó al papa Pascual. Bohemundo subrayó, en presencia del Papa, que el gran enemigo de los latinos en Oriente era el emperador Alejo. Pascual, ya mal dispuesto contra Alejo por el obispo Manasses, en seguida manifestó su acuerdo con dichas opiniones. Cuando Bohemundo prosiguió viaje a Francia le acompañó el legado papal Bruno, que recibió instrucciones de predicar la guerra santa contra Bizancio. Fue un momento crucial en la historia de las Cruzadas. La política normanda, que aspiraba a quebrantar el poder del Imperio oriental, se convirtió en la política oficial de las Cruzadas. Los intereses de la Cristiandad como conjunto tenían que ser sacrificados a los intereses de unos aventureros francos. El Papa se arrepentiría

[27] Ana Comneno, XI, xii, 1-3, vol. III, págs. 50-1, refiere que él quiso hacer creer que estaba muerto, para pasar desapercibido al embarcar; Alberto de Aix, IX, 47, pág. 620; Fulquerio de Chartres, II, xxix, I, págs. 482-3; Radulfo de Caen, clii, cliii, págs. 712-14; Ibn al-Qalanisi, *op. cit.*, pág. 66; Mateo de Edesa, clxxxii, págs. 255-6. Acerca de la interpolación en los *Gesta*, véase Krey, 'A neglected passage in the *Gesta*', en *The Crusades and other Historical Essays*, homenaje a D. C. Munro. Los *Annales Barenses*, pág. 155, relatan la llegada de Bohemundo a Italia.

[28] Mateo de Edesa, clxxxix, pág. 260; Miguel el Sirio, III, pág. 195; Ibn al-Athir, págs. 262-3. Tancredo a partir de este momento se llama a sí mismo en las cartas de privilegio 'Tancredus Dux et Princeps Antiochenus' (Röhricht, *Regesta*, pág. 11). En las cartas privilegio de la primera época es llamado 'Princeps', sin asignarle territorio (*ibid.*, pág. 5). Era todavía príncipe titular de Galilea.

más tarde de su imprudencia; pero el daño estaba hecho. El resentimiento de los caballeros occidentales y del populacho contra la altivez del Emperador, la envidia que sentían de su riqueza y las sospechas que les infundían los cristianos que usaban un ritual que ellos no podían entender, recibieron sanción oficial de la Iglesia de Occidente. A partir de entonces, aunque el Papa hubiese modificado su criterio, los occidentales encontraban justificada cualquier acción hostil contra Bizancio. Y los bizantinos, por su parte, vieron convertidas en realidad sus peores sospechas. La Cruzada, con el Papa a la cabeza, no era un movimiento para socorrer a la Cristiandad, sino un instrumento para el imperialismo occidental, carente de escrúpulos. Este desgraciado acuerdo entre Bohemundo y el papa Pascual contribuyó muchísimo más a hacer definitiva la separación entre las Iglesias oriental y occidental, que la controversia entre el cardenal Humberto y Miguel Cerulario.

Bohemundo fue bien recibido en Francia. Pasó algún tiempo en la corte del rey Felipe, que le dio permiso para reclutar gente en el reino, y gozó del apoyo activo de la ávida delegada de los cruzados Adela, condesa de Blois. Adela no sólo le presentó a su hermano, Enrique I de Inglaterra, a quien vio en Normandía en Pascua de Resurrección el año 1106 y que le prometió alentar su obra, sino también concertó para él una boda espectacular con la hija del rey Felipe Constanza, la divorciada condesa de Champagne. La boda se celebró a finales de la primavera de 1106, y al mismo tiempo Felipe accedió a ofrecer la mano de su hija menor, Cecilia, habida en su unión adúltera con Bertrada de Monfort, a Tancredo. Constanza nunca fue a Oriente. Su vida matrimonial y su viudedad transcurrieron en Italia. Pero Cecilia se embarcó para Antioquía a fines del año. Estas uniones con miembros de la familia real favorecieron mucho el prestigio de los príncipes normandos [29].

Bohemundo permaneció en Francia hasta fines de 1106, en que regresó a Apulia. En su patria proyectó su nueva Cruzada, que debía empezar con un ataque intransigente al Imperio bizantino.

[29] Orderico Vital, XI, vol. IV, págs. 210-13; Suger, *Vita Ludovici*, págs. 29-30; *Chronicon S. Maxentii*, pág. 423; *Chronicon Vindocinense*, págs. 161-2; Guillermo de Tiro, XI, I, pág. 450; Ana Comneno, xii, i, I, vol. III, pág. 53. El matrimonio entre Constanza y Bohemundo se efectuó, según Luchaire, *Louis VI le Gros*, pág. 22, en abril o mayo de 1106. Probablemente fue después de esta fecha cuando Cecilia salió con dirección a Oriente. Su matrimonio, por tanto, debió de verificarse a finales de 1106. Mateo de Edesa *(loc. cit.)* cree que Bohemundo fue obligado a casarse con una dama rica, a la que llama esposa de Esteban Pol (confundiendo evidentemente a Hugo de Champagne con el cruzado Hugo de Saint Pol, amigo de Bohemundo). Ella le encarceló hasta que Bohemundo prestó consentimiento. El hubiera preferido volver a Oriente.

Animado por las noticias de que bajo el gobierno de Tancredo no había un peligro inmediato para Antioquía, no se dio prisa. El 9 de octubre de 1107 su ejército desembarcó en la costa del Epiro, en territorio imperial, en Avlona; y cuatro días después apareció ante la gran fortaleza de Dirraquio, llave de la península balcánica, que los normandos codiciaban desde hacía tiempo y que estuvo en su poder durante una temporada, un cuarto de siglo antes. Pero también Alejo dispuso de tiempo para hacer sus preparativos. Para salvar Dirraquio estaba dispuesto a sacrificar su frontera sudoriental, y concertó la paz con el sultán seléucida Kilij Arslan, al que pidió mercenarios. Encontrando la fortaleza demasiado poderosa y defendida con mucha tenacidad por su guarnición como para ser tomada por asalto, Bohemundo determinó asediarla. Pero, igual que en sus primitivas guerras contra Bizancio, la falta de poder naval fue su ruina. Casi en seguida, la flota bizantina cortó sus comunicaciones con Italia y bloqueó la costa. Después, a principios de la primavera siguiente, el grueso del ejército bizantino se cerró en torno a las fuerzas de Bohemundo. Cuando llegó el verano, la disentería, la malaria y el hambre empezaron a hacer estragos entre los normandos; al mismo tiempo, Alejo quebrantaba su moral esparciendo rumores y enviando cartas falsificadas a los jefes normandos, ardides que su hija Ana describía con amorosa admiración. Hacia septiembre, Bohemundo comprendió que estaba derrotado, y se rindió al Emperador. Fue un triunfo enorme para Bizancio, pues Bohemundo era por entonces el más célebre guerrero de la Cristiandad. El espectáculo de este formidable héroe, personalmente altanero frente al Emperador, incluso aunque se humillase ante él y obedeciendo su dictado, sirvió de testimonio de que nadie podía olvidar la invencible majestad del Imperio.

Alejo recibió a Bohemundo en su campamento, a la entrada de las hondonadas del río Devol. Se mostró con él cortés, aunque frío, y no perdió tiempo en ponerle delante el tratado de paz que había de firmar. Bohemundo, al principio, vaciló; pero el marido de Ana Comneno, Nicéforo Brienio, que se hallaba en el séquito de su suegro, le convenció de que no había opción para él.

El texto del tratado se conserva íntegro en las páginas de Ana Comneno. En él, Bohemundo empieza por expresar su contrición por haber quebrantado su primitivo juramento al Emperador. Después, juraba con la máxima solemnidad convertirse en vasallo y feudatario del Emperador y del heredero del Emperador, el porfirogeneta Juan, y que obligaría a todos sus hombres a hacer lo mismo. Para que no hubiera ningún equívoco sobre el alcance del concepto feudatario, se empleaba el término latino equivalente y se enumeraban todas las obligaciones de un vasallo. Seguiría siendo príncipe de An-

tioquía y gobernaría sobre el territorio bajo la soberanía del Emperador. Aquél comprendería la ciudad de Antioquía, su puerto, San Simeón, y las regiones del Nordeste, hasta Marash, además de las tierras que pudiera conquistar a los príncipes musulmanes de Alepo y de otros estados sirios del interior; pero las ciudades cilicianas y la costa en torno a Laodicea serían devueltas al gobierno directo del Emperador, y el territorio de los príncipes roupenianos debía quedar intacto. Se agregó un apéndice al tratado enumerando cuidadosamente las ciudades que iban a constituir los dominios de Bohemundo. Dentro de ellos Bohemundo ejercería la autoridad civil, pero el patriarca latino sería depuesto y sustituido por un patriarca griego. Había estipulaciones especiales para que, en el caso de que Tancredo o cualquier otro de sus hombres se negasen a cumplir las cláusulas del tratado, Bohemundo los redujera a la obediencia [30].

El tratado de Devol tiene interés porque revela la solución que Alejo proyectaba entonces para la cuestión de las Cruzadas. Estaba dispuesto a consentir que las zonas fronterizas, e incluso Antioquía, pasaran al dominio autónomo de un príncipe latino, siempre que el príncipe quedara vinculado a él por lazos de vasallaje de acuerdo con la costumbre latina y siempre que Bizancio conservara el dominio indirecto a través de la Iglesia. Más aún, Alejo se sentía responsable del bienestar de los cristianos orientales, e incluso deseaba salvaguardar los derechos de sus vasallos armenios poco recomendables, los roupenianos. El tratado se quedó en el papel. Pero fue suficiente para quebrantar a Bohemundo; éste nunca más se atrevió a regresar a Oriente. Se retiró, humillado y desacreditado, a sus posesiones de Apulia y murió allí, en 1111, como un oscuro reyezuelo italiano, dejando dos hijos varones de su matrimonio francés, que heredarían sus derechos sobre Antioquía. Fue un soldado valiente, un general osado y astuto y un héroe para sus secuaces, y su personalidad se destacó brillantemente sobre la de sus colegas de la primera Cruzada. Pero lo descomunal de su ambición sin escrúpulos fue causa de su caída. No había llegado aún la hora de que los cruzados pudieran destruir el baluarte de la Cristiandad oriental [31].

Como había observado con acierto Alejo, el tratado de Devol exigía la colaboración de Tancredo, y Tancredo, que no estaba nada triste de ver eliminado a su tío de los asuntos orientales, no tenía

[30] Ana Comneno, XII, iv, 1-3, viii, I-ix, 7, XIII, ii, I-xii, 28, vol. III, páginas 64-5, 77-85, 91-139. Véase Chalandon, *op. cit.*, págs. 237-50.

[31] Las diferentes crónicas señalan fechas diversas para la muerte de Bohemundo. Pero Rey (*Histoire des Princes d'Antioche*, pág. 334) y Hagenmeyer (*op. cit.*, pág. 298) estudian los datos y coinciden en indicar 1111 (el 6 de marzo, según la *Nécrologie de l'Abbaye de Molesme*, citada por Rey).

intención de convertirse en vasallo del Emperador. Su ambición era menos exagerada que la de Bohemundo, y se limitaba a la creación de un principado fuerte e independiente. Sus perspectivas eran poco esperanzadoras. Bohemundo le había dejado con pocos hombres y casi sin dinero. A pesar de ello decidió tomar la ofensiva. Un empréstito obligatorio impuesto a los ricos mercaderes de Antioquía volvió a llenar sus arcas y le permitió tomar a su servicio a mercenarios locales, y movilizó a todos los caballeros y jinetes de los que pudiera prescindirse en Edesa y Turbessel y en el territorio antioqueno. En la primavera de 1105 partió para reconquistar Artah. Ridwan de Alepo estuvo preparándose para ir en socorro de los Banū Ammar en su lucha contra los francos más al Sur; pero ante las noticias del avance de Tancredo, regresó para defender Artah. Los dos ejércitos se encontraron el 20 de abril, en la aldea de Tizin, cerca de Artah, en una desolada llanura salpicada de guijarros. Asustado por el número de la hueste turca, Tancredo propuso una entrevista con Ridwan, que habría aceptado de no haberle convencido su jefe de caballería; Sabawa, que atacase sin pérdida de tiempo. El terreno impidió a los turcos emplear su táctica acostumbrada. Cuando fue rechazado por los francos el primer ataque de su caballería, los turcos se replegaron para atraer al enemigo a un terreno más propicio, pero no consiguieron reorganizar sus filas para una segunda carga, y entretanto su infantería quedó aislada por la intervención de los caballeros francos. Al fracasar sus planes, fueron presa del pánico. Ridwan y su guardia personal partieron a galope hacia Alepo, y les siguió la mayor parte de la caballería. El resto y los soldados de infantería fueron degollados en el campo de batalla.

La victoria permitió a Tancredo reconquistar todo el territorio que había perdido el año anterior. La guarnición seléucida abandonó, a favor de él, la ciudad de Artah, y sus tropas persiguieron a los fugitivos hasta las murallas de Alepo, y saquearon a gran parte de la población civil que huía, aterrorizada, de la ciudad. Ridwan pidió la paz. Accedió a abandonar todo su territorio en el valle del Orontes y a pagar regularmente un tributo a Tancredo. Hacia fines de 1105 los dominios de Tancredo volvían a extenderse por el Sur hasta Albara y Maarat al-Numan [32].

En febrero de 1106, el emir de Apamea, Khalaf ibn Mula'ib, que no había sido hostil a los francos, fue asesinado por fanáticos de Alepo. Los asesinos disputaron después con su principal aliado en la ciudad, Abu'l Fath, que se había hecho cargo del gobierno y que pedía ahora ayuda de Ridwan. Tancredo, invitado por los armenios

[32] Radulfo de Caen, cliv, págs. 714-15; Alberto de Aix, IX, 47, págs. 620-1; Kemal ad-Din, pág. 593; Ibn al-Qalanisi, págs. 69-70; Ibn al-Athir, págs. 227-8.

locales, juzgó oportuno intervenir. Marchó hacia el Sur y asedió la ciudad. Pero Abu'l Fath restableció el orden, y los emires de Shaizar y Hama prometieron su ayuda. Tancredo tuvo que retirarse después de tres semanas, con el pretexto de que iba a socorrer a la guarnición de Laodicea, que, después de un bloqueo de dieciocho meses por los bizantinos, estaba expuesta al hambre. Abasteció la ciudad y regresó a Antioquía. Pasados algunos meses, uno de los hijos de Khalaf, Musbih ibn Mula'ib, que había escapado a la suerte de su padre, se presentó en Antioquía con un centenar de seguidores y convenció a Tancredo para volver a atacar Apamea. Con la ayuda de Musbih cercó de nuevo la ciudad, cavando un foso en torno a ella para impedir la entrada o la salida. Ninguno de los emires vecinos vino en auxilio de Abu'l Fath, y, después de algunas semanas, el 14 de septiembre de 1106, los musulmanes capitularon con la condición de salvar sus vidas. Tancredo accedió a sus peticiones y entró en la ciudad; después de ello, para complacer a Musbih, mandó matar a Abu'l Fath y a tres de sus compañeros. Los otros notables de Apamea fueron trasladados a Antioquía, donde permanecieron hasta que Ridwan concertó su rescate. En Apamea se estableció un gobernador franco, y a Musbih se le dio en feudo una tierra en las proximidades [33]. Poco después los francos reconquistaron Kafartab. Se hizo cargo de ella un caballero llamado Teófilo, que pronto se convirtió en el terror de los musulmanes de Shaizar [34].

Aseguradas de este modo sus fronteras este y sur, Tancredo podía volverse contra el enemigo que más odiaba, Bizancio. En el verano de 1107, cuando el ataque de Bohemundo en las provincias europeas era inminente. Alejo tuvo que retirar tropas de la frontera siria para afrontar lo que consideraba una amenaza grave. Cantacuceno fue llamado con muchos de sus hombres, y salió de Laodicea, y Monastras salió de Cilicia, que se dejó al mando del príncipe armenio de Lampron, el sbarabíada Oshin. En el invierno de 1108 o a principios de 1109, poco después de la humillación de Bohemundo en el Epiro, Tancredo invadió Cilicia. El Emperador había fracasado en su juicio sobre los hombres. Oshin descendía de alto linaje y tuvo fama en su juventud por su valor; pero ahora se había aficionado al lujo y la pereza. La llave de Cilicia era la fortaleza de Mamistra, en el río Jihan. Cuando avanzaron las fuerzas de Tancredo por el in-

[33] Ibn al-Qalanisi, *loc. cit.; Zettersteen Chronicle*, pág. 240; Kemal ad-Din, pág. 694; Ibn al-Athir, pág. 233; Alberto de Aix, X, 17-23, págs. 639-42. Alberto indica que Abu'l Fath, al que llama 'Botherus', cometió el asesinato del emir.

[34] Usama, ed. por Hitti, pág. 157; Ibn al-Qalanisi, pág. 73; Kemal ad-Din, págs. 594-5.

terior sobre la cordillera Amánica, remontando el río para sitiar la ciudad, Oshin no hizo nada para detenerlas. Mamistra cayó después de un breve asedio, y parece ser que, durante los meses siguientes, Tancredo restableció su gobierno sobre Adana y Tarso, aunque la Cilicia occidental permanecía en manos imperiales. Por lo que se refiere a Oshin, éste se retiró a sus tierras en el Tauro [35].

Laodicea ya había sido reconquistada. Hasta entonces, los normandos habían sufrido los inconvenientes de carecer de una flota naval. Pero la escuadra bizantina estaba ahora concentrada en las lejanas agua del Adriático, y Tancredo pudo comprar la ayuda de una flotilla pisana. El precio exigido por Pisa consistía en una calle en Antioquía y un barrio en Laodicea, con una iglesia y un almacén. Petzeas, que había sucedido a Cantacuceno como gobernador de la ciudad, fue impotente para oponer resistencia. Laodicea se incorporó, al fin, al principado antioqueno en la primavera de 1108. Al año siguiente, Tancredo extendió su dominio más al Sur, tomando Jabala, Buluniyas y el castillo de Marqab, posesiones de los dominios en liquidación de los Banū Ammar [36].

Así, cuando Bohemundo se rindió al Emperador y firmó su renuncia a la independencia, Tancredo alcanzaba la cúspide de su poder y no estaba en absoluto dispuesto a obedecer el mandato imperial. Desde el Tauro hasta el Jezireh y la Siria central, su autoridad era máxima. Es verdad que gobernaba en Antioquía y en Edesa sólo en calidad de regente, pero el príncipe Bohemundo vivía ahora desprestigiado en Italia y no regresaría nunca a Oriente, mientras el conde Balduino languidecía en el cautiverio turco, y Tancredo no haría ningún esfuerzo por rescatarle de él. El príncipe de Alepo era su vasallo efectivo y ninguno de los emires vecinos se atrevía a atacarle. Y había desafiado victoriosamente al heredero de los césares de Constantinopla. Cuando llegaron a Antioquía los embajadores del Emperador para recordarle los convenios con su tío, los despidió con arrogancia. Solía decir que era Nino el Gran Sirio, un gigante a quien ningún humano podía resistirse [37].

Pero la arrogancia tiene sus limitaciones. A pesar de todo su esplendor, Tancredo inspiraba desconfianza y desagrado. Fueron sus propios colegas en las Cruzadas los que desafiaron y contuvieron su poder.

[35] Ana Comneno, XII, ii, 1-7, vol. III, págs. 56-9; Guillermo de Tiro, X, 23, págs. 635-6. (Véase también Röhricht, *Regesta,* pág. 11, y Muratori, *Antiquitates Italicae,* II, págs. 905-6, para el tratado de Tancredo con los pisanos.)

[36] Dal Borgo, *Diplomata Pisana,* págs. 85-94. Véase Heyd, *Histoire du Commerce du Levant,* vol. I, págs. 145-6.

[37] Ana Comneno, XIV, ii, 3-5, vol. III, págs. 147-8.

Capítulo 4

TOLOSA Y TRIPOLI

«La magnificencia del Líbano vendrá a ti.»
(Isaías, 60, 13.)

De todos los príncipes que, en 1096, partieron con la primera Cruzada, Raimundo, conde de Tolosa, había sido el más rico y prestigioso, el hombre que, en opinión de muchos, sería nombrado jefe del movimiento. Cinco años después se hallaba entre los cruzados menos considerados. El mismo se había creado sus conflictos. Aunque no era más insaciable ni más ambicioso que la mayoría de sus colegas, su vanidad hacía demasiado claramente visibles sus defectos. Su política de lealtad al emperador Alejo estaba auténticamente basada en un sentido del honor y en la sagacidad del político, pero a sus compatriotas francos les parecía una estratagema traidora, y no le proporcionó grandes ventajas, pues el Emperador pronto descubrió que tenía en él a un amigo inepto. Sus seguidores respetaban su piedad, pero no tenía autoridad sobre ellos. Había sido demasiado exigente en su marcha sobre Jerusalén en la primera Cruzada, y los desastres de 1101 demostraron lo poco adecuado que era para dirigir una expedición. La más baja humillación que sufrió fue la de ser hecho prisionero por su joven colega Tancredo. Aunque el acto de Tancredo, rompiendo las reglas de la hospitalidad y del honor, excitó a la opinión pública, Raimundo sólo obtuvo la libertad firmando la renuncia a cualesquiera derechos sobre el norte de Siria y destruyendo de

paso la base de su acuerdo con el Emperador [1]. Pero tenía la virtud de la tenacidad. Había hecho voto de permanecer en Oriente. Cumpliría su voto y se esforzaría todavía por conseguir un principado.

Había una región que tenía que ser conquistada por los cristianos si sus fundaciones en Oriente debían sobrevivir. Una franja de emiratos musulmanes separaba a los francos de Antioquía y Edesa de sus hermanos de Jerusalén. De estos emiratos, el más importante era el de los Banū Ammar de Trípoli. El jefe de la familia, el cadí Fakhr al-Mulk Ali, era un hombre pacífico. Aunque su ejército era reducido, gobernaba sobre una región rica, y por su cuidadosa aunque inconsistente actitud de apaciguamiento hacia todos sus vecinos, mantenía una independencia precaria, confiando, como último recurso, en el vigor de su fortaleza y capital, situada en la península de al-Mina. Demostró notable afecto a los francos siempre que se acercaban a sus dominios. Facilitó avituallamiento a la primera Cruzada y no ofreció resistencia a sus jefes cuando sitiaron la ciudad de Arqa. Dio ayuda útil a Balduino de Boloña durante su peligroso viaje a Jerusalén, donde iba a ceñir la corona. Pero, cuando los cruzados se alejaron, se apoderó tranquilamente de las ciudades de Tortosa y Maraclea, que ellos habían ocupado. Así dominaba toda la ruta costera desde Laodicea y Jabala hasta la dependencia fatimita de Beirut [2].

La otra ruta desde el norte de Siria a Palestina seguía por el valle del Orontes, pasando por la ciudad munquidita de Shaizar, por Hama, que rendía tributo a Ridwan, y por Homs, donde reinaba el padrastro de Ridwan, Janah ad-Daulah. Allí se dividía. Un ramal, que siguió Raimundo en la primera Cruzada, se bifurcaba por el Buqaia hacia Trípoli y la costa; el otro ramal iba derecho, pasando por la dependencia damascena de Baalbek, a la cabecera del Jordán.

Raimundo, que nunca tuvo ambiciones modestas, pensaba en la fundación de un principado que dominase tanto la ruta de la costa como la del Orontes, con su capital en Homs, la ciudad que los francos llamaban La Chamelle. Pero su primer objetivo, seguramente determinado por la presencia de barcos genoveses que podían ayudarle, eran las ciudades de la costa. Al ser puesto en libertad por Tancredo, en los últimos días de 1101, salió de Antioquía con los príncipes supervivientes de las Cruzadas de 1101, Esteban de Blois, Guillermo de Aquitania, Güelfo de Baviera y sus compañeros, que deseaban llevar a cabo su peregrinación a Jerusalén. En Laodicea, Raimundo se reunió con su esposa y sus tropas, y con ellas prosiguió

[1] Véase *supra*, pág. 44.

[2] Véase *supra*, pág. 24; también Sobernheim, artículo 'Ibn Ammar', en *Encyclopaedia of Islam*. Al hijo de Duqaq, Buri, le fue concedida Jabala por el jeque local, pero fue privado de ella por Fakhr al-Mulk.

hasta Tortosa. La flotilla genovesa, con cuya ayuda contaba, ancló cerca de la costa al mismo tiempo que él llegaba a las murallas de la ciudad. Hacia mediados de febrero, Raimundo entró en Tortosa, con todos sus compañeros, que se mostraron de acuerdo en que la ciudad fuese suya. Creían que les iba a acompañar después hasta Jerusalén. Ante su negativa, se pusieron furiosos y, según Fulquerio de Chartres, dijeron palabras blasfemas contra él. Pero Raimundo estaba decidido a que Tortosa se convirtiese en el centro de sus dominios. En consecuencia, se separaron de él y siguieron su marcha hacia el Sur [3].

Raimundo no había hecho ningún misterio de sus planes, y el mundo musulmán estaba alarmado. Fakhr al-Mulk mandó emisarios para advertir del peligro a los emires de Homs y a Duqaq de Damasco. Pero cuando Raimundo hizo su aparición delante de las murallas de Trípoli, se vio que su ejército sumaba poco más de trescientos hombres. Los musulmanes consideraron que éste era el momento de destruirle. Duqaq rápidamente proporcionó dos mil jinetes, y Janah ad-Daulah algunos más, y se reunió todo el ejército de los Banū Ammar. En conjunto, el ejército musulmán se hallaba en la proporción de veinte a uno con respecto al de Raimundo, cuando convergía sobre él en la llanura que hay en las afueras de la ciudad.

Las hazañas de Raimundo apenas se recogen por los historiadores de las Cruzadas. Al árabe Ibn al-Athir es a quien debemos la información de la extraordinaria batalla que siguió. Raimundo situó un centenar de sus hombres para detener a los damascenos, otro centenar para oponerse a los Banū Ammar, cincuenta para enfrentarse a los hombres de Homs y los cincuenta restantes para servirle como guardia personal. Los soldados de Homs iniciaron el ataque; pero, al fracasar, súbitamente se apoderó de ellos el pánico, y éste se contagió a las tropas de Damasco. Los tripolitanos luchaban con más éxito, cuando Raimundo, viendo a sus otros enemigos en fuga, lanzó contra ellos todo su ejército. El golpe repentino fue demasiado para los de Trípoli, que también dieron media vuelta y huyeron. La caballería franca barrió después el campo de batalla, matando a todos los musulmanes que no pudieron huir. El historiador árabe calculaba que habían muerto siete mil de sus hermanos de religión.

La victoria no sólo restableció la fama de Raimundo; también aseguró la supervivencia de su dominio libanés. Los musulmanes nunca más se atrevieron a tomar la ofensiva contra él. Pero sus fuerzas eran demasiado exiguas para capturar la propia Trípoli, con sus

3 Fulquerio de Chartres, II, xvii, 1-2, págs. 433-5; Alberto de Aix, VIII, 43, pág. 583; Caffaro, *Liberatio*, pág. 69, dice que una flota genovesa les ayudó.

grandes fortificaciones en la península de al-Mina. Después de conseguir un enorme tributo en dinero y caballos, volvió a Tortosa, para planear su próxima campaña [4].

Después de pasar los meses siguientes en consolidarse en las cercanías de Tortosa, salió en la primavera de 1103 para conquistar el Buqaia, un paso necesario si quería aislar a Trípoli y extender sus dominios hacia el Orontes. Su intento de sorprender la fortaleza de Tuban, en la entrada nordeste del valle, fracasó; pero, impávido, se dispuso a sitiar Qalat al-Hisn, el formidable castillo que dominaba toda la llanura, ocupado durante una semana por sus tropas en 1099. Estos castillos pertenecían a Janah ad-Daula de Homs, que no podía permitirse el lujo de perderlos. Preparó un ejército de socorro. Pero, cuando salía de la gran mezquita de Homs, después de hacer rogativas por la victoria, fue muerto por tres asesinos. Su muerte causó desórdenes en la ciudad. Raimundo en seguida levantó el sitio de Qalat al-Hins y marchó en dirección este, para beneficiarse de la situación. La opinión pública atribuía la muerte a los agentes de Ridwan, que nunca había perdonado a Janah que le atacase tres años antes, cuando se hallaba comprometido en su lucha contra los francos de Antioquía. Pero la viuda de Janah, que era la madre de Ridwan, asustada por la aproximación de Raimundo, envió mensajeros a Alepo para ofrecer la ciudad a Ridwan. Los consejeros de Janah no le dieron su apoyo, y llamaron en cambio a Duqaq de Damasco, para que viniera a socorrerles. Duqaq, en persona, se trasladó allí a toda prisa, desde el Sur, con su atabek Toghtekin, y se hizo cargo del gobierno, que confió a aquél. Raimundo no se encontraba en situación de luchar contra él y se retiró hacia la costa [5].

Cuando regresó a Tortosa supo que una escuadra genovesa de cuarenta barcos había entrado en Laodicea. En seguida pidió sus servicios para proceder a un ataque contra Trípoli. El ataque fracasó; después, los aliados avanzaron hacia el Sur y conquistaron el puerto de Jebail, o Gibelet, la Byblos de los antiguos. Los genoveses recibieron como recompensa un tercio de la ciudad [6]. Pero Raimundo estaba decidido a conquistar la misma Trípoli. Durante los últimos meses de 1103 estableció un campamento en las afueras de la ciudad y empezó la construcción de un enorme castillo, en una altura, unas tres millas tierra adentro. Poco antes, para complacer a los bizantinos, había intentado apartar de Laodicea a Tancredo.

[4] Ibn al-Athir, págs. 211-12; Sibt ibn al-Djauzi (pág. 525) sitúa la batalla en las afueras de Tortosa; lo mismo opinan Caffaro, *Liberatio, loc. cit.*; Radulfo de Caen, cxlv, pág. 707.

[5] Ibn al-Athir, pág. 213. Su cronología es oscura. Kemal ad-Din, págs. 590-1.

[6] Alberto de Aix, IX, 26, págs. 605-6; Caffaro, *Liberatio*, pág. 71.

A cambio de ello, le suministraron desde Chipre materiales y albañiles especializados. Hacia la primavera de 1104, el castillo estaba terminado y Raimundo se instaló en él. Le llamó monte de los Peregrinos, pero para los árabes fue conocido como Qalat Sanjil, el castillo de Saint Gilles [7].

Trípoli se hallaba ahora en un estado de sitio continuo, aunque quedó intacta. Raimundo vigilaba las entradas terrestres, pero carecía de una fuerza naval permanente. Con sus enormes cúmulos de riqueza, los Banū Ammar podían aún mantener una gran flota mercante y traer las provisiones a la ciudad desde los puertos egipcios del Sur. Pero el castillo de Raimundo amenazaba su libertad. A fines de verano hicieron una salida y quemaron las afueras hasta sus murallas, y Raimundo resultó herido a consecuencia de que cayó sobre él un tejado ardiendo. A principios de la primavera siguiente Fakhr al-Mulk fue inducido a concertar una tregua con los cristianos, por la que les cedía las afueras de la ciudad. Apenas concluidas las negociaciones, Raimundo, que no había llegado a reponerse nunca plenamente de sus quemaduras de seis meses antes, cayó mortalmente enfermo. Murió en el monte de los Peregrinos el 28 de febrero de 1105. Las valientes hazañas de sus últimos años le habían devuelto su fama por completo. Se le lloró como a un gran caballero cristiano, que había preferido todas las penalidades de la guerra santa a los placeres de su tierra nativa [8].

Este homenaje era merecido. Porque Raimundo, a diferencia de sus compañeros de cruzada, ahora establecidos en Oriente, y que tenían pocos bienes en sus patrias, fue dueño de una rica heredad en Europa. Aunque había jurado no volver nunca a su tierra, conservó cierto control sobre su gobierno. Su muerte creó un problema de sucesión, tanto en Tolosa como en el Líbano. Tolosa quedó al mando de su hijo mayor, Beltrán. Pero el derecho de Beltrán a heredar el condado fue impugnado, probablemente porque era un bastardo. De los hijos de Raimundo habidos con la condesa Elvira, todos habían muerto, salvo un niño de corta edad, Alfonso-Jordán, nacido pocos meses antes en el castillo del monte de los Peregrinos. Era evidente que un niño no podía hacerse cargo del gobierno de un estado militar precario en el Líbano; además, tampoco se sabría nada de la

[7] Ana Comneno, XI, viii, 5, vol. III, pág. 389; Alberto de Aix, IX, 32, pág. 510; Caffaro, *Liberatio,* pág. 70; Radulfo de Caen, *loc. cit.;* Guillermo de Tiro, X, 17, pág. 441; Ibn al-Athir, págs. 217-27; Abu'l Mehasin, pág. 275.

[8] Alberto de Aix, *loc. cit.;* Caffaro, *Liberatio,* pág. 72; Bartolfo de Nangis, LXVIII, pág. 539; Guillermo de Tiro, XI, 2, pág. 452; Ibn al-Athir *(Kamil at-Tawarikh,* pág. 230, sitúa su muerte diez días después de sufrir el accidente); Guillermo de Tiro habla de él como «Bonae memoriae» y «vir religiosus et timens Deum, vir per omnia commendabilis».

existencia del niño en Tolosa. Beltrán siguió gobernando las tierras europeas de su padre, y en Oriente, los soldados de Raimundo eligieron como sucesor, seguramente de acuerdo con la última voluntad de Raimundo, a su primo Guillermo-Jordán, conde de Cerdaña. Este, cuya abuela materna fue tía, también por línea materna, de Raimundo, hacía poco tiempo que había llegado a Oriente. Se consideraba simplemente como regente de su primo niño y se abstuvo de tomar ningún título derivado del territorio oriental. Pero, mientras viviera Alfonso-Jordán, ni Guillermo-Jordán ni Beltrán podían estar seguros en su gobierno [9].

Guillermo-Jordán siguió la política de su predecesor, acentuando el bloqueo y conservando la alianza con Bizancio. A petición del Emperador, al gobernador de Chipre, Eustatio Filocales, le envió un embajador para recibir el homenaje del sucesor de Raimundo y hacerle, a su vez, valiosos regalos. Como resultado de la sumisión de Guillermo-Jordán fueron enviados, desde Chipre, suministros regulares a los francos, situados delante de Trípoli, y, en ocasiones, las tropas bizantinas cooperaban en el bloqueo de la ciudad. Mientras entraban a torrentes las provisiones en el campamento franco, la ciudad de Trípoli estaba amenazada de inanición. No le llegaba ningún aprovisionamiento por tierra. Había barcos procedentes de los puertos fatimitas, e incluso de los del territorio de Tancredo, que burlaban el bloqueo, pero no podían traer bastantes víveres para su enorme población. Los precios de las subsistencias subían fantásticamente; una libra de dátiles costaba una moneda de oro. Todo aquel que podía huir de la ciudad lo hacía. Dentro de las murallas había miseria y epidemias que Fakhr al-Mulk intentaba aliviar con la distribución de alimentos, pagados con impuestos especiales, entre soldados y enfermos. Ciertos notables de la ciudad huyeron al campamento de los francos, y dos de ellos revelaron a los sitiadores los senderos por donde se introducían aún algunas mercancías en la ciudad. Fakhr al-Mulk ofreció a Guillermo-Jordán elevadas sumas de

[9] Alberto de Aix, IX, 50, págs. 123-4. Según Vaissette, *Histoire de Languedoc,* ed. Molinier, vol. IV, I, págs. 195-9, Beltrán era hijo de Raimundo con su primera mujer, la hija del marqués de Provenza. Este matrimonio fue posteriormente anulado alegando consanguinidad. Tales anulaciones no siempre convertían en bastardos a los hijos. Pero es evidente que, aunque Raimundo consideraba a Beltrán como su heredero en Tolosa, cuando partió para Oriente acompañado de sus hijos, con Elvira (se desconoce el sexo de los niños), los derechos de Beltrán en Tolosa fueron considerados como inferiores a los de Alfonso-Jordán, indudablemente legítimo; posteriormente, las pretensiones de Alfonso-Jordán sobre Trípoli alarmaron al nieto de Beltrán, Raimundo II (véase *infra,* pág. 258). Guillermo de Malmesbury, que no siempre es muy exacto, dice que Beltrán era hijo de Raimundo y una concubina (II, 9, 456). Caffaro (*Liberatio,* pág. 72), que escribió como contemporáneo, le llama bastardo.

dinero por las personas de estos traidores. Cuando el conde se negó a entregarlos, se les halló asesinados en el campamento cristiano [10].

Fakhr al-Maluk no sabía a dónde dirigirse para pedir ayuda. Si la solicitaba de los fatimitas, insistirían en la anexión de su Estado. Estaba, por alguna razón, en malas relaciones con Toghtekin de Homs, su aliado más natural, que se había hecho cargo del gobierno de Damasco, a raíz de la muerte de Duqaq, en 1104, y que se hallaba, por su parte, en guerra constante con Guillermo-Jordán. Los aliados alejados parecían los más convenientes, y por eso envió en 1105 un mensaje urgente a Mardin para Soqman el Ortóquida. Soqman, que no carecía de deseos de volver a lanzarse al palenque de la costa siria, salió con un gran ejército a través del desierto. Pero cuando llegó a Palmira murió de repente, y sus generales regresaron rápidamente al Jezireh para disputarse la sucesión [11]. Gracias a su riqueza y a su diplomacia, Fakhr se sostuvo en Trípoli, en medio de la miseria creciente, a lo largo de 1106 y 1107. Sus relaciones con Toghtekin mejoraron, y los ataques de diversión que hizo Toghtekin entre los francos, a los que arrebató Rafiniya en 1105, le sirvieron de ayuda [12]. Pero los francos estaban ahora firmemente afincados en la costa libanesa, y ninguna potencia musulmana de las proximidades parecía estar preparada o dispuesta para expulsarlos de sus posiciones. En la primavera de 1108, Fakhr al-Mulk, desesperado, decidió pedir personalmente ayuda a la cabeza de su religión, el Califa de Bagdad, y a su más grande potentado, el sultán seléucida Mohammed.

Dejando el gobierno de Trípoli en manos de su primo, Abu'l Manaqib ibn Ammar, y dando a todos sus soldados la paga de seis meses por adelantado, Fakhr salió de Trípoli en marzo. Ya había informado a Toghtekin de sus intenciones, y parece que obtuvo permiso de Guillermo-Jordán para pasar por el territorio que estaba en manos francas. Llevó una guardia personal de quinientos hombres y era portador de numerosos y costosos obsequios para el sultán. Cuando llegó a Damasco, Toghtekin le recibió con toda índole de respetos, y los emires damascenos más importantes le inundaron de regalos, aunque, por precaución, se alojó extramuros de la ciudad. Cuando prosiguió viaje, el hijo de Toghtekin, Taj al-Mulk Buri, se unió a su escolta. Ya cerca de Bagdad se vio honrado con toda suerte de halagüeñas atenciones. El sultán envió su propia barcaza para que le trasladara a la otra orilla del Eufrates, y se recostó en el cojín que

[10] Ana Comneno, *loc. cit.;* Ibn al-Athir, pág. 236, escribe que la ciudad recibió abundantes provisiones de los griegos de Laodicea.

[11] Ibn al-Athir, págs. 226-7.

[12] Ibn al-Qalanisi, *op. cit.,* pág. 60; Ibn al-Athir, pág. 230.

estaba reservado por costumbre para el cuerpo del sultán. Aunque nunca había asumido un título superior al de cadí, entró en Bagdad con el ceremonial previsto para un príncipe soberano. El Califa y el sultán le demostraron un afecto fraterno y elogiaron sus servicios a la Fe. Pero, cuando se llegó al estudio de los problemas, se puso de manifiesto la vacuidad de estos cumplidos. El sultán le prometió que un gran ejército seléucida acudiría en socorro de Trípoli; pero primero había que resolver unas cuantas cuestiones en las proximidades de Bagdad. Por ejemplo, el emir de Mosul, Jawali, tenía que ser reducido a una actitud más obediente. Fakhr comprendió que, de hecho, Mohammed no quería intervenir. Después de pasar cuatro meses en medio del máximo lujo y sin ningún fruto en la corte del sultán, inició su viaje de regreso a su patria, aunque sólo iba a descubrir que ya no la tenía [13].

Abu'l Manaqib y los notables de Trípoli eran realistas. Comprendían que una sola potencia musulmana estaba en situación de ayudarles, es decir, los fatimitas, que aún tenían cierto dominio de los mares. Invitaron al visir egipcio, al-Afdal, a enviarles un gobernador para hacerse cargo de la ciudad. En respuesta, al-Afdal nombró a Sharaf ad-Daulah, que llegó a Trípoli en el verano de 1108, cargado con suministros de cereales para la población. No tuvo ninguna dificultad en tomar las riendas del poder. Todos los partidarios de Fakhr al-Mulk fueron arrestados y embarcados rumbo a Egipto. Fakhr había llegado a Damasco antes de saber nada de la revolución. Aún le quedaba Jabala, al norte de Tortosa, y hacia esa ciudad dirigió sus pasos. Pero su gobierno en Jabala fue de corta duración. En mayo de 1109, Tancredo de Antioquía apareció con todas sus fuerzas ante la ciudad. Fakhr capituló en seguida sobre la base de que seguiría al frente de la ciudad en calidad de feudatario de Tancredo. Pero Tancredo no cumplió su palabra. Fakhr tuvo que abandonarla y se encaminó, sin molestias, a Damasco, donde se retiró. Pasó el resto de sus días como huésped de Toghtekin [14].

Aunque Fakhr al-Mulk perdió Trípoli, los egipcios no pudieron conservarla; ni tampoco la ganó Guillermo-Jordán. A la muerte de Raimundo, los barones de Tolosa aceptaron la sucesión de Beltrán, porque ya los había gobernado durante casi diez años y porque no estaban enterados de que Raimundo había dejado un hijo legítimo. Pero, cuando se enteraron de la existencia del joven Alfonso-Jordán, enviaron emisarios a Oriente para pedirle que se hiciera cargo de su herencia legítima. La condesa Elvira no puede ser culpada por pre-

[13] Ibn al-Qalanisi, *op. cit.*, págs. 83-6; Ibn al-Athir, págs. 255-7.
[14] Ibn al-Qalanisi, págs. 86-90; Ibn al-Athir, pág. 274; Sibt ibn al-Djauzi, págs. 536.

ferir para su hijo las ricas tierras del sur de Francia a un precario señorío en Oriente. Llegó con su hijo a Tolosa en el transcurso de 1108 [15].

Su llegada obligó a Beltrán a considerar su porvenir. Es probable que se concertara un arreglo familiar por el cual Beltrán renunciaba a cualquier derecho que pudiera tener sobre las tierras de su padre en Europa, mientras Alfonso-Jordán, a cambio, para sentirse bien libre de él en Tolosa, abandonase en favor de Beltrán su herencia en el Líbano. Beltrán partió para Oriente en el verano de 1108. Estaba decidido a redondear su futuro principado con la conquista de Trípoli, y probablemente sospechaba de antemano que tendría que afrontar alguna dificultad con Guillermo-Jordán. Para realizar sus propósitos, llevó consigo un ejército de cuatro mil hombres de caballería e infantería y una flotilla de cuarenta galeras que le proporcionaron los puertos provenzales. Iba con él su hijo Pons. Su primera visita la hizo a Génova, donde esperaba obtener la ayuda naval necesaria para reducir a Trípoli. Guillermo-Jordán también había intentado llegar a una alianza con los genoveses, pero su embajada se encontró con que Beltrán ya había sido aceptado como aliado de la república. Génova había prometido ayudar a Beltrán para hacerse cargo de las conquistas de su padre en Oriente y a coronarlas con la conquista de Trípoli, donde obtendrían una posición comercial privilegiada. Cuando Beltrán zarpó con rumbo este en el otoño, zarpó con él una escuadra genovesa [16].

Después, Beltrán proyectó visitar Constantinopla, para asegurarse el apoyo del Emperador, amigo de su padre. La tempestad obligó a su flota a entrar en el golfo de Volo, refugiándose en el puerto de Almiro, donde sus hombres causaron una impresión excelente, porque se abstuvieron de la inveterada costumbre de los occidentales de saquear el campo. En consecuencia, cuando llegó a Constantinopla, Alejo estaba predispuesto en favor de él y le recibió como a un hijo. Beltrán fue obsequiado con muchos y valiosos regalos y se le prometió el favor imperial para el futuro. A cambio de ello prestó juramento de fidelidad al Emperador [17].

Desde Constantinopla, Beltrán y sus aliados salieron por mar a San Simeón, el puerto de Antioquía, desde donde Beltrán solicitó celebrar una entrevista con Tancredo. Este en seguida se presentó para

[15] Véase *supra*, págs. 66-67.

[16] Alberto de Aix, XI, 3, pág. 664, relata que Beltrán visitó Pisa, queriendo decir Génova; Caffaro, *Liberatio*, pág. 72.

[17] Ana Comneno, XIV, ii, 6, vol. III, pág. 149, afirma que Beltrán (Πελχτράνος) juró fidelidad a Alejo cuando ya estaba en Trípoli. Pero Alberto de Aix, *loc. cit.*, hace mención de su visita vía Halmyrus (Almiro) a Constantinopla.

verle. Pero su diálogo no resultó tan fácil. Beltrán pidió arrogantemente que Tancredo le entregara la parte de la ciudad de Antioquía que en tiempos había pertenecido a su padre. Tancredo contestó que consideraría el asunto si Beltrán se hallaba dispuesto a ayudarle en la campaña en que estaba a punto de embarcarse contra Mamistra y las ciudades bizantinas de Cilicia. Para Beltrán, que acababa de prestar juramento de fidelidad a Alejo y que contaba con asistencia bizantina, la propuesta resultó inaceptable; se brindó, en cambio, a conquistar para Tancredo la ciudad de Jabala, en la que se había refugiado Fakhr al-Mulk. Tancredo insistió en la colaboración en la expedición ciliciana, y, cuando Beltrán se negó categóricamente a causa de su juramento al Emperador, Tancredo le ordenó salir de su principado y prohibió a sus súbditos venderle suministros. Beltrán se vio obligado a seguir por la costa y entró en el puerto de Tortosa [18].

Tortosa estaba en manos de uno de los lugartenientes de Guillermo-Jordán; en seguida admitió en la ciudad a Beltrán y le dio todas las provisiones que necesitaba. Al día siguiente, Beltrán mandó un emisario a los cuarteles generales de Guillermo-Jordán en el monte de los Peregrinos, pidiéndole que le entregara toda la herencia de su padre en las tierras de La Chamelle, o sea, el principado de Homs, que Raimundo había esperado fundar. Pero Guillermo-Jordán había obtenido recientemente un éxito señalado. Cuando los egipcios se hicieron cargo de Trípoli, la ciudad de Arqa, bajo el mando de uno de los pajes favoritos de Fakhr, se colocó bajo la protección de Toghtekin de Damasco. Toghtekin se trasladó personalmente a inspeccionar su nueva posesión, pero las lluvias de invierno retrasaron su avance por el Buqaia. Mientras esperaba a que mejorase el tiempo, atacó algunos fuertes que los cristianos habían construido cerca de la frontera. Guillermo-Jordán, con trescientos jinetes y doscientos hombres de infantería del país, escaló la cresta del Líbano y cayó inopinadamente sobre Toghtekin, cerca de la aldea de Akun. El ejército damasceno, con su cabecilla al frente, huyó, presa del pánico, a Homs, perseguido por los francos, que no podían aventurarse a atacar la ciudad, aunque se volvieron después hacia el Norte para correr el territorio de Shaizar. Los hermanos munquiditas Murshid y Sultan, emires de Shaizar, habiendo oído que el ejército franco era exiguo, salieron con la confiada esperanza de poder capturarlo fácilmente. Pero los francos atacaron en seguida con tanta furia que los hombres de Shaizar rompieron filas y huyeron. Luego, Guillermo-Jordán

[18] Alberto de Aix, XI, 5-7, págs. 665-7.

regresó a Arqa, que capituló después de un sitio de sólo tres semanas de duración [19].

Alentado por estas victorias, Guillermo-Jordán no tenía intención de abdicar en favor de Beltrán. Contestó que las tierras de Raimundo le pertenecían por derecho de herencia y que además las había defendido y aumentado. Pero le alarmó el número de barcos de la armada de Beltrán. Envió un emisario a Antioquía para pedir a Tancredo que interviniese en su ayuda. Prometía a cambio hacerse vasallo de Tancredo. Su paso obligó a Beltrán a actuar de manera equivalente. Mandó un mensajero a Jerusalén, que expuso el caso al rey Balduino, a quien apelaba como árbitro supremo de los francos en Oriente, y a quien reconocía, por este acto, como soberano suyo [20].

Balduino, cuya política preconizaba la colaboración de todos los francos en Oriente, y cuya ambición le hacía perfilarse como su jefe, en seguida contestó a la llamada. Ya estaba molesto con Tancredo a causa de su comportamiento con Balduino de Edesa y Joscelino de Courtenay. Beltrán había avanzado hacia el Sur, hasta Trípoli, donde su ejército se entregó a la doble tarea de proseguir el bloqueo de la ciudad musulmana y de sitiar a los secuaces de Guillermo-Jordán en el monte de los Peregrinos. Guillermo-Jordán había salido entretanto del monte de los Peregrinos y reconquistó Tortosa, donde esperaba a Tancredo. Apenas llegado éste, recibieron la visita de los enviados del rey, Eustaquio Garnier y Pagano de Haifa, que ordenaron a ambos que se presentaran en la corte real, establecida delante de Trípoli, para dilucidar la cuestión de la herencia de Raimundo y la restitución de Edesa y Turbessel a sus legítimos dueños. Guillermo-Jordán quiso negarse a obedecer la requisitoria, pero Tancredo se dio cuenta de que un desafío era impracticable.

En junio de 1109 todos los príncipes del Oriente franco se reunieron extramuros de Trípoli. Beltrán se hallaba allí con su ejército; el rey Balduino llegó del Sur con quinientos caballeros y otros tantos hombres de infantería. Tancredo acudió con setecientos de sus mejores caballeros, y Balduino de Edesa y Joscelino llegaron con sus guardias personales. En una solemne sesión celebrada en el castillo del monte de los Peregrinos, Tancredo se reconcilió formalmente con Balduino de Edesa y Joscelino, mientras la herencia tolosana era dividida. Guillermo-Jordán conservaba Tortosa y su propia conquista, Arqa; y a Beltrán se le adjudicaban Jebail y Trípoli en cuanto ésta fuera conquistada. El primero juró fidelidad a Tancredo, y Beltrán, a

[19] Usama, ed. por Hitti, pág. 78; Ibn al-Athir, págs. 226-7.

[20] Fulquerio de Chartres, II, xi, I, págs. 526-30; Alberto de Aix, XI, 1-2, 8, págs. 663-4, 666.

Balduino, y se acordó que, a la muerte de cualquiera de ambos candidatos, el que sobreviviese heredaría las tierras del otro [21].

Hecha la paz entre los jefes, el ejército franco se consagró en serio a la conquista de Trípoli. El gobernador egipcio, Sharaf ad-Daula, había solicitado desesperadamente ayuda de las autoridades egipcias, que prepararon una enorme flota, con transportes para un ejército y barcos con subsistencias. Pero intrigas y disputas entre los jefes egipcios retrasaron su salida de los puertos del Delta. Pasaron meses mientras el visir intentaba, con poco brío, poner fin a las disputas, y ahora se dieron por fin las órdenes para que zarpase la flota. Pero el viento norte soplaba reciamente y los barcos no podían salir del puerto. Cuando, al fin, salieron, en número reducido, era demasiado tarde [22].

La guarnición de Trípoli, aislada de la ayuda por mar a causa de las flotas de Génova y Provenza, y con sus murallas terrestres batidas por todas las máquinas que el ejército franco había podido concentrar, pronto abandonó la idea de resistencia. Sharaf ad-Daulah envió un emisario al rey Balduino ofreciéndole las condiciones para la rendición. Pedía que los ciudadanos que quisieran emigrar de la ciudad pudieran hacerlo libremente con sus bienes muebles, y que los que quisieran quedarse se harían súbditos francos y conservarían todas sus posesiones, pagando sólo un tributo anual especial; a él se le permitiría salir con sus tropas para Damasco. Balduino aceptó, y el 12 de julio de 1109 los cristianos entraron en Trípoli.

Balduino cumplió el acuerdo. En los distritos que ocupó él no hubo ni saqueos ni destrucciones. Pero los marinos genoveses, al encontrar indefensa la ciudad, se abrieron paso a la fuerza. Empezaron a saquear y a incendiar casas y a degollar a todos los musulmanes que encontraban, y pasó algún tiempo hasta que las autoridades pudieron contenerlos. En medio del tumulto fue reducida a cenizas la gran biblioteca de los Banū Ammar, la más hermosa del mundo musulmán, y desaparecieron todos sus tesoros [23].

Cuando la ciudad se halló totalmente ocupada y se había restaurado el orden, Beltrán se estableció en ella en calidad de gobernante. Tomó el título de conde de Trípoli y ratificó su vasallaje al reino de Jerusalén. Hizo caso omiso de sus obligaciones para con el emperador Alejo. Los genoveses fueron recompensados con un barrio

[21] Fulquerio de Chartres, II, xli, I, pág. 531; Alberto de Aix, XI, 9-12, págs. 666-8.

[22] Ibn al-Athir, pág. 274; Ibn al-Qalanisi, pág. 89.

[23] Fulquerio de Chartres, II, xli, 2-4, págs. 531-3; Alberto de Aix, XI, 13, pág. 668; Ibn al-Qalanisi, págs. 89-90; Ibn al-Athir, *loc. cit.;* Abu'l Mahâsin, página 489; Ibn Hamdun, pág. 455; Sibt ibn al-Djauzi, pág. 536.

en Trípoli, un castillo conocido por castillo del Condestable, diez millas al sur de Trípoli, y los dos tercios restantes de la ciudad de Jebail. Ellos entregaron Jebail al almirante Hugo Embriaco, cuyos descendientes la convirtieron en feudo hereditario [24].

Beltrán no tuvo que esperar mucho tiempo para asegurarse toda la herencia oriental de su padre. Mientras el ejército franco estaba aún en Trípoli, Guillermo-Jordán fue alcanzado por una flecha. Las circunstancias quedaron envueltas en el misterio. Parece ser que intervino en una escaramuza entre dos mozos y, cuando intentaba separarlos, alguien disparó el arco. La sospecha recayó inevitablemente sobre Beltrán, pero nada pudo probarse. Beltrán en seguida se hizo cargo de las tierras de Guillermo-Jordán, y éstas pasaron así a depender del rey Balduino. Tancredo se había equivocado [25].

De esta suerte, el hijo de Raimundo llevó a término la ambición de su padre de fundar un estado en Oriente. Era un principado menor de lo que Raimundo pensaba. Las tierras de La Chamelle nunca formarían parte de él, y en lugar de reconocer la lejana soberanía del emperador de Constantinopla, tenía un señor supremo muy cercano en Jerusalén. Pero era una tierra rica y próspera. Por su riqueza y su situación, sirviendo de eslabón entre los francos de la Siria del norte y los de Palestina, iba a desempeñar un papel vital en la historia de las Cruzadas.

[24] Caffaro, *Liberatio,* págs. 72-3. Véase Rey, «Les Seigneurs de Gibelet», en *Revue de l'Orient Latin,* vol. III, págs. 399-403.

[25] Fulquerio de Chartres, *loc. cit.;* Alberto de Aix, XI, 15, págs. 669-70.

Capítulo 5

EL REY BALDUINO I

«Su corazón es duro como piedra y duro cual la muela inferior.»

(Job, 41, 15.)

La intervención del rey Balduino en Trípoli en 1109 le reveló como el principal potentado del Oriente franco. Ganó su posición gracias a una paciente y ardua laboriosidad y a un audaz espíritu de empresa. Cuando llegó a Jerusalén, contra la oposición conjunta del patriarca Daimberto y el príncipe de Antioquía, iba a heredar las arcas vacías y un territorio disperso, constituido por la cordillera central de Palestina, la planicie de Esdraelon y algunas fortalezas circundantes situadas en un campo hostil, y un diminuto ejército de caballeros anárquicos y arrogantes y de mercenarios indígenas poco de fiar. La única fuerza organizada en el reino era la Iglesia, y dentro de ella había dos bandos: el de Daimberto y el de Arnulfo. La administración central de Godofredo había sido dirigida por su séquito, escaso y mal preparado para gobernar un país. Los barones a los que se les había confiado castillos fronterizos podían gobernar sus territorios a su capricho.

Balduino comprendió que el peligro más acuciante era el de un ataque musulmán antes de que su Estado pudiese ser puesto en orden. Creyendo que la mejor defensa es tomar la ofensiva, salió, incluso antes de resolver la cuestión urgente de sus relaciones con Daim-

berto, o antes aún de haber ceñido la corona, a una campaña para atemorizar al infiel. Sus triunfos en Edesa y su victoria en el río del Perro le habían dado una fama terrible, que quería aprovechar. Apenas una semana después de su llegada a Jerusalén, marchó sobre Ascalón e hizo una demostración de fuerza ante sus murallas. Pero la fortaleza era demasiado poderosa para que la pudiera atacar su exiguo ejército; por esto se trasladó hacia el Este, a Hebrón, y desde allí, entrando en el Negeb, a Segor, en las salinas del extremo sur del mar Muerto, incendiando aldeas a su paso, y prosiguió por el yermo de Edom hasta el monte Hor, y su antiguo monasterio de San Aarón, cerca de Petra. Aunque no dejó guarniciones permanentes en la región, sus avances intimidaron a los árabes. En los años siguientes se abstuvieron de infiltrarse en el territorio de Balduino [1].

Regresó a Jerusalén pocos días antes de Navidad. El patriarca Daimberto había tenido tiempo de reflexionar sobre su situación. Se sometió a lo inevitable, y el día de Navidad de 1100 coronó a Balduino rey de Jerusalén. A cambio fue confirmado como patriarca [2].

A principios de la primavera en 1101, Balduino supo que una rica tribu árabe estaba pasando por Transjordania. En seguida mandó un destacamento al otro lado del río y cayó de noche sobre su campamento. Fueron pocos los árabes que consiguieron escapar. Los hombres, en su mayoría, fueron muertos en sus tiendas, y las mujeres y los niños, hechos prisioneros, y se capturó un copioso botín en dinero y objetos de valor. Entre las cautivas se hallaba la mujer de uno de los jeques de la tribu. Estaba a punto de dar a luz, y, cuando Balduino lo supo, dio orden de que fuese puesta en libertad con su criada, dos camellas y buena provisión de comida y bebida. Dio a luz felizmente al borde del camino, donde no tardó en encontrarla su marido. Profundamente emocionado por la cortesía de Balduino, corrió tras él y le prometió que algún día le pagaría su gentileza en la misma moneda [3].

Las noticias de la correría aumentaron la fama de Balduino. En marzo llegaron a Jerusalén embajadas de las ciudades costeras de Arsuf, Cesarea, Acre y Tiro, con valiosos obsequios, y Duqaq de Damasco envió un emisario para ofrecer la suma de cincuenta mil besantes de oro por el rescate de los prisioneros que había hecho Bal-

[1] Fulquerio de Chartres, II, iv, i-5, ii, págs. 370-83 (Fulquerio acompañó a la expedición); Alberto de Aix, VII, 28-42, págs. 533-6. Existía un monasterio griego en el actual Jebel Harun (monte Hor), y monjes establecidos en los alrededores del gran sepulcro nabateo, conocido ahora como el Deir o Monasterio.

[2] Véase *supra*, vol. I, pág. 305.

[3] Guillermo de Tiro, X, 11, pág. 415.

duino en la batalla del río del Perro. Así quedó resuelto el problema financiero más apremiante de Balduino[4].

Su tributo no benefició mucho tiempo a Arsuf o a Cesarea. En marzo, una escuadra genovesa fue avistada en aguas de Haifa, y el 15 de abril entró en Jaffa. Entre los pasajeros venía Mauricio, cardenal-obispo de Oporto, enviado como legado del papa Pascual. Hasta entonces, Balduino dependió, para la fuerza naval, de la pequeña flota pisana que había acompañado al arzobispo de Pisa, su enemigo Daimberto, a Oriente. Una alianza con los genoveses, los más señalados rivales de los pisanos, le venía mucho mejor. Se apresuró a saludar a los genoveses en Haifa, recibió al legado y llevó a sus jefes a Jerusalén para pasar allí la Pascua de Resurrección. En la capital llegaron a un acuerdo para servir a Balduino durante una temporada. El pago consistía en un tercio de todo el botín que pudiera capturarse, tanto de mercancías como de dinero, y en concederles una calle en el barrio comercial de cualquier ciudad que se conquistara. En cuanto se firmó el pacto, los aliados avanzaron contra Arsuf, haciéndolo Balduino por tierra y los genoveses por mar. La resistencia pronto se derrumbó. Las autoridades de la ciudad se brindaron a capitular con la condición de que los habitantes pudieran salir libremente con sus familias y sus bienes a territorio musulmán. Balduino aceptó las condiciones. Sus tropas los escoltaron hasta Ascalón. Balduino situó después una guarnición en la ciudad, y asignó su parte a los genoveses[5].

Desde Arsuf los aliados marcharon a Cesarea, que empezaron a sitiar el 2 de mayo. La guarnición, confiando en las viejas murallas bizantinas, se negó a rendirse, pero el 17 de mayo la ciudad fue tomada por asalto. Los soldados victoriosos obtuvieron carta blanca para saquear la ciudad a placer, y los horrores del saqueo impresionaron a sus jefes. La matanza más cruel fue la realizada en la gran mezquita, en otros tiempos la sinagoga de Herodes Agrippa. Muchos ciudadanos se habían refugiado en ella e imploraban clemencia. Pero fueron degollados hombres y mujeres, sin distinción, hasta que el suelo se convirtió en un lago de sangre. En toda la ciudad sólo se salvaron algunas muchachas y algunos niños, además del magistrado principal y el jefe de la guarnición, a los que salvó Balduino personalmente para obtener un buen rescate. La ferocidad fue deliberada. Balduino quería demostrar que cumpliría su palabra con los que se avinieran a tratar con él. De lo contrario, sería despiadado[6].

[4] Alberto de Aix, VII, 52, págs. 541-2.

[5] Fulquerio de Chartres, II, viii, 1-7, págs. 393-400; Alberto de Aix, VII, 54, págs. 452-3.

[6] Fulquerio de Chartres, IX, 1-9, págs. 400-4; Alberto de Aix, VII, 55-6,

Balduino apenas tuvo tiempo de dividir el botín según lo pactado y establecer una guarnición franca, cuando le llegaron las noticias de que un ejército egipcio había penetrado en Palestina.

El visir fatimita al-Afdal ansiaba vengar el desastre de Ascalón, sufrido hacía dos años, y preparó una expedición al mando del mameluco Sa'ad ed-Daulah al-Qawasi. Llegó a Ascalón a mediados de mayo y avanzó hasta Ramleh, con la esperanza de entrar tal vez en Jerusalén mientras Balduino estaba aún ocupado con la conquista de Cesarea. Balduino se trasladó con sus fuerzas rápidamente a Ramleh; a consecuencia de ello, Sa'ad se replegó sobre Ascalón para esperar refuerzos. Después de fortificar Ramleh, Balduino estableció su cuartel general en Jaffa, con el fin de poder vigilar los movimientos egipcios y seguir, al mismo tiempo, en contacto con sus comunicaciones marítimas. Aparte de una breve visita a Jerusalén, en julio, por razones administrativas, permaneció en Jaffa todo el verano. A fines de agosto, se enteró, por una carta interceptada, de que los egipcios habían recibido nuevos destacamentos y que estaban preparándose para la marcha sobre Jerusalén.

El 4 de septiembre, Sa'ad avanzó con sus fuerzas lentamente hacia las afueras de Ramleh. Dos días después, Balduino reunió consejo de guerra y decidió atacar al alba, sin esperar a ser atacado. Sólo disponía de doscientos sesenta jinetes y novecientos hombres de infantería; pero todos estaban bien armados y eran expertos; y el enorme ejército egipcio, que se calculaba en once mil jinetes y veintiún mil infantes, estaba poco armado y mal entrenado. Dividió sus tropas en cinco cuerpos, uno al mando de un caballero llamado Bervoldo, el segundo al mando de Geldemaro Carpenel, señor de Haifa, el tercero, al mando de Hugo de Saint-Omer, sucesor de Tancredo en el principado de Galilea, y el cuarto y el quinto, bajo su propio mando. Animados por la presencia de la Verdadera Cruz, por un sermón emocionante pronunciado por Arnulfo de Rohes y por la absolución especial dada por el cardenal-legado, los francos avanzaron hacia Ramleh y, al amanecer, cayeron sobre los egipcios, cerca de Ibelin, al sudoeste de la ciudad.

Bervoldo dirigía el ataque; pero sus tropas fueron segadas por los egipcios y él mismo pereció. Geldemaro Carpenel se apresuró a socorrerle, y sólo consiguió morir también con todos sus hombres. Siguió después el cuerpo de Galilea; pero no logró hacer efecto en las

págs. 453-4. Guillermo de Tiro, X, 16, pág. 423, relata que los genoveses cogieron como parte de su botín una gran copa que ellos creían hecha de esmeralda maciza. Todavía se encuentra en el tesoro de la catedral de San Lorenzo, en Génova; fue algún tiempo considerada como el Santo Grial. Véase Heyd, *Histoire du Commerce du Levant*, I, pág. 137.

masas egipcias. Tras graves pérdidas, Hugo de Saint-Omer retiró a sus hombres y huyó hacia Jaffa, perseguido por el ala izquierda egipcia. Pero el rey Balduino, después de confesar públicamente sus pecados ante la Verdadera Cruz y arengando luego a su gente, montado en su valiente caballo de guerra árabe, Gazela, se lanzó al galope al frente de sus caballeros, contra el corazón del enemigo. A los egipcios, confiados en la victoria, les cogió de sorpresa. Tras un breve combate, el centro dio media vuelta y huyó, y el pánico cundió en el ala derecha. Balduino, prohibiendo a sus hombres que se detuvieran a saquear los cadáveres o el campamento enemigos, los persiguió hasta las murallas de Ascalón. Después reunió a sus hombres y se retiró para dividir el botín ganado en el campo de batalla [7].

Entretanto, Hugo de Saint-Omer había llegado a Jaffa, donde informó que la batalla se había perdido. La reina y su corte estaban esperando en la ciudad. Enteradas del desastre y creyendo que el rey había muerto, enviaron en seguida un mensaje a Antioquía, al único hombre que creían que podía ayudarles ahora, Tancredo. A la mañana siguiente empezó a divisarse un ejército. Creían que eran los egipcios; y muy grande fue el júbilo cuando reconocieron los pendones francos y al rey. Se envió un segundo emisario a Antioquía, con la noticia de que todo iba bien; y Tancredo, que se había preparado, con alguna fruición, para salir hacia el Sur, fue informado de que podía quedarse en sus tierras [8].

De momento el peligro fue alejado. Los egipcios habían sufrido graves pérdidas y no estaban en disposición de renovar la campaña en aquella temporada. Pero los recursos de Egipto eran enormes. Al-Afdal no tenía ninguna dificultad para equipar un segundo ejército que continuase la lucha el año siguiente. Entretanto, Balduino recibió la visita de los príncipes que habían sobrevivido a las cruzadas anatolianas de 1101. Conducidos por Guillermo de Aquitania, Esteban de Blois, Esteban de Borgoña y el condestable Conrado, acompañados de varios barones de los Países Bajos, de Ekkehard de Aura y el obispo Manasses, que, en su mayor parte, habían llegado por mar a Antioquía, alcanzaron las cercanías de Beirut a principios de la primavera de 1102. Para asegurarles el paso libre por territorio enemigo, Balduino les envió una escolta que les acompañase hasta Jerusalén. Después de celebrar la Pascua de Resurrección en los Santos Lugares, los jefes se dispusieron a volver a sus patrias. Guillermo de Aquitania embarcó felizmente para San Simeón, a fines de abril; pero el barco en que viajaban como pasajeros Esteban de Blois y Es-

[7] Fulquerio de Chartres, II, xi, I-xiii, 5, págs. 407-20; Alberto de Aix, VII, 66-70, págs. 550-3.
[8] Fulquerio de Chartres, II, xiv, I-8, págs. 420-4.

teban de Borgoña, con muchos otros, fue lanzado contra la costa por una tempestad, en aguas de Jaffa. Antes de que pudieran encontrar otro barco para hacer la travesía, llegó la noticia de que una nueva hueste egipcia avanzaba desde Egipto. Debido a este fatal infortunio se quedaron allí para participar en la lucha que se avecinaba [9].

A mediados de mayo de 1102, el ejército egipcio, que constaba de unos veinte mil árabes y sudaneses, al mando del propio hijo del visir, Sharaf al-Ma'ali, se concentró en Ascalón y avanzó hacia Ramleh. Balduino había hecho sus preparativos. Un ejército de varios millares de cristianos esperaba en Jaffa, y las guarniciones de Galilea estaban preparadas para enviar destacamentos en cuanto fuera necesario. Pero los escuchas de Balduino le confundieron. Creyendo que los egipcios constituían un pequeño grupo de algareros, decidió destruirlos solo, sin recurrir a sus reservas. Con él se hallaban en Jerusalén sus amigos de Occidente, Esteban de Blois, Esteban de Borgoña, el condestable Conrado, Hugo, conde de Lusignan, y varios caballeros belgas. Les propuso salir con la caballería para acabar con la cuestión. Esteban de Blois se atrevió a sugerir que se trataba de una empresa temeraria; consideraba que debía llevarse a cabo un reconocimiento más minucioso. Pero nadie hacía caso de lo que decía Esteban, recordando su cobardía en Antioquía. Se unió a sus compañeros sin hacer ninguna objeción más.

El 17 de mayo, el rey Balduino salió de Jerusalén con unos quinientos jinetes. Cabalgaban contentos, con poco orden. Cuando llegaron a la llanura y se encontraron de repente con un inmenso ejército egipcio frente a ellos, Balduino se dio cuenta de su error. Pero no podía haber retroceso. Ya habían sido vistos, y la caballería ligera egipcia había iniciado el avance para cortarles la retirada. Su única posibilidad era cargar de frente contra el enemigo. Los egipcios, creyendo al principio que se trataba de la vanguardia de un ejército mayor, casi abandonaron el campo para evitar el choque; pero cuando vieron que no acudían nuevas tropas, se reagruparon y lanzaron contra los francos. Los hombres de Balduino rompieron filas. Unos pocos caballeros, al mando de Roger de Rozoy y del primo de Balduino, Hugo de Le Bourg, se abrieron paso a través de la hueste egipcia y consiguieron refugiarse en Jaffa. Muchos, como Gerardo de Avesnes y Stabelon, el antiguo chambelán de Godofredo, murieron en la batalla. Pero el rey Balduino y sus principales compañeros se abrieron paso hasta la pequeña fortaleza de Ramleh, donde fueron cercados por el ejército egipcio.

La noche les libró de un ataque inmediato. Pero las defensas de

[9] Fulquerio de Chartres, II, xv, 1-6, págs. 424-8.

Ramleh eran lamentables. Solamente una torre, construida por Balduino el año anterior, podía tal vez sostenerse; y en ella se apiñaron todos. Mediada la noche, un árabe llegó a la puerta y pidió ver al rey. Se le franqueó la entrada y dijo ser el marido de la dama a la que Baludino había favorecido durante su correría por Transjordania. En agradecimiento, advirtió al rey que el asalto egipcio empezaría al alba y que tenía que escapar en seguida. Balduino siguió su consejo. A pesar de lo mucho que lamentara abandonar a sus compañeros —y él no era hombre con un sentido del honor altamente desarrollado—, comprendió que de su propia conservación dependía la del reino. Con un criado y otros tres compañeros se infiltró entre las líneas enemigas a caballo, confiando en que su Gazela le llevaría a lugar seguro. Durante la misma noche huyeron, cada uno por su cuenta, Lithardo de Cambrai, vizconde de Jaffa, y Gothman de Bruselas. Este, aunque gravemente herido, consiguió llegar a Jerusalén, adonde trajo las noticias del desastre, aunque aconsejaba la resistencia, porque creía que Balduino estaba aún con vida.

A primera hora de la mañana siguiente, los egipcios asaltaron las murallas de Ramleh y apilaron haces de leña en torno de la torre en la que los caballeros se habían refugiado. Antes que morir entre llamas, la caballería franca cargó contra el enemigo, con el condestable Conrado al frente. Pero no había salida. Todos fueron derribados allí mismo o hechos prisioneros. El valor de Conrado impresionó tanto a los egipcios, que le perdonaron la vida. Fue conducido, con más de cien compañeros suyos, a la cautividad en Egipto. De los otros jefes, Esteban de Borgoña, Hugo de Lusignan y Godofredo de Vendôme murieron en la batalla, y con ellos cayó también Esteban de Blois, que, por su muerte gloriosa, rehabilitó su fama. La condesa Adela podía dormir satisfecha [10].

La reina y la corte se hallaban de nuevo en Jaffa. Allí supieron la terrible derrota referida por Roger de Rozoy y sus compañeros fugitivos. Temían que el rey hubiese caído con todos sus caballeros, y proyectaron huir por mar mientras tuvieran tiempo de hacerlo. Pero el 20 de mayo el ejército egipcio avanzó hasta las murallas de la ciu-

[10] Fulquerio de Chartres, II, xviii, I-xix, 5, págs. 436-44; Ekkehard de Aura, *Hierosolymita,* págs. 33-5; Alberto de Aix, IX, 2-6, págs. 591-4; Bartolfo de Nangis, págs. 533-5; Guillermo de Tiro, X, 20-I, págs. 429-32, narra la intervención del Sheikh; Ibn al-Athir, págs. 213-16 (un relato ecléctico basado en dos versiones diferentes). Yo acepto la cronología de Hagenmeyer (*op. cit.,* págs. 162-6), aunque el *Chronicon S. Maxentii,* pág. 421, dice que el 27 de mayo, y Alberto de Aix, que «hacia Pentecostés», esto es, alrededor del 25 de mayo. No se supo nada concreto acerca de la muerte de Esteban de Blois, según Guiberto de Nogent, pág. 245; *Cartulaire de Notre Dame de Chartres,* III, fija la fecha del 19 de mayo.

dad y la flota egipcia se acercaba desde el horizonte sur. Sus temores más graves parecieron convertirse en realidad cuando un soldado egipcio blandió ante ellos una cabeza que fue reconocida como la del rey, pero que era, en realidad, la de Gerbod de Winthinc, que se parecía muchísimo a él. En ese momento, como por un milagro, se vio un barco pequeño navegando desde el Norte con el estandarte del rey en el tope.

Después de huir de Ramleh, Balduino emprendió el camino hacia la costa, en un intento de alcanzar al ejército situado en Jaffa. Pero las tropas egipcias estaban batiendo el campo. Durante dos noches y dos días anduvo errante por las colinas al norte de Ramleh, y después avanzó a toda prisa a través de la llanura de Sharon hasta Arsuf. Llegó a esta plaza al anochecer del 19, sorprendiendo gratamente con su llegada al gobernador, Roger de Haifa. Aquella misma noche, las tropas de Galilea, ochenta caballeros con picas, al mando de Hugo de Saint-Omer, que habían huido hacia el Sur al tener noticias del avance egipcio, se unieron al rey en Arsuf. A la mañana siguiente, Hugo se dirigió al Sur con sus hombres, en un intento de abrirse camino hacia Jaffa, mientras Balduino convencía a un aventurero inglés llamado Goderico para que le llevara en su barco y burlara el bloqueo egipcio. Para animar a su corte, Balduino izó su estandarte. Los egipcios se dieron cuenta de ello y en seguida enviaron barcos para detenerle. Pero soplaba un fuerte viento norte, contra el que nada podían los egipcios; aunque este mismo viento favoreció la rápida llegada de Balduino al puerto.

En seguida se puso a reorganizar sus fuerzas. Antes de que los egipcios hubieran cerrado totalmente el cerco de la ciudad, se abrió camino para salir al encuentro de Hugo de Galilea y su gente y acompañarlos hasta el interior de las murallas. Después envió a Jerusalén una orden para reunir a todos los hombres que pudieran distraerse de la capital y de Hebrón. Un monje de la localidad se brindó a llevar el mensaje a través de las líneas enemigas. Salió de Jaffa con la oscuridad, pero tardó tres días en llegar a Jerusalén. Cuando confirmó que el rey vivía, hubo gran regocijo. Se reunió una fuerza de unos noventa caballeros y bastante más escuderos a caballo, que fue confortada con un fragmento de la Verdadera Cruz. Avanzó a toda prisa hacia Jaffa. Los caballeros, con mejor montura y mejores armas, consiguieron forzar la entrada en la ciudad; pero los escuderos fueron empujados hacia el mar. Abandonaron sus caballos y entraron a nado en el puerto. Entretanto, Balduino había escrito a Tancredo y a Balduino de Edesa, para dar cuenta de sus graves pérdidas y pedir refuerzos.

Antes de que los príncipes del Norte pudieran salir, llegó un

auxilio inesperado. En los últimos días de mayo, una flota de doscientos barcos, ingleses en su mayoría, y llenos de soldados y peregrinos de Inglaterra, Francia y Alemania, entró en la rada de Jaffa, con la ayuda del viento, burlando el bloqueo egipcio. Esos barcos trajeron a Balduino los hombres suplementarios que necesitaba. El 27 de mayo dirigió su ejército contra el enemigo. Los detalles de la batalla son desconocidos. Parece que los egipcios intentaron en vano atraerle y envolverle después, y que finalmente una carga de la caballería pesada de los francos rompió sus filas y sembró el pánico entre los egipcios, que se dieron a la fuga. Después de pocas horas, todo el ejército egipcio se hallaba en precipitada buida hacia Ascalón, y su campamento, con todo su botín, estaba en manos cristianas [11].

Balduino y su reino se habían salvado por una serie de casualidades, en las que los cristianos vieron, naturalmente, la mano de Dios. No era la menos importante de estas casualidades la estrategia incompetente de los egipcios. Un pequeño destacamento de sus tropas hubiese podido conquistar Jerusalén inmediatamente después de la batalla de Ramleh sin debilitar seriamente el cerco de Jaffa. Pero el visir al-Afdal perdió la ocasión. Su hijo Sharaf era débil y no le obedecía. La rivalidad entre sus diversos lugartenientes paralizó sus movimientos. Al verano siguiente, su padre envió una nueva expedición por mar y tierra. Pero aunque la flota zarpó rumbo a Jaffa, las fuerzas terrestres se negaron a avanzar más allá de Ascalón, pues su jefe, el mameluco Taj-al-Ajam, tenía envidia del almirante, el cadí Ibn Qadus. Taj-al-Ajam fue encarcelado a causa de su deslealtad; pero el daño ya estaba hecho. Se perdió la mejor oportunidad para la conquista de Palestina [12].

Tancredo y Balduino de Le Bourg, cuando se enteraron del apuro en que se hallaba Jerusalén, hicieron sus preparativos para salir lo antes posible hacia el Sur. Con ellos iba Guillermo de Aquitania, que había estado en Antioquía cuando llegó la carta del rey Balduino. Hicieron el trayecto todos juntos por el valle del Orontes, pasando por Homs, y siguiendo por el Jordán superior, con tantas fuerzas que las autoridades musulmanas locales no intentaron detener su paso. Llegaron a Judea hacia fines de septiembre. Balduino por entonces no tenía ninguna necesidad urgente de su ayuda; sin embargo, su presencia le permitió atacar al ejército egipcio en Ascalón. Las esca-

[11] Fulquerio de Chartres, II, xx, I-xxi, 18, págs. 444-55; Ekkehard de Aura, *loc. cit.;* Alberto de Aix, IX, 7-12, págs. 595-7; Ibn al-Athir, *loc. cit.*
[12] Ibn al-Athir, *loc. cit.*

ramuzas fueron favorables a los cristianos; pero no se aventuraron a asaltar la fortaleza [13].

El encuentro de los potentados francos fue útil a Balduino por otras razones. Tancredo pensó dar su ayuda poniendo sus propias condiciones, pero en realidad permitió a Balduino resolver su más difícil problema interno. El patriarca Daimberto había coronado a Balduino el día de Navidad de 1100, aunque lo hizo de mala gana, y Balduino lo sabía. Era necesario para Balduino dominar la Iglesia, que estaba bien organizada, y era a la Iglesia, y no a las autoridades seculares, a la que los simpatizantes piadosos de Occidente hacían donativos y legados. La elevación de Daimberto al patriarcado había sido dudosa desde el punto de vista legal, y a Roma habían llegado quejas sobre el particular. Finalmente, el papa Pascual envió un legado, Mauricio, cardenal obispo de Oporto, para informarse de la situación. Llegó a tiempo para la Pascua de Resurrección de 1101, y ante él, Balduino acusó en seguida a Daimberto de traición, mostrándole la carta que Daimberto había escrito a Bohemundo a raíz de la muerte de Godofredo, en la cual exigía a Bohemundo que se opusiera a la sucesión de Balduino incluso por la fuerza, si fuera necesario. Además manifestó que Daimberto había intentado asesinarle durante su viaje al Sur. Por muy falso que pudiera ser el último cargo, la carta era incontrovertible. Mauricio prohibió a Daimberto participar en las ceremonias de la Pascua, que él celebró solo. Daimberto, temeroso de su porvenir, buscó a Balduino y se arrodilló llorando ante él, pidiéndole perdón. Pero Balduino se mostró duro, hasta que Daimberto susurró que podría desprenderse de trescientos besantes. Balduino siempre estaba necesitado de dinero contante y sonante. Aceptó en secreto el donativo y después fue a ver al legado para decirle magnánimamente que perdonaría a Daimberto. Mauricio, hombre pacífico, estaba encantado de poder llevar a cabo una reconciliación [14].

Después de algunos meses, Balduino volvió a necesitar dinero, y recurrió a Daimberto, quien le dio doscientos marcos, diciendo que eso era todo lo que contenían las arcas patriarcales. Pero algunos clérigos pertenecientes al partido de Arnulfo dijeron al rey que, en realidad, Daimberto estaba atesorando enormes riquezas. Sucedió que pocos días después, el patriarca ofreció un banquete suntuoso en ho-

[13] Alberto de Aix, IX, 15, pág. 599; Ibn Moyessar, pág. 469; Ibn al-Athir, pág. 213, indica que los príncipes del Norte insistieron en la retirada.

[14] Alberto de Aix, VII, 46-51, págs. 538-41, da una versión hostil a Daimberto. Guillermo de Tiro (X, 26-7, págs. 438-40), que fue siempre defensor de Daimberto en interés de la independencia de la Iglesia, intencionadamente omite el escribir acerca de las investigaciones de Mauricio. Riant, *Inventaire*, págs. 218-19.

nor del legado, cuyo apoyo había estado cultivando con asiduidad. Balduino se levantó furioso y les arengó censurando su vivir lujoso cuando las fuerzas de la Cristiandad estaban muriéndose de hambre. Daimberto contestó violentamente que la Iglesia podía usar su dinero como quisiera y que el rey no tenía autoridad sobre ella, y Mauricio intentó ansiosamente apaciguarlos. Pero a Balduino no se le pudo reducir a silencio. Sus primeros pasos como sacerdote le permitieron aducir citas de derecho canónico, y su elocuencia era tal, que impresionó a Mauricio. Obligó a Daimberto a prometer que pagaría un regimiento de caballería. Sin embargo, las sumas nunca fueron pagadas, a pesar de las incesantes reclamaciones de Balduino. En el otoño de 1101 llegó un enviado del príncipe Roger de Apulia con un donativo de mil besantes para el patriarca. Un tercio había que dedicarlo al Santo Sepulcro, otro al hospital y el último al rey para su ejército. Daimberto temerariamente se guardo la totalidad para sí mismo. Pero se conocieron las condiciones del donativo. Cuando el rey hizo la acusación, el legado ya no pudo apoyar por más tiempo a Daimberto, y se le declaró depuesto del patriarcado. Se retiró a Jaffa, donde pasó el invierno, y en marzo partió para Antioquía. Su viejo amigo Tancredo le recibió gustoso y le encomendó una de las más ricas iglesias de la ciudad, la de San Jorge. Entretanto, Balduino dejó vacante el patriarcado, alegando que Roma tenía que ser informada; y sus oficiales irrumpieron en el tesoro patriarcal, donde encontraron que Daimberto había ocultado veinte mil besantes. Mauricio actuó como mediador, pero su salud quedó muy quebrantada con estos escándalos. Murió en la primavera de 1102 [15].

Cuando Tancredo llegó al Sur en el otoño para socorrer a Balduino, anunció que sus condiciones eran la reposición de Daimberto, que le acompañaba. Balduino fue de lo más acomodaticio. Pero en aquel momento llegó un nuevo legado papal, Roberto, cardenal de París. El rey, por tanto, insistió en que los asuntos debían formalizarse mediante la reunión de un sínodo bajo la presidencia de Roberto. Tancredo y Daimberto no podían negarse. Un consejo repuso temporalmente a éste hasta que se pudiese realizar una investigación completa. En consecuencia, Tancredo unió sus tropas a las del rey para la campaña contra Ascalón. Poco después se celebró el sínodo en la iglesia del Santo Sepulcro. Presidía el legado, ayudado por los obispos visitantes de Laon y Piacenza. Y todos los obispos y abades de Palestina asistieron, igual que el obispo de Mamistra, perteneciente al territorio de Tancredo. Las acusaciones contra Daimberto las hicieron los prelados de Cesarea, Belén y Ramleh, alentados por Ar-

[15] Alberto de Aix, VII, 58-64, págs. 545-9.

nulfo de Rohes. Declararon que en su viaje a Palestina en 1099, al frente de los pisanos, había atacado a gentes cristianas en las islas Jónicas; que intentó provocar una guerra civil entre el rey Balduino y el príncipe Bohemundo, y que se había guardado el dinero que se le entregó para los peregrinos del hospital y para los soldados de Cristo. Los cargos eran de todo punto innegables. El cardenal legado no tuvo más salida que declarar a Daimberto indigno de su sede y deponerlo. Tancredo no podía oponerse a un procedimiento tan canónico. Tuvo que admitir la derrota. Daimberto le acompañó a Antioquía, y se instaló de nuevo en la iglesia de San Jorge hasta que pudiera encontrar una oportunidad para ir a Roma. Había demostrado ser un viejo corrupto y miserable, y su partida no fue lamentada en Palestina. Su nombramiento como legado fue el único gran error cometido por el papa Urbano II [16].

Arnulfo de Rohes, que había sido el ayudante voluntario de Balduino en todo el asunto, manifestó demasiada codicia al intentar ocupar el puesto de Daimberto. En lugar de ello, cuando el legado preguntó por un candidato para el patriarcado, los obispos de Palestina propusieron a un sacerdote de edad, procedente de Terouanne, llamado Evremaro. Este, que había venido a Oriente con la primera Cruzada, era conocido por su piedad y su caridad. Aunque compatriota de Arnulfo, no había tomado parte en sus intrigas, sino que era universalmente respetado. El legado se sintió feliz de poder consagrar a un sacerdote tan puro, y Balduino estaba satisfecho porque Evremaro era un anciano inofensivo que jamás se atrevería a tomar parte en política. Entretanto, Arnulfo podía continuar haciendo sus propios planes sin impedimento.

Daimberto no se desesperó. Cuando su protector Bohemundo salió para Italia en 1105, le acompañó y prosiguió hasta Roma para exponer su agravio ante el Papa. Pascual se mostró cauto al principio; pero, después de alguna dilación, decidió, probablemente bajo la fatal influencia de Bohemundo, apoyarle. Balduino fue requerido a enviar a Roma la respuesta a los cargos de Daimberto. Pero el rey, probablemente porque sabía que Bohemundo tenía mucha influencia sobre el Papa, no se dio por enterado. Pascual, por tanto, anuló la deposición de Daimberto, diciendo que se había debido a la intromisión del poder civil. Afortunadamente, la equivocación del Papa fue remediada por la mano de Dios. Daimberto, cuando se disponía a salir triunfante para volver a ocupar el trono

[16] Alberto de Aix, IX, 14, 16-17, págs. 598-600; Guillermo de Tiro, *loc. cit.*

patriarcal, cayó gravemente enfermo. Murió en Mesina el 15 de junio de 1107 [17].

Las preocupaciones del patriarcado no habían terminado. Balduino se sintió insatisfecho con Evremaro. Probablemente se dio cuenta de que la Iglesia era demasiado importante como organización para poder estar en manos de una nulidad. Necesitaba un aliado eficaz al frente de ella. Cuando Evremaro se enteró de la reposición oficial de Daimberto, salió para Roma. Llegó allí, con sus propias quejas contra el poder civil, para enterarse de la muerte de su rival. Pero, cuando la noticia de la muerte de Daimberto llegó a Palestina, Arnulfo marchó a toda prisa a Roma para actuar allí en nombre del rey. Pascual se inclinaba ahora en favor de Evremaro, pero comprendió que el caso era más complicado de lo que había pensado. Se lo confió al arzobispo de Arles, Gibelino de Sabran, un eclesiástico muy viejo y de gran experiencia. En la primavera de 1108, Gibelino llegó a Palestina, a donde le habían precedido previamente Evremaro y Arnulfo. Vio que Evremaro era inadecuado para el puesto y que nadie deseaba su restitución. Por tanto, declaró vacante la sede y reunió un sínodo para nombrar sucesor. Para el turbado contento del legado, Balduino le propuso a él mismo como candidato. Aceptó, y a Evremaro se le consoló con la archidiócesis de Cesarea, que por fortuna había quedado vacante.

Corrió el rumor de que Arnulfo había persuadido al rey a elegir a Gibelino a causa de su edad. El patriarcado pronto volvería a estar vacante. Y, en efecto, Gibelino sólo vivió cuatro años; y al fin, al morir éste, Arnulfo fue elegido sin oposición para el trono [18].

Arnulfo era, desde el punto de vista de Balduino, un patriarca ideal. A pesar del conflicto posterior a raíz de la nueva boda del rey, y a pesar del odio de muchos de sus subordinados, conservó su puesto. Era, sin duda, un hombre corrupto. Cuando su sobrina Emma hizo un matrimonio satisfactorio con Eustaquio Garnier, la dotó con una rica finca en Jericó que pertenecía al Santo Sepulcro. Sin embargo, era activo y eficaz y leal al rey. Gracias a él, el programa irrealizable previsto por la mayoría de los participantes en la primera Cruzada, según el cual Jerusalén sería una teocracia con un monarca sólo en calidad de ministro de defensa, fue finalmente abandonado por completo. Procuró que toda la Iglesia en Palestina compartiera sus opiniones, aunque había depuesto a los canónigos del Santo Sepulcro nombrados por Godofredo de Lorena, porque no se fiaba de su lealtad. Cuando el reino se expandió por conquistas, luchó

[17] Guillermo de Tiro, XI, I, págs. 450-1.

[18] Alberto de Aix, X, 589, págs. 650-9, xii, 24, pág. 704; Guillermo de Tiro, *loc. cit.*, y XI, 4, págs. 455-6.

tenazmente para procurar que las jurisdicciones civil y eclesiástica coincidieran, contra la oposición del papa Pascual, quien, con su desastrosa predilección por los príncipes normandos de Antioquía, defendía los derechos históricos, aunque impracticables, de la sede antioquena. Arnulfo no era una persona estimable, aunque sí un servidor valioso del reino de Jerusalén. Su gran historiador, Guillermo de Tiro, deshonró su recuerdo y manchó su nombre innoblemente, pues había contribuido en gran medida a consolidar la obra de la primera Cruzada [19].

También a Arnulfo, igual que a su señor, el rey Balduino, hay que concederle el mérito de las buenas relaciones que se establecieron entre la jerarquía latina y los cristianos nativos. Durante su primera gestión en el patriarcado en 1099, Arnulfo había expulsado a las sectas orientales de la iglesia del Santo Sepulcro y las había expoliado. Pero Daimberto era un enemigo peor. Su política consistió en desterrar a todos los cristianos nativos no sólo de la propia iglesia, sino también de sus monasterios y fundaciones en Jerusalén, tanto si eran ortodoxos, griegos y georgianos como heréticos, entre éstos los armenios, los jacobitas y los nestorianos. También ofendió al decoro local al introducir mujeres al servicio de los Santos Lugares. A causa de estos atropellos todas las lámparas de la iglesia del Santo Sepulcro se apagaron para la víspera de Pascua de Resurrección de 1101, y el Fuego Sagrado no descendería de los cielos para encenderlas de nuevo hasta que las cinco comunidades desposeídas rezaran juntas implorando el perdón para los francos. Balduino aprendió la lección. Insistió en que había que rectificar las injusticias contra los nativos. Las llaves del Santo Sepulcro fueron devueltas a los griegos. Desde entonces parece haber gozado del apoyo de todos los cristianos de Palestina. Todo el alto clero era franco, aunque había canónigos griegos en el Santo Sepulcro. Los ortodoxos nativos lo aceptaron, ya que su propio clero había salido del país en los turbulentos años que precedieron a la Cruzada. A los jerarcas latinos nunca se les quiso, pero los monasterios ortodoxos locales continuaron sin impedimento, y los peregrinos ortodoxos que visitaban Palestina durante los días del reino franco no encontraron ninguna causa de queja contra los poderes seculares tanto por lo que se refería a ellos como por lo referente a sus hermanos nativos. Las iglesias heréticas parecen haber estado igual de contentas. Era muy diferente de la situación en los estados francos de la Siria septentrional, donde or-

[19] Guillermo de Tiro, XI, 15, pág. 479. Guillermo censuraba en Arnulfo el que fuera contemporizador. Véase *infra*, pág. 103.

todoxos y herejes, por igual, estaban resentidos contra los francos a causa de su opresión[20].

La derrota egipcia en Jaffa en 1102 y el fracaso de la expedición en la primavera de 1103 no agotaron completamente los esfuerzos de al-Afdal. Pero le llevó más tiempo preparar otro ejército. Balduino se aprovechó del respiro para fortalecer su posesión de la costa palestiniana. Aunque poseía las ciudades costeras desde Jaffa a Haifa, merodeadores musulmanes corrían los caminos entre ambas ciudades, sobre todo alrededor de las laderas del monte Carmelo. Incluso el camino desde Jaffa a Jerusalén era inseguro, como advirtió el peregrino Saewulf[21]. Desde los puertos dominados por los egipcios, Tiro y Acre, salían los piratas para interceptar mercantes cristianos. A fines del otoño de 1102, los barcos que estaban llevando a su patria a los peregrinos, cuya llegada había salvado a Balduino en Jaffa en mayo, fueron lanzados a la costa por tempestades en varias partes del litoral, algunos cerca de Ascalón y otros entre Tiro y Sidón. Los pasajeros fueron degollados o vendidos en los mercados de esclavos de Egipto[22]. En la primavera de 1103, Balduino, que aún tenía para ayudarle algunos barcos ingleses, emprendió el sitio de Acre. La guarnición estaba ya a punto de rendirse cuando entraron en el puerto procedentes de Tiro y Sidón doce galeras fatimitas y un gran transporte, con hombres y máquinas para disparar fuego griego. Balduino tuvo que levantar el sitio[23]. A finales de verano Balduino intentó limpiar de bandoleros el monte Carmelo. Sólo tuvo un éxito parcial, pues en una escaramuza resultó gravemente herido en los riñones y durante algún tiempo se temió por su vida. Mientras se hallaba enfermo en Jerusalén tuvo noticia de la doble expedición de Taj al-Ajam y de Ibn Qadush. Pero la negativa de Taj al-Ajam a avanzar más allá de Ascalón obligó a Ibn Qadush a intentar solo el sitio de Jaffa.

[20] Véase *infra,* págs. 294-296. Existe un largo relato de la ceremonia en un manuscrito de Fulquerio de Chartres, impreso en la edición de *Recueil des Historiens des Croisades.* Hagenmeyer, en su edición de Fulquerio, observa que sólo aparece en un manuscrito (L), y lo desecha todo menos las palabras introductorias «conturbati sunt omnes propter ignem quem die sabbati non habuimus ad Sepulcrum Domini» (II, viii, 2, pág. 396). Véase su nota 5, págs. 395-6, para un análisis completo. Publica el texto interpolado además con los que se encuentran en Bartolfo de Nangis y Guiberto de Nogent en un apéndice *(ibid.,* págs. 831-7). Fulquerio, que era capellán de Balduino, debió de estar presente en la ceremonia. Daniel el Higumeno (ed. Khitrowo, págs. 75-83) ofrece un relato de la ceremonia en 1107. Resulta evidente por esta narración que los griegos tenían a su cargo el Sepulcro.

[21] *Pilgrimage of Saewulf (P. P. T. S.,* vol. IV), págs. 8-9.

[22] Alberto de Aix, IX, 18, págs. 600-1.

[23] Alberto de Aix, IX, 15, pág. 509; Ibn al-Athir, pág. 213, indica un año equivocado (495, A. H., en lugar de 496).

Sus esfuerzos se frustraron. En cuanto Balduino se recuperó lo bastante como para mandar un ejército hacia la costa, la flota egipcia levó anclas [24].

En mayo siguiente, la armada genovesa de setenta galeras que había ayudado a Raimundo de Tolosa en la conquista de Jebail entró en Haifa. Balduino se reunió allí con sus jefes y aseguró su alianza para la conquista de Acre, prometiendo la acostumbrada prima de un tercio del botín, los privilegios mercantiles y un barrio en la zona comercial. Los aliados iniciaron el sitio el 6 de mayo. El jefe fatimita, el mameluco Bena Zahr ad-Daulah al-Juyushi, opuso una resistencia tenaz, pero no recibió ninguna ayuda de Egipto. Después de veinte días ofreció capitular, en condiciones semejantes a las concedidas a Arsuf. Los ciudadanos que quisieran podrían salir libremente con sus bienes muebles; los otros se convertirían en súbditos del rey franco. Balduino, por su parte, aceptó y cumplió estas condiciones, incluso permitiendo que se reservara una mezquita para sus súbditos musulmanes. Pero los marineros italianos no podían soportar el que se les escapara tanta riqueza. Cayeron sobre los emigrados, matando a muchos y robando a todos. Balduino montó en cólera. Habría atacado a los genoveses para castigarlos de no haber llegado a tiempo el patriarca Evremaro, que concertó una reconciliación [25].

La posesión de Acre dio a Balduino lo que tan angustiosamente necesitaba: un puerto seguro en todas las circunstancias meteorológicas. Aunque estaban a más de cien millas de la capital, en seguida se convirtió en el puerto más importante del reino, sustituyendo a Jaffa, que tenía una rada muy abierta. Además era el puerto principal en el que se embarcaba para Occidente la mercancía procedente de Damasco, y la conquista de la ciudad por los francos no interrumpió este tráfico, al que los musulmanes aún residentes en Acre dieron impulso [26].

En el verano de 1105, el visir al-Afdal hizo un intento final para reconquistar Palestina. Un ejército bien equipado de cinco mil jinetes árabes e infantes sudaneses, al mando de su hijo Sena al-Mulk Jusein, se encontró en Ascalón a principios de agosto. Aprovechando la lección de sus anteriores fracasos, los egipcios decidieron pedir la colaboración de los gobernantes turcos de Damasco. En 1102 ó

[24] Fulquerio de Chartres, II, xxiv, I, págs. 460-1; Alberto de Aix, IX, 22-3, págs. 103-4.

[25] Fulquerio de Chartres, II, xxv, 1-3, págs. 462-4; Alberto de Aix, IX, 27-9, págs. 606-8; Caffaro, *Liberatio,* págs. 71-2; Carta privilegio de Balduino en *Liber Jurium Reipublicae Genuensis,* vol. I, págs. 16-17.

[26] Véase *infra,* pág. 292. El comercio perduraba aún en tiempos de Ibn Jubayr (1183).

1103, la ayuda de Damasco hubiese carecido de valor. Pero Duqaq de Damasco había muerto en junio de 1104, y su familia disputó la herencia con su atabek Toghtekin, mientras, para procurarse una parte de ella, Ridwan de Alepo se trasladó al Sur. Toghtekin elevó primeramente al trono a Tutush, de un año de edad e hijo de Duqaq, y después le sustituyó por el hermano de Duqaq, Irtash, que tenía doce años. Este pronto sospechó de las intenciones de su tutor y huyó al Hauran, cuyo emir principal, Aytekin de Bosra, le dio asilo. Desde Basra recurrió al rey Balduino, que le invitó ir a Jerusalén. En estas circunstancias, Toghtekin se mostró contento de poder ayudar a los egipcios, pero no podía aventurarse a enviar un gran ejército para unirse a ellos. Envió a su general Sabawa con mil trescientos arqueros montados[27]. En agosto el ejército egipcio avanzó hacia Palestina, donde se le unieron las tropas damascenas, después de haber descendido por Transjordania y atravesado el Negeb. Balduino esperaba en Jaffa. Cuando la flota egipcia empezó a avistarse tomó posiciones en el inevitable campo de batalla de Ramleh. Jaffa quedó bajo el mando de Litardo de Cambrai con trescientos hombres. Con Balduino se hallaba el joven pretendiente damasceno Hirtash, y el conjunto de las restantes tropas francas en Palestina, las guarniciones de Galilea, Haifa y Hebrón, así como el ejército central, quinientos jinetes y dos mil infantes. A petición de Balduino, el patriarca Evremaro acudió desde Jerusalén con 150 hombres que había reclutado allí y con la Verdadera Cruz.

La batalla tuvo lugar el domingo 27 de agosto. Al alba, el patriarca, revestido y con la cruz en la mano, cabalgó de arriba abajo frente a las líneas francas, dando la bendición y la absolución. Luego, los francos atacaron. Un contraataque realizado por los turcos damascenos casi les obligó a romper filas, pero Balduino, enarbolando en persona su estandarte, se puso al frente de una carga que les dispersó. Los egipcios lucharon con más bravura que de costumbre, pero su ala izquierda se había alejado en un vano intento de sorprender a Haifa y volvió demasiado tarde. Hacia el atardecer los musulmanes estaban derrotados. Sabawa y sus turcos huyeron a su propio territorio, y los egipcios se retiraron a Ascalón, desde donde su general Sena al-Mulk huyó a El Cairo. Sus pérdidas fueron graves. El gobernador de Ascalón fue muerto, y los ex-jefes de Acre y Arsuf, capturados y más tarde rescatados a alto precio. Fulquerio de Chartres no podía consolarse de que hubiese huido Sena al-Mulk, a causa del cuantioso rescate que hubiese proporcionado. Pero las pérdidas francas también habían sido graves. Después de saquear su campamen-

[27] Ibn al-Qalanisi, pág. 71; Ibn al-Athir, pág. 229.

to, Balduino no salió en persecución de los egipcios. Tampoco siguió apoyando al joven príncipe Irtash, que se retiró desconsolado a Ar-Rahba, en el Eufrates. La flota egipcia zarpó de nuevo hacia Egipto sin haber conseguido nada, excepto la pérdida de algunos barcos en una tempestad [28].

Esta tercera batalla de Ramleh fue el último intento en gran escala de los fatimitas para reconquistar Palestina. Sin embargo, aún seguían constituyendo un peligro para los francos, y una incursión más reducida en el otoño de 1106 casi triunfó en lo que habían fracasado sus ejércitos mayores. En aquel mes de octubre, cuando Balduino estaba ocupado en la frontera de Galilea, unos mil jinetes egipcios atacaron de repente un campamento de peregrinos, entre Jaffa y Arsuf, y degollaron a sus habitantes. Después cabalgaron hasta Ramleh, defendida solamente por ocho caballeros, que fueron fácilmente reducidos. El gobernador de Jaffa, Roger de Rozoy, salió contra ellos, pero cayó en una emboscada y sólo se salvó al huir precipitadamente a Jaffa. Fue perseguido con tanto ardor que cuarenta de sus soldados de infantería fueron capturados extramuros y muertos. Después los egipcios marcharon hacia Jerusalén y atacaron un pequeño castillo, Chastel Arnaud, que Balduino no había terminado por completo y destinado a vigilar el camino. Los obreros se rindieron, pero fueron muertos, con excepción de su jefe, Godofredo, alcaide de la Torre de David, que fue hecho prisionero para ser rascatado. Pero por entonces Balduino se enteró de la incursión y marchó al Sur inmediatamente. Los egipcios se retiraron a Ascalón [29].

Al año siguiente, una expedición egipcia estuvo a punto de conquistar Hebrón, pero fue rechazada por Balduino personalmente, y en 1110 los egipcios entraron hasta las murallas de Jerusalén, aunque se retiraron en seguida [30]. Incursiones parecidas en menor escala se produjeron de tiempo en tiempo durante los diez años siguientes, haciendo la vida insegura para los colonos y peregrinos cristianos en la llanura costera y en el Negeb, aunque no solían pasar de ser represalias por las incursiones que Balduino hacía en territorio musulmán.

Por tanto, Balduino se sintió libre para proseguir su intento de extender el reino. Sus principales objetivos eran las ciudades costeras. Ascalón en el Sur, y Tiro, Sidón y Beirut en el Norte. Ascalón y Tiro eran poderosas fortalezas con numerosa guarnición permanente; el reducirlas exigiría una minuciosa preparación. En la primavera de 1106, la presencia en Tierra Santa de un enorme convoy de pere-

[28] Alberto de Aix, IX, 48-50, págs. 621-4; Fulquerio de Chartres, II, xxxi, I-xxxiii, 3, págs. 489-503; Ibn al-Athir, págs. 228-9; Ibn Moyessar, pág. 466.
[29] Alberto de Aix, X, 10-14, págs. 635-8.
[30] *Ibid.*, X, 33, págs. 646-7; XI, 28, pág. 676.

grinos ingleses, daneses y flamencos indujo a Balduino a proyectar una expedición contra Sidón. El gobernador de Sidón, enterado de esto, se apresuró a enviar al rey una enorme suma de dinero. Balduino, siempre necesitado de numerario, aceptó el regalo y dejó tranquila a Sidón durante dos años [31].

En agosto de 1108, Balduino volvió a salir contra Sidón, con el apoyo de una escuadra de marinos aventureros procedentes de varias ciudades italianas. El gobernador en seguida tomó a su servicio el apoyo de los turcos de Damasco por treinta mil besantes, mientras una poderosa flota egipcia que había zarpado de Egipto derrotaba a los italianos en una batalla naval fuera del puerto. Balduino tuvo que levantar el sitio. Después de esto, los sidonianos se negaron a admitir a los turcos en la ciudad, temiendo con alguna razón que Toghtekin tenía propósitos contra ella. El gobernador incluso se negó a pagar los besantes prometidos. Los turcos amenazaron con llamar a Balduino, pero cuando éste dio muestras de volver aceptaron retirarse con nueve mil besantes como compensación [32].

Al verano siguiente, Balduino ayudó a Beltrán de Tolosa a conquistar Trípoli; a cambio de ello, a principios de 1110 Beltrán envió hombres para ayudar a Balduino en su ataque contra Beirut. Había a mano barcos genoveses y pisanos para bloquear la ciudad, y Trípoli les proporcionó una base conveniente. Los barcos fatimitas de Tiro y Sidón intentaron en vano romper el bloqueo. El sitio duró desde febrero hasta mediados de mayo, cuando el gobernador, desesperando de otras posibles ayudas, huyó de noche por entre la flota italiana a Chipre, donde se entregó al gobernador bizantino. La ciudad que abandonó fue tomada por asalto el 13 de mayo. Los italianos organizaron una matanza general de los habitantes antes de que Balduino pudiera restablecer el orden [33].

Durante aquel verano Balduino recibió nuevos refuerzos navales procedentes de Occidente. En 1107 salió una flota de Bergen, en Noruega, al mando de Sigurd, que compartía el trono noruego con sus dos hermanos, y, navegando por el mar del Norte y pasando por el estrecho de Gibraltar, después de hacer escala en Inglaterra, Castilla, Portugal, las islas Baleares y Sicilia, llegó a Acre precisamente cuando Balduino regresaba de la conquista de Beirut. Sigurd era la primera testa coronada que visitaba el reino, y Balduino le recibió con grandes honores, acompañándole personalmente a Jerusalén. Si-

31 *Ibid.*, X, 4-7, págs. 632-4.

32 *Ibid.*, X, 48-51, págs. 653-5; Ibn al-Qalanisi, pág. 87.

33 Fulquerio de Chartres, II, xlii, 1-3, pág. 536, en un poema astronómico, señala como fecha el 13 de mayo; Alberto de Aix, pág. 671, indica el 27 de mayo; Ibn al-Qalanisi, págs. 99-101 (13 de mayo).

gurd aceptó ayudar a los francos en el sitio de Sidón. Los aliados iniciaron el sitio en octubre. Sidón estaba vigorosamente defendida. Los barcos noruegos fueron casi dispersados por una poderosa flotilla fatimita de Tiro, pero se salvaron gracias a la llegada de una escuadra veneciana mandada por el propio dogo, Ordelafo Falieri. Entretanto, el gobernador de Sidón preparaba un plan para asesinar a Balduino. Un musulmán renegado que se hallaba en el séquito personal de Balduino aceptó, a cambio de una gran suma, llevar a cabo el atentado. Pero los cristianos nativos dentro de Sidón se enteraron de la conspiración y dispararon una flecha, con un mensaje sujeto a ella, hacia el campamento franco para advertir al rey. Finalmente, Sidón capituló el 4 de diciembre en las mismas condiciones que habían sido concedidas a Acre. Los notables de la ciudad salieron con todos sus bienes para Damasco, pero la gente pobre se quedó, convirtiéndose en súbditos del rey franco; éste, rápidamente, les impuso un tributo de veinte mil besantes de oro. Los venecianos fueron recompensados con la donación de una iglesia y alguna propiedad en Acre. Sidón fue confiada como baronía a Eustaquio Garnier, quien era ya gobernador de Cesarea, y que poco después consolidó su situación por su boda política con Emma, sobrina del patriarca Arnulfo [34].

Los francos dominaban ahora toda la costa siria, con excepción de las dos fortalezas de Ascalón, en el extremo Sur, y Tiro, en el centro. El gobernador de Tiro estaba inquieto. En el otoño de 1111 envió un emisario a Toghtekin de Damasco para pedirle que le alquilara un cuerpo de 500 arqueros por la suma de veinte mil besantes, y al mismo tiempo pidió permiso para que él y sus notables pudieran enviar a Damasco sus más valiosos bienes para conservarlos. Toghtekin, con una rica caravana con el dinero y los bienes, partió desde la costa. Cuando tenía que pasar por el territorio dominado por los francos, el gobernador de Tiro, Izz al-Mulik, sobornó a un caballero franco llamado Rainfredo para que le guiara y garantizara su seguridad. Rainfredo aceptó las condiciones y rápidamente informó a Balduino, que cayó sobre los de Tiro, que nada esperaban, arrebatándoles todos sus bienes. Alentado por este éxito inesperado, Balduino reunió todo su ejército a fines de noviembre para atacar las

[34] Fulquerio de Chartres, II, xliv, 1-7, págs. 543-8; Alberto de Aix, XI, 26, 30-4, págs. 675-677; Guillermo de Tiro, XI, 14, págs. 476-9, escribe acerca de los cristianos nativos; *Sigurdar Saga,* en *Agrip of Noregs Konungasögum, passim; Sigurdar Saga Jórsalafara ok Broedra,* págs. 75 y sigs.; Ibn al-Qalanisi, págs. 106-8; Ibn al-Athir, pág. 275; Dandolo in Muratori, *SS. R. I.*, vol. XII, página 264; Tafel y Thomas, I, 86, 91, 145; Riant, *Les Scandinaves en Terre Sainte,* cap. IV, *passim.*

murallas de Tiro. Pero no tenía flota que le ayudase, aparte de doce barcos bizantinos al mando del embajador Butumites, y los bizantinos no estaban dispuestos a emprender una acción hostil contra los fatimitas, con quienes mantenían buenas relaciones, a menos que recibieran una compensación muy seria. Pidieron que Balduino les ayudase, a cambio, a reconquistar las ciudades que habían perdido a causa de los príncipes de Antioquía. Como Balduino vacilara en comprometerse, los bizantinos se limitaron a suministrar provisiones al ejército franco. El sitio de Tiro duró hasta el siguiente mes de abril. Los de Tiro luchaban bien, incendiando las enormes torres de madera que Balduino había construido para el asedio; pero, al fin, se vieron obligados a buscar la ayuda de Toghtekin. Antes de dar este paso, Izz al-Mulik escribió a la corte egipcia para justificar su acción. El primer intento de Toghtekin para establecer contacto fracasó al ser interceptada una paloma mensajera por un árabe al servicio de los francos. Su compañero franco quería dejar volar a la paloma, pero el árabe se la llevó a Balduino. Fueron enviados hombres disfrazados para salir al encuentro de los embajadores damascenos, que fueron capturados y muertos. Pero, a pesar de esto, Toghtekin avanzó sobre Tiro, sorprendiendo a un grupo franco de forrajeo y sitiando a los francos en su campamento, mientras corría el campo. Balduino tuvo que levantar el sitio y abrirse camino luchando hasta Acre [35].

Tampoco tuvo éxito en Ascalón. Marchó contra la fortaleza inmediatamente después de la conquista de Sidón. El gobernador, Shams al-Khilafa, que tenía mentalidad comercial, estaba cansado de toda esta lucha. Compró un armisticio por una suma que intentó extraer de la población de Tiro, que estaba bajo su jurisdicción. Se dio cuenta de sus acciones a Egipto, y al-Afdal envió tropas leales con órdenes de destituirle. Shams al-Khilafa, sospechando su propósito, se negó a admitirlas, e incluso prescindió de aquellas de sus tropas que suponía simpatizaban con los fatimitas, reclutando en su lugar mercenarios armenios. Se trasladó después personalmente a Jerusalén para colocarse, con su ciudad, bajo la protección de Balduino. Regresó con trescientos soldados francos, que instaló en la ciudadela. Pero su traición enfureció a los ascalonitas. En julio de 1111, con la ayuda de Egipto, organizaron un golpe de estado, asesinando a Shams y degollando a los francos. Balduino se apresuró a socorrer a sus hombres, pero llegó demasiado tarde. Ascalón iba a seguir siendo una espina clavada en la carne franca durante cuarenta años más [36].

[35] Alberto de Aix, XII, 3-7, págs. 690-3; Ibn al-Athir, pág. 257; Ibn Moyessar, pág. 467.

[36] Alberto de Aix, XI, 36-7, págs. 680-1; Ibn al-Qalanisi, págs. 108-10.

Un intento parecido de establecer un protectorado sobre Baalbek con la ayuda del gobernador, el eunuco al-Taj Gümüshtekin, fracasó en la primavera de 1110. Toghtekin se enteró de la conspiración y sustituyó a Gümüshtekin por su propio hijo Taj al-Mulk Buri [37].

La principal preocupación de Balduino había sido asegurar una línea costera adecuada para su reino. Pero también tenía interés en dotarlo de fronteras terrestres convenientes y, al mismo tiempo, en sacar todo el provecho de su proximidad a las grandes rutas comerciales árabes que iban de Iraq y Arabia al Mediterráneo y Egipto. Cuando Tancredo salió de Palestina para Antioquía, Balduino había confiado el principado de Galilea —que conservaba el título grandilocuente que le había dado Tancredo— a su antiguo vecino en Francia Hugo de Saint-Omer, y Hugo fue alentado a seguir una política agresiva contra los musulmanes. Su primera acción fue construir en las montañas, dominando el camino entre Tiro y Banyas y Damasco, un castillo llamado Torón, el Tibnin de nuestros días. Después, para dirigir mejor las incursiones en las ricas tierras al este del mar de Galilea, construyó otro castillo en las colinas al sudoeste del lago, llamado por los árabes al-Al. Estas dos fortalezas se terminaron hacia el otoño de 1105, aunque la segunda permaneció poco tiempo en manos cristianas. Toghtekin de Damasco no podía tolerar semejante amenaza para su territorio. A fines del año, cuando Hugo volvía a al-Al, cargado de botín tras una correría victoriosa, el ejército damasceno cayó sobre él. Resultó mortalmente herido en la batalla y sus hombres fueron dispersados. Toghtekin pudo tomar después sin dificultad el castillo. El hermano de Hugo, Gerardo de Saint-Omer, que por entonces estaba gravemente enfermo, no sobrevivió mucho tiempo a Hugo. En consecuencia, Balduino dio el feudo de Galilea al caballero francés Gervasio de Basoches [38].

Siguió la guerra de guerrillas. En 1106, el ejército de Tiro realizó una incursión contra Torón, que coincidió con otra hecha por los damascenos contra Tiberíades. Ninguna de las dos tuvo éxito y, ante la próximidad de Balduino, fueron enviados damascenos a su campamento para tratar acerca de un corto armisticio. El recibimiento liberal y generoso de los enviados acreció su prestigio entre los musulmanes. Pero la tregua fue breve [39]. En la primavera de 1108, Toghtekin hizo una nueva incursión en Galilea, y en una batalla en las afueras de Tiberíades consiguió apresar a Gervasio de Basoches y a la mayor parte de su plana mayor. Después mandó decir a Balduino

[37] Ibn al-Qalanisi, *op. cit.*, pág. 106; Sibt ibn al-Djauzi, pág. 537.

[38] Guillermo de Tiro, XI, 5, págs. 459-60; Ibn al-Qalanisi, págs. 72, 75; Ibn al-Athir, págs. 229-30.

[39] Alberto de Aix, X, 25-6, págs. 642-3; Ibn al-Qalanisi, pág. 75.

que el precio del rescate sería el de las tres ciudades: Tiberíades, Acre y Haifa. Al ser rechazada la oferta por Balduino, Gervasio fue asesinado, y su cabeza, con los blancos mechones ondeando, fue clavada en una estaca y llevada al frente del victorioso ejército musulmán [40]. Balduino entonces restituyó el título de príncipe de Galilea a Tancredo, aunque probablemente administraba el principado desde Jerusalén. En 1113, después de la muerte de Tancredo, cuando Balduino de Edesa desterró de su condado a Joscelino de Courtenay, éste recibió del rey la compensación de Galilea [41].

A fines de 1108, Balduino y Toghtekin, cuyos principales intereses se hallaban en otra parte, acordaron una tregua de diez años, repartiéndose los ingresos de las zonas de Sawad y Ajlun, es decir, la Transjordania del norte. Un tercio sería para Balduino, otro tercio para Toghtekin y el otro quedaría para las autoridades locales [42]. Los motivos de la tregua eran probablemente de índole comercial. Las incursiones estaban arruinando el comercio en curso que pasaba por el país, y todas las partes se beneficiarían de su recuperación. La tregua era puramente local. No impedía a Toghtekin acudir en ayuda de las ciudades costeras musulmanas, ni tampoco a Balduino intentar convertir a Baalbek en una ciudad vasalla. Pero los historiadores árabes señalan con gratitud que, debido a ella, Balduino no invadió el territorio damasceno cuando Toghtekin fue derrotado por Guillermo-Jordán en Arqa, lo que hubiese sido una útil oportunidad [43]. El deseo de una tregua puede haber surgido del lado de Balduino como resultado de la derrota de Gervasio y el peligro subsiguiente de incursiones desde Transjordania a Galilea, y en el campo de los musulmanes como consecuencia de dos incursiones recientes, una mandada por un peregrino recién llegado a Palestina, Guillermo Cliton, hijo de Roberto de Normandía, contra una princesa árabe muy rica que viajaba con todos sus bienes desde Arabia a Damasco, y la otra incursión hecha contra una caravana de mercaderes que se dirigía desde Damasco a Egipto. En la primera ocasión los francos obtuvieron cuatro mil camellos, y en la segunda, todas las mercancías de la caravana, cuyos supervivientes fueron asesinados más tarde por los beduinos [44]. El tratado se rompió en 1113, cuando Balduino invadió el territorio damasceno [45].

[40] Alberto de Aix, X, 57, pág. 658; Ibn al-Qalanisi, págs. 86-7; Ibn al-Athir, págs. 268-9, dice que Gervasio era hijo de la hermana de Balduino.
[41] Alberto de Aix, XI, 12, pág. 668; Guillermo de Tiro, XI, 22, pág. 492.
[42] Ibn al-Qalanisi, pág. 92; Ibn al-Athir, pág. 269.
[43] Ibn al-Athir, págs. 269-70.
[44] Alberto de Aix, X, 45, pág. 653; Ibn al-Athir, pág. 272.
[45] Véase *infra*, págs. 122-123.

Desde 1111, después del fracaso ante Tiro, Balduino estuvo una temporada ocupado por los asuntos en la Siria del norte. Había puesto ya de manifiesto, en Trípoli, en 1109, que pensaba ser el dueño de todo el Oriente franco, y los acontecimientos en Antioquía y Edesa le permitieron reafirmar su pretensión [46]. Pudo también, una vez más, fijar su atención en el engrandecimiento de su poder personal. Siempre se dio cuenta de que Palestina estaba abierta a la invasión e infiltración desde el Sudeste, a través del Negeb, y que el dominio del país entre el mar Muerto y el golfo de Akaba era necesario para aislar a Egipto del mundo musulmán oriental. En 1107, Toghtekin envió un ejército damasceno a Edom, a requerimiento de los beduinos locales, para establecer una base desde la cual pudieran hacer incursiones en Judea. El desierto idumeo tenía varios monasterios griegos, y uno de los monjes, un tal Teodoro, apremió a Balduino a intervenir. Balduino se dirigió al Sur, cerca del emplazamiento turco en el Wadi Musa, en las proximidades de Petra; pero deseaba evitar una batalla. En consecuencia, Teodoro se ofreció a presentarse como si fuera un fugitivo al general de Toghtekin para advertirle que un enorme ejército franco estaba acercándose. Los turcos se alarmaron y se retiraron a marchas forzadas a Damasco. Entonces Balduino castigó a los beduinos inundando de humo las cavernas en que vivían y llevándose sus rebaños. En su regreso hacia el Norte, llevó consigo muchos de los cristianos nativos que temían represalias de los beduinos [47].

Balduino regresó al territorio idumeo en 1115. Decidió que tenía que ocuparlo permanentemente. Bajando desde Hebrón y rodeando la base del mar Muerto, y a través de Wadi al-Araba, el inexpugnable valle que se extiende desde el mar Muerto hacia el golfo de Akaba, llegó a uno de los pocos lugares fértiles en aquella yerma región. Shobak, sobre una cordillera arbolada entre la depresión y el desierto de Arabia. Allí, a casi cien millas del establecimiento franco más próximo, erigió un gran castillo, en el cual dejó una guarnición bien provista de armas, y al cual dio el nombre de «La Montaña Real», el Krak de Montreal. Al año siguiente, al frente de su ejército y con un largo tren de mulas llevando provisiones, se adentró aún más hacia la Arabia ignota. Volvió a visitar Montreal y prosiguió hacia el Sur, hasta que, al fin, sus cansados hombres alcanzaron las costas del mar Rojo en Akaba. Allí bañaron sus caballos en el mar y pescaron los peces que han dado fama a aquellas aguas. Los habitantes indígenas, horrorizados, subieron a sus embarcaciones y huyeron. Balduino

[46] Véase *supra*, págs. 72-73, e *infra*, págs. 112-113.

[47] Alberto de Aix, X, 28-9, págs. 644-5; Ibn al-Qalanisi, págs. 81-2. Para los monasterios griegos de la región, véase *supra*, pág. 76, n. 1.

ocupó la ciudad, llamada por los francos Aila o Elyn, y la fortificó con una ciudadela. Luego navegó hasta la pequeña isla, la jesiratea Far'Un, llamada por los francos Graye, donde construyó un segundo castillo. Dejó guarniciones en ambas fortalezas. Gracias a ellas, los francos dominaban ahora los caminos desde Damasco a Arabia y Egipto. Podían asaltar a placer las caravanas, e hicieron difícil para cualquier ejército musulmán el acceso a Egipto desde Oriente [48].

A su vuelta de las costas del mar Rojo, Balduino volvió a marchar de nuevo contra Tiro, pero se contentó con imponer un rígido bloqueo de la ciudad desde tierra. Con este fin construyó un castillo en Scandelion, donde el camino costero empieza a subir la ladera del risco hasta el desfiladero conocido como la Escala de Tiro [49]. Sidón ya vigilaba el acceso a Tiro desde el Norte y el castillo de Torón desde el Este. Scandelion completó su cerco.

Animado por sus éxitos, Balduino emprendió en 1118 una expedición más audaz. Los ejércitos fatimitas de Ascalón habían efectuado últimamente dos incursiones victoriosas en su territorio. En 1113, cuando estaba ocupado contra los turcos en el Norte, avanzaron hasta las murallas de Jerusalén, saqueándolo todo a su paso, y en 1115 casi consiguieron sorprender a Jaffa. La réplica de Balduino fue ahora invadir el mismo Egipto. A principios de marzo, después de cuidadosas negociaciones con los jeques de las tribus del desierto, dirigió un pequeño ejército de 216 jinetes y 400 soldados de infantería, bien abastecidos de provisiones, desde Hebrón al otro lado de la península del Sinaí, a la costa mediterránea de Farama, muy dentro del territorio egipcio, cerca de la desembocadura del brazo pelusiano del Nilo. Se dispuso a tomar la ciudad por asalto, pero la guarnición huyó presa del pánico. Prosiguió hasta el Nilo, y sus hombres se quedaron boquiabiertos al ver el famoso río. Pero allí quedó postrado con una enfermedad mortal. Se retiró, agónico, hacia Palestina [50].

Por sus infatigables campañas y el aprovechamiento de cada oportunidad, el rey Balduino había convertido su herencia en un estado consolidado que comprendía toda la provincia histórica de Palestina. Con Tiro y Ascalón como únicas ciudades aún fuera de su dominio, controlaba el país desde Beirut en el Norte hasta Beersheba en el Sur, con el Jordán como frontera oriental y con avanzadillas en el lejano Sudeste para dominar los accesos de Arabia. Sus colegas cristianos en el Oriente franco reconocían su hegemonía, y se había ga-

[48] Alberto de Aix, XII, 21-2, págs. 702-3; Guillermo de Tiro, XI, 29, pág. 505. Para Aila, véase Musil, artículo «Aila», en *Encyclopaedia of Islam*.

[49] Fulquerio de Chartres, II, lxii, I, págs. 605-6; Guillermo de Tiro, XI, 30, pág. 507.

[50] Alberto de Aix, XII, 25, pág. 705; Ibn al-Athir, pág. 314.

nado el respeto de sus vecinos musulmanes. Su obra había asegurado que el reino de Jerusalén no sería fácilmente destruido.

De la administración interna de su reino tenemos muy pocas noticias. Desde un punto de vista muy amplio, era un estado feudal. Pero Balduino conservaba la mayor parte del país en sus propias manos, nombrando vizcondes como delegados suyos. Incluso el mayor de los feudos, el principado de Galilea, estuvo durante algunos años sin señor. Los feudos no se consideraban aún hereditarios. Cuando Hugo de Saint-Omer fue muerto, se pensó que su hermano Gerardo le sucedería en su principado de haberlo permitido su salud, pero su derecho no era absoluto. Balduino creó una tosca constitución para el reino. El gobernaba a través de un séquito que iba aumentando, y sus feudatarios tenían su propio séquito. A Balduino se le debieron los acuerdos en los puertos con los italianos, que no estaban obligados a colaborar en las campañas militares, pero sí tenían que tomar parte en la defensa naval de sus localidades [51].

Balduino manifestó claramente que pensaba controlar la Iglesia. Una vez que estuvo seguro de su apoyo, la trató con generosidad, dotándola pródigamente de tierras conquistadas al infiel. Su liberalidad fue en algún sentido equivocada, ya que la Iglesia estaba exenta de la obligación de proporcionar soldados. De otra parte, esperaba que ella le facilitase dinero.

Frecuentes incidentes demostraron que Balduino era popular entre los cristianos nativos. Desde el episodio de Pascua de Resurrección en 1101, fue cuidadoso en respetar sus susceptibilidades. En sus tribunales les permitía valerse de sus propios idiomas y usos, y la Iglesia no estaba autorizada para interferirse en sus prácticas religiosas. En los últimos años de su reinado fomentó la inmigración de cristianos, tanto heréticos como ortodoxos, procedentes de los países vecinos bajo gobierno musulmán. Necesitaba una población campesina laboriosa que ocupase las tierras que habían quedado vacías en Judea por la marcha de los musulmanes. Favoreció el matrimonio entre francos y nativos, para lo cual empezó por dar ejemplo. Muy pocos barones tomaron esposas indígenas, pero la práctica se hizo común entre los soldados francos pobres y los colonos. Los hijos nacidos de estos matrimonios constituirían más tarde la mayoría de los soldados del reino [52].

Balduino demostró una benevolencia semejante hacia los musulmanes y los judíos que consintieron en ser sus súbditos. Se autorizaron algunas mezquitas y sinagogas. En los tribunales, los musul-

[51] Véase La Monte, *Feudal Monarchy*, págs. 228-30; véase *infra*, pág. 271.
[52] Véase *infra*, págs. 270-271.

manes podían jurar sobre el Corán y los judíos sobre la Torah, y los litigantes infieles podían confiar en obtener justicia [53]. El matrimonio mixto con musulmanes estaba autorizado. En 1114 el patriarca Arnulfo fue severamente amonestado por el papa Pascual por haber realizado una ceremonia nupcial entre un cristiano y una dama musulmana [54].

En este punto, el papa Pascual volvió a demostrar una vez más su incomprensión hacia Oriente. Pues si los francos habían de sobrevivir en aquella región no tenían que seguir siendo una minoría extranjera, sino convertirse en parte de aquel mundo local. El capellán de Balduino, Fulquerio de Chartres, en un capítulo poético de su *Historia,* subraya la obra milagrosa de Dios de convertir a los occidentales en orientales. Le parecía admirable que se fundieran las razas oriental y occidental; lo consideraba como un paso hacia la unión de las naciones. A lo largo de la existencia de los estados cruzados nos encontramos con la misma versión. Los políticos francos prudentes en Oriente siguieron el ejemplo de Balduino, adoptando costumbres locales y formando amistades y alianzas locales, mientras los recién llegados de Occidente venían impregnados de ideas chauvinistas, desastrosas para el país.

El rey ya había ofendido al Papa cuando sus conquistas a lo largo de la costa siria pusieron en sus manos ciudades, especialmente Sidón y Beirut, cuyas iglesias pertenecían históricamente al patriarca de Antioquía. La adecuada administración del reino exigía que fueran transferidas a la jurisdicción del patriarca de Jerusalén, y Balduino las transfirió. El patriarca de Antioquía, Bernardo, protestó ante el Papa contra un acto tan anticanónico. Pascual había notificado en 1110 a Jerusalén que, en vista de que habían cambiado las circunstancias, podía ignorarse la posición histórica. En 1112, con su habitual debilidad, cambió de repente y apoyó los derechos de Antioquía. Balduino, sin violencias, hizo caso omiso de la nueva decisión papal. A pesar de una petulante reprobación de Pascual, los obispados quedaron sometidos al patriarcado de Jerusalén [55].

Balduino cometió una seria equivocación en cuanto a su matrimonio. Nunca se había cuidado mucho de su esposa armenia hasta el día en que el padre de ella, asustado por su yerno cruel, huyó con la dote prometida. Balduino era aficionado a las aventuras amorosas, pero era discreto, y la presencia de una reina en la corte le impedía permitirse sus gustos. La reina también tuvo fama de alegre, y se dijo que incluso había concedido sus favores a piratas musulmanes

[53] Véase *infra,* pág. 278.
[54] Röhricht, *Regesta,* núm. 83, pág. 19.
[55] Guillermo de Tiro, XI, 28, págs. 502-5.

cuando viajó desde Antioquía para hacerse cargo del trono. No había hijos que les sirvieran de vínculo. Después de algunos años, cuando ya no existía la más mínima ventaja política para el matrimonio, Balduino la echó de la corte basándose en adulterio y la obligó a entrar en el convento de Santa Ana, en Jerusalén, al que dotó ricamente para tranquilizar su conciencia. Pero la reina no sentía vocación por la vida monástica. Pronto pidió y recibió permiso para retirarse a Constantinopla, donde habían estado viviendo sus padres desde que fueron expulsados de Marash por los francos. Allí abandonó su hábito monástico y se estableció para gustar de todos los placeres que ofrecía la gran ciudad [56]. Entretanto, Balduino se alegró de poder llevar otra vez una vida de soltero. Pero volvía a necesitar dinero, y en el invierno de 1112 supo que la viuda más apetecible de Europa estaba buscando marido. Adelaida de Salona, condesa viuda de Sicilia, acababa de retirarse de la regencia de su condado al llegar a la mayoría de edad su hijo Roger II. Era inmensamente rica y la atraía un título real. Para Balduino era deseable no sólo por su dote, sino también por su influencia sobre los normandos de Sicilia, cuya alianza le ayudaría con fuerza naval y representaría un contrapeso contra los normandos de Antioquía. Envió a pedir su mano. La condesa aceptó, poniendo sus propias condiciones. Balduino no tenía hijos. Los de su primera esposa habían muerto en Anatolia durante la primera Cruzada, y su esposa armenia no le había dado ninguno. Adelaida insistió en que si no tenía descendencia de su matrimonio con Balduino —y las edades del novio y la novia no permitían ilusiones sobre un niño—, la corona de Jerusalén debería pasar a su hijo, el conde Roger.

Se hizo el contrato y en el verano de 1113 la condesa salió de Sicilia con un esplendor tal como no había sido visto en el Mediterráneo desde que Cleopatra se embarcó rumbo al Cydnus para encontrar a Marco Antonio. Yacía sobre una alfombra de hilo de oro en su galera, cuya proa estaba recubierta de plata y de oro. La acompañaban otros trirremes, con sus proas también ornadas, donde iba su escolta militar, en la que se distinguían los soldados árabes de la guardia personal de su hijo, con sus rostros oscuros destacándose sobre el blanco inmaculado de sus uniformes. Seguían su estela otros siete barcos, con las bodegas cargadas de todos sus tesoros personales. Desembarcó en Acre en agosto. Allí la esperaba el rey Balduino, con toda la pompa que podía proporcionar su reino. El y toda su corte iban vestidos con valiosas sedas, y sus caballos y mulas estaban

[56] Guiberto de Nogent, pág. 259, habla de su vida disipada; Guillermo de Tiro, XI, I, págs. 451-2, relata que fue por caminos peores después de su divorcio.

enjaezados con púrpura y oro. Ricas alfombras se extendían por las calles, y en ventanas y balcones ondeaban banderas de púrpura. Las ciudades y aldeas a lo largo del camino de Jerusalén mostraban un esplendor parecido. Todo el país se alegraba, aunque no tanto por la llegada de su nueva señora, ya entrada en años, como por la riqueza que traía con su séquito [57].

A pesar de su maravilloso principio, el matrimonio no fue un éxito. Balduino en seguida se apoderó de la dote de la reina, que usó para pagar los sueldos debidos a sus soldados y para obras de fortificación, y el dinero que se puso en circulación enriqueció el comercio del país. Pero el efecto pronto se desvaneció, y las desventajas del matrimonio se hicieron evidentes. La gente piadosa recordaba que la anterior esposa de Balduino no había obtenido el divorcio por una vía legal. Estaban extrañados de que el patriarca Arnulfo hubiese realizado de tan buena gana una ceremonia que en realidad constituía un matrimonio bígamo, y los muchos enemigos de Arnulfo se apresuraron a hacer uso de esa anomalía. Su ataque hubiese sido menos efectivo de no haberse descubierto que todos los súbditos de Balduino estaban disgustados al saber que se proponía disponer de la sucesión del reino sin consultar a su consejo. Las quejas contra Arnulfo llegaron a torrentes a Roma. Un año después del matrimonio real, Berengario, obispo de Orange, llegó a Jerusalén como legado del Papa. Cuando encontró que además de los cargos de simonía que pesaban sobre Arnulfo, existía la certeza de que había consentido y bendecido una unión adúltera, convocó a los obispos y abades del patriarcado a un sínodo y declaró depuesto a Arnulfo. Pero éste no podía ser depuesto tan fácilmente. Procuró que no fuese nombrado ningún sucesor y él se marchó en el invierno de 1115 a Roma. Allí usó de todo su encanto persuasivo sobre el Papa y los cardenales, cuyas simpatías se fortalecieron por los donativos bien escogidos que les hizo. Pascual cayó bajo su influencia y no reconoció la decisión de su legado. Arnulfo hizo una única concesión; prometió ordenar al rey que repudiase a su esposa siciliana. En estas condiciones el Papa no sólo declaró que la deposición de Arnulfo era nula, sino que le presentó bajo palio, estableciendo así que su situación estaba más allá de toda discusión. En el verano de 1116 Arnulfo regresó triunfante a Jerusalén [58].

[57] Alberto de Aix, XII, 13-14, págs. 696-8; Guillermo de Tiro, XI, 21, páginas 487-9; Fulquerio de Chartres, II, li, págs. 575-7. Adelaida era hija de un marqués, Manfredo, y sobrina de Bonifacio de Salona; se casó con Roger de Sicilia en 1089, siendo la tercera mujer del mismo. Para su genealogía, véase Chalandon, *Histoire de la Domination Normande en Italie*, II, págs. 391, n. 5.

[58] Carta de Pascual II del 15 de julio de 1116, *M. P. L.*, vol. CLXIII,

La concesión la hizo de buena gana, porque Arnulfo sabía que Balduino, ahora que se había gastado la dote de Adelaida, estaba bastante pesaroso de su matrimonio. Y Adelaida, acostumbrada a los lujos de su palacio de Palermo, no encontró muy de su agrado las incomodidades del Templo de Salomón, de Jerusalén. Sin embargo, Balduino dudaba; no quería perder las ventajas de la alianza siciliana. Se resistía a las exigencias de Arnulfo, hasta que en marzo de 1117 cayó seriamente enfermo. Cara a cara con la muerte escuchaba a sus confesores, que le decían que estaba muriendo en pecado mortal. Tenía que repudiar a Adelaida y llamar a su lado a su antigua esposa. No pudo llevar a cabo todos sus deseos, pues la ex-reina no estaba dispuesta a salir de Constantinopla, de cuya vida galante tan agradablemente disfrutaba. Pero cuando se puso bueno anunció la anulación de su matrimonio con Adelaida. Esta, despojada de sus riquezas y casi sin escolta, regresó furiosa a Sicilia. Fue un insulto que la corte siciliana nunca perdonaría. Pasó mucho tiempo antes de que el reino de Jerusalén recibiera ninguna ayuda o aliento procedentes de Sicilia [59].

El 16 de junio de 1117 hubo un eclipse de luna y otro el 11 de diciembre, y cinco meses después se produjo en el cielo palestiniano el raro fenómeno de la aurora boreal. Era un portento terrible que presagiaba muerte de príncipes [60]. Y no fue mentira. El 21 de enero de 1118 murió el papa Pascual en Roma [61]. El 16 de abril la ex-reina Adelaida acabó su humillada existencia en Sicilia [62]. Su falso amigo el patriarca Arnulfo la sobrevivió sólo doce días [63]. El 5 de abril murió el sultán Mohammed en el Irán [64]. El 6 de agosto el califa Mustazhir murió en Bagdad [65]. El 15 de agosto, después de larga y penosa enfermedad, moría en Constantinopla el más grande de los

cols. 408-409; Alberto de Aix, XII, 24, pág. 704; Guillermo de Tiro, XI, 24, págs. 499-500.

[59] Alberto de Aix, *loc. cit.;* Guillermo de Tiro, *loc. cit.;* Fulquerio de Chartres, II, lix, 3, pág. 601.

[60] Fulquerio de Chartres, II, lxi, 1-3, lxiii, 1-4, págs. 604-5, 607-8. En las notas de Hagenmeyer se discute la cronología. Fulquerio menciona la muerte de Pascual, Balduino, Adelaida, Arnulfo y Alejo.

[61] *Annales Romani, M. G. H. Ss.*, vol. V, pág. 477; Guillermo de Tiro, XII, 5, pág. 518.

[62] *Necrologia Panormitana,* en *Forschungen zur deutschen Geschichte,* volumen XVIII, págs. 472, 474; Guillermo de Tiro, XII, 5, pág. 518.

[63] Véase *infra,* pág. 138.

[64] Ibn al-Qalanisi, pág. 156; Ibn al-Athir, pág. 303, indica la fecha del 18 de abril.

[65] Ibn al-Athir, págs. 310-311; Mateo de Edesa, ccxxvi, pág. 297.

potentados orientales, el emperador Alejo [66]. A principios de la primavera, el rey Balduino volvía atacado de fiebre desde Egipto. Su cuerpo, cansado y agotado, no tenía ya ninguna resistencia. Le llevaban sus soldados, agonizante, al pequeño fuerte fronterizo de al-Arish. Allí, justo al otro lado de las fronteras del reino que le debía su existencia, murió el 2 de abril, en brazos del obispo de Ramleh. Su cadáver fue llevado a Jerusalén, y el Domingo de Ramos, 7 de abril, yacía para su descanso eterno en la iglesia del Santo Sepulcro, al lado de su hermano Godofredo [67].

Plañidos de duelo acompañaban a la procesión funeral, tanto de los francos como de los cristianos nativos, e incluso los sarracenos forasteros se emocionaron. Había sido un gran rey, codicioso y carente de escrúpulos, no amado, pero profundamente respetado por su energía, perspicacia y orden, y por la equidad de su gobierno. Había heredado una monarquía vaga e incierta, pero gracias a su vigor castrense, su sutileza diplomática y su prudente tolerancia le proporcionó un lugar sólido entre los reinos de Oriente.

[66] Zonaras, pág. 759; Guillermo de Tiro, XII, 5, pág. 517; Ibn al-Qalanisi, pág. 157, y Mateo de Edesa, ccxxviii, págs. 300-1, también relatan su muerte.

[67] Fulquerio de Chartres, II, xiv, 1-5, págs. 609-13; Alberto de Aix, XII, 26-9, págs. 706-9; Guillermo de Tiro, XI, 31, págs. 508-9; Ibn al-Qalanisi, *loc. cit.*

Capítulo 6

EQUILIBRIO EN EL NORTE

«y lucharán los unos contra los otros, cada uno contra su prójimo».

(Isaías, 19, 2.)

Algunos años antes de su muerte, el rey Balduino se había convertido en el jefe incuestionable de los francos de Oriente. No fue una obra fácil, y Balduino tuvo éxito porque supo aprovechar con sutileza las circunstancias.

La captura de Balduino de Le Bourg y Joscelino de Courtenay en Harran y la marcha de Bohemundo a Occidente dejaron a Tancredo sin ningún rival entre los francos de la Siria del Norte, y las disensiones entre los musulmanes le permitieron aprovecharse plenamente de sus oportunidades. El imperio seléucida estaba despedazándose, menos por la presión del exterior que por las disputas entre sus príncipes. La victoria de Harran colocó a Jekermish, el atabek de Mosul, en el primer plano entre los magnates turcos de la Siria del Norte y el Jezireh. El desastroso fracaso en su intento de proseguir la ofensiva contra los francos no debilitó su posición entre sus colegas musulmanes. Su antiguo aliado y rival, Soqman el Ortóquida, de Mardin, murió a principios de 1105, cuando iba de camino en socorro de la sitiada Trípoli, y el hermano de Soqman, Ilghazi, y el hijo de aquél, Ibrahim, se disputaban la herencia [1]. Ridwan de

[1] Ibn al-Fourat, citado por Cahen, *La Syrie du Nord,* pág. 248, n. 26; Ibn

Alepo confiaba en que la victoria de Ilghazi, que antaño había servido a sus órdenes, le diera la influencia en el Jezireh, pero Ilghazi olvidó su lealtad pasada, y Ridwan, por su parte, estaba muy seriamente comprometido contra los francos de Antioquía para hacer valer su viejo señorío [2]. El gran emir danishmend Malik Ghazi Gümüshtekin murió en 1106, dejando divididos sus dominios. Sivas y sus tierras anatolianas pasaron a Ghazi, su hijo mayor, y Melitene y sus tierras sirias, al menor, Sangur. La juventud e inexperiencia de Sangur tentaron a Kilij Arslan, que había concertado recientemente la paz con Bizancio, a dirigirse hacia el Este para atacar Melitene, que conquistó en el otoño de 1106 [3]. Pretendió que el título de sultán, que había asumido por sí mismo, fuese reconocido por todo el mundo turco, y estaba dispuesto a hacerse amigo de cualquiera que quisiera complacerle en este extremo [4].

Jekermish no disfrutó mucho tiempo de su preeminencia. Se vio complicado inevitablemente en las disputas del sultanato seléucida de Oriente. Cuando el sultán Barkiyarok, en 1104, tuvo que compartir sus dominios con su hermano Mohammed, Mosul fue adjudicada a la esfera del último. Jekermish intentó lograr la independencia declarando que sólo había prometido fidelidad a Barkiyarok, y desafió a las tropas de Mohammed; pero en enero de 1105, Barkiyarok murió y su herencia pasó completa a Mohammed. Jekermish se vio privado de su disculpa y se apresuró a someterse a Mohammed, quien, por el momento, le profesó amistad, y se retiró hacia el Este sin atreverse a hacer una entrada triunfal en Mosul [5]. Probablemente a requerimiento de Mohammed, Jekermish se puso a organizar una nueva campaña contra los francos. Formó una coalición con Ridwan de Alepo y con el lugarteniente de éste, el aspahbad Sabawa, con Ilghazi el Ortóquida y con su propio yerno, Albu ibn Arslantash, de Sinjar. Los aliados sugirieron a Ridwan y a Albu que sería más político y beneficioso complacer al sultán con un ataque contra Jekermish. Marcharon juntos contra su segunda ciudad, Nisibin, pero allí sus agentes consiguieron enzarzar a Ridwan contra Ilghazi, al que Ridwan capturó en un banquete celebrado delante de las murallas de

al-Athir, págs. 226-7; Ilghazi conquistó Mardin a Ibrahim en 1107. Para la compleja historia de los emires musulmanes, véase Cahen, *op. cit.*, págs. 246-9.

[2] Ibn al-Athir, *loc. cit.*

[3] Miguel el Sirio, III, pág. 192.

[4] Véase el artículo «Kilij Arslan», en *Encyclopaedia of Islam*. Ibn al-Qalanisi, Ibn al-Athir y otros cronistas árabes le llaman cuidadosamente sólo malik. Mateo de Edesa le llama sultán; así sucede también con Miguel el Sirio.

[5] Ibn al-Athir, págs. 224-5.

Nisibin, y lo cargó de cadenas. Las tropas ortóquidas atacaron después a Ridwan y le obligaron a retirarse a Alepo [6]. Jekermish consiguió salvarse y luego atacó Edesa, pero después de rechazar con éxito una salida de las tropas de Ricardo del Principado volvió a su tierra para enfrentarse con nuevos conflictos [7].

Entretanto, Kilij Arslan, que acababa de tomar Melitene, hizo por su parte otro intento contra Edesa. Pero, encontrándola muy fuertemente defendida, avanzó sobre Harran, que le fue entregada por la guarnición de Jekermish. Era evidente que los seléucidas de Rum querían extender su poder por el mundo musulmán a expensas de sus hermanos persas [8].

El sultán Mohammed nunca había perdonado a Jekermish sus pretensiones de independencia, y sospechaba alguna confabulación entre él y Kilij Arslan. En el invierno de 1106 le privó oficialmente de Mosul, que dio, con el señorío de Jezireh y Diarbekir, a un aventurero turco llamado Jawali Saqawa. Este mandó un ejército contra Jekermish, que avanzó a su encuentro, aunque fue derrotado justo fuera de la ciudad y capturado. Los habitantes de Mosul, donde Jekermish había sido un gobernante popular, en seguida proclamaron atabek a su joven hijo Zenki, y amigos de fuera de la ciudad pidieron la ayuda de Kilij Arslan. Jawali consideró prudente retirarse, sobre todo porque Jekermish, a quien esperó poder utilizar para pedir el rescate, murió de repente en sus manos. Mosul abrió sus puertas a Kilij Arslan, que prometió respetar sus libertades [9].

Jawali se estableció en el valle del Eufrates y desde allí inició negociaciones con Ridwan de Alepo. Acordaron primero derribar a Kilij Arslan y después atacar juntos Antioquía. En junio de 1107 mandaron a cuatro mil hombres contra Mosul. Kilij Arslan, operando lejos de sus tierras, tenía un ejército mucho menor, pero salió al encuentro de los dos aliados en las márgenes del río Khabar. A pesar de su valor personal, fue totalmente derrotado y murió cuando huía al otro lado del río [10].

La eliminación de Kilij Arslan conmovió a todo el mundo oriental. Puso fin a un peligro potencial para Bizancio en el momento crucial en que Bohemundo estaba a punto de atacar los Balcanes; permitió al sultanato seléucida de Persia sostenerse durante casi un

[6] Ibn al-Athir, págs. 225-6.
[7] Mateo de Edesa, clxxxix, págs. 260-1.
[8] Ibn al-Athir, pág. 239.
[9] *Ibid.*, págs. 260-4.
[10] *Ibid.*, págs. 246-7; Mateo de Edesa, cxcvi, pág. 264. Estimaba la muerte de Kilij Arslan como un desastre para todo el mundo cristiano, es decir, para los armenios.

siglo; y fue el primer paso serio en la división de los turcos anatolianos y sus hermanos más al Este. De momento privó a la Siria musulmana de la única fuerza capaz de proporcionarle unidad.

Jawali pudo ahora entrar en Mosul, donde pronto se hizo odioso por la rapacidad de su gobierno. Tampoco mostró mayor deferencia para con su señor el sultán Mohammed que la que había mostrado Jekermish. Pasado un año, Mohammed proyectó eliminarle y mandó contra él un ejército a las órdenes del mameluco Mawdud, quien durante los años siguientes se convirtió en el protagonista principal del Islam [11].

Durante toda esta agitación, Balduino de Le Bourg estuvo viviendo como prisionero en Mosul, mientras su primo Joscelino de Courtenay había pasado, a raíz de la muerte de Soqman, a poder de Ilghazi, que estaba pensando en expulsar de Mardin a su sobrino Ibrahim. Ilghazi necesitaba dinero y aliados. Por tanto accedió a poner en libertad a Joscelino por la suma de veinte mil denarios y la promesa de ayuda militar. Los súbditos de Joscelino en Turbessel prometieron gustosos el dinero para el rescate, y Joscelino fue puesto en libertad en el curso del año de 1107 [12]. Gracias al arreglo, Ilghazi pudo conquistar Mardin. Joscelino procuró después asegurar la libertad de Balduino, quien, con todos los bienes de Jekermish, estaba en poder de Jawali. El momento fue bien elegido, pues Jawali necesitaba ayuda para afrontar el inminente ataque de Mawdud. Pidió sesenta mil denarios, la libertad de los cautivos musulmanes en Edesa y una alianza militar. Mientras las negociaciones iban progresando, Jawali fue expulsado de Mosul, donde no encontró el apoyo de los ciudadanos, que abrieron sus puertas a Mawdud. Se estableció en el Jezireh, llevándose consigo a Balduino [13].

Joscelino consiguió encontrar sin gran dificultad treinta mil denarios. El mismo llevó el dinero al castillo de Qalat Jabar, en el Eufrates, donde vivía entonces Jawali, y se ofreció como rehén si Balduino era puesto en libertad para gestionar el resto del rescate. Jawali se emocionó por el gesto y quedó impresionado por la valentía del príncipe franco. Aceptó a Joscelino en lugar de Balduino, y luego, algunos meses después, en parte por caballerosidad y en parte por

[11] Ibn al-Athir, págs. 259-61; Bar Hebraeus, trad. por Budge, I, pág. 241.

[12] Miguel el Sirio, III, págs. 195-6, relata que los ciudadanos de Turbessel se entregaron como rehenes hasta que se reuniera el dinero; luego se escaparon; así que en realidad no se pagó nada. Pero Joscelino volvió a la cautividad como rehén por Balduino y causó una excelente impresión en el sultán de Mosul, que pidió especialmente verle. Ibn al-Athir, pág. 261, supone que el dinero fue debidamente pagado.

[13] Ibn al-Athir, pág. 260; Bar Hebraeus, *loc. cit.*

egoísmo —porque deseaba enormemente esta alianza franca—, puso en libertad a Joscelino, confiando en su palabra de que la deuda se pagaría. Su confianza estaba justificada [14].

Tancredo había sido durante cuatro años el dueño de Edesa, donde gobernaba en su nombre su primo Ricardo del Principado. No deseaba abandonarla en favor de Balduino. Cuando Balduino apareció en Edesa, se mostró conforme en proporcionar los treinta mil denarios necesarios, pero se negó a devolver la ciudad a menos que Balduino le jurase fidelidad. Balduino, como vasallo del rey de Jerusalén, no podía aceptar, y se fue furioso a Turbessel, donde se le unió Joscelino, y ambos mandaron un emisario a Jawali pidiendo ayuda. Tancredo marchó sobre Turbessel, donde hubo una ligera escaramuza, después de la cual los combatientes se sentaron juntos en un incómodo banquete para volver a discutir la cuestión de nuevo. No se llegó a ninguna solución, y Balduino, después de enviar como obsequio a Jawali 160 musulmanes cautivos, a los que había libertado y reequipado, partió hacia el Norte en busca de otros aliados. El gobierno de Ricardo en Edesa fue codicioso y violento, y sobre todo molesto para los armenios. Balduino, por tanto, fue a visitar al príncipe armenio más importante de los contornos, Kogh Vasil de Kaisun, que había aumentado hacía poco su prestigio al persuadir al católico armenio a vivir bajo su protección. Kogh Vasil recibió a Balduino en Rabán y le prometió ayuda, y el armenio Oshin, gobernador de Cilicia bajo los bizantinos, satisfecho de tomar una acción contra Tancredo, envió 300 mercenarios pechenegos a Balduino. Con estos aliados regresó Balduino a Turbessel. Tancredo no estaba en condiciones de atacar a todo el mundo armenio, y el patriarca de Antioquía, Bernardo, presionó con toda su influencia en favor de Balduino. De mala gana se avino Tancredo a retirar de Edesa a Ricardo del Principado, y la ciudad recibió con júbilo a Balduino [15].

Sólo fue una tregua temporal. Balduino era fiel a su amistad con Jawali. Le devolvió muchos cautivos musulmanes; permitió que fueran reconstruidas las mezquitas en la ciudad de Saruj, cuya población era musulmana en su mayor parte, y retiró su gracia y mandó ejecutar al magistrado principal de Saruj, que era particularmente impopular como renegado del Islam. Esta alianza alarmó a Ridwan de Alepo. Jawali amenazaba sus posesiones en el Eufrates. Atacó en

[14] Miguel el Sirio, *loc. cit.; Chron. Anon. Syr.*, págs. 81-2; Bar Hebraeus, trad. por Budge, I, pág. 243; Ibn al-Athir, pág. 261.

[15] Fulquerio de Chartres, II, xxviii, 1-5, págs. 477-81; Alberto de Aix, X, 37, pág. 648; Mateo de Edesa, cxcix, pág. 266; Ibn al-Athir, págs. 262-3 (dice del patriarca Bernardo que era «el equivalente para los cristianos al imam de los musulmanes»).

una correría un convoy de mercancías, en el que iba algo de dinero del rescate de Balduino, enviado desde Turbessel a la corte de Jawali. En septiembre de 1108 Jawali atacó y conquistó la ciudad de Balis, en el Eufrates, sólo a 15 millas de Alepo, y crucificó a los principales partidarios de Ridwan en la ciudad. Ridwan en seguida pidió ayuda a Tancredo. A principios de octubre, Balduino y Joscelino llevaron a sus caballeros, que sumaban algunos cientos, a unirse al ejército de Jawali en Menbij, entre Alepo y el Eufrates. Jawali tenía consigo unos 500 turcos y un número tal vez mayor de beduinos, al mando del hijo del emir Sadaqa, de los Banū Mazyad. Todo el ejército tendría unos dos mil hombres. Ridwan tenía unos seis mil para oponerse a ellos, pero Tancredo acudió con una fuerza de mil quinientos. La batalla, cristianos y musulmanes contra cristianos y musulmanes, fue dura. Las tropas de Jawali iban rechazando paulatinamente a los francos de Antioquía con graves pérdidas, cuando los beduinos advirtieron los caballos que los caballeros de Balduino tenían en reserva y no pudieron resistir a la tentación que se les brindaba. Abandonaron el campo para robarlos y huir con ellos. Viendo que se marchaban, los turcos de Jawali dieron media vuelta y huyeron, y Balduino y Joscelino quedaron casi solos. También ellos tuvieron que huir con el resto de sus tropas, escapando a duras penas de ser hechos prisioneros. Las pérdidas cristianas en el campo de batalla se calcularon en cerca de dos mil hombres [16].

Joscelino se retiró a Turbessel y Balduino a Dulak, al norte de Ravendel, donde Tancredo hizo un tibio intento de sitiarle; pero desistió ante el rumor de la aproximación de Jawali. Finalmente, Balduino y Joscelino pudieron regresar a Edesa. Encontraron la ciudad presa del pánico. Los ciudadanos, temiendo que Balduino hubiese muerto y que pudieran volver a estar sometidos al odioso gobierno de Ricardo del Principado, celebraron una asamblea en la iglesia de San Juan, donde el obispo latino fue invitado por los armenios de la ciudad a unirse al proyecto de un gobierno provisional, hasta que la situación fuese más clara. Cuando Balduino llegó, dos días después, sospechó alguna traición; creía que los armenios proyectaban recobrar su independencia. Actuó rápida y enérgicamente. Muchos armenios fueron arrestados, y algunos, cegados. El obispo armenio solamente salvó sus ojos por el pago de una multa muy fuerte, costeada por sus feligreses. Hubo un éxodo forzoso de armenios de la ciudad. No se sabe lo que realmente ocurrió, aunque es evidente que Baldui-

[16] Mateo de Edesa, cxcix, págs. 266-7; Ibn al-Athir, págs. 265-7; Kemal ad-Din, pág. 595; Ibn al-Fourat, citado por Cahen, *op. cit.*, pág. 250, n. 34.

no tuvo que estar profundamente alarmado para modificar tan drásticamente su política armenia [17].

A pesar de su propia victoria y de la decisión de Jawali, unos meses después, de reconciliarse con su soberano el sultán, que le confió un mando en algún punto lejano de Persia, Tancredo no intentó ningún paso más para expulsar de Edesa a Balduino. En lugar de ello, en el otoño de 1108, dirigió una expedición contra Shaizar, donde, después de matar, como por milagro, a un pequeño grupo enemigo que sorprendió en una cueva, se dejó comprar aceptando el regalo de un magnífico caballo [18]. En la primavera siguiente se vio envuelto en la disputa entre Guillermo-Jordán y Beltrán de Tolosa por la posesión de los territorios francos en el Líbano. Su aceptación de Guillermo-Jordán como vasallo fue contrarrestada por la rápida intervención del rey Balduino como soberano de todos los francos en Oriente. Cuando el rey llamó a Tancredo con los otros jefes francos para aceptar su arbitraje en el campamento ante Trípoli, no se atrevió a desobedecer. Delante de los príncipes reunidos, el rey no sólo dividió la herencia tolosana, sino que obligó a Tancredo a reconciliarse con Balduino de Edesa y Joscelino, para laborar juntos contra el infiel. Tancredo, al admitir el derecho de arbitraje del rey, reconocía su soberanía. En cambio, se le permitó que Guillermo-Jordán siguiera siendo su vasallo, y se le devolvió el título de príncipe de Galilea y la propiedad del templo de Jerusalén, con la promesa de que podía volver a asumir el gobierno del feudo si Bohemundo regresaba a Antioquía. Estas ventajas fueron disminuidas al ser asesinado Guillermo-Jordán y pasar sus tierras a Beltrán, que reconocía al rey Balduino como único soberano. Sin embargo, Tancredo fue alentado a atacar Jabala, la última posesión de los Banū Ammar, que conquistó en junio de 1109, llevando así su frontera hasta la de Beltrán [19].

Era necesaria una reconciliación de los príncipes francos bajo la jefatura del rey Balduino, pues a principios de 1110 el atabek Mawdud de Mosul, obedeciendo órdenes de su señor el sultán, organizó una expedición contra los francos. Con la ayuda de Ilghazi el Ortóquida y sus tropas turcomanas y la de Soqman el-Qutbi, emir de Mayyafaraqin, conocido popularmente como el sha de Armenia, marchó sobre Edesa en abril. Ante la noticia de que las tropas musulmanas estaban concentrándose, Balduino de Le Bourg envió a Joscelino a Jerusalén para solicitar ayuda urgente del rey Balduino y manifestar su sospecha de que Tancredo estaba azuzando al enemigo. Los ami-

[17] Mateo de Edesa, cxciv, págs. 267-8.
[18] Usama, ed. por Hitti, págs. 99-100.
[19] Véase *supra,* págs. 71-73, y Alberto de Aix, XI, 3-13, págs. 664-8, 685-6; Ibn al-Athir, pág. 274.

gos de Tancredo, por su parte, presentaron una acusación semejante contra Balduino, si bien menos convincente. El rey estaba ocupado en el sitio de Beirut y no quería distraerse hasta conquistarlo. Después avanzó rápidamente hacia el Norte, eludiendo Antioquía, en parte para ganar tiempo y en parte porque no se fiaba de Tancredo. Llegó ante Edesa a fines de junio. Según se acercaba a la ciudad se le unieron las fuerzas armenias enviadas por Kogh Vasil y por el señor de Birejik, Abu'lgharib, jefe de los Palavouni. Mawdud estuvo sitiando Edesa durante dos meses, pero no fue capaz de penetrar en sus fortificaciones. Cuando fueron avistados los caballeros de Jerusalén, con sus pendones ondeando y sus armaduras brillando bajo el sol, se retiró a Harran, esperando incitarles a una temeraria ofensiva [20].

Balduino de Le Bourg salió contento de su fortaleza al encuentro de su primo y señor, y en seguida acusó a Tancredo. El rey, por tanto, envió un emisario a Antioquía para pedir a Tancredo que viniera inmediatamente a unirse a la coalición cristiana y a responder de estas acusaciones. Tancredo vaciló; pero su Gran Consejo insistió en que debía obedecer al requerimiento. A su llegada hizo rápidamente a su vez una acusación contra Balduino de Le Bourg. La provincia de Osrhoene, en la cual estaba situada Edesa, dependió, a lo largo de la historia, siempre de Antioquía, y Tancredo estimaba que era su soberano legítimo. El rey Balduino respondió firmemente que, como rey elegido, él era el jefe de la Cristiandad oriental, en cuyo nombre instaba a Tancredo a reconciliarse con Balduino de Le Bourg. Si Tancredo se negaba y prefería continuar sus intrigas con los turcos, ya no se le seguiría considerando como príncipe cristiano, sino que se le combatiría despiadadamente como a un enemigo. Los caballeros reunidos aprobaron las palabras del monarca, y Tancredo se vio obligado a hacer las paces [21].

El ejército franco unido marchó después en persecución de Mawdud, que se retiró más allá para atraerlo a territorio hostil, pensando envolverlo por una rápida desviación hacia el Norte. El rey Balduino fue advertido oportunamente y dejó de sitiar el castillo de Shinav, al noroeste de Harran. Pero allí la coalición se dispersó. Tancredo oyó rumores de que Ridwan de Alepo se disponía a atacar Antioquía. Llegaron mensajeros de Palestina para informar al rey que había un movimiento egipcio amenazador para Jerusalén. La campaña en el Jezireh fue abandonada. Tancredo se retiró a Samosata, y Balduino de Le Bourg, aceptando el consejo del rey, tomó la decisión de que

[20] Alberto de Aix, XI, 16-18, págs. 670-2; Mateo de Edesa, cciv, páginas 270-3; Ibn al-Qalanisi, pág. 103.

[21] Alberto de Aix, XI, 20-4, págs. 672-4; Fulquerio de Chartres, II, xliii, 1-6, págs. 532-41; Ibn al-Qalanisi, pág. 102.

era inútil intentar proteger la tierra al este del Eufrates. Lloró al ver cómo Mawdud la devastaba, mientras él estaba sitiado en Edesa. Proyectó conservar guarniciones sólo en las dos grandes fortalezas de Edesa y Saruj y en algunos castillos menores, pero no hacer ningún intento de proteger las fronteras. La población cristiana recibió el consejo de abandonar el país y trasladarse a territorio más seguro en la margen derecha del gran río. Se siguió este consejo. Los cristianos del campo, armenios en su mayoría, reunieron sus bienes y se trasladaron lentamente hacia el Oeste. Pero los espías habían informado a Mawdud de los proyectos. Se apresuró a seguirles el rastro. Cuando llegó al Eufrates, los jefes francos ya estaban en la otra orilla del río, pero sus dos grandes barcazas de transporte iban sobrecargadas de soldados y se hundieron antes de que la población civil hubiese cruzado el río. Cayó sobre la gente desarmada y apenas sobrevivieron algún hombre, mujer o niño. La feroz eliminación de estos campesinos armenios, poco de fiar desde el punto de vista político, aunque prósperos y laboriosos, establecidos en Osborne antes del comienzo de la era cristiana, fue un golpe tremendo para la provincia, que nunca se recuperó plenamente. Aunque los condes francos pudieron gobernar en Edesa durante algunos años más, quedó demostrado que el dominio más allá del Eufrates estaba condenado a un inevitable fracaso, y éste causó la ruina de los cristianos indígenas que se habían sometido a su gobierno [22].

En su furia, Balduino de Le Bourg mandó un contingente al otro lado del río para vengarse de Mawdud. Pero sus hombres, sin esperanza, se vieron numéricamente rebasados, y hubiesen sido aniquilados de no haber acudido a toda prisa el rey Balduino, acompañado de Tancredo —de muy mala voluntad—, para socorrerlos [23].

El rey Balduino volvió hacia el Sur, y Tancredo regresó para castigar a Ridwan, cuyo ataque contra su territorio consideraba como traición. Tomó por asalto el castillo de Naqira, sobre la frontera, y avanzó después sobre Athareb, sólo a unas veinte millas de Alepo. Ridwan no recibió ayuda de sus colegas musulmanes. Intentó comprar a Tancredo, pero sus condiciones fueron demasiado altas, y las negociaciones se interrumpieron cuando el propio tesorero de Ridwan huyó con parte del tesoro de su jefe al campamento de Tancredo. Al fin, cuando las máquinas de Tancredo cuartearon las murallas de Athareb, la ciudad se rindió en diciembre de 1110. Ridwan compró la paz al precio de la pérdida de Athareb y Zerdana, algo al Sur, por la suma de veinte mil denarios y diez de sus mejores caba-

[22] Alberto de Aix, *loc. cit.;* Guillermo de Tiro, XI, 7, pág. 464; Mateo de Edesa, cclv, págs. 273; Ibn al-Qalanisi, págs. 103-4.

[23] Alberto de Aix, XI, 25, pág. 675.

llos árabes[24]. Tancredo avanzó luego contra Shaizar y Hama. El emir munquidita de Shaizar compró el respiro de algunos meses por cuatro mil denarios y un caballo; pero cuando la tregua llegó a su término, en la primavera de 1111, Tancredo avanzó de nuevo y en una colina vecina construyó un poderoso castillo en Ibn Mashar, desde el cual podía vigilar todos los movimientos hacia y desde la ciudad. Poco después ocupó el fuerte de Bisikra'il, en el camino de Shaizar a Laodicea. El emir de Homs pagó dos mil denarios, y lo dejaron en paz[25].

A los éxitos de Tancredo contribuyeron dos factores. Uno era que los bizantinos no estaban dispuestos para el contraataque. La muerte de Kilij Arslan había dejado una situación fluida en Anatolia. Su hijo mayor, Malik Shah, fue hecho prisionero en la batalla de Khabar y era ahora un cautivo del sultán Mohammed. Su viuda se apoderó de Melitene y de las provincias orientales para dárselas a su hijo más joven, Toghrul. Otro hijo, Mas'ud, vivía en la corte danishmend; mientras un cuarto hijo, Arab, al parecer conservó Konya. El sultán Mohammed, temiendo que bien Mas'ud o bien Toghrul se apoderasen de toda la herencia, aumentó la confusión poniendo en libertad a Malik Shah, que se instaló en Konya, y, desagradecido, adoptó el título de sultán[26]. La caída del gobierno seléucida central en Anatolia no fue totalmente beneficiosa a los bizantinos, pues indujo a los seléucidas a hacer numerosas incursiones irresponsables en territorio imperial, aunque permitió al emperador Alejo ocupar varias fortalezas en la frontera. Sin embargo, no quería arriesgarse a una campaña en Cilicia o Siria[27]. Su forzada inactividad no sólo benefició a Tancredo, sino también al armenio Kogh Vasil, quien, probablemente con el asenso imperial, consiguió fortalecer su principado en el Antitauro y detener ataques turcos. Los príncipes roupenianos en el Tauro, más expuestos a la agresión seléucida y estorbados por las tropas de Tancredo para una expansión a Cilicia, eran incapaces de aumentar su poder, y Kogh Vasil se hallaba así sin un rival en el mundo armenio[28].

Mayor ayuda para Tancredo y mayor desastre para cualquier

[24] Mateo de Edesa, cciv, pág. 274; Bar Hebraeus, trad. de Budge, pág. 243; Ibn al-Qalanisi, págs. 105-6; Kemal ad-Din, págs. 596-8; Ibn al-Athir, pág. 278.

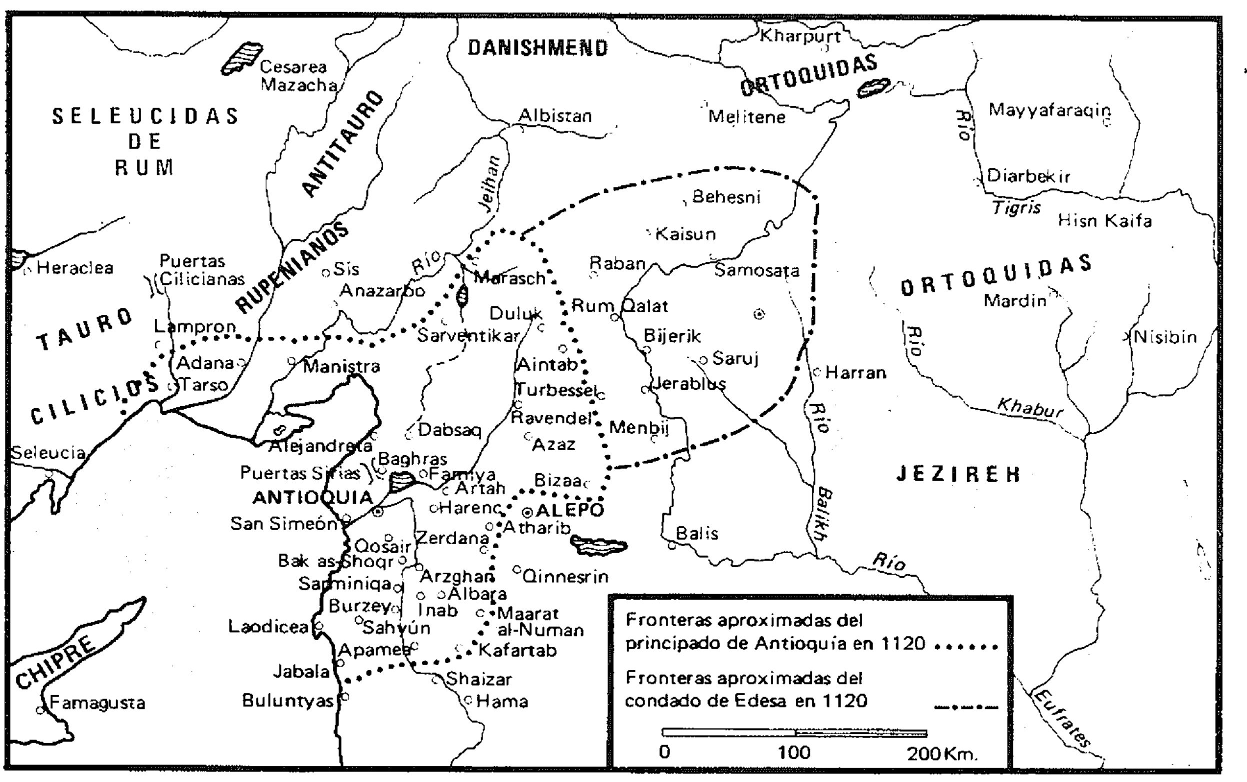
[25] Alberto de Aix, XI, 43-6, págs. 684-6; Usama, ed. por Hitti, págs. 95-6; Kemal ad-Din, pág. 599; Ibn al-Qalanisi, pág. 114.

[26] Miguel el Sirio, III. págs. 194-5; Ibn al-Qalanisi, pág. 81 (un relato vago). Véase Cahen, *op. cit.*, págs. 253-4.

[27] Ana Comneno, XIV, i, v-vi, págs. 141-6, 166-72. Véase Chalandon, *op. cit.*, págs. 254-6.

[28] Para Kogh Vasil, véase Mateo de Edesa, clxxxvii, págs. 258-9; ccx, páginas 281-2.

contracruzada musulmana fue la aparición de una nueva y violenta secta en el mundo islámico. Durante las últimas décadas del siglo XI el persa Hasan as-Sabah fundó y organizó el cuerpo religioso conocido más tarde con el nombre de Hashishiyun o de los Asesinos. Hasan se había convertido a la doctrina ismaelita, de la que eran patronos los califas fatimitas, y se hizo un adepto de la *batanya,* su ciencia esotérica. En qué sentido exactamente influyó su enseñanza en la teología mística y alegórica de los ismaelitas es un punto oscuro. Su logro sobresaliente fue más de índole práctica. Iba a constituir una orden, unida por obediencia estricta a él como gran maestre, y la utilizó para fines políticos, dirigida contra los califas abasidas de Bagdad, a cuya legitimidad se enfrentó, y de manera particular contra sus amos seléucidas, cuyo poder permitía sobrevivir al Califato. Su principal arma política era la que sus seguidores iban a llamar asesinato. El crimen en interés de la creencia religiosa había sido practicado frecuentemente por las sectas heterodoxas del Islam, pero en manos de Hasan alcanzó una elevada eficacia, pues la incuestionable devoción de sus discípulos y su disposición a viajar adonde fuese y arriesgar sus propias vidas ante sus órdenes, le permitió atacar a cualquier adversario por todo el mundo musulmán. En 1090 Hasan estableció su cuartel general en Khorassan, en la inexpugnable ciudadela de Alamut, el Nido del Aguila. En 1092 tuvo lugar su primer asesinato, el del gran visir Nizam al-Mulk, cuya capacidad fue el puntal más fuerte de la dinastía seléucida en el Irán. La leyenda posterior realzaba lo horrible del hecho diciendo que Nizam y Hasan, con el poeta Omar Khayyam, habían sido condiscípulos del sabio Muwaffaq de Nishapur, y que juraron ayudarse entre sí toda la vida. Los sultanes seléucidas se daban buena cuenta del peligro que creaban los Asesinos, pero todos sus intentos de reducir Alamut fueron inoperantes. Poco después de fines del siglo se fundaron logias de Asesinos en Siria. Ridwan de Alepo, siempre en malas relaciones con sus hermanos seléucidas y tal vez auténticamente impresionado por las doctrinas asesinas, les brindó su patrocinio. Un orfebre persa, Tahir, que gozaba de gran predicamento con Ridwan, era el jefe. Para los Asesinos, los cristianos no eran más odiosos que los musulmanes sunníes, y la disposición de Ridwan a colaborar con Tancredo puede haberse debido en gran parte a su simpatía hacia la doctrina asesina. Su primer acto en Siria fue el asesinato del emir de Homs, Janah ad-Daulah, en 1103. Tres años después asesinaron al emir de Apamea, Khalaf ibn Mula'ib, pero de su muerte únicamente se aprovecharon los francos de Antioquía. Aunque los Asesinos sólo descubrían su política por crímenes aislados, eran un elemento en la



La Siria septentrional en el siglo XII.

política islámica que incluso los cristianos tendrían que respetar[29].

En 1111, Mawdud de Mosul se disponía de nuevo a mandar un ejército contra los francos, a petición de su señor, el sultán. A principios de aquel año llegó una delegación de los ciudadanos de Alepo, airados por la heterodoxia de su gobernante y su servilismo hacia Tancredo, a la corte del Califa en Bagdad, para instarle a una guerra santa que les librase de la amenaza franca. Cuando fueron despedidos con vanas promesas excitaron al pueblo de Bagdad a manifestarse tumultuosamente delante de la mezquita del palacio. Por la misma época el Califa recibió una embajada del Emperador de Constantinopla. No había nada insólito en ello; Constantinopla y Bagdad tenían intereses comunes en su hostilidad contra la dinastía seléucida de Rum; pero parece ser que Alejo dio instrucciones a sus enviados para discutir con las autoridades musulmanas la posibilidad de una acción conjunta contra Tancredo[30]. Estas negociaciones facultaron a los revoltosos para denunciar al Califa de ser peor musulmán que el Emperador. Al-Mustazhir estaba alarmado con toda esta pasión, particularmente cuando los desórdenes le impidieron recibir con el adecuado ceremonial a su esposa, que regresaba de una visita a su padre, el sultán Mohammed, en Isphan[31]. Recurrió a su suegro, quien en seguida ordenó a Mawdud que formase una nueva coalición, cuyo jefe nominal iba a ser su joven hijo Mas'ud. Mawdud consiguió la ayuda de Soqman, de Mayyafaraqin; de Ayaz, el hijo de Ilghazi; de los príncipes kurdos Ahmed-Il, de Maragha, y Abu'l Haija, de Arbil, y de algunos señores persas encabezados por Bursuq ibn Bursuq, de Hamadan. En julio los aliados estaban preparados y avanzaron rápidamente por el Jezireh para poner sitio a Turbessel, la fortaleza de Joscelino. Ante la noticia, el emir Sultan de Shaizar les envió un mensaje pidiéndoles que acudieran a toda prisa en su socorro, y Ridwan consideró político decirles que se apresurasen, pues no podía resistir mucho tiempo contra Tancredo. Mawdud estaba impresionado por el cambio de actitud de Ridwan, y, por sugerencia de Ahmed'Il, con quien había entablado relaciones secretas Joscelino, levantó el

[29] Para los Asesinos, véase von Hammer, *Histoire de l'Ordre des Assassins;* también los artículos «Assassins» e «Ismaili», en *Encyclopaedia of Islam;* Browne, *Literary History of Persia,* vol. II, págs. 193 y sigs.

[30] Ibn al-Qalanisi, *op. cit.,* págs. 112-13, relata que el Emperador (utiliza la palabra «usurpador», *mutamelik)* advirtió a los musulmanes de los designios de los francos, e imagina que la embajada visitó Damasco. Alejo, en realidad, probablemente no hizo más que sugerir la acción contra Tancredo. No consiguió ayuda entre los jefes francos en su intento de hacer cumplir a Tancredo el tratado de Devol (véase *supra,* págs. 58-59). Ibn al-Athir, págs. 279-80, escribe acerca de la embajada a Bagdad, citando a Ibn Hamdun.

[31] Ibn al-Athir, *loc. cit.*

sitio de Turbessel y condujo el ejército hacia Alepo. Pero el mensaje de Ridwan no había sido sincero. Al acercarse los aliados musulmanes, les cerró las puertas y tomó la precaución de encarcelar a muchos de los ciudadanos principales en calidad de rehenes, para impedir revueltas. Mawdud había sido engañado; por ello, después de saquear el campo en torno a Alepo, se dirigió hacia el Sur, a Shaizar. Allí se les unió Toghtekin de Damasco, que venía en busca de su ayuda para la reconquista de Trípoli [32].

Tancredo, que estuvo acampado ante Shaizar, se retiró a Apamea y pidió auxilio al rey Balduino. El rey accedió y requirió a todos los caballeros del Oriente franco para unirse a él. Le acompañaban el patriarca Gibelino y los principales vasallos del reino, Eustaquio Garnier, de Sidón, y Gualterio, de Hebrón. Beltrán de Trípoli se le unió en el camino. Desde el Norte acudió Balduino de Edesa con sus dos grandes vasallos, Joscelino, de Turbessel, y Pagano, de Saruj. Tancredo trajo a los vasallos de la periferia del principado antioqueno: Guido, apodado la Cabra, procedente de Tarso y Mamistra; Ricardo, de Marash; Guido, apodado el Haya, de Harenc; Roberto, de Suadieh; Pons de Tel-Mannas; Martín, de Laodicea; Bonaplus, de Sarmeda; Roger, de Hab, y Enguerrando, de Apamea. Kogh Vasil y los roupenianos enviaron un destacamento armenio, e incluso Oshin de Lamprón suministró algunos hombres, cuyo papel consistía probablemente en ser espías del Emperador. El Norte fue desguarnecido de tropas, para ventaja de Toghrul Arslan, de Melitene, quien en seguida arrebató Albistan y los contornos a la exigua guarnición franca y llevó a cabo una correría hacia Cilicia [33].

Ante la concentración franca, que sumaba unos dieciséis mil hombres, Mawdud se retiró cautamente tras las murallas de Shaizar y se negó a salir para librar una batalla campal. Las cosas no iban bien en su ejército. Toghtekin no le daría ayuda a menos que Mawdud aceptara guerrear algo más al Sur, paso que era, con mucho, excesivamente arriesgado. El kurdo Bursuq estaba enfermo y quería volver a su casa. Soqman murió de repente, y sus tropas se retiraron hacia el Norte con su cadáver. Ahmed-Il se alejó rápidamente para intentar apresar algo de la herencia. Ayaz el Ortóquida siguió, pero su padre, Ilghazi, atacó el cortejo que llevaba el féretro de Soqman, con la vana esperanza de apoderarse de su tesoro. Como las fuerzas disminuían a diario, Mawdud no podía tomar la ofensiva, y no que-

[32] Ibn al-Qalanisi, págs. 114-15; Kemal ad-Din, págs. 600-1; Ibn al-Athir, pág. 282; Alberto de Aix, XI, 38, pág. 681.

[33] Alberto de Aix, XI, 39-40, págs. 682-3, para la lista de los aliados; Mateo de Edesa, ccvi, pág. 275; Miguel el Sirio, III, pág. 205, relata la pérdida de Albistan.

ría invernar tan lejos de su base. En el otoño se retiró a Mosul[34].

Su fracaso demostró que los musulmanes no estaban, ni mucho menos, en condiciones de realizar un contraataque contra los francos mientras éstos se mantuviesen unidos, y el rey Balduino llevó a cabo la tarea de imponerles la unión. Por el momento, los estados francos se habían salvado. Mawdud realizó una beneficiosa incursión, aunque no tajante, en territorio edesano durante el verano siguiente, mientras Toghtekin, con cierta generosidad, concertó una alianza con Ridwan, pues éste intentó persuadir a sus amigos los Asesinos, para que le mataran[35]. Mas, de momento, la amenaza musulmana fue anulada. Inevitablemente, los cristianos volvieron a disputar entre sí. Primero, los francos decidieron atacar a Kogh Vasil, de cuyo creciente poder sentían envidia Balduino de Edesa y Tancredo. Este invadió sus tierras y conquistó Raban, y se disponía a asediar Kaisun antes de que se hiciesen las paces[36]. Después, Balduino de Edesa, se volvió de repente contra su primo Joscelino. Cuando Mawdud atacó Edesa en el verano de 1112, Joscelino descubrió una conjuración armenia para entregar la ciudad a los musulmanes y salvó a Balduino, avisándole y uniéndose a él en una rápida acción contra los traidores. Pero durante el invierno siguiente Balduino oyó rumores sobre que Joscelino hablaba de suplantarle. El feudo de Turbessel era rico, mientras la tierra de Edesa había sufrido terriblemente a causa de las algaradas, originando la emigración. Los armenios tenían ahora afecto a Joscelino y, en cambio, odiaban a Balduino. Nada había en la conducta de Joscelino que diera pie a las sospechas de Balduino, las cuales nacieron tal vez de la envidia. A fines de año Joscelino fue llamado a Edesa; Balduino dijo que estaba enfermo y que tenía que discutir la sucesión. A su llegada, no sospechando nada, acusado de haber suministrado, desde su territorio, escasos víveres a Edesa, fue encarcelado. Hasta que prometió que abandonaría sus tierras no fue puesto en libertad. Se retiró al Sur por Año Nuevo, a Jerusalén, donde el rey Balduino le dio en feudo el principado de Galilea[37].

[34] Fulquerio de Chartres, II, xlv, 1-9, págs. 549-57; Alberto de Aix, XI, 41-3; págs. 683-4; Ibn al-Qalanisi, págs. 116-19; Usama, ed. por Hitti, páginas 97-8; Kemal ad-Din, pág. 600; Ibn al-Athir, pág. 83, mezcla todo el relato, que toma de Ibn al-Qalanisi e Ibn Hamdun. Véase Cahen, *op. cit.*, pág. 363, n. 33.

[35] Kemal ad-Din, págs. 601-2; Alberto de Aix (XI, 43, pág. 684) informa acerca de la captura de Azaz por aquella época, pero Azaz estaba todavía en poder de los musulmanes en 1118 (véase *infra*, pág. 129).

[36] Mateo de Edesa, cciv, págs. 280-1.

[37] Guillermo de Tiro, XI, 22, págs. 489-92; Mateo de Edesa, ccviii, pág. 280,

El año de 1112 produjo otros muchos cambios en la Siria del Norte. Kogh Vasil murió el 12 de octubre. Su viuda se apresuró a enviar obsequios a Tancredo, entre ellos su propia diadema para la princesa Cecilia, con el fin de asegurar su ayuda en la sucesión a favor de su hijo adoptivo, Vasil Dgha; pero Tancredo, por su parte, ambicionaba la herencia [38]. Entre los francos, Ricardo del Principado murió en algún momento de la primavera [39], y Beltrán de Trípoli falleció en enero o febrero. El joven hijo y sucesor de Beltrán, Pons, no compartía el afecto de su padre por los bizantinos ni su odio hacia Tancredo, y sus consejeros pensaban tal vez que sería necesaria la buena voluntad de Tancredo si el joven conde quería conservar su posición. Hubo una reconciliación entre las cortes de Trípoli y de Antioquía, que contribuyó a la influencia de Tancredo [40]. Con Joscelino en desgracia, el conde de Trípoli convertido en amigo y muerto el gran príncipe de los armenios, la supremacía de Tancredo parecía segura. Se hallaba planeando una expedición para conquistar la tierra de Kogh Vasil, cuando cayó repentinamente enfermo. Hubo los consabidos rumores sobre envenenamiento, pero la dolencia sería probablemente una fiebre tifoidea. Cuando era seguro que no se curaría, nombró heredero suyo a su sobrino Roger de Salerno, hijo de Ricardo del Principado, pero obligó a Roger a jurar que entregaría su mandato al joven hijo de Bohemundo, si el muchacho venía a Oriente. Al mismo tiempo requirió a Pons para que se casase con su joven viuda, Cecilia de Francia. Murió el 12 de diciembre de 1112, cuando sólo contaba treinta y seis años de edad [41].

La personalidad de Tancredo no resplandece claramente entre las brumas de la historia. Era inmensamente activo y capaz, diplomático sutil y soldado brillante, y se volvió más prudente con la edad. Pero nunca adquirió el nimbo que tuvo su tío Bohemundo, ni tampoco parece haber gozado de popularidad entre sus hombres, prescindiendo de su biógrafo adulador, Radulfo de Caen. Era duro, egoísta y carente de escrúpulos, cumplidor y a la vez desleal con Bohemundo,

insinúa algo acerca de una conspiración contra los francos durante el sitio de Mawdud; *Chron. Anon. Syr.*, pág. 86; Ibn al-Qalanisi, *op. cit.*, pág. 133.

[38] Mateo de Edesa, ccx, págs. 281-2. Se desconoce la fecha exacta de la muerte de Ricardo. Había muerto ya cuando murió Tancredo, pero vivía aún en el invierno anterior.

[39] Ibn al-Qalanisi, pág. 127, dice que la noticia de la muerte de Beltrán llegó a Damasco el 3 de febrero.

[40] Parece ser que Pons perteneció algún tiempo al séquito de Tancredo y que éste le armó caballero.

[41] Fulquerio de Chartres, II, xlvii, I, págs. 562-3 (12 de diciembre); Alberto de Aix, XII, 8, pág. 693 (hacia el Adviento); Ibn al-Qalanisi, págs. 131-2 (11 de diciembre); Miguel el Sirio, III, pág. 203 (5 de diciembre).

y un compañero infiel para Balduino de Edesa. A no ser por la intervención del rey Balduino, su igual en inexorabilidad y superior a él en amplitud de miras, el particularismo de Tancredo pudiera haber conducido a la ruina del Oriente franco. Su aspiración fue la de consolidar firmemente y acrecentar el principado antioqueno, y en ello triunfó espléndidamente. Sin su labor, la fundación de Bohemundo se habría desmoronado. La larga historia de los príncipes de Antioquía fue fruto de su energía. De todos los príncipes de la primera Cruzada, sólo el rey Balduino, aventurero sin blanca igual que él, hizo una carrera notable. No obstante, cuando era llevado a su última morada, en el atrio de la catedral de San Pedro, los cronistas apenas pudieron registrar escenas de duelo. Sólo el armenio Mateo de Edesa escribió calurosamente sobre él y lamentaba su muerte [42].

La subida de Roger al principado de Antioquía —pues, a pesar de reconocer los derechos del hijo de Bohemundo, adoptó el título de príncipe— trajo armonía a los francos. Se casó con la hermana de Balduino de Edesa, Cecilia [43], y, a pesar de ser notoriamente un marido infiel, mantuvo siempre relaciones cordiales con su cuñado. Su hermana María fue la segunda esposa de Joscelino de Courtenay [44]. Pons de Trípoli, que, de acuerdo con los deseos de Tancredo, se casó en seguida con la viuda de éste, Cecilia de Francia, fue para él un amigo constante [45]. Y los tres príncipes estaban de acuerdo en considerar al rey Balduino como soberano suyo. Esta rara solidaridad, sumada a nuevas disputas entre los musulmanes, llevó a su apogeo al estado franco de la Siria septentrional.

En 1113, el rey Balduino inició una campaña contra Toghtekin de Damasco, que consiguió al fin asegurarse la ayuda de Mawdud y de Ayaz el Ortóquida. Los aliados musulmanes atrajeron al rey a territorio damasceno, a Sennabra, en el Jordán superior, donde, ol-

[42] Mateo de Edesa, *loc. cit.*: «El más grande de todos los creyentes.»

[43] Guillermo de Tiro, XI, 9, pág. 523, llama a Roger cuñado de Balduino; hace lo mismo Gualterio el Canciller, II, 16, pág. 131. Aparece el nombre de Cecilia en la Carta privilegio de 1126 (Röhricht, *Regesta, Additamenta,* pág. 9). Orderico Vital, X, 23, IV, pág. 158, atribuye a Roger una esposa turca llamada Melaz, la hija del emir danishmend que, según él, aseguró la libertad de Bohemundo (véase *supra,* pág. 47).

[44] María es conocida solamente a causa de una disputa surgida posteriormente con motivo de su dote (véase *infra,* págs. 153 n. 34, 169). La *Chron. Anon. Syr.* dice que Joscelino se casó con ella en 1121 (pág. 89), pero es evidente que se arregló el matrimonio en vida de Roger. Su hija Estefanía era considerada una anciana en 1161 (véase *infra,* pág. 330, nota 1).

[45] Según Alberto de Aix (XII, 19, pág. 701), la boda no tuvo lugar hasta 1115. Pero parece ser que Raimundo II, hijo de Pons, tenía veintidós años en 1136.

vidando por una vez su habitual cautela, fue atacado y sufrió una grave derrota [46]. Llamó en socorro suyo a Pons y a Roger, y la llegada de éstos, con toda su caballería, le permitió salir del apuro. El enemigo avanzó hasta las proximidades de Tiberíades, pero no se atrevió a enfrentarse con todo el ejército franco. Después de algunas semanas de vacilación, Mawdud se retiró, con Toghtekin, a Damasco. Allí, el último viernes de septiembre, cuando, en compañía de su anfitrión, entraba en la gran mezquita, fue mortalmente apuñalado por un Asesino. Toghtekin ajustició rápidamente al criminal, para no complicarse en el atentado. La opinión pública le consideraba culpable, pero le excusó porque Mawdud tenía designios sobre Damasco [47].

La muerte de Mawdud libró a los francos de un adversario formidable. Dos meses más tarde, el 10 de diciembre de 1113, murió Ridwan de Alepo [48]. Las frías relaciones que tenía con sus colegas musulmanes ayudaron en gran medida a la consolidación de los francos en Siria, pero su eliminación no benefició mucho al Islam. Le sucedió su hijo, Alp Arslan, débil, vicioso y cruel adolescente de dieciséis años, totalmente dominado por su eunuco favorito, Lulu. Los Asesinos, a los que Ridwan protegió, fueron eliminados de la nueva administración por orden expresa del sultán Mohammed. Su emisario, el persa Ibn Badi, obligó a Alp Arslan a publicar un decreto para la ejecución de Abu Tahir y de otros jefes de la secta, y el populacho de Alepo, que aborrecía desde hacía tiempo a los Asesinos, emprendió la matanza de cuantos pudo apresar. En defensa propia, la Orden intentó, sin éxito, conquistar la ciudadela, mientras agonizaba Ridwan [49]. Poco después, algunos elementos de la secta intentaron tomar por sorpresa la ciudadela de Shaizar, cuando la familia del emir se hallaba fuera observando las festividades cristianas de la Pascua de Resurrección, pero la gente de la ciudad se unió al emir contra ellos. Su único éxito fue conquistar la fortaleza de Qolaia, cerca de Balis, donde el camino de Alepo a Bagdad se aproxima al Eufrates. En todas las otras partes sucumbieron o huyeron en busca de la protección de los francos, pero eran aún poderosos y empezaron a centrar su atención en el Líbano [50]. El reinado de Alp Arslan fue corto. Realizó una visita amistosa a Damasco, donde Toghtekin le

[46] Ibn al-Qalanisi, págs. 132-6.
[47] *Ibid.*, págs. 137-42.
[48] *Ibid.*, pág. 144; Kemal ad-Din, pág. 602.
[49] Ibn al-Qalanisi, págs. 145-6; Kemal ad-Din, págs. 603-4 (véase Cahen, *op. cit.*, págs. 267-8).
[50] Ibn al-Qalanisi, págs. 146-8; Usama, ed. por Hitti, págs. 146, 153 (no fija la fecha del golpe en Shaizar).

recibió con honores reales, pero en septiembre de 1114 su conducta desenfrenada indujo al eunuco Lulu, que temía por su vida, a asesinarle en su cama y colocar en el trono a su hermano de seis años, Sultanshah. Durante los años siguientes, Lulu y su general Shams as-Shawas, ex-emir de Rafaniya, conservaron la ciudadela y dominaron el ejército de Alepo, pero el poder efectivo se hallaba en manos de los notables de la ciudad, cuyos deseos no se atrevía a desairar Lulu. La carencia de un príncipe poderoso y el exiguo número de su ejército determinaron que Alepo, impotente, no pudiera hacer más que defender sus propias murallas, y, a pesar de que los Asesinos habían sido desterrados, las nuevas autoridades fueron consideradas por sus vecinos como adeptos peligrosos a las tendencias chiitas, debido a la influencia de los persas en la ciudad. En consecuencia, Lulu estaba dispuesto a continuar la política de Ridwan, consistente en una sumisa amistad hacia los francos de Antioquía[51].

A raíz de la muerte de Mawdud, el sultán otorgó Mosul a su representante en la corte del Califa, Aqsonqor il-Bursuqi, soldado de fortuna turco, igual que su predecesor. Fue su deber disponer operaciones contra los francos. En mayo de 1114 mandó un ejército de quince mil hombres contra Edesa. Iban con él Mas'ud, el hijo del sultán, Temirek, emir de Sinjar, y un joven turco llamado Imad ed-Din Zengi, hijo de otro Aqsonqor anterior que actuó como gobernador de Alepo y Hama en los años procedentes a la cruzada. Fue llamado a unirse a la expedición Ilghazi de Mardin, pero se negó. Por tanto, el primer paso fue marchar sobre Mardin, después de lo cual Ilghazi accedió a enviar a su hijo Ayaz con un destacamento de tropas turcomanas. Durante dos meses los musulmanes asediaron Edesa, pero la ciudad estaba bien guarnecida y aprovisionada, mientras el campo esquilmado no podía alimentar a las fuerzas sitiadoras. Il-Bursuqi se vio obligado a levantar el sitio y se contentó con saquear la campiña hasta que los armenios le brindaron un nuevo objetivo para la acción[52].

A la conspiración armenia para entregar Edesa a Mawdud en 1112 siguió una conjura parecida el año siguiente, cuando Mawdud estaba a punto de invadir territorio franco y Balduino se hallaba en Turbessel haciéndose cargo del feudo de Joscelino. Fue oportunamente descubierta, y Balduino, con energía, trasladó a toda la población armenia de su capital a Samosata. Habiendo dado una lección a los armenios, les dejó regresar a principios de 1114, pero algunos se habían ido a territorio del heredero de Kogh Vasil, Vasil Dgha, que

[51] Ibn al-Qalanisi, págs. 148-9; Kemal ad-Din, págs. 605-6.
[52] Mateo de Edesa, ccxii, págs. 282-3; ccxvi, pág. 287; *Chron. Anon. Syr.*, pág. 86; Ibn al-Athir, págs. 292-3.

estaba, de todas formas, alarmado ante las apetencias francas sobre su herencia. El y su madre adoptiva invitaron entonces a Il-Bursuqi a librarles de los francos. Il-Bursuqi envió a uno de sus generales, Sonqor el Largo, para negociar con Vasil Dgha en Kaisun. Los francos se enteraron y atacaron en vano a Sonqor y a los armenios. Pero antes de que los musulmanes pudieran aprovecharse de la nueva alianza, Il-Bursuqi riñó con Ayaz el Ortóquida y le encarceló. El padre de Ayaz, Ilghazi, reunió, por tanto, a su clan y sus turcomanos, y se dirigió contra Il-Bursuqi, al que derrotó gravemente, obligándole a retirarse a Mosul. Una vez más, la contracruzada musulmana terminó con un fracaso [53].

Los armenios pagaron las culpas. Los francos avanzaron para castigar a Vasil Dgha. No pudieron tomar su capital-fortaleza de Raban, pero consideraron prudente asegurarse la alianza del príncipe roupeniano Thoros. Este, después de invitar a Vasil a que le visitara para discutir una alianza matrimonial, le redujo a prisión y le vendió a Balduino de Edesa. Vasil fue puesto en libertad bajo promesa de ceder todas sus tierras a Balduino. Se le permitió luego retirarse a Constantinopla. Habiéndose anexionado de este modo Raban y Kaisun en 1116, Balduino decidió después suprimir los otros principados armenios que quedaban en el valle del Eufrates. En 1117 depuso primero a Abu'lgharib, señor de Birejik, que se había establecido allí, con la ayuda de Balduino, durante la primera Cruzada. Dio Birejik a su primo, Waleran de Le Puiset, que se casó con la hija de Abu'lgharib. Después atacó al antes amigo y luego enemigo de Balduino I, Bagrat, el hermano de Kogh Vasil, que poseía entonces un pequeño señorío en Khoros, al oeste del Eufrates. Finalmente invadió el territorio de otro de los aliados de Balduino, el príncipe Constantino de Gargar, al que capturó y encarceló en Samosata, donde pronto murió el desdichado víctima de un terremoto. El príncipe roupeniano no tardó en ser, para su satisfacción, el único potentado armenio independiente. Pero, prescindiendo de los roupenianos, el pueblo armenio perdió la confianza en los francos [54].

Las conquistas armenias de Balduino de Edesa fueron favorecidas por una disminución del peligro de Oriente. Los años anteriores habían estado llenos de ansiedad. Un tremendo terremoto en noviembre de 1114 había devastado el territorio franco, desde Antioquía y Mamistra a Marash y Edesa. Roger de Antioquía recorrió

[53] Mateo de Edesa, ccxii, págs. 282-4; Miguel el Sirio, III, págs. 216-7; Ibn al-Athir, págs. 292-3.

[54] Mateo de Edesa, ccxiii-ccxiv, págs. 293-5. *Chron. Anon. Syr.*, pág. 86. Waleran era probablemente hermano de Hugo de Le Puiset, cuya madre, Alicia, era tía de Balduino II y prima de Tancredo (véase *infra*, pág. 176).

apresuradamente sus fortalezas principales para reparar sus murallas, pues circuló el rumor de que el sultán Mohammed estaba preparando una nueva expedición [55].

Mohammed era el último de los grandes sultanes seléucidas. Se hizo cargo de un estado decadente heredado de su hermano Barkiyarok, y restableció el orden en el Iraq y el Irán, eliminando a los árabes rebeldes del desierto oriental en 1108 y manteniendo a raya a los Asesinos. El califa al-Mustazhir, que escribía indolentemente poemas de amor en su palacio de Bagdad, le reconocía como soberano. Pero sus intentos de organizar una campaña con el fin de expulsar a los francos de Siria fracasaron uno tras otro, y se dio cuenta de que para lograrlo tenía que establecer su autoridad sobre los príncipes musulmanes de aquella zona, pues ellos, con sus envidias y su insubordinación, habían desbaratado casi siempre sus planes. En febrero de 1115, después de asegurarse la lealtad de Mosul mandando a su hijo Mas'ud para hacerse cargo del gobierno, envió un enorme ejército hacia el Oeste, al mando del gobernador de Hamadan, Bursuq ibn Bursuq, con Juyush-beg, antiguo gobernador de Mosul, y Temirek, emir de Sinjar, para auxiliarle.

Los príncipes musulmanes de Siria estaban tan asustados como los francos. Los únicos vasallos de confianza para el sultán en aquella región eran los munquiditas de Shaizar y el emir de Homs, Ibn Qaraja. Ante el rumor de la expedición, el ortóquida Ilghazi marchó a toda prisa a Damasco para confirmar su alianza con Toghtekin, pero a su regreso fue acechado y capturado por el emir de Homs, quien, sin embargo, ante las amenazas de Toghtekin, le dejó marchar con la condición de que enviase a su hijo Ayaz en su lugar. Ilghazi pudo volver a Mardin y reunir sus tropas. Después se retiró en dirección oeste para unirse a Toghtekin. El eunuco Lulu, regente de Alepo, después de prometer apoyo a ambas partes, decidió que la victoria del sultán no le convenía y se puso del lado de Toghtekin e Ilghazi. Entretanto, Roger de Antioquía había concentrado sus fuerzas y ocupó una posición cerca del puente de Hierro, en la margen opuesta del Orontes. Allí, sin que sepamos a quién correspondió la iniciativa, hizo un pacto con Toghtekin y sus aliados e invitó al ejército de los mismos a unirse al suyo propio delante de las murallas de Apamea, lugar muy ventajoso para vigilar los movimientos de Bursuq cuando cruzara el Eufrates y avanzase hacia Shaizar, donde estaban sus amigos. Los francos proporcionaron unos dos mil caballeros e infantes, y sus aliados musulmanes, unos cinco mil.

[55] Fulquerio de Chartres, II, lii, 1-5, págs. 578-80; Gualterio el Canciller, I, págs. 83-4; Mateo de Edesa, ccxvii, págs. 287-9; Ibn al-Qalanisi, pág. 149; Kemal ad-Din, pág. 607.

Bursuq no encontró oposición alguna cuando llevaba su numeroso ejército por el Jezireh. Tenía esperanzas de establecer su cuartel general en Alepo; pero, cuando supo que Lulu se había sumado a sus enemigos y que Toghtekin se hallaba al frente de ellos, se dirigió hacia el Sur contra el último. Con la ayuda del emir de Homs realizó un ataque de sorpresa sobre Hama, que pertenecía a Toghtekin, y donde guardaba gran parte de su bagaje. La ciudad fue ocupada y saqueada, para indignación de los musulmanes locales; después marchó contra el fuerte franco de Kafartab. Roger habría querido hacer un ataque de diversión, pero Toghtekin le convenció de que sería demasiado arriesgado. En lugar de ello, los aliados pidieron ayuda a Balduino de Jerusalén y a Pons de Trípoli, y ambos se desplazaron a toda prisa hacia el Norte, el primero con quinientos caballeros y mil infantes, el segundo con doscientos caballeros y dos mil infantes. Entraron en el campamento de Apamea al son de las trompetas. Bursuq, que tenía su base en Shaizar, consideró prudente retirarse hacia el Jezireh. Su estratagema fue eficaz. Balduino y Pons dieron por terminado el peligro y regresaron a sus casas, y el ejército aliado se dispersó. Bursuq se volvió repentinamente en dirección a Kafartab. Tras un breve combate conquistó el castillo y se lo entregó a los munquiditas. Lulu de Alepo, bien por traición, bien por cobardía, le escribió en seguida pidiéndole perdón por pecados pretéritos y solicitando que enviara un destacamento para ocupar Alepo, y Bursuq debilitó sus fuerzas enviando a Juyush-beg y sus hombres. Roger no había licenciado su ejército. No podía esperar que le llegase ayuda del rey Balduino ni de Pons, ni siquiera de Toghtekin. Después de requerir el socorro de Balduino de Edesa y pedir al patriarca Bernardo que bendijera a las tropas y que les diera un fragmento de la Verdadera Cruz, salió de Antioquía el 12 de septiembre y avanzó en dirección sur, aguas arriba del Orontes, hasta Chastel Rouge, mientras Bursuq marchaba hacia el Norte, por una línea paralela, más al interior. Ninguno de los dos ejércitos sabía la posición del contrario, hasta que un caballero llamado Teodoro Berneville llegó a galope de una descubierta al campamento de Chastel Rouge para informar que había visto el ejército del sultán pasando por el bosque, hacia la colina de Tel-Danith, cerca de la ciudad de Sirmin. La mañana del 14, el ejército franco trepó hasta la dominante altura y cayó sobre Bursuq cuando las tropas proseguían tranquilamente su marcha. Los animales del bagaje iban en vanguardia, y algunos destacamentos ya se habían detenido para levantar las tiendas y hacer la parada de mediodía. Algunos de los emires, con sus partidas, habían salido en busca de forraje por las granjas próximas; otros se

alejaron para ocupar Biza'a. Cuando empezó la batalla, Bursuq no tenía a su lado a sus mejores lugartenientes.

El ataque de los francos fue totalmente inesperado. Se lanzaron súbitamente de entre los árboles y asaltaron con rapidez el campamento a medio preparar. Pronto todo el ejército musulmán se halló en desorden. Bursuq no pudo reorganizar a sus hombres. El mismo consiguió, a duras penas, evitar que le capturasen y se retiró con algunos centenares de jinetes a un risco de la colina de Tel-Danith. Allí rechazó durante un rato al enemigo, y quería morir en la batalla antes que afrontar la ignominia de tal derrota. Al fin, su guardia personal le convenció de que no había ya solución, y se alejó a galope huyendo hacia el Este. El emir de Sinjar, Temirek, tuvo, al principio, más éxito y rechazó el ala derecha de los francos. Pero Guido Fresnel, señor de Harenc, acudió con tropas de refresco, y pronto los hombres de Sinjar fueron cercados y sólo los jinetes más veloces escaparon con vida. Al atardecer, los restos del ejército musulmán huían, precipitadamente y en desorden, hacia el Jezireh [56].

Con la victoria franca en Tel-Danith acabó el último intento de los sultanes seléucidas del Irán para reconquistar Siria. Bursuq murió pocos meses después, humillado y lleno de vergüenza, y el sultán Mohammed no estaba en condiciones de arriesgarse a una nueva expedición. Para los francos, el único peligro de Oriente procedía ahora de los emires semi-independientes, los cuales, por el momento, se hallaban desunidos y desmoralizados. El prestigio de Roger, príncipe de Antioquía, alcanzaba su cima. Sus hombres reconquistaron rápidamente Kafartab, que Bursuq había dado a los munquiditas [57]. Los gobernantes de Alepo y Damasco estaban seriamente alarmados. Toghtekin se apresuró a hacer la paz con el sultán Mohammed, que le perdonó, aunque no le prestó ninguna ayuda material [58]. En Alepo, el eunuco Lulu contemplaba, desvalido, cómo los francos consolidaban sus posiciones en torno a él. Intentó hacer una alianza más estrecha con Toghtekin. Pero estaba desacreditado en todas partes, y en mayo de 1117 fue muerto por los turcos de su guarnición. Su sucesor fue otro eunuco, el renegado armenio Yaruqtash, quien en seguida negoció el apoyo franco, cediendo a Roger la fortaleza de al-Qubba, en el camino de Alepo a Damasco, que utilizaban los pere-

[56] Fulquerio de Chartres, II, liv, 1-6, págs. 586-90; Alberto de Aix, XII, 19, pág. 701; Gualterio el Canciller, I, 6-7, págs. 92-6 (el relato más completo); al-Azimi, pág. 509; Ibn Hamdun, en Ibn al-Athir, págs. 295-8; Usama, ed. por Hitti, págs. 102-6; Miguel el Sirio, III, pág. 217; *Chron. Anon. Syr.*, pág. 86.

[57] Usama, ed. por Hitti, pág. 106.

[58] Ibn al-Qalanisi, págs. 151-2, supone que las insinuaciones provinieron del sultán. Ibn Hamdun, *loc. cit.*

grinos de La Meca, y le otorgó el derecho de cobrarles peaje [59]. La concesión no hizo ningún bien a Yaruqtash. Los asesinos de Lulu actuaron en nombre del hijo más joven de Ridwan, Sultanshah, que no quería reconocerle. Yaruqtash pidió ayuda a Ilghazi el Ortóquida, pero cuando las tropas de Ilghazi llegaron a Alepo se encontraron con que Yaruqtash había sido derribado y que presidía el gobierno el ministro de Sultanshah, el damasceno Ibn al-Milhi. En consecuencia, Ilghazi se retiró, dejando como representante en Alepo a su hijo Kizil, y se hizo cargo de la fortaleza de Balis, en el Eufrates, que le fue adjudicada como premio a su ayuda para el caso de que il-Bursuqi, que se hallaba ahora instalado en ar-Rahba y pretendía que Alepo le había sido asignada por el sultán, quisiera hacer valer sus derechos. Después Ibn al-Milhi decidió que Ilghazi era un aliado muy poco seguro y entregó Alepo y Kizil a Khirkhan, emir de Homs, y se dispuso, con ayuda franca, a la reconquista de Balis. Pero la alianza de Ilghazi con Toghtekin seguía en pie. Mientras éste marchaba sobre Homs y obligaba a Khirkhan a retirarse, Ilghazi salvó Balis, y entraba en Alepo en el verano de 1118. Izn al-Milhi ya había sido derribado por un eunuco negro, Qaraja, quien, juntamente con Ibn al-Milhi y el príncipe Sultanshah, fue encarcelado por el ortóquida [60]. Durante todos estos movimientos e intrigas, la intervención franca fue solicitada alternativamente por todos los bandos, y aunque Roger nunca fue dueño de la misma Alepo, pudo ocupar el territorio al norte de la ciudad, conquistando Azaz en 1118 y Biza'a a principios de 1119, aislando de este modo a Alepo del Eufrates y de Oriente [61].

Por las misma época, Roger mejoraba su frontera sur conquistando el castillo de Marqab, sobre la alta colina, dominando el panorama del mar, más allá de Buluniyas [62].

Así, a fines de 1118, existía un equilibrio en la Siria del norte. Los francos se habían convertido en una parte aceptada en el esquema general del país. Aún no eran numerosos, ni mucho menos, pero estaban bien armados y construían fortalezas, y aprendían a adaptarse a la vida indígena. Además, de momento estaban unidos. Roger de Antioquía era con mucho el más grande de los príncipes cristianos del Norte; pero su hegemonía no molestaba a Balduino de Edesa ni

[59] Ibn al-Qalanisi, págs. 155-6.
[60] Ibn al-Qalanisi, *loc. cit.;* Kemal ad-Din, págs. 610-15; Ibn al-Athir, páginas 308-9.
[61] Mateo de Edesa, ccxxvii, págs. 297-8; Kemal ad-Din, págs. 614-15.
[62] Para las fuentes árabes, véase el análisis en Cahen, *op. cit.*, pág. 279, n. 16. Pons de Trípoli parece ser que ayudó a Roger después de una pequeña disputa acerca de la dote de la mujer de Pons, la viuda de Tancredo, Cecilia, que reclamaba Jabala, pero que se conformó después con Chastel Rouge y Arzghan (Guillermo de Tiro, XIV, 5, pág. 612).

a Pons de Trípoli, pues no hizo ningún intento de convertirse en su soberano, sino que reconocía, igual que ellos, la soberanía del rey de Jerusalén. Los príncipes musulmanes eran, numéricamente, más poderosos, pero estaban desunidos y sentían envidia entre sí. Únicamente la alianza de Toghtekin de Damasco con los ortóquidas les libró del caos. La balanza se hallaba así ligeramente inclinada a favor de los francos. Ninguna potencia exterior estaba en condiciones de alterar este equilibrio. El rey Balduino de Jerusalén, con la amenaza fatimita en su retaguardia, no podía intervenir en el Norte con frecuencia. El sultán seléucida del Irán, después del desastre de Tel-Danith, se abstenía de ulteriores tentativas prácticas para afirmar su autoridad en Siria. Los dos poderes principales de Anatolia, Bizancio y los seléucidas de Rum, se contrarrestaban de momento.

También los cristianos nativos conservaban cierto equlibrio. Los súbditos armenios de Edesa y Antioquía estaban decepcionados y eran desleales, pero el único estado armenio libre que quedaba, el principado roupeniano del Tauro, se hallaba dispuesto a colaborar con los francos. Su soberano, el príncipe León, acudió con un contingente para ayudar a Roger de Antioquía en el sitio de Azaz [63]. La Iglesia jacobita se escindió por un cisma. Hacia 1118, su cabeza, el patriarca Atanasio, que residía en Antioquía, riñó con su metropolitano de Edesa, Bar-Sabuni, acerca de la posesión de algunos libros sagrados, y le impuso un entredicho. Bar-Sabuni, para crear conflictos, requirió la ayuda del patriarca latino de Antioquía, Bernardo, quien convocó a Atanasio para discutir la cuestión en un sínodo celebrado en la catedral latina. Atanasio acudió protestando. La ignorancia de un intérprete hizo creer a Bernardo que la disputa se refería a una deuda privada entre los dos prelados, y declaró que Atanasio incurría en simonía al no perdonar a su deudor. Atanasio se enfureció ante una decisión a la que no reconocía validez, y cuyo sentido no comprendía. Protestó violentamente, por lo que Bernardo ordenó que fuese azotado. Por consejo de un amigo ortodoxo, el filósofo Abd' al-Massih, Atanasio apeló a Roger, que había estado ausente por entonces. Roger amonestó airadamente a Bernardo por interferirse en un asunto que no era de su incumbencia y dejó salir de Antioquía a Atanasio y regresar a su antigua residencia, el monasterio de Mar Barsauma. Atanasio se hallaba así en territorio de los ortóquidas, que le dieron su protección. Excomulgó a Bar Sabuni e impuso un entredicho a la Iglesia jacobita de Edesa. Muchos de los jacobitas edesanos, privados de este modo de los servicios de su Iglesia, se adscribieron al rito la-

[63] Mateo de Edesa, *loc. cit.* Para la historia de los roupenianos, véase Tournebize, *op. cit.*, págs. 168 y sigs.

tino. Otros obedecieron al patriarca. La paz no se restableció hasta muchos años más tarde, después de la muerte de Atanasio [64].

Las congregaciones ortodoxas de Antioquía y Edesa estaban disgustadas con el gobierno latino; pero, a diferencia de los armenios y los jacobitas, nunca sintieron tentaciones de intrigar con los musulmanes. Unicamente añoraban el retorno de Bizancio. Pero la aversión que hacia los ortodoxos sentían armenios y jacobitas juntos, limitaba su fuerza.

No obstante, aunque los francos en Edesa temiesen que algún nuevo peligro podía surgir de Oriente, para los francos de Antioquía el principal enemigo seguía siendo Bizancio. El emperador Alejo nunca olvidó su derecho sobre Antioquía. Estaba dispuesto a reconocer un reino latino en Jerusalén, y dio pruebas de su buena disposición al contribuir con su generosidad al rescate de los francos hechos prisioneros por los fatimitas en Ramleh en 1102, y al enviar sus barcos al sitio ineficaz de Acre en 1111. El rey Balduino, por su parte, obraba siempre con cortesía y corrección hacia el Emperador, pero se negaba a presionar sobre Tancredo para que cumpliese las cláusulas del tratado de Devol [65]. En todo caso, desde la Cruzada de 1101, las relaciones franco-bizantinas se entenebrecieron por recelos, mientras la intervención del papa Pascual en favor de Bohemundo en 1106 nunca se perdonó en Constantinopla. Pero Alejo era un estadista demasiado flexible como para consentir que su política se tiñese de resentimiento. Durante los años de 1111 y 1112 llevó a cabo una serie de negociaciones con el Papa, utilizando como intermediario al abad de Monte Cassino. Con la promesa de resolver las diferencias pendientes entre las iglesias romana y griega, convenció a las autoridades romanas a ofrecerle, a él o a su hijo, la corona imperial de Occidente, y sugirió que él mismo visitaría Roma. Pascual, que se hallaba por entonces en grandes dificultades con el emperador Enrique V, estaba dispuesto a pagar un elevado precio por el apoyo bizantino, pero las guerras turcas y su quebrantada salud impidieron a Alejo llevar a cabo su proyecto [66]. Las negociaciones se quedaron en nada. El arzobispo de Milán, Pedro Crisolano, visitó Constantinopla en 1113 para discutir los asuntos eclesiásticos, pero su controversia teológica con Eustratio, obispo de Nicea, no restableció el afecto entre las iglesias [67]. Es probable que Alejo nunca

[64] Miguel el Sirio, III, págs. 193-4, 107-10.
[65] Ana Comneno, XIV, ii, 12-13, págs. 152-3.
[66] Véase Chalandon, *op. cit.*, págs. 260-3, con todas las referencias.
[67] Landolfo, en Muratori, *Ss. R. I.*, vol. V, pág. 487; los sermones de Chrysolan, en *M. P. L.*, vol. CXXVII, cols. 911-19; los sermones de Eustratio, en Demetracopoulos, *Bibliotheca Ecclesiastica*, vol. I, pág. 15.

tomara muy en serio su ambicioso proyecto italiano. La amistad papal le valía principalmente como medio de abrir brecha en las ambiciones normandas y para realzar su autoridad sobre los latinos de Oriente.

Entretanto, poco podían hacer los bizantinos para reconquistar Antioquía. El tratado del Emperador con Bohemundo fue un papel mojado. Tancredo no sólo no lo respetó, sino que había acrecido su territorio a expensas de los bizantinos. Roger continuó la política de Tancredo. Alejo tenía esperanzas de que los condes de Trípoli fuesen sus agentes en Siria, y facilitó algún dinero, que se retendría en Trípoli, para empresas conjuntas de bizantinos y tripolitanos. Pero al morir Beltrán, su hijo Pons colaboró con los antioquenos. Por tanto, el embajador plenipotenciario de Bizancio en los estados latinos, Butumites, reclamó la devolución del dinero, y hasta que no amenazó con suprimir los suministros que llegaban a Trípoli desde Chipre no le fue entregado. Entonces juzgó prudente devolver a Pons el oro y los objetos de valor que habían sido prometidos personalmente por Beltrán. A cambio de ello, Pons prestó juramento de fidelidad al Emperador, probablemente el juramento de no agresión que había prestado su abuelo Raimundo. El dinero recuperado por Butumites se empleó en comprar caballos de Damasco, Edesa y Arabia para el ejército bizantino [68].

Era evidente que Pons no podía ser incitado a actuar contra Antioquía, y la acción turca impedía al Emperador realizar una intervención directa en Siria. Desde la muerte del danishmend Malik Ghazi Gümüshtekin, en 1106, y la del seléucida Kilij Arslan, en 1107, no hubo ningún potentado turco eminente en Anatolia, y Alejo pudo, en la medida en que no le perturbasen los normandos, restablecer lentamente su autoridad en los distritos occidentales y a lo largo de la costa sur. El emir musulmán más importante era entonces el capadocio Hasan, que intentó correr territorios bizantinos en 1110, penetrando incluso hasta Filadelfia, con Esmirna como objetivo. Eustatio Filocales había sido nombrado hacía poco jefe de las fuerzas terrestres de la Anatolia del sudoeste, con órdenes de despejar de turcos la provincia. Consiguió, con las exiguas fuerzas bajo su mando, sorprender al ejército de Hasan cuando se hallaba dispersado en varios grupos algareros, a los que derrotó uno tras otro. Hasan se retiró rápidamente, y las costas egeas se libraron de nuevas incursiones. Pero el mismo año, el primogénito de Kilij Arslan, Malik Shah, salió de su cautiverio en Persia. Estableció su capital en Konya y pronto se apoderó del grueso de la herencia que le correspondía, derrotando a

[68] Ana Comneno, XIV, ii, 14, págs. 153-4.

Hasan y anexionándose sus tierras. Escarmentado por la suerte de su padre, eludió complicaciones en Oriente, pero en cuanto se sintió lo bastante fuerte, salió a reconquistar el territorio perdido por Kilij Arslan en tiempo de la primera Cruzada. Durante los primeros meses de 1112 inició incursiones en el Imperio, avanzando sobre Filadelfia, donde fue contenido por el general bizantino Gabras. Negoció una tregua, pero en 1113 volvió a atacar, enviando una veloz expedición a través de Bitinia hasta las mismas murallas de Nicea, mientras su lugarteniente Mohammed penetró hasta Poemamenum, más al Oeste, donde derrotó y capturó a un general bizantino, y otro lugarteniente, Manalugh, invadió Abidos, en el Helesponto, con sus ricas aduanas. Malik Shah atacó y conquistó Pérgamo. El Emperador salió al encuentro de los invasores, pero esperó a atraparlos al regreso, cuando estuvieran bien cargados de botín. Marchando hacia el Sur por Dorileo, cayó sobre ellos cerca de Cotyaum. Obtuvo una victoria completa y recuperó todo el botín y los prisioneros que habían hecho. En 1115 hubo noticias de que Malik Shah estaba disponiéndose a reanudar el ataque, y Alejo dedicó gran parte del año a montar servicio de patrullas en las colinas de Bitinia. Al año siguiente, aunque estaba ya muy enfermo, decidió tomar la ofensiva. Se dirigió al Sur, hacia Konya, y encontró al ejército turco cerca de Filomelio. Una vez más salió victorioso de la empresa, y Malik Shah fue obligado a firmar una paz en la que prometía respetar las fronteras del Imperio, que dominaba ahora toda la costa desde Trebisonda hasta la Seleucia ciliciana y el interior al oeste de Ankara, el desierto salino y Filomelio. Los intentos de reconquista de Malik Shah habían fracasado, y pocos meses después fue destronado y muerto por su hermano Mas'ud, de acuerdo con los danishmend. Pero los turcos siguieron firmemente afincados en el centro de Anatolia, y Bizancio era aún incapaz de emprender una acción efectiva en Siria. Los más favorecidos por estas guerras fueron los armenios del Tauro y el príncipe franco de Antioquía [69].

[69] Ana Comneno, XIV, v-vi; XV, i-ii, iv, vi, págs. 164-72, 187-72, 187-94, 199, 213 (véase Chalandon, *op. cit.*, págs. 265-71).

Libro II
EL CENIT

Capítulo 7

EL REY BALDUINO II

> «No te faltará varón sobre el trono de Israel.»
>
> (I Reyes, 9, 5.)

Balduino I había descuidado su último deber como rey; no hizo ningún arreglo para la sucesión al trono. Se reunió precipitadamente el Consejo del reino. A algunos de los nobles les parecía inconcebible que la corona debiera salir de la casa de Boloña. Balduino I había sucedido a su hermano Godofredo, y existía un tercer hermano, el mayor, Eustaquio, conde de Boloña. Urgentemente se enviaron mensajeros al otro lado del mar para informar al conde de la muerte de su hermano y rogarle que se hiciera cargo de la herencia. Eustaquio no tenía ningún deseo de abandonar su apacible país a cambio de los peligros de Oriente, pero se le dijo que era su deber. Partió para Jerusalén. Al llegar a Apulia, encontró mensajeros con la noticia de que era demasiado tarde. La sucesión se había resuelto de otra forma. Se negó a aceptar la sugerencia de seguir su camino y luchar por sus derechos. Nada remolón emprendió su camino de regreso a Boloña [1].

Realmente, pocos miembros del Consejo favorecieron su sucesión. Estaba muy lejos; ello significaría un interregno de muchos meses. El miembro más influyente del consejo era Joscelino de Courtenay,

[1] Guillermo de Tiro, XII, 3, págs. 513-16. No se sabe con certeza qué arreglos tuvo que hacer para lo de Boloña. Su esposa, María de Escocia, murió en 1116.

príncipe de Galilea, y éste pidió que el trono fuese para Balduino de Le Bourg, conde de Edesa. Aquél, por su parte, no tenía ninguna razón para sentir afecto por Balduino, según se cuidó de recordar al Consejo, ya que Balduino le había acusado falsamente de traición y le desterró de sus posesiones en el Norte. Pero Balduino era un hombre de capacidad y valor probados; era el primo del rey difunto; era el único superviviente de los grandes caballeros de la primera Cruzada. Además, Joscelino calculaba que si Balduino dejaba Edesa a cambio de Jerusalén, lo menos que podía hacer para premiar al primo que había compensado con tanta generosidad su falta de afecto era darle Edesa en feudo. El patriarca Arnulfo apoyó a Joscelino, y juntos convencieron al Consejo. Como si hubiese querido zanjar la discusión, el mismo día del funeral del rey, Balduino de Le Bourg se presentó inesperadamente en Jerusalén. Pudo haber oído que el rey estaba enfermo desde el año pasado y consideraría oportuno hacer una peregrinación pascual a los Santos Lugares. Fue recibido con alegría y elegido rey por unanimidad. El Domingo de Pascua, 14 de abril de 1118, el patriarca Arnulfo ciñó la corona sobre su cabeza [2].

Balduino II difería enormemente como hombre de su predecesor. Aunque bastante apuesto, con una larga barba rubia, carecía de la impresionante figura de Balduino I. Era más asequible, afable y aficionado a la broma sencilla, pero al mismo tiempo sutil y astuto, menos abierto, menos temerario, con más dominio de sí mismo. Capaz de una gran liberalidad, era, en general, algo mezquino y poco generoso. A pesar de su actitud arbitraria hacia los asuntos eclesiásticos, era auténticamente piadoso; sus rodillas tenían callos por la oración constante. Opuesto en la vida privada a Balduino I, la suya era irreprochable. Formaba con su esposa, la armenia Morfia, una unión conyugal perfecta, espectáculo raro en el Oriente franco [3].

Joscelino fue debidamente recompensado con el condado de Edesa, que administraría como vasallo del rey Balduino, igual que Balduino lo había administrado bajo la soberanía del rey de Jerusalén. El nuevo monarca fue también reconocido como soberano por Roger de Antioquía, su cuñado, y por Pons de Trípoli. El Oriente franco iba a permanecer unido bajo la corona de Jerusalén [4]. A las dos semanas de ser coronado Balduino, murió el patriarca Arnulfo. Había sido un leal y eficaz servidor del Estado; pero, a pesar de su elocuen-

[2] Fulquerio de Chartres, III, i, I, págs. 615-16; Alberto de Aix, XII, 30, págs. 707-16; Guillermo de Tiro, XII, 4, pág. 517.

[3] Guillermo de Tiro, XII, 2, págs. 512-13 (véase *supra*, pág. 46).

[4] Inmediatamente después de su subida al trono, Balduino llamó a Roger y a Pons para que lucharan bajo su mando contra los egipcios (véase *infra*, página 148).

cia como predicador, se mezcló en demasiados escándalos para que fuese respetado como eclesiástico. Es dudoso que Balduino sintiera mucho su muerte. En su lugar favoreció la elección de un sacerdote picardo, Gormundo de Piquigny, de cuya vida anterior nada se sabe. Fue una elección afortunada, pues Gormundo unía a las cualidades prácticas de Arnulfo una naturaleza de santo y era venerado por todo el mundo. Este nombramiento, que siguió a la reciente muerte del papa Pascual, restableció las buenas relaciones entre Jerusalén y Roma [5].

Apenas había subido al trono el rey Balduino, se enteró de la molesta noticia de una alianza entre Egipto y Damasco. El visir fatimita, al-Afdal, quería vengarse de la insultante invasión de Egipto realizada por Balduino I, y Toghtekin de Damasco estaba alarmado con el creciente poder de los francos. Balduino le envió rápidamente una embajada; pero, confiando en la ayuda egipcia, Toghtekin exigió la cesión de todas las tierras francas al otro lado del Jordán. En el transcurso del verano, se concentró en la frontera un gran ejército y tomó posiciones en las afueras de Ashdod; Toghtekin fue invitado a tomar el mando. Balduino convocó a las milicias de Antioquía y Trípoli para reforzar las tropas de Jerusalén, y marchó al encuentro del enemigo. Durante tres meses los ejércitos se hallaron frente a frente, sin que ninguno de los dos se atreviese a avanzar; ambos, según palabras de Fulquerio de Chartres, preferían vivir a morir. Finalmente, los soldados de cada bando se dispersaron y se fueron a sus tierras [6].

Entretanto fue demorada la partida de Joscelino para Edesa. Se le necesitaba con más urgencia en Galilea que en el condado septentrional, donde, al parecer, se quedó la reina Morfia, y Waleran, señor de Birejik, administraba el gobierno [7]. Como príncipe de Galilea le correspondía a Joscelino la defensa del país contra los ataques de Damasco. En el otoño, Balduino se unió a él en una algarada contra Deraa, en el Hauran, el granero de Damasco. Buri, el hijo de Toghtekin, salió a su encuentro y, debido a su temeridad, sufrió una grave derrota. Después de este fracaso, Toghtekin volvió a centrar su atención en el Norte [8].

En la primavera de 1119, Joscelino supo que una rica tribu beduina había llevado a pastar sus rebaños a Transjordania, cerca del Yarmuk. Salió con dos barones galileos importantes, los hermanos

[5] Alberto de Aix, *loc. cit.;* Guillermo de Tiro, X, XII, 6, pág. 519.

[6] Fulquerio de Chartres, III, ii, 1-2, págs. 617-19; Guillermo de Tiro, XII, 6, págs. 518-19; Ibn al-Athir, págs. 314-15.

[7] *Chron. Anon. Syr.,* pág. 86.

[8] Ibn al-Athir, págs. 315-16.

Godofredo y Guillermo de Bures, y unos ciento veinte jinetes, para saquearla. El grupo se dividió para cercar a los de la tribu. Pero las cosas se torcieron. El jefe beduino fue avisado y Joscelino se perdió en las colinas. Godofredo y Guillermo, que iban a caballo para atacar el campamento, cayeron en una emboscada. Godofredo fue muerto, y los de su comitiva fueron hechos prisioneros en su mayoría. Joscelino regresó abatido a Tiberíades y envió un emisario para informar al rey Balduino; éste acudió en seguida, intimidó a los beduinos y les obligó a devolver los prisioneros y a pagar una indemnización. Después se les permitió pasar el verano en paz[9].

Cuando Balduino estaba descansando en Tiberíades, a la vuelta de su breve campaña, le llegaron mensajeros de Antioquía para pedirle que se pusiese en camino con su ejército hacia el Norte, con la mayor celeridad posible.

Después de la victoria de Roger de Antioquía en Tel-Danith, la desgraciada ciudad de Alepo no pudo impedir la agresión de los francos. Se había colocado de mala gana bajo la protección de Ilghazi el Ortóquida; pero con la ocupación de Biza'a por Roger, en 1119, quedó rodeada por tres partes. La pérdida de Biza'a era más de lo que Ilghazi podía soportar. Hasta entonces, ni él ni su aliado de siempre, Toghtekin de Damasco, estaban en condiciones de arriesgar todas sus fuerzas en un combate contra los francos, porque temían y odiaban aún más a los sultanes seléucidas de Oriente. Pero el sultán Mohammed había muerto en abril del año 1118, y su muerte desató las ambiciones de todos los gobernantes y reyezuelos de su imperio. Su joven hijo y sucesor, Mahmud, trató de asegurar su autoridad por todos los medios, pero finalmente, en agosto del año 1119, se vio obligado a entregar el poder supremo a su tío Sanjar, el rey de Khorassan, y pasó el resto de su corta vida dedicado a los placeres de la caza. Sanjar, que fue el último de esta dinastía que reinó en todo el territorio seléucida oriental, tenía suficiente fuerza; pero sus intereses estaban en Oriente. Siria nunca le preocupó. Tampoco sus hermanos del sultanato de Rum, perturbados por querellas entre sí y contra los Danishmend y por guerras contra Bizancio, eran dados a intervenir en los asuntos de Siria[10]. Ilghazi, el más tenaz de los príncipes locales, tuvo por fin su oportunidad. Su deseo no era tanto aniquilar los estados francos como asegurarse Alepo para él, pero dicha aspiración implicaba la anterior.

Durante la primavera de 1119, Ilghazi recorrió sus territorios, reuniendo sus tropas turcomanas y tomando medidas para obtener

[9] *Ibid.*, págs. 325-6.

[10] Ibn al-Athir, págs. 318-23 (véanse los artículos «Sandjur» y «Seldjuks», en *Encyclopaedia of Islam*).

contingentes de los kurdos en el Norte y otros procedentes de las tribus árabes del desierto sirio. Por pura fórmula, solicitó ayuda del sultán Mahmud, pero no recibió respuesta. Su aliado, Toghtekin, accedió a acudir desde Damasco, y los munquiditas de Shaizar prometieron provocar una diversión al sur del territorio de Roger [11]. A fines de mayo, el ejército ortóquida, compuesto al parecer por unos cuarenta mil hombres, estaba en marcha. Roger recibió la noticia con tranquilidad; pero el patriarca Bernardo le apremiaba a que pidiese ayuda al rey Balduino y a Pons de Trípoli. Desde Tiberíades, Balduino mandó decir que acudiría lo más rápidamente posible y que llevaría las tropas de Trípoli bajo su mando. Entretanto, Roger debería mantenerse a la defensiva. Después, Balduino reunió el ejército de Jerusalén, y le confortó con un fragmento de la Verdadera Cruz, bajo la custodia de Evremaro, arzobispo de Cesarea [12].

Al tiempo que los munquiditas hacían una algarada contra Apamea, Ilghazi mandó a unos destacamentos turcomanos hacia el Sudoeste, para que se uniesen con ellos y con el ejército que subía desde Damasco. El, con el grueso de su ejército, invadió el territorio de Edesa, pero no atacó a la capital fortificada. A mediados de junio cruzó el Eufrates por Balis y avanzó para acampar en Qinnasrin, unas quince millas al sur de Alepo, con el fin de esperar a Toghtekin. Roger se sentía menos tranquilo. A pesar del mensaje del rey Balduino, no obstante la solemne advertencia del patriarca Bernardo y en contra de toda la experiencia anterior de los príncipes francos, decidió enfrentarse inmediatamente con el enemigo. El 20 de junio se puso en marcha con todo el ejército de Antioquía, unos setecientos jinetes y cuatro mil infantes, y, cruzando el puente de Hierro, acampó ante el pequeño fuerte de Tel-Aquibrin, en el borde oriental de la llanura de Sarmeda, donde el paisaje accidentado ofrecía una buena defensa natural. Aunque sus fuerzas eran muy inferiores a las del enemigo, él confiaba en poder esperar allí hasta que llegase Balduino.

Ilghazi, desde Quinnasrin, estaba perfectamente informado de los movimientos de Roger. Espías disfrazados de mercaderes habían inspeccionado el campamento de los francos y habían dado parte de la debilidad numérica del ejército franco. Aunque Ilghazi prefería esperar la llegada de Toghtekin, sus emires turcomanos le apremiaban para entrar en acción. El 27 de junio, una parte de su ejército emprendió el ataque del castillo franco de Athareb. Roger tuvo tiempo de situar precipitadamente en él a algunos de sus hombres, al mando

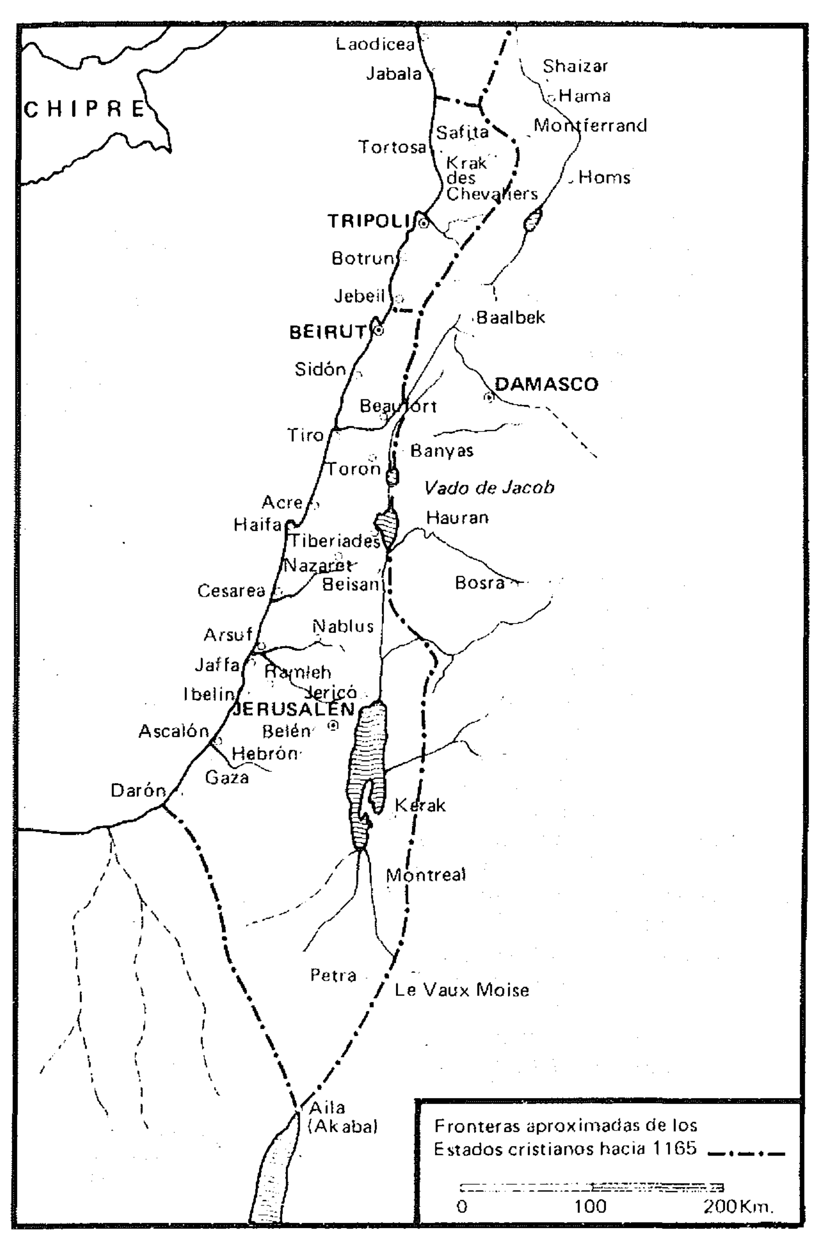
[11] Ibn al-Qalanisi, págs. 157-8; Kemal ad-Din, págs. 615-16.
[12] Gualterio el Canciller, II, I, págs. 100-1.

de Roberto de Vieux-Ponts; luego, inquieto por haber encontrado al enemigo tan cerca, al caer la noche envió todo el tesoro del ejército al castillo de Artah, en el camino de Antioquía.

Durante toda la noche, Roger esperó ansiosamente las noticias sobre los movimientos de los musulmanes, mientras el descanso de sus soldados fue interrumpido por un sonámbulo que recorrió el campamento gritando que se les avecinaba un desastre. Al amanecer del sábado 28 de junio, los escuchas dieron al príncipe la noticia de que el campamento estaba cercado. Un enervante y seco *khamsin* soplaba desde el Sur. En el mismo campamento escaseaban los víveres y el agua. Roger comprendió que tenía que romper las líneas enemigas, o perecería. Con el ejército se hallaba el arzobispo de Apamea, Pedro, que antes lo fue de Albara, el primer obispo franco de Oriente. Reunió a los soldados, les predicó y los confesó a todos. Confesó a Roger en su tienda y le dio la absolución por sus muchos pecados carnales. Roger anunció entonces valientemente que iría a cazar. Pero primero despachó a un grupo de escuchas, que cayó en una emboscada. Los escasos supervivientes volvieron precipitadamente, diciendo que no había paso alguno por entre el cerco. Roger formó a su ejército en cuatro divisiones, más una de reserva. Después, el arzobispo volvió a bendecir a las tropas, y éstas cargaron contra el enemigo en perfecto orden.

No había esperanzas de hallar salida. No quedaba escapatoria posible por entre las hordas de jinetes y arqueros turcomanos. Los infantes reclutados en la región, sirios y armenios, fueron los primeros en aterrorizarse; pero no tenían resquicio por donde escapar. Se agolparon entre la caballería, estorbando a los caballos. De repente, el viento se volvió hacia el Norte y arreció, llevando una nube de polvo contra los ojos de los francos. Al principio de la batalla, unos cien jinetes escasos rompieron las líneas y se reunieron con Roberto de Vieux-Ponts, que volvió desde Athareb demasiado tarde para poder tomar parte en el combate. Huyeron hacia Antioquía. Poco después escaparon Reinaldo Mazoir y algunos jinetes, y llegaron a la pequeña ciudad de Sarmeda, en la llanura. No sobrevivió ningún otro componente del ejército de Antioquía. El propio Roger cayó combatiendo a los pies de su gran cruz adornada de piedras preciosas. A su alrededor cayeron sus caballeros, excepto algunos, menos afortunados, que fueron hechos prisioneros. Hacia el mediodía, todo se había acabado. Los francos denominaron la batalla con el nombre de *Ager Sanguinis*, el Campo de Sangre [13].

[13] Gualterio el Canciller, II, 2-6, págs. 101-11 (la narración más completa); Guillermo de Tiro, XII, 9-10, págs. 523-6; Fulquerio de Chartres, III, iii, 2-4, págs. 621-3 (un breve relato que atribuye el desastre al descontento de



La Siria meridional en el siglo XII.

En Alepo, a quince millas de aquel lugar, los fieles esperaban las noticias con ansiedad. Hacia el mediodía se propagó el rumor de que se dibujaba una gran victoria del Islam; y a la hora del rezo de la tarde se vio llegar a los primeros soldados alborozados. Ilghazi sólo había hecho un alto en el campo de batalla para repartir el botín a sus hombres, y luego marchó hacia Sarmeda, donde Reinaldo Mazoir se le rindió. El porte altivo de Reinaldo impresionó a Ilghazi, que le perdonó la vida. Sus compañeros fueron asesinados. Los prisioneros francos fueron arrastrados con cadenas por la llanura, detrás de sus vencedores. Mientras Ilghazi parlamentaba con Reinaldo, los turcomanos los torturaron y asesinaron entre los viñedos, hasta que Ilghazi puso término a la matanza, ya que no quería privar de todo el placer al populacho de Alepo. Los que quedaban fueron conducidos a Alepo, donde Ilghazi hizo su entrada triunfal a la puesta del sol, y, en las calles de la ciudad, fueron torturados hasta la muerte [14].

Mientras Ilghazi festejaba en Alepo su victoria, llegaron a Antioquía las espantosas noticias de la batalla. Todos esperaban que los turcomanos atacarían inmediatamente la ciudad, y no había soldados para defenderla. Ante la confusión, el patriarca Bernardo tomó el mando. Su primer temor era el de la posible traición de los cristianos nativos, indispuestos con él a causa de sus acciones personales. Les mandó desarmar en seguida y les impuso un toque de queda. Luego distribuyó todas las armas que pudo reunir entre los clérigos y los mercaderes francos y les envió a guarnecer las murallas. Estaban de vigilancia día y noche, y al mismo tiempo se envió un mensajero al rey Balduino para que se diese la mayor prisa posible [15].

Pero Ilghazi no explotó su victoria. Envió mensajes a todos los monarca del mundo musulmán para anunciarles su triunfo, y el Califa le envió una túnica de honor y le otorgó el título de «estrella de la religión» [16]. Mientras tanto, marchó sobre Artah. El obispo, que tenía el mando de una de las torres, se le rindió a cambio de un salvoconducto para Antioquía; pero un cierto José, probablemente un armenio, que tenía el mando de la ciudadela, donde estaba encerrado el tesoro de Roger, convenció a Ilghazi de que él, por su parte, simpatizaba con los musulmanes, pero que su hijo estaba como rehén en Antioquía. Ilghazi se dejó influir por su relato y dejó Artah

Dios por el adulterio de Roger); Mateo de Edesa, ccxxvi, págs. 276-7; Miguel el Sirio, III, pág. 204; Ibn al-Qalanisi, págs. 159-61; Kemal ad-Din, págs. 616-18; Usama, ed. por Hitti, págs. 148-9; Ibn al-Athir, págs. 324-5. Fulquerio estima que las pérdidas de los francos ascendieron a siete mil hombres, y las de los turcos, a veinte mil.

[14] Kemal ad-Din, *loc. cit.;* Gualterio el Canciller, II, 7, págs. 111-13.

[15] Gualterio el Canciller, II, 8, págs. 114-15.

[16] Ibn al-Athir, pág. 332.

en manos de José, limitándose a enviar a uno de sus emires para residir en la ciudad como representante suyo [17]. Desde Artesia regresó a Alepo, donde se dedicó a tal número de festines que su salud empezó a resentirse. Las tropas turcomanas fueron enviadas a una algarada en las afueras de Antioquía y a saquear el puerto de San Simeón, pero informaron que la ciudad propiamente dicha estaba bien guarnecida. De este modo, los musulmanes desperdiciaron los frutos del Campo de Sangre [18].

No obstante, la situación para los francos era crítica. Balduino había llegado a Laodicea, con Pons pisándole los talones, antes de tener noticia de lo ocurrido. Se apresuró, no deteniéndose ni para atacar un campamento turcomano indefenso junto al camino, y llegó sin novedad a Antioquía en los primeros días de agosto. Ilghazi envió algunas de sus tropas para interceptar el avance del ejército de socorro, y Pons, que le seguía a una jornada de distancia, tuvo que repeler el ataque, aunque no se retrasó mucho. El rey fue recibido con alborozo por su hermana, la princesa viuda Cecilia, por el patriarca y por todo el pueblo, y se celebró una acción de gracias en la catedral de San Pedro. En primer lugar, despejó de merodeadores los suburbios, y luego se reunió con los notables de la ciudad para tratar del futuro gobierno de la misma. El príncipe legítimo, Bohemundo II, cuyos derechos de prioridad había reconocido siempre Roger, era un muchacho de diez años que vivía con su madre en Italia. No quedó ningún representante de la dinastía normanda en Oriente, y los caballeros normandos habían perecido todos en el Campo de Sangre. Se decidió que Balduino, en su calidad de soberano del Oriente franco, se hiciese cargo del gobierno de Antioquía hasta que Bohemundo fuese mayor de edad, y que éste se casaría entonces con una de las hijas del rey. En primer lugar, Balduino hizo una nueva distribución de los feudos del principado que habían quedado vacantes a causa del desastre. En cuantos casos fue posible, a las viudas de los señores desaparecidos se las volvió a casar con caballeros de pro del ejército de Balduino o con los recién llegados de Occidente. Hallamos a las dos princesas viudas, la viuda de Tancredo, ahora condesa de Trípoli, y a la viuda de Roger, instalando nuevos vasallos en sus respectivas tierras. Al mismo tiempo, Balduino hizo tal vez una reorganización de los feudos del condado de Edesa, y Joscelino, que había seguido al rey desde Palestina, fue instituido solemnemente conde de dicha ciudad. Una vez organizada la administración del territorio, y después de presidir una procesión cuyos participan-

[17] Gualterio el Canciller, II, 8, pág. 114.

[18] Usama, ed. por Hitti, págs. 148-9; Ibn al-Athir, págs. 332-3. Según Usama, cuando Ilghazi bebía vino, permanecía embriagado durante veinte días.

tes iban descalzos a la catedral, Balduino se dirigió, al frente de su ejército de unos setecientos jinetes y unos mil infantes, contra los musulmanes [19].

Toghtekin se había reunido ya con Ilghazi, y los dos jefes musulmanes emprendieron el 11 de agosto la conquista de las fortalezas francas situadas al este del Orontes, empezando por Athareb, cuya pequeña guarnición se rindió en seguida, a cambio de un salvoconducto para Antioquía. Al día siguiente llegaron los emires a Zerdana, cuyo señor, Roberto el Leproso, había huido a Antioquía. También aquí se rindieron los de la guarnición a cambio de salvar sus vidas, pero los turcomanos los asesinaron en cuanto asomaron por las puertas. Balduino confiaba en conservar Athareb; pero, apenas había cruzado el puente de Hierro, se encontró con su antigua guarnición. Se dirigió hacia el Sur y se enteró del asedio de Zerdana. Sospechando que los musulmanes proseguirían en dirección meridional para ocupar los castillos en torno a Maarat al-Numan y Apamea, siguió adelante a toda prisa y acampó el día 13 en Tel-Daníth, el escenario de la victoria de Roger en 1115. Al día siguiente, con el alba, se enteró de que había caído Zerdana y juzgó prudente replegarse algo hacia Antioquía. Mientras tanto, Ilghazi se había acercado, confiando sorprender a los francos cuando dormían junto al pueblo de Hab. Pero Balduino estaba prevenido. Incluso se había confesado: el arzobispo de Cesarea había arengado a las tropas, las bendijo con la Verdadera Cruz y el ejército estaba preparado para entrar en acción.

La batalla que siguió fue confusa. Ambas partes se proclamaron victoriosas; sin embargo, los francos se llevaron de hecho la mejor parte. Toghtekin rechazó a Pons de Trípoli en el ala derecha de los francos, pero los tripolitanos mantuvieron sus filas. A su lado, Roberto el Leproso cargó en todo el frente, desde Homs, con el vivo deseo de recobrar Zerdana, pero cayó en una emboscada y fue hecho prisionero. En cambio, el centro y la izquierda de los francos no perdieron terreno, y en el momento crucial Balduino pudo atacar al enemigo con tropas que aún estaban frescas. Bastantes turcomanos dieron media vuelta y huyeron, pero el grueso del ejército de Ilghazi abandonó ordenadamente el campo de batalla. Ilghazi y Toghtekin se retiraron hacia Alepo con largas filas de prisioneros, lo que les

[19] Gualterio el Canciller, II, 9-10, págs. 115-18; Fulquerio de Chartres, III, vii, 1-3, págs. 635-5; Orderico Vital (XI, 25, vol. IV, págs. 245) dice que Cecilia, condesa de Trípoli, daba feudos a los caballeros. La viuda de Roger dio feudos a caballeros en 1126 (Röhricht, *Regesta, Additamenta,* pág. 9). Fue probablemente en esta época cuando Marash pasó de la soberanía de Antioquía a la de Edesa.

permitió proclamar ante el mundo musulmán que la victoria era suya. De nuevo, los ciudadanos de Alepo fueron obsequiados con el espectáculo de una matanza general de cristianos, hasta que Ilghazi, después de suspender la carnicería para escoger un caballo nuevo, empezó a inquietarse por la pérdida de tanto rehén para los presuntos rescates. Se planteó el precio del rescate de Roberto, que fue valorado en diez mil monedas de oro. Ilghazi esperaba obtener tal cantidad entregando el prisionero a Toghtekin. Pero Toghtekin no había saciado aún su sed de sangre. A pesar de que Roberto era un antiguo amigo suyo desde las jornadas de 1115, él mismo le cortó la cabeza ante la consternación de Ilghazi, que necesitaba dinero para la soldada de sus tropas [20].

En Antioquía, los soldados fugitivos del ejército de Pons habían traído noticias de derrota, pero pronto llegó un mensajero a la princesa Cecilia, que le traía el anillo del rey en prueba de su triunfo. Balduino no intentó perseguir a los musulmanes, sino que se desplazó al Sur, hacia Maarat al-Numan y hacia Rusa, que habían ocupado los munquiditas de Shaizar. Los expulsó de allí, pero luego concertó un tratado con ellos, librándoles de la obligación de pagar anualmente los tributos que Roger había exigido. Los restantes fuertes conquistados por los musulmanes, excepto los de Birejik, Athareb y Zerdana, también fueron recuperados. Después, Balduino volvió triunfalmente a Antioquía y envió la Santa Cruz hacia el Sur, para que llegase a Jerusalén a tiempo de la festividad de la Exaltación, el 14 de septiembre. Pasó el otoño en Antioquía, completando las disposiciones que empezó a tomar antes de la reciente batalla. En diciembre emprendió viaje a Jerusalén, delegando en el patriarca Bernardo para que, en su nombre, administrase Antioquía, y dejando establecido a Joscelino de Edesa [21]. Desde Edesa le acompañaron su mujer y sus hijas, y, en la ceremonia de Navidad en Belén, Morfia fue coronada reina [22].

Ilghazi no volvió a aventurarse a atacar a los francos. Su ejército se hallaba en disolución. Las tropas turcomanas habían acudido, sobre todo, por afán de saqueo. Después de la batalla de Tel-Danith se quedaron desocupadas y aburridas, y se les debían las pagas. Empezaron a regresar a sus tierras, igual que los jefes árabes del Jezireh. Ilghazi no pudo impedirlo, ya que volvió a enfermar, y durante

[20] Gualterio el Canciller, II, 10-15, págs. 118-28; Guillermo de Tiro, XII, 11-12, págs. 527-30; Kemal ad-Din, págs. 620-2; Usama, ed. Hitti, págs. 149-50.

[21] Gualterio el Canciller, II, 16, págs. 129-31; Guillermo de Tiro, XII, 12, pág. 530.

[22] Fulquerio de Chartres, III, vii, 4, pág. 635; Guillermo de Tiro, XII, 12, pág. 531.

quince días estuvo luchando entre la vida y la muerte. Cuando se repuso era ya demasiado tarde para reagrupar su ejército. Marchó desde Alepo a su capital oriental, Mardim, y Toghtekin regresó a Damasco[23].

Así, pues, la gran campaña ortóquida terminó de mala manera. No reportó ninguna ventaja material a los musulmanes, excepto algunos fuertes fronterizos y el alivio de la presión franca sobre Alepo. Pero había sido un gran triunfo moral para el Islam. La derrota de Tel-Danith no contrarrestó la tremenda victoria del Campo de Sangre. De haber sido más hábil y más activo Ilghazi, Antioquía habría podido ser suya. Sucedió que la matanza de la caballería normanda, con su jefe a la cabeza, animó a los emires del Jezireh y de la Mesopotamia septentrional a reanudar el ataque, ahora que se veían libres de la tutela de su señor nominal, el seléucida de Persia. Además, pronto surgiría un hombre más grande que Ilghazi. Para los francos, la peor consecuencia de la campaña fue la espantosa pérdida de potencial humano. Los caballeros y, lo que era más grave, los hombres de a pie caídos en el Campo de Sangre, no podían ser fácilmente sustituidos. Pero se aprendió perfectamente la lección: los francos tenían que colaborar y actuar como una sola unidad. La rápida intervención del rey Balduino había salvado a Antioquía, y las exigencias del momento fueron reconocidas por el hecho de que todos los francos estaban dispuestos a aceptarle como soberano efectivo. El desastre vinculó entre sí a los establecimientos francos en Siria.

Al volver a Jerusalén, Balduino se ocupó de la administración de su propio reino. Otorgó la sucesión del principado de Galilea a Guillermo de Bures, quedando adscrito a su familia. En enero de 1120, el rey convocó a los eclesiásticos y a los principales vasallos del reino a una asamblea en Nablus, para tratar de la salud moral de sus súbditos, probablemente para intentar poner coto a la tendencia de los colonos latinos de Oriente a adoptar los hábitos muelles e indolentes que allí habían encontrado. Al mismo tiempo se ocupó de su bienestar material. Bajo el reinado de Balduino I se habían dado facilidades a un creciente número de latinos para que se estableciesen en Jerusalén, y estaba surgiendo una clase media latina al lado de los guerreros y los clérigos del reino. A estos burgueses latinos se les concedió ahora completa libertad de comercio dentro y fuera de la ciudad, aunque, para asegurar el abastecimiento regular de víveres, se permitió que los cristianos indígenas e incluso los mercaderes ára-

[23] Gualterio el Canciller, *loc. cit.;* Ibn al-Qalanisi, pág. 161; Kemal ad-Din, págs. 624-5.

bes entrasen en la ciudad con hortalizas y trigo, libres de impuestos [24].

El acontecimiento interno más importante de estos años fue la fundación de las órdenes militares. En 1070, algunos ciudadanos piadosos de Amalfi fundaron en Jerusalén un albergue para uso de peregrinos pobres. El gobernador egipcio que entonces regía la ciudad permitió que el cónsul amalfita escogiese un lugar adecuado; el establecimiento fue dedicado a San Juan el Limosnero, el caritativo patriarca de Alejandría del siglo VII. El albergue estaba a cargo principalmente de amalfitas, que hacían los votos monásticos habituales y se hallaban bajo la dirección de un maestre, el cual dependía a su vez de las autoridades benedictinas establecidas en Palestina. En tiempos de la toma de Jerusalén por los cruzados, el maestre era un cierto Gerardo, probablemente un amalfita. Había sido desterrado de Jerusalén, así como sus hermanos de Orden, por el gobernador musulmán, antes de que empezase el asedio, y sus conocimientos de las peculiaridades locales fueron de gran valor para los cruzados. Convenció a los nuevos gobernantes francos para que otorgasen subvenciones al Hospital. Muchos de los peregrinos se unieron a la comunidad, que pronto fue relevada de la obediencia a los benedictinos, pasando a ser independiente, con el nombre de Orden de los hospitalarios, y observando obediencia directa al Papa. La Orden recibió muchas tierras, y muchos de los grandes eclesiásticos del reino le ofrecieron un diezmo de sus rentas. Gerardo murió hacia 1118. Su sucesor, Raimundo del Puy, tenía ideas más amplias. Decidió que no era suficiente para la Orden guiar a los peregrinos y subvenir a sus necesidades, sino que debía prepararse a combatir para mantener abiertos los caminos de peregrinación. En la Orden aún había hermanos cuyos deberes eran puramente pacíficos, pero su principal función se convirtió ahora en sostener un establecimiento de caballeros ligados por los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, y dedicados a combatir contra los infieles. Por aquel tiempo, y como para marcar mejor la ampliación de funciones de la Orden, San Juan el Limosnero fue paulatinamente sustituido en su patronazgo por San Juan Evangelista. La divisa de los caballeros del Hospital era la cruz blanca que llevaban en las sobrevestas que cubrían sus armaduras.

Esta transformación fue posible gracias a la simultánea fundación de la Orden del Temple. De hecho, la idea de una Orden en la que los caballeros fueran a la vez religiosos y militares brotó probable-

[24] Röhricht, *Regesta,* pág. 20; Mansi, *Concilia,* vol. XXI, págs. 262-6; Guillermo de Tiro, XII, xiii, pág. 531.

mente del cerebro de un caballero de Champagne, Hugo de Payens, quien en 1118 convenció al rey Balduino para que le permitiese instalarse, con unos cuantos compañeros, en un ala del real palacio, la antigua mezquita de al-Aqsa, en el área del templo. Igual que los hospitalarios, los templarios siguieron en un principio la regla benedictina, pero casi al mismo tiempo que aquéllos se constituyeron en Orden independiente, con tres clases: los caballeros, todos de cuna noble; los escuderos, procedentes de la burguesía, con funciones de caballerizos y mayordomos de la comunidad, y los clérigos, que eran capellanes y tenían a su cargo las tareas no militares. Su divisa era una cruz roja, que los caballeros llevaban en una sobrevesta blanca, y los escuderos en una negra. La primera finalidad declarada de la Orden fue la de custodiar el camino desde la costa a Jerusalén contra las incursiones de los bandidos, pero muy pronto tomaron parte en las campañas que emprendía el reino. El propio Hugo pasó mucho tiempo en Europa occidental, reclutando gente para su Orden.

El rey Balduino dio su pleno apoyo a las órdenes militares. Eran independientes de su autoridad, pues sólo debían fidelidad al Papa. Incluso las inmensas tierras con que él y sus vasallos empezaron a dotarlas no suponían obligación de combatir en el ejército real, pero pasó una generación antes de que las órdenes fuesen lo suficientemente ricas como para desafiar a la autoridad del rey. Mientras tanto, ofrecían al reino lo que más necesitaba, es decir, un ejército regular de soldados entrenados, cuya presencia permanente estaba asegurada. En los feudos seculares, la muerte repentina del señor, y la transmisión de su herencia a una mujer o a un menor de edad, podían interrumpir la organización de sus tropas y crear al soberano angustiosos y molestos problemas. Tampoco podía el rey contar con sustituir a los señores que perdía por otros recién llegados de Occidente siempre que le era necesario. Pero las órdenes militares, con su organización eficaz, y con la fama y el prestigio que irradiaban por toda la Cristiandad occidental, podían asegurar una aportación normal de fervientes guerreros que no se dejarían llevar por ideas personales de ambición o de lucro [25].

En 1120, Balduino volvió a Antioquía. Bulaq, gobernador de Athareb en representación de Ilghazi, había empezado a hacer in-

[25] Para las órdenes militares, véase: Guillermo de Tiro, XII, 7, págs. 520-1 (los templarios); XVIII, 4, págs. 822-3 (los hospitalarios). Para historias modernas buenas, véanse; Delaville Le Roulx, *Les Hospitaliers en Terre Sainte;* Curzon, *La Règle du Temple;* Melville, *La Vie des Templiers.* Una versión completa sobre los templarios (llamados los «hermanos francos») se halla en Miguel el Sirio, III, págs. 201-3. Véase también La Monte, *Feudal Monarchy,* páginas 217-25.

cursiones en el territorio de Antioquía, mientras el propio Ilghazi se dirigió a Edesa. Ambas expediciones fueron un fracaso; pero Ilghazi atacó los alrededores de Antioquía. El patriarca Bernardo avisó, inquieto, al rey, en Jerusalén; y en junio, Balduino se puso en marcha hacia el Norte, llevando consigo de nuevo la Verdadera Cruz, ante el disgusto de la Iglesia de Jerusalén, que no veía con buenos ojos el que se expusiese su preciosa reliquia a los avatares de la guerra. El patriarca Gormundo acompañó en persona al ejército para encargarse de la reliquia. Cuando Balduino llegó al Norte encontró que Ilghazi, debilitado por las deserciones de sus tropas turcomanas, ya se había retirado, y tan alarmados estaban los musulmanes, que Toghtekin fue llamado a Alepo. Durante la campaña que siguió, la suerte fue alterna, hasta que, al final, los musulmanes se cansaron. Toghtekin se retiró a Damasco, e Ilghazi concluyó una tregua con Balduino. Se trazó una frontera definida entre sus respectivas zonas de influencia, que en un sitio cortaba por medio a un molino y en otro a un castillo, que por mutuo acuerdo fueron destruidos. Zerdana, que seguía siendo un enclave musulmán, fue desmantelada [26]. A principios de la primavera siguiente, Balduino se volvió a su ciudad, habiendo obtenido una victoria moral incruenta. Se le necesitaba en el Sur, pues Toghtekin, creyéndole muy ocupado en el Norte, había emprendido una amplia incursión en Galilea. En junio de 1121, Balduino, como represalia, cruzó el Jordán y asoló la comarca de Jaulan, ocupando y destruyendo un fuerte que Toghtekin había construido en Jerash [27]. Mientras tanto, Joscelino hizo una correría provechosa en tierras de Ilghazi, en el Jezireh [28].

Durante el verano de 1121 se notó la influencia de un nuevo factor en la política oriental. Bastante al Norte, en los contrafuertes del Cáucaso, los reyes bagrátidas de Georgia habían consolidado su hegemonía sobre los pueblos cristianos que quedaban aún libres de la dominación musulmana, y el rey David II había extendido su dominio al sur del valle del Araxes, en donde entró en conflicto con el príncipe seléucida Toghrul, gobernador de Arran. Después de la derrota de las fuerzas de David, Toghrul invitó a Ilghazi a unirse a él en una guerra santa contra el imprudente cristiano. La campaña que siguió fue desastrosa para los musulmanes. En agosto de 1121,

[26] Fulquerio de Chartres, III, ix, 1-7, págs. 638-42; Guillermo el Canciller, II, 16, pág. 131; Mateo de Edesa, ccxxx, págs. 302-3; Miguel el Sirio, III, páginas 205-6; Kemal ad-Din, pág. 627; Ibn al-Qalanisi, pág. 162; Grousset, *op. cit.*, I, pág. 574, siguiendo a Miguel el Sirio, confunde a Bulaq con Balak, sobrino de Ilghazi que se hallaba entonces guerreando más al Norte (Ibn al-Qalanisi, *loc. cit.*).

[27] Fulquerio de Chartres, III, x, 1-6, págs. 643-5.

[28] Ibn al-Qalanisi, *op. cit.*, pág. 163; Kemal ad-Din, págs. 623-6.

el ejército conjunto de Toghrul e Ilghazi fue casi aniquilado por los georgianos, e Ilghazi escapó a duras penas con vida, cuando huía hacia Mardin. El rey David pudo establecerse en la antigua capital de Georgia, Tiflis, y en 1124 ya se había apoderado del norte de Armenia y de la metrópoli de Ani, solar de su dinastía. Con esto, todo el mundo turco estaba desesperado, consciente del peligro que suponía Georgia, con su soberbia posición estratégica, y no disminuyó el peligro con la muerte de David II en 1125 [29]. Sus sucesores heredaron su vigor. Su proeza, al mantener a los musulmanes perpetuamente inquietos por su flanco derecho, fue de gran valor para los francos, aunque no parece haber habido contacto directo entre las dos potencias cristianas. Los georgianos, ligados por lazos de religión y de tradiciones a Bizancio, no eran del gusto de los francos, y la fría acogida dispensada a sus establecimientos religiosos en Jerusalén no era como para complacer a una gente orgullosa [30].

Con todo, al tener el destino de Ilghazi en sus manos, dieron a Balduino una oportunidad que él no desaprovechó. El hijo de Ilghazi, Suleimán, nombrado poco antes gobernador de Alepo por su padre, se aprovechó temerariamente de la derrota de éste para declarar su independencia, y, juzgándose incapaz de hacer frente al ataque que Balduino lanzó en seguida contra él, hizo las paces con los francos, cediéndoles Zerdana y Athareb, los frutos de la victoria de su padre. Ilghazi se apresuró a castigar a su hijo desleal, pero juzgó prudente confirmar el tratado con Balduino; éste se volvió a Jerusalén, complacido con las hazañas del año [31].

A principios de 1122, Pons, conde de Trípoli, se negó inesperadamente a pagar el tributo al rey. La razón de su insubordinación no se conoce. Es difícil comprender qué apoyo esperaba encontrar para poder mantenerse. Balduino se enfureció y reunió inmediatamente a sus vasallos para ir a castigar al rebelde. El ejército real se puso en camino desde Acre y, al acercarse, Pons se sometió y fue

[29] *Crónica Georgiana* (en georgiano), págs. 209-10, 215; Mateo de Edesa, ccxxxxi-ii, ccxxxxix, ccxliii, págs. 303-5, 310-11, 313-14; Ibn al-Qalanisi, página 164; Ibn al-Athir, págs. 330-2; Kemal ad-Din, págs. 628-9; Gualterio el Canciller, II, 16, pág. 130 (que atribuye el mérito de la victoria georgiana a los mercenarios francos); Miguel el Sirio, III, pág. 206.

[30] Para los establecimientos georgianos en Jerusalén, véase la *Crónica Georgiana,* págs. 222-3, y Brosset, *Additions et Eclaircissements,* págs. 197-205. Hallamos una referencia breve en Rey, *Les Colonies Franques,* págs. 93-4. Es posible que los georgianos, amenazando continuamente a los ortóquidas y a los seléucidas de Persarmenia, contribuyeran indirectamente al acrecentamiento del poder de Zengi.

[31] Kemal ad-Din, pág. 629; Ibn al-Athir, págs. 349-50.

perdonado [32]. Su sumisión fue oportuna, porque Ilghazi, apremiado por su sobrino Balak, que había sido príncipe de Saruj y ahora era señor de Khanzit, se hallaba otra vez en pie de guerra. Balduino, cuando le llegó la noticia, se negó a creerla. Había hecho un tratado con Ilghazi y suponía que un caballero —el cronista árabe emplea el vocablo 'jeque'— cumpliría su palabra. Pero Ilghazi no era un caballero; además, había prometido ayudarle Toghtekin. Puso sitio a Zerdana, que los francos habían reconstruido, y ya había tomado parte de las fortificaciones cuando llegó Balduino. Siguió entonces otra campaña sin batalla, pues Balduino no se dejó engañar por la habitual estratagema turca de la huida fingida. Otra vez los musulmanes fueron los primeros en cansarse de las alternativas de avance y retroceso y se volvieron a sus casas. Balduino, satisfecho, mandó que la Cruz volviese a Jerusalén, y él regresó a Antioquía [33].

Antes de que la Cruz hubiese llegado a su destino hubo malas noticias de Edesa. El 13 de septiembre de 1122, el conde Joscelino y Waleran de Birejik marchaban con un pequeño grupo de jinetes por los alrededores de Saruj cuando, de repente, se les cruzó el ejército de Balak. Cargaron contra el enemigo, pero una tormenta de lluvia transformó la llanura en un barrizal. Los caballos resbalaban y tropezaban, y el ejército ligero de los turcomanos no tuvo dificultad en cercar a los francos. Joscelino, Waleran y sesenta compañeros suyos fueron hechos prisioneros. Balak les ofreció la libertad inmediata a cambio de entregarle Edesa. Al negarse Joscelino a escuchar tales condiciones, Balak condujo a los prisioneros a su castillo de Kharpurt [34].

La captura de Joscelino no afectó mucho al potencial humano de los estados de los cruzados. Sabemos que, durante el mes siguiente, los caballeros de Edesa hicieron fructíferas incursiones en territorio musulmán. Pero ello fue un golpe para el prestigio de los francos, y Balduino se vio obligado a añadir a sus tareas una vez más la administración de Edesa. Afortunadamente, Ilghazi murió en noviembre, en Mayyafaraquin, y sus hijos y sobrinos se repartieron la herencia ortóquida. Su hijo mayor, Suleiman, se quedó con Mayyafaraquin, y el menor, Timurtash, con Mardin. Alepo pasó a manos

[32] Fulquerio de Chartres, III, xi, págs. 647-8; Guillermo de Tiro, XII, 17, págs. 536-7.

[33] Fulquerio de Chartres, III, xi, 3-7, págs. 648-51; Kemal ad-Din, páginas 632-3; Ibn al-Qalanisi, pág. 166.

[34] Fulquerio de Chartres, III, xii, I, págs. 651-2; Mateo de Edesa, ccxxxiv, págs. 306-7; Kemal ad-Din, pág. 634; *Chron. Anon. Syr.*, pág. 90, dice que Joscelino acompañaba a su nueva esposa, la hermana de Roger, a su casa. Pero no hay mención de su captura, y, como Roger dotó a su hermana, el matrimonio tuvo que celebrarse antes de la muerte de Roger.

de un sobrino, Badr ad-Daulah Suleiman, y Balak acrecentó sus posesiones al Norte y tomó Harran en el Sur [35].

Los musulmanes habían vuelto a ocupar recientemente Athareb, y en abril del año siguiente Balduino, sacando ventaja de la confusión reinante, obligó al nuevo y débil dueño de Alepo a devolvérsela definitivamente. Después de recobrar Birejik, el rey procedió a tomar medidas para el gobierno de Edesa. Puso a Godofredo el Monje, señor de Marash, al frente de la administración, y salió con un pequeño grupo hacia el Nordeste, para hacer un reconocimiento de la zona de la cautividad de Joscelino. Acampó el 18 de abril no lejos de Gargar, junto al Eufrates. Cuando se preparaba a disfrutar del deporte matinal con su halcón, Balak, de cuya proximidad no tenía noticia Balduino, cayó sobre el campamento. Pereció asesinada gran parte del ejército, y el propio rey fue hecho prisionero. Se le trató con todo respeto, y fue enviado bajo escolta a reunirse con Joscelino en la fortaleza de Kharpurt [36].

Una vez más, Balduino y Joscelino se encontraban juntos en cautividad. Pero ahora era más serio que en 1104, porque Balduino era el rey, la piedra angular de todo el edificio franco. Testimonio de su capacidad administrativa fue el que la estructura quedase en pie. Godofredo el Monje continuó gobernando en Edesa. En Antioquía, cuando llegaron las noticias, el patriarca Bernardo volvió a asumir la responsabilidad. En Jerusalén se rumoreó en un principio que el rey había sido muerto. El patriarca Gormundo convocó el Consejo del reino en Acre. Cuando se hallaba reunido se supo con certeza su cautiverio. El Consejo eligió a Eustaquio Garnier, señor de Cesarea y Sidón, para que actuase de condestable y mayordomo del reino hasta que el rey fuese libertado. En ninguno de los tres territorios se alteró la vida administrativa [37].

El emir Balak había adquirido un elevado prestigio; pero no lo utilizó para dar un golpe definitivo contra los francos, sino para instalarse en Alepo. Fue una tarea más difícil de lo que se esperaba, pues era impopular allí. En junio ya era dueño de la ciudad; después atacó las posesiones francas más al Sur, tomando Albara en agosto,

[35] Ibn al-Qalanisi, pág. 166; Ibn Hamdun, pág. 516; Kemal ad-Din, páginas 632-634; Mateo de Edesa, *loc. cit.* (versión ignorante de la sucesión ortóquida).

[36] Fulquerio de Chartres, III, xvi, I, págs. 658-9; Guillermo de Tiro, XII, 11, pág. 537; Orderico Vital, XI, 26, vol. IV, pág. 247; Mateo de Edesa, CCXXV, págs. 307-8; Ibn al-Qalanisi, pág. 167; Ibn al-Athir, pág. 532.

[37] Fulquerio de Chartres, III, xvi, 1-3, págs. 659-61; Guillermo de Tiro, XII, 17, pág. 538.

cuando fue requerido de nuevo en el Norte por las noticias extraordinarias que llegaron de Kharpurt[38].

Joscelino siempre había sido bienquisto de los armenios. Poco después de su llegada a Oriente, e igual que Balduino I y Balduino II, se había casado con una mujer armenia, la hermana del roupeniano Thoros, y ella, a diferencia de las dos reinas de Jerusalén, no era ortodoxa de nacimiento, sino de la Iglesia armenia separada, por lo que gozaba de mayores simpatías entre muchos de sus compatriotas. Ya había muerto y Joscelino se había vuelto a casar, pero su intimidad con los armenios continuó y él nunca había tenido para con ellos la severidad que mostró su predecesor Balduino II. El castillo de Kharpurt estaba en país armenio, y un campesino local accedió a llevar un mensaje a los amigos armenios de Joscelino. Cincuenta de ellos vinieron con diversos disfraces a Kharpurt y consiguieron entrar fingiéndose monjes o mercaderes de la región que deseaban exponer un agravio ante el gobernador. Una vez dentro de la fortaleza sacaron armas ocultas bajo sus vestiduras y se apoderaron de la guarnición. Inesperadamente, Balduino y Joscelino se vieron dueños de su prisión. Tras breve conferencia, decidieron que Joscelino saldría de la fortaleza antes de que llegase el ejército ortóquida, y que iría a buscar ayuda, mientras que Balduino trataría de resistir en la fortaleza. Joscelino se escabulló de la fortaleza con tres compañeros armenios. Cuando hubo logrado pasar a través de las fuerzas turcas que acudían mandó a uno de sus hombres para tranquilizar al rey. Caminó a través del peligroso territorio enemigo, escondiéndose de día y marchando al azar de noche. Finalmente, los fugitivos alcanzaron el Eufrates. Joscelino no sabía nadar, pero llevaba consigo dos odres que habían contenido agua. Los infló soplando y los utilizó como flotadores, y sus dos compañeros, que eran buenos nadadores, pudieron empujarle para cruzar en la oscuridad. Al día siguiente los encontró un labriego, que reconoció al conde y le recibió con alegría, pues Joscelino le había dado limosnas en otros tiempos. Con la ayuda del campesino y su familia, Joscelino caminó cautelosamente hasta Turbessel, donde se dio a conocer a su mujer y a la corte. No se quiso detener allí, sino ir a toda prisa a Antioquía para levantar tropas, con el fin de rescatar al rey. Pero el ejército de Antioquía era exiguo y el patriarca Bernardo estaba inquieto. Por sugerencia suya, Joscelino marchó apresuradamente a Jerusalén. Su primera acción fue la de ofrecer sus cadenas ante el altar del Calvario. Luego convocó el Consejo del reino

[38] Kemal ad-Din, págs. 636-7; Ibn al-Qalanisi, págs. 167-8. Para diversas versiones de la conquista de Alepo por Balak, véase Cahen, *op. cit.*, pág. 296, n. 35.

y expuso su relato. Con la ayuda ferviente del patriarca Gormundo y del condestable Eustaquio se reunieron tropas, y, con la Verdadera Cruz al frente, se pusieron en camino a marchas forzadas hacia Turbessel. Pero cuando llegaron allí se enteraron de que ya era demasiado tarde.

Cuando le llegaron a Balak las noticias de la revuelta de Kharpurt, inmediatamente se puso en camino con su ejército a una velocidad que asombró a sus contemporáneos. A su llegada, ofreció a Balduino un salvoconducto hasta Jerusalén a cambio de que rindiese el castillo. Balduino se negó a ello, ya sea porque desconfiaba del emir o porque no quería abandonar a sus compañeros. Pero el castillo era menos inexpugnable de lo que habían creído. Los zapadores de Balak tardaron poco en minar uno de los muros, y el ejército ortóquida irrumpió por la brecha. Esta vez Balak se mostró despiadado. Su harén estaba en el castillo y su santidad había sido violada. Todos los defensores del castillo, francos o armenios, y todas las mujeres que les habían ayudado —probablemente había esclavas armenias en el harén— fueron arrojados por encima de las murallas y asesinados. Sólo fueron perdonados el rey, un sobrino suyo y Waleran. Para mayor seguridad, se los trasladó al castillo de Harran[39].

Joscelino no podía correr el riesgo de una campaña contra Harran. Después de emplear a su ejército en una incursión de éxito en los alrededores de Alepo, lo licenció y se volvió a Turbessel. Pero Balak volvió a ser incapaz de explotar la situación. Su lugarteniente en Alepo no supo dar la respuesta a los francos más que convirtiendo las iglesias de Alepo en mezquitas, con lo que se ofendieron los cristianos locales, sin que se molestasen los latinos. Balak fue a Alepo para organizar una nueva campaña. Pero, a principios de 1124, el gobernador de Menbij se rebeló contra su autoridad. Fue arrestado por el ortóquida Timurtash, a quien Balak pidió que aplastase la rebelión; pero el hermano del rebelde, Isa, resistió en la ciudadela y pidió ayuda a Joscelino. Balak se enfrentó con el ejército de Jos-

[39] Fulquerio de Chartres, III, xxiii-xxvi, 6, págs. 676-93; Orderico Vital, XI, 26, vol. IV, págs. 248-50. Dice que la reina Morfia, de nacimiento armenia, ayudó a reclutar compatriotas para el rescate del rey. Añade que se enviaron cautivos a Persia, pero que después fueron puestos en libertad. Guillermo de Tiro, XII, 18-20, págs. 538-41; Mateo de Edesa, ccxxxvi, págs. 308-10; Ibn al-Qalanisi, pág. 169 (desgraciadamente, con una laguna en el texto); Kemal ad-Din, pág. 637; Miguel el Sirio, III, pág. 211. El sobrino de Balduino era probablemente un hermano de Manases de Hierges, hijo de su hermana Hodierna (véase *infra*, pág. 216). Miguel nos refiere, llamándolo Bar Noul (¿Arnulfo?), que era hijo de una hermana. La otra hermana de Balduino, Mahalda, señora de Vitry, parece haber tenido un solo hijo, que se casó con una prima y heredó la sucesión de Rethel. Guillermo de Tiro, XII, págs. 511-12.

celino y le derrotó, matando a Godofredo el Monje. Llegó a Menbij con el deseo de restaurar allí el orden, porque ya había recibido una llamada urgente del Sur, desde Tiro. Pero una flecha perdida lanzada desde la ciudadela acabó con su vida el 6 de mayo. Murió murmurando que su muerte era un golpe fatal para el Islam. Tenía razón, pues de todos los jefes turcos que se habían opuesto a los cruzados él fue quien puso de relieve una mayor energía y prudencia. El poder de los ortóquidas no le sobrevivió largo tiempo [40].

En el propio reino de Jerusalén, la ausencia de Balduino por la cautividad no tuvo ningún efecto desastroso. Sirvió de tentación a los egipcios para invadir de nuevo el país. En mayo de 1123, un numeroso ejército egipcio se puso en marcha de Ascalón hacia Jaffa. Eustaquio Garnier le opuso inmediatamente el ejército de Jerusalén. Llevaban la Verdadera Cruz, y al mismo tiempo los cristianos civiles de Jerusalén iban descalzos en procesión a las iglesias. Estas piadosas precauciones no fueron muy necesarias, pues cuando los francos se enfrentaron con los egipcios en Ibelin, el 29 de mayo, el enemigo, a pesar de su superioridad numérica, volvió grupas y huyó, dejando que su campamento fuese saqueado por los cristianos [41]. Fue la última proeza de Eustaquio; el 15 de mayo falleció. Según la costumbre del reino, su viuda, la rica sobrina del patriarca Arnulfo Emma, pronto eligió nuevo marido, Hugo de Le Puiset, conde de Jaffa, con el fin de que sus tierras no dejasen de tener un ocupante real. El cargo de condestable del reino fue confiado por el Consejo a Guillermo de Bures, príncipe de Galilea [42].

En 1119, después de la batalla del Campo de Sangre, el rey Balduino escribió a la República de Venecia, solicitando su ayuda. Los egipcios quizá no fuesen formidables en tierra, pero aún conservaban el dominio de las aguas de Palestina. A cambio ofrecía a Venecia ventajas comerciales. El Papa apoyó su demanda, y el dogo, Domenico Michiel, decidió contestarle. Pasaron cerca de tres años antes de que se pusiese en marcha la expedición veneciana. El 8 de agosto de 1122, una flota de más de cien buques de guerra levó anclas de Venecia, llevando a bordo numerosos hombres, caballos y

[40] Fulquerio de Chartres, III, xxxi, 1-10, págs. 721-7; Orderico Vital, XI, 26, vol. IV, pág. 260; Guillermo de Tiro, XIII, 11, págs. 570-1; Mateo de Edesa, ccxl, págs. 311-12; Kemal ad-Din, págs. 641-2; Usama, ed. Hitti, páginas 63, 76, 130; Ibn al-Qalanisi, págs. 168-9 (no menciona, sin embargo, la muerte de Balak).

[41] Fulquerio de Chartres, III, xvi, 3-xix, I, págs. 661-8; Guillermo de Tiro, XII, 1, págs. 543-5.

[42] Fulquerio de Chartres, III, xxii, págs. 674-5; Guillermo de Tiro, *loc. cit.* Para Hugo de Le Puiset, véase *infra*, pág. 176. Se había casado con Emma antes de abril de 1124 (Röhricht, *Regesta*, pág. 25).

material de asedio. Pero no pusieron rumbo directamente a Palestina. Venecia había tenido poco antes escaramuzas con Bizancio con motivo de una tentativa del emperador Juan Comneno de reducir sus privilegios comerciales. Por esto, los venecianos se entretuvieron primero en atacar la isla bizantina de Corfú. Durante unos seis meses, en el invierno de 1122-23, el dogo puso sitio, sin resultado, a la ciudad de Corfú. A fines de abril, un barco venido a toda prisa de Palestina comunicó a los venecianos el desastre del rey. De mala gana el dogo levantó el asedio y se dirigió con su flota hacia el Este, deteniéndose sólo para atacar cuantos barcos bizantinos encontraba. Llegó a Acre a fines de mayo y se enteró de que la flota egipcia navegaba frente a Ascalón. Puso rumbo al Sur para salir al encuentro de ella y, para provocar la batalla, mandó delante a sus barcos ligeros. Los egipcios cayeron en la trampa. Creyendo conseguir una victoria fácil, se hicieron a la mar, para encontrarse cogidos, en inferioridad numérica, entre dos escuadras venecianas. Apenas escapó algún barco egipcio del desastre. Unos fueron hundidos y otros capturados, y los venecianos redondearon su triunfo cuando, de regreso a Acre, encontraron y capturaron una flota mercante de diez bajeles ricamente cargados [43].

La presencia de los venecianos era demasiado valiosa para ser desaprovechada. Hubo un debate sobre si su flota había de emplearse en capturar Ascalón o Tiro, las dos plazas fuertes musulmanas que quedaban en la costa. Los nobles de Judea favorecían el ataque a Ascalón, y los de Galilea, el de Tiro. Los venecianos se decidieron finalmente por Tiro. Su puerto era el mejor de la costa, y además era el puerto de las ricas tierras de Damasco; era un centro comercial mucho más importante que Ascalón, con su rada abierta y su *hinterland* pobre. Pero insistieron en el precio. Las negociaciones sobre las condiciones se alargaron durante todo el otoño. En la Navidad de 1123, los comandantes venecianos fueron tratados espléndidamente en Jerusalén y asistieron a los servicios religiosos en Belén. A principios del nuevo año se firmó un tratado en Acre entre los representantes de la República, por una parte, y el patriarca Gormundo, el condestable Guillermo y el canciller Pagano, por otra, en nombre del rey cautivo. Los venecianos recibirían una calle, con una iglesia, baños y una tahona, libres de todos los impuestos, en cada una de las ciudades del reino. Tendrían la libertad de usar sus propios pesos y medidas en todas sus transacciones, no sólo entre sí. Estarían exentos de todos los peajes, portazgos y derechos de aduanas

[43] Fulquerio de Chartres, III, xx, 1-8, págs. 669-72; Guillermo de Tiro, XII, 23, págs. 546-7; *Historia Ducum Veneticorum, M. G. H. Ss.*, vol. XIV, pág. 73.

en todo el reino. Se les darían algunas casas más en Acre, y un tercio de las ciudades de Tiro y Ascalón, si ayudaban a su captura. Además, se les habría de pagar una suma anual de trescientos besantes sarracenos a cargo de las rentas reales de Acre. En cambio, convenían en seguir pagando el impuesto de un tercio de los pasajes de los peregrinos para el real tesoro. Los venecianos pedían además que el reino no redujese los impuestos percibidos de individuos de otras nacionalidades sin el consentimiento veneciano. El patriarca Gormundo juró sobre el Evangelio que el rey Balduino confirmaría el tratado cuando fuese libertado. Lo cual fue hecho, en efecto, dos años más tarde, aunque Balduino se negó a aceptar la última cláusula, que habría subordinado enteramente el comercio del reino a los intereses venecianos [44]. Cuando el tratado se firmó, el ejército franco se puso en marcha por la costa hacia Tiro, y la flota veneciana zarpó paralela a él. El asedio de Tiro empezó el 15 de febrero de 1124 [45].

Tiro pertenecía aún al Califato fatimita. En 1112, sus ciudadanos, disgustados por el poco apoyo que recibieron de Egipto durante el asedio de la ciudad 1111, habían permitido a Toghtekin que nombrase a un gobernador. Mandó a uno de sus jefes más preclaros, el emir Mas'ud, para hacerse cargo de la ciudad. Al mismo tiempo se reconoció la soberanía de Egipto, y se decían oraciones en las mezquitas por el Califa fatimita, de quien solicitaban periódicamente ayuda naval para la ciudad [46]. La diarquía funcionó convenientemente durante diez años, sobre todo porque el visir al-Afdal estaba deseoso de mantener buenas relaciones con Toghtekin, cuya amistad le era necesaria contra los francos. Pero en diciembre de 1121, al-Afdal fue muerto por un Asesino en las calles de El Cairo. El califa al-Amir, que finalmente pasaba a ser su propio dueño, deseaba recobrar el control de Tiro. Mandó una flota a Tiro en 1122, fingiendo que iba a reforzar sus defensas. El almirante invitó a Mas'ud a inspeccionar los buques, y cuando estaba a bordo lo secuestró y se lo llevó al Cairo. Fue muy bien recibido en la ciudad y luego enviado con toda clase de honores a Toghtekin, quien se avino a no discutir la restauración fatimita. Pero, cuando los francos se acercaron a la ciudad, al-Amir, declarando que con su flota destruida no podría hacer nada para defenderla, entregó de hecho las defensas a Toghtekin, el cual

[44] Tafel y Thomas, I, págs. 84-9; Röhricht, *Regesta,* págs. 23-5; Guillermo de Tiro, XII, 4-5, págs. 547-53; Fulquerio de Chartres, III, xxvii, 1-3, páginas 693-5.

[45] Fulquerio de Chartres, III, xviii, 1, págs. 695-6.

[46] Ibn al-Qalanisi, págs. 128-30, 142.

lanzó a setecientos soldados turcos contra los sitiadores y envió provisiones a la ciudad [47].

La ciudad de Tiro estaba unida al continente únicamente por el estrecho istmo construido por Alejandro Magno, y sus fortificaciones se hallaban en buen estado. Pero tenía un punto débil: el agua potable venía por un acueducto desde el continente, pues no había pozo alguno en la península. Al día siguiente de su llegada, los francos cortaron dicho acueducto. Pero las lluvias invernales habían llenado las cisternas de la ciudad, y pasó cierto tiempo antes de que se dejase sentir la falta de agua. Los francos se establecieron en un campamento en los jardines y huertos, en la parte en que el istmo se unía a tierra firme. Los venecianos situaron sus barcos a lo largo de ellos, pero dejaron siempre por lo menos un galeón en el mar para interceptar cualquier barco que intentase entrar en el puerto. El jefe supremo del ejército era el patriarca Gormundo, al que se reconocía, sin embargo, menos autoridad que al condestable. Cuando llegó el conde de Trípoli con su ejército para unirse a las tropas sitiadoras, se mostró dispuesto a obedecer al patriarca en todo, concesión que quizá no hubiera hecho a Guillermo de Bures [48].

El asedio se prolongó durante toda la primavera y el principio del verano. Los francos bombardearon las murallas constantemente desde el istmo, por medio de ingenios construidos con el material traído por los venecianos. Los defensores, por su parte, estaban bien provistos de máquinas para arrojar piedras y fuego griego sobre los asaltantes. Combatieron magníficamente; pero no eran lo suficientemente numerosos para intentar salidas. Temerosos de que el hambre, la sed y las pérdidas humanas les obligasen a capitular, lograron hacer salir mensajeros de la ciudad, para apremiar a Toghtekin y a los egipcios a que acudiesen con celeridad en su ayuda. Un ejército egipcio intentó una diversión contra la propia Jerusalén y llegó hasta los arrabales de la Ciudad Santa. Pero el elemento civil, los mercaderes, los funcionarios de los sacerdotes, cubrieron rápidamente sus tremendas murallas, y el jefe egipcio no se atrevió a atacarlas. Poco después, un segundo ejército egipcio saqueó la pequeña ciudad de Belin, o La Mahomérie, una millas más al Norte, y exterminó a sus habitantes. Pero estas incursiones aisladas no salvarían a Tiro. Toghtekin estuvo incluso menos emprendedor. Cuando empezó el asedio, marchó con su ejército a Banyas, junto al nacimiento del Jordán, para esperar las noticias de la llegada de una flota egipcia con la que

[47] *Ibid.*, págs. 165-6, 170-1; Ibn al-Athir, págs. 356-8.

[48] Fulquerio de Chartres, III, xxviii, 1-XXX, 13, págs. 695-720 (con una extensa digresión sobre la historia de Tiro); Guillermo de Tiro, XIII, 7, página 565.

habría de combinar un ataque al campamento franco. Pero no pasó ninguna flota egipcia frente a la costa; el Califa no pudo armarla. Los francos temieron esta combinación. La flota veneciana se situó durante algunas semanas a la altura de la escala de Tiro para interceptar a los egipcios, y el patriarca destacó a Pons de Trípoli y a Guillermo de Bures, con un ejército considerable, para enfrentarse con Toghtekin. Cuando se acercaron a Banyas, Toghtekin decidió no correr el riesgo de una batalla, y se retiró a Damasco. La única esperanza de los sitiados estaba ahora en Balak el Ortóquida, afamado por haber capturado al rey. Balak proyectaba ir en su ayuda, pero en mayo fue muerto en Menbij.

A finales del mes de junio, la situación dentro de Tiro era desesperada. Tanto los víveres como el agua se estaban acabando, y muchos elementos de la guarnición habían caído. Se mandó aviso a Toghtekin de que la ciudad tenía que rendirse. Este envió al campamento franco una oferta de capitulación redactada en los términos usuales: que aquellos habitantes que deseasen marcharse de la ciudad, pudieran hacerlo en paz, llevándose todos sus bienes muebles; y que los que quisiesen quedarse, conservarían sus derechos de ciudadanos. Los jefes francos y venecianos aceptaron la oferta, aunque los soldados y los marineros se enfurecieron al oír que no habría botín, y amenazaron con amotinarse. El 7 de julio de 1124 fueron abiertas las puertas, y el ejército cristiano tomó la ciudad. Se izó el estandarte real en la puerta principal, y el del conde de Trípoli y el del dogo en las torres a ambos lados. Los jefes mantuvieron su palabra. No hubo pillaje, y una larga procesión de musulmanes atravesó sin trabas el campamento de los cruzados. De esta manera, la última ciudad musulmana de la costa del norte de Ascalón pasó a manos de los cristianos. Su ejército regresó, jubiloso, a Jerusalén, y los venecianos volvieron a Venecia, habiendo sacado su libra de carne [49].

El rey Balduino recibió las buenas nuevas en Shaizar. A la muerte de Balak, su custodia había pasado a Timurtash, el hijo de Ilghazi, quien prefirió desligarse de tal responsabilidad y concibió la idea de cobrar un valioso rescate. Pidió al emir de Shaizar que entablase negociaciones con los francos. La reina Morfia habíase desplazado hacia el Norte, para estar lo más cerca posible de su marido, y ella y el conde Joscelino convinieron las condiciones con el emir. El precio pedido fue alto. El rey pagaría a Timurtash ochenta mil

[49] Fulquerio de Chartres, III, xxxii, 1-xxxiv, 13, págs. 728-39, establece la fecha de la conquista (injustamente culpa a los antioquenos por no colaborar); Guillermo de Tiro, XIII, 13-14, págs. 573-6; Ibn al-Qalanisi, págs. 170-2 (da la fecha); Ibn al-Athir, págs. 358-9 (da la fecha del 9 de julio); Abu'l Fedam, págs. 15-16 (da la fecha del 5 de julio); Mateo de Edesa, ccxliv, pág. 314.

denarios, y cedería para Alepo, donde Timurtash había sucedido a Balak en el poder, las ciudades de Athareb, Zerdana, Kafartab y el Jasr; asimismo habría de ayudar a Timurtash a suprimir al caudillo beduino Dubais ibn Sadaqua, que se había establecido en el Jezireh. Veinte mil denarios se pagarían por adelantado, y se consignarían rehenes en Shaizar para el pago de lo restante. Tan pronto como fuesen entregados a los musulmanes, Balduino sería puesto en libertad. Como rehenes, Timurtash pedía a la hija menor del rey, la princesa Joveta, de cuatro años de edad, y al hijo y heredero de Joscelino, un muchacho de once años, y a diez descendientes de la nobleza. El emir Sultan de Shaizar, para probar su buena fe, mandó a varios miembros de su familia a Alepo. A finales de junio de 1124, Baludino salió de Harran, en su propio corcel, que le había sido restituido por Timurtash, junto con muchos y valiosos presentes. Se encaminó a Shaizar, donde el emir, que tenía un buen recuerdo de él por la remisión de la deuda que tenía Shaizar con Antioquía cinco años antes, le obsequió espléndidamente. Allí se encontró el rey con su hija y los demás rehenes que le acompañaban. A su llegada, se le permitió continuar hasta Antioquía, adonde llegó en los últimos días del mes de agosto [50].

Una vez libre, Balduino no cumplió las condiciones que había aceptado. El patriarca Bernardo le hizo notar que él no era más que señor y regente de Antioquía, y que no tenía derecho a entregar su territorio, que pertenecía al joven Bohemundo II. Balduino se convenció de buena gana con el argumento y mandó decir a Timurtash, con muchas excusas, que, desgraciadamente, no podía desobedecer al patriarca. Timurtash, que tenía mucho más interés en recibir dinero que territorio, perdonó la ofensa por miedo a perder el resto del rescate. Habiendo descubierto que Timurtash era tan complaciente, Balduino se desentendió pronto de la cláusula por la cual le había prometido ayudarle contra el emir beduino Dubais. En lugar de ello, recibió una embajada de Dubais para planear una acción común contra Alepo. Se concluyó una alianza y, en octubre, los ejércitos de Antioquía y de Edesa se unieron a los árabes de Dubais ante los muros de Alepo. Su coalición pronto se vio reforzada por la llegada a su campamento del pretendiente seléucida al trono de Alepo, Sultanshah, que se había escapado recientemente de una prisión

[50] Usama, ed. Hitti, págs. 133, 150; Kemal ad-Din, págs. 643-4; Mateo de Edesa, ccxli, págs. 312-13 (menciona que Joscelino y la reina se pusieron de acuerdo para el rescate, y agregan que Waleran y el sobrino del rey fueron muertos por Timurtash, probablemente a causa de que el rey violara las condiciones de su rescate). Miguel el Sirio, III, págs. 212, 225. Joveta aparece con nombres diversos en privilegios: Yvette, Ivetta o Juditta.

ortóquida, junto con su primo Toghrul Arslan, hermano del sultán de Rum, que había sido desalojado recientemente de Melitene por los Danishmend y estaba buscando aliados.

Timurtash no hizo ningún intento de defender Alepo. Su hermano Suleimán de Mayyafaraquin estaba agonizando, y deseaba asegurarse su herencia. Se quedó en Mardin, dejando que los notables de la ciudad de Alepo resistiesen lo mejor que pudieran. Durante tres meses se mantuvieron, mientras que sus emisarios, mal recibidos por Timurtash, que no deseaba volver a ser molestado por ellos, fueron a Mosul y despertaron el interés del atabek Aqsonquor il-Bursuqi, que había estado al frente de los ejércitos del sultán contra los francos en 1114. Il-Bursuqi, que odiaba a los ortóquidas, mandó a unos oficiales para que tomasen posesión de la ciudadela de Alepo, y él, aunque estaba enfermo, se puso en marcha con un ejército y con la bendición del sultán. Cuando se acercaba a Alepo, ordenó al emir de Homs, Khirkhan, y a Toghtekin de Damasco que se le uniesen, y ambos enviaron contingentes. Antes de este despliegue de fuerzas la alianza franco-beduina ya se había deshecho. Dubais se desplazó con sus tribus hacia el Este, mientras Balduino se retiró a la fortaleza de Athareb. A fines de enero, il-Bursuqi entró en Alepo, pero no intentó perseguir a los francos. Al ver esto, el rey se volvió a Antioquía, y de allí se dirigió a Jerusalén, a donde llegó en abril de 1125, después de dos años de ausencia [51].

No permaneció allí mucho tiempo, porque il-Bursuqi era más temible que los ortóquidas. Dueño de Mosul y Alepo, y respaldado por la autoridad del sultán, ya podía coaligarse con los musulmanes del norte de Siria, bajo su mando. Toghtekin y el emir de Homs se sometieron a su hegemonía. En marzo visitó Shaizar, cuyo emir Sultan, que siempre anhelaba tener amigos importantes, le entregó los rehenes francos, la princesa Joveta, el joven Joscelino y sus compañeros. En mayo, al frente de una nueva alianza musulmana, atacó y capturó el fuerte franco de Kafartab, y puso sitio a Zerdana. Balduino se desplazó rápidamente hacia el Norte y reunió los ejércitos de Antioquía, Trípoli y Edesa, unos mil cien jinetes y dos mil infantes, para salvar a Zerdana. Los musulmanes se dirigieron a Azaz, y allí, a finales de mayo, tuvo lugar una de las más sangrientas batallas de la historia de las Cruzadas. Los musulmanes, confiando en su superioridad numérica, intentaron un combate cuerpo a cuerpo, pero la superioridad de armamento y de condiciones físicas de los francos pudieron con ellos, y fueron definitivamente batidos. Con el

[51] Fulquerio de Chartres, III, xxxviii-xxxix, 9, 2, págs. 751-6; Guillermo de Tiro, XIII, 15, págs. 576-7; Ibn al-Qalanisi, págs. 172-3; Kemal ad-Din, págs. 643-50. Usama, ed. Hitti, pág. 133; Mateo de Edesa, ccxlv, págs. 314-15.

rico botín que recogió, Balduino pudo reunir los ochenta mil denarios que necesitaba para pagar el rescate de los rehenes, ya que cada uno de los caballeros francos dio algo de su parte para rescatar a la hija del rey. Aunque el dinero en realidad se debía a Timurtash, il-Bursuqi lo aceptó, y devolvió los rehenes. Con otra suma, enviada a Shaizar, se rescataron prisioneros y rehenes que estaban aún detenidos. Al ser puestos en libertad, fueron atacados por el emir de Homs, pero los munquiditas acudieron a socorrerlos y les pusieron en camino.

Después de la batalla se concluyó una tregua. Los musulmanes conservaron Kafartab, que pasó al emir de Homs, pero no se hicieron otros cambios de territorio. Habiendo dejado una guarnición en Alepo, il-Bursuqi volvió a Mosul. Durante dieciocho meses hubo paz en el Norte [52].

Balduino regresó a Palestina, donde, en el otoño de 1125, llevó a cabo una incursión en tierras de Damasco e hizo una demostración ante Ascalón. En enero de 1126 decidió emprender una expedición seria contra Damasco, e invadió el Hauran. Toghtekin acudió a su encuentro. Los ejércitos chocaron en Tel es-Saqhab, unas veinte millas al sudoeste de Damasco. Al principio, los musulmanes llevaban la mejor parte de la batalla, y el regimiento turcomano de Toghtekin penetró en el campamento real; pero, al fin, Balduino consiguió la victoria. Persiguió al enemigo hasta la mitad del camino de Damasco; pero, en vista de las grandes pérdidas, juzgó prudente abandonar la campaña y se retiró, cargado de botín, a Jerusalén [53].

En marzo de 1126, Pons de Trípoli atacó la fortaleza musulmana de Rafaniya, que dominaba la entrada de Buqaia desde el valle del Orontes. Fue uno de los objetivos cristianos desde que Toghtekin la había recuperado en 1105. Mientras el gobernador llamó en su ayuda a Toghtekin y a il-Bursuqi, Pons recurrió a Balduino. Los dos príncipes cristianos marcharon rápidamente hacia la fortaleza, mucho antes de que los musulmanes estuviesen preparados para venir a socorrerla, y se rindió después de un sitio de dieciocho días. Su captura fue valiosa para los francos, ya que no sólo salvaguardaba el condado de Trípoli, sino las comunicaciones entre Jerusalén y Antioquía [54].

[52] Fulquerio de Chartres, III, xlii, 1-xliv, 4, págs. 761-7; Guillermo de Tiro, XIII, 11, págs. 578-80; Sigeberto de Gembloux, *M. G. H. Ss.*, vol. VI, pág. 380; Kemal ad-Din, pág. 651; *Bustan,* pág. 519; Usama, *loc. cit.*; Mateo de Edesa, ccxlvii, págs. 315-18; Miguel el Sirio, III, pág. 221.

[53] Fulquerio de Chartres, III, xlvi, 1-7, 1, 1-15, págs. 772-4, 784-93; Guillermo de Tiro, XIII, 17-18, págs. 581-5; Ibn al-Qalanisi, págs. 574-7.

[54] Fulquerio de Chartres, III, li, 4, lii, 1, págs. 795-7, 798-9; Guillermo de Tiro, XIII, 19, págs. 585-6; Ibn al-Qalanisi, pág. 180; Kemal ad-Din, pág. 652.

Mientras tanto, los egipcios habían construido una nueva flota. En el otoño de 1126 zarpó de Alejandría para saquear las costas cristianas. Al enterarse de esto, il-Bursuqi planeó un ataque simultáneo en el Norte y sitió Athareb. Balduino decidió acertadamente que esto era el mayor peligro, y se trasladó a toda prisa a Antioquía. De hecho, los egipcios, después de hacer una incursión costera hasta las afueras de Beirut, vieron que las ciudades de la costa estaban muy bien guarnecidas, y pronto se volvieron al Nilo [55]. En el Norte, Balduino, a quien se había unido Joscelino, obligó a los musulmanes a retirarse de Athareb. Ningún bando quiso arriesgarse al combate, y pronto se restableció la tregua. Il-Bursuqi, después de dejar a su hijo Izz ed-Din Mas'ud como gobernador de Alepo, se volvió a Mosul. El mismo día de su llegada, el 26 de noviembre, fue apuñalado por un Asesino [56].

La muerte de il-Bursuqi provocó un caos entre los musulmanes, que se acrecentó cuando su hijo Mas'ud, con quien Toghtekin ya había disputado, murió, probablemente envenenado, pocos meses después. Alepo pasó de mano en mano entre el gobernador designado por Mas'ud, Tuman; un mameluco enviado por el sultán, llamado Kutluh; el ortóquida Badr ad-Daulah Suleimán, y uno de los hijos de Ridwan, Ibrahim el Seléucida [57].

Por aquel tiempo, Balduino se vio felizmente relevado de su regencia de Antioquía. El joven Bohemundo II había cumplido los dieciocho años y tomó posesión de su herencia. Abandonando sus tierras de Italia a su primo Roger II de Sicilia, se embarcó en Otranto, en septiembre de 1126, con una escuadra de veinticuatro buques, que transportaban numerosas tropas y caballos. Desembarcó en San Simeón a primeros de octubre y se dirigió directamente a Antioquía, donde el rey Balduino le recibió con todos los honores. Causó una impresión excelente. Tenía el magnífico porte de su padre, y era alto, rubio y hermoso, y demostraba una buena crianza que le venía de su madre, Constanza, hija del rey Felipe I de Francia. El rey Balduino le dio inmediatamente posesión del principado, con todo su patrimonio, sin faltar detalle. El embajador de Shaizar quedó profundamente impresionado al ver que el rey pagaría al contado en adelante al príncipe el grano consumido por los caballos del ejército de Jerusalén. Con el rey estaba su hija segunda, la princesa Alicia, y,

[55] Fulquerio de Chartres, III, lvi, 1-5, págs. 803-5; Guillermo de Tiro, XIII, 20, págs. 587-8.

[56] Fulquerio de Chartres, III, lv, 5, págs. 802-3; Ibn al-Qalanisi, págs. 177-8; Kemal ad-Din, págs. 653-4.

[57] Ibn al-Qalanisi, págs. 181-2; Kemal ad-Din, pág. 654; Miguel el Sirio, III, pág. 225.

conforme al plan que había sido trazado, se casó a la joven pareja. Bohemundo empezó su reinado brillantemente con un ataque a Kafartab, que recuperó de manos del emir de Homs, y más adelante nos cuentan su bizarría en escaramuzas contra el ejército de Shaizar [58].

El rey Balduino pudo por fin volverse al Sur, contento de que la muerte de il-Bursuqi y la llegada de Bohemundo le permitiesen ocuparse de los asuntos de su propio reino. Pasó el año 1127 tan pacíficamente, que no tenemos noticia de sus movimientos, excepto una breve campaña al este del mar Muerto, en agosto [59]. A principios de 1128 falleció su fiel amigo el patriarca Gormundo. Su sucesor fue otro eclesiástico francés, Esteban de La Ferté, abad de Saint-Jean-en-Vallée, en Chartres, hombre de noble cuna, emparentado con el rey Balduino. Si Balduino pensó que los lazos de parentesco contribuirían a una colaboración cordial, pronto se desilusionó. El nuevo patriarca resucitó en seguida la cuestión del arreglo que Godofredo había hecho con el patriarca Daimberto. Reclamó Jaffa como posesión autónoma del patriarcado, y recordó al rey que, tan pronto como conquistase Ascalón, se le habría de entregar a él la propia Jerusalén. Balduino se negó a escuchar tales demandas, pero no supo cómo sacarles provecho. Las relaciones entre la corte real y el patriarcado empeoraron durante el año 1129; pero se evitó una escisión abierta con la muerte de Esteban, tras breve enfermedad, a principios de 1130. Sus amigos sospecharon de un envenenamiento. Cuando el rey fue a visitar al patriarca moribundo para preguntarle cómo estaba, éste le hizo notar amargamente: «Sire, estoy como vos lo deseáis.» De hecho, su muerte era deseable. Para sucesor suyo, Balduino obtuvo la elección del prior del Santo Sepulcro, Guillermo de Messines, hombre de gran piedad y bondad, aunque algo simple y poco ilustrado. No tenía ambiciones políticas y estaba contento de hallarse donde el rey quisiese. Por consiguiente, llegó a ser querido de todos [60].

La primera tarea importante que tenía Balduino era la de proveer a la sucesión de su trono. La reina Morfia no le había dado hijos; tenía cuatro hijas, Melisenda, Alicia, Hodierna y Joveta. Alicia era

[58] Fulquerio de Chartres, III, lvii, 1-4, 1-5, págs. 805-9, 819-22. (Los capítulos intermedios hablan de los peligros del mar Mediterráneo y de las especies de serpientes que se encuentran en sus costas. Después de otro capítulo sobre una plaga de ratones en 1227, acaba el relato de Fulquerio.) Guillermo de Tiro, XIII, 21, págs. 588-9; Orderico Vital, XI, 9, vol. IV, pág. 266; Mateo de Edesa, ccl, pág. 319 (dice que Balduino prometió a Bohemundo la sucesión al trono de Jerusalén); Miguel el Sirio, III, pág. 224; Usama, ed. Hitti, pág. 150.

[59] Ibn al-Qalanisi, pág. 182.

[60] Guillermo de Tiro, XIII, 25-6, págs. 594-5, 598; se llama a Guillermo a veces «de Malinas». Messines se halla en el oeste de Flandes.

ya princesa de Antioquía, y Hodierna y Joveta eran aún niñas. Melisenda sería, pues, su sucesora, con un marido conveniente. En 1128, después de consultar a su Consejo, envió a Guillermo de Bures, junto con el señor de Beirut, Guy Brisebarre, a Francia, para solicitar del rey, Luis VI, que escogiese entre la nobleza francesa un hombre conveniente para esta elevada posición. Luis recomendó al conde de Anjou, Fulko V. Fulko tenía unos cuarenta años y era hijo de Fulko IV, Rechin, y de Bertrada de Montfort, famosa por su adulterio con el rey Felipe I de Francia. Era cabeza de una gran casa que en los dos siglos anteriores había reunido uno de los patrimonios más ricos y formidables de Francia; y él mismo, por medio de guerras, matrimonios e intrigas, había contribuido considerablemente a su expansión. Ese mismo año había conseguido un triunfo familiar al casar a su joven hijo y heredero, Godofredo, con la emperatriz viuda Matilde, la única hija viva de Enrique I de Inglaterra y heredera de Inglaterra y Normandía. Estando él viudo ahora, había decidido abandonar las tierras de la familia a su hijo y dedicarse él al servicio de la Cruz. Ya había estado en Jerusalén, en peregrinación, en 1120, y, por tanto, el rey Balduino le conocía. Tan notable candidato, apoyado por el rey de Francia y respaldado por el Papa, Honorio II, fue aceptado inmediatamente por el rey Balduino, que deseaba fervientemente que sus arreglos para la sucesión fueran del gusto de los barones de su reino. Sería imposible que ninguno de ellos discutiera los títulos de tan eminente príncipe guerrero, casado con la hija mayor del rey.

Fulko salió de Francia a principios de la primavera de 1129, acompañado por Guillermo de Bures y Guy Brisebarre. Desembarcaron en Acre, en mayo, y se dirigieron a Jerusalén. Allí, a finales del mes, Fulko y Melisenda se casaron, en medio de grandes fiestas y regocijos. El arreglo tuvo la aprobación de todo el país, tal vez con una sola excepción. A la princesa Melisenda no le hizo ninguna gracia el hombre bajo, delgado, pelirrojo y de edad madura que las conveniencias políticas le habían obligado a aceptar [61].

Con la ayuda de Fulko, Balduino se embarcó en 1129 en la gran

[61] Guillermo de Tiro, XIII, 24, pág. 593, XIV, 2, pág. 608; Halphen et Poupardin, *Chroniques des Comtes d'Anjou, Gesta Ambaziencium Dominorum,* pág. 115, y *Gesta Consulum Andegavorum,* págs. 69-70. Fulko se había casado con Arenburga o Guiberga, heredera de Maine, hacia 1109, y sostuvo guerras con Enrique I de Inglaterra sobre la herencia de su esposa. El matrimonio de su hijo Godofredo (17 de junio de 1128) con la emperatriz Matilde resolvió la disputa. Su hija Sibila ya se había casado con Thierry de Alsacia, conde de Flandes. Había efectuado ya una peregrinación a Jerusalén en 1120 (Guillermo de Tiro, pág. 608). La carta de recomendación del papa Honorio II dirigida a Balduino se reproduce en Rozière, *Cartulaire du Saint Sépulcre,* págs. 17-18.

empresa de su reinado, la conquista de Damasco. Toghtekin de Damasco murió el 12 de febrero de 1128. Fue durante muchos años el dueño indiscutible de la ciudad y la figura musulmana más respetada en la Siria oriental [62]. Unos años antes, un caudillo Asesino, Bahram de Asterabad, había huido de Persia a Alepo y se había proclamado a sí mismo jefe del movimiento clandestino ismailita en el norte de Siria. Pero, aunque gozaba del apoyo de Ilghazi, el pueblo de Alepo aborrecía a la secta, y Bahram se vio obligado a marcharse. Respaldado por la recomendación de Ilghazi, llegó a Damasco, donde Toghtekin le recibió con cortesía. Se instaló allí, consiguiendo poco a poco adhesiones a su alrededor, y se ganó la simpatía del visir de Toghtekin, al-Mazdaghani. La secta aumentó su poder, con la repulsa de la población sunní de Damasco. Bahram, por esto, pidió ayuda a al-Mazdaghani, y, a propuesta del visir, Togthekin entregó a la secta, en noviembre de 1126, la fortaleza fronteriza de Banyas, que estaba amenazada por los francos, esperando hacer así buen uso de sus energías. Bahram volvió a fortificar el castillo y reunió a todos sus seguidores. Pronto empezaron a atemorizar a la región, y Toghtekin, aunque oficialmente aún les protegía, empezó a planear su eliminación; pero murió antes de encontrar una ocasión propicia. Pocos meses después, Bahran fue muerto en una escaramuza con una tribu árabe cerca de Baalbek, a cuyo jeque había asesinado. Su posición fue ocupada por otro persa, llamado Ismail [63].

El sucesor de Toghtekin en el cargo de atabek de Damasco fue su hijo Taj al-Mulk Buri. Buri determinó desembarazarse él mismo de los Asesinos. Su primer paso, en septiembre de 1129, fue mandar matar de repente a su protector, el visir al-Mazdaghani, en plena sesión del Consejo en el Pabellón Rosado de Damasco. Poco después estallaron motines, preparados por Buri, y todos los Asesinos que se encontraron fueron degollados. Ismail, en Banyas, se alarmó. Para salvar a sus sectarios, entabló negociaciones con los francos.

Esta era la ocasión que había estado esperando Balduino. Al enterarse de la muerte de Toghtekin, envió a Hugo de Payens, gran maestre de la Orden de los templarios, a Europa, para reclutar soldados allí, manifestando que su objetivo era Damasco. Cuando llegaron los emisarios de Ismail, las tropas francas se dispusieron a arrebatar Banyas a los Asesinos y a poner a Ismail y a su secta dentro del territorio franco. Entonces Ismail cayó enfermo con disentería, falleciendo pocos meses después, y sus seguidores se dispersaron [64]. Balduino en persona fue a Banyas, a primeros de noviembre, con

[62] Ibn al-Qalanisi, págs. 183-6; Ibn al-Athir, págs. 317-18.
[63] Ibn al-Qalanisi, págs. 179-80, 187-97; Ibn al-Athir, págs. 382-4.
[64] Ibn al-Qalanisi, págs. 191-5; Ibn al-Athir, págs. 284-6.

todo el ejército de Jerusalén, reforzado por los hombres recién llegados de Occidente. Avanzó sin encontrar oposición seria y acampó junto al puente de Madera, a unas seis millas al sudoeste de Damasco. Buri salió con su ejército para enfrentársele, teniendo la ciudad a retaguardia. Durante varios días, ninguno de los dos ejércitos se movió. Balduino, mientras tanto, mandó algunos destacamentos, bajo el mando de Guillermo de Bures y compuestos principalmente de recién llegados, para que acopiasen víveres y material antes de aventurarse a rodear la ciudad. Pero no fue capaz de controlar a sus hombres, que estaban más interesados en asegurarse su propio botín que en recoger sistemáticamente provisiones. Buri se enteró de esto. Una mañana, temprano, a fines de noviembre, su caballería turcomana cayó sobre Guillermo, unas veinte millas al sur del campamento franco. Los francos combatieron valerosamente, pero fueron derrotados. Solamente Guillermo y cuarenta y cinco compañeros sobrevivieron para contárselo al rey [65].

Balduino decidió ponerse inmediatamente en marcha contra el enemigo, que se hallaba celebrando la victoria, y dió la orden de avanzar. Pero en aquel momento empezó a caer la lluvia a torrentes. La llanura se transformó en un mar de fango, con profundos ríos cortando los caminos. En tales condiciones el ataque era imposible. Amargamente desilusionado, el rey abandonó hasta la idea de continuar el asedio. El ejército franco se retiró lentamente, en perfecto orden, a Banyas y hacia Palestina, donde fue dispersado [66].

Los acontecimientos del Norte hicieron que la desilusión fuese particularmente cruel. Balduino había supuesto que Bohemundo II y Joscelino aprovecharían el caos de Alepo para tomar posesión finalmente de la gran ciudad musulmana. Pero, aunque uno y otro, sucesivamente, hicieron fructíferas incursiones en el territorio durante el otoño de 1127, no quisieron operar juntos. Se tenían mutua envidia. Joscelino había obtenido, por medio de una tregua con il-Bursuqi, unos territorios que habían sido de Antioquía por algún tiempo. Peor aún. La segunda mujer de Joscelino, María, hermana de Roger de Antioquía, tenía prometida como dote la ciudad de Azaz. Bohemundo consideraba que Roger no había sido más que regente en su nombre y no tenía derecho a entregar territorio de Antioquía. Denunció, pues, el acuerdo. Joscelino, por tanto, al frente de sus tropas y ayudado por mercenarios turcos, se dedicó a hacer correrías contra las aldeas de Antioquía cercanas a sus fronteras. Un entredicho lanzado por el patriarca Bernardo contra todo el condado de Edesa no le acobardó. Las noticias de la disputa llegaron al rey Baldui-

[65] Ibn al-Qalanisi, págs. 195-8.
[66] Guillermo de Tiro, XIII, 26, págs. 595-7; Ibn al-Qalanisi, pág. 198-200.

no, que se enfureció. Se encaminó aprisa hacia el Norte, a principios de 1128, y obligó a los dos príncipes a hacer las paces. Afortunadamente, Joscelino, que había sido el más feroz, cayó repentinamente enfermo, y creyó ver en su enfermedad un castigo del cielo. Se avino a restituir a Bohemundo el botín que había cogido, y aparentemente abandonó su reivindicación sobre Azaz. Pero ya era demasiado tarde. Lo mismo que en Damasco al año siguiente, se había perdido una oportunidad valiosísima y que no volvería a presentarse. Porque el Islam había hallado otro caudillo mejor [67].

Durante los últimos meses de 1126, el califa abasida al-Mutarshid, que sucedió al amable poeta al-Mustarzhir en 1118, pensó aprovechar las querellas de familia de las sultanes seléucidas para librarse de su tutela. El sultán Mahmud, en cuyos dominios estaba Bagdad, se vio obligado a interrumpir su cacería para enviar allí un ejército, y dio el mando a su capitán Imad ad-Din Zengi. Zengi, cuyo padre, Aqsonquor, había sido gobernador de Alepo antes de la época de las Cruzadas, ya se había hecho un nombre en las guerras contra los francos. Después de una breve campaña, derrotó a las fuerzas del Califa en Wasit y las redujo a la obediencia. Su comportamiento pleno de tacto después de la victoria gustó a al-Mustarshid, y cuando, a la muerte de il-Bursuqi, hubo de nombrar un nuevo atabek de Mosul, Mahmud, que primero había pensado en el jefe beduino Dubais, convino con el Califa que Zengi era el mejor candidato. El joven hijo del sultán Alp Arslan fue nombrado gobernador de Mosul, con Zengi como atabek suyo. Zengi pasó el invierno de 1127 en Mosul, organizando allí su gobierno. En la primavera de 1128 se encaminó a Alepo, para reclamarlo como parte de los dominios de il-Bursuqi. Los ciudadanos de Alepo, cansados de la anarquía por la que habían pasado, le recibieron gustosamente. Hizo allí su entrada solemne el 28 de junio [68].

Zengi se veía a sí mismo como campeón del Islam contra los francos. Pero no quería combatir hasta que no estuviese preparado. Hizo una tregua con Joscelino, que duraría dos años, mientras consolidaba su poder en Siria. Los emires de Shaizar y Homs se apresuraron a reconocer su soberanía. Del primero no tenía temores. El segundo fue invitado a ayudarle en una campaña contra la posesión damascena de Hama, con promesa de reversión. Pero en cuanto fue conquistada Hama, Zengi se la quedó para sí y aprisionó a Khirkhan de Homs, aun cuando él no podía garantizar la seguridad de Homs.

[67] Guillermo de Tiro, XIII, 22, pág. 590; Miguel el Sirio, III, pág. 224; Kemal ad-Din, pág. 665.

[68] Para la historia de Zengi hasta 1128, véase Cahen, *op. cit.*, págs. 306-7, y notas 12 y 13 (con referencias).

Buri de Damasco, que le había prometido unírsele en una guerra santa contra los cristianos, estaba demasiado ocupado con su guerra contra Jerusalén para hacer una protesta efectiva. Hacia fines de 1130, Zengi era el dueño indiscutible de Siria hasta Homs en el Sur[69].

El mismo año, los francos tuvieron un gran desastre. Bohemundo II tenía la ambición de restituir a su principado todas las tierras que había abarcado en tiempos. En Cilicia, el poder de Antioquía había declinado. Tarso y Adana estaban aún en manos francas; formaban, al parecer, la dote de la viuda de Roger, Cecilia, la hermana del rey Balduino; y quedaba una guarnición franca en Mamistra. Pero más tierra adentro, Anazarbo había caído en poder del príncipe armenio, Thoros el Roupeniano, que había establecido su capital, Sis, cerca de allí. Thoros murió en 1129, y su hijo Constantino pocos meses después, en una intriga palaciega. El nuevo príncipe, León I, era hermano de Thoros[70]. Bohemundo pensó que había llegado el momento de recuperar Anazarbo. En febrero de 1130 se encaminó con una pequeña fuerza, remontando el río Jihan hacia su objetivo. León se alarmó y envió en su ayuda al emir danishmend, Ghazi, cuyas tierras llegaban ahora hasta los montes del Tauro. Bohemundo no se enteró de esta alianza. Cuando iba remontando el río confiadamente, encontrando poca resistencia por parte de los armenios, los turcos danishmend cayeron sobre él y exterminaron a todo su ejército. Se dijo que si hubieran reconocido al príncipe no le hubieran matado, por el rescate que podía producir. El caso es que su cabeza fue llevada al emir danishmend, que la embalsamó y se la envió de regalo al Califa[71].

Debido a la intervención de los bizantinos, los turcos no explotaron su victoria, y Anazarbo quedó en manos armenias[72]. Pero la muerte de Bohemundo fue un desastre para Antioquía. Bohemundo había tomado la sucesión de Antioquía por derecho hereditario. Era lógico que sus derechos pasasen a su heredero. Pero de su matrimonio con Alicia sólo había quedado una niña de dos años, llamada Constanza. Sin esperar a que su padre, el rey, nombrase un regente, con arreglo a su derecho de soberano, Alicia asumió inmediatamente la regencia. Pero era ambiciosa. Pronto se rumoreó en Antioquía que deseaba gobernar no como regente, sino como soberana reinante.

[69] Ibn al-Qalanisi, págs. 200-2; Kemal ad-Din, pág. 658; Mateo de Edesa, cclii, pág. 320.

[70] Vahram, *Crónica Armenia Rimada,* pág. 500.

[71] Guillermo de Tiro, XIII, 27, págs. 598-9; Orderico Vital, XI, 10, vol. IV, págs. 267-8; Romualdo, *M. G. H. Ss.,* vol. XIV, pág. 420; Miguel el Sirio, III, pág. 227; *Chron. Anon. Syr.,* págs. 98-9; Ibn al-Athir, pág. 468.

[72] Miguel el Sirio, III, pág. 230, dice que Juan Comneno emprendió en seguida una ofensiva contra los turcos. Véase *infra,* págs. 196-197.

Constanza sería encerrada en un convento o, cuanto antes se pudiera, se la casaría con cualquier marido no noble. La desnaturalizada madre perdió popularidad en el principado, donde ya muchos hombres sentían que en aquellos tiempos era necesario un guerrero como regente. Cuando se enteró de que el rey ya estaba en camino desde Jerusalén, Alicia vio que el poder se le escapaba de sus garras, y dio un paso desesperado. Envió a un mensajero con un caballo espléndidamente enjaezado a Alepo, al atabek Zengi, anunciándole que estaba dispuesta a jurarle fidelidad si le quería garantizar a ella la posesión de Antioquía.

Al enterarse de la muerte de Bohemundo, el rey Balduino marchó rápidamente hacia el Norte con su yerno Fulko, para encargarse de la custodia de la heredera y nombrar regente. Cuando se acercaban a la ciudad, sus tropas capturaron al enviado de Alicia a Zengi. El rey le mandó colgar inmediatamente. Al llegar ante Antioquía se encontró con que su hija le había cerrado las puertas en la cara. Mandó llamar a Joscelino en su ayuda y acampó ante la ciudad. Dentro, Alicia había conseguido un apoyo provisional por medio de una profusa distribución de dinero del erario del príncipe a los soldados y al pueblo. Es posible que fuese popular por su sangre armenia entre los cristianos indígenas. Pero la nobleza franca no quiso apoyar a una mujer contra su soberano. Pocos días más tarde, un caballero normando, Guillermo de Aversa, y un monje, Pedro el Latino, abrieron la puerta del Duque a Joscelino y la puerta de San Pablo a Fulko. Al día siguiente entró el rey. Alicia se atrincheró en una torre y no salió más que cuando los notables de la ciudad le prometieron respetar su vida. Fue una entrevista penosa entre Balduino y su hija, que se arrodilló, medrosa y avergonzada, ante él. El rey deseaba evitar un escándalo y, sin duda, su corazón de padre se conmovió. La perdonó, pero la destituyó de la regencia y la desterró a Laodicea y Jabala, las tierras que le habían sido asignadas por Bohemundo como dote. El mismo asumió la regencia e hizo que todos los señores de Antioquía les prestasen juramento a él y a su nieta conjuntamente. Después, habiendo encargado a Joscelino la salvaguardia de Antioquía y de su princesa niña, volvió a Jerusalén en el verano de 1130 [73].

Fue éste su último viaje. Una larga vida de actividad incesante, interrumpida solamente por dos desdichados períodos de cautividad, le había consumido. En 1131, su salud empezó a decaer. Al llegar agosto estaba agonizando a ojos vistas. Por deseo suyo se le trasladó desde el palacio de Jerusalén a la residencia del patriarca, aneja a

[73] Guillermo de Tiro, XIII, 27, págs. 599-601; Miguel el Sirio, III, página 230; Kemal ad-Din, págs. 600-1.

los edificios del Santo Sepulcro, para que pudiese fallecer lo más cerca posible del Calvario. Cuando se aproximaba el fin convocó a los nobles de su reino en su cámara, junto con su hija Melisenda, su marido, Fulko, y su nieto, de un año de edad, llamado «Balduino» por él. Dio su bendición a Fulko y a Melisenda, y rogó a todos los presentes que les aceptasen por soberanos. Después tomó el hábito de monje y fue admitido como canónigo del Santo Sepulcro. La ceremonia tuvo lugar muy poco antes de su muerte, el viernes 21 de agosto de 1131. Fue enterrado en la iglesia del Santo Sepulcro, con funerales dignos de un gran rey [74].

Su primo y viejo compañero Joscelino de Edesa no le sobrevivió mucho. Por el tiempo de la muerte de Balduino fue a sitiar un pequeño castillo al nordeste de Alepo y, cuando estaba inspeccionando sus líneas, se derrumbó bajo sus pies una mina que sus hombres habían cavado. Quedó horriblemente herido y no había esperanzas de que se restableciese. Estando moribundo, llegaron noticias de que el emir danishmend, Ghazi, había marchado contra la ciudad de Kaisun, la gran fortaleza donde Joscelino había instalado recientemente al patriarca jacobita de Antioquía. Kaisun estaba muy amenazada por los turcos y Joscelino ordenó a su hijo que acudiese a salvarla. Pero el joven Joscelino replicó que el ejército de Edesa era demasiado pequeño para servir de algo. Al oír esto, el viejo conde se levantó de su cama y se hizo llevar en una litera a la cabeza de su ejército para combatir a los turcos. La noticia de su llegada espantó a Ghazi, que le creía ya muerto. Intranquilo, levantó el sitio de Kaisun. Un mensajero corrió a toda prisa a comunicárselo a Joscelino, cuya litera estaba en el suelo para poder dar gracias a Dios. El esfuerzo y la emoción fueron demasiados para él, y allí murió al borde del camino [75].

Con Balduino y Joscelino muertos, la vieja generación de pioneros cruzados se había acabado. En los años siguientes vemos una nueva clase de conflictos entre los cruzados de la segunda generación, hombres y mujeres tales como Joscelino II, la princesa Alicia o como la casa de Trípoli, dispuestos a acomodarse a los usos orientales y aspirando solamente a conservar lo que poseían, y los recién llegados de Occidente, agresivos, inadaptados e incomprendidos, como Fulko, Raimundo de Poitiers o como el fatal Reinaldo de Châtillon [76].

[74] Guillermo de Tiro, XIII, 28, págs. 601-2; Orderico Vital, XII, 23, vol. IV, pág. 500; Ibn al-Qalanisi, págs. 207-8, da la fecha del jueves 25 del Ramadán, pero se equivoca en el año (A. H., 526).

[75] Guillermo de Tiro, XIV, 3, 609-11; Miguel el Sirio, III, 232; *Chron. Anon. Syr.*, págs. 99-100.

[76] Ibn al-Athir, págs. 389-90, constata la modificación de las circunstancias, con la desaparición de los cruzados pioneros, de una parte, y la iniciación de la unidad musulmana bajo Zengi, de otra.

Capítulo 8

LA SEGUNDA GENERACION

«Engendraron hijos espúreos.»

(Oseas, 5, 7.)

El 14 de septiembre de 1131, tres semanas después de haber sido sepultado el rey Balduino en la iglesia del Santo Sepulcro, la misma iglesia fue testigo de la coronación del rey Fulko y de la reina Melisenda. La elevación del nuevo soberano fue celebrada con alegres fiestas [1].

Pero, así como los barones del reino de Jerusalén aceptaron al rey Fulko sin reparos, los príncipes francos del Norte estaban menos dispuestos a aceptarle como soberano. Balduino I y Balduino II habían actuado como soberanos de todos los estados francos porque habían tenido poder y personalidad para hacerlo. Pero la situación jurídica no era clara en modo alguno. En el caso de Edesa, Joscelino I, igual que Balduino II antes que él, había rendido pleitesía a su predecesor cuando éste había pasado a ser rey de Jerusalén y personalmente le había legado el feudo. ¿Transformaría este arreglo a los herederos de Joscelino en vasallos de los de Balduino II? En Trípoli, el conde Beltrán se había sometido a la soberanía de Balduino I con el fin de protegerse contra la agresión de Tancredo; pero su hijo Pons ya había intentado repudiar los derechos de Balduino, y sólo le había reconocido porque no era lo suficientemente

[1] Guillermo de Tiro, XIV, 2, págs. 608-9.

fuerte para desafiar a las fuerzas del rey. En Antioquía, Bohemundo I se había considerado a sí mismo como príncipe soberano, y Tancredo, aunque sólo había sido regente, nunca se tuvo por vasallo del rey, excepto en su principado de Galilea. Aunque Roger y Bohemundo II habían reconocido a Balduino II como soberano, puede decirse que estuvieron en un error al hacerlo. La situación se complicaba con los derechos que el Emperador de Bizancio reclamaba legítimamente sobre Antioquía y Edesa, por el tratado concluido entre los príncipes y el Emperador de Constantinopla durante la primera Cruzada, y sobre Trípoli, con motivo del pleito homenaje que el conde Beltrán había rendido al Emperador.

El advenimiento de Fulko volvió a plantear todo el problema. La oposición a su soberanía empezó por Alicia, su cuñada. Se había sometido a su padre, el rey Balduino, de muy mala gana. Ahora volvía a pretender que quería ser la regente de su hija. Ello no carecía de fundamento siempre que se pudiese sostener que el rey de Jerusalén no era soberano de Antioquía, porque era usual, tanto en Bizancio como en Occidente, que la madre de un príncipe menor asegurase su regencia. La muerte de Joscelino, escasamente un mes más tarde que la de Balduino, le dio una oportunidad, porque Joscelino había sido guardián de la joven princesa Constanza, y los barones de Antioquía no quisieron instalar a Joscelino II en el lugar de su padre. Desilusionado, el nuevo conde de Edesa escuchó los halagos de Alicia. Tampoco él estaba dispuesto, sin duda, a aceptar a Fulko como soberano. Pons de Trípoli le ofreció igualmente apoyo. Su mujer, Cecilia, había recibido de su primer esposo, Tancredo, el usufructo de las tierras de Chastel Rouge y de Arzghan, y por ella se convertía en uno de los más poderosos barones del principado de Antioquía. Se dio cuenta de que la emancipación de Antioquía de la tutela de Jerusalén permitiría a Trípoli seguir el mismo camino. Alicia ya se había conquistado a los más formidables barones del sur del principado, los hermanos Guillermo y Garentón de Zerdana, señores de Sahyun, el gran castillo construido por los bizantinos en las colinas detrás de Laodicea, y en la propia Antoquía tenía sus partidarios. Pero la mayoría de los señores antioquenos recelaban del gobierno de una mujer. Cuando les llegaron rumores de las intrigas de Alicia enviaron un mensajero a Jerusalén para llamar al rey Fulko.

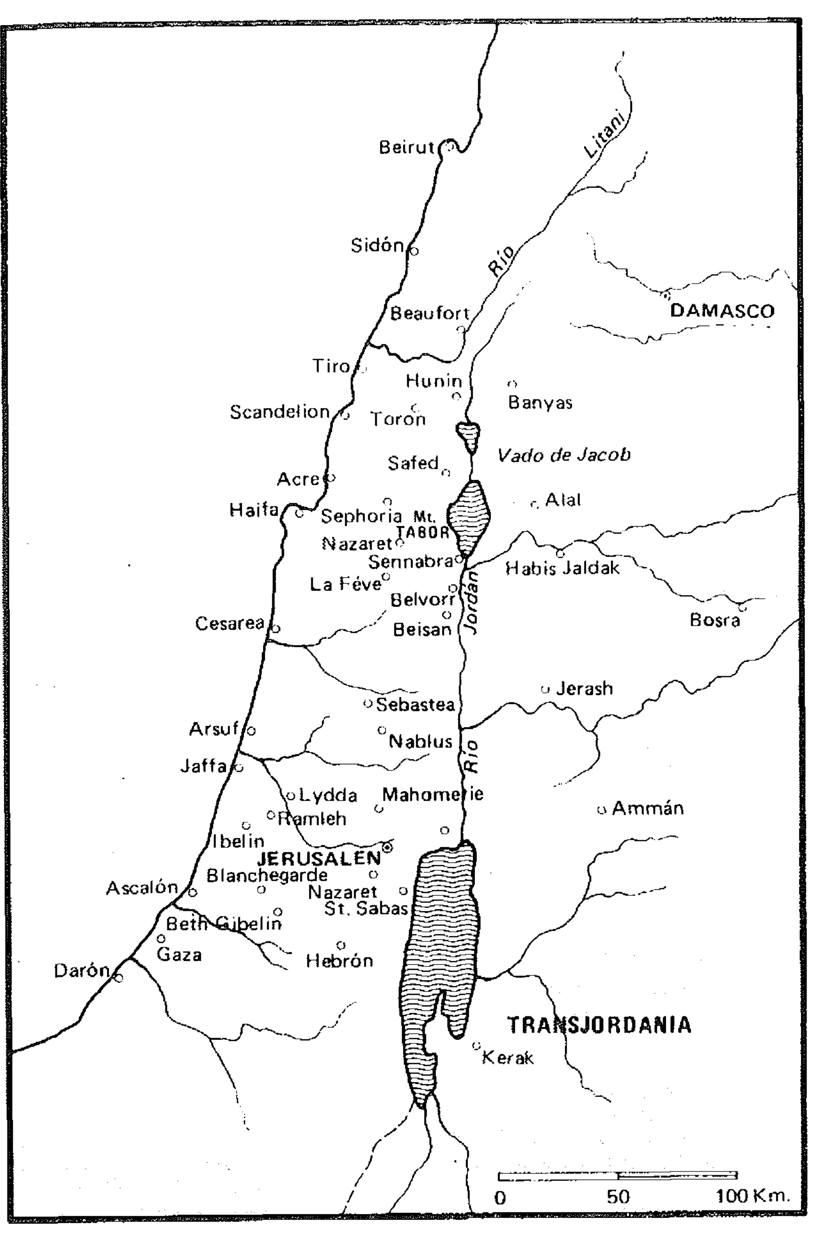
Fulko salió en seguida de Jerusalén con un ejército. Era un reto que él no podía pasar por alto. Cuando llegó a los confines de Trípoli, Pons le negó el paso. La condesa Cecilia era hermanastra de Fulko, pero el alegato de Fulko a los lazos de parentesco fue vano. El ejército de Jerusalén tuvo que trasladarse por mar de Beirut a

San Simeón. En cuanto desembarcó en territorio de Antioquía, el rey marchó hacia el Sur y derrotó a los rebeldes en Chastel-Rouge. Pero no fue lo suficientemente severo para castigar a sus enemigos. Pons se disculpó y se reconciliaron. Alicia siguió sana y salva en sus tierras de Laodicea. Los hermanos Guillermo y Garentón de Sahyun fueron perdonados, igual que Joscelino de Edesa, que no había tomado parte en la batalla. Es dudoso que Fulko hubiese obtenido pleito homenaje ni de Pons ni de Joscelino, y no consiguió deshacer el bando de Alicia. Guillermo de Sahyun fue muerto pocos meses después en una pequeña incursión musulmana contra Zerdana, y Joscelino se casó en seguida con su viuda, Beatriz, que probablemente aportó Zerdana en usufructo. Pero, por el momento, se había restablecido la paz. Fulko recuperó la regencia de Antioquía, pero confió su administración al condestable del principado, Reinaldo Mazoir, señor de Marqab. El rey volvió a Jerusalén para tomar parte en un terrible drama en la corte [2].

Había entre los nobles un apuesto joven, Hugo de Le Puiset, señor de Jaffa. Su padre, Hugo I de Le Puiset, en el Orleanesado, primo carnal de Balduino II, había sido el jefe de la oposición de los barones al rey Luis VI de Francia, el cual, en 1118, destruyó su castillo del Puiset y le desposeyó de su feudo. Los hermanos de Hugo, Gildoin, abad de Santa María de Josafat, y Waleran de Birejik, ya habían ido a Oriente, y, a poco de subir Balduino al trono de Jerusalén, Hugo decidió seguirles con su mujer, Mabilla [3]. Se pusieron en camino con su hijo Hugo. Cuando pasaban por Apulia, el muchacho cayó enfermo, por lo que le dejaron allí en la corte de Bohemundo II, que era primo carnal de Mabilla. A su llegada a Palestina, Balduino les dio el señorío de Jaffa. Hugo I murió poco después, por lo cual Mabilla y su feudo pasaron a un caballero valón, Alberto de Namur. Mabilla y Alberto tardaron poco en seguirle a la tumba, y Hugo II, que tenía entonces unos dieciséis años, se embarcó en Apulia para ir a reclamar su herencia. Balduino le recibió muy

[2] Guillermo de Tiro, XIV, 4-5, págs. 611-4; Miguel el Sirio, III, pág. 233; Kemal ad-Din, pág. 664, dice que Guillermo de Zerdana fue muerto en la guerra civil. Pero Ibn al-Qalanisi (pág. 125) afirma que Guillermo fue muerto a comienzos de 1133. La insurrección de Alicia debió producirse a comienzos de 1132.

[3] La madre de Hugo de Le Puiset, Alicia de Montlhéry, era hermana de Melisenda, madre de Balduino II (Cruissard, *Les Seigneurs du Puiset,* pág. 89). Gildoin, abad de Santa María de Josafat, y Waleran de Birejik eran hermanos suyos. Mabilla era hija de Hugo, conde de Roucy, y de Sibila, hija de Roberto Guiscardo. Véase *infra,* apéndice III, I, 1 y 2, para los árboles genealógicos. Guillermo de Tiro (véase referencia *infra,* pág. 179, n. 5) cree equivocadamente que Hugo II había nacido en Apulia, en cuyo caso se habría casado a la edad de seis años.



El reino de Jerusalén en el siglo XII.

bien y le entregó la herencia del feudo de sus padres, y fue instalado en la corte, donde su mejor compañera fue su prima, la joven princesa Melisenda. Hacia 1121 se casó con Emma, sobrina del patriarca Arnulfo y viuda de Eustaquio Garnier, una señora de edad madura, pero con vastas posesiones. Ella estaba encantada con su marido, que era alto y hermoso, pero sus hijos mellizos, Eustaquio II, hederero de Sidón, y Gualterio, heredero de Cesarea, odiaban a su padrastro, que era de poca más edad que ellos [4]. Mientras tanto, Melisenda fue casada con Fulko, por quien nunca tuvo cariño, a pesar del gran amor que él tenía por ella. Después de su advenimiento al trono, ella continuó su intimidad con Hugo. Hubo habladurías en la corte, y Fulko empezó a estar celoso. Hugo tenía muchos enemigos, encabezados por sus hijastros. Aventaron las sospechas del rey, hasta que finalmente Hugo, para su propia defensa, reunió en torno a su persona a un bando propio, cuyo miembro principal era Román del Puy, señor de las tierras de Transjordania. Pronto se dividió toda la nobleza del reino entre el rey y el conde, de quien se sabía que tenía las simpatías de la reina. La tensión creció en los meses de verano de 1132. Entonces, un día de finales de verano, cuando el palacio estaba lleno de magnates del reino, Gualterio Garnier se levantó y acusó claramente a su padrastro de conspirar contra la vida del rey, y le desafió a que se justificase en un combate singular. Hugo negó el cargo y aceptó el desafío. La fecha del duelo fue fijada por el Tribunal Supremo, y Hugo se retiró a Jaffa y Gualterio a Cesarea, para prepararse ambos.

Cuando llegó el día, Gualterio acudió a las llamadas, pero Hugo no. Quizá la reina, alarmada porque las cosas habían llegado demasiado lejos, le pidiera que se ausentase; o quizá fuese la condesa Emma, aterrada ante la perspectiva de perder o al marido o al hijo, o quizá el propio Hugo, conociendo su culpa, temiera la venganza divina. Cualquiera que fuese la causa, su cobardía fue interpretada como la prueba de su traición. Sus amigos ya no le podían apoyar más. El Consejo del rey le declaró culpable en rebeldía. Hugo entonces tuvo miedo y huyó a Ascalón, para pedir protección a la guar-

[4] No se saben con seguridad los nombres de los hijos de Eustaquio Garnier. Gualterio aparece como señor de Cesarea y Sidón en un diploma con fecha 21 de septiembre de 1131 (Röhricht, *Regesta,* pág. 35); Eustaquio II era señor de Sidón en 1126 (Röhricht, *Regesta, Additamenta,* pág. 8), y Eustaquio y Gualterio aparecen como hijos de Eustaquio I en un diploma del mismo año (Röhricht, *Regesta,* pág. 28). Pero los *Lignages* llaman a los hijos Gerardo y Gualterio, y Gerardo es también designado con el nombre de Guy en *Assises.* Véase La Monte, *The Lords of Sidon,* en *Byzantion,* vol. XVII, págs. 188-90: dice que Gerardo era hijo de Eustaquio II, y sitúa la muerte de este último antes de 1131, cuando Gualterio fue regente de Gerardo.

nición egipcia. Un destacamento egipcio le devolvió a Jaffa, y desde allí empezó a saquear la llanura de Sharon. La traición de Hugo era, pues, patente. Su principal vasallo, Balian, señor de Ibelin y condestable de Jaffa, se volvió contra él, y, cuando el ejército real bajó a toda prisa desde Jerusalén, Jaffa se rindió sin resistencia alguna. Incluso los egipcios abandonaron a Hugo, como aliado sin interés. Se vio obligado a someterse al rey.

Su castigo no fue severo. La reina era amiga suya, y el patriarca Guillermo de Messina, aconsejó clemencia. El propio rey estaba inclinado a suavizar las cosas, pues ya se habían visto claramente los peligros de la guerra civil. El 11 de diciembre, cuando el ejército real se había puesto en marcha hacia Jaffa, el atabek de Damasco atacó por sorpresa la fortaleza de Banyas y la recuperó para el Islam. Se decidió que Hugo marcharía desterrado durante tres años y que luego podría volver impunemente a sus tierras.

Mientras esperaba que llegase un barco que le llevase a Italia, Hugo marchó a Jerusalén, para despedirse de sus amigos, a principios del año siguiente. Hallándose jugando a los dados cierta tarde a la puerta de una tienda, en la calle de los Peleteros, un caballero bretón se arrastró detrás de él y le apuñaló en la cabeza y en el cuerpo. Hugo fue transportado sangrando y moribundo. Las sospechas recayeron inmediatamente sobre el rey, pero Fulko actuó con prontitud y prudencia. El caballero fue entregado al Tribunal Supremo para que le juzgase. Confesó que había actuado por iniciativa propia, esperando ganarse así el favor real, y fue condenado a muerte, a que le cortasen los miembros uno por uno. La ejecución tuvo lugar en público. Cuando el reo tenía ya brazos y piernas separados del cuerpo, pero aún le quedaba la cabeza, se le obligó a repetir la confesión. La reputación del rey quedaba a salvo. Pero la reina no estaba satisfecha. Se irritó tanto contra los enemigos de Hugo, que durante muchos meses temieron ser asesinados, y su jefe, Raourt de Nablus, no se atrevía a salir a la calle sin escolta. Se decía que incluso el rey Fulko temía por su vida. Pero su único deseo era el de ganarse el favor de su mujer. Le concedió todo, y ella, frustrada en el amor, pronto encontró consuelo en el ejercicio del poder [5].

Hugo sobrevivió a su asesinato fallido, pero no mucho tiempo. Se retiró a la corte de su primo el rey Roger II de Sicilia, que le dio en feudo el señorío de Gargano, donde murió poco después [6].

No había ninguna duda de que Fulko dirigía de nuevo su aten-

[5] Guillermo de Tiro lo relata extensamente, XIV, 15-17, págs. 627-33. Ibn al-Qalanisi, pág. 215, escribe brevemente acerca de las disensiones entre los francos —*«no frecuentes entre ellos»*.

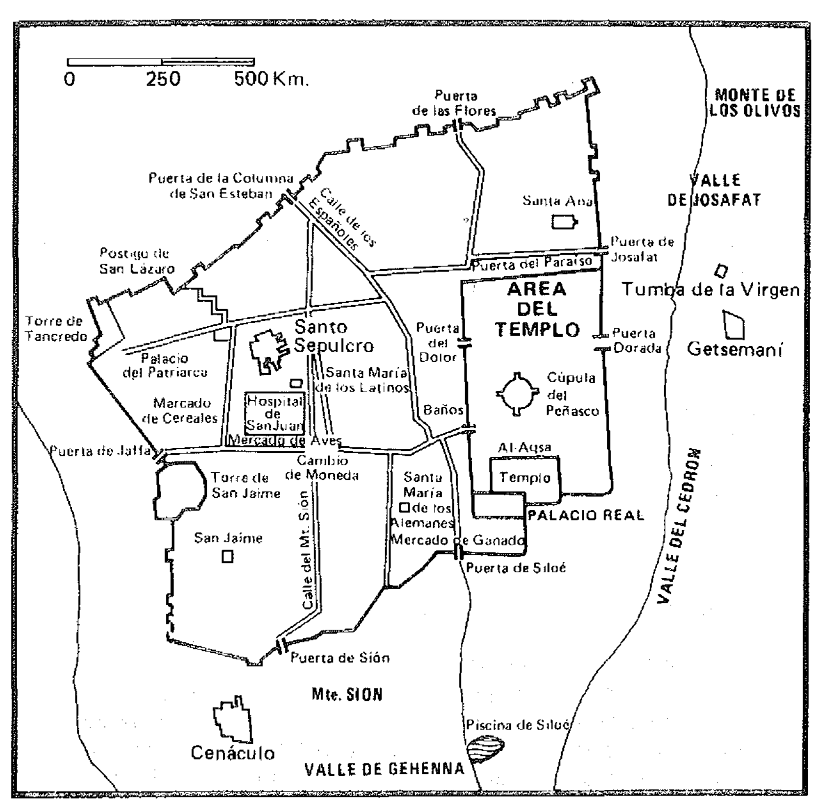
[6] Guillermo de Tiro, XIV, 17, pág. 633.

ción hacia el Norte. La situación era allí más azarosa para los francos que en los tiempos de Balduino II. No existía en Antioquía un príncipe que gobernase efectivamente. Joscelino II de Edesa no tenía ni la energía ni el sentido político de su padre. Era una figura poco atrayente. Bajo y rechoncho, de pelo oscuro y piel morena, tenía la cara marcada de viruelas, una nariz enorme y los ojos prominentes. Capaz de gestos generosos, era, sin embargo, perezoso, amante del lujo y lascivo, y perfectamente inepto para mandar la principal avanzadilla de la Cristiandad franca[7].

La falta de mando entre los francos era mucho más seria, porque los musulmanes tenían ahora en Zengi un hombre capaz de agrupar las fuerzas del Islam. Zengi se hallaba aún esperando su hora. Estaba demasiado enredado con los acontecimientos de Iraq como para sacar provecho de la situación de los francos. El sultán Mahmud ibn Mohammed murió en 1131, dejando sus posesiones de Iraq y de Persia meridional a su hijo Dawud. Pero el miembro dominante de la familia seléucida, Sanjar, decidió que la herencia debía pasar al hermano de Mahmud, Tughril, señor de Kazwin. Los otros dos hermanos de Mahmud, Mas'ud de Fars y Shah de Azerbaiján, presentaron entonces sus reivindicaciones. Dawud se retiró en seguida, al no estar apoyado ni por Mustarshid ni por sus súbditos. Durante un tiempo, Tughril, sostenido por la influencia de Sanjar, fue aceptado en Bagdad, y Mas'ud se vio obligado por Sanjar a retirarse. Pero éste pronto perdió interés; ante lo cual, Shah vino a Bagdad y se ganó el apoyo del Califa. Mas'ud llamó a Zengi en su ayuda. Zengi marchó sobre Bagdad, y fue derrotado gravemente por el Califa y Shah, cerca de Tekrit. Si el gobernador kurdo de Tekrit, Najm ed-Din Ayub, no le hubiera conducido a través del Tigris, habría sido capturado o muerto. La derrota de Zengi animó al Califa, que soñó entonces con resucitar el pasado poder de su casa. Incluso Sanjar se alarmó, y Zengi, por cuenta de él, volvió a atacar Bagdad en junio de 1132, esta vez aliado con el voluble caudillo beduino Dubais. En la batalla que siguió, Zengi iba ganando al principio; pero intervino el Califa en persona, derrotando a Dubais, y se volvió triunfante contra Zengi, que se vio obligado a retirarse hacia Mosul. Mustarshid llegó allí, en la primavera siguiente, al frente de un gran ejército. Parecía que los abasidas iban a recobrar su antigua gloria, pues el sultán seléucida de Iraq era entonces poco menos que un cliente del Califa. Pero Zengi se escapó de Mosul y empezó a acosar implacablemente el campamento del

[7] Guillermo de Tiro, XIV, 3, pág. 610. Joscelino II nació en 1113 (*Chron. Anon. Syr.*, pág. 35).

Califa y a cortarle los víveres. Después de tres meses, Mustarshid se retiró [8]. La resurrección abasida quedaba cortada de raíz. Durante el año siguiente, el príncipe seléucida Mas'ud desplazó progresivamente a los demás pretendientes al sultanato de Iraq. Mustar-



Jerusalén en la época de los reyes latinos.

shid trató en vano de contrarrestarle. En una batalla en Daimarg, en el mes de junio de 1135, el ejército del Califa fue derrotado por Mas'ud, y el propio Califa, capturado. Fue enviado al exilio al Azerbaiján, y allí fue muerto por un Asesino, probablemente en connivencia con Mas'ud. Su hijo y sucesor en el Califato, Rashid,

[8] Ibn al-Athir, págs. 398-9 (y *Atabegs of Mosul*, págs. 78-85). Véanse artículos «Mas'ud ibn Mohammed», «Tughril I» y «Sandjar», en *Encyclopaedia of Islam*.

apeló al pretendiente seléucida, Dawud, y a Zengi, pero en vano. Mas'ud obtuvo la deposición de Rashid por los cadíes de Bagdad. Su sucesor, Moqtafi, se las arregló para seducir a Zengi con grandes promesas y apartarle de Rashid y Dawud. Fortalecido con los recientes títulos honoríficos de Moqtafi y de Mas'ud, Zengi pudo, a partir de 1135, trasladar su atención hacia el Oeste [9].

Mientras Zengi estaba ocupado en el Iraq, sus intereses en Siria fueron cuidados por un soldado de Damasco, Sawar, a quien había nombrado gobernador de Alepo. Zengi no tenía medios para mandarle muchas tropas; pero, por indicación suya, varias bandas de saqueadores turcomanos entraron al servicio de Sawar, y con ellos Sawar se preparó en la primavera de 1133 a atacar Antioquía. El rey Fulko fue llamado por los asustados habitantes de Antioquía para socorrerles. Cuando se dirigía hacia el Norte con su ejército, le salió al paso, en Sidón, la condesa de Trípoli, para decirle que su marido había caído en una emboscada tendida por una banda de turcomanos en las montañas Nosairi, y que había huido al castillo de Montferrand, en la línea del valle del Orontes. A petición suya, Fulko marchó directamente a Montferrand, y, ante su proximidad, los turcomanos se retiraron. El incidente sirvió para reanudar las relaciones cordiales entre Fulko y Pons. Poco después, el hijo y heredero de Pons, Raimundo, se casó con la hermana de la reina, Hodierna de Jerusalén, mientras que su hija Inés se casó con el hijo del condestable de Fulko, Reinaldo Mazoir de Marqab [10].

Una vez salvado el conde de Trípoli, Fulko se dirigió a Antioquía. Allí se enteró de que Sawar ya había atacado con éxito la ciudad edesana de Turbessel y había reunido un ejército para lanzarlo contra Antioquía. Después de una prudente espera de varios días, Fulko avanzó hacia el campamento musulmán de Qinnasrin e hizo un ataque nocturno por sorpresa. Obligó a Sawar a retirarse y a abandonar sus tiendas; pero la victoria distaba mucho de ser completa. En ulteriores escaramuzas, los musulmanes aniquilaron a varios destacamentos francos. Sin embargo, Fulko hizo una entrada triunfal en Antioquía antes de regresar a Palestina en el verano de 1133. Tan pronto como se hubo marchado, las incursiones de Sawar en territorio cristiano volvieron a empezar [11].

Aparte de estas incursiones fronterizas, el año de 1134 trans-

9 Abu'l Feda, págs. 21-3; Ibn al-Athir, *Atabegs of Mosul*, págs. 88-91; Ibn at-Tiqtaqa, *Al Fakhiri*, págs. 297-8.

10 Guillermo de Tiro, XIV, 6, págs. 614-5; Ibn al-Qalanisi, págs. 221-2; Ibn al-Athir, págs. 399-400.

11 Guillermo de Tiro, XIV, 7, págs. 615-16; Ibn al-Qalanisi, págs. 222-3; Kemal ad-Din, pág. 665.

currió con relativa paz. Al año siguiente, el mundo musulmán se vio debilitado por revoluciones. En Egipto, el califa fatimita al-Hafiz había logrado doblegar el poder del visirato nombrando visir a su propio hijo Hasan. Pero el joven demostró ser de una ferocidad demente. Al decapitar a cuarenta emires, falsamente acusados, se produjo una rebelión. El propio Califa sólo se salvó envenenando a su hijo y entregando su cuerpo a los rebeldes. Entonces nombró visir a un armenio, Vahram, que tenía más interés en enriquecer a sus amigos y a sus correligionarios cristianos que en emprender una acción agresiva contra los francos [12]. Damasco fue privada igualmente de su poder ofensivo. El hijo de Toghtekin, Buri, murió en 1132; y le sucedió en el cargo de atabek su hijo Ismail. El gobierno de Ismail empezó brillantemente, arrebatando Banyas a los francos y Baalbek y Hama a sus rivales; pero pronto empezó a combinar una tiranía cruel con un régimen fiscal abrumador. Su conducta motivó un intento de asesinato contra él, que fue castigado con ejecuciones en masa, emparedando vivo incluso a su propio hermano, Sawinij, por las más leves sospechas. Luego planeó la eliminación del consejero de confianza de su padre, Yusuf ibn Firuz. Su madre, la princesa viuda Zumurrud, soportó la muerte de su hijo Sawinij con serenidad; pero Yusuf era su amante. Conspiró para salvarle. Ismail se dio cuenta de que no estaba seguro ni en su propio palacio. Alarmado, escribió al viejo enemigo de su padre, a Zengi, ofreciéndole convertirse en vasallo suyo si Zengi le mantenía en el poder. Si no quería ayudarle, Ismail entregaría Damasco a los francos. A Zengi no le convenía abandonar Mosul cuando el Califa abasida, Mustarshid, estaba aún invicto. Pero no podía desoír la llamada. La recibió demasiado tarde. Cruzó el Eufrates el 7 de febrero; pero, seis días antes, Zumurrud había ya perpetrado el asesinato de Ismail y puesto como sucesor a su hijo menor, Shihab ed-Din Mahmud. El nuevo atabek, con la ayuda de su pueblo, rechazó cortésmente a los mensajeros que Zengi le envió solicitando su sumisión. Cuando Zengi avanzaba hacia Damasco, recibiendo al pasar la rendición de Hama, encontró a la ciudad en estado de defensa. Su intento de asaltar las murallas falló. Pronto faltaron los víveres en su campamento, y algunas de sus tropas desertaron. En aquel momento llegó una embajada del califa Mustarshid requiriéndole cortésmente a que respetase la independencia de Damasco. Zengi aceptó de buena gana una excusa que le permitía retirarse sin deshonor. Se hicieron las paces entre Zengi y Mahmud, y Zengi hizo una visita oficial a Damasco. Pero Mahmud no se fiaba de

[12] Ibn al-Athir, págs. 405-8.

Zengi lo bastante como para devolverle la visita: envió a su hermano en su lugar [13].

Este episodio, coincidiendo con la debilidad de Egipto, ofrecía una oportunidad única para recuperar Banyas y tomar una acción agresiva. Pero Fulko dejó pasar la ocasión. Zengi, habiéndose desembarazado de Damasco, empleó sus fuerzas en un ataque contra el territorio de Antioquía. Mientras que su lugarteniente Sawar amenazaba Turbessel, Aintab y Azaz, en previsión de una unión entre los ejércitos de Antioquía y Edesa, Zengi rebasó las fortalezas de la frontera oriental, Kafartab, Maarat, Zerdana y Athareb, capturándolas una por una. Afortunadamente para los francos, entonces se tuvo que volver a Mosul; pero las defensas fronterizas estaban perdidas [14].

Otros desastres llevaron a Fulko otra vez hacia el Norte. Era aún regente nominal de Antioquía, pero allí la autoridad estaba representada por el venerable patriarca Bernardo. Bernardo murió a principios del verano. Había sido un político muy capaz, enérgico, firme y valeroso, pero severo con la nobleza franca e intolerante para con los cristianos indígenas. A su muerte, el populacho aclamó como sucesor suyo al obispo latino de Mamistra, Radulfo de Domfront, que ocupó el trono patriarcal sin esperar a una elección canónica. Radulfo era un hombre muy diferente, bello, a pesar de un ligero estrabismo, amante de la pompa, generoso y afable, no muy ilustrado, pero orador elocuente y persuasivo, y, tras una fachada agradable, mundano, ambicioso y astuto. No tenía ningún deseo de ser dominado por el rey y los hombres del rey; por tanto, entabló negociaciones con la princesa Alicia, que seguía viviendo en sus tierras de Laodicea. Alicia vio su oportunidad y apeló a su hermana Melisenda. Fulko llegó a Antioquía en agosto, en visita breve. No se sintió lo bastante fuerte como para protestar por la elección irregular de Radulfo, y ahora no podía negarle nada a su mujer. Alicia fue autorizada a volver a Antioquía. Fulko siguió siendo regente, pero el poder se repartió en una alianza difícil entre la viuda y el patriarca [15].

Radulfo pronto se indispuso con su clero, y Alicia se convirtió en dueña de la ciudad. Pero su situación era precaria. Su principal apoyo residía en los cristianos indígenas. Como ya lo habían demos-

[13] Ibn al-Qalanisi, págs. 211-36, ofrece una narración muy completa, aunque atribuye motivos laudables al asesinato que cometió la viuda en la persona de su hijo. Dice que el principal ministro de Ismail era un kurdo cristiano, Beltrán el Infiel; *Bustan,* pág. 329; Kemal ad-Din, págs. 667-70; Ibn al-Athir, págs. 403-5.

[14] Kemal ad-Din, pág. 670.

[15] Guillermo de Tiro, XIV, 9, 20, págs. 619-20, 636. Fulko estaba en Antioquía en agosto de 1135 (Röhricht, *Regesta,* pág. 39).

trado sus intrigas con Zengi, tenía pocas consideraciones para con los sentimientos de los francos. Entonces trazó un plan mejor. A finales de 1135, envió un mensajero a Constantinopla ofreciendo la mano de su hija, la princesa Constanza, al hijo menor del Emperador, Manuel. Su acción pudo ser dictada, como lo manifestaron los cruzados horrorizados, por el capricho de su ambición; pero, de hecho, aportaba la mejor solución para la conservación del norte de Siria. El elemento griego era fuerte en Antioquía. La amenaza musulmana era creciente con Zengi, y el Imperio era el único poder lo suficientemente fuerte para tenerlo en jaque. Un estado vasallo gobernado bajo la soberanía imperial, primero por la semi-armenia Alicia y luego conjuntamente por un príncipe bizantino y una princesa franca, hubiera servido mejor para unir a los griegos y a los francos en la defensa de la Cristiandad. Pero los nobles francos estaban horrorizados, y el patriarca Radulfo se vio desplazado en favor de un odiado griego. Parece ser que, durante su visita a Antioquía, el rey Fulko fue consultado por los barones sobre qué marido convendría dar a Constanza. Ahora le llegó un mensajero secreto para decirle que había que encontrar uno con la mayor urgencia. Después de pasar revista a todos los príncipes franceses conocidos suyos, Fulko se decidió por el hijo menor del duque Guillermo IX de Aquitania, Raimundo de Poitiers, que por aquel entonces estaba en la corte inglesa del rey Enrique I, cuya hija se había casado hacía poco con Godofredo, hijo de Fulko. Un caballero del Hospital, Gerardo Jebarre, fue enviado a Inglaterra para hacerle venir. Se observó el mayor de los secretos. Alicia no debía saber nada, ni el secreto sería completo si lo supiese la reina. Otro peligro residía en la hostilidad del rey Roger de Sicilia, que nunca había perdonado al reino de Jerusalén el agravio hecho a su madre Adelaida, y cuyas ambiciones mediterráneas harían que no permitiese el paso libre de un pretendiente a la mano de la mayor heredera de Oriente. Gerardo llegó a la corte inglesa, y Raimundo aceptó la propuesta. Pero el rey Roger se enteró del secreto, porque los normandos de Inglaterra y de Sicilia estaban siempre en estrecho contacto. Decidió apoderarse de Raimundo, que no podría encontrar un barco para Siria más que desde un puerto del sur de Italia. Raimundo se vio obligado a separarse de su séquito y a disfrazarse algunas veces de peregrino y otras de criado de un mercader. Se las arregló para escabullirse del bloqueo, y en abril de 1136 llegó a Antioquía.

Su llegada no pudo ocultarse a Alicia. Raimundo fue a ver inmediatamente al patriarca. Radulfo le ofreció ayuda con condiciones. Raimundo habría de rendirle homenaje y someterse en todo a él. Con el consentimiento de Raimundo, Radulfo pidió audiencia a Alicia,

para decirle que el encantador extranjero había venido para pretender su mano. La idea era convincente, pues Raimundo tenía treinta y siete años; Alicia, menos de treinta, y Constanza, apenas nueve. Luego, mientras Alicia estaba en su palacio esperando a su futuro prometido, Constanza fue secuestrada y llevada a la catedral, donde el patriarca, a toda prisa, la casó con Raimundo. Alicia estaba derrotada. Contra el marido legal de la heredera, una viuda no tenía derechos. Se volvió a retirar a Laodicea, para quedarse allí desconsolada durante el resto de su corta existencia [16].

Raimundo estaba en la flor de su juventud. Era bello y tenía una talla imponente; no era muy instruido, y le gustaba el juego; era impetuoso y, al mismo tiempo, indolente; pero tenía una buena reputación de valentía y de pureza de conducta [17].

Su popularidad pronto inquietó al patriarca, aún incomodado con su clero, y, si bien tratado con deferencia, se vio privado de poder. Los nobles apoyaban sólidamente a Raimundo, porque, de hecho, la situación era demasiado seria para ellos, de manera que no podían hacer otra cosa. El principado estaba perdiendo terreno. No sólo habían desaparecido las defensas orientales. En el Sur, en los montes Nosairi, un aventurero turcomano conquistó el castillo de Bisikra'il de manos de Reinaldo Mazoir, en 1131, y, a principios de 1136, a duras penas pudo evitarse que tomase Balatonos. Bisikra'il fue recuperado poco después. Más hacia el Sur, donde los francos habían conquistado el castillo de Qadmus en 1129, el año 1131 volvió a manos del emir musulmán de Kahf, Said ed-Din ibn Amrun, quien al año siguiente se lo vendió al jefe Asesino Abu'l Fath. En 1135, los Asesinos compraron la propia Kahf a los hijos de Saif ed-Din, y en el invierno de 1136 arrebataron Khariba a los francos [18]. Cilicia ya se había perdido. En 1131, poco después de la muerte de Bohemundo II, el príncipe roupeniano León, protegido en su retaguardia por una alianza con el emir danishmend, descendió a la llanura y tomó las tres ciudades de Mamistra, Tarso y Adana. Su hermano y predecesor, Thoros, unos años antes ya había expulsado a las pequeñas guarniciones bizantinas de Sis y Anazarbo, situadas más en el interior. En 1135, León capturó Sarventikar, en la falda de los montes Amánicos, desposeyendo de ella a Balduino, señor Marash. Pero el do-

[16] Guillermo de Tiro, XIV, 20, págs. 635-6; Cinnamus, págs. 16-17; Roberto de Torigny (I, pág. 184) creía que Raimundo se había casado con la viuda de Bohemundo II.

[17] Guillermo de Tiro, XIV, 21, págs. 637-8; Kemal ad-Din, ed. Blochet, página 522, afirma que podía torcer una barra de hierro. Cinnamus (pág. 125) le compara con Hércules.

[18] Ibn al-Qalanisi, pág. 241; Usama, ed. Hitti, pág. 157; Kemal ad-Din, página 680.

minio armenio sobre Cilicia era débil. Los bandidos encontraron refugio en sus tierras, y los piratas infestaron sus costas [19].

En el condado de Edesa no estaba la situación más despejada. Timurtash el Ortóquida se había anexionado recientemente algún territorio suyo en el Este. Hacia el Norte, el príncipe armenio de Gargar, Miguel, incapaz de defenderse contra los turcos, cedió sus tierras al conde Joscelino, que imprudentemente se las entregó al enemigo personal de Miguel, Basilio, hermano del católico armenio. Estalló una guerra civil entre los dos armenios. Joscelino se vio obligado a poner una guarnición en Gargar, pero no pudo impedir que la región fuese asolada sucesivamente por los armenios y los turcos. Sawar hizo una incursión en la zona de Turbessel en 1135, y en abril de 1136, al tiempo de la llegada de Raimundo de Poitiers a Oriente, su general Afshin no sólo cortó la ruta por territorio de Antioquía hacia Laodicea, en el Sur, incendiando y saqueando las aldeas a su paso, sino que luego se dirigió hacia el Norte, más allá de Marash, a Kaisun. El principal vasallo del conde de Edesa, Balduino, señor de Marash y Kaisun, fue impotente para defender sus tierras [20].

Raimundo decidió que su primera acción tenía que ser la reconquista de Cilicia. Había que proteger la retaguardia antes de que pudiese aventurarse a oponerse a Zengi. Con la aprobación del rey Fulko, marchó con Balduino de Marash contra los roupenianos. Pero la alianza no resultó perfecta. Joscelino de Edesa, aunque vasallo de Fulko y soberano de Balduino, era también sobrino de León, y simpatizaba con su tío. La autoridad del rey de Jerusalén no era lo suficientemente amplia como para unir a los príncipes francos. Con la ayuda de Joscelino, León rechazó al ejército de Antioquía. Triunfante, concedió una entrevista personal a Balduino, quien traidoramente le hizo prisionero y le envió cautivo a Antioquía. En ausencia de León, sus tres hijos riñeron. El mayor, Constantino, finalmente, fue hecho prisionero por sus hermanos, que le cegaron. Sin embargo, los francos no sacaron provecho alguno de esta situación. El emir danishmend, Mohammed II ibn Ghazi, invadió Cilicia, destruyó las cosechas y luego se dirigió a las tierras de Balduino y las asoló hasta Kaisun. Impulsado por estos desastres, León compró su libertad, ofreciendo a Raimundo entregarle las ciudades de Cilicia; pero, al volver a sus dominios, ya no se acordó de la promesa. Volvió a estallar una guerra desigual, hasta que, a principios de 1137, Joscelino concertó precipitadamente una tregua entre los dos bandos, que es-

[19] Gregorio el Presbítero, pág. 152; Miguel el Sirio, III, págs. 230-3; *Crónica Armenia Rimada,* pág. 499; Sembat el Condestable, pág. 615.

[20] Miguel el Sirio, III, pág. 244; Ibn al-Qalanisi, págs. 239-40; Kemal ad-Din, pág. 672.

taban aterrorizados con las noticias que venían del Norte; noticias que demostraban que la princesa Alicia, después de todo, no había tenido ideas tan disparatadas [21].

El rey Fulko no había podido ofrecer una ayuda eficaz a su amigo Raimundo. Tenía que afrontar peligros más inmediatos para sus dominios. El gobierno del joven atabek Mahmud de Damasco acusó la influencia pacífica del amante de su madre, Yusuf; pero una tarde de primavera, en 1136, cuando iba el atabek marchando por el Maidan, acompañado de Yusuf y de un jefe mameluco, Bazawash, éste, de repente, mató a Yusuf a puñaladas y se escapó a su regimiento de Baalbek. Desde allí amenazó con marchar sobre Damasco y deponer al atabek si no se le nombraba primer ministro. Mahmud se plegó a sus deseos. Inmediatamente, los de Damasco tomaron una actitud agresiva hacia los francos. A principios del año siguiente invadieron el condado de Trípoli. Los cristianos locales, que no tenían lealtad hacia los francos, les guieron secretamente por los pasos del Líbano a la llanura costera. El conde Pons fue cogido por sorpresa. Salió con su pequeño ejército al encuentro de aquéllos y fue desastrosamente derrotado. El propio Pons, que había huido a las montañas, fue delatado a los musulmanes por un campesino cristiano y muerto en el acto. Al obispo de Trípoli, Gerardo, que fue capturado en la batalla, afortunadamente no le reconocieron y pronto fue canjeado como hombre sin importancia. Bazawash capturó uno o dos castillos fronterizos, pero no se aventuró a atacar a la misma Trípoli. Se retiró en seguida a Damasco, cargado de botín [22].

Pons había gobernado Trípoli durante veinticinco años. Parece haber sido un administrador competente, pero un político poco hábil, ansiando siempre desembarazarse de la soberanía del rey de Jerusalén, si bien demasiado débil para conseguir su independencia. Su hijo y sucesor, Raimundo II, poseía un temperamento más apasionado. Tenía entonces veintidós años y se había casado poco antes con la hermana de la reina Melisenda, Hodierna de Jerusalén, de la cual estaba celosamente enamorado. Su primera acción fue vengar la muerte de su padre, y no en los mamelucos de Damasco, sino en los desleales cristianos del Líbano. Dirigiéndose a las aldeas sospechosas de haber ayudado al enemigo, exterminó a todos los hombres y se llevó a las mujeres y a los niños para venderlos como esclavos

[21] Gregorio el Presbítero, *loc. cit.* (y nota por Dulaurier); Sembat el Condestable, pág. 616; Mateo de Edesa, ccliii, págs. 320-1.

[22] Guillermo de Tiro, XIV, 23, pág. 640; Ibn al-Qalanisi, págs. 240-1; Ibn al-Athir, págs. 419-20.

en Trípoli. Su despiadado proceder acobardó a los libaneses, pero no por ello se hicieron más amigos de los francos [23].

La actividad de Bazawash no era del gusto de Zengi. No estaba dispuesto a atacar a los francos con un estado musulmán independiente y agresivo en su flanco. A fines de junio marchó hacia Homs, que estaba gobernada en nombre del atabek de Damasco por un mameluco de edad madura, Unur. Durante unos quince días, Zengi acampó ante la ciudad, cuando le llegaron noticias de que un ejército franco procedente de Trípoli se acercaba. Fuese cual fuere la intención del conde Raimundo, su desplazamiento motivó que Zengi levantase el sitio de Homs y se volviese contra los francos. Al retirarse Raimundo ante él, avanzó y puso sitio al gran castillo de Montferrand, en los contrafuertes orientales de las montañas Nosairi, que guardaba la entrada al valle del Buqaia. Mientras tanto, Raimundo mandó pedir ayuda a Jerusalén al rey Fulko.

Fulko acababa de recibir una llamada urgente de Antioquía, pero no podía desatender a una amenaza musulmana contra Trípoli. Se apresuró a unirse a Raimundo, con todos los hombres que pudo allegar, y juntos hicieron una marcha forzada bordeando las estribaciones de los montes Nosairi, hacia Montferrand. Fue una marcha difícil, y su ejército pronto estuvo en un estado lastimoso. Zengi se había retirado algo ante la proximidad de los cristianos; pero cuando se enteró de su estado, se volvió y los cercó cuando emergían desde las colinas hacia el castillo. Los francos, cansados, fueron cogidos por sorpresa. Combatieron valientemente, pero la batalla terminó en seguida. Los cristianos, en su mayor parte, quedaron muertos en el campo de batalla. Otros, entre los que estaba el conde de Trípoli, cayeron prisioneros, mientras que Fulko, con una exigua guardia personal, huyó a la fortaleza [24].

Antes de que Zengi pudiera ponerse en movimiento para cercar a Montferrand, el rey envió mensajeros al patriarca de Jerusalén, al conde de Edesa y al príncipe de Antioquía, pidiéndoles ayuda inmediata. Los tres, pasando por alto otros peligros, respondieron a su llamamiento, pues la captura del rey y de toda su caballería bien podía significar el fin del reino. El patriarca Guillermo reunió todo lo que quedaba de la milicia de Palestina y se puso al frente de ella, precedido de la Santa Cruz, dirigiéndose a Trípoli. Joscelino de Ede-

[23] Guillermo de Tiro, *loc. cit.*

[24] Guillermo de Tiro, XIV, 25, págs. 643-5; Ibn al-Qalanisi, págs. 242-3 (diplomáticamente omite aludir a la alianza franco-damascena); Kemal ad-Din, páginas 672-3; Ibn al-Athir, pág. 420.

sa, olvidando sus preocupaciones locales, bajó desde el Norte, y en el camino se le reunió Raimundo de Antioquía, que mal podía en aquel momento abandonar su capital. Afortunadamente para Palestina, que quedaba vacía de todo hombre útil, sus vecinos no se hallaban en condiciones de mostrarse agresivos. Egipto estaba paralizado por una revolución palaciega, en la que se había sustituido al visir armenio Vahram por un violento anticristiano, Ridwan ibn al-Walaskshi, que estaba muy ocupado en asesinar a los amigos de su predecesor y en disputar con el Califa. La guarnición de Ascalón llevó a cabo una incursión contra Lydda, pero sin consecuencias [25]. El mameluco Bazawash de Damasco era más peligroso, y en cuanto el patriarca se hubo alejado de la región, dio carta blanca para saquear toda la zona, hasta la ciudad abierta de Nablus, en el Sur, cuyos habitantes pasó por las armas. Pero, temiendo las consecuencias que ello podría acarrear para Damasco, si Zengi lograba una victoria demasiado completa, no quiso presionar más aún a los francos [26].

A fines de julio, el ejército de socorro se reunió en el río Buqaia. Mientras tanto, el rey, en Montferrand, estaba desesperado. Se hallaba aislado del mundo que le rodeaba. Escaseaban las provisiones, y, día y noche, las diez grandes catapultas de Zengi machacaban las murallas del castillo. Finalmente, envió a un heraldo a Zengi para preguntarle las condiciones. Casi no daba crédito a sus oídos cuando supo que Zengi sólo pedía la cesión de Montferrand. El rey podría salir libremente con todos sus hombres. Más aún, los principales caballeros capturados en la batalla, incluso el conde de Trípoli, serían puestos en libertad. No se cobraría rescate. Fulko aceptó inmediatamente. Zengi mantuvo su palabra. El rey y su guardia personal fueron conducidos ante Zengi, quien los trató con todas las muestras de respeto y obsequió al rey con una túnica suntuosa. Sus compañeros le fueron devueltos, y se les dejó seguir tranquilamente su camino. En el valle del Buqaia se encontraron con el ejército de socorro, mucho más cerca de lo que habían supuesto. Algunos se lamentaron de que si hubiesen resistido un poco más habrían podido ser salvados; pero los más prudentes se alegraron de haberse librado tan fácilmente [27].

De hecho, la indulgencia de Zengi no ha dejado nunca de admirar a los historiadores. Pero Zengi sabía lo que hacía. Montferrand no tenía precio. Su posesión impediría a los francos penetrar en el valle del Orontes superior. Estaba también admirablemente situado

25 Guillermo de Tiro, XIV, 26, págs. 645-7.

26 *Idem,* XIV, 27, pág. 647.

27 Guillermo de Tiro, XIV, 28-9, págs. 545-51; Ibn al-Qalanisi, *loc. cit.;* Kemal ad-Din, *loc. cit.;* Ibn al-Athir, págs. 421-3.

para dominar Hama y la ciudad damascena de Homs. El obtenerlo sin más combate valía la pena, porque no deseaba correr el riesgo de una batalla con las fuerzas de socorro francas a tan poca distancia de las fronteras de Damasco, cuyos gobernantes sacarían inmediato provecho de la derrota que hubiera podido sufrir. Y además, al igual que sus enemigos los francos, estaba intranquilo por las noticias que llegaban del Norte.

Capítulo 9

LAS PRETENSIONES DEL EMPERADOR

«No confíe vanamente engañado, pues vanidad serán sus sarmientos.»

(Job, 15, 31.)

La noticia que provocó la conclusión de una paz entre los francos y los armenios, que había hecho que el príncipe Raimundo estuviese poco dispuesto a abandonar Antioquía y que había inducido a Zengi a mostrarse ahora indulgente con sus enemigos, era la de que un gran ejército avanzaba hacia Cilicia, mandado en persona por el emperador Juan Comneno. Como el emperador Alejo no visitó Antioquía durante la primera Cruzada, los políticos del Oriente franco habían ignorado a Bizancio. Incluso, aunque la tentativa de Bohemundo para invadir el Imperio desde el Oeste falló totalmente, Alejo fue absolutamente incapaz de garantizar que las condiciones de su tratado con Bohemundo se cumplirían. Los francos de Antioquía sabían de sobra que estaba muy ocupado por problemas más cerca de su corte [1].

Estos problemas se prolongaron durante cerca de treinta años. Hubo guerras intermitentes en todas las fronteras del Imperio. Hubo invasiones polovsianas que atravesaron el bajo Danubio, como las de 1114 y 1121. Hubo una tensión continua con los húngaros en el Danubio medio, que estalló en guerra abierta en 1128; los húngaros

[1] Véase *supra*, págs. 106, 132.

invadieron la península balcánica hasta Sofía, pero fueron rechazados y derrotados en su propio territorio por el Emperador. Las ciudades mercantiles italianas hacían incursiones periódicas en el Imperio, con el fin de arrancar privilegios comerciales. Pisa obtuvo un tratado favorable en 1111, y Venecia, después de cuatro años de guerra, motivada por la negativa del emperador Juan a ratificar las concesiones de su padre, recobró todos sus derechos en 1126. Los normandos del sur de Italia, intimidados después de la derrota de Bohemundo en Dirraquio, volvieron a ser una amenaza en 1127, cuando Roger II de Sicilia se anexionó la Apulia. Roger II, que tomó el título de rey en 1130, tenía todo el odio de su familia a Bizancio, aunque le gustaba imitar sus métodos y patrocinar sus artes. Pero sus ambiciones eran tan grandes que siempre se podían encontrar aliados contra él. No sólo pretendía dominar Italia, sino que reclamaba Antioquía, como único representante vivo de la línea masculina de la casa de Hauteville, y la propia Jerusalén, en virtud del tratado concluido por su madre, Adelaida, con el rey Balduino I [2].

En Asia Menor no había paz. Durante la primera Cruzada, y después, Alejo había consolidado su dominio sobre el tercio occidental de la península y sobre las costas del Norte y del Sur; y, de haber tenido que contender sólo con los príncipes turcos, habría conservado intactas sus posesiones. Pero aún se infiltraban grupos de turcomanos hacia el interior, donde ellos y sus rebaños se multiplicaban, y como siempre se desbordaban hacia los valles costeros en busca de un clima más grato y de pastos más ricos. Su llegada destruía inevitablemente la vida agrícola sedentaria de los cristianos. De hecho, cuanto más débiles eran los príncipes, más ingobernables y peligrosos para el Imperio eran sus súbditos nómadas [3].

En la época de la muerte del emperador Alejo, en 1118, la Anatolia turca se hallaba dividida entre el sultán seléucida Mas'ud, que reinaba desde Konya hasta el centro meridional de la península y desde el río Sangrario hasta el Tauro, y el emir danishmend Ghazi II, cuyas tierras se extendían desde el Halys hasta el Eufrates. Entre ellos habían eliminado y absorbido los emiratos menores, excepto Melitene, en el Este, donde reinaba el hermano menor de Mas'ud, Toghrul, bajo la regencia de su madre y del segundo marido

[2] Para Roger II, véase Chalandon, *Domination Normande en Italie,* II, páginas 1-51. La invasión polovsiana en 1121 fue descrita vivamente por el jacobita Basilio de Edesa, de lo que se aprovechó Miguel el Sirio (III, pág. 207).

[3] Un buen resumen del transcurso y efecto de las invasiones turcomanas se encuentra en Ramsay, «War of Moslem and Christian for the Possession of Asia Minor», en *Studies in the History and Art of the Eastern Provinces of the Roman Empire,* págs. 295-8.

de ésta, el ortóquida Balak. A pesar de la victoria bizantina de Filomelio en 1115 y del intento subsiguiente de un trazado de frontera, los turcos habían recobrado en los años siguientes la Laodicea frigia habían penetrado en el valle del Meandro, cortando la ruta a Attalia. Al mismo tiempo, los danishmend estaban atacando al Oeste, hacia el interior de Paflagonia. El emperador Alejo estaba planeando una campaña para restablecer las fronteras de Anatolia, cuando le sobrevino su última enfermedad[4].

La subida del emperador Juan al trono infundió nuevo vigor a Bizancio. Juan, a quien sus súbditos llamaban *Kaloioannes,* Juan el Bueno, era uno de esos raros personajes de quien ningún escritor contemporáneo, salvo una excepción, tenía nada malo que decir. La excepción era su propia hermana. Ana Comneno era la primogénita de los hijos de Alejo. De niña, había estado prometida al joven co-emperador Constantino Ducas, a quien Alejo había prometido la eventual sucesión. La temprana muerte de Constantino, que tuvo lugar poco después del nacimiento de su hermano, fue un golpe cruel para sus ambiciones, y después intentó siempre reparar la injusticia de la Providencia, persuadiendo a su padre, con el beneplécito de su madre, para que dejase el trono a su marido, el césar Nicéforo Brienio. Incluso cuando el Emperador se hallaba moribundo, asistido afectuosamente por su mujer y su hija, las dos mujeres alternaban sus cuidados con peticiones de que desheredase a Juan. Pero Alejo había decidido que sería su hijo quien le sucedería. Cuando se le permitió a Juan que le dijese el último adiós, el moribundo le entregó calladamente su anillo con el sello imperial, y Juan abandonó apresuradamente la cámara mortuoria, para hacerse dueño de las puertas del palacio. Su presteza se vio recompensada. El ejército y el senado le aclamaron inmediatamente como emperador reinante, y el patriarca respaldó rápidamente su aclamación con la ceremonia de la coronación en Santa Sofía. Ana y la emperatriz madre habían perdido la partida. Pero Juan temía que los partidarios de éstas atentasen contra su vida. Incluso se negó a asistir a los funerales de su padre, teniendo buenas razones para creer que el asesinato estaba planeado para dicha ocasión. Pocos días después, Ana organizó una conjura para eliminarle mientras estaba descansando en el tranquilo palacio de Philopatium, en las afueras. Pero la conjura adolecía de un grave defecto: era para exaltar al trono a Nicéforo Brienio; y éste no tenía ningún deseo de ello. Posiblemente fue él quien avisó al Emperador. Juan castigó a los conspiradores con indulgencia. La emperatriz ma-

[4] Ana Comneno, XV, i, 6-vi, págs. 187-213; Chalandon, *Règne d'Alexis I Comnène,* págs. 268-71.

dre Irene probablemente no tomó parte en la conjura, pero de todos modos se retiró a un convento. Las posesiones de los principales partidarios de Ana fueron confiscadas, pero a muchos de ellos se les devolvieron. La propia Ana fue desposeída de sus propiedades por cierto tiempo y en adelante vivió completamente retirada. Nicéforo no recibió castigo alguno. El y su mujer se consolaron de la pérdida de una corona adoptando el título menos exigente de historiadores [5].

Juan estaba ahora seguro. Tenía treinta años, y era un hombre bajo, delgado, de pelo oscuro, de ojos oscuros y de tez notablemente oscura. Sus gustos eran austeros; no compartía la inclinación que tenía la mayor parte de su familia hacia la literatura y las discusiones teológicas. Era por encima de todo un soldado, y estaba más contento en campaña que en palacio. Pero era un administrador hábil y justo, y, no obstante su severidad para consigo mismo, era generoso para con sus amigos y con los pobres, y estaba dispuesto a mostrarse en el esplendor de las ceremonias, si se lo pedían. Era afectuoso e indulgente para con su familia, y fiel a su mujer, la princesa húngara Piriska, rebautizada con el nombre de Irene; pero ella, aunque compartía su austeridad y su caridad, tenía poca influencia sobre él. Su único amigo íntimo era su gran doméstico, un turco llamado Axuch, que había sido hecho prisionero cuando era un muchacho en la captura de Nicea en 1097 y se había criado en palacio. El concepto que tenía Juan de su papel de emperador era muy elevado. Su padre le había dejado una flota poderosa, un ejército compuesto de una mescolanza de razas, pero que estaba bien organizado y bien equipado, y un erario lo suficientemente bien provisto como para permitirle una política activa. El deseaba no sólo conservar las fronteras del Imperio, sino restablecer sus antiguos límites, y llevar a la realidad las reivindicaciones imperiales en el norte de Siria [6].

Juan comenzó su primera campaña contra los turcos en la primavera de 1119. Marchó a través de Frigia hacia el Sur, y recobró Leodicea. Asuntos urgentes le reclamaban en Constantinopla; pero volvió un mes más tarde, tomando Sozópolis, y volvió a dejar libre la ruta a Attalia. Mientras él mismo atacaba a los seléucidas en el Oeste, había planeado un ataque a los Danishmend en el Este. Constantino Gabras, duque de Trebisonda, aprovechó una disputa entre el emir Ghazi y su yerno, Ibn Mangu, un reyezuelo establecido en Taranaghi, en Armenia, para tomar las armas en apoyo de este último. Pero Ghazi, con Toghrul de Melitene como aliado, derrotó y

[5] Ana Comneno, XV, xi, I-23, págs. 229-42; Zonaras, III, pág. 759 (descripción menos subjetiva); véase Chalandon, *op. cit.*, págs. 273-6, y *Les Comnènes,* págs. 1-8.
[6] Chalandon, *op. cit.*, págs. 8-11, 19.

capturó a Gabras, el cual tuvo que pagar treinta mil denarios de rescate. Una disputa oportuna entre Ghazi y Toghrul impidió que los turcos explotasen su victoria [7].

Después, durante unos años, Juan no pudo intervenir en Anatolia. En esos años creció de manera alarmante el poder de los Danishmend. En 1124, cuando el padrastro de Toghrul de Melitene, Balak el Ortóquida, fue muerto en combate en el Jezireh, el emir Ghazi invadió Melitene y se la anexionó, con gran placer de los cristianos indígenas, a quienes su gobierno les parecía benigno y justo. Luego, se dirigió hacia el Oeste y tomó Ankara, Gangra y Kastamuni, a los bizantinos, y extendió su poder hacia las costas del mar Negro. Constantino Gabras, separado así por tierra de Constantinopla, aprovechó su aislamiento para declararse dueño independiente de Trebisonda. En 1129, a la muerte del príncipe roupeniano Thoros, Ghazi volvió su atención hacia el Sur, y, al año siguiente, aliado con los armenios, mató al príncipe Bohemundo II de Antioquía a orillas del Jihan. Independientemente de las miras que Juan tuviese sobre Antioquía, no quería, ni mucho menos, que cayese en manos de un príncipe musulmán poderoso. Afortunadamente, durante esos años, los seléucidas de Anatolia estaban absorbidos por disputas familiares. En 1125, el sultán Mas'ud fue destronado por su hermano, Arab. Mas'ud huyó a Constantinopla, donde el Emperador le recibió con todos los honores. Luego se dirigió a su suegro, el danishmend Ghazi, cuya ayuda le permitió, tras un combate de cuatro años, recobrar su trono. A su vez, Arab buscó refugio en Constantinopla, donde murió [8].

Entre 1130 y 1135, Juan hizo cada año una campaña contra los Danishmend. Su actividad se vio interrumpida dos veces por las intrigas de su hermano, el sebastocrátor Isaac, que huyó de la corte en 1130, pasándose los nueve años siguientes tramando conjuras con diversos príncipes musulmanes y armenios; y en 1134, la muerte repentina de la emperatriz volvió a apartarle de las guerras. En septiembre de 1134, cuando la muerte del emir Ghazi despejó la situación, ya había reconquistado todo el territorio perdido, excepto la ciudad de Gangra, que recuperó en la primavera siguiente. El hijo y sucesor de Ghazi, Mohammed, acosado por querellas de familia, no podía mostrarse agresivo; y Mas'ud, privado de la ayuda de los Danishmend, se avino a negociar con el Emperador [9].

[7] *Ibid.*, págs. 35-48.

[8] Chalandon, págs. 77-91; Nicetas Choniates, pág. 45; Miguel el Sirio, III, págs. 223-4, 227, 237.

[9] Cinnamus, págs. 14-15; Nicetas Choniates, págs. 27-9; Miguel el Sirio, III, págs. 237-49.

Acobardados los turcos de Anatolia, Juan ya podía intervenir en Siria. Pero antes tenía que proteger su retaguardia. En 1135 llegó una embajada bizantina a Alemania, a la corte del emperador occidental Lotario. En nombre de Juan ofrecía una amplia ayuda financiera, si quería atacar a Roger de Sicilia. Las negociaciones duraron varios meses. Finalmente, Lotario convino en atacar a Roger de Sicilia en la primavera de 1137 [10]. Los húngaros habían sido derrotados en 1128, y los serbios habían sido obligados a someterse en una campaña en 1129. Las defensas del bajo Danubio eran seguras [11]. Los pisanos habían sido separados de su alianza con los normandos por el tratado de 1126; y el Imperio estaba ahora en buenas relaciones tanto con Venecia como en Génova [12].

En la primavera de 1137, el ejército imperial, con el Emperador y sus hijos a la cabeza, se concentró en Attalia y avanzó en dirección este hacia Cilicia. La flota imperial protegía su flanco. Tanto los armenios como los francos se quedaron sorprendidos por la noticia de que se acercaba. León el Roupeniano, dueño èntonces de la llanura de Cilicia oriental, se puso en marcha con la intención de atajar su avance tomando la fortaleza fronteriza bizantina de Seleucia, pero fue obligado a retirarse. El Emperador, pasando Mersin, rebasó Tarso, Adana y Mamistra, que se le rindieron todas inmediatamente. El príncipe armenio confiaba en las grandes fortificaciones de Anazarbo para conservar la ciudad. La guarnición resistió durante treinta y siete días; pero las máquinas de asedio de los bizantinos derribaron sus murallas, y la ciudad se vio obligada a rendirse. León se retiró al Tauro superior, donde el Emperador ya no se molestó en perseguirle. Después de apoderarse de varios castillos armenios de los alrededores, condujo a sus fuerzas hacia el Sur, más allá de Issus y Alejandreta, y por las Puertas Sirias penetró en la llanura de Antioquía. El 29 de agosto apareció ante los muros de la ciudad, y acampó en la orilla norte del Orontes [13].

Antioquía se hallaba sin su príncipe. Raimundo de Poitiers había acudido a Montferrand para rescatar al rey Fulko, y Joscelino de Edesa estaba con él. Al llegar al río Buqaia se encontraron con el rey libre. Fulko pensó ir personalmente a Antioquía para enfrentarse

[10] Pedro el Diácono, en *M. G. H. Ss.*, vol. VII, pág. 833.

[11] Chalandon, *op. cit.*, págs. 59-63, 70-1.

[12] *Ibid.*, págs. 158-61.

[13] Cinnamus, págs. 16-18; Nicetas Choniates, págs. 29-35; Guillermo de Tiro, XIV, 24, págs. 341-2; Mateo de Edesa, ccliv, pág. 323; Sembat el Condestable, págs. 616-17; Gregorio el Presbítero, págs. 152-3; Miguel el Sirio, III, pág. 45; Ibn al-Athir, pág. 424; Ibn al-Qalanisi, págs. 240-1 (el editor, página 240, n. 2, pretende alterar la lección Kiyālyani, esto es, Kaloioannes por Imanyal, Emanuel. Pero es a Juan a quien el cronista se refiere).

con los bizantinos; pero, en vista de sus recientes experiencias, prefirió regresar por el momento a Jerusalén. Raimundo se volvió a toda prisa hacia Antioquía, y se encontró con que el Emperador había ya empezado a sitiarla; pero el cerco aún no era completo. Pudo, sin ser visto, entrar en ella con su guardia personal, por la puerta de Hierro, que se hallaba debajo de la ciudadela.

Durante varias días, las máquinas bizantinas machacaron las fortificaciones. Raimundo no podía esperar ayuda del exterior, y estaba poco seguro del temple de la población de intramuros. Incluso muchos de sus barones empezaban a ver la sensatez de la política frustrada de Alicia. No transcurrió mucho tiempo antes de que Raimundo enviase un mensaje al Emperador, ofreciendo reconocerle como soberano si mantenía al principado como vicariato imperial. Juan le contestó pidiéndole la rendición sin condiciones. Raimundo, entonces, dijo que tenía que consultar con el rey Fulko; y se enviaron por la posta mensajes a Jerusalén. Pero la respuesta de Fulko fue inútil. «Todos sabemos —dijo el rey—, y nuestros mayores nos lo hicieron siempre saber, que Antioquía formaba parte del Imperio de Constantinopla, hasta que los turcos se la tomaron al Emperador; éstos la conservaron durante catorce años; y que las pretensiones del Emperador, motivadas por los tratados concluidos con nuestros antecesores, son justas. ¿Conviene, pues, que neguemos la verdad, y que nos opongamos a lo que es justo?» Si el rey, a quien él consideraba como soberano, le manifestaba tal opinión, Raimundo no podía resistir más. Sus enviados vieron que el Emperador estaba dispuesto a hacer concesiones. Raimundo debería ir a sus reales y rendirle pleito homenaje, pasando así a ser vasallo suyo, y le permitiría libre acceso a la ciudad y a la ciudadela. Además, si los bizantinos, ayudados por los francos, conquistasen Alepo y las ciudades que la rodeaban, Raimundo devolvería Antioquía al Imperio, y a cambio recibiría un principado formado por Alepo, Shaizar, Hama y Homs. Raimundo aceptó. Fue a arrodillarse delante del Emperador y le rindió homenaje. Juan no insistió en entrar en Antioquía; pero su estandarte fue izado sobre la ciudadela [14].

Las negociaciones dejaron ver la actitud molesta de los francos para con el Emperador. La respuesta de Fulko pudo haber sido dictada por las necesidades inmediatas del momento. Demasiado bien sabía él que el gran enemigo del reino franco era Zengi, y no quería ofender a la única fuerza cristiana capaz de oponerse a los musulmanes; y puede ser que la influencia de la reina Melisenda se

[14] Guillermo de Tiro, XIV, 30, págs. 631-3; Orderico Vital, XIII, 34, páginas 99-101; Cinnamus, págs. 18-19; Nicetas Choniates, págs. 36-7.

ejerciese en favor de una política que tratase de justificar a su hermana Alicia, humillando al hombre que la había engañado. Pero su veredicto fue probablemente la opinión deliberada de sus juristas. A pesar de toda la propaganda de Bohemundo I, los cruzados más escrupulosos mantenían que el tratado concluido entre Alejo y sus ascendientes en Constantinopla era aún válido. Antioquía debiera haber sido devuelta al Imperio; y Bohemundo y Tancredo, al violar los juramentos prestados, habían perdido el derecho a toda reclamación. Esta era una opinión más imperialista que la sostenida por el propio Emperador. El gobierno imperial siempre fue realista. Veía que no sería factible ni prudente tratar de echar a los francos de Antioquía sin ofrecerles una compensación. Además, quería rodear las fronteras de estados vasallos, cuya política general estuviese controlada por el Emperador, pero que soportasen los embates de los ataques enemigos. Por tanto, no basaba sus reclamaciones en el tratado de Constantinopla, sino en el tratado concluido con Bohemundo en Devol. Pedía la rendición sin condiciones de Antioquía, como a un vasallo rebelde; pero estaba dispuesto a permitir que Antioquía continuase siendo un estado vasallo. Su exigencia inmediata era que debía cooperar en sus campañas contra los musulmanes [15].

Ya estaba el año demasiado avanzado para emprender otra campaña, por lo que Juan, una vez firmada su autoridad, volvió a Cilicia para completar sus conquistas. Los príncipes roupenianos huyeron ante él hacia el Tauro superior. Tres de los hijos de León, Mleh, Esteban y Constantino el Ciego, buscaron refugio al amparo de su primo, Joscelino de Edesa. El castillo familiar de Vahka resistió unas semanas al mando de su valeroso comandante, Constantino, cuyo combate individual con un oficial del regimiento macedonio, Eustratio, impresionó a todo el ejército imperial. Poco después de la caída del castillo, León y su hijos mayores, Roupen y Thoros, cayeron prisioneros. Fueron enviados cautivos a Constantinopla, donde muy pronto fue muerto Roupen; pero León y Thoros ganaron el favor del Emperador, y se les permitió vivir bajo vigilancia de la corte. León murió allí cuatro años más tarde. Thoros acabó por escaparse, y volvió a Cilicia. Cuando se completó la conquista de la provincia, Juan regresó a los cuarteles de invierno en la llanura de Cilicia, adonde fue Balduino de Marash a rendirle homenaje y a pedirle protección contra los turcos. Al mismo tiempo fue enviada una embajada imperial a Zengi, para darle la impresión de que los bizantinos no tenían intención de lanzarse a una aventura agresiva.

En febrero siguiente, por orden del Emperador, las autoridades

[15] Véase Chalandon, *op. cit.*, págs. 122-7. Confróntese *infra*, pág. 200.

de Antioquía detuvieron de repente a todos los mercaderes y viajeros de Alepo y de las ciudades circunvecinas, para que no pudiesen llevar informes sobre los preparativos militares que habían visto. A fines de marzo, el ejército imperial se puso en marcha hacia Antioquía, y allí se le unieron las tropas del príncipe de Antioquía y del conde de Edesa, así como un contingente de templarios. El 1.º de abril los aliados pasaron a territorio enemigo y ocuparon Balat. El 3 llegaron ante Biza'a, que resistió al mando de la mujer de su comandante durante cinco días. Otra semana se pasó apresando a los soldados musulmanes de la región, muchos de los cuales se habían refugiado en las cuevas de el-Baba, de donde les obligaron a salir, ahumándoles, los bizantinos. Zengi se hallaba con su ejército ante Hama, a cuya guarnición damascena estaba tratando de expulsar, cuando unos exploradores le anunciaron las invasiones cristianas. Inmediatamente envió tropas al mando de Sawar para reforzar la guarnición de Alepo. Juan había contado con sorprender a Alepo; pero, cuando llegó ante sus murallas el 20 de abril y lanzó un ataque, vio que estaba fuertemente defendida. Decidió no emprender los azares de un sitio, sino que volvió hacia el Sur. El 22 ocupó Athareb; el 25, Maarat al-Numan, y el 27, Kafartab. El 28 de abril su ejército estaba a las puertas de Shaizar.

Shaizar pertenecía al emir munquidita Abu'l Asakir Sultan, que había conseguido conservarse independiente de Zengi. Tal vez Juan confiaba en que, por tanto, Zengi no se interesase por la suerte que pudiera correr la ciudad. Pero su posesión permitiría a los cristianos el control del valle del Orontes, e impediría a Zengi avanzar en Siria. Los bizantinos comenzaron el asedio con mucho ardor. Pronto se ocupó parte de los sectores bajos de la ciudad, y el Emperador emplazó sus grandes catapultas para bombardear la ciudad alta en su escarpada colina sobre el Orontes. Tanto las fuentes musulmanas como las latinas hablan del valor y la energía personal del Emperador, y de la eficacia de su bombardeo. Parecía hallarse en todas partes al mismo tiempo, con su casco de oro, inspeccionando las máquinas, animando a los asaltantes y consolando a los heridos. El sobrino del emir, Usama, vio los terribles daños causados por las catapultas griegas. Casas enteras quedaban destruidas por un solo proyectil, mientras el asta de hierro en que estaba fijado el estandarte del emir se desplomó, clavándose en un hombre y matándole en la calle que había abajo. Pero, en tanto que el Emperador y sus artilleros eran infatigables, los francos retrocedían. Raimundo temía que, si se capturaba Shaizar, se vería obligado a vivir allí en la frontera de la Cristiandad, y tendría que abandonar las comodidades de Antioquía, y Joscelino, por su parte, que en secreto odiaba a Raimundo,

no tenía deseos de verle establecido en Shaizar, y después, tal vez, en Alepo. Su murmuración animó la natural indolencia de Raimundo y su desconfianza hacia los bizantinos. En lugar de unirse al combate, los dos príncipes latinos se pasaban el tiempo en sus tiendas, jugando a los dados. Los reproches del Emperador sólo sirvieron para estimular su negligencia y holgazanería. Mientras tanto, Zengi abandonó el asedio de Hama y se puso en marcha hacia Shaizar. Sus mensajeros corrieron hacia Bagdad, donde al principio el sultán no quería ofrecer ayuda, hasta que un motín popular, reclamando la guerra santa, le obligó a enviar una expedición. El príncipe ortóquida Dawud prometió un ejército de cincuenta mil turcomanos sacados del Jezireh. También se enviaron mensajes al emir danishmend, solicitando que provocase un movimiento de diversión en Anatolia. Zengi estaba igualmente al tanto de las disensiones entre los bizantinos y los francos. Sus agentes en el ejército cristiano airearon el resentimiento de los príncipes latinos contra el Emperador.

A pesar de todo el vigor de Juan, los escarpados riscos de Shaizar, la valentía de sus defensores y la apatía de los francos acabaron por derrotarle. Algunos de sus aliados sugirieron que saliese a enfrentarse con Zengi, cuyo ejército era menor que el de los cristianos. Pero no podía exponerse a dejar sus máquinas de asedio sin guardia ni podía fiarse ya de los francos. El riesgo era demasiado grande. Procuró apoderarse de toda la ciudad baja; entonces, hacia el 20 de mayo, el emir de Shaizar le envió parlamentarios, ofreciendo pagarle una amplia indemnización y regalarle sus mejores caballos y vestidos de seda, y sus dos tesoros más preciados, una mesa incrustada de piedras preciosas y una cruz con rubíes engastados, que había sido cogida al emperador Romano Diógenes, en Manzikert, sesenta y siete años antes. Además, convenía en reconocer al Emperador como su señor y pagarle un tributo anual. Juan, disgustado con sus aliados latinos, aceptó las condiciones, y el 21 de mayo levantó el sitio. Cuando el gran ejército imperial se volvía hacia Antioquía, Zengi apareció ante Shaizar; pero, aparte de ligeras escaramuzas, no se aventuró a impedir la retirada [16].

Cuando el ejército llegó a Antioquía, Juan insistió en hacer una entrada solemne en la ciudad. Iba a caballo, y el príncipe de Antioquía y el conde de Edesa iban a pie a ambos lados, haciendo de pala-

[16] Guillermo de Tiro, XV, 1-2, págs. 655-8; Cinnamus, págs. 19-20; Nicetas Choniates, págs. 37-41; Miguel el Sirio, *loc. cit.;* Usama, ed. por Hitti, páginas 26, 124, 143-4; Ibn al-Qalanisi, págs. 248-52; Kemal ad-Din, págs. 674-8; Ibn al-Athir, págs. 426-8. En la oda dirigida por Prodomus al Emperador se insinúa que Shaizar se salvó por las condiciones meteorológicas (*M. P. G.*, volumen CXXXIII, cols. 1344-9).

freneros. El patriarca y todo el clero le salieron a recibir a la puerta y le condujeron por las calles engalanadas con colgaduras hacia la catedral, donde hubo una misa solemne, luego al palacio, donde estableció su residencia. Mandó llamar a Raimundo, e indicándole que el príncipe había faltado recientemente a sus deberes como vasallo, le pedía que permitiese a su ejército entrar en la ciudad y que le entregase la ciudadela. Las campañas futuras contra los musulmanes, según dijo, habían de ser planeadas en Antioquía, y necesitaba la ciudadela para depositar su tesoro y su material bélico. Los francos se horrorizaron. Mientras Raimundo pedía tiempo para reflexionar sobre la cuestión, Joscelino se deslizó fuera del palacio. Una vez fuera, dijo a sus soldados que divulgasen entre la población latina el rumor de que el Emperador estaba pidiendo su expulsión inmediata, incitándoles a atacar a la población griega. Al empezar el motín, se volvió a toda prisa al palacio y dijo a Juan que había venido, arriesgando su vida, para avisarle del peligro que corría. Había, ciertamente, tumulto en las calles, y se estaba asesinando a algunos griegos incautos. En Oriente nunca se puede decir en qué puede acabar un motín. Juan no deseaba que los griegos de la ciudad sufrieran, ni que le dejasen aislado en palacio únicamente con su guardia personal, estando el grueso de su ejército en las lejanas orillas del Orontes. Además, se había enterado de que, gracias a la diplomacia de Zengi, los seléucidas de Anatolia habían invadido Cilicia y saqueaban la zona de Adana. Se dio cuenta del ardid de Joscelino; pero, antes de romper definitivamente con los latinos, tenía que estar absolutamente seguro de sus comunicaciones. Hizo venir a Raimundo y a Joscelino y les dijo que, por el momento, no les pediría más que la renovación de su juramento de vasallaje, y que tenía que regresar a Constantinopla. Salió del palacio y se reunió con el ejército, e inmediatamente los príncipes hicieron cesar el motín. Pero aún estaban nerviosos y anhelaban recobrar la buena voluntad del Emperador. Raimundo ofreció incluso admitir a funcionarios imperiales en la ciudad, sabiendo de antemano que Juan no aceptaría un ofrecimiento tan poco sincero. Poco después, Juan se despidió de Raimundo y Joscelino, dando muestras externas de amistad, aunque de absoluta y mutua desconfianza. Luego se volvió con su ejército hacia Cilicia [17].

Se advertirá que durante todas las negociaciones de Juan sobre Antioquía no se dijo nada acerca de la Iglesia. Por el tratado de Devol, el patriarca debía ser devuelto a la línea griega, y está claro

[17] Guillermo de Tiro, XV, 3-5, págs. 658-65; al-Azimi (pág. 352) es el otro cronista que hace mención del complot.

que las autoridades eclesiásticas latinas temían que el Emperador insistiese sobre esta cláusula, pues, en marzo de 1138, y con toda probabilidad en respuesta a una petición de Antioquía, el papa Inocencio II promulgó un breve prohibiendo a todo miembro de su Iglesia servir en el ejército bizantino si éste entraba en acción contra las autoridades latinas de Antioquía. Seguramente Juan no quería promover ninguna cuestión religiosa hasta no estar más seguro en los terrenos político y estratégico. Había estado acertado al prometer a Raimundo otro principado en lugar de Antioquía, ya que luego hubiese repuesto a un patriarca griego en la ciudad. Pero, al mismo tiempo, ratificó públicamente la presencia de un latino cuando en su entrada solemne Radulfo de Domfront salió a darle la bienvenida y le llevó a misa a la catedral [18].

Juan emprendió lentamente su regreso a Constantinopla, después de enviar parte de su ejército a castigar al seléucida Mas'ud por una incursión en Cilicia. Mas'ud pidió la paz y pagó una indemnización. Durante el año de 1139, y en 1140, el Emperador estuvo ocupado con el emir danishmend, que era un enemigo mucho más peligroso que el seléucida. En 1139, Mohammed no sólo invadió la alta Cilicia y tomó el castillo de Vahka, sino que también hizo una expedición hacia el Oeste, hasta el río Sangario. Su alianza con Constantino Gabras, el duque rebelde de Trebisonda, protegía su flanco norte. Durante el verano de 1139, Juan expulsó a los Danishmend de Bitinia y Paflagonia, y en el otoño avanzó hacia el Este a lo largo de la costa del mar Negro. Constantino Gabras se sometió, y el ejército imperial se dirigió tierra adentro para poner sitio a la fortaleza danishmend de Niksar. Fue una empresa difícil. La fortaleza estaba bien situada y defendida, y en esa comarca agreste y montañosa era difícil conservar abiertas las líneas de comunicación. Juan se desanimó por las cuantiosas pérdidas sufridas entre sus tropas y por la deserción al enemigo de su sobrino Juan, el hijo de su hermano Isaac, que se convirtió al Islam y se casó con la hija de Mas'ud. Los sultanes otomanos alegarían ser descendientes suyos. En el otoño de 1140, Juan abandonó la campaña y volvió con su ejército a Constantinopla, con la intención de retornar al año siguiente. Pero al año siguiente murió el emir Mohammed, y el poder de los Danishmend quedó temporalmente fuera de juego, a causa de una guerra civil entre los he-

[18] Guillermo de Tiro, XV, 3, pág. 659. Pero Ibn al-Qalanisi (pág. 245) dice que Juan pidió un patriarca griego para Antioquía. Probablemente confunde la petición de Juan con las que posteriormente hizo Manuel. La carta de Inocencio, fechada el 25 de marzo de 1138, se encuentra en *Cartulaire du Saint Sépulcre*, ed. por Rozière, pág. 86.

rederos. Juan podía volver a sus grandes planes y fijar otra vez su atención en Siria [19].

Allí se esfumaron muy pronto los beneficios de su campaña de 1137 contra los musulmanes. Zengi había recuperado Kafartab de manos de los francos, en mayo de 1137, y Maarat al-Numan, Biza'a y Athareb, en el otoño. En los cuatro años siguientes, mientras Zengi estaba plenamente ocupado en su intento de tomar Damasco, los francos del norte, indolentes, no supieron sacar provecho de sus dificultades. Todos los años, Raimundo y Sawar hacían incursiones mutuas en sus respectivos territorios; pero no hubo acciones de mayor envergadura [20]. El condado de Edesa gozó de una paz relativa, debido a las querellas sanguinarias de los príncipes musulmanes fronterizos, que se intensificaron con la muerte del danishmend Mohammed. Para el emperador Juan, que esperaba, atento, los acontecimientos desde Constantinopla, estaba claro que los francos del norte de Siria eran absolutamente inútiles como soldados de la Cristiandad.

La indiferencia aparente de Raimundo se debía en parte a la disminución de sus efectivos humanos, y en parte a sus disputas con el patriarca Radulfo. El nunca había tenido intención de respetar su juramento de obedecer en todo al patriarca, y la arrogancia de éste le irritaba. Encontró aliados en el cabildo catedralicio, capitaneados por el archidiácono Lamberto y por un canónigo, Arnulfo de Calabria. Animados por Raimundo, marcharon a Roma a finales de 1137 para quejarse de la elección no canónica de Radulfo. Al pasar por los dominios de Roger II de Sicilia, Arnulfo, que era súbdito suyo de nacimiento, le instigó contra Radulfo, indicándole que éste había asegurado a Raimundo el trono de Antioquía, codiciado por Roger. Radulfo se vio obligado a seguirles a Roma para justificarse. Cuando llegó, a su vez, a la Italia meridional, Roger le arrestó; pero desplegó unos modales tan encantadores y un lenguaje tan persuasivo, que en seguida se ganó al rey para su causa. Continuó viaje a Roma, donde otra vez triunfó con su encanto personal. Espontáneamente depositó su palio al pie del altar de San Pedro, y el Papa se lo devolvió. En su viaje de regreso por el sur de Italia para recuperar su trono patriarcal, el rey Roger le trató como huésped de honor. Pero cuando llegó a Antioquía, su clero, respaldado por Raimundo, se negó a tributarle el homenaje habitual de recibirle a las puertas de la ciudad. Radulfo, asumiendo el papel de hombre sumiso e injuriado, se retiró discretamente a un monasterio cercano a San Simeón, donde perma-

[19] Nicetas Choniates, págs. 44-9; Miguel el Sirio, III, pág. 248.
[20] Kemal ad-Din, págs. 681-5.

neció hasta que Joscelino de Edesa, que no perdía ocasión para poner a Raimundo en un aprieto, le invitó a hacer una visita solemne a su capital, donde el arzobispo fue recibido como soberano espiritual. Raimundo consideró en seguida que era más seguro que volviese a Antioquía. Cuando regresó, fue saludado con todos los honores que hubiera podido desear.

Pero, a causa de las intrigas de Raimundo, la investigación sobre su actitud volvió a abrirse en Roma. En la primavera de 1139, Pedro, arzobispo de Lyon, fue enviado para que se informase del caso sobre el terreno. Pedro, que era muy viejo, fue primero a visitar los Santos Lugares, y en su viaje hacia el Norte murió en Acre. Su muerte desconcertó a los enemigos de Radulfo, e incluso Arnulfo de Calabria le ofreció su sumisión. Pero Radulfo, con su arrogancia, se negó a aceptarla; ante lo cual, Arnulfo, irritado, volvió a Roma y convenció al Papa para que enviase otro legado, Alberico, obispo de Ostia. El nuevo legado llegó en noviembre de 1139 y convocó inmediatamente un sínodo, al que asistieron todos los prelados latinos de Oriente, incluso el patriarca de Jerusalén. Era evidente que las simpatías del Sínodo eran para el príncipe y el clero disidente. Radulfo, por tanto, se negó a asistir a las sesiones en la catedral de San Pedro, mientras su único defensor, Serlon, arzobispo de Apamea, al intentar defender al patriarca fue expulsado de la asamblea. Habiendo desobedecido tres requerimientos para que fuese a responder de los cargos formulados contra él, Radulfo fue declarado depuesto. En su lugar, el Sínodo eligió a Aimery de Limoges, deán del cabildo, un hombre grueso, enérgico y casi analfabeto, que debía su promoción a Radulfo, pero que, prudentemente, había hecho amistad con Raimundo. Después de su deposición, el ex-patriarca fue encarcelado por Raimundo. Luego se escapó y se dirigió a Roma, donde volvió a ganarse el favor del Papa y de los cardenales. Pero antes de que pudiese utilizar su ayuda para ser rehabilitado, murió, no se sabe si envenenado, en una fecha ignorada de 1142. Este asunto aseguró a Raimundo la leal colaboración de la Iglesia de Antioquía; pero el trato despótico al patriarca dejó una impresión desagradable, incluso entre los eclesiásticos que más le habían aborrecido [21].

En la primavera de 1142, Juan se disponía a volver a Siria. Igual que en 1136, protegió su retaguardia por medio de una alianza con el monarca germano, contra Roger de Sicilia. Sus embajadores visitaron la corte de Conrado III, el sucesor de Lotario, para concluir los arreglos necesarios y sellar la amistad con un matrimonio. Vol-

[21] Guillermo de Tiro, XIV, 10, págs. 619-20, XV, 11-16, págs. 674-85. Constituye nuestra única fuente.

vieron en 1142, acompañados de la cuñada de Conrado, Berta de Sulzbach, que, bajo el nombre de Irene, había de casarse con el hijo menor de Juan, Manuel. La buena voluntad de las ciudades marítimas italianas era también segura[22]. En la primavera de 1142, Juan y sus hijos salieron al frente de su ejército, a través de Anatolia, hacia Attalia, rechazando a los seléucidas y a sus súbditos turcomanos, que otras vez intentaban abrirse camino hacia Frigia y forzar las defensas fronterizas. Cuando estaba esperando en Attalia, el Emperador sufrió una grave pérdida. Su hijo mayor, Alejo, su presunto heredero, cayó enfermo y murió. Sus hijos segundo y tercero, Andrónico e Isaac, fueron destacados para acompañar el cuerpo por vía marítima hasta Constantinopla, y durante el viaje murió también Andrónico[23]. A pesar de su aflicción, Juan siguió avanzando hacia el Este, fingiendo que iba a limitarse a reconquistar las fortalezas que los Danishmend habían tomado en la alta Cilicia, pues no deseaba despertar las sospechas de los francos[24]. El ejército atravesó a marchas forzadas Cilicia y, saltando la cadena superior de los montes Amánicos, el Giaour Dagh, a mediados de septiembre apareció inesperadamente ante Turbessel, la segunda capital de Joscelino de Edesa. Joscelino, cogido por sorpresa, acudió rápidamente a rendir homenaje al Emperador y a ofrecerle como rehén a su hija Isabel. Juan se dirigió entonces hacia Antioquía, y el 24 de septiembre llegó a Baghras, el gran castillo templario que dominaba la ruta de Cilicia a Antioquía. Desde allí mando a decir a Raimundo que reclamaba la entrega de toda la ciudad, y le repetía el ofrecimiento de proporcionar al príncipe otro principado en sus futuras conquistas.

Raimundo se asustó. Era evidente que el Emperador estaba ahora decidido a realizar su petición por la fuerza, y parece ser que los cristianos indígenas estaban dispuestos a apoyar a los bizantinos. Los francos trataron de ganar tiempo. Cambiando por completo la postura jurídica en la que se había fundado en 1131, Raimundo contestó que tenía que consultar con sus vasallos. Se convocó una asamblea en Antioquía, en la que los vasallos, instigados probablemente por el nuevo patriarca, declararon que Raimundo sólo gobernaba Antioquía como esposo de la heredera y que, por tanto, no tenía de-

[22] Chalandon, *op. cit.*, págs. 161-2, 171-2.

[23] Cinnamus, pág. 24; Nicetas Choniates, págs. 23-4. Cinnamus (pág. 23) dice que Juan había pensado que Alejo heredase el Imperio, pero que Manuel, su hijo más joven, tendría un principado que constase de Antioquía, Attalia y Chipre.

[24] Guillermo de Tiro, XV, 19, pág. 688, señala que Raimundo había solicitado la intervención de Juan por miedo de Zengi, pero Nicetas Choniates (página 52) habla del encubrimiento de sus planes, y su verdadera llegada a Siria fue una sorpresa (Guillermo de Tiro, *ibid.*, pág. 689).

recho a disponer de su territorio, y que incluso ni el príncipe y la princesa juntos podían enajenar ni intercambiar el principado sin el consentimiento de sus vasallos, los cuales les destronarían si intentaban hacerlo. El obispo de Jabala, que llevó a Juan la respuesta de la asamblea, respaldó la negativa a la demanda imperial, citando la autoridad del Papa, pero ofreció a Juan que podía hacer una entrada solemne en Antioquía. Esta respuesta, que era completamente contraria a las intenciones anteriores de Raimundo, no dejaba a Juan más alternativa que la guerra. Pero el año estaba demasiado avanzado para una acción inmediata. Después de saquear las posesiones de los francos en las cercanías de la ciudad, se retiró a Cilicia para recobrar los castillos tomados por los Danishmend y para pasar el invierno [25].

Desde Cilicia, Juan envió una embajada a Jerusalén al rey Fulko para anunciarle su deseo de hacer una visita a los Santos Lugares y de discutir con el rey la acción conjunta contra los infieles. Fulko se encontró en un aprieto. No tenía ningún deseo de que el gran ejército imperial viniese a Palestina, pues el precio de la ayuda del Emperador sería inevitablemente el reconocimiento de su soberanía. El obispo de Belén, Anselmo, acompañado de Roardo, alcaide de Jerusalén, y de Godofredo, abad del Temple, que era un buen erudito helenista, fueron enviados para explicar a Juan que Palestina era un país pobre, que no podría suministrar víveres para el sustento de un ejército tan numeroso como el del Emperador, pero que si tenía a bien venir con una escolta más reducida, el rey estaría encantado en recibirle. Juan decidió no llevar más allá su demanda por el momento [26].

En marzo de 1143, cuando ya había tomado todas las disposiciones el Emperador para la conquista de Antioquía, se regaló con unas breves vacaciones para ir a cazar jabalíes en los montes del Tauro. En una batida fue herido casualmente por una flecha. No dio importancia a la herida, pero se le infectó y poco después moría de envenenamiento de la sangre. Juan se enfrentó serenamente con su última hora. Hasta el fin estuvo ocupándose de la sucesión y de la continuación sin trabas de su gobierno. Sus dos hijos mayores habían muerto. El tercero, Isaac, que estaba en Constantinopla, era un joven de temperamento inseguro. Juan decidió que el más joven y más brillante, Manuel, sería su sucesor, y convenció a su fiel amigo, el gran doméstico Axuch, para que apoyase los derechos de Ma-

[25] Guillermo de Tiro, XV, 19-20, págs. 688-91; Nicetas Choniates, páginas 52-3; Gregorio el Presbítero, pág. 156; Mateo de Edesa, cclv, pág. 325.

[26] Guillermo de Tiro, XV, 21, págs. 691-3. Juan había dispuesto ofrendas para el Santo Sepulcro (Cinnamus, pág. 25).

nuel. Con sus propias y débiles manos colocó la corona sobre las sienes de Manuel y reunió a sus generales para que aclamasen al nuevo Emperador. Después de confesarse por última vez con un monje de Panfilia, murió el 8 de abril[27].

La muerte de Juan salvó a la Antioquía franca. Mientras Axuch se trasladó a toda prisa a Constantinopla, para adelantarse a la noticia y hacerse dueño del palacio y del gobierno en previsión de una tentativa de Isaac, el hijo de Juan, de reivindicar el trono, Manuel regresó con el ejército atravesando Anatolia. Hasta no estar seguro en su capital, no podía lanzarse a nuevas aventuras en Oriente. El proyecto imperial fue dejado de lado, pero no por mucho tiempo[28].

[27] Guillermo de Tiro, XV, 22-3, págs. 693-5; Cinnamus, págs. 26-9; Nicetas Choniates, págs. 56-64; Mateo de Edesa, cclv, pág. 325; Gregorio el Presbítero, pág. 156; Miguel el Sirio, III, pág. 254; Ibn al-Qalanisi, pág. 264; *Bustan*, pág. 537.

[28] Cinnamus (págs. 29-32) habla de una insolente embajada antioquena enviada a Manuel, que contestó que volvería para hacer valer sus derechos. Nicetas Choniates, págs. 65-9; Guillermo de Tiro, XV, 23, pág. 696.

Capítulo 10

LA CAIDA DE EDESA

«Propiedad adquirida de prisa en su origen no será bendecida en su final.»

(Proverbios, 20, 21.)

Los francos de Oriente tuvieron una sensación de alivio al saber la muerte del Emperador, y en medio de su contento no se dieron cuenta de cuánto más aliviado se sentía su enemigo jurado, el atabek Zengi [1]. Desde 1141, y durante dos años, Zengi se hallaba en apuros por un deseo del sultán Mas'ud de reafirmar su autoridad sobre él. Gracias a una oportuna muestra de sumisión, acompañada de un regalo en dinero y el envío de su hijo como rehén, pudo Zengi evitar una invasión del ejército del sultán en territorio de Mosul [2]. La conquista bizantina de Siria en ese momento hubiera puesto fin a sus planes occidentales. Estos planes se vieron además amenazados por una alianza concluida, a causa del miedo común que le tenían, entre el rey de Jerusalén y el atabek de Damasco.

Después de la ruptura de la alianza franco-bizantina en 1138, Zengi volvió a ocuparse de conquistar Damasco. Su asedio de Homs fue interrumpido dos veces, primero por el avance franco hacia Montferrand, y luego por el asedio bizantino a Shaizar. Ahora volvió con

[1] La actitud musulmana hacia los bizantinos se advierte en Ibn al-Qalanisi, pág. 252, quien, cuando habla de la retirada del Emperador en 1138, dice: «todos los corazones descansaron después de su angustia y temor».

[2] Ibn al-Athir, págs. 241-2.

todas sus fuerzas a Homs, y mandó a pedir a Damasco la mano de la madre del atabek, la princesa Zumurrud, ofreciendo Homs como dote. Los damascenos no estaban en condiciones de rechazar sus proposiciones. En junio de 1138, la viuda se casó con Zengi y sus tropas entraron en Homs. Como gesto de buena voluntad dio en feudo la fortaleza recién conquistada de Montferrand y algunos castillos vecinos al gobernador de Homs, el anciano mameluco Unur[3].

Afortunadamente para la dinastía burida de Damasco, Unur no ocupó su residencia de Montferrand, sino que fue a Damasco. Allí, en la noche del 22 de junio de 1139, el joven atabek Shihab ed-Din Mahmud fue asesinado en su cama por tres de sus pajes favoritos. Si Zengi, de cuya complicidad se sospechó, confiaba apoderarse del gobierno de esa manera, se vio contrariado. Unur asumió inmediatamente el control. Los asesinos fueron crucificados, y el hermanastro del atabek, Jemal ed-Din Mohammed, gobernador de Baalbek, fue llamado a ocupar el trono de Mahmud. A cambio entregó a su madre y Baalbek a Unur. Pero éste se quedó en Damasco ejerciendo el gobierno. Esto no convenía a Zengi, que se veía acosado por su mujer, Zumurrud, y por uno de los hermanos de Mohammed, Bahram Shah, que era enemigo personal de Unur. A finales de verano de 1139 puso sitio a Baalbek con numeroso ejército y catorce máquinas de asedio. La ciudad capituló el 10 de octubre, y el 21 se rindió asimismo la guarnición de la ciudadela, construida sobre las ruinas del gran templo de Baal. La ciudadela se entregó después de que Zengi hubo jurado sobre el Corán que respetaría las vidas de sus defensores; pero faltó a su juramento. Fueron brutalmente exterminados y sus mujeres vendidas como cautivas. La matanza se perpetró sólo para aterrorizar a los damascenos, pero no sirvió más que para enardecer su resistencia, y les llevó a considerar a Zengi como un enemigo extraño al gremio de la fe[4].

En los últimos días del año, Zengi acampó junto a Damasco. Ofreció al atabek Mohammed o Baalbek u Homs a cambio de Damasco; el joven príncipe hubiese aceptado de habérselo permitido Unur. Ante su negativa, Zengi puso cerco a la ciudad. En esta crítica situación el 29 de marzo de 1140 murió Mohammed. Pero Damasco era fiel a los buridas, y Unur no tuvo dificultad en elevar al trono al joven hijo de Mohammed, Mujir ed-Din Abaq. Al mismo tiempo decidió que estaría justificado, tanto religiosa como políticamente, requerir la ayuda de los cristianos contra tan pérfido enemi-

[3] Ibn al-Qalanisi, pág. 252; Kemal ad-Din, págs. 678-9.
[4] Ibn al-Qalanisi, págs. 253-6; Ibn al-Athir, pág. 431.

go. Una embajada presidida por el príncipe munquidita Usama salió de Damasco para Jerusalén [5].

El rey Fulko esperaba sacar provecho de las dificultades de los damascenos para reforzar su dominio en Transjordania. En el verano de 1139 recibió la visita de Thierry de Alsacia, conde de Flandes, cuya mujer, Sibila, era un vástago de su primer matrimonio; y con la ayuda de Thierry, invadió Gilead, y con alguna dificultad capturó una pequeña fortaleza cerca de Aljun, exterminando a sus defensores [6]. El esfuerzo le había dado poco provecho, y cuando Unur le ofreció veinte mil besantes por mes y la devolución de la fortaleza de Banyas, si se comprometía a desalojar de Damasco a Zengi, se decidió fácilmente a cambiar de política. La idea de semejante alianza no era nueva. A principios de 1138, Usama ya había ido a Jerusalén en nombre de Unur para examinar las posibilidades. Pero, aunque la corte franca le había recibido con honores, fueron rechazadas sus proposiciones. Ahora se comprendía mejor la amenaza ejercida por el poder creciente de Zengi. Cuando Fulko convocó a su Consejo para considerar la oferta, la opinión general era que debía ser aceptada [7].

Una vez que se recibieron los rehenes de Damasco, el ejército franco salió, en abril, hacia Galilea. Fulko avanzó cautelosamente, y se detuvo cerca de Tiberíades, enviando a sus escuchas a hacer una descubierta. Zengi bajó por la orilla opuesta del mar de Galilea para vigilar sus movimientos; pero al verle estacionado se volvió al asedio de Damasco. Entonces, Fulko avanzó hacia el Norte. Zengi no quiso correr el riesgo de verse cogido entre los francos y los damascenos. Se alejó de Damasco, y cuando Fulko encontró a las fuerzas de Unur un poco al este del lago Huleh, a principios de junio, se enteraron de que Zengi se había retirado a Baalbek. Una parte de las tropas de Zengi retornó, más avanzado el mes, para hacer incursiones contra las murallas de Damasco; pero él y el grueso de su ejército se retiraron sin trabas de Alepo [8]. La alianza había salvado la independencia damascena sin una batalla. Unur fue fiel a su compromiso. Con anterioridad, durante algunos meses, sus tropas habían asediado infructuosamente Banyas. El lugarteniente de Zengi, Ibrahim ibn Turgut, aprovechó un momento de calma en el asedio para hacer incursiones en la costa cerca de Tiro. Allí le sorprendió un ejército mandado por Raimundo de Antioquía, que iba al Sur

[5] Ibn al-Qalanisi, págs. 256-9.
[6] Guillermo de Tiro, XV, 6, págs. 665-8.
[7] *Ibid.*, XV, págs. 668-9; Ibn al-Qalanisi, págs. 259-60.
[8] Guillermo de Tiro, XV, 8, págs. 669-70; Ibn al-Qalanisi, pág. 260; Kemal ad-Din, pág. 682.

para ayudar a Fulko en su campaña damascena. Ibrahim fue derrotado y muerto. Cuando Unur en persona apareció ante Banyas, y se le unieron Fulko y Raimundo, que estaban además animados por la visita del legado pontificio, Alberico de Beauvais, los defensores decidieron capitular en seguida. Unur convino en que se les compensaría con tierras cerca de Damasco. Luego entregó la ciudad a los francos, quienes instalaron al gobernador anterior, Raniero de Brus, y Adán, archidiácono de Acre, fue nombrado obispo [9].

La alianza entre Fulko y Unur quedó sellada por una visita que Unur hizo poco después, acompañado de Usama, a la corte del rey en Acre. Se les dispensó una recepción cordial y halagüeña, y fueron a Haifa y Jerusalén, regresando por Nablus y Tiberíades. El viaje transcurrió en un ambiente de la mejor voluntad, aunque Usama no aprobase en modo alguno todo lo que veía [10]. Además, Fulko demostró un honrado deseo de amistad con los damascenos, cuando éstos se quejaron de las incursiones contra los rebaños cometidos por Raniero de Brus desde Banyas. Raniero recibió orden tajante de cesar en sus correrías, y se le obligó a pagar una indemnización a las víctimas [11].

Hacia el año 1140, el rey Fulko tenía razón para sentirse satisfecho de su gobierno. La posición en la Siria del norte había empeorado desde los tiempos de su predecesor; tampoco gozaba allí de igual prestigio ni autoridad. Incluso es dudoso que Joscelino de Edesa le reconociese como soberano. Pero en su propio territorio estaba seguro. Había aprendido la lección de que los francos, para poder sobrevivir en Oriente, tenían que ser menos intransigentes con los musulmanes y debían estar dispuestos a hacerse amigos de los menos peligrosos de ellos, y había arrastrado a los nobles a su política. Al mismo tiempo trabajó de firme en las defensas del país. En la frontera meridional se habían construido tres grandes castillos para protegerse de las incursiones de los egipcios en Ascalón. En Ibelin, a unas diez millas al sudoeste de Lydda, en un terreno bien abastecido de agua que dominaba el enlace de los caminos de Ascalón a Jaffa y a Ramleh, utilizó las ruinas de la antigua ciudad romana de Jamnia para erigir una espléndida fortaleza, que fue confiada al Balian, apodado «el Viejo», hermano del vizconde de Chartres. Balian había recibido las tierras de los señores de Jaffa y se había ganado el favor de Fulko apoyando al rey contra Hugo de Le Puiset. De alcaide de Ibelin fue ascendido al rango de vasallo principal, y se casó con

9 Guillermo de Tiro, XV, 9-11, págs. 770-6; Ibn al-Qalanisi, págs. 260-1.
10 Usama, ed. por Hitti, págs. 166-7, 168-9, 226.
11 *Ibid.*, págs. 93-4.

Helvis, heredera de Ramleh. Sus descendientes constituirían la familia noble más notable del Oriente franco [12].

Al sur de Ibelin, la ruta directa de Ascalón a Jerusalén estaba guardada por el castillo de Blanchegarde, sobre la colina llamada por los árabes Tel as-Safiya, el «montículo brillante». Su defensor, Arnulfo, llegó a ser uno de los barones más ricos y poderosos del reino [13]. El tercer castillo fue construido en Bethgibelin, el pueblo que los cruzados identificaron erróneamente con Beersheba. Dominaba el camino de Ascalón a Hebrón, y su defensa fue encomendada a los hospitalarios [14]. Estas fortificaciones no eran aún suficientes para evitar todas las incursiones desde Ascalón. En 1141 irrumpieron los egipcios y derrotaron a una pequeña fuerza de cruzados en la llanura de Sharón [15]. Pero podían rechazar cualquier ataque serio, procedente del Sur, contra Jerusalén, y eran centros de administración local.

Al mismo tiempo, Fulko tomó las medidas para ejercer un control más estricto sobre las comarcas al sur y al este del mar Muerto. El señorío de Montreal, con su castillo situado en un oasis en las colinas Idumeas, permitía a los francos un ligero dominio de las rutas de las caravanas que iban de Egipto a Arabia y a Siria; pero las caravanas musulmanas seguían pasando sin trabas por las rutas, y las incursiones venidas del desierto podían aún penetrar hasta Judea. En tiempos de la subida de Fulko al trono, era señor de Montreal y Transjordania Romano del Puy, a quien Balduino I había dado dichos feudos por el año 1115. Pero Romano había apoyado a Hugo de Le Puiset contra el rey, y, por tanto, éste desposeyó y desheredó a su hijo, hacia 1132, y dio el feudo a Pagano el Mayordomo, uno de los altos dignatarios de la corte. Pagano era un vigoroso administrador, que intentó establecer un control más estrecho sobre la extensa zona que gobernaba. Parece que consiguió vigilar la comarca hasta el sur del mar Muerto; pero en 1139, cuando Fulko estaba ocupado en Gilead, una banda de musulmanes consiguió cruzar el Jordán cerca de su desembocadura en el mar Muerto e hizo una incursión en Judea, donde se dejó coger en la trampa de la táctica de la retirada fingida que hizo una compañía de templarios enviada contra ella. Probablemente para poder controlar igualmente el extremo norte y el sur del mar Muerto fue por lo que Pagano trasladó su cuartel

[12] Guillermo de Tiro, XV, 24, págs. 696-7. Acerca del origen de Balian, véase Ducange, *Familles d'Outre Mer,* ed. por Rey, págs. 360-1.

[13] Guillermo de Tiro, XV, 25, págs. 697-9.

[14] *Ibid.,* XIV, 22, págs. 638-9. Martin, «Les premiers princes croisés et les Syriens jacobites de Jérusalem», *Journal Asiatique,* 8.ª serie, vol. XIII, páginas 34-5, da una prueba siria que indica que el castillo estaba en construcción en 1135.

[15] Ibn al-Qalanisi, pág. 263.

general de Montreal, en Idumea, a Moab, en 1142, sobre una colina llamada por los cronistas *Petra Deserti*, la Piedra del Desierto, y edificó, con la aprobación del rey, una gran fortaleza conocida con el nombre de Kerak de Moab. Estaba magníficamente situada para dominar las únicas rutas practicables desde Egipto y Arabia occidental a Siria, y no estaba lejos de los vados del bajo Jordán. Balduino I ya había erigido una atalaya en la parte baja, a orillas del golfo de Akaba, en Elyn o Aila. Pagano instaló una guarnición más importante allí y en el Fuerte del Valle de Moisés, cerca de la antigua Petra. Estos castillos, con Montreal y Kerak, daban al señor de Transjordania el dominio de los territorios de Idumea y Moab, con sus ricas tierras de pan llevar, y las salinas junto al mar Muerto, aunque en esa zona no había una seria colonización franca, y las tribus de beduinos continuaban con su vida nómada en las comarcas estériles, pagando tal vez tributos ocasionales a los francos [16].

La seguridad interna del reino mejoró durante el reinado de Fulko. Cuando subió al trono, el camino entre Jaffa y Jerusalén era aún inseguro a causa de los bandidos, que no sólo molestaban a los peregrinos, sino que también interceptaban los suministros de víveres a la capital. En 1133, mientras el rey estaba ausente en el Norte, el patriarca Guillermo organizó una campaña contra los bandidos y construyó un castillo llamado Chastel Ernaut, cerca de Beit Nuba, donde la ruta de Lydda asciende hacia las colinas. Su construcción facilitó a las autoridades la vigilancia del camino, y, después de la fortificación de la frontera egipcia, los viajeros rara vez eran molestados en su viaje desde la costa [17].

Poco sabemos del gobierno del reino durante los últimos años de Fulko. Una vez reprimida la rebelión de Hugo de Le Puiset y mitigado el deseo de venganza de la reina, los barones apoyaron la corona con plena lealtad. Las relaciones de Fulko con la Iglesia de Jerusalén eran invariablemente buenas. El patriarca Guillermo de Mesina, que le había coronado, y que le sobreviviría, siempre fue un amigo fiel y respetuoso. Con los años, la reina Melisenda se dedicó a obras piadosas, aunque su fundación principal fue hecha para mayor gloria de

[16] Guillermo de Tiro, XV, 21, págs. 692-3. Acerca de los productos de la zona, véase Abel, *Géographie de la Palestine*, I, pág. 505. Para el efecto en el comercio musulmán, véase Wiet, *op. cit.*, págs. 320-1. V. Rey, «Les Seigneurs de Montréal et de la Terre d'Outre Jourdain», en *Revue de l'Orient Latin*, vol. IV, págs. 19 y sigs. El castillo en el valle de Moisés está sobre la escarpada colina conocida en la actualidad con el nombre de Wueira, en las afueras de Petra, donde grandes ruinas cruzadas se extienden hacia Wadi Musa. También existen ruinas de un pequeño fuerte medieval en la colina de al-Habis, en el centro de Petra.

[17] Guillermo de Tiro, XIV, 8, pág. 617.

su familia. Amaba mucho a sus hermanas. Alicia pasó a ser princesa de Antioquía; Hodierna era ya condesa de Trípoli; pero para la más joven, Joveta, que había pasado un año de infancia como rehén entre los infieles, no se encontró marido conveniente. Había entrado en religión y era monja del convento de Santa Ana, de Jerusalén. En 1143, la reina compró al Santo Sepulcro, a cambio de heredades cerca de Hebrón, la aldea de Betania; allí construyó un convento en honor de San Lázaro y sus hermanas Marta y María, dándole en usufructo Jericó, con sus huertos y fincas de los alrededores, y fortificándole con una torre. Para que sus fines no fueran tan evidentes, nombró como primera abadesa a una monja excelente, pero de mucha edad y moribunda, que murió discretamente pocos meses más tarde. El convento, entonces, eligió respetuosamente como abadesa a Joveta, que tenía veinticuatro años de edad. Joveta, en su doble función de princesa de sangre real y de abadesa del convento más rico de Palestina, ocupó una distinguida y venerable posición durante el resto de su larga vida[18].

Esta fue la más pródiga de las fundaciones caritativas de Melisenda, si bien convenció a su marido para que hiciese varias donaciones de tierras al Santo Sepulcro, y continuó fundando casas religiosas en una generosa escala a lo largo de su viudez[19]. Igualmente se encargó de mejorar las relaciones con las iglesias jacobita y armenia. A raíz de la conquista de Jerusalén por los cruzados, los jacobitas, como institución, huyeron a Egipto. Cuando volvieron, se encontraron con que las propiedades de su Iglesia en Palestina habían sido dadas a un caballero franco, Gauffier. En 1103, Gauffier fue capturado por los egipcios, y los jacobitas recobraron sus tierras. Pero en 1137 Gauffier, a quien todo el mundo tenía por muerto, regresó de su cautiverio y reclamó su propiedad. Debido a la intervención directa de la reina, los jacobitas pudieron quedar en posesión de las tierras, pagando a Gauffier trescientos besantes de indemnización. En 1140, vemos que el católico armenio asiste allí a un sínodo de la Iglesia latina. Melisenda hizo también donaciones a la abadía ortodoxa de San Sabas[20].

La política comercial de Fulko fue una continuación de la de sus predecesores. Cumplió sus obligaciones con las ciudades italianas, que

[18] Guillermo de Tiro, XV, 26, págs. 699-700. Joveta era responsable de la educación de su sobrina nieta, la futura reina Sibila (véase *infra,* pág. 368). Murió antes de 1178, pues la abadesa Eva de Betania se refiere a ella como a su predecesora (*Cartulaire de Ste. Marie Josaphat,* ed. por Kohler, pág. 122).

[19] Por ejemplo, Röhricht, *Regesta,* págs. 43, 44, 45.

[20] Nau, «Le croisé lorrain, Godefroy de Ascha», en *Journal Asiatique,* 9.ª serie, vol. XIV, págs. 421-31; Röhricht, *Regesta,* págs. 160-7. Véase *infra,* páginas 294-296.

entonces controlaban el comercio de exportación del país. Pero se negó a dar a nadie el monopolio, y en 1136 hizo un tratado con los mercaderes de Marsella, prometiendo dar cuatrocientos besantes por año, sacados de las rentas de Jaffa, para el mantenimiento de su establecimiento comercial en dicha ciudad [21].

En el otoño de 1143 la corte estaba en Acre, gozando de la calma al retirarse Zengi de Damasco. El 7 de noviembre la reina deseó hacer una jira campestre. Cuando la partida real cabalgaba por el campo, surgió una liebre, y el rey galopó en su persecución. De repente, su caballo tropezó, Fulko salió despedido, y su pesada silla le golpeó en la cabeza. Sin conocimiento y con espantosas heridas en la cabeza fue trasladado a Acre. Allí murió, tres días más tarde. Había sido un buen rey para el reino de Jerusalén; pero no un gran rey ni un jefe para los francos de Oriente [22].

Los duelos y quebrantos de Melisenda, aunque conmovieron mucho a la corte, no le hicieron olvidar su cometido al frente del reino. De los hijos que había dado a Fulko, vivían dos: Balduino, que tenía trece años, y Amalarico, que tenía siete. Fulko había recibido el trono como esposo suyo, y sus derechos de heredera le fueron plenamente reconocidos. Pero la idea de una única reina reinante era inconcebible para los barones. Ella, por tanto, nombró co-regente a su hijo Balduino y asumió personalmente el poder. Su acción fue considerada perfectamente constitucional, y fue respaldada por el Consejo del reino cuando ella y Balduino fueron coronados juntos por el patriarca Guillermo el día de Navidad [23]. Melisenda era una mujer muy dispuesta, que en mejores tiempos hubiese podido reinar con éxito. Tomó como consejero a su primo carnal, el condestable Manasses de Hierges, hijo de un señor valón que se había casado con la hermana de Balduino, Hodierna de Rethel. Manasses se había criado desde joven en la corte de su tío, donde sus buenas disposiciones y su parentesco real le garantizaban una carrera segura. Cuando murió Balian el Viejo de Ibelin, poco después de la muerte del rey Fulko, Manasses se casó con su viuda, Helvis, heredera de Ramleh, que gobernaba toda la llanura filistea por derecho propio y de sus hijos. Los barones tuvieron ocasión de sentir el poder de Manasses, pues la reina y él

[21] Röhricht, *Regesta*, pág. 40. Véase La Monte, *Feudal Monarchy*, pág. 272. Dieciséis años más tarde Balduino III les dio un barrio de Jerusalén. Röhricht, *Regesta*, pág. 70.

[22] Guillermo de Tiro, XV, págs. 700-2; Mateo de Edesa, cclvi, pág. 325; Ibn al-Qalanisi, pág. 265. San Bernardo escribió una carta de condolencia a la reina Melisenda (núm. 354, *M. P. L.*, vol. CLXXXII, cols. 556-7).

[23] Guillermo de Tiro, XVI, 3, pág. 707. Acerca de la posición constitucional de Melisenda, véase La Monte, *Feudal Monarchy*, págs. 14-18.

eran dados a la autocracia; pero, por el momento, no hubo oposición a la reina [24].

Su instauración acarreó un serio inconveniente. Con Fulko, la posición del rey de Jerusalén como soberano de los estados cruzados habíase vuelto paulatinamente más teórica que práctica; y era difícil que los príncipes del Norte respetasen más la soberanía de una mujer y de un niño. Si hubiesen estallado querellas entre el príncipe de Antioquía y el conde de Edesa, un rey fuerte de Jerusalén, como Balduino II, habría ido al Norte y zanjado enérgicamente las diferencias. Ni una reina ni un niño rey podían hacerlo; y no había nadie más con autoridad soberana.

Desde la muerte del emperador Juan y el fracaso de Zengi ante Damasco, Raimundo había recuperado la confianza en sí mismo. En seguida reclamó al nuevo Emperador, Manuel, la reincorporación de Cilicia a su principado, y, ante la negativa de Manuel, invadió la provincia. Manuel necesitaba quedarse en Constantinopla durante los primeros meses de su reinado, pero envió una expedición terrestre y marítima mandada por los hermanos Contostephanus, el turco converso Bursuk y el almirante Demetrio Branas, la cual no sólo expulsó de Cilicia a Raimundo, sino que persiguió a sus tropas hasta los muros de Antioquía [25]. Pocos meses antes, Raimundo se había anexionado territorios de Alepo, hasta Biza'a, cuando Joscelino de Edesa avanzaba hacia el Eufrates a su encuentro. Pero Joscelino súbitamente hizo una tregua con Sawar, gobernador de Alepo, que dio al traste con los planes de Raimundo. Las relaciones entre Raimundo y Joscelino estaban empeorando. Parece ser que, desde 1140, Joscelino se vio obligado a aceptar a Raimundo como soberano, pero nunca hubo cordialidad alguna entre ellos. Joscelino había irritado a Raimundo por su intervención en favor del patriarca Radulfo, y esta tregua acarreó casi una ruptura abierta entre ellos [26].

Zengi estaba al acecho de estas querellas. La muerte del Emperador le había librado de su mayor enemigo en potencia. Los damascenos no intentarían nada contra él sin ayuda de los francos, y el reino de Jerusalén no estaba entonces como para embarcarse en aventuras. No se debía desaprovechar la oportunidad. En el otoño

[24] Guillermo de Tiro, XVI, 3, pág. 707, es un panegírico de la reina. Para Manasses, véase *infra*, pág. 306. Registra su casamiento Guillermo de Tiro, XVII, 18, pág. 780, y el nombre de Helvis aparece con frecuencia en las cartas privilegio, por ejemplo Röhricht, *Regesta*, págs. 22, 76.

[25] Cinnamus, págs. 33-4.

[26] Azimi, pág. 537; Ibn al-Qalanisi, pág. 266. Joscelino fecha un diploma de 1141, «Raimundo Antiochiae principe regnante» (Röhricht, *Regesta*, pág. 51), y Guillermo de Tiro (XVI, 4, pág. 710) le hace mencionar a Raimundo como a su señor en 1144.

de 1144, Zengi atacó a Kara Arslan, el príncipe ortóquida de Diarbekir, que había concluido poco antes una alianza con Joscelino. En cumplimiento de la alianza, Joscelino salió de Edesa con el grueso de su ejército y bajó hacia el Eufrates con la aparente intención de cortar las comunicaciones de Zengi con Alepo. Zengi estaba informado de los movimientos de Joscelino por los observadores musulmanes de Harrar. Inmediatamente envió un destacamento, al mando de Yaghi-Siyani, para tomar la ciudad por sorpresa. Pero Yaghi-Siyani se extravió en la oscuridad de una noche lluviosa de noviembre y no llegó a Edesa antes que Zengi con el grueso del ejército, el 28 de noviembre. Para entonces, los edesanos estaban sobre aviso y se habían apostado en las defensas.

El asedio de Edesa duró cuatro semanas. Joscelino se había llevado consigo a todos los mejores soldados. La defensa fue confiada, por tanto, al arzobispo latino, Hugo II. El obispo armenio, Juan, y el jacobita, Basilio, le ayudaron lealmente. Las esperanzas que Zengi hubiese podido tener de desviar a los cristianos indígenas de su fidelidad para con los francos, resultaron fallidas. El jacobita Basilio propuso solicitar una tregua, pero la opinión pública se volvió contra él. Sin embargo, los defensores, aun cuando combatieron muy bien, estaban en evidente inferioridad numérica. Joscelino se retiró a Turbessel. El historiador Guillermo de Tiro le critica despiadadamente, tachándole de indolente y cobarde al no querer ir a salvar su capital. Pero su ejército no era lo suficientemente fuerte para poder arriesgarse en una batalla con las huestes de Zengi. Confiaba en que las grandes fortificaciones de Edesa resistirían algún tiempo. En Turbessel podía interceptar cualquier refuerzo que Zengi pudiera solicitar de Alepo, y contaba con la ayuda de sus vecinos francos. Había mandado mensajes urgentes a Antioquía y a Jerusalén. En la capital, la reina Melisenda convocó un Consejo y fue autorizada a reunir un ejército, que envió al mando de Manasses el Condestable, Felipe de Nablus y Elinando de Bures, príncipe de Galilea. Pero, en Antioquía, Raimundo no quiso hacer nada. Todas las llamadas que le hizo Joscelino como a soberano suyo fueron vanas. Sin su ayuda, Joscelino no se atrevió a atacar a Zengi. Esperó en Turbessel la llegada del ejército de la reina.

Este vino demasiado tarde. El ejército de Zengi se hallaba reforzado con kurdos y turcomanos del Tigris superior; además, tenía buenas máquinas de asedio. Los clérigos y mercaderes que formaban el grueso de la guarnición no tenían ninguna experiencia en el arte militar. Sus contraataques y contraminas fracasaron. Se supone que el arzobispo Hugo estuvo evacuando el tesoro que había reunido, de mala manera, porque era necesario para la defensa. El día de Noche-

buena se derrumbó un muro, cerca de la puerta de las Horas, y los musulmanes irrumpieron en masa por la brecha. Los habitantes huyeron despavoridos hacia la ciudadela, y allí encontraron las puertas cerradas ante ellos por orden del arzobispo, que se quedó fuera para intentar, en vano, restablecer el orden. Varios miles de ellos murieron pisoteados en la confusión, y las tropas de Zengi, que les venían persiguiendo de cerca, mataron a otros muchos, entre ellos al prelado. Finalmente, el propio Zengi llegó y ordenó que cesase la matanza. Los cristianos indígenas fueron respetados, pero todos los francos fueron apresados y asesinados, y sus mujeres vendidas como esclavas. Dos días después, un sacerdote jacobita, que había tomado el mando de la ciudadela, se rindió a Zengi [27].

Zengi trató a la ciudad conquistada, una vez limpia de francos, con indulgencia. Nombró gobernador a Kutchuk Alí de Arbil; pero los cristianos indígenas, armenios, jacobitas e incluso griegos, obtuvieron cierta autonomía. Aunque las iglesias latinas fueron destruidas, las suyas no se tocaron, y se les animó a que llamasen a compatriotas suyos para repoblar la ciudad. El obispo sirio Basilio gozó de un favor particular con los conquistadores, a causa de su orgullosa respuesta cuando le preguntaron que si se podía confiar en él, a lo que respondió que su lealtad para con los francos mostraba hasta qué grado de lealtad podía llegar. Los armenios, entre los cuales siempre había sido popular la dinastía de Courtenay, aceptaron de peor gana el nuevo régimen [28].

Desde Edesa, Zengi avanzó hacia Saruj, la segunda gran fortaleza franca al este del Eufrates, que se le rindió en enero. Después avanzó hacia Birejik, la ciudad que dominaba el vado principal del río. Pero la guarnición franca opuso una dura resistencia. Joscelino se hallaba allí cerca, y el ejército de la reina estaba acercándose. En aquel momento, Zengi tuvo noticias de que había disturbios en Mosul. Levantó el asedio de Birejik y se dirigió aprisa hacia el Este. Era aún, sólo nominalmente, atabek de Mosul en nombre del joven príncipe seléucida Alp Arslan, hijo de Mas'ud. Volvió a Mosul y se en-

[27] Guillermo de Tiro, XVI, 4-5, págs. 708-12; Mateo de Edesa, cclvii, páginas 326-8; Miguel el Sirio, III, págs. 259-63; *Chron. Anon. Syr.*, págs. 281-6 (el relato más completo, con detalles que no se encuentran en ningún otro sitio). Nerses Shnorhal, *Elegy on the fall of Edessa*, págs. 2 y sigs.; Bar-Hebraeus, traduc. de Budge, págs. 268-70; Kemal ad-Din, págs. 685-6; Ibn al-Qalanisi, págs. 266-8; Ibn al-Athir, págs. 443-6. Muchas crónicas europeas hacen alguna alusión a la caída de Edesa. La carta de San Bernardo, núm. 256, *M. P. L.*, vol. CLXXXII, col. 463, se refiere a ella. Ibn al-Athir nos cuenta que un musulmán en la corte del rey Roger de Sicilia tuvo una visión telepática de la conquista.

[28] Miguel el Sirio, *loc. cit.*; *Chron. Anon. Syr.*, *loc. cit.*

contró con que Alp Arslan, intentando afirmar su autoridad, había asesinado al lugarteniente del atabek, Shaqar. Era una ocasión inoportuna, porque Zengi, como conquistador de una capital cristiana, estaba en el cenit de su prestigio en el mundo musulmán. Alp Arslan fue destronado, y sus consejeros fueron muertos; el Califa, por su parte, envió a Zengi una embajada cargada de presentes y le confirió el título de rey y conquistador [29].

La noticia de la caída de Edesa repercutió en todo el orbe. A los musulmanes les dio nuevas esperanzas. Un estado cristiano, intruso en el Islam, había sido destruido, y los francos quedaban reducidos a las tierras bañadas por el Mediterráneo. Los caminos de Mosul a Alepo quedaban ahora limpios de enemigos, y ya no había clavada una cuña entre los turcos del Irán y los de Anatolia. Para los francos fue un motivo de desaliento y de alarma, y fue un choque terrible para los cristianos de Europa occidental. Por primera vez se dieron cuenta de que las cosas no iban como era debido en el Oriente. Se dibujaba un movimiento para predicar una nueva Cruzada.

Y, en efecto, una nueva Cruzada era necesaria, pues los príncipes francos de Oriente, a pesar del peligro, no estaban dispuestos a colaborar entre sí. Joscelino intentó reconstruir su principado en las tierras que poseía al oeste del Eufrates, con Turbessel como capital [30]. Mas, aunque era evidente que Zengi le atacaría en seguida, no podía perdonar a Raimundo que le hubiese negado su ayuda. Rompió abiertamente con él, y rechazó su soberanía. También Raimundo estaba remiso a una reconciliación. Pero no corría el peligro de quedar aislado. En 1145, después de haber rechazado una incursión turcomana, decidió ir a Constantinopla, para solicitar ayuda del Emperador. Cuando llegó, Manuel no quiso recibirle. Sólo después de que se hubo arrodillado en humilde acto de contricción ante la tumba del emperador Juan, le otorgó una audiencia. Manuel le trató entonces generosamente, cargándole de regalos y prometiéndole una ayuda pecuniaria. Pero no quiso comprometerle ayuda militar inmediata, ya que los bizantinos estaban ocupados en una guerra contra los turcos. Se habló de una expedición futura; y la visita, aunque fue humillante para el orgullo de Raimundo y no fue del gusto de los barones, tuvo un resultado provechoso. Zengi no dejó de notarlo, y,

[29] *Chron. Anon. Syr.*, págs. 286-8; Ibn al-Qalanisi, págs. 268-9; Ibn al-Athir, págs. 445-8; Ibn al-Furat, citado en Cahen, *La Syrie du Nord*, página 371, n. 11.

[30] Joscelino aún poseía el territorio desde Samosata, atravesando Marash (dominada por su vasallo Balduino), hacia el Sur, hasta Birejik, Aintab, Ravendel y Turbessel.

por tanto, decidió dejar para más tarde un ataque contra los francos del Norte, y dirigió su atención otra vez hacia Damasco [31].

En mayo de 1146 Zengi se trasladó a Alepo para preparar su expedición contra Siria. Cuando pasaba por Edesa se enteró de que los armenios habían intentado sacudirse el yugo y restaurar a Joscelino. Kutchuk Alí sofocó fácilmente la intentona, y Zengi mandó ejecutar a los cabecillas y que parte de la población armenia fuese desterrada. Su lugar fue ocupado por trescientas familias judías, introducidas por Zengi, porque los judíos estaban evidentemente dispuestos a ayudar a los musulmanes contra los cristianos [32]. En el verano, Zengi llevó su ejército hacia el Sur, a Qalat Jabar, en la ruta directa del Eufrates a Damasco, donde un reyezuelo árabe sin importancia se negó a reconocerle como soberano. Cuando estaba sitiando la ciudad, en la noche del 14 de septiembre de 1146, tuvo un altercado con un eunuco de origen franco, a quien había sorprendido bebiendo en su propio vaso. El eunuco, furioso por la reprimenda, esperó a que estuviese durmiendo y le asesinó [33].

La desaparición repentina de Zengi fue celebrada por todos sus enemigos, que suponían que las disputas dinásticas que solía haber a la muerte de los príncipes musulmanes disolverían su reino. Mientras su cuerpo yacía insepulto y abandonado, el mayor de sus hijos, Saif ed-Din Ghazi, acompañado del visir Jamal ed-Din de Isfahan, marchó apresuradamente a Mosul para hacerse cargo del gobierno, y el segundo, Nur ed-Din, apoderándose del sello oficial, que cogió del dedo del cadáver, fue a que le proclamase en Alepo el kurdo Shirkuh, cuyo hermano, Ayud, había salvado la vida a Zengi cuando el Califa le derrotó en 1132. La división del reino sirvió a los enemigos como señal para invadirle. En el Sur, las tropas de Unur, saliendo de Damasco, recobraron Baalbek, y redujeron a vasallaje al gobernador de Homs y a Yaghi-Siyani, gobernador de Hama. En el Este, el seléucida Alp Arslan hizo otra demostración de fuerza, pero fue en vano; y los ortóquidas de Diarbekir recuperaron ciudades que habían perdido [34]. En el centro, Raimundo de Antioquía hizo una incursión hasta los mismos muros de Alepo, a la vez que Joscelino proyectó recuperar Edesa. Sus agentes entraron en contacto con los armenios de la ciudad, y se ganaron a los jacobitas. Joscelino se puso

31 Cinnamus, pág. 35; Miguel el Sirio, III, pág. 267.

32 Miguel el Sirio, III, págs. 267-8; *Chron. Anon. Syr.*, pág. 289; Ibn al-Qalanisi, pág. 270; Ibn al-Furat, *loc. cit.*

33 Guillermo de Tiro, XVI, 7, pág. 714; Miguel el Sirio, III, pág. 268; *Chron. Anon. Syr.*, pág. 291; Ibn al-Qalanisi, págs. 270-1; Kemal ad-Din, página 688.

34 Ibn al-Qalanisi, págs. 272-4; Ibn al-Athir, págs. 455-6; véase Cahen, «Le Diyarbekr», en *Journal Asiatique*, 1935, pág. 352.

entonces en marcha con un pequeño ejército, y se le unió Balduino de Marash, en Kaisun. Raimundo volvió a negarle su ayuda, y esta vez con mucha razón, pues la expedición estaba mal planeada. Joscelino había confiado en sorprender Edesa, pero los musulmanes estaban prevenidos. Cuando llegó ante las murallas, el 27 de octubre, gracias a la ayuda de los indígenas pudo abrirse camino dentro de la misma ciudad; pero la guarnición de la ciudadela estaba decidida a hacerle frente. Sus tropas eran demasiado escasas para permitirle asaltar las fortificaciones. Anduvo por la ciudad sin saber qué hacer. Mientras tanto, los mensajeros habían alcanzado a Nur ed-Din en Alepo. Su ejército estaba entonces contraatacando a Raimundo en territorio de Antioquía, pero le hizo volverse inmediatamente y pidió ayuda a los gobernadores musulmanes vecinos. El 2 de noviembre apareció ante Edesa. Joscelino se vio cogido entre él y la ciudadela. Vio que su única salvación se hallaba en una evacuación inmediata. Durante la noche emprendió la huida con sus hombres y gran número de cristianos indígenas, y se encaminó hacia el Eufrates. Nur ed-Din le siguió pisándole los talones. Al día siguiente tuvo lugar una batalla. Los francos resistieron bien, hasta que Joscelino ordenó temerariamente un contraataque. Fue rechazado, y el ejército franco se desbandó, presa del pánico. Balduino de Marash quedó muerto sobre el campo. Joscelino, herido en el cuello, escapó con su guardia personal y halló refugio en Samosata, donde se le unió el obispo jacobita Basilio. El obispo armenio Juan fue capturado y conducido a Alepo. Los cristianos indígenas, abandonados por los francos, fueron asesinados sin excepción, y sus mujeres e hijos, vendidos como esclavos. En la propia Edesa, toda la población cristiana fue desterrada. La gran ciudad, que se preciaba de ser la comunidad cristiana más antigua del mundo, quedó vacía y desolada, y no se ha recobrado hasta el presente [35].

El episodio demostró a los enemigos de Zengi que poco habían ganado con su muerte. Incluso sus hijos, aunque se tenían poco afecto, fueron lo suficientemente prudentes para no disputar entre sí. Saif ed-Din Ghazi, que estaba enteramente ocupado con los ortóquidas, tomó la iniciativa de preparar una entrevista con su hermano, en la que se confirmó pacíficamente el reparto de la herencia. Saif ed-Din se quedó con las tierras de Iraq, y Nur ed-Din, con las de Siria. Por aquel tiempo, la posición de Nur ed-Din se vio refor-

[35] Guillermo de Tiro, XVI, 14-16, págs. 728-32; Mateo de Edesa, cclviii, páginas 328-9 (da la fecha equivocada de 1147-8); Miguel el Sirio, III, págs. 270-2. Basilio el Doctor, *Elegy on Baldwin*, pág. 205; *Anon. Chron. Syr.*, páginas 292-7; Ibn al-Qalanisi, págs. 274-5; Ibn al-Athir, págs. 455-8 (y *Atabegs*, pág. 156); *Bustan*, pág. 541.

zada por un inesperado acto de locura que cometieron los francos en Jerusalén. A principios de 1147, uno de los lugartenientes de Unur, Altuntash, gobernador de Bosra y de Salkhah en el Hauran, que era un armenio convertido al Islam, proclamó su independencia de Damasco y fue a Jerusalén en busca de ayuda. Ofreció entregar Bosra y Salkhah a los francos si le establecían en un señorío en el Hauran. La reina Melisenda convocó debidamente el Consejo para discutir la propuesta. La decisión que había que tomar era importante, pues el ayudar a Altuntash significaría la ruptura de la alianza con Damasco. Pero era una oferta tentadora. La población del Huran era, en gran parte, cristiana, melkita, de rito ortodoxo. Con esta ayuda cristiana sería fácil colonizar el Hauran, y su control colocaría a Damasco a merced de los francos. Los barones vacilaron. Ordenaron que el ejército se reuniese en Tiberíades, pero enviaron una embajada a Unur para decirle que se proponían restablecer a Altuntash. Unur se enojó, pero por miedo a Nur ed-Din quiso evitar una ruptura. Contestó recordando a la reina que, según la ley feudal de ésta, un gobernante no podía proteger al vasallo rebelde de una potencia amiga contra su soberano, pero ofreció indemnizarle de todos los gastos que hubiese acarreado la expedición proyectada. La reina envió a Damasco a un caballero, llamado Bernardo Vacher, para decir que desgraciadamente se había comprometido a ayudar a Altuntash, a quien su ejército escoltaría en su regreso a Bosra, pero que tomaba a su cargo el no causar daño alguno al territorio damasceno. Bernardo volvió en seguida, convencido por Unur de que la proposición era imprudente y desatinada. Persuadió al joven rey Balduino de su punto de vista, y, cuando el asunto volvió a discutirse en el Consejo, se decidió abandonar la expedición. Pero entonces ya se había enardecido el entusiasmo de los soldados. Los demagogos del ejército, furiosos por el abandono de una incursión provechosa contra los infieles, denunciaron a Bernardo como traidor e insistieron en que querían guerra. El rey y los barones se asustaron y se dejaron llevar.

En mayo de 1147, el ejército franco, con el rey al frente, atravesó el Jordán y avanzó por el Jaulan. Pero no fue el avance triunfal que los soldados habían dado por descontado. Unur estaba completamente alerta. Sus tropas ligeras turcomanas se combinaron con los árabes de la región para acosarles cuando remontaban penosamente el valle del Yarmuk hacia Derea. Unur ya había enviado, por su parte, una embajada a Alepo pidiendo ayuda a Nur ed-Din. Era una llamada que Nur ed-Din recibió encantado. Se concluyó una alianza. Nur ed-Din recibió la mano de la hija de Unur en matrimonio y prometió acudir inmediatamente a ayudarle; se le entregaría Hama, pero respetaría la independencia de Damasco. A fines de mayo, los

francos llegaron a Derea, justo a mitad de camino entre la frontera y Bosra. Mientras tanto, Unur se había apresurado a ir a Salkhah, que estaba más al Este. La guarnición de Altuntash pidió una tregua, y Unur se dirigió hacia el Este para unirse a Nur ed-Din, que había bajado a marchas forzadas desde Alepo. Juntos avanzaron contra Bosra, que les entregó la mujer de Altuntash. La noticia de la rendición la conocieron los francos por la tarde, cuando llegaban cansados y escasos de agua a la vista de Bosra. No estaban en condiciones de atacar a los musulmanes. No había otra cosa que hacer más que retirarse. La vuelta fue más penosa que el avance. Escaseaban los víveres, y muchas de las fuentes habían sido destruidas. El enemigo se pegó a la retaguardia y mataba a los rezagados. El joven rey demostró gran heroísmo, rechazando la sugerencia de que abandonase el grueso del ejército y huyese para ponerse a salvo con una guardia escogida. Gracias a su ejemplo se mantuvo la disciplina. Los barones finalmente decidieron hacer las paces con Unur y despacharon a un mensajero que hablaba árabe, probablemente a Bernardo Vacher, para solicitar una tregua; pero el mensajero fue muerto en el camino. Sin embargo, cuando el ejército llegó a ar-Rahub, en la línea del Jebel Ajlun, vino un mensajero de Unur para ofrecer a los francos el reavituallamiento. Estando Nur ed-Din tan cerca, Unur no tenía deseos de que el ejército franco quedase completamente destruido. El rey rechazó altivamente la oferta, pero se comentó que un misterioso extranjero, montado en un caballo blanco y llevando un estandarte escarlata, apareció y condujo al ejército, sano y salvo, hasta Gadara. Tras una última escaramuza cruzaron el Jordán, de regreso a Palestina. La expedición había sido costosa y sin objeto. Demostró que los francos eran buenos combatientes, pero inconstantes en su política y su estrategia [36].

Una sola persona sacó provecho de ella, Nur ed-Din. De hecho, Unur había recuperado el Hauran. Cuando Altuntash fue a Damasco, esperando ser perdonado, fue cegado y arrojado a prisión, y sus amigos cayeron en desgracia. Pero Unur, sin esperanzas, tenía consciencia de la fuerza de Nur ed-Din. Se alarmó por el futuro, y ansiaba restablecer la alianza con los francos. Nur ed-Din, sin embargo, ratificó su tratado con Unur. Regresó hacia el Norte para continuar su tarea de despojar al principado de Antioquía de todas sus tierras al este del Orontes. A finales de 1147, Artah, Kafarlata, Besarfut y Balat estaban en sus manos [37].

Nur ed-Din surgió, pues, como el principal enemigo de los cris-

[36] Guillermo de Tiro, XVI, 8-13, págs. 715-28; Ibn al-Qalanisi, págs. 276-9; Abu Shama, págs. 50-3.

[37] Kemal ad-Din, ed. por Blochet, págs. 515-16; Ibn al-Athir, págs. 461-2.

tianos. Tenía entonces veintinueve años, pero era muy prudente para su edad. Hasta sus mismos contrarios le admiraban por su sentido de la justicia, su caridad y su piedad sincera. Fue quizá un soldado menos brillante que su padre, Zengi, pero también menos cruel y menos pérfido, y conocía mejor a los hombres. Sus ministros y generales eran capaces y leales. Sus recursos materiales eran menores que los de su padre, pues Zengi pudo disponer de las riquezas del alto Iraq, que ahora habían pasado a Saif ed-Din. Pero Saif ed-Din había heredado al mismo tiempo las dificultades de Zengi con los ortóquidas y con el Califa y el sultanato seléucida, lo que permitió a Nur ed-Din centrar su atención en el Oeste. Además, los hijos de Zengi permanecieron fieles a su pacto de familia. Saif ed-Din mandaría ayuda a Nur ed-Din cuando la necesitase, sin deseo alguno de anexionarse su parte de tierras familiares. Un tercer hermano, Nasr ed-Din, se estableció como vasallo de Nur ed-Din en Harran, mientras que el más joven de la familia, Qubt ed-Din, se criaba en la corte de su hermano mayor en Mosul. Libre del peligro de sus correligionarios por sus relaciones familiares y su alianza con Unur, Nur ed-Din estaba en muy buena posición para dirigir el contraataque del Islam. Si los cristianos de Oriente querían sobrevivir, era contra él contra quien deberían concentrar sus esfuerzos [38].

[38] Ibn al-Athir, pág. 456, y *Atabegs*, págs. 152-8.

Libro III

LA SEGUNDA CRUZADA

Capítulo 11

LA LLAMADA A LOS REYES

«¡Disponte, pues, date a la obra y Yahveh sea contigo!»

(I Paralipómenos [Crónicas], 22, 16.)

En cuanto se supo en Jerusalén que Edesa había caído, la reina Melisenda envió emisarios a Antioquía para consultar con el gobierno del principado acerca de la conveniencia de mandar una embajada a Roma, con el fin de dar la noticia al Papa y pedir una nueva Cruzada. Se acordó designar embajador a Hugo, obispo de Jabala, cuya oposición a las exigencias del emperador Juan le había dado fama entre los cristianos latinos. A pesar de la importancia de su misión, el obispo no llegó hasta el otoño de 1145 a la curia papal. El papa Eugenio III se hallaba en Viterbo, ya que Roma se encontraba en poder de un grupo rebelde resentido con el gobierno del Papa. Con éste se hallaba el cronista alemán Otón de Freisingen, que registró la reacción del Pontífice ante la lamentable noticia, si bien él estaba más interesado en la información que el obispo traía sobre un potentado cristiano que vivía en el este de Persia y que estaba haciendo una guerra victoriosa contra el infiel. Se llamaba Juan y era nestoriano. Ya había conquistado la capital persa de Ecbatana, pero se dirigió hacia el Norte, a una región de hielos y nieves, donde había perdido tantos hombres que tuvo que regresar a su país. Esta fue la primera mención del legendario Preste Juan en las páginas de la Historia [1].

[1] Otón de Freisingen, *Chronica*, págs. 363-7. Véase Gleber, *Papst Eugen III*, pág. 36.

El papa Eugenio no compartía la esperanza del cronista de que el Preste Juan socorriese a la Cristiandad. Estaba seriamente alarmado. Por la misma época le llegó una delegación de obispos armenios de Cilicia, deseosos de obtener apoyo contra Bizancio [2]. El Papa no podía descuidar sus deberes para con Oriente. Mientras el obispo Hugo partió para informar a las cortes de Francia y Alemania, Eugenio determinó predicar la Cruzada [3]. Pero el Papado no estaba en condiciones de dirigir el movimiento como había intentado hacerlo el papa Urbano. Desde su exaltación, en febrero, Eugenio no había conseguido entrar en Roma. No podía arriesgarse aún a marchar más allá de los Alpes. Afortunadamente se hallaba en buenas relaciones con los dos potentados importantes de la Europa occidental. Conrado de Hohenstaufen, rey de Alemania, había obtenido su trono gracias al apoyo eclesiástico y fue coronado por el nuncio del Papa. Con Luis VII, el piadoso rey de Francia, las relaciones del Papa eran aún más cordiales. Después de algunos malos pasos iniciales, debidos a la influencia de su esposa, Leonor de Aquitania, se arrepintió y consintió ser guiado en todas las cosas por sus consejeros eclesiásticos, especialmente por el gran abad de Claraval, San Bernardo. El Papa decidió recurrir al rey Luis con el fin de solicitar su ayuda para Oriente. Necesitaba de los auxilios de Conrado para someter a los romanos y contener las ambiciones de Roger II de Sicilia. No quería que Conrado contrajera nuevas obligaciones. En cambio, Luis era el rey de la nación que proporcionó la mayor parte de los príncipes y señores francos que habían marchado a Oriente; era el caudillo indiscutible de la expedición que debía socorrerles. El 1 de diciembre, Eugenio dirigió una bula al rey Luis y a todos los príncipes y los fieles del reino de Francia, apremiándoles a salir para socorrer a la Cristiandad oriental y prometiéndoles seguridad para sus bienes terrenos y remisión de sus pecados [4].

La noticia de la caída de Edesa horrorizó a Occidente. El interés y entusiasmo surgidos a raíz de la primera Cruzada se habían aletargado. La conquista de Jerusalén había inflamado la imaginación de los hombres, e inmediatamente después salieron grandes refuerzos, voluntariamente, respondiendo a los llamamientos de Oriente, como probaron las Cruzadas de 1101. Pero éstas acabaron en un

[2] Véase Tournebize, *Histoire Politique et Religieuse de l'Arménie*, páginas 235-9.

[3] *Chronicon Mauriniacense*, R. F. H., vol. XII, pág. 88; Otón de Freisingen, *Gesta Friderici*, págs. 54-7.

[4] Jaffé-Watenbach, *Regesta*, núm. 8796, vol. II, pág. 26. Caspar, «Die Kreuzzugsbullen Eugens III», en *Neues Archiv*, vol. XLV, págs. 285-306, demuestra que la Bula tuvo que ser sin lugar a dudas del 1 de diciembre de 1145, lo que destruye la teoría francesa de que Luis VII fomentó la Cruzada.

desastre, y a pesar de ello los estados francos en Oriente mantuvieron y consolidaron sus posiciones. Aún siguieron llegando refuerzos, aunque con cuentagotas. Había una constante afluencia de peregrinos, muchos de los cuales permanecerían el tiempo suficiente para combatir en una campaña estival. Entre ellos había potentados, como Sigur de Noruega, o también un cuantioso número de gentes humildes, como los ingleses, flamencos y daneses que fueron en 1106. Las ciudades marítimas italianas enviarían de vez en cuando alguna flota para colaborar en la conquista de algún puerto, aunque sus motivos eran abiertamente comerciales, con lo cual llegaban, de manera creciente, los mercaderes italianos. Pero desde el reinado de Balduino I hubo pocas peregrinaciones armadas. En los años recientes, la única señalada fue la mandada por Thierry, yerno del rey Fulko y conde de Flandes. No cesaba la llegada de inmigrantes segundones, como Balian de Chartres, fundador de la casa de Ibelín, o barones como Hugo de Le Puiset o Manasses de Hierges, que esperaban sacar provecho de su parentesco con la casa real. Más constantes y valiosos resultaban los caballeros que partían para unirse a las grandes órdenes militares, los hospitalarios y los templarios. Las órdenes fueron asumiendo paulatinamente el papel del ejército permanente del reino, y las grandes donaciones de tierras que les hacía, igual que a sus vasallos, la corona, demuestran la gran estima en que se las tenía. Pero, desde la dispersión de los ejércitos de la primera Cruzada, no existió en Oriente una fuerza franca lo bastante poderosa como para emprender una gran ofensiva contra el infiel [5].

Fue necesario el golpe de Edesa para que Occidente despertara de nuevo. Pues, entretanto, en la perspectiva de la Europa occidental los estados cruzados de Siria se habían considerado simplemente como el flanco izquierdo de la amplia campaña mediterránea contra el Islam. El flanco derecho era España, donde aún había bastante que hacer para un caballero cristiano. Los avances de la Cruz en España quedaron detenidos durante la segunda y tercera década del siglo, debido a las disputas de la reina Urraca y su esposo, el rey Alfonso I de Aragón. Pero el hijo de la reina y heredero, nacido de su primer matrimonio borgoñón, Alfonso VII, dio nuevo ímpetu a Castilla. En 1132, seis años después de su subida al trono, inició una serie de campañas contra los musulmanes que le llevaron hasta las puertas de Córdoba, donde fue reconocido como soberano. Ya en 1134 tomó el título de emperador, para demostrar que era el señor soberano de la península y no rendía vasallaje a nadie. Entretanto, Alfonso I, libre, gracias a la muerte de Urraca, de las complicacio-

[5] Véase *supra*, págs. 92-93, 211.

nes con Castilla, consagró sus últimos años a una ofensiva, de éxito alterno, en Murcia, y a lo largo de la costa Ramón Berenguer III, conde de Barcelona, adelantó sus fuerzas hacia el Sur. Alfonso I murió en 1134. Su hermano, el monje exclaustrado Ramiro, reinó desastrosamente durante tres años; pero en 1127 la hija de Ramiro, Petronila, que sólo contaba dos años de edad, fue casada con Ramón Berenguer IV de Barcelona, y Cataluña y Aragón se unieron para formar una potencia cuya fuerza naval les permitió completar la reconquista de la España del nordeste [6]. De esta suerte, hacia 1145, las cosas marchaban bien en el escenario español, aunque se cernía una tempestad. Los almorávides, que habían dominado la España musulmana durante el último medio siglo, se hallaban en desesperada decadencia. En Africa ya habían sido remplazados por los almohades, secta de reformadores ascéticos, casi gnósticos en su teología y por su insistencia en una selección de adeptos, fundada por el profeta bereber Ibn Tumart, y desarrollada con una tónica aún más agresiva por su sucesor, Abd al-Mumin. Este derrotó y asesinó al monarca almorávide Tashfin ibn Alí, cerca de Tlemcen, en 1145. En 1146 completó la conquista de Marruecos y estuvo en condiciones de avanzar hacia España [7]. Con tales problemas, los caballeros cristianos de España se mostraron insensibles a un llamamiento de Oriente. Por otra parte, ahora que los reinos de España estaban sólidamente fundados, ya no ofrecían la misma perspectiva que en el siglo anterior para los caballeros y príncipes de Francia.

El centro del campo de batalla contra el Islam lo ocupaba el rey Roger II de Sicilia. Roger había unificado todos los dominios normandos en Italia y adoptó el título real en 1130. Se daba perfecta cuenta de la importancia estratégica de su reino, en un enclave ideal para dominar el Mediterráneo. Pero para completar su dominio necesitaba tener una cabeza de puente en la costa africana, frente a Sicilia. Las disputas y rivalidades de las dinastías musulmanas en el Africa septentrional, intensificadas por el poder decadente de los almorávides en Marruecos y la inoperante soberanía de los fatimitas en Túnez, unidos a la necesidad, por parte de las ciudades africanas, de importar los cereales de Sicilia, dieron su oportunidad a Roger. Sin embargo, sus primeras campañas, desde 1123 hasta 1128, no representaron ninguna ventaja para él, salvo la conquista de Malta. En 1134, mediante una ayuda prudente y oportuna, convenció a el-Hasan, señor de Mahdia, a aceptarle como soberano, y el año siguiente ocupó la isla de Jerba, en el golfo de Gabes. Algunos ataques vic-

[6] Véase Ballesteros, *Historia de España,* II, págs. 247-62.

[7] Para los almohades, véase Codera, *Decadencia y desaparición de los almorávides en España,* y Bel, artículo «Almohads», en *Encyclopaedia of Islam.*

toriosos contra la navegación musulmana estimularon su apetito, y empezó a atacar las ciudades costeras. En junio de 1143 sus tropas entraron en Trípoli, pero se vieron obligadas a retirarse. Exactamente tres años después volvió a conquistar la ciudad, cuando una revolución interna elevó al puesto de gobernador a un príncipe almorávide. Esta vez no pudo ser desalojado, y Trípoli se convirtió en el núcleo de la colonia normanda en Africa [8].

El rey Roger se hallaba, por tanto, en excelentes condiciones para tomar parte en la nueva Cruzada. Pero inspiraba sospechas. Su conducta ante el Papado nunca había sido de sumisión y rara vez respetuosa. Su presunción al coronarse rey no agradó a los otros potentados de Europa, y San Bernardo había comentado con Lotario de Alemania que «quien se corona a sí mismo rey de Sicilia ataca al Emperador» [9]. La reprobación de San Bernardo equivalía a la reprobación de la opinión pública francesa. Roger era aún más impopular entre los príncipes de Oriente, pues manifestó a las claras que nunca había perdonado al reino de Jerusalén el trato dispensado a su madre, Adelaida, y su propio fracaso de conseguir la sucesión prometida en el contrato matrimonial, mientras, por otra parte, reclamaba Antioquía, en calidad de único heredero por línea masculina de su primo Bohemundo. Su presencia en la Cruzada no se deseaba, aunque había esperanzas de que prosiguiera la guerra contra el Islam en su propio sector [10].

La elección del rey Luis de Francia para organizar la nueva Cruzada era fácil de comprender, y el rey respondió de buen grado al llamamiento. Cuando llegó la Bula papal, que siguió inmediatamente a la noticia traída por el obispo de Jabala, Luis acababa de enviar un llamamiento a sus principales vasallos para que se reunieran con él en Bourges, en Navidades. Cuando se hallaron reunidos, les manifestó que había decidido tomar la Cruz y les pidió que hicieran otro tanto. Se sintió tristemente desilusionado al conocer la respuesta. La nobleza secular no mostró ningún entusiasmo. El decano de los políticos del reino, Sugerio, abad de Saint-Denis, expresó su disconformidad con la proyectada ausencia del rey. Sólo el obispo de Langres se pronunció en favor del soberano [11].

Abatido por la indiferencia de sus vasallos, Luis decidió aplazar durante tres meses su llamamiento, y convocó una nueva asamblea para Pascua en Vézélay. Entretanto, escribió al Papa para manifestarle su propio deseo de mandar la Cruzada, y envió a llamar al úni-

[8] Chalandon, *Domination Normande en Italie*, págs. 158-65.
[9] San Bernardo, carta núm. 139, en *M. P. L.*, vol. CLXXII, col. 294.
[10] Odón de Deuil, págs. 22-3.
[11] *Vita Sugerii Abbatis*, págs. 393 y sigs.; Odón de Deuil, pág. 121.

co hombre que tenía una autoridad superior a la suya, Bernardo, abad de Claraval. San Bernardo se hallaba ahora en la cúspide de su fama. Es difícil en el presente penetrar a través de los siglos y apreciar el tremendo impacto causado por su personalidad en todos los que le conocieron. El fuego de su elocuencia se halla muy apagado en las palabras escritas que le sobreviven. Como teólogo y polemista nos parece hoy rígido y algo crudo e impertinente. Pero desde el día de 1115 en que, a la edad de veinticinco años, fue nombrado abad de Claraval, hasta su muerte, casi cuarenta años más tarde, fue el poder dominante en la vida religiosa y política de la Europa occidental. Fue él quien imprimió su empuje a la orden cisterciense; fue él quien, casi sin ayuda, salvó al Papado del cenagal del cisma de Anacleto. El fervor y sinceridad de su predicación, unidos a su valor y su vida sin tacha, contribuían a conseguir la victoria de cualquier causa que apoyaba, salvo en el caso de la terca herejía cátara del Languedoc. Hacía tiempo que tenía interés por la suerte de la Cristiandad oriental, y él mismo había contribuido a redactar la regla de la Orden del Temple. Cuando el Papa y el rey requirieron su ayuda en la predicación de la Cruzada, accedió gustoso [12].

La asamblea se reunió en Vézélay el 31 de marzo de 1146. La noticia de que San Bernardo iba a predicar atrajo a visitantes de toda Francia. Como en Clermont, medio siglo antes, la multitud era demasiado numerosa para haber cabido en la catedral. San Bernardo habló desde un estrado levantado en un campo en las afueras de la pequeña ciudad. Sus palabras no nos han llegado. Sólo sabemos que dio lectura a la Bula papal que pedía una expedición santa y prometía absolución a todos los que participaran en ella, y que después usó de su incomparable retórica para demostrar la urgencia de la petición del Papa. En seguida quedó hechizado el auditorio. Los hombres empezaron a pedir cruces a gritos: «Cruces, dadnos cruces.» No pasó mucho tiempo sin que se agotara la tela preparada para coser las cruces, y San Bernardo se despojó de su propio hábito para que fuera cortado en cruces. A la puesta del sol aún estaban cosiendo él y sus auxiliares, porque acudían más y más fieles solicitando unirse a la Cruzada [13].

El rey Luis fue el primero en abrazar la Cruz, y sus vasallos olvidaron su primitiva frialdad en su avidez por seguirle. Entre ellos

[12] Odón de Deuil, pág. 21. Según Otón de Freisingen, los barones quisieron consultar a San Bernardo antes de comprometerse (*Gesta Friderici*, pág. 58). Para San Bernardo y los templarios, véase Vacandard, *Vie de Saint Bernard*, II, págs. 227-49.

[13] Odón de Deuil, pág. 22; *Chronicon Mauriniacense, loc. cit.;* Suger, *Gesta Ludovici*, ed. por Molinier, págs. 158-60.

se hallaban su hermano Roberto, conde de Dreux; Alfonso-Jordán, conde de Tolosa, que había nacido en Oriente; Guillermo, conde de Nevers, cuyo padre había mandado una de las desgraciadas expediciones en 1101; Enrique, heredero del condado de Champagne; Thierry de Flandes, que ya había combatido en Oriente y cuya esposa era hijastra de la reina Melisenda; el tío del rey, Amadeo de Saboya; Archimbaldo, conde de Borbón; los obispos de Langres, Arras y Lisieux, y muchos nobles de segunda fila. Y aún fue mayor la adhesión de la gente humilde [14]. San Bernardo pudo escribir algunos días después al Papa, diciendo: «Vos ordenasteis, yo obedecí, y la autoridad del que dio la orden hizo fructífera mi obediencia. Abrí mi boca, hablé, y en seguida los cruzados se multiplicaron hasta el infinito. Los pueblos y las ciudades están ahora desiertos. Apenas se encontrará un hombre por cada siete mujeres. Por doquier se ven viudas cuyos esposos están aún vivos.» [15]

Alentado por su éxito, San Bernardo emprendió un viaje por Borgoña, Lorena y Flandes, predicando la Cruzada por donde pasaba. Estando en Flandes, recibió un mensaje del arzobispo de Colonia, pidiéndole que se trasladara en seguida a Renania. Como en los días de la primera Cruzada, el entusiasmo provocado por la noticia del movimiento se volvió contra los judíos. En Francia, el abad de Cluny, Pedro el Venerable, lamentó con elocuencia que no contribuyeran económicamente al socorro de la Cristiandad. En Alemania, el resentimiento tomó una forma más feroz. Un fanático cisterciense llamado Rodolfo estaba incitando a matanzas de judíos por toda Renania, en Colonia, Maguncia, Worms, Espira y Estrasburgo. Los arzobispos de Colonia y Maguncia hicieron lo que pudieron por salvar a las víctimas, y el último llamó a Bernardo para tratar con el cisterciense. Bernardo acudió a toda prisa desde Flandes y ordenó a Rodolfo que regresara al monasterio. Cuando se restableció la calma, Bernardo permaneció en Alemania; le parecía que los alemanes también se unirían a la Cruzada [16].

[14] El obispo de Langres era Godofredo de la Roche Faillée, un monje de Claraval y pariente de San Bernardo. Poco se sabe de Alviso, obispo de Arras, anteriormente abad de Anchin. Leyendas posteriores le convierten en hermano de Sugerio, sin ningún fundamento. Arnulfo de Seez, obispo de Lisieux, era un clásico erudito de gustos evidentemente seculares. Los obispos de Langres y Lisieux se consideraban a sí mismos como legados papales, aunque en realidad los legados eran el alemán Theodwin, cardenal de Oporto, y el cardenal florentino Guido. Juan de Salisbury (*Historia Pontificalis*, págs. 54-5) consideraba que las disputas entre los dos obispos y su común resentimiento hacia los cardenales contribuyeron en gran medida al fracaso de la Cruzada. Creía a Godofredo de Langres más razonable que a Arnulfo de Lisieux.

[15] San Bernardo, carta núm. 247, en *op. cit.*, col. 447.

[16] San Bernardo, cartas núms. 363, 365, en *op. cit.*, cols. 564-8, 570-1;

Hasta entonces los alemanes habían desempeñado un papel poco sobresaliente en el movimiento cruzado. Su celo cristiano se había dirigido más bien hacia la evangelización forzada de los eslavos paganos en su frontera oriental. Desde principios del siglo, la obra misional y la colonización alemana se habían orientado hacia las regiones eslavas de Pomerania y Brandeburgo, y los señores alemanes consideraban esta expansión de la Cristiandad como una tarea más importante que una guerra contra el Islam, cuya amenaza era para ellos remota y teórica. Se mostraron, por tanto, poco inclinados a responder a la predicación de San Bernardo. Tampoco su rey, Conrado de Hohenstaufen, aunque admiraba muchísimo al Santo, se hallaba dispuesto a escucharle. Tenía intereses en el Mediterráneo, aunque circunscritos a Italia, donde había prometido ayudar al Papa contra los recalcitrantes romanos y contra Roger de Sicilia a cambio de su tan deseada coronación imperial. Y su posición era aún incierta en la propia Alemania. A pesar de su victoria de Weinsburg, en 1140, aún tenía que hacer frente a la enemistad de los seguidores de la casa de Güelfo, y las travesuras de sus hermanastros y hermanastras, los Babenberg, le creaban conflictos a lo largo de su flanco este. Cuando San Bernardo, después de escribir a todos los obispos de Alemania para asegurar su colaboración, se entrevistó con el rey en Francfort del Meno, en el otoño de 1146, Conrado se expresó con ambigüedad, y Bernardo habría regresado a Claraval de no haberle pedido los obispos que continuase su predicación. Por tanto, marchó hacia el Sur, para predicar la Cruzada en Friburgo, Basilea, Schaffhausen y Constanza. El viaje constituyó un éxito inmediato, aunque los sermones tuvieron que ser traducidos por un intérprete alemán. La gente más humilde llegó en tropel para abrazar la Cruz. Las cosechas se habían perdido aquel año en Alemania y había hambre en el país. La inanición favorece la exaltación mística, y es probable que, entre los oyentes de Bernardo, mucha gente pensase, igual que los peregrinos de la primera Cruzada, que la expedición de Oriente les llevaría a las riquezas de la Nueva Jerusalén [17].

Otón de Freisingen, *Gesta Friderici*, págs. 58-9; Joseph ben Joshua ben Meir, *Chronicle*, trad. por Biellablotzky, I, págs. 116-29. Los rumores del asesinato de un niño cristiano en Norwich ayudaron a despertar un sentimiento hostil a los judíos (véase Vacandard, *op. cit.*, II, págs. 274-81).

[17] Bernhardi, *Konrad III*, págs. 563-78, constituye un resumen muy completo de las cruzadas contra los eslavos. En la carta núm. 457, San Bernardo (*op. cit.*, cols. 651-2) ordena a los cristianos de Alemania hacer una Cruzada a Oriente, y en la carta núm. 458, cols. 652-4, da la misma orden al rey y a los habitantes de Bohemia. Cronistas como Guillermo de Tiro, Odón de Deuil y la mayoría de los historiadores modernos hablan de Conrado como emperador; pero, de hecho, nunca fue coronado emperador.

El rey Conrado accedió a entrevistarse de nuevo con San Bernardo en Navidades de 1146; para entonces tenía prevista una dieta en Espira. El sermón de San Bernardo el día de Navidad, en el que pedía otra vez al rey que abrazara la Cruz, no consiguió emocionar al monarca. Pero, dos días después, Bernardo predicó de nuevo ante la corte. Hablando como si fuera el mismo Cristo, se volvió contra el rey, recordándole los beneficios que el Cielo había derramado sobre él. «Hombre —exclamó—, ¿qué debería Yo haber hecho por ti que no lo haya hecho?» Conrado se sintió profundamente conmovido y prometió obedecer el deseo del Santo [18].

San Bernardo salió de Alemania muy satisfecho de su obra. Se trasladó a la Francia del este, vigilando los preparativos de la Cruzada y escribiendo a las casas cistercienses de toda Europa pidiéndoles que alentaran el movimiento. Volvió a Alemania, en marzo, para asistir a un concilio en Francfort, cuando se decidió enviar una cruzada contra los eslavos paganos al este de Oldenburgo. Su presencia significaba que quería demostrar que, si bien predicaba en favor de una cruzada oriental, no deseaba que los alemanes descuidaran sus deberes más próximos. Esta cruzada alemana, aunque el Papa autorizó a los participantes a llevar la cruz, fue un fracaso que contribuyó a retrasar la conversión de los eslavos. Desde Francfort, Bernardo se apresuró a reintegrarse a Claraval, donde recibió una visita del Papa [19].

El papa Eugenio había pasado la Navidad de 1145 en Roma, pero dificultades surgidas con los romanos le obligaron pronto a retirarse de nuevo a Viterbo, mientras Roma caía bajo la influencia del agitador anticlerical Arnoldo de Brescia. Eugenio se dio cuenta de que sin la ayuda del rey Conrado no podía pensar en regresar a la Ciudad Eterna. Entretanto determinó cruzar los Alpes en dirección a Francia, para visitar al rey Luis y dirigir la organización de la Cruzada. Salió de Viterbo en enero de 1147 y llegó a Lyon el 22 de marzo. Durante el viaje recibió noticias de las actividades de San Bernardo. No estaba enteramente satisfecho. Su sentido práctico le hizo proyectar una Cruzada solamente francesa, bajo el mando secular del rey de Francia, sin la jefatura dividida que estuvo a punto de

[18] Otón de Freisingen, *Gesta Friderici*, págs. 60-3; *Vita S. Bernardi*, cols. 381-3. Es posible que influyera en Conrado el saber que su rival Güelfo VI de Baviera había decidido tomar la Cruz (véase Cosack, «Konrad III Entschluss zum Kreuzzug», en *Mitteilungen des Instituts für österreichische Geschichtsforschung*, vol. XXXV; pero la decisión de Güelfo había sido tomada tan poco tiempo antes de la de Conrado que este último difícilmente pudo haber tenido noticia de ella. Véase Gleber, *op. cit.*, págs. 53-4).

[19] Véase San Bernardo, carta núm. 457, *loc. cit.*; Vacandard, *op. cit.*, II, páginas 297-8.

hacer fracasar la primera Cruzada. San Bernardo había convertido el movimiento en una empresa internacional, y el esplendor de su concepción bien pudo haber sido rebasado en la práctica por la rivalidad de los reyes. Además, el Papa no podía prescindir del rey Conrado, en cuya ayuda confiaba para Italia. Recibió con suma frialdad la noticia de la participación alemana. Pero no podía desautorizarla [20].

Prosiguiendo hacia el interior de Francia, el Papa se entrevistó con el rey Luis en Dijon, en los primeros días de abril, y llegó a Claraval el 6 del mismo mes. Conrado le envió una embajada solicitando una entrevista en Estrasburgo el 18, pero Eugenio había prometido pasar la Pascua, 20 de abril, en Saint-Denis y no quería modificar sus planes. Conrado se dispuso a salir hacia Oriente sin la bendición personal del Pontífice. Eugenio, entretanto, celebró varias entrevistas con el abad Sugerio, a quien se confiaría el gobierno de Francia durante la ausencia del rey Luis. Celebró un concilio en París para tratar de la herejía de Gilberto de la Porée, y vio nuevamente a Luis, en Saint-Denis, el 11 de junio. Después, en tanto Luis completaba sus últimos preparativos, marchó lentamente hacia el Sur, para regresar a Italia [21].

Mientras los reyes de Francia y Alemania estaban preparándose para la Cruzada, proyectando un largo viaje por tierra, una expedición más humilde, compuesta de ingleses, algunos flamencos y frisios, se animó, por la predicación de secuaces de San Bernardo, a salir por mar hacia Palestina, y a principios de junio el mal tiempo reinante les obligó a refugiarse en la desembocadura del río Duero, en la costa portuguesa. Se entrevistaron allí con emisarios de Alfonso Enrique, conde de Portugal. Acababa de proclamar la independencia de su país y se hallaba negociando con el Papado la obtención del título de rey, basándose en sus victoriosas campañas contra los musulmanes. Aprovechándose de las dificultades de los almorávides, obtuvo una gran victoria en Ourique, en 1139, y en marzo de 1147 llegó a las riberas del Tajo y conquistó Santarem. Quería ahora atacar la capital musulmana local, Lisboa, y necesitaba ayuda naval para esta acción. La llegada de los cruzados fue oportuna. El representante principal portugués, el obispo de Oporto, señaló que no era necesario el largo viaje hasta Palestina si se pretendía combatir por la Cruz. Los infieles estaban cerca, y en esta empresa no sólo se obtendrían beneficios espirituales, sino también ricas tierras. Los flamencos y los frisios aceptaron en seguida, pero el núcleo inglés dudó. Los ingleses habían hecho voto de ir a Jerusalén, y fue necesaria toda la influen-

[20] Véase Gleber, *op. cit.*, págs. 22-7, 48-61.
[21] Odón de Deuil, págs. 24-5.

cia de su jefe, Enrique Glanville, condestable de Suffolk, a quien el obispo había convencido, para persuadirles de que se quedasen. Una vez estipuldas las condiciones, la flotilla navegó hacia el Tajo para unirse al ejército portugués, y se inició el sitio de Lisboa. Los musulmanes defendieron su ciudad valientemente. Hasta octubre, después de cuatro meses de combate, no se rindió la guarnición, con la garantía de que se respetarían sus vidas y sus bienes. Los cruzados pronto violaron las cláusulas y se entregaron a una gloriosa matanza de infieles, en la que los ingleses, felicitándose de su virtud, sólo intervinieron en una parte mínima. Una vez terminada la campaña, algunos cruzados prosiguieron su viaje hacia Oriente; pero muchos otros permanecieron como colonos bajo la corona portuguesa. El episodio, aunque anunciaba la larga alianza entre Inglaterra y Portugal, y si bien sentó las bases para la expansión de la Cristiandad más allá de los océanos, sirvió de poco para ayudar a los cristianos de Oriente, donde la fuerza naval hubiese sido inestimable para la causa [22].

Mientras los del Norte se detenían en Portugal, los reyes de Francia y Alemania salieron por tierra hacia Oriente. El rey Roger de Sicilia les había enviado sendos ofrecimientos para transportar a sus ejércitos por mar. Para Conrado, que durante mucho tiempo había sido enemigo de Roger, el ofrecimiento era evidentemente inaceptable, y Luis también lo declinó. El Papa no deseaba la colaboración de Roger, y es dudoso que la marina siciliana fuese lo bastante numerosa como para transportar a todos los soldados reclutados para la Cruzada. Luis no tenía ningún deseo de confiarse, separado de la mitad de su ejército, a un hombre de notorios antecedentes de doblez y tenazmente hostil al tío de la reina francesa. Era más seguro y barato viajar por tierra [23].

El rey Conrado pensó salir de Alemania en Pascua de 1147. En diciembre recibió una embajada bizantina en Espira, a la que habló de su inmediata salida para Oriente. En efecto, no había aún terminado el mes de mayo cuando inició su viaje. Dejó Ratisbona hacia fines de mes y pasó a Hungría. Su ejército era de proporciones formidables. Algunos cronistas timoratos hablaban de un millón de soldados, y es probable que toda la mesnada, entre gente de armas y peregrinos, llegara casi a los veinte mil. Acompañaban a Conrado

[22] La principal fuente original para la Cruzada portuguesa la constituye Osborn, *De expugnatione Lyxbonensi*, reproducida en Stubbs, *Memorials of the Reign of Richard I*, vol. I, págs. cxliv-clxxxii. Véase también Erdmann, «Die Kreuzzugegedanke in Portugal», en *Historische Zeitschrift*, vol. CXLI, páginas 23-53.

[23] El rey anunció la Cruzada a Roger (Odón de Deuil, pág. 22), pero cuando Roger le sugirió una intervención activa rechazó su ayuda, de lo que se lamenta Odón (*ibid.*, pág. 24).

dos reyes vasallos, Ladislao de Bohemia y Boleslao IV de Polonia. La nobleza germánica iba encabezada por Federico, duque de Suabia, sobrino y heredero de Conrado. Había un contingente de Lorena, que mandaban Esteban, obispo de Metz, y Enrique, obispo de Toul. Era un ejército turbulento. Los magnates alemanes estaban envidiosos entre sí, y había constantes roces entre los alemanes, los eslavos y los loreneses de habla francesa. Conrado no era hombre adecuado para dominarlos. Tendría por entonces sus buenos cincuenta años de edad y era de salud mediocre y carácter débil y poco seguro. Empezó a delegar gran parte de su autoridad en las manos vigorosas, aunque inexpertas, de su sobrino Federico [24].

Durante el mes de junio el ejército alemán avanzó por Hungría. El joven rey Geza se hallaba bien dispuesto, y no hubo ningún incidente desagradable. Una embajada bizantina, presidida por Demetrio Macrembolites y el italiano Alejandro de Gravina, se entrevistó con Conrado en Hungría; le preguntó, de parte del Emperador, si venía como amigo o enemigo, y le pidió que prestara juramento de no hacer nada contra el bienestar y los intereses del Emperador. Este juramento de no agresión fue bien elegido, pues en ciertas partes de Occidente era el juramento que solía prestar el vasallo a su señor; era el juramento que Raimundo de Tolosa había prestado a Alejo durante la primera Cruzada; sin embargo, estaba tan bien concebido, que difícilmente podría Conrado negarse a prestarlo sin exponerse a ser considerado como enemigo del Emperador. Prestó el juramento, y, después, los embajadores bizantinos le prometieron toda índole de ayuda mientras se hallara en territorio imperial [25].

Hacia el 20 de julio, Conrado entró en el Imperio por Branitchevo. Le ayudaron barcos bizantinos para pasar a sus hombres por el Danubio. En Nish, el gobernador de la provincia búlgara, Miguel Branas, se entrevistó con él y suministró víveres al ejército procedentes de los almacenes que se habían preparado para la llegada. En Sofía, adonde llegó días después, Miguel Paleólogo, gobernador de Tesalónica y primo del Emperador, dio a Conrado la bienvenida oficial en nombre del monarca. Hasta ese momento todo había ido bien. Conrado escribió a amigos en Alemania diciéndoles que estaba satisfecho con todo. Pero, después de salir de Sofía, sus hombres empezaron a saquear el campo y se negaron a pagar a los aldeanos por lo que les quitaban, llegando incluso a matar a los que protestaban. Cuando se presentaron las quejas a Conrado, confesó que no podía sujetar a la chusma. En Filipópolis, los desórdenes fueron aún peo-

[24] Otón de Freisingen, *Chronica*, pág. 354, y *Gesta Friderici*, págs. 63-5.
[25] Cinnamus, págs. 67-9.

res. Los cruzados robaron víveres, y se produjo un motín cuando un juglar local, que esperaba ganarse algún dinero mostrando sus habilidades a los soldados, fue acusado de brujo por los alemanes. Las afueras de la ciudad fueron reducidas a cenizas; pero las murallas eran demasiado vigorosas para que los alemanes pudieran atacarlas. El arzobispo, Miguel Itálico, protestó con tal energía ante Conrado que no tuvo más remedio que castigar a los cabecillas. Entonces Manuel envió tropas para escoltar a los cruzados y mantenerlos dentro de su camino. Ello sólo contribuyó a empeorar las cosas, pues bizantinos y alemanes llegaban con frecuencia a la lucha armada. La culminación de esta situación se produjo cerca de Adrianópolis, cuando unos bandidos bizantinos robaron y asesinaron a un magnate alemán que se había rezagado a causa de una enfermedad; como represalia, Federico de Suabia incendió el monasterio en cuyas cercanías se había cometido el crimen y mató a sus moradores. Algunos rezagados borrachos, que abundaban entre los alemanes, fueron a su vez asesinados cuando cayeron en manos bizantinas. Una vez que el jefe bizantino Prosuch restableció la paz y el ejército reanudó su marcha, una embajada enviada por Manuel, que estaba seriamente alarmado, instó a Conrado a seguir el camino de Sestos, en el Helesponto, y pasar desde allí a Asia. Se consideraría como un acto hostil el que los alemanes pretendiesen seguir hasta Constantinopla. Conrado no aceptó. Entonces, al perecer, Manuel decidió oponerse a los cruzados por la fuerza; pero en el último momento dio contraorden a Prosuch. Pronto les llegaría a los alemanes el castigo divino. Cuando estaban acampados en Cheravas, en la llanura tracia, una súbita inundación arrasó sus tiendas, y muchos soldados murieron ahogados, y muchas riquezas fueron destruidas. Sólo el destacamento de Federico, acampado en un lugar más alto, salió indemne. No hubo, sin embargo, ningún otro incidente serio hasta que el ejército llegó a Constantinopla, hacia el 10 de septiembre[26].

El rey Luis y el ejército francés llegaron aproximadamente un mes más tarde. El rey salió de Saint-Denis el 8 de junio, y requirió a sus vasallos para que se unieran a él en Metz algunos días más tarde. Su expedición era probablemente algo más reducida que la de Conrado. Todos los nobles que habían abrazado la Cruz en Vézélay acudieron a cumplir sus votos, y con el rey iba su esposa, Leonor de Aquitania, la más rica heredera de Francia y sobrina del príncipe de Antioquía. Las condesas de Flandes y de Tolosa y muchas otras damas de la nobleza acompañaban a sus maridos. El gran maestre

[26] Cinnamus, págs. 69-74; Nicetas Choniates, págs. 82-7; Odón de Deuil, pág. 38. Menciona anteriormente al juglar, pág. 36. Otón de Freisingen, *Gesta Friderici,* págs. 65-7.

del Temple, Everardo de Barre, se unió al ejército con un regimiento de reclutas para su Orden [27]. Contaba el rey veintiséis años. Tenía más fama de piadoso que de poseer una acusada personalidad. Su esposa y su hermano ejercían una gran influencia sobre él. Como jefe militar era inexperto y vacilante [28]. En conjunto, sus tropas eran más disciplinadas y menos desenfrenadas que las alemanas, aunque hubo desórdenes en Worms, al cruzar el Rhin [29].

Cuando todos los contingentes franceses se habían unido al rey, el ejército salió por Baviera. En Ratisbona, adonde llegó el 29 de junio, le esperaban los embajadores del emperador Manuel. Eran éstos Demetrio Macrembolites, que ya se había entrevistado con Conrado en Hungría, y un tal Mauro. Pidieron garantías de que Luis se comportaría como amigo mientras estuviera en territorio imperial y que devolvería al Imperio cualesquiera posesiones que pudiese conquistar y que anteriormente hubiesen formado parte de aquél. Evidentemente no le exigieron prestar el juramento de no agresión, cuya significación habría comprendido demasiado bien. Luis declaró formalmente que iba como amigo, pero no prometió nada acerca de sus futuras conquistas, porque encontraba la petición peligrosamente equívoca [30]. Desde Ratisbona, los franceses emplearon tranquilamente quince días en atravesar Hungría y llegaron a la frontera bizantina a finales de agosto [31]. Cruzaron el Danubio en Branitchevo y siguieron la calzada principal por los Balcanes. Tuvieron alguna dificultad en abastecerse de los víveres suficientes, pues los alemanes habían consumido todo lo que había a mano y los excesos cometidos por aquéllos provocaron el recelo de los habitantes locales, poco deseosos de prestar ayuda. Además, los mercaderes indígenas estaban demasiado prestos a escatimar los pesos y medidas, aparte de insistir en el pago por adelantado. Pero los funcionarios bizantinos se mostraron amistosos, y los jefes franceses consiguieron mantener en orden a sus hombres. No hubo ningún conflicto serio hasta que el ejército llegó cerca de Constantinopla, aunque los franceses empezaban a sentir resentimiento tanto contra los bizantinos como contra los alemanes.

[27] Una lista de los cruzados se halla en Sugerio, *Gesta Ludovici,* ed. Molinier, págs. 158-60. La leyenda de que la reina Leonor iba al frente de un grupo de amazonas está basada en una observación de Nicetas (pág. 80) sobre que el ejército alemán contenía cierto número de mujeres totalmente armadas.

[28] El retrato de Everardo, trazado en los *Gesta* de Sugerio y en sus propias cartas, no le presenta como un hombre decidido.

[29] Odón de Deuil, pág. 27.

[30] Cinnamus, pág. 82, llama a los alemanes Αχεμανοί, y a los franceses, ερμανο. Odón de Deuil, págs. 28-30, dice que Luis hizo jurar a los representantes en favor de él.

[31] Odón de Deuil, págs. 30-4.

En Adrianópolis, las autoridades bizantinas intentaron, igual que con Conrado, persuadir a Luis para que eludiera la capital y cruzara por el Helesponto a Asia; pero tampoco tuvieron éxito. Entretanto, algunos de los franceses, impacientes por el lento avance de su ejército, se adelantaron a toda prisa para unirse a los alemanes. Los contingentes de Lorena, ya en malas relaciones con sus compañeros alemanes, se aliaron a estos franceses e inflamaron a la opinión pública franca contra los alemanes [32]. Así, antes de que llegara el rey francés a Constantinopla, las relaciones entre los dos ejércitos cruzados eran recelosas y agrias, y los alemanes y franceses estaban, por igual, mal dispuestos hacia Bizancio. No era un buen augurio para el resultado de la Cruzada.

[32] *Ibid.*, págs. 35-44.

Capítulo 12

DISCORDIA CRISTIANA

«Contienda, emulación, enojos, riñas, maledicencias, chismerías, engreimiento, alborotos.»

(II Corintios, 12, 20.)

Cuando se supo en Constantinopla que estaba próxima a llegar la nueva Cruzada, el emperador Manuel se hallaba absorbido por los problemas anatolianos. A pesar de las campañas de su padre y su abuelo, la situación en las provincias asiáticas del Imperio era aún angustiosa. Solamente las zonas costeras se hallaban libres de invasiones turcas. Más en el interior, casi todos los años una fuerza algarera turca barría el territorio, eludiendo las grandes fortalezas y evitando el encuentro con ejércitos imperiales. Los habitantes de las tierras fronterizas habían abandonado sus pueblos, huyendo a las ciudades o hacia la costa. La política de Manuel tendió a establecer una línea fronteriza definida, defendida por una compacta serie de fuertes. Su diplomacia y sus campañas militares pretendían asegurar tal frontera.

El emir danishmend Mohammed ibn Ghazi murió en diciembre de 1141. Fue el poder principal musulmán en el Asia Menor, pero a su muerte siguieron guerras civiles entre sus hijos y hermanos. Antes de fines de 1142 el emirato quedó dividido en tres partes. Su hijo Dhu'l Nun conservó Cesarea-Mazacha; sus hermanos Yakub ibn Ghazi y Ain ed-Daulat ibn Ghazi se quedaron con Sivas y Melitene, respectivamente. El sultán seléucida de Konya, Mas'ud, vio en la divi-

sión una ocasión propicia para establecer su hegemonía sobre los turcos anatolianos. Invadió el territorio danishmend y estableció su dominio sobre regiones tan distantes como las del Eufrates. Atemorizados por su agresión, los hermanos Yakub Arslan y Ain ed-Daulat buscaron la alianza de Bizancio, y por un tratado, probablemente concertado en 1143, se convirtieron hasta cierto punto en vasallos del Imperio. Manuel fijó después su atención en Mas'ud, cuyos algareros penetraron hasta Malagina, en el camino de Nicea a Dorileo. Los rechazó, pero volvió en seguida a Constantinopla debido a su mala salud y a la fatal enfermedad de su amada hermana María, cuya lealtad hacia él quedó probada cuando su esposo, el césar Juan Roger, normando de nacimiento, conspiró para obtener la corona en el momento de su subida al trono. En 1145, Mas'ud volvió a invadir el Imperio y conquistó la pequeña fortaleza de Pracana, en Isauria, amenazando de este modo las comunicaciones bizantinas con Siria, y poco después corrió el valle del Meandro casi hasta el mar. Manuel decidió que había llegado el momento de batir audazmente a Mas'ud y avanzó sobre Konya. Se había casado hacía poco, y se dijo que deseaba demostrar a su esposa alemana el estado de esplendor de la caballería bizantina. En el verano de 1146 envió al sultán una declaración formal de guerra y salió, en bizarra formación, por el camino que, pasando por Dorileo, conducía a Filomelio. En este punto pretendieron hostigarle destacamentos turcos, que fueron rechazados. Mas'ud se retiró hacia su capital; pero, si bien reforzó la guarnición, se trasladó a campo abierto y pidió urgentemente refuerzos del Este. El ejército bizantino acampó durante varios meses ante Konya, que fue defendida por la sultana. La actitud de Manuel hacia sus enemigos fue cortés. Cuando se rumoreó que el sultán había resultado muerto, el Emperador mandó informar a la sultana que no era cierto, y procuró, aunque en vano, que sus soldados respetaran las tumbas musulmanas extramuros de la ciudad. De repente dio orden de retirada. Se dijo después que había oído rumores sobre la próxima Cruzada, pero difícilmente podían haberle llegado aún noticias de la decisión tomada aquella primavera en Vélézay. Sospechaba, concretamente, de las intenciones sicilianas, y puede que se hubiese dado cuenta ya de que algo estaba preparándose. También supo que Mas'ud había recibido considerables refuerzos para su ejército, y temía ser cercado por los turcos, separado de su capital por largas y peligrosas vías de comunicación. Se retiró lentamente y en perfecto orden a su propio territorio [1].

[1] V. Chalandon, *Les Comnènes*, págs. 248-58. Miguel el Sirio (III, pág. 275) dice que Manuel hizo la paz con los turcos por temor a los cruzados, y que consiguió contenerlos durante dos años.

Antes de que pudiera emprender otra campaña contra Konya, Manuel se enfrentó con la efectiva situación de la Cruzada. Estaba inquieto, y con razón, ya que la experiencia bizantina con los cruzados no era nada tranquilizadora. Por tanto, cuando Mas'ud le mandó emisarios, en la primavera de 1147, para proponerle una tregua y ofrecer la devolución de Pracana y sus otras conquistas recientes, Manuel aceptó. Por este acuerdo se le llamó traidor a la Cristiandad. Pero la hostilidad de Conrado, demostrada antes de que la noticia del tratado hubiese podido llegar a los alemanes, prueba que sus precauciones fueron sabias. No tenía obligaciones hacia un colega cristiano que, abiertamente, pensaba atacar Constantinopla. Tampoco podía agradar a Manuel una expedición que alentaría sin duda al príncipe de Antioquía a olvidar su reciente homenaje y servicio. Si estuviese comprometido en una guerra seria contra los turcos habría sido posible que ayudara a los cruzados en su paso por Anatolia, aunque ellos podían causar daños sin fin al Imperio, que era el baluarte de la Cristiandad. Prefirió no tener ninguna complicación que pudiera debilitarle en un momento tan delicado, sobre todo cuando era inminente una guerra con Sicilia [2].

Manuel había estado hasta entonces en buenas relaciones con Conrado. Un miedo común a Roger de Sicilia los había unido, y Manuel se había casado hacía poco con la cuñada de Conrado [3]. Pero la conducta del ejército alemán en los Balcanes y la negativa de Conrado a seguir la ruta por el Helesponto le alarmaron. Cuando Conrado llegó ante Constantinopla se le asignó como residencia el palacio en las afueras de Filopatio, cerca de las murallas terrestres, y su ejército acampó en los alrededores. Pero en pocos días los alemanes saquearon de tal forma el palacio, que lo dejaron inhabitable, y Conrado se trasladó al otro lado de la cabecera del Cuerno de Oro, al palacio de Picridio, frente al barrio de Phanar. Entretanto sus soldados cometieron violencias contra la población indígena, y los soldados bizantinos fueron enviados para reprimir a los alemanes. Se produjeron algunas escaramuzas. Cuando Manuel pidió un desagravio, Conrado dijo al principio que los ultrajes eran poco importantes; después amenazó violentamente con regresar al año siguiente y ocupar la capital. Parece que la emperatriz, la cuñada de Conrado, pudo apaciguar a los dos monarcas. Manuel, que estuvo apremiando a los alemanes a cruzar rápidamente el Bósforo, pues temía las con-

[2] Chalandon, *op. cit.*, págs. 266-7. La guerra con Sicilia estalló realmente en el verano de 1147 (*op. cit.*, pág. 318, n. 1). Odón de Deuil se refiere a ello (pág. 53).

[3] Véase *supra*, págs. 205-6. El matrimonio tuvo lugar en enero de 1146 (Chalandon, *op. cit.*, pág. 262, n. 3).

secuencias de la unión con los franceses, de repente encontró a los alemanes tolerables, ya que éstos empezaron a reñir con los primeros franceses que llegaban. Se estableció una concordia aparente, y Conrado y su ejército pasaron hacia Calcedonia, enriquecidos con valiosos obsequios. Conrado recibió algunos magníficos caballos. Pero se negó a aceptar la proposición de dejar algunos de sus hombres al servicio del Emperador, quien le asignaba a cambio algunas de las tropas bizantinas en Cilicia, arreglo que Manuel hubiese encontrado conveniente para su guerra contra Roger de Sicilia [4].

Cuando llegó a Calcedonia, Conrado pidió a Manuel que les proporcionase guías para pasar por Anatolia, y Manuel confió la tarea al jefe de la guardia varega, Esteban. Al mismo tiempo aconsejó a los alemanes que evitaran el camino que pasa derecho por el interior de la península, y que tomaran mejor la ruta costera en torno a Attalia, manteniéndose así en un territorio vigilado por el Imperio. También sugirió que sería prudente prescindir de todos los peregrinos no combatientes, cuya presencia no haría más que entorpecer la marcha del ejército. Conrado no hizo caso de este consejo, sino que partió hacia Nicea. Cuando su ejército llegó a esta ciudad, pensó y decidió dividir la expedición. Otón de Freisingen iba a hacerse cargo de un núcleo, con la mayoría de los no combatientes, siguiendo el camino que pasa por Laodicea de Lycus a Attalia, mientras él y el grueso del ejército seguirían la ruta de la primera Cruzada por el interior [5].

El ejército de Conrado salió de Nicea el 15 de octubre, con Esteban el Varego como guía principal. Durante los ocho días siguientes, mientras estaban en el territorio del Emperador, se alimentaron bien, aunque después se quejaban de que los agentes imperiales mezclaban con cal la harina que les suministraban y también les daban monedas de una ley más baja. Pero no se proveyeron de víveres para su marcha a territorio turco. Sobre todo les faltaba el agua. El 25 de octubre, cuando llegaron al pequeño río Bathis, cerca de Dorileo y del lugar de la gran victoria cruzada de medio siglo antes, todo el ejército seléucida cayó sobre ellos. La infantería alemana estaba agotada y sedienta. Muchos de los caballeros acababan de desmontar de sus caballos que, agotados, necesitaban descanso. Los súbitos, rápidos y reiterados ataques de la caballería ligera turca les cogieron despre-

[4] Cinnamus, págs. 74-80; Nicetas Choniates, pág. 87; carta de Conrado a Wibald, *Wibaldi epistolae*, en Jaffé, *Bibliotheca*, I, pág. 166 (refiere que fue bien recibido por el Emperador); *Annales Herbipolenses*, págs. 4-5; Romualdo de Salerno, pág. 424; Odón de Deuil, págs. 39-40. Dice que, de acuerdo con el cómputo griego, 900.566 soldados y peregrinos alemanes cruzaron el Bósforo. Probablemente, 9.566 es la cifra más aproximada. Refiere también que Conrado no llegó a tener una entrevista personal con Manuel.

[5] Cinnamus, págs. 80-1.

venidos. Fue más bien una carnicería que una batalla. En vano intentó Conrado reorganizar a sus hombres, y al atardecer se hallaba en plena huida con los escasos supervivientes por el camino a Nicea. Había perdido el 90 por 100 de sus soldados y todos los pertrechos de su campamento. El botín fue vendido por los vencedores en los bazares de todo el Oriente musulmán, incluida Persia [6].

Entretanto el rey Luis y el ejército francés pasaron por Constantinopla. Llegaron a la capital el 4 de octubre, encontrando a la vanguardia y al ejército de Lorena disgustados, por un lado, por el salvajismo de los alemanes, y, por otro, por la noticia de la tregua de Manuel con los turcos. A pesar del alegato del enviado de Luis, Everardo de Barre, gran maestre del Temple, las autoridades bizantinas pusieron dificultades para la unión de los loreneses con los francos [7]. El obispo de Langres, con intransigencia poco cristiana en un monje de Claraval, sugirió al rey que debería cambiar su política y hacer una alianza con Roger de Sicilia contra los pérfidos griegos. Pero Luis era demasiado escrupuloso para hacer caso, y provocó la decepción de sus barones. Estaba satisfecho por el recibimiento de la corte bizantina y prefirió seguir el consejo suave del obispo de Lisieux, hombre de letras. Se alojó en Filopatio, que había sido limpiado después de la ocupación alemana, y fue bien recibido en banquetes en el palacio imperial de Blachernes y llevado por el Emperador a visitar los lugares interesantes de la gran ciudad. Muchos de sus nobles también se sintieron encantados con las atenciones que se les dispensaron [8]. Pero Manuel procuró que el ejército francés atravesara pronto el Bósforo y, cuando quedó situado en Calcedonia, aprovechó el pretexto de un tumulto causado por un peregrino flamenco que creía que había sido estafado, para suprimir los suministros a los franceses. Aunque Luis mandó colgar en seguida al culpable, Manuel no volvería a avituallar al campamento, hasta que Luis acabó por jurar que devolvería al Imperio las posesiones perdidas que él pudiera reconquistar y aceptó que sus barones tributarían homenaje por adelantado por cualquier parte que ocupasen. La nobleza francesa se opuso; pero Luis consideró razonable la petición, teniendo en cuenta la necesidad urgente de ayuda bizantina, sobre todo cuando llegaron rumores del desastre alemán [9].

[6] Cinnamus, págs. 81-2; Nicetas Choniates, pág. 89; carta de Conrado a Wibaldo, *Wibaldi Epistolae,* pág. 152; *Annales Palidenses,* pág. 82; *Annales Herbipolenses, loc. cit.;* Odón de Deuil, págs. 53, 56-8; Guillermo de Tiro, XVI, 21-2, págs. 740-4; Miguel el Sirio, III, pág. 276.

[7] Odón de Deuil, págs. 40-1.

[8] Cinnamus, págs. 82-3; Luis VII, carta a Sugerio, *R. H. F.,* vol. XV, página 488. Odón de Deuil, págs. 45-6, 47-8.

[9] Odón de Deuil, págs. 48-51.

A principios de noviembre el ejército francés llegó a Nicea. Allí se enteró minuciosamente de la derrota de Conrado. Federico de Suabia cabalgó al campamento francés, refirió la historia y pidió a Luis que viniera en seguida para ver a Conrado. Luis se apresuró a visitar el cuartel general alemán, y los dos reyes se consultaron. Decidieron seguir juntos la ruta costera hacia el Sur, sin salirse de territorio bizantino. De momento había amistad entre los dos ejércitos. Cuando los alemanes no pudieron encontrar víveres en la zona en que estaban acampados, porque los franceses habían cogido todo lo que tuvieron a su alcance, y empezaron, por tanto, a saquear los pueblos vecinos, las tropas bizantinas de policía en seguida los atacaron. Fueron socorridos por un destacamento francés al mando del conde de Soissons, que acudió a toda prisa a petición de Conrado. Este pudo entretanto restablecer una especie de orden entre sus tropas. Los peregrinos que sobrevivieron le abandonaron, en su mayoría, para abrirse camino hasta Constantinopla. El resto de la historia de esos hombres es desconocido [10].

Los ejércitos avanzaron juntos. El 11 de noviembre acamparon en Esseron, cerca de la moderna Balikesri. No hicieron ningún cambio ulterior en su plan. Es probable que les llegaran informes del viaje hecho por Otón de Freisingen por la ruta directa de Filadelfia y Laodicea. Poco sabemos de aquel viaje, salvo que la expedición llegó finalmente a Attalia muy cansada y mermada, dejando en las cunetas a muchos hombres fallecidos por privaciones o asesinados por algareros turcos. Los reyes decidieron seguir más cerca de la costa, a través de un país más fértil, y mantener el contacto con la flota bizantina. Avanzaron por Adramitio, Pérgamo y Esmirna y llegaron a Efeso. El ejército de Luis iba en vanguardia, y los alemanes se abrían paso a una jornada de distancia, insultados por sus aliados a causa de su lentitud. El historiador bizantino Cinnamus recoge el grito de «Pousse Allemand» que les lanzaban, desdeñosos, los franceses [11].

Cuando llegaron a Efeso, la salud de Conrado estaba tan quebrantada que se quedó en la ciudad. Al enterarse de ello el emperador Manuel, le envió valiosos obsequios y le convenció para que regresara a Constantinopla, donde le recibió con afecto y le alojó en palacio. Manuel tenía una afición apasionada por la medicina e insistió en ser el médico de su huésped. Conrado mejoró y se sintió profun-

[10] Odón de Deuil, págs. 58-60; Guillermo de Tiro, XVI, 23, págs. 744-5.
[11] Odón de Deuil, págs. 61-3. Cinnamus (pág. 84) trata de la diferencia entre los dos ejércitos. Los franceses eran mejores a caballo y en el manejo de la lanza, los alemanes a pie y con la espada. Transcribe «Pouse Allemand» como Πούτση 'Αλεμανέ.

damente conmovido por las atenciones que le había mostrado el Emperador, secundado por la emperatriz. Durante esta estancia fue cuando quedó concertado el matrimonio entre su hermano, duque de Austria, y la sobrina del Emperador Teodora, hija de su hermano Andrónico. El rey alemán y su séquito permanecieron en Constantinopla hasta comienzos de marzo de 1148, fecha en que una escuadra bizantina les condujo a Tierra Santa [12].

Durante los cuatro días que pasó en Efeso, el rey Luis recibió una carta de Manuel en la que le decía que los turcos estaban en pie de guerra y le aconsejaba que se mantuviese lo más dentro posible de la línea de protección que ofrecían las fortalezas bizantinas. Manuel temía evidentemente que los franceses fuesen derrotados a manos turcas y que le echaran a él la culpa de ello; al mismo tiempo no quería, con la guerra siciliana a la vista, que surgiese cualquier incidente que pudiera romper la paz con el sultán. Luis no envió ninguna respuesta, ni contestó tampoco cuando Manuel le escribió para advertirle que las autoridades bizantinas no podían impedir que la población tomase venganza por los daños que le causaran los cruzados. La disciplina del ejército francés estaba derrumbándose, y a la capital llegaban quejas de su espíritu anárquico [13].

El ejército francés siguió el camino ascendente del valle del Meandro. En Decervio, donde pasó la Navidad, aparecieron los turcos y comenzaron a hostigar a los cruzados hasta que llegaron al puente sobre el río, en la Antioquía pisidiana. Se libró allí una batalla campal, pero los franceses forzaron su paso por el puente y los turcos se retiraron tras las murallas de Antioquía. Se ignora en qué circunstancias pudieron refugiarse los turcos en dicha fortaleza bizantina. Los franceses, no sin motivos, vieron en ello una traición a la Cristiandad; pero tanto si la guarnición local había cedido ante una fuerza superior, como si había concertado cualquier arreglo particular con el infiel, es improbable que el propio Emperador hubiese sancionado el plan [14].

La batalla ante el puente de Antioquía se libró hacia el 1.º de enero de 1148. Tres días después los cruzados llegaron a Laodicea, que encontraron abandonada, pues su fama había ahuyentado a los habitantes hacia las colinas, con todas sus provisiones. Le resultó difícil al ejército reunir víveres para la dura etapa que tenía que afrontar [15].

[12] Cinnamus, págs. 85-6; carta de Conrado a Wibald, *Wibaldi Epistolae*, pág. 153; *Annales Herbipolenses*, pág. 6; Odón de Deuil, págs. 63-4; Guillermo de Tiro, XVI, 23, págs. 745-6.

[13] Cinnamus, *loc. cit.;* Odón de Deuil, págs. 63-5.

[14] Odón de Deuil, págs. 65-6; Guillermo de Tiro, XVI, págs. 746-7.

[15] Odón de Deuil, *loc. cit.*

El camino hacia Attalia ascendía por elevadas y yermas montañas. Para un ejército hambriento, luchando con las tempestades de enero, con los turcos pegados implacablemente a sus flancos y capturando a los rezagados y enfermos, todo era como una pesadilla. A lo largo del camino los soldados iban viendo los cadáveres de los peregrinos alemanes que habían muerto durante su marcha algunos meses antes. No hubo ningún intento más de recobrar la disciplina, que sólo se mantenía entre el grupo de los caballeros templarios. La reina y sus damas temblaban en sus literas, jurando no volver a enfrentarse nunca con semejante ordalía. Una tarde, cuando el ejército empezó a descender hacia el mar, la vanguardia, al mando de Godofredo de Rancon, desobedeció las órdenes del rey de acampar en la cima del desfiladero y bajó la colina, perdiendo el contacto con el grueso del ejército, que los turcos atacaron en seguida. Los cruzados no perdieron terreno, pero sólo gracias a que se echó encima la noche salvó su vida el rey, y las pérdidas entre los franceses fueron muy elevadas [16].

Desde entonces el trayecto fue más fácil. Los turcos no se atrevieron a bajar a la llanura. A principios de febrero la Cruzada llegó a Attalia. El gobernador bizatino de la plaza era un italiano llamado Landolfo. Por orden del Emperador hizo lo que pudo por socorrer a los occidentales. Pero Attalia no era una ciudad grande que tuviera abundantes recursos de víveres. Estaba enclavada en un campo pobre, saqueado recientemente por los turcos. Las reservas del invierno eran escasas por entonces, y los peregrinos alemanes se habían llevado todo cuanto había almacenado. No era extraño que hubiese pocas provisiones a mano y que los precios subieran. Pero, para los franceses, furiosamente decepcionados, todo ello no fue sino una prueba más de la traición bizantina. El rey Luis decidió entonces que el viaje debía seguirse por mar, y gestionó de Landolfo la obtención de barcos. No era fácil reunir en aquella época del año una flotilla en un puerto de la escarpada costa caramania. Mientras se reunían los transportes, los turcos bajaron a la llanura y atacaron de repente el campamento cruzado. Una vez más los franceses culparon a los bizantinos; éstos, en efecto, probablemente no hicieron ningún esfuerzo por defender a sus no deseados huéspedes, a cuya presencia

[16] *Ibid.*, págs. 67-8, 71-2; Guillermo de Tiro, XVI, 25, págs. 747-9. Acerca del infundado relato de que la reina Leonor fue causante del desastre, véase Walker, «Eleanor of Aquitaine and the disaster at Cadmos Mountain», en *American Historical Review*, vol. LX, págs. 857-61. Gracias a Odón de Deuil pudo avituallarse en alguna medida el ejército. Es demasiado modesto como para hacer alusión a su propia labor (Guillermo el Monje, *Dialogus Apologeticus*, pág. 106).

debían estas incursiones turcas. Cuando llegaron los barcos eran pocos para embarcar a todo el gentío. En consecuencia, Luis los llenó con su propio séquito y con todos los jinetes que pudo meter en ellos, y zarpó para San Simeón, adonde llegó el 19 de marzo. Para tranquilizar su conciencia por haberse separado de su ejército, el rey dio a Landolfo la suma de quinientos marcos, rogándole que cuidara de los enfermos y heridos y que enviase el resto de la expedición, a ser posible, por mar. Los condes de Flandes y de Borbón quedaron a cargo de ello. Al día siguiente de la marcha del rey, los turcos descendieron de nuevo a la llanura y atacaron el campamento. Sin caballería bastante, era imposible rechazarlos eficazmente; por tanto, los cruzados recibieron permiso para refugiarse detrás de las murallas. Fueron bien recibidos y los enfermos obtuvieron tratamiento adecuado, mientras Landolfo se apresuró a procurar más barcos. Pero tampoco ahora pudo encontrar bastantes para toda la expedición. Por eso Thierry de Flandes y Archimbaldo de Borbón siguieron el ejemplo de su monarca y se embarcaron con sus amigos y el resto de la caballería, diciendo a los soldados de infantería y a los peregrinos que siguieran su camino por tierra lo mejor que pudieran [17]. Abandonados por sus jefes, los desgraciados que quedaron se negaron a permanecer en el campamento que Landolfo había dispuesto para ellos, ya que el gobernador quería sacarlos de la ciudad. Pensaban que estarían demasiado expuestos a los ataques de los arqueros turcos. En lugar de ello, salieron en seguida por el camino del Este. Ignorantes, indisciplinados y desconfiando de sus guías, hostigados sin cesar por los turcos, a los que creían firmemente aliados con los bizantinos, los desdichados franceses, con lo que había quedado de la infantería de Conrado arrastrándose tras ellos, hicieron su penoso camino hasta Cilicia. Menos de la mitad de ellos llegó a fines de la primavera a Antioquía [18].

En una de las muchas cartas que enviaba al abad Sugerio, cartas que contienen el invariable tema de pedir más dinero, el rey Luis atribuye los desastres en Anatolia a la «traición del Emperador y también a nuestra propia falta». La acusación contra Manuel se repite con más constancia y apasionamiento por el cronista oficial francés de la Cruzada, Odón de Deuil, y ha sido aceptada por los historiadores occidentales, con pocas excepciones, hasta nuestros días [19]. Las desgracias de las Cruzadas contribuyeron tanto a agriar las

[17] Odón de Deuil, págs. 73-6, intenta paliar torpemente la deserción del rey de su ejército (Guillermo de Tiro, XVI, págs. 749-51).

[18] Odón de Deuil, págs. 76-80.

[19] Luis VII, carta a Sugerio, *R. H. F.*, vol. XV, págs. 495-6; Odón de Deuil es de un carácter antigriego absolutamente histérico.

relaciones entre la Cristiandad occidental y la oriental, que la acusación merece examinarse más de cerca. Odón acusa a los bizantinos de suministrar víveres, por los que exigían precios exorbitantes, transporte inadecuado y guías ineficaces, y, sobre todo, de haberse aliado con los turcos contra sus hermanos cristianos, que es lo que peor encuentra. Los primeros cargos son absurdos. Ningún estado medieval, ni siquiera uno tan bien organizado como el bizatino, poseía suficientes almacenes de víveres para abastecer a dos ejércitos, excepcionalmente numerosos, que llegaron sin ser llamados y muy poco después de anunciarse, y, cuando la comida escasea, los precios suben inevitablemente. Es verdad que muchos mercaderes locales y algunos funcionarios del gobierno intentaron estafar a los invasores. Esta conducta nunca ha sido un fenómeno raro en el comercio, especialmente durante la Edad Media y en Oriente. Era ilógico esperar que Landolfo pudiera proporcionar un número suficiente de barcos para todo el ejército en el pequeño puerto de Attalia en pleno invierno; tampoco los guías, cuyo consejo rara vez era seguido, podían ser culpados si ignoraban las últimas destrucciones de puentes y pozos por parte de los turcos, o si huían ante las amenazas y la hostilidad de los hombres a los que dirigían. La cuestión de la alianza turca es más seria, aunque hay que considerarla desde el punto de vista de Manuel. Manuel no pidió ni deseaba la Cruzada. Tenía buenas razones para lamentarla. La diplomacia bizatina había aprendido bien por entonces cómo enzarzar entre sí a los diversos príncipes musulmanes y aislar a cada uno de ellos en el momento oportuno. Una expedición bien definida como la Cruzada tendría por resultado inevitable la creación de un frente unido contra la Cristiandad. Además, para la estrategia bizantina contra el Islam era esencial dominar Antioquía. Bizancio obtuvo al fin este dominio cuando el príncipe Raimundo se sometió servilmente a Constantinopla. La llegada de una Cruzada con su sobrina y el esposo de ésta al frente le tentaría inevitablemente a sacudirse el vasallaje. La conducta de los cruzados cuando éstos eran huéspedes suyos no contribuyó en nada a que el Emperador les cobrase más afecto. Saquearon cuanto pudieron; atacaron a su policía; desobedecieron sus peticiones acerca de los caminos que debían seguir, y muchos de sus hombres más notables hablaron abiertamente de atacar Constantinopla. Desde tal punto de vista, el trato que les dispensó parece generoso y paciente, y algunos de los cruzados así lo reconocieron. Pero los occidentales no podían comprender ni perdonar su tratado con los turcos. Las amplias necesidades de la política bizantina escapaban a su comprensión, y optaron por ignorar, aunque se daban cuenta evidente del hecho, que, mientras ellos pedían ayuda del Emperador con-

tra el infiel, el territorio imperial era objeto de un venenoso ataque de otra potencia cristiana. En el otoño de 1147, el rey Roberto de Sicilia conquistó la isla de Corfú y envió desde allí un ejército para correr la península griega. Fue saqueada Tebas y se capturaron miles de artesanos para incorporarlos a la naciente industria sedera de Palermo, y fue ocupada Corinto, la principal fortaleza de la península, y despojada de todos sus tesoros. Los normandos sicilianos, cargados con el botín, se retiraron a Corfú, que pensaban conservar como una amenaza permanente al Imperio y una base en el mar Adriático. Fue la inminencia del ataque normando la que decidió a Manuel a retirarse de Konya en 1146 y a aceptar las propuestas del sultán acerca de la paz acordada al año siguiente. Si hubiese que clasificar a Manuel entre los traidores a la Cristiandad, es evidente que el rey Roger le tomó la delantera.

El ejército bizantino era numeroso, pero no tenía el don de la ubicuidad. Las tropas mejores se necesitaban para la guerra contra Roger. Además, había rumores de inquietud en las estepas rusas, que producirían en el verano de 1148 una invasión polovsiana contra los Balcanes. Con la Cruzada tan cerca, Manuel no podía desguarnecer su frontera ciliciana, y el tránsito de los cruzados por el Imperio significó un notable aumento en la policía militar. Con estas preocupaciones, el Emperador no pudo agenciar tropas fronterizas completas para cubrir sus largas fronteras anatolianas. Prefirió una tregua que permitiera a sus súbditos de Anatolia vivir libres de las amenazas de las correrías turcas. Los cruzados eran un peligro para la tregua. La marcha de Conrado sobre Dorileo fue una provocación directa contra los turcos, y Luis, aunque se mantuvo dentro del territorio bizantino, declaró públicamente ser un enemigo de todos los musulmanes y se negó a obedecer al Emperador, que le pidió permanecer dentro del radio protegido por las guarniciones bizantinas. Es muy posible que Manuel, enfrentado con este problema, llegara a un acuerdo con los turcos, según el cual no tendría en cuenta sus incursiones en su territorio mientras sólo atacaran a los cruzados, y que aquéllos se atuvieran a lo pactado, dando así la clara impresión de estar de acuerdo con los habitantes locales, a los que, realmente, era igual que sus rebaños y víveres les fueran robados por los cruzados o los turcos, aunque, en tales circunstancias, preferían a los últimos [20]. Pero es imposible admitir el aserto de Odón de Deuil de que atacaban, en definitiva, a los cruzados por ser partidiarios de los

[20] Acerca de las preocupaciones de Manuel en esta época, véase Chalandon. Miguel el Sirio repite muchas de las acusaciones francas contra los griegos (III, pág. 276). Pero las fuentes musulmanas, por ejemplo Abu Shama, pág. 54, dicen que Manuel hizo causa común con los francos.

turcos. Hace esta acusación contra los habitantes de Attalia, inmediatamente después de decir que fueron castigados más tarde por el Emperador a causa de haber mostrado su afecto a los cruzados [21].

La responsabilidad principal de los desastres acaecidos a los cruzados en Anatolia debe atribuirse a su propias locuras. Es cierto que el Emperador podía haber hecho más en favor de ellos, aunque sólo con un grave riesgo para su Imperio. Pero el verdadero origen es mucho más profundo. ¿Era por un mejor interés de la Cristiandad por lo que deberían hacerse ocasionales expediciones militares a Oriente, mandadas por una mezcla de idealistas imprudentes y rudos aventureros, para socorrer a un estado intruso cuya existencia estaba condicionada a la desunión de los musulmanes? ¿O más bien debería Bizancio, durante tanto tiempo la salvaguardia de la frontera oriental, desempeñar su papel sin dejarse estorbar por Occidente? El relato de la segunda Cruzada, aún más que el de la primera, demuestra claramente que las dos políticas eran incompatibles. Cuando ya había caído la propia Constantinopla y los turcos se acercaban con su estruendo bélico a las puertas de Viena, sería posible saber cuál de las dos políticas tenía razón.

21 Odón de Deuil, pág. 79.

Capítulo 13

FRACASO

«Tomad un consejo y será deshecho.»

(Isaías, 8, 10.)

Cuando el 19 de marzo de 1148 llegó la noticia de que el rey Luis había desembarcado en San Simeón, el príncipe Raimundo y todo su séquito salieron a caballo de Antioquía para darle la bienvenida y escoltarle hasta la ciudad. Los días siguientes se pasaron en agasajos y diversiones. Los apuestos nobles de Antioquía se desvivieron por agradar a la reina de Francia y a las grandes damas de su cortejo, y en el placentero clima de la primavera siria, en medio de los lujos de la corte antioquena, los visitantes olvidaron las calamidades pretéritas. En cuanto se hubieron respuesto, Raimundo empezó a discutir con los jefes franceses los planes de una campaña contra el infiel. Raimundo esperaba grandes éxitos del porvenir de la Cruzada. Su situación era precaria. Nur ed-Din quedó establecido ahora a lo largo de la frontera cristiana, desde Edesa a Hama, y pasó el otoño de 1147 tomando una por una las frortalezas francas al este del Orontes. El conde Joscelino estaba plenamente ocupado en defender su posición en Turbessel. Si los musulmanes pensaban atacar Antioquía en seguida, la única potencia que podría ayudar a Raimundo era Bizancio, y era muy posible que las tropas bizantinas podían llegar demasiado tarde, y de cualquier modo insistirían en una servidumbre más estrecha. El ejército francés, aunque las inci-

dencias del trayecto habían reducido sus tropas de infantería, proporcionó tan formidables refuerzos de caballería, que los francos de Antioquía pudieron tomar la ofensiva. Raimundo apremió al rey a que se lanzaran juntos contra el corazón del poder de Nur ed-Din, la ciudad de Alepo, e indujo a muchos de los caballeros franceses a unirse a él en un reconocimiento previo hasta las murallas para aterrar a sus habitantes [1].

Pero, cuando llegó el momento, el rey Luis vaciló. Dijo que su voto de cruzado le obligaba a ir primero a Jerusalén, antes de emprender cualquier campaña; sin embargo, la excusa la dio para encubrir su indecisión. Todos los príncipes del Oriente franco pedían su ayuda. El conde Joscelino esperaba utilizarle para la reconquista de Edesa; pues, ¿no había sido la caída de esta ciudad la que había puesto en movimiento a toda la Cruzada? Raimundo de Trípoli, alegando un derecho de primo —la madre había sido una princesa francesa—, pretendía su ayuda para la reconquista de Montferrand. Después, en abril, llegó personalmente a Antioquía el patriarca de Jerusalén, enviado por el Tribunal Supremo del reino para pedirle que fuese rápidamente hacia el Sur y manifestarle que el rey Conrado estaba ya en Tierra Santa [2]. Al final, un motivo puramente personal decidió al rey en favor del patriarca. La reina Leonor era muchísimo más inteligente que su esposo. Ella se dio cuenta en seguida de lo prudente que era el proyecto de Raimundo, pero la apasionada y expresa defensa de su tío no hizo más que provocar los celos de Luis. En seguida corrieron rumores. La reina y el príncipe eran vistos juntos con demasiada frecuencia. Se murmuraba que el afecto de Raimundo era algo más que puro parentesco. Luis, temiendo por su honor, anunció su inmediata partida, a lo cual la reina contestó que, al menos ella, se quedaría en Antioquía y que procuraría un divorcio de su esposo. En réplica, Luis sacó a la fuerza a su esposa del palacio de su tío y salió con todas sus tropas hacia Jerusalén [3].

El rey Conrado desembarcó en Acre con sus príncipes más importantes a mediados de abril y fue recibido con cordiales honores en Jerusalén por la reina Melisenda y su hijo [4]. Honores parecidos se tributaron al rey Luis cuando llegó a Tierra Santa un mes después. Nunca había visto Jerusalén un conjunto tan brillante de ca-

[1] Guillermo de Tiro, XVI, 27, págs. 751-3; Guillermo de Nangis, I, pág. 44.

[2] El patriarca era Fulquerio de Angulema, antes arzobispo de Tiro, nombrado por Melisenda a raíz de la muerte de Guillermo de Messines en 1147.

[3] Guillermo de Tiro, *loc. cit.* Llama a Leonor mujer «vana», pero no insinúa que fuera infiel. Las sospechas del rey se recogen en Juan de Salisbury (*Historia Pontificalis*, pág. 53).

[4] Guillermo de Tiro, XVI, págs. 753-4; Otón de Freisingen, *Gesta Friderici*, págs. 88-9.

balleros y damas [5]. Pero había muchas ausencias significativas. Raimundo de Antioquía, furioso por la conducta de Luis, se lavó las manos en el asunto de la Cruzada. No podía en ningún caso arriesgarse a salir de su principado, seriamente amenazado, por alguna aventura en el Sur. Tampoco el conde Joscelino podía salir de Turbessel. La ausencia del conde de Trípoli se debió a una funesta tragedia familiar. Entre los cruzados que hicieron el voto con el rey Luis en Vézélay se hallaba Alfonso-Jordán, conde de Tolosa. Con su esposa y sus hijos hizo el viaje por mar desde Constantinopla y desembarcó en Acre algunos días después que Conrado. Su llegada con un contingente numeroso animó a los francos en Oriente, para los que constituía una figura romántica. Pues era el hijo del antiguo cruzado Raimundo de Tolosa y nació en Oriente, en el monte de los Peregrinos, mientras su padre se hallaba sitiando Trípoli. Sin embargo, su llegada resultó molesta para el conde de Trípoli reinante, nieto del viejo bastardo del conde Raimundo, Beltrán. Si Alfonso-Jordán reclamaba Trípoli, sería difícil negársela, y parece ser que le gustaba aludir a sus derechos. Yendo desde Acre a Jerusalén, se detuvo en Cesarea, y murió allí casi de repente, presa de la angustia. Pudo haber sido alguna enfermedad aguda, tal como un ataque de apendicitis, la que causara su muerte, aunque todo el mundo en seguida sospechó de envenenamiento, y Beltrán, hijo del difunto, abiertamente acusó a su primo Raimundo de Trípoli de ser el instigador del crimen. Otros creían que la culpable era la reina Melisenda, obrando a requerimiento de su amada hermana, la condesa Hodierna, esposa de Raimundo. No se probó nada, pero Raimundo, indignado por la acusación, se abstuvo de tener relación con la Cruzada [6].

Cuando todos los cruzados habían llegado a Palestina, la reina Melisenda y el rey Bulduino les invitaron a asistir a una gran asamblea que iba a celebrarse en Acre el 24 de junio de 1148. Fue una reunión impresionante. Los anfitriones eran el rey Balduino y el patriarca Fulquerio, con los arzobispos de Cesarea y Nazaret, los grandes maestres del Temple y del Hospital, y los prelados y barones más importantes del reino. Con Conrado estaban sus hermanastros, Enrique Jasimirgott de Austria y Otón de Freisingen; su sobrino, Federico de Suabia, Güelfo de Baviera y muchos príncipes menores. Lorena estaba representada por los obispos de Metz y Toul. Con el rey Luis estaban su hermano Roberto de Dreux, su futuro yerno, Enrique de Champana; Thierry, conde de Flandes, y también el joven Beltrán, bastardo de Alfonso-Jordán. No sabemos

[5] Guillermo de Tiro, XVI, 29, págs. 754-6.

[6] Guillermo de Tiro, XVI, 28, pág. 754; Guillermo de Nangis, I, pág. 43, indica que Melisenda estaba complicada en el asesinato.

cómo se desarrolló el debate ni quién hizo la proposición definitiva. Después de alguna discusión, la asamblea decidió concentrar toda su fuerza en un ataque contra Damasco [7].

La decisión fue una completa locura. Damasco sería, efectivamente, un magnífico premio, y la posesión de la ciudad por los francos aislaría por completo a los musulmanes de Egipto y Africa de sus hermanos en la Siria del norte y en Oriente. Pero, de todos los estados musulmanes, el reino burida de Damasco era el único que deseaba seguir teniendo buenas relaciones con los francos, pues, igual que los más inteligentes entre los francos, reconocía que su principal enemigo era Nur ed-Din. Los intereses francos consistían en conservar la amistad damascena hasta que Nur ed-Din fuese aplastado y mantener abierta la brecha entre Damasco y Alepo. Atacar a los primeros era, según demostraron los acontecimientos del año anterior, el camino más seguro de hacer que sus gobernantes cayeran en manos de Nur ed-Din. Pero los barones de Jerusalén codiciaban las fértiles tierras que rendían homenaje a Damasco y deseaban reparar su reciente humillación, cuya venganza había deseado durante algún tiempo su animoso y joven rey. Para los cruzados forasteros, Alepo no significaba nada, pero Damasco era una ciudad santificada por las Sagradas Escrituras, cuyo rescate de manos del infiel redundaría en mayor gloria de Dios. Es vano culpar a nadie por la decisión, pero una responsabilidad mayor tuvo que caberles a los barones locales, que conocían la situación, más que a los recién llegados, para los cuales todos los musulmanes eran iguales [8].

El ejército cristiano, el más numeroso que hasta entonces habían puesto en pie los francos, salió de Galilea por Banyas a mediados de julio. El sábado, 24 del mismo mes, acampó junto al seto de las vegas y huertas que rodeaban a Damasco. El emir, al principio, no había tomado en serio la noticia de la Cruzada. Oyó algo acerca de sus graves pérdidas en Anatolia, y en cualquier caso no suponía que iban a hacer de Damasco el objetivo. Cuando descubrió la verdad, se apresuró a ordenar a todos sus gobernantes provinciales que le enviaran todos los hombres que pudieran distraer, y un mensajero salió a toda prisa hacia Alepo para pedir a Nur ed-Din que le auxiliase. Los francos se detuvieron primero en Manakil al-Asakir, unas cuatro millas al sur de la ciudad, cuyas blancas murallas y torreones brillaban a través de la espesa floresta de los huertos; pero pronto se trasladaron hacia el pueblo de al-Mizza, que estaba mejor abastecido

[7] Guillermo de Tiro, XVII, I, págs. 758-9; da una lista de los magnates eclesiásticos y seculares presentes; Otón de Freisingen, *Gesta Friderici*, pág. 89; Sugerio, *Gesta Ludovici*, págs. 403-4.

[8] Guillermo de Tiro, *loc. cit.*

de agua. El ejército damasceno intentó detenerlos allí, pero se vio obligado a retirarse detrás de las murallas. Con su victoria, los jefes cruzados enviaron al ejército de Jerusalén a los huertos para despejarlos de guerrilleros. Hacia la tarde, los huertos al sur de la ciudad estaban en posesión de los francos, que construyeron empalizadas con los árboles que habían cortado. Después, sobre todo gracias a la bravura de Conrado, se abrieron camino a Rabwa, a orillas del río Barada, directamente debajo de las murallas de la ciudad. Los ciudadanos de Damasco pensaron entonces que todo estaba perdido y empezaron a hacer barricadas en las calles, dispuestos para el último y desesperado combate. Pero al día siguiente cambió la situación. Los refuerzos requeridos por Unur empezaron a entrar a torrentes por las puertas del norte de la ciudad y con su ayuda lanzó un contraataque que rechazó a los cristianos de las murallas. Repitió los ataques durante los dos días siguientes, mientras los guerrilleros penetraron una vez más en la vega y los huertos. Tan peligrosas eran estas acciones para el campamento, que se entrevistaron Conrado, Luis y Balduino y decidieron evacuar los huertos al sur de la ciudad y trasladarse al Este, para acampar en un lugar donde el enemigo no pudiera encontrar donde cubrirse. El 27 de julio, todo el ejército se trasladó hacia la llanura situada en las afueras de la muralla este. Fue una decisión desastrosa, pues el nuevo lugar carecía de agua y estaba enfrente del sector más poderoso de la muralla, y las partidas de guerrilleros damascenos pudieron moverse con mayor libertad por los huertos. En efecto, muchos de los soldados francos creyeron que los barones de Palestina que asesoraban a los reyes tuvieron que haber sido sobornados por Unur para proponer semejante paso. Pues con este movimiento se desvaneció la última ocasión de la conquista de Damasco. Unur, cuyas tropas aumentaban en número, y que sabía que Nur ed-Din se hallaba de camino hacia el Sur, reanudó sus ataques contra el campamento franco. Era el ejército cruzado, y no la ciudad sitiada, el que estaba ahora a la defensiva [9].

Mientras el desánimo se apoderaba del ejército cristiano y no había más que rumores de traición, los jefes disputaban abiertamente sobre el futuro de Damasco, una vez que se conquistase. Los barones del reino de Jerusalén esperaban que Damasco se convirtiese en un feudo del reino, y aceptaron que su señor fuera Guido Brisebarre, señor de Beirut, cuya candidatura fue, al parecer, confirmada por la reina Melisenda y el condestable Manasses. Pero Thierry de Flandes codiciaba Damasco, que pretendía mantener como un feu-

[9] Guillermo de Tiro, XVII, 2-5, págs. 760-7; Ibn al-Qalanisi, págs. 282-6; Abu Shama, págs. 55-9; Usama, ed. Hitti, pág. 124.

do semi-independiente, del mismo tipo que Trípoli. Consiguió el apoyo de Conrado y Luis, y del rey Balduino, con cuya hermanastra estaba casado. La ira entre los barones locales cuando supieron que los reyes favorecían a Thierry les inclinó a abandonar sus esfuerzos. Aquellos que siempre fueron contrarios al ataque contra Damasco ganaron más adeptos. Tal vez estuvieran en tratos secretos con Unur. Hubo rumores de enormes sumas, pagadas, es verdad, en moneda falsificada, según se descubrió, y que circuló entre Damasco, la corte de Jerusalén y Elinando, príncipe de Galilea. Quizá les dijera Unur que, si se retiraban en seguida, él abandonaría su alianza con Nur ed-Din. Esta razón, hiciera o no Unur un uso específico de ella, influyó, sin duda, en el ánimo de los nobles del reino. Nur ed-Din se hallaba ya en Homs negociando las condiciones de su ayuda a Unur. Sus tropas tenían que recibir permiso para entrar en Damasco, y ante esta exigencia Unur procuraba ganar tiempo. El ejército franco estaba en una situación difícil ante Damasco. No podía esperar refuerzos, ya que en pocos días los hombres de Nur ed-Din podrían estar en el campo de batalla. Si llegaban éstos, no sólo podía ser aniquilada toda la fuerza de los cruzados, sino que Damasco pasaría seguramente a poder de Nur ed-Din [10].

Los barones de Palestina se convencieron entonces —demasiado tarde— de la locura de proseguir la guerra contra Damasco, y presionaron con su criterio sobre los reyes Conrado y Luis. Los occidentales estaban extrañados. No podían seguir las sutiles discusiones políticas, aunque sabían que sin la ayuda de los francos locales había poco que hacer. Los reyes se lamentaron públicamente de la deslealtad que encontraron en torno a ellos y de la falta de fervor por la causa. Pero ordenaron la retirada [11].

Al amanecer del miércoles 28 de julio, el quinto día después de su llegada ante Damasco, los cruzados levantaron el campo e iniciaron su regreso hacia Galilea. Aunque el dinero de Unur haya podido comprar su retirada, no les dejó salir en paz. Todo el día, y

[10] Guillermo de Tiro, XVII, 6, págs. 767-8. Rey, «Les Seigneurs de Barut», en *Revue de l'Orient Latin*, vol. IV, págs. 14-15, identifica el candidato de los barones con Guido de Beirut, según los *Assises*, II, pág. 458. Miguel el Sirio (III, pág. 276) recoge el rumor del dinero pagado al rey Balduino y a Elinando, que lo aceptaron por temor a las ambiciones de Conrado. Bar Hebraeus (trad. Budge, pág. 274) afirma que no encuentra el relato en ningún autor árabe. Ibn al-Qalanisi (pág. 268) dice que los francos estaban alarmados por la aproximación de los ejércitos musulmanes. Ibn al-Athir (págs. 469-70) dice que Unur avisó claramente a los francos locales sobre ello y sembró la disensión entre ellos y el rey de Alemania.

[11] Guillermo de Tiro, XVII, 7, págs. 768-70. La traducción francesa incluye un ataque contra el Pulani. Conrado echa la culpa a los barones locales. Véase la carta en *Wibaldi Epistolae*, págs. 225-6.

durante los que siguieron, la caballería ligera turcomana hostigó los flancos del ejército cruzado, disparando flechas sobre sus huestes. El camino quedó cubierto de cadáveres de hombres y de caballos, cuya pestilencia vició la llanura durante muchos meses. A principios de agosto, la gran expedición regresó a Palestina y las tropas locales fueron licenciadas. Todo lo que se consiguió fue perder muchos hombres y mucho material y sufrir una terrible humillación. Que un ejército tan espléndido hubiese abandonado su objetivo después de combatir sólo cuatro días fue un duro golpe para el prestigio cristiano. La leyenda de los invencibles caballeros de Occidente, nacida a raíz de la gran aventura de la primera Cruzada, quedó totalmente deshecha. Empezaba a resurgir el espíritu del mundo musulmán [12].

El rey Conrado no se detuvo en Palestina después del regreso de Damasco. Con su séquito, embarcó en Acre el 8 de septiembre en un barco fletado para Tesalónica. Cuando desembarcó recibió una urgente invitación de Manuel para pasar la Navidad en la corte imperial. Había ahora un perfecto acuerdo entre los dos monarcas. Aunque su joven sobrino podía seguir provocando el rencor entre los bizantinos, culpándoles de las pérdidas alemanas en Anatolia, Conrado sólo pensaba en el valor de una alianza con Manuel contra Roger de Sicilia, y además le cautivaban el encanto personal de Manuel y su deliciosa hospitalidad. Durante su visita se celebró con excepcional fasto la boda de su hermano, Enrique de Austria, con Teodora, sobrina de Manuel. Los bizantinos, ofendidos, lloraban al ver a la encantadora y joven princesa sacrificada a una suerte tan bárbara —«inmolada a la bestia de Occidente», como escribió un poeta cortesano, compasivamente, a la madre de ella—, pero la boda señaló la completa reconciliación entre las cortes alemana y bizantina. Cuando Conrado salió de Constantinopla, en febrero de 1149, para regresar a Alemania, se había concertado una alianza entre los dos reyes contra Roger de Sicilia, cuyos territorios en la península italiana pensaban repartirse [13].

Mientras Conrado disfrutaba de las comodidades de Constantinopla, el rey Luis prolongó su estancia en Palestina. El abad Sugerio le escribió repetidas veces para pedirle que regresara a Francia, pero no pudo convencerle. Sin duda deseaba pasar una Pascua de Resu-

[12] Guillermo de Tiro, *loc. cit.;* Ibn al-Qalanisi, págs. 286-7.

[13] Guillermo de Tiro, XVII, 8, págs. 770-1; Cinnamus, págs. 87-8; *Annales Palidenses,* pág. 83; Otón de Saint Blaise, pág. 305; Otón de Freisingen, *Gesta Friderici,* pág. 96. Un epitalamio de Prodromo a la boda de Teodora se halla en *R. H. C. G., II,* pág. 772; pero se refiere a ella como víctima inmolada «a la bestia de Occidente» en otro poema dedicado a la madre de Teodora, *ibid.,* pág. 768.

rrección en Jerusalén. Su regreso —según sabía— supondría un divorcio y todas las consecuencias políticas del mismo. Procuraba aplazar el día nefasto. Entretanto, mientras Conrado renovó su amistad con Bizancio, el resentimiento de Luis contra el Emperador aumentó al máximo grado imaginable. Cambió su política y procuró una alianza con Roger de Sicilia. Su disputa con Raimundo de Antioquía había eliminado el principal obstáculo para esta alianza, que le permitiría satisfacer su odio a Bizancio. Al fin, a principios del verano de 1149, Luis salió de Palestina en un barco siciliano, que pronto se unió a una escuadra siciliana de crucero por aguas del Mediterráneo oriental. La guerra de Sicilia contra Bizancio seguía aún progresando, y cuando la flota doblaba el Peloponeso, fue atacado por barcos de la escuadra bizantina. El rey Luis se apresuró a ordenar que se izase la bandera francesa en su nave, por lo que se le permitió seguir su rumbo. Pero un barco que llevaba a muchos de sus seguidores y sus bienes, fue capturado y llevado como trofeo de guerra a Constantinopla. Pasaron muchos meses antes de que el Emperador accediese a devolver a Francia los hombres y las mercancías [14].

Luis desembarcó en Calabria a fines de julio y fue recibido por el rey Roger en Potenza. El siciliano en seguida propuso lanzar una nueva Cruzada, cuyo primer objetivo sería tomar venganza de Bizancio. Luis y sus consejeros aceptaron resueltamente y marcharon a Francia, refiriendo a todo el que encontraban a su paso la perfidia de los bizantinos y esgrimiendo la necesidad de castigarlos. El papa Eugenio, a quien el rey Luis visitó en Tívoli, se mostró tibio; pero hubo muchos elementos de la Curia que recibieron con agrado el proyecto. El cardenal Teodwin procuró hallar predicadores para fomentarlo. Pedro el Venerable le prestó su apoyo. Cuando Luis llegó a Francia persuadió a Sugerio para que aceptase; y, el más importante de todos, San Bernardo, aturdido por los medios de que la Providencia se había valido para que su gran Cruzada tuviera un fin tan lamentable, admitió ávidamente que Bizancio era el origen de todos los desastres y lanzó toda su energía a la tarea de incitar a la divina venganza contra el Imperio culpable. Pero, si el movimiento debía tener éxito, había que contar con la ayuda de Conrado de Alemania, y Conrado no quería colaborar. Vio con demasiada claridad la mano de su enemigo Roger y no había ninguna razón para romper su alianza con Manuel y contribuir al poderío de Roger. Fueron vanos los llamamientos que le dirigieron el cardenal Theodwin y Pedro el

[14] Cinnamus, pág. 87; carta de Sugerio (*Sugeri Opera,* ed. de la Marche, págs. 258-60); Guillermo de Nangis, I, pág. 46. El barco que transportaba a la reina Leonor fue detenido durante algún tiempo por los bizantinos (Juan de Salisbury, *Historia Pontificalis,* pág. 61).

Venerable, y también fue inútil la visita que le hizo San Bernardo para fulminarle con su palabra. La última vez que Conrado había aceptado el consejo del Santo fue con ocasión de la segunda Cruzada. No iba a tropezar de nuevo en la misma piedra. Ante la negativa de Conrado a ayudar, el proyecto quedó abandonado. La gran traición a la Cristiandad, exigida por San Bernardo, fue aplazada durante otro medio siglo [15].

Sólo uno de los príncipes de la segunda Cruzada permaneció en Oriente, y su estancia fue involuntaria. El joven Beltrán de Tolosa, el bastardo del conde Alfonso, no podía sufrir que la rica herencia de Trípoli quedara en manos de su primo, de quien sospechaba que era el asesino de su padre. Se quedó en Palestina hasta que salió el rey Luis; después marchó con sus hombres del Languedoc hacia el Norte, como si pensara embarcar en algún puerto de la Siria septentrional. Después de pasar por la llanura donde el Buqaia se abre hacia el mar, se volvió repentinamente hacia el interior y conquistó el castillo de Araima. Allí desafió a las tropas que el conde Raimundo había mandado desde Trípoli para desalojarle. Era un nido bien emplazado, pues dominaba los caminos de Trípoli a Tortosa y de Trípoli al interior del valle del Buqaia. El conde Raimundo no encontró ninguna simpatía entre los otros príncipes cristianos, y por tanto envió mensajes a Damasco pidiendo la ayuda de Unur. Este aceptó gustoso e invitó a Nur ed-Din para unirse a él. Así podía demostrar su buena voluntad de colaborar con Nur ed-Din contra los cristianos, sin dañar su intento de restablecer las buenas relaciones con el reino de Jerusalén. En efecto, iba a satisfacer a la reina Melisenda al ayudar a su cuñado. Los dos príncipes musulmanes bajaron contra Araima, que no pudo resistir contra tamaña hueste. Los vencedores musulmanes asolaron el castillo, después de haberlo saqueado por completo. Luego se lo dejaron al conde Raimundo para que lo ocupase y se retiraron con una larga hilera de cautivos. Beltrán y su hermana cayeron en manos de Nur ed-Din. Los llevó a Alepo, donde pasarían doce años en cautividad [16].

Fue un final adecuado para la segunda Cruzada el que su último cruzado cayese prisionero de los musulmanes, aliados de un príncipe cristiano a quien había intentado despojar. Ninguna empresa medie-

[15] Para un resumen de estas negociaciones, véase Bernhardi, *op. cit.*, página 810, y Vacandard, *op. cit.*, págs. 425-8. Las cartas de San Bernardo y Theodwin defendiendo una cruzada antigriega se han perdido, pero su sentido se halla en una carta de Wibaldo (núm. 252, *Wibaldi Epistolae*, pág. 377).

[16] Ibn al-Qalanisi, págs. 287-8; Ibn al-Athir, págs. 470-1, y *Atabegs*, página 162; Kemal ad-Din, ed. Blocher, pág. 517. Según la leyenda franca, la hermana de Beltrán se casó con Nur ed-Din y fue la madre de su heredero as-Salih (Roberto de Torignv, II, pág. 53).

val se inició bajo tan espléndidos auspicios. Proyectada por el Papa, predicada e inspirada por la áurea elocuencia de San Bernardo y mandada por los dos potentados principales de la Europa occidental, prometía mucho en favor de la gloria y salvación de la Cristiandad. Pero cuando llegó a su ignominioso final en la fatigosa retirada de Damasco, todo lo que había conseguido fue agriar las relaciones entre los cristianos occidentales y los bizantinos, alcanzando casi un punto de ruptura, provocar sospechas entre los cruzados bisoños y los francos residentes en Oriente, separar a los príncipes francos occidentales de los demás, promover la unión de los musulmanes y causar un daño mortal al prestigio militar franco. Los franceses podían echar la culpa del fracaso a otros, al pérfido emperador Manuel o a los tibios barones de Palestina, y San Bernardo podía fulminar su oratoria contra los perversos que se habían interferido en los designios de Dios; pero, en realidad, la Cruzada se derrumbó a causa de sus jefes, con su truculencia, su ignorancia y su inoperante necedad.

Libro IV

CAMBIAN LAS TORNAS

Capítulo 14
LA VIDA EN ULTRAMAR

«habéis obrado con arreglo a las costumbres de las naciones circundantes vuestras».

(Ezequiel, 11, 12.)

El fracaso de la segunda Cruzada marcaba un momento crítico en la historia de Ultramar. La caída de Edesa completó el primer paso del resurgimiento musulmán, y las ventajas del Islam fueron confirmadas por el desdichado desastre de la gran expedición destinada a restablecer la supremacía de los francos.

Una de las principales razones de este fracaso era la diferencia de costumbres y opiniones entre los francos residentes en Oriente y sus hermanos venidos de Occidente. Fue una sorpresa para los cruzados descubrir en Palestina una sociedad que había cambiado, en el curso de una generación, su forma de vida. Hablaban un dialecto francés, eran fieles adeptos de la Iglesia latina y su gobierno seguía las costumbres que llamamos feudales. Pero esta semejanza superficial sólo contribuyó a hacer más agudas las divergencias con los recién llegados.

Si los colonos hubiesen sido más numerosos tal vez habrían podido mantener sus hábitos occidentales. Pero constituían una minoría insignificante en un país cuyo clima y modo de vida les era extraño. Los números reales sólo pueden conjeturarse, pero parece que en ningún momento hubo más de un millar de barones y caballeros con residencia permanente en el reino de Jerusalén. Sus parientes no

combatientes, mujeres y viejos, no pueden haber excedido en mucho a otro millar. Nacieron muchos niños, pero pocos sobrevivieron. Es decir, aparte del clero, con varios cientos de miembros, y de los caballeros de las órdenes militares, las clases francas superiores no han podido pasar de dos a tres mil adultos [1]. La población total de las clases caballerescas en el principado de Antioquía y los condados de Trípoli y de Edesa era aproximadamente la misma, con toda probabilidad [2]. Estas clases permanecieron en conjunto puras desde el punto de vista racial. En Edesa y Antioquía hubo algunos matrimonios mixtos con la aristocracia griega y armenia indígena; tanto Balduino I como Balduino II, cuando eran condes de Edesa, se casaron con mujeres armenias, de confesión ortodoxa, y sabemos que algunos de sus nobles siguieron su ejemplo. La esposa de Joscelino I y la de Waleran de Birejik eran armenias de la Iglesia separada. Pero más al Sur no había aristocracia cristiana local; el único elemento oriental era la sangre armenia en la familia real y en la casa de Courtenay, y, después, los descendecientes de la casa real y de los Ibelin, a consecuencia de los matrimonios de la reina bizantina María Comneno [3].

La clase de los «escuderos» era más numerosa. Los escuderos eran en su origen la infantería completamente armada de la reserva franca que colonizó los feudos de los señores. Como no tenían que conservar ningún orgullo de sangre, se casaron con cristianas indígenas, y hacia 1150 empezaron a constituir una clase de *poulains,* mezclándose ya con los cristianos nativos. Hacia 1180, el número de escuderos se calculaba en algo más de 5.000, pero no podemos decir qué proporción seguía teniendo sangre franca pura. Los «sodeers» o soldados mercenarios también se atribuían probablemente alguna ascendencia franca. Los «turcópolos», alistados entre los nativos y armados

[1] El gran ejército que fue derrotado en Hattin tenía probablemente 1.200 caballeros, de los cuales 300 eran templarios y tal vez casi otros tantos hospitalarios. Los barones y caballeros seculares no podían haber sido más de 700, aunque estaban presentes todos los caballeros disponibles. Sólo dos quedaron en Jerusalén. Este ejército incluía algunos caballeros de Trípoli o Antioquía. Un cierto número de caballeros había salido recientemente del reino con Balduino de Ibelin. Véase *infra,* págs. 410, 444. Juan de Ibelin calculaba que en tiempos de Balduino IV el rey podía movilizar 577 caballeros, aparte de las órdenes militares, y 5.025 escuderos (Ibelin, págs. 422-7).

[2] Las cifras para Antioquía y Trípoli sólo pueden conjeturarse. Edesa probablemente nunca contó con más de 100 familias francas de la nobleza caballeresca. El condado de Trípoli tendría unas 200, y Antioquía, considerablemente más. En 1111, Alberto de Aix afirmó que Turbessel (XI, 40-1, págs. 182-3) había proporcionado 100 caballeros y Edesa 200, aunque muchos de éstos tenían que haber sido armenios.

[3] Véase *infra,* árboles genealógicos.

y entrenados según el módulo de la caballería ligera bizantina, cuyo nombre adoptaron, constaban parcialmente de cristianos indígenas y conversos, y, de otra parte, de mestizos. Había tal vez una diferencia entre los mestizos que hablaban la lengua de sus padres y aquellos que hablaban la de sus madres. Los turcópolos pertenecían seguramente a los últimos [4].

Excepto en las ciudades más grandes, los colonos eran casi todos de origen francés, y el idioma hablado en el reino de Jerusalén y en el principado de Antioquía era la *langue d'oïl,* familiar a los franceses del Norte y los normandos. En el condado de Trípoli, con su trasfondo tolosano, debió de utilizarse al principio la *langue d'oc.* El peregrino alemán Juan de Wurzburg, que visitó Jerusalén hacia 1175, se sintió humillado al ver que los alemanes no desempeñaban ningún papel en la sociedad francesa, aunque alegaba que Godofredo y Balduino I fueron de origen alemán. Se sintió encantado cuando, al fin, encontró una fundación religiosa integrada exclusivamente por alemanes [5].

En las ciudades había colonias italianas numerosas. Los venecianos y los genoveses poseían sendas calles incluso en Jerusalén. Había establecimientos genoveses, garantizados por convenios, en Jaffa, Acre, Cesarea, Arsuf, Tiro, Beirut, Trípoli, Jebail, Laodicea, San Simeón y Antioquía, y establecimientos venecianos en la mayor parte de estas ciudades. Los pisanos tenían colonias en Tiro, Acre, Trípoli, Botrum, Laodicea y Antioquía, y los amalfitas en Acre y Laodicea. Eran todas comunidades autónomas, cuyos ciudadanos hablaban el italiano y no se mezclaban socialmente con sus vecinos. Semejantes a estas colonias eran los establecimientos de Marsella en Acre, Jaffa, Tiro y Jebail, y de Barcelona, en Tiro. Excepto en Acre, ninguna de estas colonias mercantiles pasaba de unos cientos de personas [6].

La gran mayoría de la población constaba de cristianos nativos. En el reino de Jerusalén éstos eran de origen mixto, la mayoría de habla árabe, generalmente conocidos como cristianos árabes, casi todos miembros de la Iglesia ortodoxa. En el condado de Trípoli algunos de los habitantes pertenecían a la secta monotelita, llamada de los maronitas. Más al Norte los habitantes indígenas eran en su

[4] Véase La Monte, *Feudal Monarchy,* págs. 160-2; Munro, *The Kingdom of the Crusaders,* págs. 106-7, 120-1.

[5] Juan de Wurzburg *(P. P. T. S.,* vol. V), *passim.*

[6] Cahen, «Notes sur l'histoire des Croisades et de l'Orient Latin. III. L'Orient latin et commerce du Levant», en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg,* año 29, núm. 7, señala que las actividades mercantiles de los italianos durante el siglo XII se concentraron principalmente en Egipto y Constantinopla. Los puertos costeros sirios tenían mucha menos importancia para ellos.

mayoría monofisitas de la Iglesia jacobita, pero habían grandes colonias de armenios, casi todos de la Iglesia armenia separada, y en Antioquía, Laodicea y Cilicia, importantes grupos de ortodoxos que hablaban el griego. Además había en Tierra Santa colonias religiosas de todas las confesiones cristianas. Los monasterios eran principalmente ortodoxos y tenían como lengua el griego, pero había tambien fundaciones ortodoxas georgianas y, especialmente en Jerusalén, colonias de monofisitas, coptos egipcios, etíopes y jacobitas sirios, y algunos latinos establecidos allí antes de las Cruzadas [7]. Muchas comunidades musulmanas habían emigrado cuando se fundó el reino cristiano. Pero había aún aldeas musulmanas en torno a Nablus [8], y la población de muchas zonas que fueron conquistadas después por los francos siguió siendo musulmana. En la Galilea septentrional, a lo largo del camino de Banyas a Acre, los campesinos eran casi exclusivamente musulmanes. Más al Norte, en el Buqaia, en las montañas Nosairi y en el valle del Orontes, había sectas musulmanas heréticas que reconocían el gobierno franco [9]. A lo largo de la frontera sur, y en Transjordania, había tribus de nómadas beduinos. Las matanzas y el temor a ellas habían reducido enormemente el número de judíos en Palestina y en la Siria cristiana. Benjamín de Tudela se sintió acongojado al ver lo exiguas que eran las colonias judías cuando visitó el país hacia 1170 [10]. Solamente en Damasco eran más numerosos que en todos los estados cristianos [11]. Pero en algún momento del siglo XII compraron a la corona el monopolio de las tintorerías y controlaban la mayor parte de la industria cristalera [12]. Una pequeña comunidad samaritana siguió viviendo en Nablus [13].

Estas diversas comunidades constituían la base de los estados francos, y sus nuevos jefes hicieron poco por molestarlas. Allí donde

[7] Hay muy pocas pruebas directas acerca de los cristianos nativos en Palestina durante el siglo XII. Véase *infra*, págs. 292-296, y Rey, *Les Colonies Franques*, págs. 75-94. Véase Gerulli, *Etiopi in Palestina*, págs. 8 y sigs., para los coptos y abisinios.

[8] Los musulmanes de los alrededores de Nablus causaron alarma a los francos después de Hattin (Abu Shama, pág. 302); Ibn Jubayr, ed. por Wright, págs. 304-7, para los musulmanes de Acre y sus alrededores.

[9] Véase Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 170 y sigs. Burchard de Monte Sion menciona diversas sectas musulmanas del norte de Siria (*P. P. T. S.*, volumen XII, pág. 18).

[10] Benjamín de Tudela, ed. por Adler, texto hebreo, págs. 26-47.

[11] *Ibid.*, págs. 47-8.

[12] Benjamín de Tudela, ed. Adler, texto hebreo, pág. 35 (monopolio de tintes en Jerusalén). Los judíos eran cristaleros en Antioquía y Tiro (*ibid.*, páginas 26-47).

[13] *Ibid.*, págs. 33-4, mil familias, según Benjamín, quien encontró otras en Cesarea y Ascalón (págs. 32, 44).

los indígenas podían demostrar su derecho a las tierras se les permitió conservarlas, pero en Palestina y Trípoli, con excepción de las fincas pertenecientes a las iglesias nativas, los terratenientes habían sido casi todos musulmanes que emigraron a consecuencia de la conquista franca, abandonando grandes territorios en los que los nuevos gobernantes pudieron establecer a sus vasallos compatriotas. Parece que no se concedió libertad a ninguna aldea, tal como existió en la época bizantina. Cada comunidad aldeana estaba vinculada a la tierra y pagaba una parte de su producción al señor. Pero no había uniformidad acerca de esta producción. En la mayor parte del país, donde los labradores se dedicaban a una sencilla agricultura mixta, el señor esperaba probablemente una producción suficiente para alimentar a su séquito y a sus *poulains* y turcópolos, que vivían agrupados en torno del castillo, pues el campesino indígena no era apto para ser soldado. En las llanuras fértiles la agricultura se desarrollaba sobre una base más comercial. El señor explotaba los huertos, los viñedos y, sobre todo, las plantaciones de caña de azúcar, y el campesino trabajaba probablemente por poco más que su manutención. Excepto en el séquito del señor, no había ningún trabajo de esclavos, aunque los prisioneros musulmanes fueran utilizados temporalmente en las haciendas del rey o de los grandes señores. Los tratos de los aldeanos con su señor se llevaban a través del jefe de ellos, llamado a veces por el nombre árabe de *rais,* y otras, por el nombre latinizado de *regulus.* Por su parte, el señor empleaba a un compatriota como ayudante o *drogmannus* (dragomán), un secretario que hablaba árabe y que llevaba los expedientes [14].

Aunque hubo poco cambio en la vida de los campesinos, el reino de Jerusalén quedó aparentemente reorganizado según el esquema de feudos que llamamos «feudal». El patrimonio real constaba de las tres ciudades de Jerusalén, Acre y Nablus, y, más tarde, de la ciudad fronteriza de Darón, y el territorio en torno de ellas. Al principio había poseído una zona más extensa del reino, pero los primeros reyes y, sobre todo, la reina Melisenda, fueron pródigos en las donaciones de tierras que hicieron a amigos, a la Iglesia y a las órdenes religiosas. Otras partes podían ser temporalmente enajenadas como donaciones para reinas viudas. Los cuatro feudos principales del reino eran el condado de Jaffa, reservado generalmente para un segundón de la casa real; el principado de Galilea, que debía su grandilocuente título a la ambición de Tancredo; el señorío

[14] Véase Cahen, «Notes sur l'histoire des Croisades et de l'Orient latin. II. Le régime rural au temps de la domination franque», en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg,* 29me année, núm. 7, estudio inestimable sobre esta cuestión tan oscura.

de Sidón y el señorío de Transjordania. Los señores de estos feudos parecen haber tenido sus altos funcionarios propios a imitación de la administración del rey. Lo mismo hizo el señor de Cesarea, cuyo feudo era casi tan importante, aunque estaba clasificado entre los doce feudos secundarios. Después del reinado de Balduino II la posesión estaba basada en el derecho hereditario, sucediendo las mujeres en defecto de la línea masculina directa. Un feudatario sólo podía ser desposeído por una decisión del Tribunal Supremo después de algún delito grave. Pero estaba obligado a ayudar al rey o a su señor superior con un número determinado de soldados siempre que se le pidiera, y parece ser que no había limitación de tiempo para este servicio. El conde de Jaffa, el señor de Sidón y el príncipe de Galilea hacían una prestación de cien caballeros completamente armados y el señor de Transjordania de sesenta [15].

La extensión de los feudos era variable. Los feudos seculares habían sido instituidos por conquista, y constituían compactos bloques de territorio. Pero las tierras de la Iglesia y de las órdenes militares, incrementadas principalmente mediante donaciones y mandas de caridad, y, en el caso de las órdenes, por razones estratégicas, se hallaban diseminadas por todos los territorios francos. La unidad con la que se medía la tierra era la aldea o *casal,* o muy rara vez media aldea o un tercio de aldea; pero las aldeas también diferían en extensión. En torno a Safed, en la Galilea del norte, parece ser que la proporción era sólo de cuarenta habitantes varones, aunque sabemos de aldeas más grandes en torno a Nazaret y de otras más pequeñas en torno a Tiro en las que, sin embargo, la población general era más densa [16].

Muchos de los señores seculares también poseían feudos de renta en metálico. Es decir, se les concedía una renta fija procedente de ciertas ciudades y aldeas, y a cambió de ello tenían que facilitar soldados en número proporcional. Estas concesiones eran hereditarias y al rey le resultaba casi imposible anularlas [17]. Igual que con los feudos territoriales, la única esperanza que le cabía era la de que el poseedor muriese sin herederos, o que al menos sólo tuviese una hija, sobre la cual tenía derecho de elegir marido o de insistir en la elección del mismo entre una terna de candidatos propuestos por el rey [18].

[15] La Monte, *Feudal Monarchy,* págs. 138-65; Rey, *op. cit.,* págs. 1-56, 109-64.

[16] Cahen, *op. cit.,* págs. 291-8.

[17] La Monte, *op. cit.,* págs. 144-51.

[18] El *assise* permitiendo a la heredera elegir a uno de una terna de esposos propuestos por el rey, se fecha con posterioridad a 1177 por Grandclaude,

Las ciudades reales estaban obligadas a proporcionar soldados según su riqueza. Jerusalén estaba clasificada para sesenta y uno. Nablus, para setenta y cinco, y Acre, para ochenta. Pero los soldados no los proporcionaba la burguesía, sino la nobleza residente en la ciudad o los propietarios de bienes inmuebles. Los eclesiásticos importantes también facilitaban soldados en proporción a sus bienes territoriales o inmuebles. La burguesía pagaba su contribución al gobierno mediante impuestos en dinero. Los impuestos regulares eran los de portazgo, ventas y compras, anclaje, peregrinos, pesos y medidas. Existía también el *terraticum,* un impuesto sobre la propiedad burguesa del que poco se sabe. Además, podía haber algún tributo especial para alguna campaña. En 1166 los no combatientes tuvieron que pagar el 10 por 100 del valor de sus bienes muebles, y en 1183 hubo un impuesto del 1 por 100 sobre el capital en propiedad o créditos de toda la población, combinado con el 2 por 100 de la renta de fundaciones eclesiásticas y de los barones. Además de los soldados que tenían que proveer las aldeas, cada campesino estaba obligado a un impuesto de capacitación personal a su señor, y los súbditos musulmanes estaban obligados a pagar un diezmo a la Iglesia. Los jerarcas latinos continuamente intentaban extender el diezmo a los cristianos pertenecientes a las iglesias heréticas. No tuvieron éxito, aunque obligaron al rey Amalarico a renunciar a un ofrecimiento hecho por el príncipe armenio Thoros II de enviar colonos a las zonas despobladas de Palestina, a causa de la insistencia de los latinos en que pagaran el impuesto del diezmo [19]. Pero, incluso con el diezmo, los musulmanes encontraron el nivel general de los impuestos más bajo con el gobierno franco que con sus señores musulmanes vecinos. Los musulmanes tampoco estaban excluidos de puestos de gobierno secundarios. Aquéllos, igual que los cristianos, podían ser empleados en oficinas de aduanas y como recaudadores de impuestos [20].

Es imposible dar una versión exacta de la configuración de los estados francos, porque en ningún momento existió una constitución determinada. Las costumbres se desarrollaban o modificaban por sentencias particulares. Cuando los juristas posteriores reunieron compilaciones como el *Livre au Roi* o los *Assises de Jérusalem* intentaban

«Liste d'Assises de Jérusalem», en *Mélanges Paul Fournier,* pág. 340. Pero Balduino III ofreció a Constanza de Antioquía que eligiera entre tres pretendientes en 1150. No pudo, sin embargo, obligarla a aceptar a ninguno de los tres (véase *infra,* pág. 316).

[19] Cahen, *op. cit.,* págs. 299-302. El ofrecimiento de Thoros lo registra Ernoul, págs. 27-30.

[20] Ibn Jubayr, ed. Wright, pág. 305.

deducir si determinada decisión definida había modificado alguna costumbre aceptada, sin pretender sentar las bases de un código gubernamental establecido. Había variantes locales. El príncipe de Antioquía y los condes de Edesa y Trípoli, por lo general, tenían pocos conflictos con sus vasallos. El rey de Jerusalén se hallaba en una posición más débil. Era el Ungido del Señor, la cabeza reconocida por los francos en Oriente, sin ningún rival después de que Balduino I había anulado las pretensiones del patriarcado. Pero, mientras los señores de Antioquía y Trípoli podían conservar su poder por las normas aceptadas para la sucesión hereditaria, la monarquía era electiva. El sentimiento público podía apoyar un derecho hereditario. En 1174, Balduino IV fue reconocido sin discusión como sucesor de su padre, aunque sólo contaba trece años de edad y era leproso. Pero se necesitaba la confirmación mediante la elección. A veces, los electores ponían sus condiciones, como cuando Amalarico I tuvo que divorciarse de su esposa, Inés, antes de que le fuera otorgada la corona. Cuando el heredero natural era una mujer había otras complicaciones. Su esposo podía ser elegido rey, aunque se le consideraba como si sus derechos procedieran de los de su esposa. En el caso de la reina Melisenda y su hijo Balduino III, nadie sabía exactamente cuál era la situación jurídica, y todo el problema constitucional se puso de manifiesto desastrosamente después de la muerte de Balduino V en 1186 [21].

El rey se hallaba en el ápice de la pirámide social, pero era un ápice bajo. En calidad de Ungido del Señor tenía algún prestigio. Constituía alta traición insultarle. Presidía el Tribunal Supremo y era general en jefe de las fuerzas del reino. Era responsable de la administración central y nombraba a sus funcionarios. Como soberano de sus vasallos, estaba capacitado para prohibirles enajenar sus tierras y para elegir los esposos de las herederas. Como no había ningún señor superior al que tener en cuenta, podía hacer donaciones, según su criterio, de su propio patrimonio; aunque, igual que sus nobles cuando enajenaban tierras, solía asociar a su esposa e hijos en la donación, no fuera que hubiese después alguna reclamación sobre la renta de la viuda o la herencia del hijo. Pero en este punto concluía el poder real. Las rentas reales se restringieron y redujeron a causa de donaciones demasiado pródigas. El rey siempre andaba escaso de dinero. Se hallaba a la cabeza del reino, pero también sometido al derecho del reino, y el derecho lo representaba el Tribunal Supremo. Este se componía de los vasallos nobles o mesnaderos del

[21] La Monte, *op. cit.*, págs. 87-137, *passim*. Véase *supra*, pág. 216, e *infra*, págs. 306, 399-400.

reino, los señores que debían fidelidad directa a la corona. Pertenecían a él los eclesiásticos más importantes por razón de sus bienes territoriales, y las comunidades extranjeras que tenían tierras en el reino, tales como los venecianos y los genoveses, enviaban representantes. Se invitaba a asistir a los visitantes distinguidos, aunque no formaban parte del Tribunal y no tenían voto en él [22].

El Tribunal Supremo era en esencia un tribunal de derecho. Como tal tenía a su cargo dos funciones principales. En primer lugar, le incumbía aclarar cuestiones de derecho en puntos particulares. Esto significaba que sentaba jurisprudencia, pues cada *assise* era en teoría sólo una confirmación del derecho, pero en realidad era también la definición para un derecho nuevo. En segundo lugar, examinaba los procesos contra sus miembros que eran acusados de algún delito y entendía en los casos de litigio que pudieran surgir entre ellos. El juicio de pares era un rasgo esencial de la costumbre franca, y el rey se clasificaba, frente a sus feudatarios principales, como *primus inter pares*, o sea, como presidente y no como señor. La teoría en que se apoyaba era la de que el reino no había sido conquistado por un rey, sino por un grupo de pares que eligió a su rey. Esta teoría justificaba al Tribunal cuando elegía a los reyes sucesores, y, en el caso de minoridad o cautividad de un monarca, a un regente o *bailli*. El Tribunal Supremo era también consultado en materias importantes de política; esto fue un resultado inevitable, pues sin el apoyo de sus vasallos pocas veces hubiese podido el rey llevar a cabo su política. En 1166, el Tribunal Supremo fue ampliado para admitir a los vasallos secundarios (villanos) como parte del programa de Amalarico I en busca de un apoyo contra los vasallos nobles o mesnaderos. En 1162 obligó al Tribunal a aprobar un *assise* que autorizaba a los villanos a apelar al Tribunal Supremo contra sus señores, y si el señor se negaba a responder a la requisitoria, sus colonos podían ponerse bajo la protección de la corona. Aunque esta disposición proporcionó al rey un útil escudo contra la nobleza, a la larga sólo contribuyó a acrecentar el poder del Tribunal Supremo y a que pudiera utilizarse contra el rey. Parece ser que el Tribunal estudiaba, cuidadosa y concienzudamente, los casos, aunque se aceptaba como prueba el resultado de un duelo. No tenía sede fija, sino que podía ser convocado por el rey donde lo considerase conveniente. Durante el primer reinado solía reunirse en Jerusalén o Acre. Los nobles, en su deseo de asistir, empezaron a abandonar sus feudos y a residir en la ciudad correspondiente [23]. Pero su poder como cuerpo

[22] *Ibid.*, págs. 87-104.

[23] *Ibid.*, págs. 106-13. Usama da ejemplos de proceso por combate individual y pruebas del agua (ed. Hitti, págs. 167-9).

colectivo fue debilitado por las eternas riñas y enemistades familiares, que aumentaron y se hicieron más complejas con el transcurso del tiempo, cuando todas las casas nobles estaban emparentadas por matrimonios entre sus miembros.

De acuerdo con el principio del juicio de pares, los colonos francos que no eran nobles tenían sus propias *cours des bourgeois*. Estos tribunales de burgueses se hallaban en todas las ciudades importantes. Su presidente era siempre el vizconde de la ciudad. Había doce jurados en cada tribunal, elegidos por el señor entre sus súbditos latinos libres. Actuaban como jueces, aunque un litigante podía tomar a uno de ellos como consejero. En este caso el jurado-consejero no participaba en el veredicto. Los jurados eran necesarios también para testificar cualquier escritura o carta-privilegio hechos por el Tribunal. A diferencia de la práctica del Tribunal Supremo, se llevaban minuciosos expedientes de todos los procedimientos. Los tribunales de burgueses se reunían de manera regular los lunes, miércoles y viernes, excepto si cualquiera de estos días era festivo. Un pleito entre un noble y un burgués se juzgaba ante el Tribunal de burgueses. Este admitía la ordalía de batalla y la ordalía del agua [24].

Las comunidades nativas tuvieron al principio sus tribunales propios para casos menores, bajo la presidencia del cabecilla local, nombrado por el vizconde, donde se aplicaba el derecho consuetudinario. Pero durante el reinado de Amalarico I se instituyó una *Cour de la Fonde* en cada una de las treinta y tres ciudades mercantiles principales. Este Tribunal entendía en cuestiones comerciales y se hizo cargo de todos los casos, incluso criminales, que envolvían a la población indígena. Se hallaba presidido por un *bailli* nombrado por el señor local, y lo componían además seis jurados, dos francos y cuatro nativos. Los litigantes nativos prestaban juramento sobre los libros de sus propias creencias. Los musulmanes podían usar el Corán, y los musulmanes forasteros admiraban la rectitud de los procedimientos. La *Cour de la Fonde* llevaba también un registro de las ventas y donaciones de toda la propiedad que no fueran bienes reales, y era una oficina para la recaudación de impuestos sobre las compras. Había derecho de apelación al Tribunal de burgueses, cuyo procedimiento general seguía. Amalarico creó también una *Cour de la Chaine* en todas las ciudades marítimas para entender en los casos de navegación y llevar un registro de las obligaciones de aduanas y anclaje. Sus jurados procedían de la clase de mercaderes y marinos. Además, las comunidades mercantiles italianas y provenzales tenían sus propios tribunales consulares para sus asuntos internos. Los prin-

[24] La Monte, *op. cit.*, págs. 105-8.

cipales feudatarios tenían su propio «barón» de tribunales, que entendía en las disputas entre sus vasallos caballeros. Había veintidós de éstos, igual que cuatro para el patrimonio del rey. Cada uno de estos muchos tribunales tenía su esfera claramente definida, pero cuando un caso complicaba a litigantes de rango distinto, se juzgaba en el tribunal al que pertenecía el litigante de rango inferior[25].

Debido al concepto medieval del derecho, que exigía leyes específicas sólo cuando surgía la necesidad de definir un extremo particular, la actividad legislativa del gobierno parece arbitraria y caprichosa. De las leyes incluidas en los *Assises de Jérusalem* del siglo XIII, es probable que seis procedan de la época del duque Godofredo, y las otras diecinueve, de las cuales once pueden ser fechadas sólo muy aproximadamente, pertenecen al período comprendido hasta 1187[26].

La administración estaba en manos de los principales oficiales del séquito, que eran elegidos entre los mesnaderos del reino. El primero de todos era el senescal. Era el maestro de ceremonias, y como tal portaba el cetro delante del rey en la coronación, y era además el jefe del servicio civil. En especial, tenía a su cargo la tesorería, el *Secrète,* la oficina a la que se pagaba el dinero debido a la corona y de la que se sacaban los sueldos, y que llevaba un registro de todos los asuntos financieros en que estaba interesado el gobierno. El *Secrète* era un despacho libremente organizado, que los francos imitaron de los árabes, quienes, a su vez, lo tomaron de los bizantinos. Seguía al senescal el condestable, que tenía más poder efectivo. Era el jefe del ejército, a las órdenes del rey, y era responsable de toda su organización y administración. En la coronación llevaba el estandarte real y sostenía las bridas del caballo del rey, lo que se convirtió en privilegio suyo. Era responsable de los suministros militares y de la justicia militar. Los mercenarios, contratados por el rey o por un señor, estaban bajo su jurisdicción especial y procuraba que fueran pagados adecuadamente. Si el rey o su bailli no estaban presentes en una campaña, tenía el control completo de la expedición. Le ayudaba un mariscal, que era su lugarteniente en todas las cosas. El chambelán tenía a su cargo el séquito y la economía personal del rey. En ocasiones de ceremonias actuaba como mayordomo mayor. Era el suyo un oficio provechoso, pues los vasallos que rendían homenaje

[25] *Ibid.,* págs. 108-9.

[26] Grandclaude, *op. cit.,* págs. 322 y sigs., da una lista de los *assises* que pueden asignarse al período 1099-1187. Seis los asigna al reinado de Godofredo, y once, a los de los reyes desde Balduino I a Balduino IV (aunque uno ordenando la venta de feudos sin herederos para pagar el rescate del rey lo estima posterior a la captura de Guido en Hattin. Puede referirse, sin embargo, a la cautividad de Balduino II). Hay también ocho que no pueden ser fechados con exactitud.

solían hacerle regalos. Había ciertas tierras asignadas al cargo, pero en 1179 el chambelán Juan de Bellesme las vendió, sin que con ello ofendiera aparentemente al rey. Las funciones del sumiller son desconocidas. Sus obligaciones eran tal vez puramente ceremoniales. El canciller, como en Occidente, era siempre un eclesiástico, aunque no, como a menudo en Occidente, el capellán real. Como jefe de la cancillería, su cometido era extender y registrar todas las cartas privilegio y fijar en ellas el sello real. La cancillería quedó como una oficina de expedientes. Como no había justicia real ni derecho común, nunca era requerida para promulgar autos ni establecer un tribunal propio. Sus expedientes parecen haber sido bien llevados, aunque pocos han sobrevivido. La lengua de la cancillería en el siglo XII era el latín. Las fechas se ponían por el *anno Domini* y la Indicción romana, añadiendo a veces el año del reinado o el año de la conquista de Jerusalén. El año empezaba en Navidad. Los reyes se numeraban partiendo de Balduino I, sin tener en cuenta sus nombres. Su título no seguía al principio una fórmula fija, pero se generalizó finalmente como «per Dei gratiam in sancta civitate Jerusalem Latinorum rex» [27].

El funcionario local principal era el vizconde, que representaba al rey en las ciudades reales y al señor en las ciudades de los barones. Cobraba los impuestos locales y los transfería a la tesorería después de reservarse él lo que necesitaba para los gastos del gobierno local. Era responsable de los tribunales locales de justicia y de conservar el orden general en su ciudad. Se le elegía de una familia noble, aunque su cargo no era hereditario. El que le seguía en el mando era conocido por el título árabe de *mathesep,* o, a veces, como maestro escudero, que en su origen fue el funcionario responsable de las normas en los mercados [28].

El rey de Jerusalén tenía derechos de soberanía sobre todos los estados francos en Oriente y se consideraba con títulos para exigir a sus gobernantes que enviasen tropas para unirse a él en sus expediciones. De hecho, la soberanía existía sólo cuando el rey era lo bastante fuerte para ponerla en vigor, y ni siquiera en teoría Antioquía y Trípoli se consideraban como partes del reino. Los primeros reyes consiguieron una soberanía personal sobre Trípoli. El conde Beltrán rindió homenaje a Balduino I a cambio de sus tierras en 1109. El conde Pons se esforzó por desentenderse de su fidelidad a Balduino II en 1122, pero fue obligado a someterse por su propio Tribunal Supremo. En 1131 se negó a permitir al rey Fulko que pasase por

[27] La Monte, *op. cit.*, págs. 114-37, contiene el mejor resumen sobre los cometidos de los funcionarios de Estado.
[28] *Ibid.*, págs. 135-6, 167-8.

su territorio, pero fue castigado por el rey y nuevamente obligado a someterse. Desde 1164 a 1171, el rey Amalarico fue regente de Trípoli en nombre del conde niño Raimundo III, pero esto sucedió probablemente porque el rey era el pariente masculino más próximo del menor y no por ser su soberano. Raimundo III, ya mayor, nunca admitió la soberanía, aunque era vasallo del rey en función del principado de Galilea, que pertenecía a su esposa. Durante la campaña de 1187, en la cual tomó parte como príncipe de Galilea, su condado de Trípoli se declaró neutral. Con el condado de Edesa los reyes tenían un vínculo personal. Cuando Balduino I nombró a Balduino II para sucederle en Edesa, le tomó juramento de vasallaje, y Balduino II siguió su ejemplo con Joscelino de Courtenay. Pero Joscelino, en sus días postreros, reconoció también al príncipe de Antioquía como su soberano. Antioquía estaba en una posición diferente, ya que Bohemundo I no admitió a nadie como soberano; lo mismo sucedió con Tancredo y Roger, regentes ambos nombrados por el Tribunal Supremo del principado. Balduino II actuó como regente en nombre del joven príncipe Bohemundo II desde 1119 hasta 1126, pero, al parecer, no por derecho legal, sino por una invitación del Tribunal Supremo. Fue invitado de nuevo, en 1131, con la razón adicional de que era abuelo de la joven princesa Constanza, cuyos intereses aparecían a los ojos del Tribunal como amenazados por su madre, Alicia. Después de su muerte, cuando Alicia intentó de nuevo tomar el poder, el Tribunal Supremo invitó al rey Fulko a hacerse cargo de la regencia en su lugar. Pero también en este caso el rey no era más que el pariente masculino más próximo de la princesa, en calidad de marido de su tía. De haber habido en Oriente un miembro varón de la casa de Hauteville, hubiese sido elegido. Del mismo modo, cuando el rey escogía esposo para la princesa, actuaba a requerimiento del Tribunal Supremo y no como soberano. Balduino II pidió al rey de Francia que eligiera esposo para su heredera Melisenda, sin aludir con ello que fuese a aceptar la soberanía francesa. Cuando llegó el momento de que Constanza se casara en segundas nupcias, ella misma, en calidad de princesa soberana, eligió esposo. Si pidió permiso al rey Balduino III sólo fue porque el elegido, Reinaldo, era vasallo del monarca. En 1160 los antioquenos invitaron a Balduino II a hacerse cargo de la regencia, pero también en este caso el rey era el pariente masculino más próximo del joven príncipe. La posición legal no estuvo nunca claramente definida. Probablemente, el príncipe de Antioquía consideraba al rey de Jerusalén como señor, pero no como superior suyo [29].

[29] La Monde, *op. cit.*, págs. 187-202. Véase también Cahen, *La Syrie du Nord,* págs. 436-7. Bohemundo II era, sin embargo, vasallo de Amalarico I a causa de un feudo de renta que conservaba en Acre.

Antioquía era también distinta de Trípoli y Edesa en su sistema de gobierno. De Edesa sabemos poco. Los privilegios que el conde haya podido otorgar se han perdido. Probablemente tendría una corte de vasallos como todo gran señor feudal, pero la situación del condado en la última avanzada de la Cristiandad le impidió un desarrollo constitucional. Su vida se parecía más a la de uno de los emires turcos que le rodeaban. Los colonos francos eran pocos y había escasos feudos de importancia. El conde dependía, sobre todo, de funcionarios armenios educados en los métodos bizantinos. La guerra casi perpetua le obligaba a obrar de manera más autocrática de lo que se hubiera consentido en un país más tranquilo. La constitución del condado de Trípoli parece haber tenido semejanza con la de Jerusalén. El conde tenía su Tribunal Supremo, que le sometía a sus decisiones. Pero su título era hereditario y no electivo, y su patrimonio personal era mucho mayor que el de cualquiera de sus vasallos. Excepto en uno o dos graves asuntos de política, como cuando Pons desafió al rey de Jerusalén, el conde tenía pocos conflictos con sus barones, los cuales, con la salvedad de los señores genoveses de Jebail, descendían de los vasallos tolosanos de sus antepasados. Los funcionarios principales del tribunal tenían los mismos títulos y funciones que los de Jerusalén. Las ciudades las administraban de manera análoga los vizcondes [30].

En el principado de Antioquía las instituciones se parecían superficialmente a las del reino de Jerusalén. Había un tribunal supremo y un tribunal de burgueses, y los mismos altos funcionarios. Antioquía tenía sus propios *Assises*, pero su tónica general estaba de acuerdo con la de los *Assises* de Jerusalén. En el fondo había, sin embargo, muchas diferencias. El título de príncipe era hereditario y el Tribunal Supremo sólo intervenía para nombrar un regente si era menester. El príncipe, desde el comienzo, gobernaba por sí mismo las ciudades importantes del principado y muchos de sus territorios, y fue cauto en las donaciones de tierras, excepto en las zonas fronterizas. Le convenía más el feudo de renta. Parece que los jurados nombrados por el príncipe participaban en el Tribunal Supremo y que sus representantes personales controlaban los tribunales de burgueses. Para la administración de las ciudades y el patrimonio del príncipe, éste adoptó el sistema bizantino, con su burocracia competente y sus cuidadosos medios de establecer impuestos. Antioquía, Laodicea y Jabala eran regidas, cada una, por su duque, que tenía a su completo cargo la administración municipal. Era nombrado por el príncipe y podía ser destituido por él a capricho, aunque durante el

[30] La Monte, *op. cit., loc. cit.;* Richard, *Le Comté de Tripoli,* págs. 30-43.

período de su función parece ser que tomaba asiento en el Tribunal Supremo. Los duques de Laodicea y Jabala procedían de la población indígena. El duque de Antioquía era de extracción franca noble, pero le ayudaba un vizconde, que podía ser nativo. Como sus hermanos de Sicilia, los príncipes de Antioquía se fortalecieron contra la nobleza utilizando funcionarios indígenas que dependían completamente del favor del príncipe. Encontraron en Antioquía una sociedad indígena ilustrada, sirios y armenios en su origen, supervivencias de la época bizantina. Se introdujo otro control más en el Tribunal Supremo al nombrar jurados, como en los tribunales de burgueses, que tomaban asiento en aquél para decidir sobre cuestiones puramente locales. Los príncipes heredaron el sistema bizantino de imponer y recaudar tributos; su *Secrète* poseía su propia burocracia y no dependía para las rentas de las cortes locales, como en Jerusalén. Dirigían la política teniendo poco en cuenta el Tribunal Supremo. Hacían sus tratados con potencias extranjeras. Toda la organización del principado estaba más firmemente trabada y era más eficaz que la de los otros estados francos. De no haber sido por las guerras constantes, por los príncipes menores o cautivos y porque una dinastía francesa sustituyó a la normanda, Antioquía habría tenido un gobierno tan eficaz como Sicilia [31].

La situación peculiar de Antioquía se realzó después por su especial relación con el emperador bizantino. De acuerdo con la teoría bizantina, el emperador era la cabeza de la comunidad cristiana. Aunque nunca hizo ningún intento de establecer la soberanía sobre los monarcas de Occidente, consideraba la Cristiandad oriental como su propia esfera. Los cristianos ortodoxos, súbditos del Califato, habían estado bajo su protección, y sus obligaciones para con ellos eran reconocidas por los musulmanes. No tenía ninguna intención de abdicar de sus deberes a causa de la conquista franca. Pero había una diferencia entre Antioquía y Edesa, de un lado, y Jerusalén y Trípoli, de otro. Las dos últimas naciones no habían formado parte del Imperio desde el siglo VII, pero las primeras habían sido provincias imperiales incluso en vida de Alejo I. Alejo, cuando obligó a los jefes de la primera Cruzada a rendirle homenaje, distinguía entre tierra imperial anterior, como Antioquía, que había que devolverle, y otras conquistas, sobre las cuales sólo reclamaba una soberanía inconcreta. Los cruzados no cumplieron sus juramentos, y Alejo no pudo obligarles. La política bizantina siempre fue realista. Después de su victoria sobre Bohemundo, Alejo modificó sus peticiones. Por el tratado

[31] Cahen, *op. cit.*, págs. 435 y sigs., con una versión completa de la constitución antioquena y de su desarrollo.

de Devol, permitió a la dinastía normanda gobernar en Antioquía, aunque estrictamente como dinastía vasalla, y exigió cierta salvaguardia, tal como la exaltación de un griego al patriarcado. Este tratado constituía la base de las reclamaciones bizantinas, pero los francos lo ignoraban. La opinión pública franca parece haber sido la de que Bohemundo se había conducido efectivamente mal hacia el Emperador, pero que el Emperador había perdido la partida por no haberse presentado en persona. Cuando, sin embargo, apareció en persona un emperador, se reconocieron sus derechos. Es decir, a juzgar por el consejo del rey Fulko en 1137, su derecho a la soberanía fue aceptado como auténtico, desde el punto de vista jurídico, cuando estuvo en posición de afirmarlo. Si no hubiese optado por obrar así, no se le habría hecho caso. Hubo algunas otras ocasiones en que el emperador fue tratado como soberano, como cuando la princesa Constanza pidió a Manuel que le eligiera esposo. Pero como la elección no le agradó, hizo caso omiso. La soberanía imperial se soportaba así de manera vacilante y ligera, pero los príncipes de Antioquía y sus juristas se sentían incómodos con ella, y había una limitación potencial a la independencia soberana del príncipe.

El conde de Edesa admitió la soberanía imperial en 1137; pero Edesa estaba lejos de la frontera imperial y la cuestión era menos apremiante. La opinión franca aprobó la venta de las tierras edesanas que quedaban al Emperador en 1150, venta realizada por la condesa de Edesa; pero esto se debió a que eran evidentemente indefendibles contra los musulmanes. Raimundo de Tolosa deseó aceptar al Emperador como soberano, y su hijo Beltrán rindió homenaje a Alejo a cambio de su futuro condado, en 1109. Raimundo II repitió este homenaje al emperador Juan en 1137. Raimundo III, aunque atacó Bizancio en 1151, recibió ayuda de los bizantinos en 1163, lo que pudo haber sido un gesto de Manuel para demostrar su soberanía. Pero puede ser que este homenaje se limitase a Tortosa y sus proximidades, que tradicionalmente pertenecían al territorio de Antioquía como parte del *thema* de Laodicea.

Con el reino de Jerusalén, las relaciones jurídicas bizantinas eran aún menos definidas. Balduino III rindió homenaje al emperador Manuel en Antioquía en 1158, y Amalarico visitó Constantinopla como vasallo, si bien como vasallo de alto rango, en 1171. Balduino y Amalarico consideraron la amistad bizantina como esencial para su política, y estaban, por tanto, dispuestos a hacer concesiones. Pero parece que sus juristas nunca estimaron este vasallaje como algo más que una situación temporal [32].

[32] Cahen, *op. cit.*, págs. 437-8, para las relaciones de Antioquía con Bizancio. Richard, *op. cit.*, págs. 26-30, para las de Trípoli con Bizancio. Para la

Suponiendo que el rey de Jerusalén tuviese algún soberano, éste era el Papa. La primera Cruzada preveía un estado teocrático en Palestina, y, de haber vivido Ademaro del Puy, habría podido constituirse una organización de este tipo. Fue probablemente esta idea la que influyó en Godofredo para que se abstuviese de aceptar una corona real. Daimberto, el sucesor de Ademaro, concebía un estado regido por el patriarca de Jerusalén. Balduino I contaba con asumir la corona y utilizar a los enemigos de Daimberto dentro de la Iglesia. Era evidente que el Papado no aprobaría un patriarcado todopoderoso en Jerusalén, que, debido a su situación especial y a su creciente riqueza, habría podido erigirse, como esperaba Daimberto, en un equivalente oriental de Roma. Resultó, por tanto, fácil para el rey enzarzar al Papa contra el patriarca. Era un deber tradicional rendir homenaje al patriarca con motivo de su coronación, pero él procuró obtener la confirmación de su título por el Papado. El vasallaje era poco más que nominal y no más estricto que el alegado por los papas sobre los reinos españoles; pero era útil al reino, pues los papas se consideraban obligados a proveer de hombres y dinero a Tierra Santa y dar su ayuda diplomática siempre que fuera necesaria. El Papado podía utilizarse también para poner freno al patriarcado y para ejercitar algún control sobre las órdenes militares. Pero, por otra parte, el Papa podía también apoyar a las órdenes militares contra el rey, y a menudo intervenía cuando el rey intentaba imponer alguna restricción a las ciudades mercantiles italianas [33].

La Iglesia del reino se hallaba sometida al patriarca de Jerusalén. Después del conflicto inicial causado por la ambición de Daimberto, el patriarca se convirtió de hecho en un servidor de la corona. Era elegido por el Capítulo del Santo Sepulcro, que nombraba dos candidatos, y, entre ellos, el rey elegía al patriarca. Bajo él se hallaban los cuatro arzobispos de Tiro, Cesarea, Nazaret y Rabboth-Moab, y nueve obispos, nueve abades mitrados y cinco priores; pero otras abadías determinadas dependían directamente del Papado, como las órdenes militares. La Iglesia de Palestina era inmensamente rica en tierras y rentas de dinero. Los eclesiásticos principales estaban obligados generalmente a prestar servicio de escuderos más que de caballeros. El patriarca y el Capítulo del Santo Sepulcro prestaban un servicio de quinientos escuderos cada uno; el obispo de Belén, de doscientos; el arzobispo de Tiro, de ciento cincuenta; igual que los abades de Santa María de Josafat y de Monte Sión. El convento de

cuestión en conjunto de las pretensiones bizantinas sobre los estados cruzados, véase La Monte, «To what extent was the Byzantine Empire the Suzerain of the Crusading States?», en *Byzantion*, vol. VII. Véase también *infra*, págs. 353-354.

[33] La Monte, *Feudal Monarchy*, págs. 203-16.

Betania, fundado por la reina Melisenda para su hermana, poseía toda la ciudad de Jericó. Además, al patriarcado y a muchas de las abadías más famosas se les habían dado tierras inmensas enclavadas por toda la Europa occidental, y sus rentas se enviaban a Palestina. La Iglesia tenía sus tribunales propios, que entendían en casos relativos a herejía y disciplina religiosa, matrimonio, incluyendo divorcio y adulterio, y testamentos. Seguían las reglas y el procedimiento usuales en los tribunales de Derecho canónico en Occidente [34].

Los territorios de Antioquía, Trípoli y Edesa se hallaban bajo la jurisdicción eclesiástica del patriarca de Antioquía. La delimitación de las esferas patriarcales dio origen a dificultades, pues tradicionalmente Tiro estaba incluida en el patriarcado de Antioquía, aunque formaba parte, por conquista, del reino de Jerusalén. Pascual II dispuso que Tiro, con sus obispados subsidiarios de Acre, Sidón y Beirut, fuesen transferidos a Jerusalén. Esto fue el resultado de una realidad política. Pero fracasaron los intentos de los patriarcas de Jerusalén de conseguir la jurisdicción sobre los tres obispados tripolitanos de Trípoli, Tortosa y Jabala, a pesar del arbitrario apoyo prestado por el Papado. Raimundo de Tolosa parece haber concebido esperanzas de tener una iglesia autónoma en su futuro condado, pero sus sucesores admitieron la soberanía eclesiástica de Antioquía. Esta representaba un peso soportable, ya que ellos nombraban sus obispos sin interferencias.

Igual que su colega de Jerusalén, el patriarca de Antioquía era elegido por el Capítulo, pero de hecho lo nombraba el señor secular, que podía decretar también su cese. Sabemos que ciertos príncipes rendían homenaje al patriarca con motivo de su coronación, aunque probablemente esto sólo se producía en circunstancias excepcionales. Del patriarca dependían los arzobispos de Albara, Tarso y Mamistra, así como el de Edesa. El arzobispado de Turbessel se creó más tarde, con el título oficial de Hiarópolis (Menbij). El número de obispados variaba según las circunstancias políticas. Había nueve abadías y dos prioratos latinos. Los monasterios principales eran los de San Pablo y San Jorge, donde parece ser que los benedictinos sustituyeron a los monjes griegos, y San Simeón, donde coexistían ambos ritos. La Iglesia antioquena no era, en conjunto, tan rica como la de Jerusalén; en efecto, muchas fundaciones de Palestina poseían tierras en el principado [35].

Mucho antes de fines del siglo XII, la Iglesia secular en los estados francos quedó totalmente eclipsada por las órdenes militares. Desde su fundación habían crecido sin cesar en número y riquezas, y ha-

[34] La Monte, *op. cit.*, págs. 215-16; Rey, *op. cit.*, págs. 268-9.
[35] Cahen, *op. cit.*, págs. 501-10.

cia 1187 eran los principales terratenientes en Ultramar. Donaciones y compras incrementaban constantemente sus tierras. Muchos nobles de Palestina se unieron a sus filas y llegaban sin cesar nuevos miembros desde Occidente. Respondían a una necesidad sentimental de la época, cuando había muchos hombres deseosos de ingresar en la vida religiosa, aunque deseaban aún estar en activo y librar la batalla por la fe. Y respondían también a una necesidad política. Había un perpetuo déficit de soldados en Ultramar. La organización feudal dependía demasiado de los accidentes de la vida familiar en las casas nobles para suministrar una sustitución de los hombres que morían en combates o de enfermedad. Los cruzados forasteros lucharían gustosos durante una temporada, pero luego regresaban a su patria. Las órdenes militares proporcionaban una constante afluencia de devotos soldados profesionales que no costaban nada al rey y que eran lo bastante ricos para construir además castillos y sostenerlos en una escala sólo posible para pocos señores seculares. Sin su ayuda, los estados cruzados habrían desaparecido mucho antes. De su número efectivo sólo tenemos pruebas esporádicas. Los hospitalarios enviaron quinientos caballeros, con un número proporcional de otras fuerzas, a la campaña egipcia de 1158, y los caballeros templarios que participaron en la campaña de 1187 sumarían unos trescientos. En cada caso estas cifras sólo se referirían probablemente a caballeros del reino de Jerusalén, y un cierto número se quedaría en retaguardia para servir de guarnición. De las dos órdenes, probablemente la de los hospitalarios era la mayor y la más rica, aunque éstos se hallaban aún afanosamente entregados a obras de caridad. Su albergue en Jerusalén tenía cabida para mil peregrinos, y sostenían un hospital para los enfermos necesitados que sobrevivió a la reconquista sarracena. Distribuían a diario limosnas entre los pobres con una generosidad que asombraba a los visitantes. Ellos y los templarios protegían los caminos de los peregrinos, y tenían un cuidado especial con los lugares de las aguas sagradas del Jordán. Los templarios también repartían limosnas, pero con menos prodigalidad que los hospitalarios. Concentraban su atención más en cuestiones exclusivamente militares. Eran famosos por su valor en el ataque y se consideraban como dedicados a la guerra ofensiva. Se entregaron también a actividades bancarias y pronto se convirtieron en los agentes financieros de los cruzados visitantes. Más tarde se harían impopulares por la sospecha de practicar ritos extraños y ocultos; sin embargo, aun así eran universalmente estimados por su arrojo y espíritu caballeresco [36].

[36] Para referencias sobre las órdenes, véase *supra*, pág. 150, nota 25.

Las ventajas proporcionadas por las órdenes militares se hallaban contrarrestadas por grandes desventajas. El rey no tenía control sobre ellas, pues su único soberano era el papa. Las tierras que recibían se convertían en manos muertas; no se les podía imponer ningún servicio. Se negaron a permitir que sus arrendatarios pagaran el diezmo a la Iglesia. Los caballeros peleaban al lado de los ejércitos del rey sólo como aliados voluntarios. En ocasiones, el rey o un señor podían poner un castillo bajo su dominio temporal y a veces se les requería para actuar como feudatarios en nombre de un menor. En tales casos estaban obligados a los servicios pertinentes. El gran maestre o sus delegados tomaban asiento en el Tribunal Supremo del reino, y sus representantes, en los tribunales supremos del príncipe de Antioquía y del conde de Trípoli. Pero el consejo que daban allí podía carecer de responsabilidad. Si estaban en desacuerdo con la política oficial podían negarse a colaborar, como cuando los templarios boicotearon la expedición a Egipto en 1158. La perpetua rivalidad entre las dos órdenes era un peligro constante. Rara vez se les podía convencer para que hicieran juntas una misma campaña. Cada Orden seguía su propia línea en la diplomacia, sin tener en cuenta la política oficial del reino. Encontramos a ambas órdenes haciendo sus tratados con los gobernantes musulmanes, y el asunto de las negociaciones con los Asesinos en 1172 muestra la disposición de los templarios de llevar a cabo un arreglo evidentemente deseable en interés de sus ventajas financieras y su abierto desdén hacia la autoridad de los tribunales reales. Los hospitalarios eran mucho más moderados y menos egoístas, pero aun así la Orden tomó precedencia sobre el reino.

Un equilibrio parecido entre ventaja y desventaja se puso de manifiesto en las relaciones de los estados con las ciudades mercantiles italianas y provenzales [37]. Los colonos francos eran soldados, no marinos. Trípoli y Antioquía llegaron a tener más adelante una pequeña escuadra y las órdenes crearon flotillas, pero el reino, por su parte, con sus escasos puertos buenos y su escasez general de madera, nunca llegó a tener una fuerza naval adecuada. Para cualquier expedición que necesitase poder naval, como en la conquista de las ciudades costeras o en las campañas contra Egipto, era necesario recurrir a la ayuda de alguna potencia marítima. Las dos grandes potencias navales de Oriente eran Bizancio y Egipto. Pero Egipto era siempre un enemigo potencial y a menudo efectivo, y Bizancio siempre se mostraba suspicaz. Hubiese podido ser útil la flota siciliana, pero la política de Sicilia inspiraba poca confianza. Los italianos y

[37] Véase *infra*, capítulos II y III, *passim*.

los franceses del Sur eran mejores aliados, y su ayuda fue además necesaria para mantener abiertas las rutas hacia Occidente y transportar peregrinos, soldados y colonos a Ultramar. Pero a las ciudades mercantiles había que pagarlas. Exigían facilidades y derechos comerciales, sus propios barrios en las ciudades mayores, y franquicia completa o parcial en los derechos aduaneros, y a sus colonias había que darles privilegios de extraterritorialidad. Estas concesiones no molestaban en conjunto a las autoridades francas. Cualquier pérdida en las rentas se contrarrestaba por el comercio que fomentaban, y los tribunales reales no deseaban administrar la ley genovesa o veneciana, sobre todo cuando se les encomendaban los casos que complicaban a un ciudadano del reino o de un delito serio, como un asesinato. En ocasiones había disputas. Los venecianos estaban en enemistad perpetua con el arzobispo de Tiro, y los genoveses tuvieron una larga querella contra el rey Amalarico I. En ambos casos el Papado apoyó a los italianos, quienes probablemente tendrían de su parte la ley. Pero las ciudades mercantiles estaban fuera de la órbita del bien común de la Cristiandad y sólo se preocupaban de su propio beneficio comercial. En general, los dos intereses coincidían, pero si había colisión entre ellos prevalecía el interés comercial. Los italianos y provenzales eran, por tanto, amigos poco constantes para el rey. Además, la envidia entre las dos grandes órdenes palidecía al lado de la que se tenían entre sí las distintas ciudades mercantiles. Venecia ayudaría antes a los musulmanes que a Génova, Pisa o Marsella, y sus rivales tenían opiniones semejantes. De este modo, mientras la ayuda dada por todas ella era esencial para sostener la existencia en Ultramar, las intrigas y los tumultos entre sus colonos y su tendencia a perjudicar a la causa común a cambio un beneficio momentáneo aminoró mucho su valor [38].

A los peregrinos en particular les parecían vergonzosamente codiciosos y no cristianos. La conquista había estimulado muchísimo el movimiento de peregrinos; el enorme albergue de los hospitalarios estaba generalmente lleno. A pesar del propósito originario de la Cruzada, la ruta por Anatolia era aún insegura. Sólo un grupo bien armado podía afrontar sus peligros. El peregrino medio prefería viajar por mar. Tenía que obtener una litera en un barco italiano, y los pasajes eran muy caros. Se podían poner de acuerdo algunos peregrinos para fletar juntos un barco, pero también el capitán y la tripulación resultaban muy caros. Era más barato para un peregrino de la Francia del norte o de Inglaterra viajar en uno de los pequeños convoyes que zarpaban cada año desde los puertos del canal de la

[38] Heyd, *op. cit.*, págs. 129-63, un resumen completo.

Mancha para Oriente. Pero era un viaje largo y peligroso. Había que afrontar las tempestades atlánticas, existían corsarios musulmanes al acecho en el estrecho de Gibraltar y a lo largo de la costa africana. Desde Oporto, Lisboa o Sicilia no había puertos en los que se pudieran obtener fácilmente agua o provisiones, y era difícil cargar bastantes suministros para los hombres y caballos a bordo. Era mucho más sencillo trasladarse por tierra a Provenza o Italia y embarcarse allí en barcos muy acostumbrados al viaje. Para un peregrino solo se encontraba un camarote más fácilmente y más barato en los puertos dominados por el rey de Sicilia, pero los grandes grupos dependían de las flotas de las importantes ciudades mercantiles [39].

Cuando desembarcaba el viajero en Acre, o en Tiro, o en San Simeón se encontraba en seguida un ambiente extraño. Bajo la superestructura feudal, Ultramar era un país de Oriente. El lujo de su vida impresionaba y sorprendía a los occidentales. En la Europa occidental la vida era aún sencilla y austera. Los trajes se hacían de lana y rara vez se lavaban. Apenas existían lavaderos, excepto en algunas ciudades viejas, donde pervivía la tradición de los baños romanos. Incluso en los grandes castillos, los muebles eran toscos y utilitarios, y las alfombras casi desconocidas. La comida era rústica y carecía de variedad, especialmente durante los largos meses de invierno. Había pocas comodidades y poca intimidad por doquier. El Oriente franco significaba un contraste sorprendente. No había quizá muchos edificios tan grandes y espléndidos como el palacio construido a principios del siglo siguiente por los Ibelins en Beirut, con sus suelos de mosaico, sus muros de mármol, sus techos pintados y sus grandes ventanales, unos dando al Oeste, sobre el mar, y otros al Este, dominando los jardines y huertos hasta las montañas. El palacio real de Jerusalén, establecido en una parte de la mezquita de al-Aqsa, era ciertamente más humilde, aunque el palacio de Acre era un edificio suntuoso. Pero cada burgués noble y rico infundía un esplendor análogo a su casa de la ciudad. Había alfombras y colgaduras de Damasco, mesas y cofres elegantemente labrados y con incrustaciones, sábanas y manteles sin mácula, vajillas de oro y plata, cuchillería, loza fina e incluso algunas fuentes de porcelana del lejano Oriente. En Antioquía, el agua se traía por acueductos y tuberías a todas las grandes casas desde los manantiales de Dafne. Muchas casas, a lo largo de la costa libanesa, tenían su abastecimiento particular. En Palestina, donde el agua era menos abundante, las ciuda-

[39] Véase Cahen, «Notes sur l'histoire des Croisades et de l'Orient latin. III. L'Orient latin et commerce du Levant», en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, 1951, pág. 333.

des tenían depósitos de agua bien organizados, y en Jerusalén el sistema de desagüe instalado por los romanos funcionaba aún perfectamente. Las grandes fortalezas fronterizas estaban montadas casi con las mismas comodidades que las casas de las ciudades, por sórdida y torva que fuese la vida fuera de las murallas. Tenían baños, cámaras elegantes para las damas del séquito y suntuosos salones de recepción. Los castillos pertenecientes a las órdenes militares eran ligeramente más austeros, pero en las grandes residencias familiares, como Kerak en Moab o Tiberíades, el alcaide vivía con más esplendor que cualquier rey en la Europa occidental [40].

Los trajes de los colonos pronto se volvieron tan orientales y lujosos como el mobiliario. Cuando un caballero no llevaba la armadura vestía albornoz de seda y generalmente un turbante. En las campañas cubría su armadura con sobrevesta de hilo para proteger el metal contra el calor del sol y un *kefieh* de estilo árabe sobre su casco. Las damas adoptaron la moda tradicional oriental de una larga falda y una túnica corta o capa, ricamente bordada con hilo de oro y a veces con piedras preciosas. En invierno llevaban pieles, igual que sus maridos. En la calle usaban velo como las mujeres musulmanas, pero menos por modestia que por proteger su cutis, que estaba generosamente cubierto de pintura, y adoptaban un porte remilgado. Pero, a pesar de todos sus aires de delicadeza y languidez, eran tan valientes como sus maridos y hermanos. Muchas mujeres nobles se vieron en la necesidad de dirigir la defensa de su castillo durante la ausencia de su señor. Las esposas de los mercaderes imitaban a las damas de la aristocracia y a menudo las excedían en la riqueza de sus atavíos. Las cortesanas prósperas —una clase desconocida hasta entonces en la sociedad occidental— eran igual de brillantes. De Paschia de Riveri, la esposa del tendero de Nablus cuyos encantos enredaron al patriarca Heraclio, el cronista dice que se la hubiese uno imaginado condesa o baronesa a causa de sus sedas y alhajas [41].

Por extraño que pareciera este lujo al peregrino occidental, resultaba natural para un forastero procedente del Oriente musulmán o de Bizancio. Los colonos francos tenían que intentar adaptarse inevitablemente a su nuevo ambiente y no podían rehuir el contacto con sus súbditos y vecinos. Había que tener en cuenta el clima. Los

[40] Rey, *op. cit.*, págs. 3-10. Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 129-32, da una versión de las comodidades en Antioquía.

[41] Las monedas de Tancredo le muestran con turbante (véase *supra*, página 43 n. 2). En 1192, Enrique de Champagne, agradeciendo a Saladino el regalo de un turbante, afirma que estos objetos son del gusto de sus compatriotas y que él lo llevará a menudo (véase Rey, *op. cit.*, págs. 11-12). Ibn Jubayr (ed. Wright, pág. 309) describe los trajes en una boda cristiana en Acre en 1184. Para Paschia, véase *infra*, pág. 384.

inviernos en Palestina y Siria pueden ser casi tan desapacibles y fríos como en la Europa occidental, pero son cortos. Los largos y tórridos veranos pronto enseñaron a los colonos que había que vestir de manera distinta, comer otros alimentos y establecer un horario diferente. Las rudas costumbres del Norte estaban fuera de lugar. En cambio, era necesario aclimatarse a los modos indígenas. Era menester emplear criados nativos. Niñeras del país cuidaban de sus hijos, y mozos indígenas se ocupaban de sus caballos. Había enfermedades extrañas, para las cuales eran inútiles sus propios médicos; pronto tuvieron que confiarse a la medicina indígena [42]. Fue inevitable que aprendieran a comprender a los nativos y a colaborar con ellos. En el reino de Jerusalén y en el condado de Trípoli la ausencia de una aristocracia nativa que desafiara a su gobierno, después de que los musulmanes hubieron huido, facilitó las cosas. Más al Norte, la aristocracia griega y armenia tenía envidia de los francos y la política se interfería en su mutua comprensión, aunque los armenios finalmente se quedaron a mitad de camino y adoptaron muchas costumbres francas [43].

Entre los francos y sus vecinos musulmanes no podía haber una paz duradera, pero había contactos crecientes. Las rentas de los estados procedían en su mayor parte de los impuestos sobre el comercio entre el interior musulmán y la costa. Los mercaderes musulmanes tuvieron que ser autorizados para bajar libremente a los puertos de mar y fueron noblemente tratados. De sus contactos comerciales surgió la amistad. La Orden del Temple, con sus grandes actividades bancarias, estaba dispuesta a extender sus operaciones para crearse clientes entre el infiel, y tenía funcionarios que supieron especializarse en asuntos musulmanes. Al mismo tiempo, los políticos más prudentes entre los francos veían que su reino sólo podía pervivir si el mundo musulmán se mantenía desunido, y con este propósito las misiones diplomáticas iban y venían. Los señores francos y musulmanes eran recibidos a menudo con honor en las cortes de la fe contraria. Cautivos o rehenes pasaban con frecuencia años en los castillos o palacios de los enemigos. Aunque pocos musulmanes se preocuparon de aprender francés, muchos francos nobles, igual que

[42] El médico tripolitano que se supone envenenó a Balduino III era indígena (véase *infra*, pág. 329). Los médicos nativos se acreditaron como más competentes que los francos ante el lecho mortuorio de Amalarico I (véase *infra*, pág. 362). Amalarico dio el cargo de médicos de la corte a un tal Suleiman ibn Daoul y a su hijo mayor, mientras el hijo segundo de Suleiman era profesor de equitación de la corte. Véase Cahen, «Indigènes et Croisés», *Syria*, 1934. A Usama no le causó ninguna impresión la medicina franca (véase *infra*, pág. 293).

[43] Véase Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 561-8.

los mercaderes, hablaban el árabe. Alguno, como Reinaldo de Sidón, incluso se interesó por la literatura árabe. En tiempos de guerra se apreciaban mutuamente los gestos de valor y caballerosidad. En épocas de paz los señores de ambos lados de la frontera se reunían en cacerías [44].

Tampoco existía una intolerancia religiosa completa. Las dos grandes religiones tenían un fondo común. Los cronistas musulmanes estaban tan interesados como los cristianos cuando se descubrieron en Hebrón reliquias que se atribuían a Abraham, Isaac y Jacob [45]. Incluso en tiempos de hostilidad los peregrinos francos podían penetrar en el santuario de Nuestra Señora de Sardenay, en las colinas, detrás de Damasco [46], y la protección que daban los beduinos al gran monasterio de Santa Catalina, en el desierto de Sinaí, se solía hacer extensiva a sus visitantes [47]. El trato brutal que Reinaldo de Châtillon dio a los peregrinos musulmanes extrañó a sus correligionarios casi tanto como enfureció a Saladino. Guillermo de Tiro estaba dispuesto a rendir homenaje a la piedad de Nur ed-Din, aun reprobando su credo. Los escritores musulmanes a menudo demostraron admiración hacia la caballerosidad franca [48].

El ambiente de la época se halla mucho mejor ilustrado en las memorias de Usama de Shaizar, príncipe munquidita. Los munquiditas eran una dinastía menor que temía constantemente ser absorbida por sus hermanos de religión más poderosos. Por tanto, estaban dispuestos a llegar a un acuerdo con los francos, y Usama pasó muchos años en las cortes de Damasco y El Cairo cuando ambas mantenían estrechas relaciones diplomáticas con Jerusalén. Como enviado especial, como turista y como aficionado a los deportes, Usama visitó a menudo los países francos, y, aunque al escribir los condena a todos piadosamente a la perdición, tenía muchos amigos francos con cuya conversación disfrutaba. Le extrañaba la tosquedad de su medicina, aunque aprendió de ellos una curación segura de la escrófula; y, sorprendido por la libertad que consentían a sus muje-

[44] Para Reinaldo de Sidón, véase *infra*, pág. 336. Los musulmanes exigían garantías económicas por parte de los caballeros templarios cuando negociaban con gobernantes cristianos; por ejemplo, Abu Shama, pág. 32. Raimundo III de Trípoli hablaba el árabe, Guillermo de Tiro casi seguro leía el árabe o tuvo a su servicio secretarios que conocían lenguas orientales. Véase *infra*, pág. 430.

[45] Ibn al-Qalanisi, pág. 161, alude al descubrimiento. Véase también Kohler, «Un nouveau récit de l'invention des Patriarches Abraham, Isaac et Jacob à Hébron», en *Revue de l'Orient Latin*, vol. IV, págs. 477 y sigs.

[46] Para Nuestra Señora de Sardenay, véase Rey, *op. cit.*, págs. 291-6.

[47] Para Santa Catalina y sus peregrinos, véase Rey, *op. cit.*, págs. 287-91.

[48] Por ejemplo, Guillermo de Tiro (XX, 31, pág. 1000) llama a Nur ed-Din «princeps justus, vafer et providus, et secundum gentis suae traditiones religiosus».

res, experimentó cierta violencia cuando un conocido franco le ofreció enviar a su hijo para que fuera educado en la Europa occidental. Consideraba a los francos como bárbaros, y se reiría de ellos con sus amigos cristianos indígenas. Pero eran gentes con las que se podía llegar a un entendimiento. El único obstáculo para la amistad lo constituían los que llegaban de Occidente. Una vez, cuando se hallaba en la casa de los templarios, en Jerusalén, y rezaba, con autorización de ellos, en un rincón de la vieja mezquita de al-Aqsa, le insultó violentamente un caballero; a consecuencia de ello, otro templario se apresuró a explicarle que ese hombre rudo acababa de llegar de Europa y que aún no había aprendido nada mejor [49].

Fueron, en efecto, los inmigrantes llegados para luchar por la Cruz, y decididos a no tolerar ninguna dilación, los que, con su rudeza, deshacían constantemente la política de Ultramar. Eran particularmente fuertes en la Iglesia. Ninguno de los patriarcas latinos de Jerusalén del siglo XII había nacido en Palestina, y de los grandes eclesiásticos el único nativo fue Guillermo, arzobispo de Tiro, al que se negó el patriarcado. La influencia de la Iglesia rara vez se inclinaba hacia un entendimiento con el infiel, y aún fue más desastrosa en sus relaciones con los cristianos indígenas. Estos ejercían un gran influjo en las cortes musulmanas. Muchos de los escritores, filósofos y casi todos los médicos árabes más famosos eran cristianos. Habrían podido servir de puente entre los mundos oriental y occidental.

Las comunidades ortodoxas en Palestina aceptaron la jerarquía latina porque en la época de la conquista todo su alto clero se hallaba en el destierro. El patriarca Daimberto intentó privar al clero ortodoxo de sus cargos en el Santo Sepulcro, pero extraños acontecimientos en la ceremonia del Fuego Sagrado, en 1101, y la influencia del rey, restablecieron a los canónigos griegos en la Iglesia y autorizaron la celebración, en ese lugar, del rito ortodoxo. La corona mostrábase además totalmente amistosa hacia los ortodoxos. Morfia, la esposa de Balduino II y madre de Melisenda, era una princesa ortodoxa, igual que lo fueron las esposas de los dos hijos de Melisenda. El abad de San Sabas, el principal jerarca ortodoxo que se había quedado en Palestina, recibió honores de Balduino I, y Melisenda donó tierras a la abadía, que probablemente prestaría algún servicio a la corona. El emperador Manuel pudo mantener un interés protector por los ortodoxos, puesto de manifiesto en las restauraciones que mandó hacer en las dos grandes iglesias del Santo Sepulcro y de la Natividad. El monasterio de San Eutimio, en el desierto de Judea, fue

[49] Usama, ed. Hitti, *passim*, espec., págs. 161-70.

reconstruido y decorado de nuevo hacia la misma época tal vez con su ayuda. Pero no aumentaba la cordialidad entre los cleros latino y griego. El peregrino ruso Daniel fue recibido en 1104 hospitalariamente en fundaciones latinas, pero el peregrino griego Focas, en 1184, aunque visitó también fundaciones latinas, no quería a los latinos, excepto a un ermitaño español que vivió, en tiempos, en Anatolia, y relata con gozo un milagro que desconcertó al eclesiástico latino, al que llama el «intruso» obispo de Lydda. Es probable que el intento de la jerarquía latina de obligar a los ortodoxos a pagar el diezmo, así como el resentimiento originado por no permitírseles casi nunca su rito en las grandes iglesias de su confesión, fuese aminorando el afecto de los ortodoxos por el gobierno franco, creando en ellos la tendencia, una vez terminada la protección de Manuel, de aceptar incluso como un bien la reconquista de Saladino. En Antioquía, la presencia de una comunidad griega poderosa y la evolución política ocasionaron una hostilidad abierta entre griegos y latinos que debilitó gravemente el principado [50].

En el reino mismo las sectas heréticas eran de poca importancia fuera de Jerusalén, donde casi todas ellas tenían representación en el Santo Sepulcro. Daimberto también había intentado expulsarlas, pero sin éxito. La corona protegía sus derechos. En efecto, la reina Melisenda dio su apoyo personal a los sirios jacobitas en un litigio que tuvieron contra un caballero franco [51]. En el condado de Trípoli, la iglesia herética principal era la de los maronitas, los adeptos supervivientes de la doctrina monotelita. Hallaron en la Iglesia occidental un tacto y tolerancia poco comunes, y hacia 1180 aceptaron reconocer la supremacía de la sede romana, a condición de que pu-

[50] Véase Daniel el Higumeno, *passim*, y Juan Focas, *A brief Description, passim*. Véase también Rey, *op. cit.*, págs. 75-93, y Cahen, *loc. cit.* La peregrina rusa Eufrosina de Polotsk, cuando se sintió morir en Palestina, se dirigió al abad de San Sabas, como principal eclesiástico ortodoxo, para que le buscase un sepulcro adecuado. Véase De Khitrowo, «Pèlerinage en Palestine de l'Abbesse Euphrosyne», en *Revue de l'Orient Latin*, vol. III, págs. 32-5. Autores ortodoxos posteriores, como Dositeo, del siglo XVII, no queriendo admitir que los ortodoxos hayan aceptado los patriarcas latinos desde 1099 hasta 1187, han establecido una lista de seis o siete patriarcas entre la muerte de Simeón en 1099 y 1187 (Dositeo, II, pág. 1243; Le Quien, *Oriens Christianus*, III, páginas 498-503). Hay un Juan, patriarca de Jerusalén, que firmó una condena de Soterico en 1157, y un Juan de Jerusalén, probablemente el mismo, que escribió un tratado contra los latinos hacia la misma época (Krumbacher, *Gesch. der Byz. Literatur*, pág. 91). Es posible que Manuel pensase en recuperar el patriarcado de Jerusalén y que tuviese en reserva a un patriarca para tal eventualidad. Pero es evidente que los ortodoxos en Palestina se sometieron al patriarca latino. La presencia de canónigos griegos en el Santo Sepulcro está atestiguada en el *Cartulaire du Saint Sépulchre*, ed. Rozière, pág. 177.

[51] Véase *supra*, pág. 215.

dieran conservar su liturgia siria y sus costumbres; tampoco renunciaron a su doctrina herética de la voluntad única de Cristo. Las negociaciones, de las que sabemos demasiado poco, fueron hábilmente conducidas por el patriarca Aimery de Antioquía. La admisión de esta primera Iglesia unitaria demostró que el Papado estaba dispuesto a permitir usos divergentes e incluso una teología dudosa siempre que se reconociera, en última instancia, su autoridad [52].

En el principado de Antioquía, la Iglesia armenia separada era poderosa y fue alentada por los príncipes, que la consideraban un útil contrapeso frente a los ortodoxos, y en Edesa, los armenios, aunque decepcionados por Balduino I y Balduino II, gozaban de la amistad de la casa de Courtenay. Muchos obispos armenios acabaron por reconocer la supremacía papal, y algunos asistían a los sínodos de la Iglesia latina, perdonando en las doctrinas latinas lo que en las griegas les parecía imperdonable. Los sirios jacobitas fueron al principio francamente hostiles a los cruzados y preferían el gobierno musulmán. Pero, después de la caída de Edesa, se reconciliaron con el príncipe de Antioquía, pero de hecho a causa del temor y odio comunes hacia Bizancio. El patriarca jacobita Miguel, uno de los grandes historiadores de la época, era amigo del patriarca Aimery y realizó una visita cordial a Jerusalén. Ninguna de las otras iglesias heréticas tenía importancia en los estados francos [53].

Los musulmanes, súbditos de los francos, aceptaron a sus señores con calma y admitieron la justicia de su administración, pero no eran evidentemente dignos de confianza cuando las cosas iban mal para los cristianos. Los judíos, con razón, preferían el gobierno de los árabes, que siempre los trataron con honradez y amabilidad, aunque con cierto desdén [54].

Para el peregrino occidental de la época, Ultramar era sorprendente a causa de su lujo y libertad. Para el historiador moderno, lo lamentable es más bien la intolerancia y la deshonrosa barbarie de los cruzados. Sin embargo, ambos aspectos pueden explicarse teniendo en cuenta el ambiente dominante en aquella esfera. La vida entre los colonos francos era difícil y precaria. Se hallaban en un país en que florecían la intriga y el crimen y donde los enemigos estaban al acecho en las fronteras cercanas. Nadie sabía cuándo podía recibir

[52] Véase Dib, artículo «Maronites», en Vacant et Mangenot, *Dictionnaire de Théologie Catholique,* vol. X, 1.

[53] Véase *infra,* pág. 338, y también el prefacio a la edición de Nau de Miguel el Sirio.

[54] Ibn Jubayr, ed. Wright, págs. 304-5. Las estadísticas de Benjamín de Tudela demuestran una mayor prosperidad de los judíos bajo el gobierno musulmán.

una puñalada de un adepto de los Asesinos o ser envenenado por uno de sus criados. Abundaban las enfermedades misteriosas de las que poco se sabía. Incluso con la ayuda de los médicos nativos, ningún franco vivía mucho tiempo en Oriente. Las mujeres eran más afortunadas que los hombres. Evitaban los riesgos de las batallas y, debido a un mejor conocimiento médico, los partos eran menos peligrosos que en Occidente. Pero la mortandad infantil era elevada, sobre todo entre los varones. Un feudo tras otro iba cayendo en manos de una heredera, cuya riqueza podía atraer a los valientes aventureros de Occidente, pero con mucha frecuencia las grandes haciendas carecían de un señor en un momento de crisis, y cada boda era materia de conflicto y conspiración. Los matrimonios eran a menudo estériles. Muchos de los más rudos guerreros fracasaban en la paternidad. Los enlaces matrimoniales entre las pocas familias nobles acrecieron las rivalidades personales. Los feudos se unían o dividían sin tener en cuenta la conveniencia geográfica. Había riñas constantes entre los parientes más próximos.

La estructura social que los francos importaron de Occidente exigía una sucesión hereditaria permanente y un mantenimiento del poder varonil. La decadencia física del elemento humano estaba llena de peligros. El miedo hizo a los que vivían en Ultramar brutales y traidores, y la incertidumbre alentó su afición a la alegría frívola. Según se debilitaba su patrimonio, sus proezas y torneos se hicieron más pródigos. Los visitantes y los nativos estaban igual de horrorizados ante la extravagancia y la inmoralidad que veían en torno a ellos, y el más insultante de todos era el patriarca Heraclio [55]. Pero un visitante sabio comprendería que bajo la espléndida apariencia no todo iba bien. El rey, a pesar de tanta seda y tanto oro, a menudo carecía de dinero para pagar a sus soldados. El orgulloso templario, contando el dinero de sus cofres, en cualquier momento podía ser llamado a una batalla más cruel que cualquier combate de Occidente. En una fiesta, como la boda en Kerak en 1183, los invitados podían levantarse de la mesa para oír tronar las catapultas del infiel disparando contra las murallas del castillo. Los alegres y galantes aderezos de la vida en Ultramar pendían débilmente sobre la ansiedad, la incertidumbre y el temor, y un observador bien podía preguntarse si incluso bajo el mejor de los gobernantes sería posible que durase mucho tiempo la aventura.

[55] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 88; Ernoul, págs. 83-7; *Itinerarium Regis Ricardi,* págs. 5-6; Cesareo de Heisterbach, *Dialogus Miraculorum*, I, pág. 188, atribuye la caída de Jerusalén a la corrupción de los francos de Ultramar.

Capítulo 15

LA ELEVACION DE NUR ED-DIN

«Y salió vencedor y para vencer.»

(Apocalipsis, 6, 2.)

Raimundo de Antioquía tuvo razón cuando apremió a los jefes de la segunda Cruzada a marchar contra Alepo. El fracaso de no poder convencerles le costó la vida. El principal enemigo de la Cristiandad era Nur ed-Din, y en 1147 un ejército numeroso podría haberle aplastado. Era dueño de Alepo y Edesa, pero Unur de Damasco y los emires menores independientes del valle del Orontes no habrían acudido en su socorro; tampoco podría haber contado con la ayuda de su hermano Saif ed-Din de Mosul, que tenía sus propios conflictos en el Iraq. Pero la locura de los cruzados lanzó a Unur a aliarse con él durante el tiempo que duró el peligro, y la oportunidad que se le dio para intervenir en los asuntos de Trípoli le permitió fortalecer su posición en la Siria central.

Raimundo también tenía razón para no unirse a la Cruzada. Ni él ni Joscelino de Edesa podían arriesgarse a abandonar sus territorios, dejándolos expuestos a Nur ed-Din. Incluso cuando los cruzados se hallaban ante Damasco, las tropas de Alepo batían el territorio cristiano. Enarbolando una bandera blanca, el conde Joscelino fue personalmente al campamento de Nur ed-Din para pedir clemencia. Todo lo que obtuvo fue un respiro temporal [1]. Entretanto,

[1] Ibn al-Furat, citado por Cahen, *La Syrie du Nord*, pág. 382.

el sultán de Konya, Mas'ud, en paz con Bizancio, sacó ventaja del desconcierto de los francos al atacar Marash. Raimundo se preparó para salirle al encuentro; por tanto, Mas'ud envió un emisario a Nur ed-Din para pedirle que realizara un ataque de diversión. Accedió a su petición; pero Raimundo, con la alianza de un jefe kurdo de los Asesinos, Alí ibn Wafa, que odiaba a Nur ed-Din mucho más que los cristianos, sorprendió a Nur ed-Din, en noviembre de 1148, cuando hacía algaradas por los pueblos en la llanura de Aswad, en Famiya, en el camino de Antioquía a Marash. Los dos lugartenientes principales de Nur ed-Din, el kurdo Shirkuh y el notable de Alepo Ibn ed-Daya, habían reñido. El primero se negó a tomar parte en la batalla, y todo el ejército musulmán fue obligado a retirarse apresurada e ignominiosamente. En la siguiente primavera, Nur ed-Din invadió de nuevo el país y derrotó a Raimundo en Baghras, cerca del anterior campo de batalla. Se volvió después hacia el Sur para sitiar la fortaleza de Inab, una de las pocas plazas fuertes que tenían los cristianos al este del Orontes. Raimundo, con un pequeño ejército y unos pocos aliados Asesinos bajo el mando de Alí ibn Wafa, salió a toda prisa en socorro de ellos, y Nur ed-Din, mal informado del número de sus fuerzas, se retiró. En realidad, el ejército musulmán, con seis mil caballos, excedía en número a los francos, que tenían cuatro mil caballos y mil infantes. Contra el consejo de Alí, Raimundo decidió entonces reforzar la guarnición de Inab. Pero Nur ed-Din se dio cuenta de la debilidad de Raimundo. El 28 de junio de 1149 el ejército cristiano acampó en una hondonada junto a la fuente de Murad, en la llanura entre Inab y los pantanos de Ghab. Durante la noche, las tropas de Nur ed-Din reptaron cautelosamente y cercaron a los hombres de Raimundo. A la mañana siguiente, éste comprendió que su única oportunidad era la de abrirse paso a la fuerza. Pero el terreno estaba en contra suya. Se levantó viento y los ojos de los caballeros se llenaron de polvo cuando espoleaban a sus caballos para subir por la ladera. En pocas horas quedó aniquilado su ejército. Entre los muertos se hallaban Reinaldo de Marash y el cabecilla Asesino Alí. Raimundo murió a manos de Shirkuh, que así recobró el favor de su amo que había perdido en Famiya. La calavera del príncipe, colocada en una caja de plata, fue enviada por Nur ed-Din como donativo a su jefe espiritual, el Califa de Bagdad [2].

[2] Guillermo de Tiro, XVII, 9, págs. 771-3; carta del Senescal del Temple al gran maestre Everardo, en *R. F. H.*, vol. XV, pág. 451; Cinnamus, páginas 122-3; Miguel el Sirio, III, págs. 288-9; *Chron. Anon. Syr.* (edic. siria), pág. 296; Mateo de Edesa, cclix, pág. 329; Gregorio el Presbítero, página 142; Ibn al-Qalanisi, págs. 288-92; Abn Shama, págs. 10-12; Ibn al-Furat, *loc. cit.*, identifica el lugar con Ard al-Hatim.

Joscelino de Edesa, gozando de una incómoda tregua con los musulmanes, se había negado a colaborar con su antiguo rival Raimundo. Fue la víctima siguiente. Nur ed-Din avanzó por territorio antioqueno, completó la posesión del Orontes medio con la conquista de Arzghan y Tel-Kashfahan, capturó después las guarniciones de Artah y Harenc más al Norte y volvió hacia el Oeste, para presentarse ante las murallas de Antioquía y hacer una incursión hasta San Simeón [3]. Joscelino no hizo ningún intento de socorrer a sus compañeros francos, sino que avanzó sobre Marash con la esperanza de hacerse cargo de la herencia de Reinaldo, que era su yerno. Entró en la ciudad, pero se retiró al acercarse el sultán Mas'ud. La guarnición que dejó tras de sí se rindió a los seléucidas, ante la promesa de que se respetarían las vidas cristianas; pero, cuando los cristianos y el clero emprendieron el camino de Antioquía, fueron víctimas de una matanza general. Mas'ud persiguió a Joscelino hasta las cercanías de Turbessel. Pero se acercaban refuerzos cristianos, y Nur ed-Din no quería que Joscelino, que era aún cliente suyo, entregase sus tierras a los seléucidas. Mas'ud consideró que era político retirarse. Después, los ortóquidas del Jezireh, que limitaba al Sur con Nur ed-Din y sus hermanos, pretendieron extenderse a lo largo del Eufrates a expensas de los armenios de Gargar, que habían sido tributarios de Reinaldo. Joscelino dispersó en vano sus fuerzas enviando ayuda a Basilio de Gargar. El ortóquida Kara Arslan se apoderó de toda la zona de Gargar y Kharpurt, para gozo de los cristianos jacobitas, que preferían infinitamente su gobierno al de Reinaldo, con sus sentimientos decididamente filoarmenios y antijacobitas [4]. En el invierno de 1149, Nur ed-Din rompió con Joscelino. Sus primeros ataques no tuvieron éxito, pero en abril de 1150, cuando cabalgaba Joscelino hacia Antioquía para consultar con el gobierno del principado, fue aislado de su escolta y cayó en manos de algunos francotiradores turcomanos. Estaban dispuestos a ponerle en libertad a cambio de un elevado rescate, pero Nur ed-Din se enteró de su captura y envió un escuadrón de caballería para arrebatárselo a sus capturadores. Fue cegado y encarcelado en Alepo. Murió en esta misma ciudad, nueve años después, en 1159 [5].

[3] Guillermo de Tiro, XVII, 10, págs. 774-5; carta a Everardo, *loc. cit.; Chron. Anon. Syr.* (edic. siria), pág. 299; Ibn al-Qalanisi, pág. 293; Ibn al-Athir, *Atabegs*, pág. 180.

[4] Mateo de Edesa, cclix, págs. 330-1; Gregorio el Presbítero, pág. 162; Miguel el Sirio, III, págs. 209-11, 294-6, y versión armenia, pág. 346.

[5] Guillermo de Tiro, XVII, 11, págs. 776-7; Mateo de Edesa, cclix, páginas 331-2; Miguel el Sirio, III, pág. 295; *Chron. Anon. Syr.*, pág. 300; Ibn al-Furat, citado por Cahen, *op. cit.*, pág. 386; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, págs. 523-4; *Bustan*, pág. 544; Ibn al-Qalanisi, pág. 300; Ibn al-Athir, pá-

De este modo, por el verano de 1150, tanto el principado de Antioquía como el condado de Edesa habían perdido a sus respectivos señores. Pero Nur ed-Din no se atrevía a ir más lejos. Cuando llegó a Antioquía la noticia de la muerte del príncipe Raimundo, el patriarca Aimery declaró el estado de defensa en la ciudad y envió mensajeros urgentes al Sur para solicitar del rey Balduino que acudiera en su socorro. Obtuvo entonces una breve tregua por parte de Nur ed-Din al prometer que entregaría Antioquía si no llegaba Balduino. El arreglo convenía a Nur ed-Din, que temía intentar un asedio de la ciudad y que pudo, entretanto, conquistar Apamea, la última fortaleza antioquena en el valle del Orontes. El rey Balduino se apresuró a trasladarse al Norte, con escasa gente, en su mayoría caballeros templarios. Su aparición indujo a Nur ed-Din a aceptar una tregua más duradera y sirvió para que Mas'ud se abstuviera de atacar Turbessel. Pero, aunque Antioquía se salvó, el principado quedó reducido ahora a la planicie de la misma ciudad y a la costa entre Alejandreta y Laodicea [6].

Había aún que resolver la cuestión de gobierno de los dos dominios sin jefe. A raíz de la captura de Joscelino, Nur ed-Din atacó Turbessel; pero la condesa Beatriz puso tal ahínco en la defensa que se retiró. Sin embargo, era evidente que no se podía conservar Turbessel. Estaba superpoblada con refugiados francos y armenios de otras zonas. Los cristianos jacobitas eran abiertamente desleales, y toda la región se hallaba aislada de Antioquía a causa de las conquistas de Nur ed-Din. La condesa estaba disponiéndose a abandonar sus tierras cuando llegó un mensaje del emperador Manuel. Se hallaba al tanto de la situación y ofrecía comprarle todo lo que le hubiese quedado de su condado. Beatriz, obediente, trasladó el ofrecimiento al rey Balduino, a la sazón en Antioquía. Los señores de su reino que formaban parte de su séquito y los señores de Antioquía discutieron el ofrecimiento. Estaban reacios a entregar territorio a los odiados

gina 481; Sibt ibn el-Djauzi, pág. 122. Las circunstancias varían en cada relato. Guillermo dice que iba a Antioquía a responder a un llamamiento del patriarca; Mateo de Edesa e Ibn al-Furat, que fue a buscar ayuda; la *Crónica Anónima*, que quería asegurarse la regencia. Guillermo atribuye el que se separase de su escolta a las exigencias de la naturaleza; Sibt, al amor por una muchacha turca; Ibn al-Furat, a una caída al chocar su caballo con un árbol, el cual, según Miguel, sólo existía en su imaginación (los cronistas sirios interpretaron la captura de Joscelino como una venganza divina por su persecución a los jacobitas); los cronistas sirios dicen que lo identificó un judío. Unicamente la *Crónica Anónima* dice que fue cegado. Miguel añade que no se le permitió confesarse con un latino, pero que se confesó en su lecho de muerte con el obispo jacobita de Edesa.

6 Guillermo de Tiro, XVII, 15, págs. 783-4; Ibn al-Qalanisi, págs. 293-4, 300-1.

griegos, pero acordaron que, en definitiva, sería culpa del Emperador si la Cristiandad perdía estos lugares. El gobernador bizantino de Cilicia, Tomás, llevó talegos de oro —no sabemos cuántos— a la condesa, que se hallaba en Antioquía, y a cambio de ello entregó a sus tropas las seis fortalezas de Turbessel, Rabendel, Samosata, Aintab, Duluk y Birejik. El ejército del rey acompañó a las guarniciones bizantinas en su trayecto y escoltó, a su regreso, a los muchos refugiados francos y armenios que desconfiaban del gobierno bizantino y preferían la seguridad más grande que ofrecía Antioquía. La condesa sólo dejó sin vender una fortaleza, Ranculat o Rum Kalaat, en el Eufrates, cerca de Samosata, que dio al católico armenio. Fue residencia patriarcal, bajo soberanía turca, durante siglo y medio. Cuando el ejército real y los refugiados emprendieron su marcha de retorno, Nur ed-Din intentó sorprenderlos en Aintab, pero la excelente organización del rey les libró del ataque. Sus barones principales, Hunfredo de Torón y Roberto de Sourdeval, le pidieron en vano que les permitiese tomar posesión de Aintab en nombre suyo, y el rey se atuvo al convenio con el Emperador [7].

Están poco claras las razones por las que el Emperador hizo el trato. Los francos creían que, ensoberbecido, pensaba poder conservar las fortalezas. No es presumible que estuviera tan mal enterado. Más bien pensaría en el futuro. Esperaba, antes de pasar mucho tiempo, trasladarse a Siria. Si perdía ahora las fortalezas, podría recuperarlas luego y sus derechos estarían fuera de toda discusión. De hecho, las perdió en menos de un año, a causa de una alianza entre Nur ed-Din y el seléucida Mas'ud. La alianza se hizo al día siguiente de la captura de Joscelino y fue sellada por la boda de Nur ed-Din con la hija de Mas'ud. Turbessel fue la dote de la hija. Pero Mas'ud no se unió a su yerno en el ataque contra Beatriz; se contentó con conquistar Kaisun y Behesni, en el norte del condado, que dio a su hijo Kilij Arslan. Pero en la primavera de 1151, él y Nur ed-Din atacaron a las guarniciones bizantinas, y los ortóquidas se apresuraron a coger su parte. Aintab y Duluk cayeron en manos de Mas'ud, Samosata y Birejik pasaron al ortóquida Timurtash de Mardin, y Ravendel fue para Nur ed-Din. En Turbessel los bizantinos resistieron cierto tiempo, pero fueron sometidos a un cerco de hambre y se rindieron al lugarteniente de Nur ed-Din Hasan de Menjib, en julio

[7] Guillermo de Tiro, XVIII, 16-17, págs. 784-9. Los historiadores bizantinos no mencionan la transacción. Acerca de las fechas y las pruebas musulmanas, véase Cahen, *op. cit.*, pág. 388, n. 24; Miguel el Sirio, III, pág. 297, y versión armenia, pág. 343. Vartan, pág. 435, y Vahram, *Crónica Rimada*, página 618, narran la cesión de Rum Kalaat al católico. La versión de Miguel el Sirio dice que la condesa pidió al católico que ayudara a un señor armenio en Rum Kalaat, pero el católico se estableció allí mediante el engaño.

de 1151 [8]. No quedaba rastro del condado de Edesa. La condesa Beatriz se retiró a Jerusalén con sus hijos, Joscelino e Inés, que desempeñarían, en el porvenir, un papel desastroso en la caída del reino [9].

Edesa había desaparecido, pero quedaba Antioquía. La muerte de Raimundo dejó viuda y con cuatro niños a la princesa Constanza. El trono era suyo por derecho propio, pero se dejaba sentir que, en determinados momentos, el gobierno tenía que estar en manos de un hombre. Su hijo mayor, Bohemundo III, tenía cinco años al morir su padre. Hasta que llegase a la mayoría de edad debía haber al frente un regente varón. El patriarca Aimery se hizo cargo de la regencia en el momento de la crisis, pero la opinión secular no veía con buenos ojos la regencia de un clérigo. Era evidente que la joven princesa debería volver a casarse. Entretanto, el regente más adecuado sería su primo, el rey Balduino, actuando como pariente varón más próximo y no en calidad de soberano. Balduino marchó apresuradamente a Antioquía al conocer la noticia de la muerte de Raimundo. Afrontó la situación con una prudencia rara en un adolescente de diecinueve años, y su autoridad fue aceptada por todo el mundo. Regresó, a principios del verano de 1150, para autorizar la venta de las tierras de la condesa Beatriz. Pero eran demasiados sus problemas en el Sur para poder cargar con la responsabilidad de Antioquía. Apremió a Constanza, que sólo tenía veintidós años, a elegir nuevo esposo, y él, por su parte, le propuso tres posibles candidatos; en primer lugar, Yves de Nesle, conde de Soisson, rico noble francés que había ido a Palestina en las vísperas de la segunda Cruzada, dispuesto a crearse un hogar en Tierra Santa; en segundo lugar, Gualterio de Falconberg, de la familia de Saint-Omer, que tuvo en tiempos el señorío de Galilea, y en tercer lugar, Rodolfo de Merle, apuesto barón del condado de Trípoli. Pero Constanza no quería a ninguno de los tres, y Balduino tuvo que regresar a Jerusalén, dejando el gobierno en manos de ella [10].

Irritada por las importunidades de su joven primo, Constanza cambió en seguida de política y envió una embajada a Constantinopla para pedir al emperador Manuel, como soberano suyo, que le

[8] Guillermo de Tiro, *loc. cit.;* Bar-Hebraeus, trad. por Budge, pág. 277; Miguel, versión armenia, pág. 297; Ibn al-Qalanisi, pág. 309; Ibn al-Athir, *Atabegs,* pág. 132 (con fecha equivocada).

[9] Isabel, la otra hija de Joscelino (v. *supra,* pág. 206), había muerto ya, aunque Guillermo de Tiro la menciona como viva cuando su padre murió.

[10] Guillermo de Tiro, XVII, 18, págs. 789-91, sugiere que el patriarca Aimery animó a Constanza a rechazar a los candidatos por temor a que mermase su poder.

buscase marido [11]. Manuel quería complacer a la princesa en sus deseos. La influencia bizantina estaba declinando a lo largo de la frontera sudoriental del Imperio. Por el año 1143, el príncipe armenio Thoros el Roupeniano se había escapado de Constantinopla para refugiarse en la corte de su primo Joscelino II de Edesa. Allí reunió un grupo de compatriotas, con los que reconquistó la fortaleza de Vahka, de tradición familiar, en el Tauro oriental. Dos de sus hermanos, Esteban y Mleh, se le unieron, y él trabó amistad con un señor franco de los alrededores, Simón de Rabán, con cuya hija se casó. En 1151, mientras los bizantinos estaban ocupados por el ataque musulmán en Turbessel, penetró en la planicie ciliciana y derrotó y mató al gobernador bizantino, Tomás, ante las puertas de Mamistra. Manuel envió en seguida un ejército, al mando de su primo Andrónico, para reconquistar el territorio ganado por Thoros, y ahora consideró oportuna la ocasión de proponer a su propio candidato para el trono de Antioquía.

Ninguno de los proyectos prosperó. Andrónico Comneno era el miembro más brillante y fascinador de su inteligente familia, pero era temerario y descuidado. Cuando avanzaba para sitiar a Thoros en Mamistra, los armenios hicieron una súbita salida y le cogieron desprevenido. Su ejército fue derrotado y él huyó a Constantinopla. En su elección de esposo para Constanza, Manuel demostró más ingenuidad que sentido común. Envió a su cuñado, el césar Juan Roger, viudo de su hermana favorita María. Juan Roger era normando de nacimiento, y, aunque conspiró en algún momento para apoderarse del trono imperial, era ahora amigo probado y de confianza del Emperador, y éste sabía que podía contar con su lealtad, pero consideraba que su nacimiento latino le haría aceptable para la nobleza franca. Se olvidó de Constanza. Juan Roger pasaba con creces de la edad mediana y había perdido todo encanto juvenil. La joven princesa, cuyo primer esposo fue famoso por su belleza, no quería tener en cuenta una unión tan poco romántica. Rogó al césar que volviera al lado del Emperador. Habría sido más acertado que Manuel hubiera enviado a Andrónico a Antioquía y a Juan Roger para combatir en Cilicia [12].

El rey Balduino habría recibido casi con agrado a cualquier marido para su prima, pues sobre él pesaba, desde hacía poco tiempo, un nuevo deber. La vida matrimonial del conde Raimundo II de Trípoli y su esposa, Hodierna de Jerusalén, no era totalmente feliz.

[11] Cinnamus, pág. 178.

[12] Cinnamus, págs. 121-4, 178; Mateo de Edesa, cclxiii, págs. 334-6; Gregorio el Presbítero, pág. 166; Sembat el Condestable, pág. 619; Vahram, *Crónica Rimada,* págs. 504-6; Miguel el Sirio, III, pág. 281.

Hodierna, igual que sus hermanas Melisenda y Alicia, era testaruda y alegre. Se murmuró acerca de la legitimidad de su hija Melisenda. Raimundo, apasionadamente celoso, intentó imponerle un régimen de vida oriental. A principios de 1152, las relaciones empeoraron tanto, que la reina Melisenda se consideró en el deber de intervenir. Acompañada de su hijo el rey se trasladó a Trípoli para negociar una reconciliación. Balduino utilizó la oportunidad para llamar a Constanza a Trípoli, donde fue increpada por sus dos tías a causa de su obstinada viudedad. Pero tal vez porque ninguna de ellas tuvo un éxito notable en su vida conyugal, sus sermones resultaron inútiles. Constanza regresó a Antioquía sin prometer nada. Más éxito tuvo la reina con Raimundo y Hodierna. Acordaron hacer las paces, pero consideró lo mejor que Hodierna pasara unas largas vacaciones en Jerusalén. Balduino decidió permanecer algún tiempo en Trípoli, pues corrían rumores de que Nur ed-Din pensaba atacar el condado. La reina y la condesa salieron por el camino que se dirige al Sur, escoltadas durante una milla, aproximadamente, por el conde. Cuando cabalgaba de regreso y pasaba por la puerta sur de su capital le asaltó una banda de Asesinos y le apuñaló. Rodolfo de Merle y otro caballero, que le acompañaban, intentaron protegerle y sólo consiguieron morir en la refriega. Todo fue tan rápido que la guardia del conde no pudo apresar a los criminales. El rey estaba jugando a los dados en el castillo cuando oyó el griterío que había en la parte baja de la ciudad. La guarnición tomó las armas y se lanzó a las calles, matando a todos los musulmanes que veían. Pero los Asesinos escaparon y nunca se conoció el motivo de su acto [13].

Fueron enviados mensajeros para hacer regresar a la reina y a la condesa, y Hodierna asumió la regencia en nombre de su hijo de doce años, Raimundo III. Pero, igual que en Antioquía, era necesario un hombre como salvaguardia del gobierno, y Balduino, en su calidad de pariente varón más próximo, tuvo que hacerse cargo de la tarea. Nur ed-Din realizó en seguida una incursión hasta Tortosa, que sus tropas lograron ocupar durante cierto tiempo. Fueron expulsadas, y Balduino, con el consentimiento de Hodierna, entregó Tortosa a los caballeros del Temple [14].

Balduino estaba contento de poder regresar a Jerusalén. La reina Melisenda, consciente de su derecho hereditario, no quería entregar el poder a su hijo. Pero éste tenía más de veintidós años y la opinión pública exigía su coronación como gobernante adulto. La reina arregló, por tanto, con el patriarca Fulquerio que ella sería coronada de nuevo al lado de su hijo, para que su autoridad conjunta fuese ex-

13 Guillermo de Tiro, XVII, 18-19, págs. 789-92.
14 *Ibid.*, *loc. cit.*; Ibn al-Qalanisi, pág. 312.

plícitamente admitida. La coronación debía tener lugar el domingo de Pascua, 30 de marzo, pero Balduino la aplazó. Entonces, un jueves, cuando su madre no sospechaba nada, entró en la iglesia del Santo Sepulcro, con una escolta de caballeros, y obligó al airado patriarca a coronarle a él solo. Fue la señal de una ruptura abierta. La reina tenía muchos amigos. Manasses de Hierges, su protegido, era aún condestable; sus relaciones familiares incluían al gran clan de los Ibelin, que controlaba la planicie filistea, y muchos de los nobles de la Palestina del sur estaban de su parte. Era notorio que, cuando Balduino fue a Antioquía en 1149, pocos nobles le habrían acompañado en una expedición en que no estuviese interesada la reina. Los amigos de Balduino procedían del Norte. Los dirigían Hunfredo de Torón y Guillermo de Falconberg, cuyas tierras se hallaban en Galilea. El rey no se atrevía a utilizar el recurso de la fuerza. Convocó un gran consejo del reino, ante el cual defendió sus derechos. Gracias a la influencia del clero tuvo que aceptar un compromiso. Podía quedarse con Galilea y el norte de su reino, pero Melisenda conservaría Jerusalén y Nablus, es decir, Judea y Samaria, y la costa, donde el hermano menor del rey, Amalarico, administraba el condado de Jaffa, seguiría bajo la soberanía de ella. Era una solución imposible, y antes de que pasaran muchos meses el rey pidió a su madre la cesión de Jerusalén. Sin Jerusalén, decía, no podía emprender la defensa del reino. Ante el creciente poderío de Nur ed-Din, el argumento era incontrovertible, y hasta los más ardientes partidarios de la reina empezaron a abandonar su causa. Pero ella se mantuvo firme y fortificó Jerusalén y Nablus contra su hijo. Desgraciadamente, el condestable Manasses fue sorprendido y capturado por las tropas del rey en su castillo de Mirabel, en el borde de la llanura costera. Se le perdonó la vida bajo promesa de salir de Oriente y de no regresar nunca. Después de esto, Nablus se rindió al rey. Melisenda, abandonada por la nobleza secular, pero apoyada aún por el patriarca, intentó resistir en Jerusalén. Pero también se volvieron contra ella los ciudadanos y la obligaron a abandonar la lucha. Pocos días después cedió la ciudad a su hijo. No tomó ninguna acción severa contra ella, ya que la opinión legal parece haber sostenido que el derecho, aunque no la conveniencia, estaban de parte de la reina. Se le autorizó que conservara Nablus y sus alrededores como viudedad, y, si bien se retiró de la política secular, conservó el patronato sobre la Iglesia. Balduino, soberano ahora en el gobierno secular del reino, sustituyó a Manasses, en el puesto de condestable, por su amigo Hunfredo de Torón [15].

[15] Guillermo de Tiro, XVII, 13-14, págs. 779-83. Nablus estaba en poder de Felipe de Milly, que había estado a favor de la reina. El 31 de julio de 1161,

Estas perturbaciones dinásticas en las familias reinantes francas fueron muy del agrado de Nur ed-Din. No se preocupó de hacer ningún ataque serio contra los cristianos en estos años, pues tenía una tarea más urgente que realizar: la conquista de Damasco. Después del fracaso de la segunda Cruzada, Unur de Damasco llevó una guerra poco consistente contra los cristianos durante algunos meses, aunque el temor de Nur ed-Din le hizo sentirse feliz de aceptar las conversaciones de paz propuestas por parte de Jerusalén. En mayo de 1149 se concertó una tregua de dos años. Unur murió poco después en agosto, y el emir burida, el nieto de Toghtekin, Mujir ed-Din, en cuyo nombre Unur había gobernado, se hizo cargo del gobierno [16]. Su debilidad ofreció la ocasión a Nur ed-Din. No actuó en seguida, pues su propio hermano Saif ed-Din murió en noviembre, y se procedió a un reajuste de las tierras de la familia. El hermano más joven, Kutb ed-Din, heredó Mosul y el territorio en el Iraq, aunque parece que reconoció a Nur ed-Din como jefe [17]. En marzo del año siguiente Nur ed-Din avanzó sobre Damasco, pero fuertes lluvias dificultaron su avance y dieron tiempo a que Mujir ed-Din pidiera ayuda a Jerusalén. Nur ed-Din, por tanto, se retiró al recibir una promesa de que su nombre sería mencionado en las monedas y en las oraciones públicas en Damasco después de los del Califa y el sultán de Persia. Sus derechos a una soberanía no definida fueron así admitidos [18].

En mayo de 1151, Nur ed-Din se presentó de nuevo ante Damasco, y de nuevo los francos acudieron en socorro de la ciudad. Después de acampar en las proximidades de ésta durante un mes, Nur ed-Din se retiró a las cercanías de Baalbek, que estaba gobernada por su lugarteniente Ayub, hermano de Shirkuh. Entretanto, los

pocas semanas antes de la muerte de la reina, le fue concedido el señorío de Transjordania a cambio de Nablus (Röhricht, pág. 96). No se consultó a la reina Melisenda probablemente porque estaba demasiado enferma, pero su hermana Hodierna, condesa viuda de Trípoli, aprobó la transacción. Probablemente Felipe obtuvo sus tierras de Melisenda, no de Balduino, y fue únicamente en su lecho de muerte cuando Balduino pudo hacer el cambio que la hubiera privado de su amigo y su principal vasallo. La esposa de Felipe, Isabella o Isabel, era sobrina de Pagano de Transjordania y posible heredera de su sucesor Mauricio. A su muerte, él se hizo templario. El marido de su hermana María, Gualterio Brisebarre III de Beirut, parece que posteriormente fue señor de Transjordania, señorío por el que cambió su feudo de Beirut; pero a la muerte de su esposa y de su hija niña debió perder el feudo, que pasó a Estefanía, hija de Felipe. Véase Rey, «Les Seigneurs de Montréal» y «Les Seigneurs de Barut», *passim*.

16 Ibn al-Qalanisi, pág. 295. Unur murió de disentería, «jūsantirya».

17 Ibn al-Athir, *Atabegs*, págs. 171-5; Ibn al-Qalanisi, págs. 295-6. Véase Cahen, *op. cit.*, pág. 393, n. 12, para fuentes manuscritas.

18 Ibn al-Qalanisi, págs. 97-300.

francos al mando del rey Balduino avanzaron hacia Damasco. Muchos de ellos obtuvieron permiso para visitar los bazares dentro de las murallas, mientras Mujir ed-Din realizó una cordial visita al rey en el campamento cristiano. Pero los aliados no eran lo bastante fuertes para salir en persecución de Nur ed-Din. En lugar de ello avanzaron contra Bosra, cuyo emir, Sarkhak, había aceptado ayuda de Nur ed-Din en una revuelta contra Damasco. La expedición fracasó, pero poco después Sarkhak, con la volubilidad corriente en los príncipes musulmanes menores, hizo amistad con los francos, y Mujir ed-Din tuvo que llamar a Nur ed-Din para que le ayudase a reducirle a la obediencia. Cuando Nur ed-Din se dirigió al Norte nuevamente, Mujir ed-Din le siguió en una visita a Alepo, donde se firmó un tratado de amistad [19]. Pero los damascenos aún se negaban a renunciar a su alianza con los francos. En diciembre de 1151, una banda de turcomanos intentó correr Banyas, siguiendo probablemente órdenes de Ayub. La guarnición replicó con una algarada contra el territorio de Baalbek, que fue rechazada por Ayub. Mujik ed-Din, cuidadosamente, repudió toda relación con la guerra [20]. Una situación más violenta se le creó cuando de repente, en el otoño de 1152, apareció el príncipe ortóquida Timurtash de Mardin con un ejército turcomano, conducido a marchas forzadas por el borde del desierto, y pidió ayuda para un ataque de sorpresa contra Jerusalén. Probablemente tenía noticias de las disputas entre Balduino y Melisenda y pensaba que un golpe de audacia tendría éxito. Mujir ed-Din se comprometió a permitirle que comprara subsistencias, pero procuró disuadirle de ir más lejos. Timurtash cruzó después al otro lado del Jordán, y mientras la nobleza franca estaba asistiendo a un consejo en Nablus, sin duda para resolver la cuestión de la viudedad de Melisenda, estableció su campamento en el monte de los Olivos. Pero la guarnición de Jerusalén realizó una súbita salida contra los turcomanos, que, viendo que había fallado la sorpresa, se retiraron hacia el Jordán. Allí, en la margen del río, el ejército del reino cayó sobre ellos y obtuvo una completa victoria [21].

Durante los meses siguientes, la atención de los cristianos y de los musulmanes se dirigió por igual a Egipto. El Califato fatimita parecía próximo a su total desintegración. Desde el asesinato del visir al-Afdal, Egipto no tuvo ningún gobernante competente. El califa al-Amir había reinado hasta octubre de 1129, cuando él también fue víctima de un asesinato; y entretanto el gobierno había estado en

[19] *Ibid.*, págs. 302-11.
[20] *Ibid.*, págs. 311-12.
[21] Guillermo de Tiro, XVII, 20, págs. 792-4.

manos de una serie de visires ineptos. El sucesor de al-Amir, su primo al-Hafiz, dio muestras de más carácter y procuró librarse de las trabas del visirato nombrando a su propio hijo Hasan para el cargo. Pero Hasan no fue leal y por orden de su padre fue ejecutado en 1135. El visir que le siguió, Vahram, armenio de nacimiento, llenó la administración de compatriotas suyos y lo único que consiguió fue provocar una reacción en 1137, cuando durante algunos días las calles de El Cairo fueron regadas de sangre cristiana. Tampoco fue más dichoso al-Hafiz con sus visires posteriores, aunque se aferró precariamente al trono hasta su muerte en 1149. El reinado de su hijo, al-Zafir, comenzó con la guerra civil abierta entre sus dos generales principales. Amir ibn Sallah venció y fue visir, aunque murió asesinado tres años después [22]. Esta interminable historia de intriga y sangre hizo concebir esperanzas a los enemigos de Egipto. En 1150 el rey Balduino empezó a reparar las fortificaciones de Gaza. Ascalón era aún una fortaleza fatimita, y su guarnición hacía frecuentes incursiones en territorio cristiano. Gaza tenía que ser la base de operaciones contra Ascalón. El visir Ibn Sallah se sintió alarmado. Entre los refugiados en la corte fatimita se hallaba el príncipe munquidita Usama, que había estado antes al servicio de Zengi. Fue enviado a entrevistarse con Nur ed-Din, que estaba acampado ante Damasco, para pedirle que hiciera un ataque de diversión contra Galilea; la flota egipcia atacaría entretanto los puertos marítimos de los francos. La misión no dio resultado; Nur ed-Din tenía otras preocupaciones. Usama, a su regreso, se detuvo durante dos años en Ascalón para dirigir las operaciones contra los francos locales; después regresó a Egipto para ser testigo de las intrigas que siguieron al asesinato de Ibn Sallah, ejecutado por el hijo de su hijastro Abbas, con la connivencia del Califa [23].

Este drama, que se produjo inmediatamente después de que Balduino triunfara sobre su madre, decidió al rey a llevar a cabo un ataque contra Ascalón. Hizo minuciosos preparativos, y el 25 de enero de 1153 el ejército completo del reino, con todas las máquinas de asedio que el rey pudo reunir, apareció ante las murallas. Acompañaban al rey los grandes maestres del Hospital y del Temple, con la flor y nata de sus hombres; los grandes señores seculares del reino, el patriarca, los arzobispos de Tiro, Cesarea y Nazaret y los obispos de Belén y Acre. El patriarca llevaba consigo la reliquia de la

[22] Ibn al-Athir, págs. 475, 486-7. Véase Wiet, *L'Egypte Arabe*, págs. 190-5.
[23] Usama, ed. por Hitti, págs. 40-3; Ibn al-Qalanisi, pág. 314. La incursión egipcia en la costa franca, en 1151, la relata Ibn al-Qalanisi, págs. 307-8, que también describe la incursión egipcia de Ascalón en abril de 1152 (página 312).

Verdadera Cruz. Ascalón era una fortaleza tremenda, surgiendo del mar en forma de un gran semicírculo, con sus fortificaciones en excelentes condiciones; el gobierno egipcio la tenía siempre bien abastecida de armas y provisiones. Durante algunos meses, el ejército franco, aunque consiguió bloquear por completo la ciudad, no pudo abrir brecha en sus murallas. Los barcos de peregrinos que llegaron hacia la época de Pascua contribuyeron con refuerzos a las filas cristianas. Pero fueron contrarrestados por la llegada de una flota egipcia en junio. Los fatimitas no se atrevieron a intentar un socorro a Ascalón por tierra, pero enviaron una escuadra de setenta barcos cargados de hombres y armas y provisiones de toda índole. Gerardo de Sidón, que mandaba las veinte galeras que, en total, pudieron reunir los cristianos, no se atrevió a atacarlos, y los barcos egipcios entraron triunfalmente en el puerto. Los defensores se animaron, pero los barcos volvieron a zarpar, una vez efectuada la descarga, y el sitio prosiguió penosamente. La más formidable de las máquinas de asedio francas era la gran torre de madera, que excedía en altura a las murallas, y desde ella se disparaban piedras y haces llameantes directamente a las calles de la ciudad. Cierta noche, a fines de julio, algunos hombres de la guarnición salieron cautelosamente y la incendiaron. Pero se levantó viento, y la masa de fuego se lanzó sobre la muralla. El intenso calor provocó daños en la fábrica de la muralla, y por la mañana había ya una brecha en ella. Los templarios, que guarnecían ese sector, decidieron que ellos solos debían llevarse la palma de la victoria. Mientras algunos de sus hombres se dispusieron a impedir la aproximación de otros cristianos, cuarenta de sus caballeros entraron en la ciudad. La guarnición creyó al principio que todo estaba perdido, pero después, viendo que los templarios eran pocos, los cercaron y mataron. La brecha quedó rápidamente reparada, y los cadáveres de los templarios fueron expuestos desde las murallas.

Aprovechando una tregua para permitir a cada una de las partes que enterrasen a sus muertos, el rey celebró un consejo en su tienda ante la reliquia de la Santa Cruz. Los nobles seculares, desanimados por el revés, deseaban abandonar el sitio, pero el patriarca y el gran maestre de los hospitalarios, Raimundo del Puy, convencieron al rey a proseguirlo, y su elocuencia emocionó a los barones. El ataque fue renovado con más vigor que antes.

El 19 de agosto, después de un cruento bombardeo de la ciudad, la guarnición decidió rendirse, a condición de que los ciudadanos fueran autorizados a salir libremente con sus bienes muebles. Balduino aceptó las condiciones y se atuvo a ellas lealmente. Cuando una gran corriente de musulmanes fluía desde la ciudad, por tierra

y por mar, para retirarse a Egipto, los francos irrumpieron y ocuparon la ciudadela, con su gran almacén de tesoros y armas. El señorío de Ascalón fue entregado al hermano del rey, Amalarico, conde de Jaffa. La gran mezquita se convirtió en la catedral de San Pablo, y el patriarca consagró como obispo a uno de sus canónigos, Absalón. Después, el obispo de Belén, Gerardo, consiguió un breve de Roma para que la sede pasara a depender de él [24].

La conquista de Ascalón fue el último gran triunfo de los reyes de Jerusalén, y su prestigio alcanzó una altura formidable. Haber conquistado al fin la ciudad llamada la «Novia de Siria» fue un éxito resonante, pero de hecho no supuso ningún gran beneficio efectivo. Aunque la fortaleza había sido la base para incursiones menores en territorios francos, Egipto no era ya una amenaza seria para los cristianos; pero ahora, con Ascalón en su poder, los francos se sintieron atraídos por las peligrosas aventuras cerca del Nilo. Esta fue, seguramente, la razón por la que Nur ed-Din, con su política de largo alcance, no intentó interferirse en la campaña, excepto para una proyectada expedición contra Banyas, que planeó con Mujir en Damasco, pero que fracasó a causa de las disputas mutuas. No podía lamentar que Egipto se debilitara, ni tampoco que la atención de los francos se desplazase hacia el Sur. Mujir de Damasco se impresionó más fácilmente. Se apresuró a asegurar a Balduino su devota amistad y aceptó pagarle un tributo anual. Mientras los señores francos viajaban por el territorio damasceno, corriéndolo a placer, los embajadores francos llegaban a la ciudad a cobrar el dinero para su rey [25].

Mujir y sus consejeros, preocupados por su propia seguridad, preferían correr la suerte de un protectorado franco a que Nur ed-Din se convirtiese en su amo. Pero a los ciudadanos corrientes de Damasco la insolencia de los cristianos les resultaba intolerable. La dinastía burida estaba manifestándose como traidora a la fe. Ayub, emir de Baalbek, sacó ventaja de tal estado de ánimo. Sus agentes penetraron en la ciudad, sembrando resentimiento contra Mujir. Coincidía además por esta época una escasez de víveres en Damasco; por eso, Nur ed-Din retuvo los convoyes que llevaban cereales desde el Norte, y los agentes de Ayub extendieron el rumor de que esto se debía a los malos pasos de Mujir, que se negaba a colaborar con sus hermanos musulmanes. Después, Nur ed-Din convenció a Mujir de que muchos de los notables damascenos estaban conspirando contra él, y Mujir, presa del pánico, emprendió una acción contra ellos.

[24] Guillermo de Tiro, XVII, 1-5, 27-30, págs. 794-802, 804-13; Ibn al-Qalanisi, págs. 314-17; Abu Shama, págs. 77-8; Ibn al-Athir, pág. 490.

[25] Ibn al-Qalanisi, págs. 315-16 (se muestra reticente acerca de la influencia franca en Damasco); Ibn al-Athir, pág. 496, y *Atabegs,* pág. 189.

Cuando Mujir había perdido así el favor de ricos y pobres, el hermano de Ayub, Shirkuh, llegó como embajador de Nur ed-Din ante Damasco, pero se presentó con truculencia, acompañado de una fuerza armada insólita para una misión amistosa. Mujir no quiso darle entrada en la ciudad ni tampoco salir de ella para entrevistarse con él. Nur ed-Din interpretó esto como un insulto a su embajador y avanzó con un numeroso ejército sobre Damasco. El desesperado llamamiento de Mujir a los francos fue enviado demasiado tarde. Nur ed-Din acampó ante las murallas el 18 de abril de 1154. Exactamente una semana después, tras una breve escaramuza en la parte exterior de la muralla este, una judía admitió a algunos de los soldados en la judería, y en seguida el populacho abrió la puerta este al grueso del ejército. Mujir huyó a la ciudadela, pero capituló pocas horas después. Le propusieron salvar su vida y darle el emirato de Homs. Pocas semanas más tarde se hizo sospechoso de conspirar con antiguos amigos de Damasco y fue expulsado de Homs. Se negó a aceptar la ciudadela de Balis, en el Eufrates, y se retiró a Bagdad.

Entretanto, los ciudadanos de Damasco recibieron a Nur ed-Din con grandes muestras de contento. Prohibió a sus tropas el saqueo y en seguida llenó los mercados de víveres y abolió el impuesto sobre frutas y verduras. Cuando Nur ed-Din regresó a Alepo dejó a Ayub al frente de Damasco. Baalbek fue encomendada a un noble local, Dhahak, que más tarde se revolvió contra Nur ed-Din y que tuvo que ser eliminado [26].

La conquista de Damasco por Nur ed-Din excedió con mucho a la conquista de Ascalón por Balduino. Su territorio se extendía ahora por toda la frontera este de los estados francos, desde Edesa a Transjordania. Solamente unos emiratos menores en la Siria musulmana conservaban su independencia, tales como Shaizar. Aunque las posiciones francas eran más extensas en territorio y más ricas en recursos, Nur ed-Din tenía la ventaja de que las suyas estaban unidas bajo un solo señor, menos molestado por vasallos presuntuosos que los gobernantes de los francos. Su estrella crecía. Pero era demasiado cauteloso para sacar partido de su triunfo con demasiada rapidez. Parece ser que ratificó la alianza entre Damasco y Jerusalén y que renovó la tregua durante otros dos años en 1156, porque hizo un pago de 8.000 ducados, continuando así el tributo pagado por Mujir ed-Din. Su indulgencia se debió principalmente a la rivalidad con los seléucidas anatolianos, a los que deseaba privar de su parte en el antiguo condado de Edesa [27].

[26] Ibn al-Qalanisi, págs. 318-21; Ibn al-Athir, págs. 496-7, y *Atabegs*, páginas 190-2; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, págs. 527-8.
[27] Ibn al-Qalanisi, págs. 322-7.

El sultán Mas'ud murió en 1155, y sus hijos, Kilij Arslán II y Shahinshah, en seguida disputaron sobre la herencia. El primero consiguió el apoyo de los príncipes danishmend, Dhu'l de Cesarea y Dhu'l Karnain de Melitene; el segundo obtuvo la ayuda del mayor de los Danishmend, Yaghi Siyan de Sivas. Yaghi Siyan pidió ayuda a Nur ed-Din, y éste respondió presto, atacando y anexionando la parte seléucida de las ciudades edesianas, Aintab, Dukuk y probablemente también Samosata. Kilij Arslan derrotó a su hermano; pero, aunque intentó hacer una alianza con los armenios y los francos contra Nur ed-Din, tuvo que aceptar la pérdida de su provincia del Eufrates [28].

Seguro en el Norte, Nur ed-Din volvió de nuevo hacia el Sur. En febrero de 1157, Balduino rompió su tregua con Nur ed-Din. Confiados en ella, numerosos turcomanos habían llevado sus rebaños de ovejas y sus caballos a pastar en las ricas praderas cerca de la frontera de Banyas. El rey Balduino, abrumado de deudas debido a su afición al lujo, no pudo resistir a la tentación de atacar a los desprevenidos pastores y hacerse con todos sus animales. Esta descarada ruptura de sus compromisos le proporcionó el más valioso botín que Palestina había visto durante muchas décadas, pero lanzó a Nur ed-Din a la venganza. Mientras se detuvo en Baalbek, para reducir a su emir rebelde, su general Shirkuh derrotó a algunos algareros latinos desde el Buqaia, y su hermano Nasr ed-Din derrotó a un núcleo de hospitalarios cerca de Banyas. En mayo, Nur ed-Din salió de Damasco para sitiar Banyas. Shirkuh derrotó una pequeña fuerza de socorro y se unió a su jefe ante las murallas. La parte baja de la ciudad fue pronto conquistada, pero la ciudadela, a dos millas de distancia subiendo por una montaña escarpada, resistió al mando del condestable, Hunfredo de Torón. Hunfredo estaba a punto de rendirse cuando le llegaron noticias de la aproximación del rey. Nur ed-Din prendió fuego a la parte baja de la ciudad y se retiró, dejando que Balduino entrase en Banyas y reparase sus murallas. Cuando los francos regresaban hacia el Sur, Jordán abajo, Nur ed-Din cayó sobre ellos al norte del mar de Galilea y obtuvo una gran victoria. A duras penas pudo escapar el rey hasta Safed, y los musulmanes pudieron regresar para sitiar Banyas. Pero, después de algunos días, ante las nuevas del Norte de un proyectado ataque de Kilij Arslan, Nur ed-Din renunció al intento y regresó apresuradamente a Alepo [29].

Había otras razones para desear evitar una guerra abierta en aquel

[28] *Ibid.*, págs. 324-5; Nicetas Choniates, págs. 152-4; Gregorio el Presbítero, pág. 176.

[29] Guillermo de Tiro, XVIII, 11-15, págs. 834-45; Ibn al-Qalanisi, páginas 325-6, 330-7.

momento. A principios del otoño de 1156 se produjeron varios terremotos por toda Siria. Damasco no sufrió daños graves, pero llegaron noticias de destrucciones ocurridas en Alepo y Hama, y se derrumbó un bastión en Apamea. En noviembre y diciembre hubo nuevas sacudidas, sufriendo daños la ciudad de Shaizar. Chipre y las ciudades costeras al norte de Trípoli fueron afectadas por nuevos temblores durante la primavera siguiente. En agosto de 1157 el valle del Orontes sufrió sacudidas aún más graves. Se perdieron muchas vidas en Homs y Alepo. En Hama los daños fueron tan terribles que el terremoto fue llamado por los cronistas el «terremoto de Hama». En Shaizar, la familia de los munquiditas se hallaba reunida para celebrar la circuncisión de un joven príncipe cuando las grandes murallas de la ciudadela aplastaron a todos los asistentes. La princesa de Shaizar, salvada de las ruinas, y Usama, ausente en sus misiones diplomáticas, fueron los únicos supervivientes de toda la dinastía. Tanto los musulmanes como los francos estaban demasiado ocupados en reparar las fortalezas destruidas para pensar seriamente en expediciones agresivas durante algún tiempo [30].

En octubre de 1157, dos meses después de su regreso de Banyas, Nur ed-Din cayó súbitamente enfermo y sin esperanzas en Sarmin. Creyendo que estaba agonizando insistió en que le llevaran en una litera a Alepo. Allí hizo testamento. Su hermano, Nasr ed-Din, debía sucederle en sus estados, con Shirkuh al frente de Damasco, bajo su soberanía. Pero, cuando Nasr ed-Din entró en Alepo dispuesto a hacerse cargo de la herencia, se halló con la oposición del gobernador, Ibn ed-Daya. Hubo disturbios en las calles que sólo se acallaron cuando los notables de Alepo fueron convocados junto al lecho de su príncipe y vieron que aún vivía. En efecto, la crisis había pasado y el enfermo empezó a recobrarse lentamente. Pero parecía haber perdido algo de su iniciativa y energía. No iba a ser por mucho tiempo el guerrero invicto. Otras fuerzas estaban surgiendo en Siria para dominar el escenario [31].

[30] Roberto de Torigny, I, pág. 309; Miguel el Sirio, III, págs. 315-16, versión armenia, pág. 356; *Chron. Anon. Syr.* (edic. siria), pág. 302; Ibn al-Qalanisi, págs. 338-41; Ibn al-Athir, pág. 503; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 529. Según Ibn al-Qalanisi, Nur ed-Din temía que los francos atacasen su indefensa fortaleza y mantuvo su ejército reunido para prevenir cualquier movimiento de esta índole. La elegía de Usama sobre la destrucción de su familia, con la que había regañado, se halla en Abu Shama, edición de El Cairo, vol. I, pág. 112.

[31] Guillermo de Tiro, XVII, 17, págs. 847-8; Ibn al-Qalanisi, pág. 341; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, págs. 521-2; Abu Shama, pág. 110 (en *R. H. C. Or.*).

Capítulo 16

EL REGRESO DEL EMPERADOR

> «El rey del Norte volverá a movilizar una muchedumbre más numerosa que la primera, y al cabo de cierto número de años irrumpirá con un gran ejército y con abundantes medios.»
>
> (Daniel, 11, 13.)

En 1153, cuando la atención de Nur ed-Din estaba fija en Damasco y el rey Balduino y su ejército se hallaban ante Ascalón, la princesa de Antioquía decidió su propio destino. Entre los caballeros que siguieron al rey Luis de Francia a la segunda Cruzada se hallaba el hijo más joven de Godofredo, conde de Gien y señor de Châtillon-sur-Loing. Reinaldo de Châtillon no tenían ningún porvenir en su propio país; por eso se quedó en Palestina cuando los cruzados regreson a la patria. En Tierra Santa entró al servicio del joven rey Balduino, a quien acompañó a Antioquía en 1151. La princesa viuda pronto se fijó en él. Parece ser que se quedó en el principado de ella, sin duda en posesión de algún pequeño feudo, y pudo haber sido la presencia de Reinaldo lo que indujo a la princesa a rechazar los esposos que le proponían el rey y el Emperador. En la primavera de 1153 decidió casarse con él. Antes de anunciar su intención pidió permiso al rey, pues era oficial de la guardia de su Estado y ella la soberana de su prometido. Reinaldo fue a toda prisa a Ascalón, donde acababa de establecerse el campamento del rey, y entregó el mensaje de Constanza. Balduino, sabiendo que Reinaldo era un soldado

valiente, y, sobre todo, satisfecho por ser relevado de la responsabilidad de Antioquía, no puso ningún obstáculo. En cuanto Reinaldo regresó a Antioquía, se celebró la boda, y Reinaldo se estableció como príncipe. El paso no fue popular. No sólo las grandes familias de Antioquía, sino también los súbditos más humildes de la princesa, pensaban que ésta se había degradado al entregarse a semejante advenedizo [1].

Habría sido cortés y correcto por parte de Constanza haber pedido permiso también al emperador Manuel. La noticia de la boda fue mal recibida en Constantinopla. Pero Manuel se hallaba envuelto, por entonces, en una campaña contra los seléucidas. No pudo dar expresión práctica a su ira. Consciente de sus derechos, envió por tanto a Antioquía una oferta de reconocer al nuevo príncipe, si los francos de Antioquía le ayudaban a luchar contra el armenio Thoros. Prometió una ayuda económica si el esfuerzo se llevaba a cabo debidamente. Reinaldo aceptó de grado. La aprobación imperial le fortalecería personalmente; además, los armenios habían avanzado hacia la zona de Alejandreta, que los francos reclamaban como parte del principado antioqueno. Después de una breve batalla cerca de Alejandreta, obligó a los armenios a retroceder hasta Cilicia y ofreció el territorio reconquistado a la Orden del Temple. La Orden ocupó Alejandreta, y para proteger sus accesos reconstruyó los castillos de Gastun y Baghras, que dominaban las Puertas Sirias. Reinaldo había decidido ya colaborar con los templarios, y así se inició una amistad que resultaría fatal para Jerusalén [2].

Habiéndose asegurado la tierra que deseaba, Reinaldo pidió ayuda económica al Emperador, y éste se la negó, señalando que aún no había sido hecha la tarea principal. Reinaldo cambió su política. Alentado por los templarios, concertó la paz con Thoros y sus hermanos y, mientras los armenios atacaban las pocas fortalezas bizantinas que quedaban en Cilicia, decidió mandar una expedición contra la rica isla de Chipre. Pero no tenía dinero para la empresa. El patriarca Aimery de Antioquía era muy rico, y había sido muy claro en su reprobación de la boda de Constanza. Reinaldo decidió castigarle en beneficio propio. Aimery había logrado el respeto de los an-

[1] Guillermo de Tiro, XVII, 26, pág. 802, refiere que estaba secretamente casado antes de obtener el permiso del rey. Cinnamus, pág. 178, le llama «un cierto Reinaldo»; Miguel el Sirio, versión armenia, pág. 310. Schlumberger (*Renaud de Châtillon,* pág. 3) establece su origen. La boda tuvo lugar antes de mayo, cuando Reinaldo confirmó privilegios venecianos en Antioquía (Röhricht, *Regesta,* pág. 72).

[2] Guillermo de Tiro, XVIII, 10, págs. 834-5; Miguel el Sirio, III, página 314, y el texto armenio, pág. 349, con una versión más favorable para Thoros; Bar-Hebraeus, trad. de Budge, pág. 383.

tioquenos a causa de su valor y energía en los días que siguieron a la muerte del príncipe Raimundo; sin embargo, su falta de cultura y el relajamiento de su moralidad perjudicaron su fama y le hicieron vulnerable. Reinaldo le exigió dinero, y ante su negativa, perdió la serenidad y le metió en la cárcel. Allí el prelado fue cruelmente apaleado en la cabeza. Sus heridas fueron untadas de miel, y en un día de pleno verano, encadenado, fue expuesto a toda la fuerza del sol, sobre el tejado de la ciudadela, convirtiéndose en presa de todos los insectos de las proximidades. Este trato consiguió su finalidad. El desdichado patriarca se apresuró a pagar antes de tener que someterse un día más a semejante tormento. Entretanto, la noticia del episodio llegó a Jerusalén. El rey Balduino se horrorizó y envió en el acto a su canciller, Rodolfo, y al obispo de Acre para insistir en la inmediata libertad del patriarca. Reinaldo, habiendo conseguido el dinero, le dejó marchar, y Aimery acompañó a sus libertadores a Jerusalén, donde fue recibido con los máximos honores por el rey y la reina Melisenda y su patriarca de la Ciudad Santa. Se negó a regresar a Antioquía [3].

La experiencia del patriarca irritó a los círculos francos responsables; Reinaldo, sin embargo, siguió impertérrito. Ahora podía atacar Chipre, y, en la primavera de 1156, él y Thoros hicieron un súbito desembarco en la isla. Chipre se había librado de las guerras e invasiones sufridas por el continente asiático durante el siglo anterior. Se hallaba satisfecha y próspera bajo sus gobernadores bizantinos. Medio siglo antes, los envíos de víveres chipriotas contribuyeron en gran medida en favorecer a los francos de la primera Cruzada, cuando padecían de inanición frente a Antioquía, y, aparte de disputas administrativas circunstanciales, las relaciones entre los francos y el gobierno de la isla habían sido amistosas. En cuanto se enteró del propósito de Reinaldo, el rey Balduino se apresuró a enviar un mensaje urgente para prevenir a la isla. Pero llegó demasiado tarde; no se pudieron mandar refuerzos a tiempo. El gobernador era el sobrino del Emperador Juan Comneno, y con él se hallaba en la isla el eminente soldado Miguel Branas. Cuando llegó la noticia del desembarco franco, Branas descendió a toda prisa con la milicia isleña hacia la costa y logró una pequeña victoria inicial. Pero los invasores eran demasiado numerosos. Pronto dominaron a las tropas bizantines e hicieron prisionero al militar griego, y cuando Juan Comneno acudió en su ayuda, también él fue capturado. Los francos y los armenios, victoriosos, recorrieron después la isla en todas las direcciones, robando y saqueando cualquier edificio que veían, iglesias,

[3] Guillermo de Tiro, XVIII, I, págs. 816-17; Cinnamus, pág. 181.

conventos, comercios y casas particulares. Fueron incendiadas las cosechas, raptados los rebaños y toda la población, y luego llevados hacia la costa. Las mujeres fueron violadas, y los niños y las personas demasiado viejas para ser trasladadas fueron degollados. El asesinato y la rapiña alcanzaron tal grado, que los hunos o los mongoles habrían sentido envidia. La pesadilla duró unas tres semanas. Después, ante el rumor de que había una flota imperial en alta mar, Reinaldo dio la orden de reembarque. Los barcos fueron cargados con el botín. Los rebaños para los que no había sitio fueron revendidos a elevado precio a sus propietarios. Cada chipriota fue obligado a pagar su propio rescate, y no había quedado dinero en la isla para ese fin. Por eso el gobernador y Branas, con los eclesiásticos prominentes y los principales propietarios y mercaderes, con todas sus familias, fueron llevados a Antioquía para permanecer en prisión hasta que llegase el dinero, con excepción de algunos que, mutilados, fueron enviados a Constantinopla para escarnio [4]. La isla de Chipre nunca se recuperó plenamente de la devastación ocasionada por los francos y sus aliados armenios. Los terremotos de 1157, que fueron graves en Chipre, contribuyeron a la miseria, y en 1158, los egipcios, cuya flota no se había aventurado a penetrar en aguas chipriotas desde hacía muchas décadas, realizaron algunos ataques contra la isla indefensa, tal vez sin el permiso formal del gobierno del Califa, ya que entre los prisioneros capturados se hallaba el hermano del gobernador, que fue recibido con honores en El Cairo y devuelto en seguida a Constantinopla [5].

En 1157, Thierry, conde de Flandes, regresó a Palestina con un grupo de caballeros, y en el otoño, Balduino III decidió aprovecharse de su llegada y de la enfermedad de Nur ed-Din para restablecer las posiciones francas en el Oriente medio. Reinaldo fue convencido para adherirse al ejército real en un ataque contra Shaizar. Después del desastroso terremoto de agosto, la ciudadela había caído en manos de una banda de Asesinos aventureros. El ejército cristiano llegó allí a fines del año. La parte baja de la ciudad fue inmediatamente ocupada, y la ciudadela en ruinas parecía que iba a rendirse también, cuando surgió una disputa entre los sitiadores. Balduino prometió la ciudad y su territorio a Thierry, como núcleo de un principado que pertenecería a la corona, pero Reinaldo, alegando que los munquiditas habían sido tributarios de Antioquía, exigió que Thierry le

[4] Guillermo de Tiro, XVIII, 10, págs. 834-5; Cinnamus, págs. 78-9; Miguel el Sirio, III, pág. 315, y versión armenia, pág. 350; Bar-Hebraeus, trad. de Budge, pág. 284; Gregorio el Presbítero, pág. 187, refiere que Reinaldo cortó las narices de los sacerdotes griegos que capturó.

[5] Ibn Moyessar, pág. 473.

pagase homenaje por ello. Para el conde la pretensión de pagar homenaje a un hombre de tan oscuro origen era inconcebible. Balduino sólo pudo resolver la disputa abandonando el territorio en litigio. El ejército se trasladó hacia el Norte, para ocupar las ruinas de Apamea, y puso después sitio a Harenc. Esta era innegablemente una propiedad antioquena, pero Balduino y Thierry estaban dispuestos a ayudar a Reinaldo a la reconquista en atención a su importancia estratégica. Después de un fuerte bombardeo de catapultas, capituló en febrero de 1158, y algo más tarde se encomendó a uno de los caballeros de Thierry, Reinaldo de Saint-Valery, que la gobernó en nombre del príncipe de Antioquía[6].

La conducta del príncipe de Antioquía no había sido satisfactoria, y el rey decidió dar una nueva orientación a su política. Conocía las malas relaciones de Reinaldo con el Emperador, que no estaba dispuesto a perdonar el ataque a Chipre, y sabía que el ejército bizantino era aún el más formidable de la Cristiandad. En el verano de 1157 envió una embajada a Constantinopla para pedir una novia de la familia imperial. Presidían la embajada Acardo, arzobispo de Nazaret, que murió durante el viaje, y Hunfredo II de Torón. El emperador Manuel los recibió bien. Tras algunas negociaciones, ofreció a su sobrina Teodora, con una dote de 100.000 hiperperios de oro, 10.000 más para gastos de boda y regalos por valor de otros 30.000. A cambio había que entregar a la novia Acre y su territorio, como feudo, para que lo conservase en caso de morir su esposo sin descendencia. Cuando la embajada regresó y Balduino hubo confirmado las condiciones, la joven princesa salió de Constantinopla. Llegó a Acre en septiembre de 1158 y se dirigió en seguida a Jerusalén. Allí se casó con el rey, celebrando la ceremonia el patriarca Aimery de Antioquía, ya que el patriarca electo de Jerusalén no había sido aún confirmado por el Papa. La novia tenía trece años, aunque estaba bien desarrollada y era encantadora. Balduino se sintió cautivado por ella y fue un esposo fiel, renunciando a las fáciles frivolidades de sus días de soltero[7].

Durante las negociaciones, parece ser que Manuel prometió unirse a una alianza contra Nur ed-Din, y que Balduino admitió el hecho de que Reinaldo debía ser sojuzgado. Entretanto el rey hizo una

[6] Guillermo de Tiro, XVIII, 17-19, págs. 847-53; Roberto de Torigny, I, 316; Miguel el Sirio, versión armenia, págs. 351-3; Ibn al-Qalanisi, págs. 342, 344; Reinaldo de Saint-Valery era aún barón de Jerusalén en 1160 (Röhricht, *Regesta*, pág. 94), pero volvió a Occidente poco después. Unicamente Roberto de Torigny refiere que le fue dado Harenc.

[7] Guillermo de Tiro, XVIII, 16, 22, págs. 846, 857-8; Gregorio el Presbítero, págs. 186-9; Mateo de Edesa, cclxxiii, págs. 352-3.

campaña en la frontera damascena. En marzo de 1158 él y el conde de Flandes realizaron un ataque por sorpresa contra Damasco, y el 1.° de abril pusieron sitio al castillo de Dareiya, en las afueras. Pero Nur ed-Din, ahora convaleciente, se hallaba ya de camino hacia el Sur para poner término a las intrigas que se habían producido durante su enfermedad en aquella región. Llegó a Damasco el 7 de abril, para gran contento de sus habitantes, y Balduino consideró prudente retirarse. Nur ed-Din emprendió una contraofensiva. Mientras su lugarteniente Shirkuh corría el territorio de Sidón, él atacó el castillo de Habis Jaldak, construido por los francos como avanzada al sudeste del mar de Galilea, cerca de las riberas del río Yarmuk. La guarnición se vio tan seriamente acosada que no tardó en aceptar la capitulación si no llegaba la ayuda en un plazo de diez días. Por tanto, Balduino, con el conde Thierry, salió para socorrer el castillo; pero en lugar de dirigirse derecho hacia él, tomó el camino al norte del lago que conducía a Damasco. La argucia dio resultado. Nur ed-Din temía por sus comunicaciones y levantó el sitio. Los dos ejércitos se encontraron en la aldea de Butaiha, al este del valle del Jordán superior. Nada más vislumbrar a los musulmanes, los francos atacaron, creyendo que se trataba sólo de un grupo de escuchas; pero el relincho de una mula que el rey había dado a un jeque de quien sabía que se hallaba entre los hombres de Nur ed-Din —la mula había reconocido el olor de sus antiguos amigos, los caballos francos—, les reveló que se encontraban frente a todo el ejército musulmán. Sin embargo, el ímpetu de su ataque hizo vacilar a los musulmanes. Nur ed-Din, cuya salud se hallaba aún quebrantada, fue persuadido a abandonar el campo de batalla, y al marchar él, el ejército entero dio media vuelta y se retiró con algún desorden. La victoria franca fue suficiente para convencer a Nur ed-Din a pedir una tregua. Durante los años que siguieron no hubo ninguna guerra grave en la frontera sirio-palestiniana. Tanto Balduino como Nur ed-Din pudieron dedicar su atención al Norte [8].

En el otoño de 1158, el Emperador salió de Constantinopla al frente de un gran ejército. Avanzó sobre Cilicia y, mientras las fuerzas principales seguían lentamente a lo largo de la difícil ruta costera en dirección Este, él se adelantó con un núcleo de sólo quinientos jinetes. Hizo sus preparativos con tanto secreto y llevó a cabo sus movimientos con tanta rapidez, que nadie en Cilicia sabía nada de su llegada. El príncipe armenio Thoros se hallaba en Tarso, sin sospechar lo más mínimo, cuando, de repente, cierto día, a fines de oc-

[8] Guillermo de Tiro, XVIII, 21, págs. 855-6; Ibn al-Qalanisi, págs. 346-8; Abu Shama, págs. 97-100 (dice que Balduino pidió una tregua, apoyándose probablemente en una frase equívoca de Ibn al-Qalanisi).

tubre, un peregrino latino a quien había protegido regresó a toda prisa a su corte para decirle que había visto tropas imperiales a sólo una jornada de distancia. Thoros reunió a su familia y a sus amigos íntimos, recogió su tesoro y huyó en seguida a las montañas. Al día siguiente Manuel entró en la llanura ciliciana. Mientras su cuñado Teodoro Vatatses ocupaba Tarso, él avanzó rápidamente, y en el plazo de quince días todas las ciudades de Cilicia, hasta Anazarbo, cayeron en sus manos. Pero Thoros seguía aún eludiéndole. Mientras destacamentos bizantinos despejaban los valles, él huía de pico en pico, hasta encontrar, al fin, refugio, cerca de las fuentes del Cydnus, en un despeñadero llamado Dadjig, cuyas ruinas estaban deshabitadas desde hacía varias generaciones. Sólo sus dos servidores más leales sabían dónde se hallaba oculto [9].

La llegada del Emperador aterró a Reinaldo. Sabía que no podía resistir contra el enorme ejército imperial, y le salvó su prudencia. Pues sometiéndose inmediatamente podía obtener mejores condiciones que si era derrotado en una batalla. Gerardo, obispo de Laodicea, el más perspicaz de sus consejeros, subrayó ante Reinaldo que el motivo del Emperador era más de prestigio que de conquista. Por tanto, Reinaldo envió rápidamente un mensaje a Manuel ofreciéndole la rendición de la ciudadela de Antioquía a una guarnición imperial. Cuando se dijo a su enviado que esto no era suficiente, él mismo se puso un hábito de penitente y marchó a toda prisa al campamento del Emperador, extramuros de Mamistra. Fueron llegando emisarios de todos los príncipes cercanos para saludar al Emperador: representantes de Nur ed-Din, de los Danishmend, del rey de Georgia, e incluso del Califa. Manuel hizo esperar un poco a Reinaldo. Parece que por aquel entonces recibió un mensaje del patriarca Aimery, en el destierro, proponiendo que Reinaldo debía ser llevado ante él, cargado de cadenas, y ser depuesto. Pero al Emperador le convenía más tenerlo como humilde cliente. En una sesión solemne, con el Emperador sentado en un trono en su gran tienda, sus cortesanos y los embajadores extranjeros agrupados en torno a él y los regimientos de choque del ejército cubriendo los accesos, Reinaldo se sometió. El y su séquito habían pasado por la ciudad descalzos y con la cabeza descubierta, y así se habían dirigido al campamento. Allí se postró en el polvo delante de la tarima imperial, mientras sus hombres elevaban sus manos suplicantes. Pasaron muchos minutos antes de que Manuel se dignara atenderle. Después se le concedió el perdón con tres condiciones. Siempre que se le exigiera, tenía que entregar

[9] Cinnamus, págs. 179-81; Mateo de Edesa, *loc. cit.;* Gregorio el Presbítero, pág. 187.

la ciudadela a una guarnición imperial; estaba obligado a proporcionar un contingente de hombres al ejército del Emperador, y tenía que admitir a un patriarca griego en lugar del latino. Reinaldo juró que cumpliría las condiciones. Después fue despedido y enviado a Antioquía.

La noticia de la aproximación de Manuel provocó que el rey Balduino, su hermano Amalarico y el patriarca Aimery se trasladaran rápidamente desde el Sur hacia el Norte. Llegaron a Antioquía poco después del regreso de Reinaldo. Balduino estaba algo decepcionado al saber que Reinaldo había sido perdonado, y escribió en seguida a Manuel para solicitar una entrevista. Manuel dudaba, seguramente porque creía que Balduino deseaba el principado para sí mismo. Esto pudo haber formado parte de la sugerencia de Aimery. Pero al insistir Balduino, Manuel accedió. Balduino cabalgó desde Antioquía escoltado por ciudadanos que le rogaban que les reconciliase con el Emperador. La entrevista tuvo un éxito inmenso. Manuel estaba encantado con el joven rey, a quien retuvo como huésped suyo durante diez días. Mientras discutía proyectos de alianza, Balduino consiguió un perdón para Thoros, que siguió el mismo procedimiento de Reinaldo, permitiéndosele conservar su territorio en las montañas. Seguramente debido a Balduino no insistió Manuel en el nombramiento inmediato de un patriarca griego. Aimery fue repuesto en su trono patriarcal y se reconcilió formalmente con Reinaldo. Cuando Balduino regresó a Antioquía, cargado de regalos, dejó a su hermano con el Emperador.

El domingo de Pascua, 12 de abril de 1159, Manuel llegó a Antioquía e hizo su solemne entrada en la ciudad. Las autoridades latinas intentaron mantenerle alejado diciendo que había una conspiración para asesinarle, pero él no se intimidó. Sólo insistió en que los ciudadanos le entregasen rehenes y que los príncipes latinos fueran desarmados a la procesión. El mismo llevaba una cota de malla bajo su manto. No hubo ningún incidente importante. Mientras los pendones imperiales ondeaban sobre la ciudadela, el cortejo pasó por el puente fortificado a la ciudad. En cabeza iban los soberbios varegos de la guardia imperial. Después iba el Emperador, a caballo, cubierto de un manto de púrpura y ciñiendo su cabeza con una diadema salpicada de perlas. Reinaldo, a pie, sostenía las bridas, y otros señores francos caminaban al lado del caballo. Junto a él cabalgaba Balduino, sin corona y desarmado. Seguían luego los altos funcionarios del Imperio. Dentro de las puertas esperaba el patriarca Aimery, revestido de pontifical, con todo su clero, para conducir la procesión por las calles cubiertas de alfombras y flores, primero, hasta la catedral de San Pedro, y después, hasta el palacio.

Manuel permaneció ocho días en Antioquía, y una fiesta siguió a otra. El mismo, aunque orgulloso y mayestático en las ocasiones solemnes, irradiaba un encanto y afabilidad personales que cautivaron a la muchedumbre, y la prodigalidad de sus regalos, tanto a nobles como a la gente baja, elevó el regocijo general. Como concesión a Occidente, organizó un torneo e invitó a sus compañeros a que se unieran a él en las justas. Era un jinete excelente y cumplió con honor; pero sus jefes, para los cuales la equitación era un medio y no un fin en sí mismo, resultaron menos impresionantes en comparación con los caballeros occidentales. La intimidad entre el Emperador y su sobrino consorte, el rey, se hizo más estrecha. Cuando Balduino se rompió un brazo cazando, Manuel insistió en tratar la lesión él mismo, igual que cuando actuó de consejero médico de Conrado de Alemania [10].

Esta espléndida semana señaló el triunfo del prestigio del Emperador. Pero Gerardo de Laodicea tenía razón. Se trataba de prestigio, no de conquistas. Cuando terminaron todas las fiestas, se reunió con su ejército fuera de las murallas y avanzó en dirección este hacia la frontera musulmana. Casi en seguida le salieron al encuentro embajadores de Nur ed-Din, con plenos poderes para negociar una tregua. Provocando la furia de los latinos, que habían esperado que marchase sobre Alepo, recibió a la embajada, y se iniciaron las conversaciones. Cuando Nur ed-Din ofreció dejar en libertad a todos los cautivos cristianos, hasta un número de seis mil, que se hallaban en sus prisiones, y enviar una expedición contra los turcos seléucidas, Manuel aceptó suspender la campaña.

Probablemente nunca había pensado en llevarla adelante, y aunque los cruzados y sus apologistas modernos puedan acusarle de traición, es difícil comprender qué otra cosa podía haber hecho. Para los cruzados, Siria era lo más importante; pero para Manuel sólo era una zona fronteriza más entre muchas otras y no la más vital para el Imperio. No podía arriesgarse a permanecer durante muchos meses en el punto terminal de una larga y vulnerable línea de comunicaciones, ni, por muy magnífico que fuera su ejército, arriesgarse impunemente a graves pérdidas. Además, no quería provocar el derrumbamiento del poder de Nur ed-Din. Sabía por amarga experiencia que los francos sólo le recibían bien cuando estaban asustados.

[10] Guillermo de Tiro, XVIII, 23-5, págs. 859-64; Cinnamus, págs. 181-90; Nicetas Choniates, págs. 141-5; Prodromus, en *R. H. C. G.*, II, págs. 752, 766; Mateo de Edesa, cclxxiv, págs. 354-5; Gregorio el Presbítero, págs. 188-9; Vahram, *Crónica Rimada*, pág. 505; Ibn al-Qalanisi, págs. 349, 353. Véase también La Monte, «To what extent was the Byzantine Empire the Suzerain of the Crusading States?», en *Byzantion*, vol. VII.

Hubiese sido necio destruir la principal fuente de su temor. Y la alianza de Nur ed-Din era un tanto valiosa en las guerras contra un enemigo mucho más peligroso, los turcos de Anatolia. Pero, según demostraron los acontecimientos posteriores, daría ayuda para impedir la conquista de Egipto por Nur ed-Din, pues ello destruiría fatalmente el equilibrio. Tal vez, de haber sido menos precipitado, hubiese obtenido mejores condiciones. Pero había recibido noticias alarmantes acerca de una conspiración en Constantinopla y sobre conflictos en su frontera europea. No podía arriesgarse en ningún caso a permanecer más tiempo en Siria [11].

Sin embargo, su tregua con Nur ed-Din fue un error psicológico. Durante algún tiempo los francos estuvieron dispuestos a aceptarle como jefe, pero él se había mostrado —lo que hombres más prudentes habrían previsto— más interesado por la suerte de su Imperio que por la de los cruzados. Tampoco sintieron mucho alivio con la libertad de los cautivos cristianos. Entre ellos estaban algunos guerreros locales importantes, como el gran maestre del Temple, Beltrán de Blancfort; sin embargo, en su mayoría eran alemanes capturados durante la segunda Cruzada, y entre ellos se hallaba también el pretendiente de Trípoli, Beltrán de Tolosa, cuya reaparición hubiese sido comprometida de no haber salido del cautiverio con la salud tan quebrantada [12].

Cuando se concertó la tregua, el Emperador y su ejército se retiraron hacia el Oeste, lentamente al principio, después con mayor celeridad, a medida que iban siendo más alarmantes las noticias que llegaban de la capital. Algunos de los seguidores de Nur ed-Din intentaron hostigar al ejército en contra de los deseos de su señor, y cuando, para ganar tiempo, atajó por territorio seléucida, se produjeron escaramuzas con las tropas del sultán. Pero el ejército llegó intacto a Constantinopla a fines de verano. Después de unos tres meses, Manuel pasó de nuevo al Asia para combatir a los seléucidas, ensayando contra ellos una táctica nueva más ágil. Entretanto, sus emisarios estaban preparando la coalición contra el sultán seléucida Kilij Arslan II. Nur ed-Din, muy aliviado por la partida de Manuel, avanzó sobre territorio seléucida desde el Eufrates medio. El príncipe danishmend Yakub Arslan atacó desde el Nordeste con tanto éxito que el sultán tuvo que cederle las tierras en torno

[11] Guillermo de Tiro, XVIII, 25, pág. 864 (no culpa en modo alguno al emperador); Otón de Freisingen, *Gesta Friderici*, pág. 229; Cinnamus, páginas 188-90; Gregorio el Presbítero, págs. 190-1; Mateo de Edesa, cclxxv, págs. 355-8; Ibn al-Qalanisi, págs. 353-5.

[12] Guillermo de Tiro, *loc. cit.;* Cinnamus, pág. 188, menciona especialmente «τὸν Σαγγέλη υἱέα» (el hijo de Saint Gilles) y «τὸν τέμπλου μαίστορα».

de Albistan, en el Antitauro. Entretanto, el general bizantino Juan Contostephanus reunió las levas que Reinaldo y Thoros estaban obligados a proporcionar por el tratado y, con un contingente de pechenegos, organizado por Manuel en Cilicia, avanzó por les desfiladeros del Tauro; y Manuel y el ejército imperial principal, reforzado por tropas enviadas por el príncipe de Servia y por peregrinos francos reclutados cuando sus barcos entraron en Rodas, barrió el valle del Meandro. El sultán tuvo que dividir sus fuerzas. Cuando Contostephanus obtuvo una completa victoria sobre los turcos que fueron enviados para oponerse a él, Kilij Arslan abandonó la lucha. Escribió al Emperador, ofreciéndole, a cambio de la paz, la devolución de todas las ciudades griegas ocupadas en los años recientes por los musulmanes; procurar que las fronteras fueran respetadas y que cesaran las algaradas, y proporcionar un regimiento para combatir con el ejército imperial siempre que pudiera ser necesario. Manuel aceptó las condiciones, pero retuvo como garantía a Shahinshah, el hermano rebelde del sultán, que había acudido a él en busca de protección. Así, para confirmar el tratado, Kilij Arslan envió a su canciller cristiano, Cristóforo, a Constantinopla, con el fin de proponer una visita oficial a la corte imperial. Las hostilidades acabaron en el verano de 1161, y en la primavera siguiente Kilij Arslan fue recibido en Constantinopla. Las ceremonias fueron magníficas. Al sultán, tratado con enormes honores y abrumado de regalos, se le consideró como vasallo. La noticia de la visita impresionó a todos los príncipes de Oriente [13].

Bajo esta luz debemos juzgar la política oriental de Manuel. Había ganado una importante batalla para su prestigio y había sojuzgado, temporalmente al menos, a los seléucidas, amenaza principal de su Imperio. Su victoria proporcionó a los francos algunas ventajas. Nur ed-Din no había sido vencido, pero sí atemorizado. Ya no intentaría un ataque directo contra territorio cristiano. Al mismo tiempo, la paz con los seléucidas volvió a abrir el camino por tierra a los peregrinos de Occidente. Aumentó su número, y el que no llegaran más se debió a la política occidental, a las guerras entre los Hohenstaufen y los partidarios del Papa en Alemania e Italia y a las luchas de Capetos y Plantagenets en Francia. Pero, aunque Bizancio seguiría ejerciendo la influencia preponderante durante los próximos veinte años en el norte de Siria, sus verdaderos partidarios entre los francos fueron muy pocos.

Los acontecimientos en 1160 demostraron la naturaleza y el va-

[13] Cinnamus, págs. 191-201, 204-8; Nicetas Choniates, págs. 152-64; Gregorio el Presbítero, págs. 193-4, 199; Mateo de Edesa, cclxxxii, pág. 364; Miguel el Sirio, III, pág. 320; *Chron. Anon. Syr.*, pág. 302; Ibn al-Athir, pág. 544.

lor de la soberanía imperial sobre Antioquía. El rey Balduino había vuelto al Sur y estaba entregado a algunas algaradas menores en territorio damasceno, beneficiándose de las preocupaciones de Nur ed-Din en el Norte, cuando se enteró de que Reinaldo había sido hecho prisionero por Nur ed-Din. En noviembre de 1160, la oportunidad del paso de los rebaños, habitual en esta estación, desde las montañas del Antitauro a la llanura del Eufrates, tentó al príncipe a hacer una incursión por el valle del río. Cuando regresaba, obligado a mayor lentitud por el ganado, los camellos y los caballos que había capturado, cayó en una emboscada tendida por el gobernador de Alepo, Majd ed-Din, hermanastro de Nur ed-Din. Peleó con arrojo, pero sus hombres fueron vencidos, y él mismo, privado de su caballo, cayó prisionero. Fue enviado con sus compañeros, atado, a lomo de camello, a Alepo, donde iba a permanecer en prisión durante dieciséis años. Ni el Emperador ni el rey de Jerusalén, ni siquiera la gente de Antioquía, demostraron ninguna prisa por rescatarle. En la prisión encontró al joven Joscelino de Courtenay, conde titular de Edesa, que había sido capturado en una algarada algunos meses antes [14].

La eliminación de Reinaldo suscitó un problema constitucional en Antioquía, donde reinaba como esposo de la princesa Constanza. Ella reclamaba ahora que el poder revirtiese sobre ella, pero la opinión pública apoyaba los derechos del hijo habido en su primer matrimonio, Bohemundo, apodado el Tartamudo, que no tenía, sin embargo, más que quince años. Era una situación parecida a la de la reina Melisenda y Balduino III en Jerusalén unos años antes. No había ningún peligro inmediato, ya que el miedo que Nur ed-Din tenía a Manuel le contuvo de atacar Antioquía. Pero había que dotar de un gobierno efectivo a la ciudad. Hablando con rigor, el Emperador, en su calidad de soberano reconocido de Antioquía, tenía que plantear la cuestión. Pero Manuel estaba lejos y los antioquenos no le habían reconocido sin reserva. Los príncipes normandos de Antioquía se habían considerado como príncipes soberanos, pero las frecuentes minoridades entre sus sucesores obligaron a los reyes de Jerusalén a intervenir, más como parientes que como soberanos. Había surgido, sin embargo, en Antioquía un sentimiento que consideraba al rey como soberano, y, sin duda, Manuel había sido aceptado tan fácilmente porque Balduino estaba presente para dar su aprobación al acuerdo. El pueblo de Antioquía dirigía ahora sus miradas a Balduino y no a Manuel en busca de una solución. Fue a Antioquía in-

[14] Guillermo de Tiro, XVIII, 28, págs. 868-9; Mateo de Edesa, cclxxxi, págs. 363-4; *Chron. Anon. Syr.*, pág. 302; Gregorio el Presbítero, pág. 308; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 533; Cahen (*op. cit.*, pág. 405, n. 1) ofrece nuevas fuentes y analiza la topografía.

vitado por la ciudad, declaró a Bohemundo III príncipe legítimo y confió el gobierno al patriarca Aimery hasta que el príncipe fuese mayor de edad. La decisión desagradó a Constanza, y el método desagradó a Manuel. La princesa recurrió pronto a la corte imperial [15].

A fines del año 1159, la emperatriz Irene, nacida Berta de Sulzbach, murió, dejando sólo una hija. En 1160, una embajada presidida por Juan Contostephanus, acompañada por el intérprete principal de la corte, el italiano Teofilacto, llegó a Jerusalén para pedir al rey que nombrase una princesa de Ultramar en estado de merecer como prometida para el Emperador viudo. Había dos candidatas: María, hija de Constanza de Antioquía, y Melisenda, hija de Raimundo II de Trípoli, ambas primas de Balduino y las dos célebres por su belleza. Desconfiando de una alianza familiar íntima entre el Emperador y Antioquía, Balduino propuso a Melisenda. Los embajadores prosiguieron a Trípoli para informar a la princesa, a la que todo el Oriente franco saludó como futura emperatriz. Raimundo de Trípoli, con orgullo, decidió dar a su hermana una cuantiosa dote y gastar enormes sumas en su equipo. Recibió gran cantidad de regalos de su madre, Hodierna, y de su tía la reina Melisenda. Los caballeros de todas las partes se apresuraron a ir a Trípoli con la esperanza de ser invitados a la boda. Pero no llegaba ninguna confirmación de Constantinopla. Los embajadores enviaron a Manuel relatos insinuantes e íntimos sobre la persona de Melisenda, pero también recogían un rumor acerca de su nacimiento, basado en la conocida riña de su madre con su padre. Parece ser que no hubo de hecho ninguna duda sobre su legitimidad, pero los rumores hicieron vacilar al Emperador. Después supo la intervención de Balduino en Antioquía y recibió el llamamiento de Constanza. A principios de verano de 1161, Raimundo, impaciente, envió a uno de sus caballeros, Otón de Risberg, a Constantinopla para averiguar lo que se tramaba allí. Hacia agosto, Otón regresó con la noticia de que el Emperador repudiaba el compromiso [16].

El golpe y la humillación fueron demasiado para Melisenda. Cayó postrada y pronto se extinguió, como la *Princesse Lointaine* del idilio francés medieval. Su hermano Raimundo estaba furioso. Exigió

[15] Guillermo de Tiro, XVIII, 30, pág. 874; Miguel el Sirio, III, pág. 324, refiere que Thoros depuso a Constanza del gobierno de Antioquía.

[16] Guillermo de Tiro, XVIII, 30, págs. 874-6; Cinnamus, págs. 208-10, dice que la salud de Melisenda era poco satisfactoria, además de los rumores acerca de su legitimidad. Se menciona a Melisenda como «futurae Imperatricis Constantinopolitanae» en la Carta privilegio del 31 de julio de 1161, cuando se concedió Transjordania a Felipe de Milly. Ella y su hermano estaban entonces con el rey en Nazaret (Röhricht, *Regesta,* pág. 96).

violentamente que se le reembolsaran las sumas que había gastado en su equipo, y cuando esto le fue negado equipó las doce galeras que había preparado para escoltar a su hermana a Constantinopla como barcos de guerra y las mandó saquear las costas de Chipre[17]. El rey Balduino, que se hallaba con sus primos esperando las noticias, se alarmó seriamente, sobre todo cuando los embajadores bizantinos recibieron órdenes de ir a Antioquía. Salió tras ellos y halló en Antioquía una espléndida embajada del Emperador, encabezada por Alejo Brienio Comneno, hijo de Ana Comneno, y el prefecto de Constantinopla, Juan Camaterus. Ya habían negociado un contrato matrimonial entre su señor y la princesa María de Antioquía, y la presencia de los embajadores fue suficiente para establecer a Constanza en el gobierno del principado. Balduino tuvo que aceptar la situación. María, que era más encantadora aún que su prima Melisenda, zarpó de San Simeón en septiembre, orgullosa de ser emperatriz, y feliz, en su ignorancia, del destino que la esperaba. Se casó con el Emperador, en diciembre, en la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, y la unión fue bendecida por los tres patriarcas: Lucas de Constantinopla, Sofronio de Alejandría y el patriarca titular de Antioquía, Atanasio II[18].

Balduino comprendió el valor de una alianza bizantina, pero el éxito de Manuel en el Norte cristiano había sido mayor de lo que deseaba y menos eficaz contra Nur ed-Din, aunque mantuvo tranquilos a los musulmanes durante los dos años siguientes. Después de su fracaso diplomático en la cuestión de la boda del Emperador, el rey regresó a su reino. Allí su gobierno se desarrolló tranquilamente desde que su madre cayó del poder. Resurgió en 1157 para presidir un consejo de regencia, cuando Balduino se hallaba lejos en las guerras, y conservó el patrocinio eclesiástico en sus manos. Cuando, en noviembre de 1157, murió el patriarca Fulquerio, aseguró el nombramiento como sucesor de un sencillo clérigo a quien conocía, Amalarico de Nesle, cultivado, aunque nada mundano ni práctico. Hernes, arzobispo de Cesarea, y Rodolfo, obispo de Belén, se opusieron a su elevación, y Amalarico tuvo que enviar a Federico, obispo de Acre, a Roma para asegurar el apoyo del Papa. El tacto de Federico y, según se insinuó, sus sobornos obtuvieron la confirmación de la Curia papal[19]. En su patrocinio eclesiástico, Melisenda fue secundada por

[17] Guillermo de Tiro, XVIII, 31, 33, págs. 876, 878-9.

[18] *Ibid.*, XVIII, 31, págs. 875-6; Cinnamus, págs. 210-11; Nicetas Choniates, pág. 151, hace una gran alabanza de la belleza de la nueva emperatriz.

[19] Guillermo de Tiro, XVIII, 20, pág. 854; Röhricht, *Regesta*, págs. 88, 94, ofrece ejemplos de las caridades religiosas de Melisenda en los años 1159 y 1160.

su hijastra, Sibila de Flandes, que se negó a regresar a Europa con su marido, Thierry, en 1158, ingresando como monja en la abadía que Melisenda había fundado en Betania. Cuando Melisenda murió en septiembre de 1161, mientras el rey estaba en Antioquía, Sibila heredó su influencia en la familia real y en la Iglesia hasta que le llegó su propia muerte cuatro años después[20].

Mientras pasaba por Trípoli, el rey Balduino enfermó. El conde de Trípoli envió a su propio médico, el sirio Barac, para cuidarle, pero el rey empeoró. Siguió hasta Beirut, y en esta ciudad, el 10 de febrero de 1162, murió. Había sido un hombre de constitución fuerte, cuya tez rosada y poblada barba rubia delataban buena salud y virilidad, y todo el mundo creía que las drogas de Barac le habían envenenado. Tenía treinta y tres años. De haber vivido más habría sido un buen rey, pues tenía energía y una visión perspicaz y un encanto personal irresistible. Poseía buena cultura y era estudioso tanto en historia como en derecho. Sus súbditos le lloraron amargamente, e incluso los campesinos musulmanes descendieron de las colinas para rendir homenaje a su cuerpo en el cortejo fúnebre que avanzaba lentamente hacia Jerusalén. Algunos de los amigos de Nur ed-Din sugirieron al atabek que ahora había llegado el momento de atacar a los cristianos. Pero él, que acababa de regresar de una peregrinación muchas veces aplazada a La Meca, se negó a molestar a un pueblo dolorido por la pérdida de tan gran príncipe[21].

[20] Guillermo de Tiro, *loc. cit.*, menciona la participación de Sibila. Ernoul, pág. 21, acerca de la negativa de Sibilia a abandonar Tierra Santa.

[21] Guillermo de Tiro, XVI, 2, págs. 705-6, un bosquejo del carácter de Balduino III.

Capítulo 17

EL SEÑUELO DE EGIPTO

«No, sino que iremos a la tierra de Egipto.»

(Jeremías, 42, 14.)

Balduino III no dejó descendientes. Su esposa griega, Teodora, sólo tenía dieciséis años cuando quedó viuda. El heredero del reino era su hermano Amalarico, conde de Jaffa y Ascalón. Ocho días después de la muerte de Balduino fue coronado rey por el patriarca Amalarico. Hubo, sin embargo, algún problema sobre la sucesión. Los barones no querían abandonar su derecho de elección, si bien no había otro candidato posible. Lo consideraron como un auténtico agravio. Algunos años antes, Amalarico se había casado con Inés de Courtenay, hija de Joscelino II de Edesa. Era prima tercera suya, y se hallaba, por tanto, dentro de los grados de parentesco prohibidos por la Iglesia; el patriarca se había negado a confirmar el matrimonio. Existían otras razones para rechazar a Inés. Era considerablemente mayor que Amalarico. Su primer marido, Reinaldo de Marash, había sido asesinado en 1149, cuando Amalarico tenía trece años, y su reputación en cuanto a castidad no era buena. El patriarca y los barones exigieron que el matrimonio fuese anulado. Amalarico accedió en seguida, pero insistió en que debían ser reconocidos la legitimidad y los derechos a heredar de sus dos hijos, Balduino y Sibila [1].

[1] Guillermo de Tiro, XIX, 1, 4, págs. 883-4, 888-90. Roberto de Torigny, I, pág. 309, fecha la boda de Amalarico en 1157. Para el primer marido de

Amalarico tenía entonces veinticinco años. Era alto y hermoso como su hermano, con la misma tez sonrosada y la poblada barba rubia, aunque los exigentes lo consideraban demasiado rollizo de pecho. Era menos instruido, aunque estaba bien enterado en cuestiones legales. Mientras su hermano gustaba de hablar, él tartamudeaba un poco y era taciturno, aunque se entregaba a frecuentes paroxismos de carcajadas, lo que menoscababa algo su dignidad. Nunca fue tan popular como su hermano, ni poseía su encanto y su franqueza, y su vida privada carecía de mérito[2]. Sus condiciones de político se pusieron de manifiesto algunos meses después de su subida al trono, cuando Gerardo, señor de Sidón y Beaufort, desposeyó a uno de sus vasallos sin causa adecuada y el vasallo apeló a la corona. Amalarico insistió en que el caso debía llevarse ante el Tribunal Supremo del reino. Después aprobó un *Assise,* basado en algunos otros precedentes, que autorizaba a los vasallos a apelar contra su señor ante el Tribunal Supremo. Si el señor no se presentaba ante el Tribunal, el caso se sentenciaba por defecto, y el vasallo era repuesto. Esta ley, al crear una relación directa entre los vasallos de los feudatarios y el rey, al que ellos tenían que rendir homenaje, daba inmenso poder a un rey enérgico que dominase el Tribunal Supremo. Pero el Tribunal Supremo, a su vez, estaba compuesto de miembros de la misma clase contra los cuales se dirigía la ley. Si el rey era débil podía utilizarse contra el monarca, aplicándola a los feudatarios del patrimonio real[3]. Este *Assise* fue seguido de otros que regulaban las relaciones del rey con sus vasallos.

Cuando sintió consolidada su autoridad real en su país, Amalarico pudo consagrarse a los asuntos exteriores. En lo relativo al Norte, estaba dispuesto a sacrificar Antioquía a los bizantinos. Hacia fines de 1162 hubo disturbios en Cilicia que siguieron al asesinato de Esteban, hermano de Thoros, cuando se hallaba de camino para asistir a un banquete que ofrecía el gobernador imperial Andrónico.

Inés, véase *supra,* pág. 300. Los continuadores de Guillermo de Tiro la odiaban intensamente con buenas razones (v. *infra,* págs. 367-368). Es posible que hayan exagerado sus faltas, pero es poco probable que sólo la lejana consanguinidad hiciera a los barones insistir en el divorcio. Según Guillermo, el parentesco fue señalado por la abadesa Estefanía, hija de Joscelino I, y por María de Salerno; pero tenía que ser sobradamente notorio que Balduino I y Joscelino I eran primos, y el patriarca ya se había negado a bendecir las nupcias. Inés nació probablemente en 1133; el primer esposo de su madre, Beatriz, murió en 1132, y se casó con Joscelino de Edesa muy poco después.

[2] Guillermo de Tiro, XIX, 2-3, págs. 884-8.

[3] Para este importante *Assise,* véase *supra,* pág. 277. La Monte, *Feudal Monarchy,* págs. 22-3, 99, 153; véase también Grandclaude, «Liste d'Assises de Jérusalem», en *Mélanges Paul Fournier,* págs. 329 y sigs. Fecha este *Assise* en 1166 y enumera los otros *assises* que pueden atribuirse a Amalarico.

Thoros, que tenía sus razones particulares para desear la eliminación de Esteban, acusó a Andrónico de complicidad y barrió Mamistra, Anazarbo y Vahka, sorprendiendo y asesinando a las guarniciones griegas. Amalarico se apresuró a ofrecer apoyo al Emperador, que sustituyó a Andrónico por un general hábil, húngaro de nacimiento, Constantino Coloman. Este llegó con fuerzas más numerosas a Cilicia, y Thoros se retiró, dando excusas, a las montañas [4]. Bohemundo de Antioquía tenía entonces dieciocho años y, por tanto, estaba en edad de gobernar. Deseosa de conservar el poder, Constanza recurrió a Coloman en solicitud de ayuda militar. El rumor de su llamamiento provocó tumultos en Antioquía. Constanza fue desterrada y Bohemundo III ocupó su lugar. La princesa murió poco después [5]. El Emperador no hizo ninguna objeción al cambio de régimen, probablemente porque Amalarico dio garantías de que sería respetada su soberanía. Pero como salvaguardia invitó al segundo hijo de Constanza, Balduino, y después a los hijos que tuvo con Reinaldo, a ir a Constantinopla. Balduino se incorporó al ejército imperial y murió en el campo de batalla [6]. Mientras el rey Amalarico apoyaba francamente a los bizatinos, escribió al mismo tiempo al rey Luis VII de Francia para preguntar si había alguna esperanza de mandar ayuda a los latinos de Siria [7].

Fue necesaria la buena voluntad bizantina para que Amalarico llevase a cabo su ambición política principal, que era el dominio de Egipto. La existencia de los estados latinos dependía, como él bien comprendió, de la desunión entre sus vecinos musulmanes. La Siria musulmana estaba ahora unida; pero, en tanto Egipto se hallase en enemistad con Nur ed-Din, la situación no era desesperada. El Califato fatimita estaba, sin embargo, en tal decadencia que su fin parecía inminente. Era esencial que no cayese en manos de Nur ed-Din. Desde la pérdida de Ascalón hubo un caos creciente en la corte del Califa. El visir Abbas sobrevivió un año al desastre. Su hijo Nasr era el favorito del joven califa al-Zafir, y su intimidad dio

[4] Cinnamus, pág. 227; Gregorio el Presbítero, pág. 200; Sembat el Condestable, pág. 621; Miguel el Sirio, III, pág. 319; versión armenia, págs. 349-56.

[5] Miguel el Sirio, III, pág. 324, confirmado por *Chron. Anon. Syr.* Parecen fundir los acontecimientos de 1160 y 1162-3. Ughelli, *Italia Sacra,* VII, página 203, cita un privilegio de 1167 donde Bohemundo III se llama a sí mismo «príncipe de Antioquía, señor de Laodicea y Gibel». Como Laodicea y Jabala eran feudos de su madre, es de suponer que ella había muerto.

[6] Para Balduino, véase *infra,* pág. 374. La hija de Constanza y Reinaldo, Inés, se casó posteriormente con el pretendiente húngaro Alejo o Bela III, que llegó a ser rey de Hungría en 1173 (Nicetas Choniates, pág. 221).

[7] Cartas de Amalarico, ed. Bouquet, *R. H. F.*, vol. XVI, págs. 36-7, 39-40. La segunda carta habla de la amenaza bizantina a Antioquía. Bohemundo III escribió hacia la misma época al rey Luis *(ibid.,* págs. 27-8).

origen a rumores escandalosos. Esto enfureció a Abbas, no por motivos morales, sino porque sospechaba con razón que al-Zafir pensaba enzarzar al hijo contra él. Usama, que se hallaba aún en la corte, supo que Nasr había accedido, en efecto, a asesinar a Abbas. Se apresuró a reconciliarlos y pronto persuadió a Nasr que mejor sería matar en lugar del padre al Califa. Nasr invitó a su benefactor a una orgía nocturna en su casa y allí lo apuñaló. Abbas fingió creer que los asesinos eran los propios hermanos del Califa. Los condenó a muerte, y, mientras se quedaba él mismo con el tesoro del Califa, instaló en el trono al joven hijo de al-Zafir, al-Fa'iz, un muchacho de cinco años, que fue testigo de la muerte de sus tíos y que después sufrió de convulsiones crónicas. Las princesas de la familia sospechaban la verdad y apelaron al gobernador del Egipto superior, Ibn Ruzzik, armenio de nacimiento, para que las socorriese. Avanzó sobre El Cairo y se ganó a los oficiales de la guarnición. Abbas y Nasr cogieron su tesoro y, el 29 de mayo de 1154, huyeron de la capital, llevándose a Usama, que había empezado a intrigar con Ibn Ruzzik. Cuando salían de los desiertos de Sinaí, las tropas francas de Montreal cayeron sobre ellos. Usama salió con vida y finalmente llegó a Damasco. Pero Abbas fue asesinado, y Nasr y todo su tesoro, capturados. Nasr fue entregado a los templarios y en seguida anunció su deseo de hacerse cristiano. Pero la corte de El Cairo ofreció a la Orden sesenta mil denarios por su persona, por lo que se suspendió su catequesis y se le envió, cargado de cadenas, a El Cairo. En la capital, las cuatro viudas del Califa difunto lo mutilaron personalmente. Después fue ahorcado y su cuerpo permaneció colgado durante dos años en la puerta de Zawila [8].

Ibn Ruzzik gobernó hasta 1161. En 1160 el Califa niño murió, sucediéndole su primo, de nueve años, al-Adid, que al año siguiente fue obligado a casarse con la hija de Ibn Ruzzik. Pero la tía del Califa, la hermana de al-Zafir, desconfiaba de la ambición del visir. Convenció a sus amigos para que lo apuñalaran en el salón del palacio. Antes de morir, en septiembre de 1161, tuvo fuerza bastante para llamar a la princesa a su presencia y la mató. Su hijo, al-Adil, le sucedió como visir y gobernó durante quince meses. Luego él a su vez fue derrocado y asesinado por el gobernador del Egipto superior, Shawar, que le sobrevivió durante ocho meses, hasta agosto de 1163, fecha en que fue depuesto por su chambelán árabe, Dhirgham. Este, para consolidar su poder, mató a todos los que temía

[8] Usama, ed. por Hitti, págs. 43-54 (su versión no oculta completamente sus versátiles deslealtades); Ibn al-Athir, págs. 492-3; Guillermo de Tiro, XVIII, 9, págs. 832-4. Para la historia de Egipto en este período, véase Wiet, *L'Egypte Arabe*, págs. 191 y sigs.

que se opondrían a su ambición, lo que dejó al ejército egipcio casi por completo sin oficiales veteranos [9].

En 1160 Balduino III amenazó invadir Egipto y se le hizo desistir de ello mediante la promesa de un tributo anual de 160.000 denarios. Este tributo no se pagó nunca, y en septiembre de 1163 Amalarico aprovechó este pretexto para un súbito ataque contra Egipto. Cruzó el istmo de Suez sin dificultad y puso sitio a Pelusio. Pero el Nilo estaba creciendo y, al romper uno de los dos diques, Dhirgham le forzó a retirarse [10]. Su intervención había sido advertida por Nur ed-Din, que se benefició de su ausencia atacando el más débil de los estados cruzados, Trípoli. Invadió el Buqaia para poner sitio al castillo del Krak, que dominaba la estrecha planicie. Afortunadamente para los francos, Hugo, conde de Lusignan, y Godofredo Martel, hermano del conde de Angulema, con sus séquitos, pasaron por Trípoli, de regreso de su peregrinación a Jerusalén. Se unieron al conde Raimundo, y un llamamiento urgente a Antioquía no sólo hizo que acudiera, desde el Norte, Bohemundo III, sino también el general imperial Constantino Coloman. El ejército cristiano unido avanzó rápidamente por las colinas y sorprendió a los musulmanes en su campamento delante del Krak. Después de una breve batalla, en la cual se distinguieron especialmente Coloman y sus tropas, Nur ed-Din y sus hombres huyeron en desorden a Homs. Allí Nur ed-Din reagrupó su ejército y recibió refuerzos. Los cristianos, por tanto, abandonaron la persecución [11].

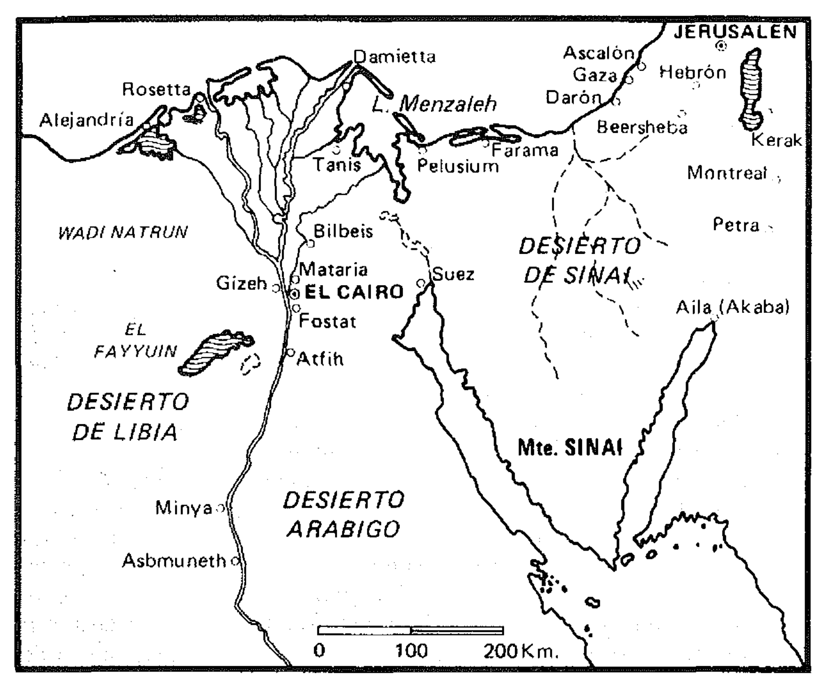
Poco después, el ex-visir Shawar, que se había escapado de Egipto, apareció en la corte de Nur ed-Din y se ofreció, si Nur ed-Din quería enviar un ejército para establecerle en El Cairo, a pagar los gastos de una campaña, ceder zonas en la frontera, reconocer la soberanía de Nur ed-Din y proporcionarle un tributo anual de un tercio de sus rentas territoriales. Nur ed-Din vaciló. Temía arriesgar un ejército a través de los caminos dominados por los francos o por Transjordania. Hasta abril de 1164, después de buscar consejo abriendo al azar el Corán, ordenó a su más fiel lugarteniente, Shirkuh, que partiera con un gran destacamento y marchara con Shawar por el desierto, mientras él mismo realizaba un ataque de diversión contra Banyas. Con Shirkuh iba su sobrino Saladino, hijo de Najm ed-

[9] Ibn al-Athir, pág. 529; Abu Shama, pág. 107.

[10] Guillermo de Tiro, XIX, 5, págs. 890-1; carta de Amalarico, *R. H. F.*, vol. XVI, págs. 59-60. Asegura al rey Luis que Egipto podría ser conquistado con sólo una pequeña ayuda; Miguel el Sirio, III, pág. 317.

[11] Guillermo de Tiro, XIX, 8, págs. 894-5; Ibn al-Athir, pág. 531, y *Atabegs*, págs. 207-9; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 534. Miguel el Sirio, III, pág. 324. Ibn al-Athir habla de los bizantinos como del mejor elemento en el ejército cristiano.

Din Ayub, hombre joven de veintisiete años, que no tenía demasiados deseos de unirse a la expedición. Dhirgham, en su terror, solicitó ayuda de Amalarico, pero Shirkuh avanzó con tal rapidez, que había pasado el istmo de Suez antes de que los francos estuvieran prestos a intervenir. El hermano de Dhirgham, con las pocas tropas que pudo reunir, fue derrotado cerca de Pelusio. A fines de mayo de 1164 Shawar quedó repuesto en El Cairo y Dhirgham fue ejecutado [12].



Egipto en el siglo XII.

Repuesto en el poder, Shawar repudió su convenio y pidió a Shirkuh que regresara a Siria. Shirkuh se negó, y ocupó Bilbeis. Shawar recurrió entonces al rey Amalarico, y le pidió que se diera prisa, ofreciéndole mil denarios por cada una de las veintisiete etapas del viaje desde Jerusalén al Nilo y prometiendo otro regalo a los caba-

[12] Guillermo de Tiro, XIX, 5, 7, págs. 891-2; Abu Shama, pág. 107; Ibn al-Athir, pág. 533, y *Atabegs,* págs. 215-6; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, páginas 46-8.

lleros del Hospital que le acompañaran y los gastos de forraje para sus caballos. Después de dejar su reino bien acondicionado para la defensa, Amalarico avanzó rápidamente a principios de agosto sobre Faqus, en el Nilo. En este punto se le unió Shawar, y avanzaron para sitiar a Shirkuh en Bilbeis. La fortaleza resistió durante tres meses, y se hallaba a punto de capitular, cuando Amalarico, que recibió noticias de Siria, decidió levantar el sitio a condición de que Shirkuh evacuase Egipto. Shirkuh aceptó, y los dos ejércitos, el franco y el sirio, marcharon por caminos paralelos a través de la península de Sinaí, dejando a Shawar el control de su reino. De su gente, Shirkuh fue el último en salir. Cuando deseó buen viaje a los francos, uno de ellos, recién llegado a Oriente, le preguntó si no temía alguna traición. Shirkuh respondió, orgulloso, que todo su ejército le vengaría, y el franco respondió galantemente que ahora comprendía por qué Shirkuh gozaba de tan alta fama entre los cruzados [13].

Las noticias que habían originado el apresurado regreso de Amalarico a su reino procedían de Antioquía. Cuando supo que Amalarico había salido hacia Egipto, Nur ed-Din atacó el principado del Norte y puso sitio a la fortaleza clave de Harenc. Le acompañaban el ejército de su hermano de Mosul y tropas de los príncipes ortóquidas del Diarbekir, Mardin, Diert y Kir. Mientras el señor de Harenc, Reinaldo de Saint-Valery, inició una valerosa defensa, el príncipe Bohemundo recurrió a Raimundo de Trípoli, Thoros de Armenia y Constantino Coloman para que vinieran en su ayuda. Salieron juntos a mediados de agosto. Ante las noticias de su llegada, Nur ed-Din levantó el sitio. Se nos cuenta que tenía un miedo especial a la presencia del contingente bizantino. Cuando se retiraba, Bohemundo, que tenía unos seiscientos caballeros, decidió seguir en su persecución, en contra del consejo de Reinaldo de Saint-Valery, pues el ejército musulmán era mucho más numeroso. Los ejércitos entraron en contacto el 10 de agosto, cerca de Artah. Haciendo caso omiso de Thoros, Bohemundo atacó en seguida y, cuando los musulmanes fingieron la huida, se abalanzó de golpe contra ellos y sólo logró caer en una emboscada y verse cercado, con sus caballeros, por el ejército de Mosul. Thoros y su hermano Mleh, que habían sido más cautos, escaparon del campo de batalla, aunque el primero no se libraría del cautiverio. El resto del ejército cristiano cayó en manos de los musulmanes y muchos de sus hombres resultaron muertos. Entre los prisioneros se hallaban Bohemundo, Raimundo de Trípoli, Constantino

[13] Guillermo de Tiro, XIX, 7, págs. 893-4; Ibn al-Athir, págs. 534-6, y *Atabegs*, págs. 217-9; Abu Shama, pág. 125.

Coloman y Hugo de Lusignan. Fueron encadenados y conducidos a Alepo [14].

Los consejeros de Nur ed-Din le apremiaban a avanzar contra la indefensa ciudad de Antioquía. Pero él se negó. Opinaba que si avanzaba hacia Antioquía, los griegos podrían enviar rápidamente una guarnición a la ciudadela y, aunque pudiera tomar la ciudad, la ciudadela podría resistir hasta que llegara el Emperador. Consideró que era más conveniente en aquella zona la conversión de dicho Estado en una parte de un gran Imperio. Tan profundo era su deseo de no ofender a Bizancio, que puso casi en seguida en libertad a Constantino Coloman, a cambio de ciento cincuenta túnicas de seda. Una vez más Antioquía se salvó para la Cristiandad gracias al prestigio del Emperador.

Amalarico, según marchaba apresuradamente hacia el Norte, fue alcanzado por Thierry de Flandes, que había llegado a Palestina para hacer su cuarta peregrinación. Con este refuerzo, se detuvo en Trípoli para establecer su derecho de ser regente del condado durante la cautividad del conde, y después siguió hacia Antioquía. Allí entró en negociaciones con Nur ed-Din, quien aceptó poner en libertad a Bohemundo y a Thoros por un cuantioso rescate, pero sólo porque eran vasallos del Emperador; no quiso dejar en libertad a Raimundo de Trípoli ni a su prisionero más antiguo, Reinaldo de Châtillon [15]. Amalarico se inquietó cuando llegó un enviado imperial a preguntarle qué hacía en Antioquía. Replicó enviando a Constantinopla al arzobispo de Cesarea y a su mayordomo, Odón de Saint-Amand, para pedir al Emperador la mano de una princesa imperial y proponer una alianza para la conquista de Egipto [16]. Manuel retuvo a la embajada durante dos años en espera de respuesta. Entretanto, Amalarico tuvo que regresar al Sur, pues Nur ed-Din, en lugar de atacar Antioquía, apareció de repente, en octubre, ante Banyas, cuyo señor, Hunfredo II de Torón, se hallaba con el ejército de Amalarico. Hizo circular el rumor de que su objetivo era Tiberíades, y la milicia franca local estaba concentrada en ese lugar. La guarnición de

[14] Guillermo de Tiro, XIX, 9, págs. 895-7, lo fecha erróneamente en 1165; Roberto de Torigny, I, pág. 355; cartas de Amalarico I y de Gaufredo Fulquerio a Luis VII, en *R. H. F.*, vol. XVI, págs. 60-2; Cinnamus, pág. 216 (una referencia muy breve de la captura de Coloman); Miguel el Sirio, III, pág. 324; *Chron. Anon. Syr.*, pág. 304; *Bustan*, pág. 559; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 510; Abu Shama, pág. 133; Ibn al-Athir, *Atabegs*, páginas 220-3.

[15] Guillermo de Tiro, XIX, 10, 11, págs. 898, 900-1; *Bustan*, pág. 561; Miguel el Sirio, III, pág. 326, versión armenia, pág. 360, afirma que Thoros, que fue puesto en libertad primero, insistió para que liberasen a Bohemundo.

[16] Cinnamus, págs. 237-8; Guillermo de Tiro, XX, 1, pág. 942.

Banyas ofreció una resistencia valiente, al principio. Se esperaba que Thierry de Flandes, que acababa de llegar a Palestina, hubiese venido en socorro suyo, cuando de repente, debido probablemente a traición, la fortaleza capituló. Nur ed-Din ocupó todo el territorio de los contornos y amenazó con avanzar sobre Galilea, cuyos barones le contuvieron gracias a la promesa de pagarle un tributo [17].

Bohemundo de Antioquía, en cuanto fue puesto en libertad, fue a Constantinopla para visitar a su hermana y pedir a su cuñado dinero con que pagar la parte del rescate que aún debía a Nur ed-Din. Manuel le dio la ayuda requerida. A cambio, Bohemundo regresó a Antioquía acompañado del patriarca griego Atanasio II. El patriarca latino Aimery salió, protestando, desterrado al castillo de Qosair [18]. Durante los cinco años siguientes los griegos dominaron en la Iglesia antioquena. Parece ser que los obispos latinos no fueron expulsados; pero las sedes vacantes se cubrieron con griegos. La Iglesia latina de Trípoli no fue afectada. La llegada de los griegos arrojó a la Iglesia jacobita en brazos de los latinos. Habían estado en relaciones amistosas desde 1152, cuando un milagro en la tumba del santo sirio Barsauma curó a un niño franco paralítico, y en 1156, los jacobitas, para delicia de su patriarca, Miguel el Historiador, fueron autorizados a construir una nueva catedral, a cuya consagración asistieron la princesa Constanza y el príncipe armenio Thoros. Entonces el patriarca Miguel fue a visitar a Aimery, en su destierro de Qosair, para testimoniarle su simpatía. La antipatía de Miguel hacia los griegos era tanta que rechazó en 1169 una afectuosa invitación del Emperador para visitar Constantinopla y tomar parte en uno de los debates religiosos que tanto gustaban a Manuel [19].

Nur ed-Din pasó los años de 1165 y 1166 haciendo ataques por sorpresa contra las fortalezas de las laderas este del Líbano, mientras Shirkuh corría Transjordania, donde destruyó un castillo que los templarios habían construido en una gruta al sur de Amman [20]. A fi-

[17] Guillermo de Tiro, XIX, 10, págs. 898-900; Ibn al-Athir, págs. 540-2, y *Atabegs*, pág. 234; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 541.

[18] Guillermo de Tiro, XIX, 11, pág. 901; Miguel el Sirio, III, pág. 326. Atanasio II fue nombrado patriarca de Antioquía en 1157, cuando el patriarca designado, Panteugenes Soterichus, fue acusado de herejía.

[19] Miguel el Sirio, III, págs. 301-4, 332, 334-6.

[20] Guillermo de Tiro, XIX, 11, págs. 901-2; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, página 501, fecha la captura de Munietra después de la campaña egipcia de 1167; Ibn al-Athir, págs. 545-6, y *Atabegs*, págs. 235-6. Nur ed-Din tomó Munietra, en la ruta de Jebail a Baalbeck, mientras Shirkuh tomaba Shaqif Titun, en la cueva de Tyron, identificada por Rey *(Colonies Franques*, pág. 513) como Qalat an-Ninha, unas 15 millas al este de Sidón. Es desconocido el emplazamiento de la fortaleza de los templarios cerca de Amman. Beha ed-Din la

nes de 1166, Shirkuh obtuvo al fin permiso de su señor para invadir de nuevo Egipto. Convenció al Califa de Bagdad para disfrazar el proyecto como guerra santa contra el Califato herético de los fatimitas shiitas, y esta razón influyó probablemente en Nur ed-Din, que se había vuelto profundamente religioso desde su enfermedad. Desde Alepo proporcionó refuerzos a Shirkuh y su ejército. Shirkuh salió de Damasco en enero de 1167. De nuevo llevó consigo a Saladino. No hizo ningún misterio de sus intenciones, y Shawar tuvo tiempo, una vez más, para recurrir a la ayuda de Amalarico. El rey estaba en Nablus y convocó a los barones a reunirse con él en dicha ciudad. Después de haber subrayado el peligro que representaría para Palestina que los sirios sunníes conquistaran Egipto, el Tribunal Supremo otorgó su conformidad al envío de una expedición completa para salvar a Shawar. Todas las fuerzas combatientes del reino tomarían parte o bien permanecerían en las fronteras para protegerlas contra ataques durante la ausencia del rey. Quien no pudiera participar en la campaña estaría obligado a pagar un diez por ciento de sus rentas anuales. Antes de que el ejército estuviera dispuesto, llegó la noticia de que Shirkuh se hallaba atravesando el desierto del Sinaí. Amalarico envió las tropas que tenía a mano para cortarle el paso, pero era ya demasiado tarde [21].

Una terrible tempestad de arena casi aplastó al ejército de Shirkuh, pero llegó al istmo hacia los primeros días de febrero. Allí supo que el ejército franco había salido el 30 de enero. Por tanto marchó hacia el Sudoeste, a través del desierto, para llegar al Nilo en Atfih, cuarenta millas al sur de El Cairo. Allí cruzó el río y descendió por la margen oeste para situar su campamento en Giza, frente a la capital. Entretanto el ejército franco se acercaba a El Cairo desde el Nordeste. Shawar le salió al encuentro en algún camino fuera de la ciudad y lo condujo a un campamento en la margen este del Nilo, a una milla de las murallas. Después de haberse negado a una proposición de Shirkuh para unirse contra los cristianos, hizo un pacto con Amalarico. Los francos recibirían 400.000 besantes, la mitad en el acto, la otra mitad algo después, con la condición de que Amalarico jurara solemnemente no salir de Egipto hasta que Shirkuh hubiese sido derrotado. El rey envió a Hugo, señor de Cesarea, y a un templario llamado Godofredo, que probablemente hablaría árabe, a El Cairo, para obtener la confirmación oficial del Califa acerca del tratado. El

llama Akaf. Quizá sea la gruta de Kaf, al sudeste de Amman, que tiene restos romanos, aunque no vestigios de arquitectura medieval.

[21] Guillermo de Tiro, XIX, 13, 16, págs. 902-4, 907-8; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 48, afirma que Nur ed-Din obligó a Saladino a acompañar a Shirkuh; Ibn al-Athir, pág. 547, y *Atabegs*, pág. 236.

recibimiento en el palacio fue soberbio. Fueron conducidos a través de columnatas y fuentes y por parques donde se guardaban las fieras y las aves de la corte, pasaron por salones y salones abrumados con colgaduras de seda bordadas de oro y tachonadas de piedras preciosas, hasta que, al fin, se levantó una gran cortina de oro para mostrar al Califa niño sentado, bajo velo, en su trono también de oro. Se prestaron los juramentos para cumplir el tratado, y entonces Hugo, como delegado del rey, quería sellar el pacto a la moda occidental, estrechando la mano desguantada del Califa. Los cortesanos egipcios se horrorizaron; pero, al fin, su soberano, sonriendo desdeñosamente, fue convencido a despojarse de su guante. Los embajadores se retiraron luego, hondamente impresionados, lo que era fácil de comprender, por la inmensa riqueza acumulada por el Imperio fatimita[22].

Durante un mes, los ejércitos estuvieron a la expectativa, sin que ninguno de ellos pudiese cruzar el río para afrontar la oposición del otro. Luego, Amalarico consiguió atravesarlo hasta una isla en la cabecera del Delta, algo al Norte, y desde allí prosiguió a la margen izquierda, donde sorprendió a un contingente de Shirkuh. Este, con su ejército inferior en número al de los franco-egipcios, se retiró hacia el Sur, remontando el Nilo. Amalarico y Shawar le siguieron, pero por precaución dejaron una poderosa guarnición en El Cairo al mando de Kamil, hijo de Shawar, y Hugo de Ibelin. La entrada del regimiento de Hugo en El Cairo y el libre acceso a palacio autorizado a los oficiales horrorizaron a los núcleos musulmanes más severos de la ciudad.

No lejos de Minya, en el Egipto medio, Shirkuh se disponía a cruzar de nuevo el Nilo con la idea de retroceder para penetrar por la frontera siria. Acampó en Ashmunein, entre las ruinas de la antigua Hermópolis. Allí, el ejército franco-egipcio se enfrentó con él. Era más numeroso que el suyo, incluso sin la guarnición que había quedado en El Cairo, aunque el ejército de Shirkuh se hallaba compuesto principalmente de caballería ligera turca, mientras los egipcios eran infantes y los francos contaban sólo con pocos cientos de caballeros. Contra el consejo de sus emires, decidió dar la batalla. Amalarico, por su parte, vaciló. Pero entonces tuvo San Bernardo una de sus desgraciadas intervenciones en la historia de las Cruzadas. Se apareció en una visión al rey y le reprochó que era indigno de llevar el fragmento de la Verdadera Cruz que pendía de su cuello. Unicamente si el rey juraba ser un cristiano mejor bendeciría la reli-

[22] Guillermo de Tiro, XIX, 17-19, págs. 908-13; Ernoul, pág. 19, comenta que únicamente la corte del Emperador en Constantinopla era más rica que la de El Cairo; Abu Shama, pág. 130. Guillermo prosigue su narración con un relato de las diferencias entre las sectas sunní y chiita.

quia. Alentado por ello, Amalarico, a la mañana siguiente, 18 de marzo de 1167, dirigió un ataque contra los sirios. Shirkuh adoptó la táctica usual entre los turcos. Su centro, al mando de Saladino, cedió, y cuando el rey y sus caballeros galopaban en persecución suya, lanzó su ala derecha contra la izquierda de los franco-egipcios, que se desmoronaron. Amalarico se halló cercado. Que escapara con vida lo atribuyó la creencia general a su reliquia bendita, pero muchos de sus mejores caballeros resultaron muertos, y otros, entre ellos Hugo de Cesarea, cayeron prisioneros. Amalarico y Shawar y los restos de su ejército se retiraron precipitadamente hacia El Cairo, para reunirse con las fuerzas de la guarnición [23].

Shirkuh había vencido, pero aún había en pie un ejército aliado. En lugar de intentar un ataque contra El Cairo, repasó el río y avanzó rápidamente hacia el Noroeste a través del Fayyum. Al cabo de pocos días apareció ante Alejandría, y la gran ciudad, donde Shawar era odiado, le abrió sus puertas. Entretanto, Amalarico y Shawar rehicieron su ejército en las afueras de El Cairo. A pesar de sus pérdidas seguía siendo mayor que el de Shirkuh. Le siguieron hasta Alejandría y sitiaron la ciudad. Llegaron algunos refuerzos desde Palestina, y en el puerto entraron barcos francos para completar el cerco. Aproximadamente pasado un mes, Shirkuh estaba amenazado de inanición. Dejando a Saladino con unos mil hombres para defender la ciudad, logró escabullirse una noche de mayo con la mayor parte de su ejército, junto al campamento de Amalarico, y se trasladó hacia el Egipto superior. Amalarico estaba furioso y quería salir en persecución suya, pero Shawar opinó que Shirkuh podía, si lo deseaba, saquear las ciudades del Egipto superior. Era más importante reconquistar Alejandría. A fines de junio la situación de Saladino dentro de la ciudad era tan desesperada, que tuvo que pedir a su tío que regresara. Shirkuh se dio cuenta de que ya no había nada que hacer. Se acercó a Alejandría y envió a uno de sus prisioneros francos, Arnulfo de Turbessel, después de que Hugo de Cesarea se hubo negado a llevar a cabo la misión, al campamento de Amalarico para proponerle la paz sobre la base de que ambos, él y los francos, evacuaran Egipto, y con tal de que Shawar prometiese no castigar a aquellos de sus súbditos que hubiesen apoyado a los invasores en Alejandría o en otra parte. Amalarico, inquieto con los asuntos de Palestina y Trípoli, aceptó las condiciones. El 4 de agosto, el ejército franco, con el rey a la cabeza, entró en Alejandría. Saladino y su ejército fueron

[23] Guillermo de Tiro, XIX, 22-5, págs. 917-28 (incluye una descripción de Egipto y del Nilo); Ibn al-Athir, págs. 547-9, fecha la batalla de Ashmunein el 18 de marzo, y *Atabegs*, pág. 23, el 18 de abril. *Vita S. Bernardi, M. P. L.*, vol. CLXXXV, cols. 366-7, fecha la batalla el 19 de marzo.

escoltados hasta fuera de las murallas con todos los honores militares, aunque la población local muy gustosa le habría hecho pedazos, culpándole de la reciente miseria padecida. Pero sus precauciones no habían terminado. Nada más entrar en la ciudad los oficiales de Shawar, todos los sospechosos de colaboracionismo con los sirios fueron detenidos. Saladino se quejó a Amalarico, que ordenó a Shawar que pusiese en libertad a los prisioneros. El mismo proporcionó barcos para transportar por mar a los heridos de Shirkuh hasta Acre, donde, desgraciadamente, aquellos que se habían curado fueron enviados a trabajar en las plantaciones azucareras, hasta que llegó el rey en persona para ponerlos en libertad. Durante las negociaciones, Saladino hizo muchos amigos entre los francos, y se creyó más tarde que había sido armado caballero por el condestable Hunfredo de Torón. Shirkuh y Saladino salieron de Egipto hacia el 10 de agosto y llegaron a Damasco en septiembre. Amalarico y su ejército fueron a El Cairo, para ayudar a Hugo de Ibelin en sus tareas de guarnición, pero Shawar fue obligado a firmar un pacto prometiendo pagar un tributo anual de 100.000 monedas de oro y aceptar un alto comisario franco y una pequeña guarnición franca en El Cairo, que tendría el control de las puertas de la ciudad. Después de esto, el rey regresó a Palestina, llegando a Ascalón el 20 de agosto [24].

Algunos de los señores francos pensaron que habría podido conseguirse algún resultado más positivo. Pero Amalarico no quería arriesgar sus fuerzas por más tiempo en Egipto sin asegurarse la Siria franca contra los ataques de Nur ed-Din. Mientras se hallaba aún en Egipto, Nur ed-Din había lanzado un ataque contra territorio de Trípoli, aunque no consiguió conquistar ninguna fortaleza importante. Era necesario reorganizar la defensa del país. El problema capital radicaba siempre en la fuerza humana. Las familias afincadas se habían visto reducidas por muerte o por cautiverio. Los cruzados forasteros, como Thierry de Flandes, sólo podían emplearse en campañas específicas. Amalarico dependía por tanto, principalmente, de las órdenes militares, a las que en 1167 y años sucesivos fueron entregadas muchas fortalezas con sus tierras circundantes. Las donaciones fueron de especial importancia en Trípoli, cuyo conde seguía aún prisionero y donde había pocas familias nobles. Tortosa y casi todo el norte del condado cayeron bajo el dominio de los templarios, mientras los hospitalarios, que probablemente ya tendrían el Krak, llamado, a causa de ellos, «des Chevaliers», se hicieron cargo del Buqaia.

[24] Guillermo de Tiro, XIX, 26-32, págs. 928-39; Abu Shama, págs. 130-4; Ibn al-Athir, págs. 547-51, y *Atabegs*, págs. 236-46; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 49-51; Imad ed-Din. La descripción de la caballería de Saladino aparece en *Itinerarium Regis Ricardi*, pág. 9.

En el reino, los templarios, ya instalados en Gaza, en el Sur, recibieron Safed, en el Norte, y los hospitalarios adquirieron Belvoir, que dominaba los vados del Jordán al sur del mar de Galilea. En Antioquía, Bohemundo III siguió el ejemplo de Amalarico. Las posesiones de los templarios en torno a Baghras, en las Puertas Sirias, aumentaron, y a los hospitalarios se les adjudicó una enorme zona de territorio en el sur del principado, la mayor parte de la cual estaba, efectivamente, en manos musulmanas. De haber sido las órdenes menos irresponsables y envidiosas, su poder habría conservado las fronteras del reino [25].

Mientras las órdenes tenían la misión de defender el reino, Amalarico también procuró una alianza más estrecha con Bizancio. En agosto de 1167, cuando acababa de regresar de Egipto, le llegaron noticias de que sus embajadores en Constantinopla, el arzobispo de Cesarea y el mayordomo Odón, habían desembarcado en Tiro con María Comneno, la joven y encantadora sobrina nieta del Emperador. Se apresuró a salir a recibirla, y su boda se celebró con toda pompa en la catedral de Tiro y fue bendecida por el patriarca Amalarico el 29 de agosto. La reina recibió Nablus y su territorio como dote. Con ella llegaron dos altos funcionarios de la corte de su tío, sus primos Jorge Paleólogo y Manuel Comneno, que tenían plenos poderes para discutir con Amalarico la cuestión de una alianza [26].

Las buenas relaciones entre los príncipes francos y el Emperador estuvieron a punto de comprometerse por la irresponsabilidad de otro de los primos de Manuel, Andrónico Comneno. Este príncipe, el más brillante y apuesto de su familia, ya había caído en desgracia por seducir a una de sus parientes, la sobrina del emperador Eudocia, por la cual, según rumores, el propio Emperador sentía demasiado afecto. Además demostró su imprudencia como gobernador de Cilicia en 1152. Pero en 1166 fue nombrado de nuevo para el mismo cargo. Su predecesor, Alejo Axuch, que había sido enviado allí cuando Coloman fue hecho prisionero, no consiguió llevar a cabo las órdenes del Emperador para reconciliar a los armenios, y se confiaba en que el encanto personal de Andrónico, además de los amplios subsidios, daría mejor resultado con Thoros. Pero Andrónico, aunque ya de cuarenta y seis años de edad, tenía más interés por la aventura que por la administración. Pronto tuvo ocasión de visitar Antioquía. En esta ciudad quedó cautivado por la belleza de la joven princesa Felipa, hermana de Bohemundo. Olvidando sus deberes de gobierno

[25] Véase Delaville Le Roulx, *op. cit.*, págs. 74-6. Röhricht, *Regesta*, páginas 109 y sigs., ofrece frecuentes ejemplos de concesiones a las órdenes.

[26] Guillermo de Tiro, XX, 1, págs. 942-3; Ernoul, págs. 17-18; Cinnamus, pág. 238.

se quedó en Antioquía, cortejando a Felipa con una serie de serenatas románticas hasta que ella se sintió deslumbrada y no pudo negarle nada. Bohemundo estaba furioso y se quejó a su cuñado Manuel, quien ordenó violentamente a Andrónico que regresara y puso a Coloman en su lugar. A Coloman se le ordenó también que siguiera hasta Antioquía y que intentase captarse el afecto de Felipa. Pero la princesa le consideraba simple, bajo de estatura y demasiado entrado en años en comparación con su apuesto amante. Andrónico, sin embargo, cuyo móvil había sido sobre todo molestar a la emperatriz, a la que detestaba, creyó prudente abandonar Antioquía y a su amante. Llevándose una gran parte de las rentas imperiales de Cilicia y Chipre, cabalgó hacia el Sur y ofreció sus servicios al rey Amalarico. La princesa abandonada fue dada en matrimonio, apresuradamente, a un viudo de edad, el condestable Hunfredo II de Torón.

Amalarico, cautivado por Andrónico e impresionado por su valentía personal, le dio el feudo de Beirut, que se hallaba entonces vacante. Poco después Andrónico marchó a Acre, que pertenecía, por viudedad, a su prima, la reina viuda Teodora. Tenía entonces veintiún años y estaba en la plenitud de su belleza. Fue un caso de amor mutuo. Su parentesco era demasiado próximo para que hubiesen podido casarse, pero la reina, sin recato alguno, fue a Beirut y vivió allí con su amante. Cuando Manuel se enteró de esta nueva unión, tal vez a través de los embajadores que escoltaron a la reina María a Palestina, su ira fue incontenible. Los nuevos embajadores pidieron en secreto la extradición del culpable. Sus instrucciones cayeron en manos de Teodora. Como se sabía que Amalarico estaba buscando la buena voluntad de Manuel, Andrónico consideró prudente emprender la marcha. Hizo creer que volvía a su patria, y Teodora regresó desde Acre para decirle adiós. En cuanto estuvieron otra vez juntos, abandonaron todas sus posesiones y huyeron solos por la frontera de Damasco. Nur ed-Din los recibió amablemente, y pasaron los años siguientes peregrinando por el Oriente musulmán, incluso visitando Bagdad, hasta que finalmente un emir les dio un castillo cerca de la frontera paflagonia del Imperio, donde Andrónico, excomulgado por la Iglesia, se estableció, dichoso, para dedicarse a la vida de bandolero. Amalarico no sintió que se marcharan, pues ello le permitía recuperar la rica posesión de su cuñada en Acre [27].

Amalarico había enviado, seguramente, a Manuel, a través de Jorge Paleólogo, una propuesta para la conquista de Egipto. La siguien-

[27] Guillermo de Tiro, XX, 2, págs. 943-4; Cinnamus, págs. 250-1; Nicetas Choniates, págs. 180-6. Sobre la historia posterior de Andrónico, véase *infra*, págs. 385-387.

te embajada de Manuel, presidida por dos italianos, Alejandro de Conversano, conde de Gravina, y Miguel de Otranto, volvió con sus condiciones, consistentes, al parecer, en dividir el botín de Egipto y en tener manos libres por completo en Antioquía, y tal vez en la cesión de algún otro territorio franco. Las condiciones eran elevadas, y Amalarico, por tanto, envió a Constantinopla, para reanudar las discusiones, al archidiácono de Tiro, Guillermo, el futuro historiador. Cuando Guillermo llegó a la capital, supo que el Emperador estaba haciendo una campaña en Servia. Siguió sus pasos y se entrevistó con él en Monastir. Manuel le recibió con su acostumbrada prodigalidad y le llevó de nuevo a la capital; allí se concertó un tratado, por el cual el Emperador y el rey se repartirían sus conquistas en Egipto. Guillermo regresó a Palestina a fines del otoño de 1168 [28].

Por desgracia, los barones del reino no querían esperar su regreso. Llegaron noticias de Egipto que subrayaban la inseguridad del gobierno de Shawar. Se sabía que molestaba a la guarnición franca en El Cairo y se retrasaba en el pago de su tributo. También había rumores de que su hijo Kamil estaba negociando con Shirkuh y que había pedido la mano de la hermana de Saladino. La llegada a Palestina, a fines de verano, del conde Guillermo IV de Nevers, con un excelente grupo de caballeros, animó a aquellos que deseaban una acción inmediata. El rey convocó un consejo en Jerusalén. Allí, el gran maestre del Hospital, Gilberto de Assailly, apremió vehementemente a que no hubiera más dilación, y los barones seculares, en su mayoría, se mostraron de acuerdo con él. El conde de Nevers y sus hombres, que habían venido para combatir por la Cruz, contribuyeron con su apoyo. Los templarios se opusieron lisa y llanamente a cualquier expedición y anunciaron que no tomarían parte. Su oposición pudo deberse a las rencillas con el Hospital, que ya había decidido ocupar Pelusio como parte propia, para contrarrestar la fortaleza templaria de Gaza. Pero el Temple tenía también intereses financieros con los musulmanes y los mercaderes italianos, cuyo comercio era ahora más intenso con Egipto que con la Siria cristiana. El rey Amalarico admitió que había que emprender alguna acción rápida en vista de la debilidad e infidelidad de Shawar, pero deseaba esperar a que se asegurase la ayuda del Emperador. Se vio desbordado. Ante la vigorosa decisión de los hospitalarios y sus propios vasallos, que no veían ninguna razón para que los griegos compartieran el botín, cedió. Se proyectó una expedición para octubre [29].

[28] Guillermo de Tiro, XX, 4, págs. 945-7.

[29] Guillermo de Tiro, XX, 5, págs. 948-9 (menciona en el capítulo anterior la llegada del conde de Nevers); Miguel el Sirio (III, págs. 332-3) y los historiadores árabes (Ibn al-Athir, págs. 553-4; *Atabegs,* págs. 246-7, y Abu

Guillermo de Tiro regresó con su tratado desde Constantinopla para encontrarse con que el rey ya se había ido. Amalarico dijo que tenía que atacar Homs para impedir cualquier acción de Nur ed-Din, y, en efecto, Nur ed-Din, que tenía conflictos propios en el nordeste de Siria, deseaba evitar una guerra con los francos. Shawar tampoco se dio cuenta de lo que pasaba hasta que el ejército franco partió de Ascalón el 20 de octubre, para llegar diez días después ante Bilbeis. Estaba horrorizado. No esperó nunca que Amalarico rompiera tan bruscamente su tratado con él. Su primer embajador, un emir llamado Bedran, se entrevistó con el rey en Daron, en la frontera, pero fue sobornado por el monarca. El embajador siguiente, Shams al-Khilafa, encontró al rey en el desierto, a pocas jornadas de Bilbeis. Reprochó duramente a Amalarico su perfidia, a lo que replicó el rey que estaba justificada a causa de las negociaciones que Kamil, el hijo de Shawar, sostenía con Shirkuh, y de cualquier suerte —afirmó— los cruzados recién llegados de Occidente habían determinado atacar Egipto y él se hallaba allí para contenerlos. Agregó que estaría dispuesto a retirarse si se le pagaban otros dos millones de denarios. Pero Shawar ponía ahora en duda la buena fe del rey. Para sorpresa de Amalarico, decidió oponer resistencia. Su hijo Taiy, que mandaba la guarnición de Bilbeis, se negó a abrir las puertas a los francos. Pero sus fuerzas eran escasas. Después de tres días de lucha desesperada, de lo que Amalarico no creía capaces a los egipcios, el ejército franco entró en la fortaleza el 4 de noviembre. Siguió a la entrada una espantosa matanza de los moradores. Los protagonistas fueron probablemente los hombres de Nevers, ardientes y anárquicos como la mayoría de los recién llegados de Occidente. Su señor, el conde de Nevers, murió de fiebres en Palestina antes de que partiera la expedición, y no había nadie que pudiera dominarlos. Amalarico intentó restablecer el orden, y, cuando al fin lo consiguió, él mismo rescató de manos de los soldados a los supervivientes que habían sido apresados. Pero el daño estaba hecho. Muchos de los egipcios que no querían a Shawar habían estado dispuestos a saludar a los francos como libertadores, y las comunidades coptas, muy numerosas, sobre todo en las ciudades del Delta, habían colaborado hasta entonces con sus hermanos cristianos. Pero en la matanza habían sucumbido coptos y musulmanes sin discriminación. Todo el pueblo egipcio se unió en el odio contra los francos. Pocos días después, una pequeña flota egipcia, tripulada principalmente por occidentales, que tenía que navegar por la desembocadura tanítica del

Shama, págs. 112-13) se daban cuenta de que el rey tenía menos poder que su Consejo.

Nilo, llegó al lago de Manzaleh y atacó inopinadamente la ciudad de Tanis. Se sucedieron las mismas escenas de terror, y los coptos fueron los más castigados.

Amalarico se detuvo unos días en Bilbeis, sin duda para restablecer el control sobre su ejército. Perdió la ocasión de ocupar El Cairo por sorpresa, y no apareció ante las murallas de Fostat, el viejo arrabal al sur de la gran ciudad, hasta el 13 de noviembre. Shawar, dudando de su capacidad para defender Fostat, la incendió, y envió de nuevo a su embajador Shams para entrevistarse con el rey y advertirle que antes de que El Cairo cayera en manos de los francos lo reduciría, con todas sus riquezas, a cenizas. Amalarico, con su flota detenida en el Delta por las barreras colocadas a través del lecho del río, se dio cuenta de que la expedición se había torcido. Siguiendo el consejo de su senescal, Miles de Plancy, hizo saber a Shawar que estaba dispuesto a un arreglo por dinero. Shawar procuró ganar tiempo; empezó a regatear la cantidad que podría entregar. Pagó 100.000 denarios para rescatar a su hijo Taiy y habló de pagos posteriores. Entretanto, el ejército franco avanzó unas pocas millas hacia el Norte y acampó en Mataria, junto al sicomoro bajo cuya sombra se detuvo la Virgen en la Huida a Egipto. Los francos esperaron allí ocho días, cuando, de repente, les llegó la noticia de que Shirkuh entraba en Egipto por invitación del Califa fatimita [30].

Shawar no quería dar un paso tan desesperado, pero su hijo Kamil le desbordó y obligó a su soberano titular, al-Adid, a escribir a Alepo, ofreciendo a Nur ed-Din un tercio de la tierra de Egipto y feudos para sus generales. El joven Califa tuvo que ver el peligro de recurrir a un protector a cuyos ojos él era un hereje y un pretencioso. Pero era impotente. Cuando le llegó la invitación, Nur ed-Din envió un emisario a Homs, donde residía Shirkuh, pero su mensajero encontró a Shirkuh delante ya de las puertas de Alepo. Esta vez Nur ed-Din no vaciló. Dio a Shirkuh 8.000 caballeros y un caudal de 200.000 denarios para distribuirlos entre el ejército de Damasco para la conquista de Egipto, y ordenó a Saladino que le acompañara. Shawar, inseguro aún sobre dónde estaría su conveniencia, avisó a Amalarico, que avanzó con su ejército hacia el istmo con la esperanza de caer sobre Shirkuh cuando saliera del desierto. Pero Shirkuh se deslizó detrás de él hacia el Sur. No quedó ninguna opción para los francos, salvo la evacuación. Ordenando a su flota regresar a Acre, y convocando a la guarnición que se había quedado en Belbis para

[30] Guillermo de Tiro, XX, 6-9, págs. 949-56; Abu Shama, págs. 114-15, 136-40, cita a Imad ed-Din; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 52; Ibn al-Athir, págs. 554-6, y *Atabegs*, págs. 247-50.

que se uniera a él, Amalarico inició su retirada el 2 de enero de 1169[31].

Seis días después entró Shirkuh en El Cairo. Dejando a su ejército acampado en la puerta de el-Luq, se dirigió a palacio, donde el Califa le ofreció obsequios de ritual y le prometió dinero y víveres para sus tropas. Shawar le saludó con cordialidad. Durante los días siguientes le visitaba a diario para discutir arreglos financieros y una partición del visirato. Shirkuh recibió estos ofrecimientos generosamente, pero su sobrino Saladino, que era su principal consejero, insistió en una acción ulterior. El Califa fue convencido para ir disfrazado al cuartel general de Shirkuh. Después, el 18 de enero, Shawar fue invitado a unirse a Shirkuh en una breve peregrinación a la tumba del santo as-Shafii. Cuando salía, Saladino y sus emires cayeron sobre él. Su escolta fue desarmada y él fue hecho prisionero. Antes de que hubiese pasado una hora, el Califa había dado orden de que fuese decapitado y la cabeza del visir yacía ante los pies del Califa. Luego, para evitar cualquier intento contra él, Shirkuh anunció que todo el que quisiera podía saquear la casa del difunto visir. Mientras el gentío se abalanzó contra la casa, él y el Califa se trasladaron a palacio y tranquilamente se hicieron cargo del gobierno. El gobierno de Shawar había sido demasiado impopular y el respeto legitimista de Shirkuh era demasiado escrupuloso para que cualquiera de los gobernadores provinciales se opusiera al nuevo régimen. En pocas semanas Shirkuh era el amo de todo Egipto. Sus emires ocuparon los feudos que habían pertenecido a Shawar y a su familia, y él adoptó los títulos de visir y rey[32].

Shirkuh no sobrevivió mucho a su elevación. Murió de indigestión el 23 de marzo de 1169. Su fama en la historia ha sido oscurecida por la de su señor, Nur ed-Din, y la de su sobrino, Saladino. Sin embargo, fue él quien comprendió con más claridad que ningún otro musulmán que la conquista de Egipto, con su situación estratégica y sus inagotables recursos, era el paso preliminar necesario para la reconquista de Palestina; y, a pesar de las vacilaciones y los escrúpulos de Nur ed-Din, laboró incesantemente para conseguir esta meta. Su sobrino recogió el fruto de su perseverancia. Su aspecto físico era insignificante. Era bajo y gordo, de rostro rojizo, tuerto, y sus fac-

[31] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 52-3; Ibn al-Athir, pág. 563, y *Atabegs*, pág. 250; Abu Shama, pág. 117. Según Beha ed-Din, repetido más extensamente por Ibn al-Athir, Saladino volvía a tener muy pocos deseos de unirse a la expedición.

[32] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 53-5 (citando a Imad ed-Din); Ibn al-Athir, págs. 558-60, y *Atabegs*, págs. 251-3; Abu Shama, págs. 118-19, 142-5; Guillermo de Tiro, XX, 10, págs. 956-8.

ciones delataban su humilde cuna. Pero fue un soldado de genio, y pocos generales han sido tan devotamente queridos por sus hombres [33].

La importancia fatal del triunfo de Shirkuh fue bien advertida por los francos. Mientras algunos culpaban de ello a la codicia de Miles de Plancy, que había inducido al rey a aceptar dinero antes que a combatir, otros buscaron una víctima propiciatoria en el maestre del Hospital, que fue obligado a retirarse de su cargo y a marcharse a su patria occidental. Amalarico, por su parte, hizo un llamamiento a Occidente para que se enviase una nueva Cruzada. Una embajada impresionante, presidida por el patriarca Amalarico y el arzobispo de Cesarea, fue enviada, a principios de 1169, con cartas para el emperador Federico, Luis VII de Francia, Enrique II de Inglaterra, Margarita, reina regente de Sicilia, y para los condes de Flandes, de Blois y de Troyes. Pero, después de dos días de navegación, los barcos de los embajadores fueron sorprendidos por una tempestad tan furiosa que tuvieron que regresar a Acre, y ninguno de los pasajeros consintió en arriesgarse de nuevo a los peligros de un naufragio. Fue enviada una segunda embajada, presidida por el arzobispo de Tiro, Federico, acompañado de su sufragáneo Juan, obispo de Banyas, y por Guiberto, preceptor de la Orden del Hospital. Llegaron a Roma en julio de 1169 y el papa Alejandro III les dio cartas de recomendación para todos sus clérigos. Pero ninguna de sus cartas fue de utilidad. El rey Luis los entretuvo muchos meses en París, donde murió el obispo de Banyas, mientras les explicaba sus conflictos con los Plantagenet. Prosiguieron a Inglaterra, donde el rey Enrique les habló de sus querellas con los Capetos. Las disputas entre el Papa y el Emperador frustraron su visita a Alemania. Después de dos años de inoperantes ruegos regresaron, desconsolados, a Palestina [34].

Una embajada a Constantinopla tuvo más éxito. Manuel se había dado cuenta de sobra de que el equilibrio del poder en Oriente había sido peligrosamente subvertido. Ofreció a Amalarico la colaboración de su gran flota imperial para su próxima campaña [35]. El rey aceptó gustoso. Egipto aún podía ser reconquistado. Nur ed-Din parecía es-

[33] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 55; Ibn al-Athir, págs. 560-1; Guillermo de Tiro (XIX, 5, pág. 892) le describe aproximadamente igual que los escritores árabes. Beha ed-Din (págs. 50-1) relata su ávida determinación de anexionar Egipto a los dominios de su dueño.

[34] Guillermo de Tiro, XX, 12, págs. 960-1; cartas de Amalarico, en *R. H. F.*, vol. XVI, págs. 187-8; Ibn al-Athir, *Atabegs*, págs. 258-9. El maestre del Hospital se ahogó en 1183 al cruzar de Dieppe a Inglaterra. Véase Delaville Le Roulx, *Les Hospitaliers*, págs. 76 y sigs.

[35] Guillermo de Tiro, XX, 13, págs. 961-2.

tar totalmente absorbido por los asuntos del Norte. La muerte de Kara Arslan, el emir ortóquida de Diarbekir, en 1168, y las disputas sobre la herencia, le habían enzarzado con su hermano Qutb ed-Din de Mosul, y la revuelta de Ghazi ibn Hassan, gobernador de Menbij, había seguido poco después y le costó varios meses sofocarla. Ahora Qutb ed-Din estaba agonizando, y no tardaría en suscitarse el problema de la sucesión de Mosul [36]. En Egipto, los títulos y el poder de Shirkuh habían pasado a su sobrino Saladino. Pero Saladino era inexperto como gobernante. Otros emires de Shirkuh habían esperado sucederle, pero el Califa le había elegido a él, confiando en que su falta de experiencia le obligase a delegar en funcionarios fatimitas. Entretanto, el principal eunuco de al-Adid, un nubio llamado al-Mutamen, o el consejero confidencial, escribió en secreto a Jerusalén prometiendo ayuda si los francos invadían Egipto. Desgraciadamente, uno de los agentes de Saladino, deslumbrado por la forma de un par de sandalias que llevaba un mensajero de la corte, las cogió y las descosió, y encontró la carta dentro. Saladino aplazó su venganza. Pero las noticias de su inseguridad alentaron a los cristianos [37].

Amalarico apremió al Emperador, y el 10 de julio de 1169 la flota imperial zarpó del Helesponto al mando del gran duque Andrónico Contostefanus. El grueso de la flota puso rumbo a Chipre, capturando durante la travesía dos barcos egipcios, y una escuadra más reducida se dirigió a Acre con subsidios de dinero para los soldados de Amalarico. Se comunicó al rey que mandase aviso a Chipre cuando deseara que la flota zarpase. Pero Amalarico no estaba preparado. La campaña de 1168 había desorganizado sus fuerzas. Las pérdidas de los hospitalarios fueron muy graves. Los templarios seguían negándose a tomar parte; y los barones, desanimados por su anterior experiencia, no estaban ya tan entusiasmados como antes. Hasta finales de septiembre no llamó a la flota para que se trasladase a Acre, donde su espléndida aparición conmovió a los habitantes; y hasta mediados de octubre la expedición no estuvo en condiciones de salir para Egipto. El retraso fue doblemente fatal. Manuel, que era dado al optimismo, había contado con una campaña breve y aprovisionó sus barcos para sólo tres meses. Los tres meses casi habían pasado. Chipre, aún no recobrada de la devastación de

[36] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 52; Abu Shama, págs. 188-9; Ibn al-Athir, *Atabegs*, pág. 264; Miguel el Sirio, III, págs. 339-42; Qutb ed-Din murió al año siguiente (1170).

[37] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 55-6; Ibn al-Athir, págs. 566-8; Abu Shama, pág. 146. El diploma del nombramiento de Saladino por el Califa se conserva en Berlín, 98 folios.

Reinaldo, no pudo hacer nada para el reavituallamiento, y tampoco había provisiones asequibles en Acre [38]. Al mismo tiempo, Saladino recibió un informe completo de la expedición. Para estar seguro en El Cairo, el 20 de agosto de 1169 detuvo y decapitó al eunuco al-Mutamen, luego destituyó a todos los servidores de palacio reputados como fieles al Califa, sustituyéndolos por personas de su propia confianza. Los oficiales depuestos, animados por el Califa, incitaron a la guardia nubia de palacio para rebelarse y atacar a las tropas de Saladino. El hermano de éste, Fakhr ed-Din, contraatacó, pero no consiguió nada, hasta que Saladino incendió los barracones de la guardia en Fostat. Sabiendo que estaban allí sus mujeres y familias, los nubios huyeron para socorrerlos. Entonces Fakhr ed-Din cayó sobre ellos y los degolló a casi todos. El Califa, que había observado la batalla, se apresuró a asegurar a Saladino su lealtad. Al abandonar a los nubios completó la derrota de éstos. Los componentes de la guardia armenia, que no habían tomado parte en la lucha, fueron quemados vivos en los barracones. La oposición a Saladino en El Cairo fue acallada [39].

El ejército cristiano salió al fin el 16 de octubre. Andrónico Contostefanus, irritado por las dilaciones de Amalarico, ofreció llevar el grueso de los soldados por mar, pero los francos insistieron en la ruta terrestre. El 25 de octubre, el ejército entró en Egipto por Farama, cerca de Pelusio. Saladino esperaba un ataque contra Bilbeis y concentró allí sus fuerzas, pero los francos, transportados por los barcos bizantinos a los brazos orientales del Nilo, ya que la flota se había mantenido al paso del ejército a lo largo de la costa, avanzaron rápidamente hasta Damietta, la rica fortaleza que dominaba el brazo principal del Nilo, por el cual las naves podían remontar el río hasta El Cairo. A Saladino le cogió por sorpresa. No se atrevía a salir de El Cairo por miedo a que los partidarios de los fatimitas provocaran una revuelta. Pero envió refuerzos a Damietta y escribió a Siria pidiendo ayuda a Nur ed-Din. La guarnición de Damietta había arrojado una gran cadena a través del río. Los barcos griegos, ya detenidos por vientos contrarios, no podían navegar más allá de la ciudad y no les fue posible interceptar las tropas y las provisiones que, Nilo abajo, llegaban desde El Cairo. Con un asalto repentino podían haber conquistado la fortaleza; pero, aunque Contostefanus, preocupado por sus mermadas subsistencias, apremiaba a una acción inmediata, Amalarico estaba asustado por las enormes fortificaciones. Quería construir más torres de asedio. Su primera torre, por

[38] Nicetas Choniates, págs. 208-9; Guillermo de Tiro, *loc. cit.*
[39] Abu Shama, págs. 147-8; Ibn al-Athir, pág. 568.

algún error de apreciación, había sido adosada contra la parte más fuerte de las murallas. Los griegos, para horror de los cristianos locales y de los musulmanes, utilizaron sus máquinas para bombardear un barrio santificado por una capilla dedicada a la Virgen, que se había detenido allí en su Huida. Cada día llegaban tropas de refresco a la ciudad. Cada día eran más reducidas las raciones de los marineros griegos y de sus compatriotas en tierra, y sus aliados francos, que estaban abundantemente abastecidos, no les querían ayudar. A diario Contostefanus pedía a Amalarico que se arriesgara en un ataque en gran escala contra las murallas, y Amalarico respondía que el riesgo era demasiado grande; y sus generales, siempre suspicaces con los griegos, murmuraban que el celo de Contostefanus se debía a su deseo de convertir a Damietta en parte del botín imperial. A principios de diciembre resultó evidente que la expedición había fracasado. Sin víveres, los griegos no podían proseguir. Un brulote lanzado por los defensores en medio de la flota causó graves pérdidas, aunque la rápida intervención a Amalarico aminoró los daños. La fortaleza estaba ahora bien guarnecida y avituallada, y se decía que un ejército musulmán, procedente de Siria, estaba ya cerca. Cuando llegaron las lluvias, antes de tiempo, convirtiendo en un barrizal el campamento cristiano, se estimó oportuno levantar el sitio. No se sabe si fue Amalarico o si fue Contostefanus el primero en entablar negociaciones con los sarracenos, ni tampoco nos son conocidas las condiciones acordadas. Probablemente los cristianos recibieron una indemnización, y Amalarico esperaba, con seguridad, que una muestra de amistad hacia Saladino podría separar a éste de Nur ed-Din, con el que suponía que sus relaciones no eran muy cordiales.

El 13 de diciembre los cristianos quemaron todas sus máquinas de asedio para evitar que cayeran en manos musulmanas y se alejaron de Damietta. El ejército llegó a Ascalón el 24. La flota tuvo menos suerte. Cuando navegaba hacia el Norte fue sorprendida por una gran tempestad. Los marineros, famélicos, no pudieron dominar sus barcos, y muchas naves se hundieron. Durante varios días el mar devolvió cadáveres griegos a la costa de Palestina. Contostefanus pudo salvarse y navegar hasta Cilicia, desde donde siguió viaje por tierra para informar al Emperador. Los restos de la flota llegaron al Bósforo a principio del Año Nuevo [40].

[40] Guillermo de Tiro, XX, 14-17, págs. 962-71; Cinnamus, págs. 278-80. Dice que después de la campaña Saladino envió a Manuel el presente anual, pero que Manuel lo rechazó; Nicetas Choniates, págs. 209-19, supone, por otra parte, que Manuel hizo la paz con Egipto; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, páginas 56-9; Abu Shama, págs. 151-3; Ibn al-Athir, págs. 668-70, y *Atabegs*, págs. 259-60. Miguel el Sirio (III, pág. 335, y versión armenia, págs. 369-70)

El desastroso resultado de la expedición dio inevitablemente origen a recriminaciones mutuas. Los francos culpaban a los griegos por la escasez de suministros; los griegos, más razonablemente, culpaban a los francos por sus interminables retrasos. Pero tanto Amalarico como el Emperador se dieron cuenta de que la alianza no debía romperse, pues ahora Saladino era el señor indiscutible de Egipto.

Saladino era demasiado prudente como para caer en la trampa diplomática que le había tendido Amalarico. Nur ed-Din tuvo confianza en Shirkuh, pero sospechaba de las ambiciones del nuevo gobernante de Egipto. Saladino, sin embargo, se comportaba con una corrección perfecta. En abril de 1170, su padre, Najm ed-Din Ayub, fue enviado a Egipto por Nur ed-Din con una compañía de tropas sirias, en parte como gesto de amistad, en parte tal vez como una advertencia, ya que Ayub era un incondicional de su amo. Como con las tropas iban muchos mercaderes damascenos, ávidos de emprender el comercio con El Cairo, Nur ed-Din en persona hizo una demostración contra Kerak para permitir que la gran caravana pasara libremente por el territorio de Transjordania [41]. Fue el único paso de Nur ed-Din contra los francos. Durante la expedición a Egipto los dejó en paz, y en enero de 1170 pudieron incluso reconquistar el castillo de Akkar, al sur del Buqaia, perdido probablemente en 1165. Amalarico, como regente de Trípoli, se lo adjudicó, con la ciudad de Arqa, a los hospitalarios, que dominaban ahora todo el valle [42].

El 29 de junio de 1170 Siria fue víctima de un terrible terremoto, tan destructor como aquellos de 1157, y durante los meses siguientes tanto los cristianos como los musulmanes estuvieron ocupados en reparar sus fortalezas arruinadas. Alepo, Shaizar, Hama y Homs sufrieron graves daños, igual que el Krak des Chevaliers, Trípoli y Jebail. En Antioquía, los destrozos fueron enormes, pero los francos vieron en ellos la justicia divina, pues el patriarca griego y su clero estaban celebrando misa en la catedral de San Pablo cuando el edificio se derrumbó sobre ellos. Cuando Atanasio yacía moribundo entre las ruinas, el príncipe Bohemundo y su corte se trasladaron a toda prisa a Qosair, donde estaba su rival Aimery, para pedirle que

sugiere que los griegos fueron sobornados por Saladino para que abandonasen la lucha. Sus demostraciones son tan abiertamente antigriegas que tienen poco valor. Guillermo de Tiro afirma que Contostefanus fue el primero en pedir un armisticio; Nicetas dice que fue el rey.

[41] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 59-60; Abu Shama, págs. 153-4; Ibn al-Athir, *Atabegs*, págs. 260-1.

[42] Abu Shama, pág. 149. La donación de Akkar y Arqa al Hospital fue hecha después del terremoto de junio (Röhricht, *Regesta*, pág. 125).

volviera a su sede. Había terminado el breve episodio del gobierno eclesiástico griego [43].

El Emperador no pudo intervenir, a pesar de estar muy afectado por las noticias; pero las cosas iban mal en Cilicia. El príncipe armenio Thoros murió en 1168, dejando un hijo, Roupen II, como sucesor, bajo la regencia de un señor franco llamado Tomás, cuya madre había sido hermana de Thoros. Pero el hermano de Thoros, Mleh, disputaba la sucesión. En cierta ocasión profesó como templario; después, tras una disputa con Thoros, a quien intentó asesinar, huyó para ponerse bajo la protección de Nur ed-Din y se hizo musulmán. A principios de 1170, Nur ed-Din le arrendó tropas, con las que pudo no sólo destronar a su sobrino, sino también invadir la llanura ciliciana y ocupar Mamistra, Adana y Tarso, arrebatándoselas a sus guarniciones griegas. Después atacó a los templarios en Bahgras. Bohemundo llamó a Amalarico, que avanzó hacia Cilicia, y restableció temporalmente, al parecer, el gobierno imperial. Este acto amistoso puede haber compensado a Manuel de la pérdida del control eclesiástico en Antioquía. Pero Mleh era indomable. Un año después, aproximadamente, consiguió capturar a Constantino Coloman e invadir otra vez Cilicia [44].

Entretanto, Nur ed-Din estaba ocupado más al Este. Su hermano, Qutb ed-Din de Mosul, murió en el verano de 1170. Sus dos hijos, Saif ed-Din e Imad ed-Din, disputaban la herencia, y pasaron algunos meses hasta que Nur ed-Din pudo arreglar el asunto a su gusto [45]. El respiro fue útil a los francos. Pero el problema de Egipto quedaba en pie. Amalarico permaneció fiel a su política de una estrecha alianza con el Emperador y de constantes llamamientos a Occidente. En la primavera de 1171 decidió visitar personalmente Constantinopla.

Su partida se retrasó a causa de una repentina ofensiva de Saladino contra su frontera sur. A principios de diciembre de 1170, un gran ejército egipcio apareció ante Daron, la fortaleza franca más meridional en la costa mediterránea. Sus defensas eran débiles y, aunque Saladino no llevaba máquinas de asedio, su caída parecía in-

[43] Miguel el Sirio, III, pág. 339; Ibn al-Athir, *Atabegs,* pág. 262; Guillermo de Tiro, XX, 18, págs. 971-3.

[44] Guillermo de Tiro, XX, 26, págs. 991-2; Nicetas Choniates, pág. 183; Miguel el Sirio, III, págs. 331, 337; Sembat el Condestable, págs. 622-5; Vahram, *Crónica Rimada,* págs. 508-9; es imposible desenmarañar las fechas. Guillermo de Tiro sitúa los hechos en fecha posterior a la visita de Amalarico a Constantinopla; según Miguel, fue antes del terremoto de 1170. Tarso era aún griega cuando Enrique el León volvió de su Cruzada en 1172 (Arnoldo de Lübeck, págs. 22-3).

[45] Véanse referencias, *supra,* pág. 349, n. 34, e *infra,* pág. 357.

minente. Amalarico, acompañado del patriarca y de la reliquia de la Verdadera Cruz, se trasladó a toda prisa con una exigua pero bien entrenada fuerza hacia Ascalón, adonde llegó el 18 de diciembre, y prosiguió hasta la fortaleza templaria de Gaza, que dejó a cargo de Miles de Plancy, pues los caballeros templarios se unieron a él en la marcha sobre Daron. Consiguió abrirse paso a través del ejército egipcio y entrar en Daron, y después de esto, Saladino levantó el sitio y marchó contra Gaza. La parte baja de la ciudad fue ocupada, a pesar de una resistencia inútil ordenada por Miles, y sus habitantes fueron degollados. Pero la ciudadela era tan formidable que Saladino no se atrevió a atacarla. Igual de súbita que su aparición, fue su retirada hacia la frontera egipcia. Mandó después una flota al golfo de Akaba, que conquistó la avanzadilla franca de Aila, en la cabecera del golfo, durante los últimos días del año [46].

Amalarico salió de Acre para Constantinopla el 10 de marzo, con un gran séquito, en el que se hallaban el obispo de Acre y el mariscal de la corte, Gerardo de Pougi. El maestre del Temple, Felipe de Milly, renunció a su cargo para poder anticiparse como embajador. Después de detenerse en Trípoli, el rey zarpó hacia el Norte. En Gallípoli fue recibido por su suegro, quien, como el viento era contrario, le llevó por tierra hasta Heraclea. Allí volvió a embarcarse para entrar en la capital por la puerta de palacio, situada en el puerto de Bucoleón, honor sólo reservado a las testas coronadas.

El recibimiento de Amalarico gustó a éste y a sus acompañantes. Manuel, en general, sentía afecto por los occidentales y encontraba simpático a Amalarico. Dio pruebas de su acostumbrada prodigalidad. Su familia, sobre todo el suegro del rey, se ofrecieron todos a porfía para darle hospitalidad. Hubo interminables ceremonias religiosas y fiestas. Se celebró un espectáculo de danzas en el Hipódromo y se organizó un viaje en barco por el Bósforo [47]. En medio de todo ello, el Emperador y el rey discutían el futuro. Se concertó y firmó un tratado, pero sus condiciones no se conservan. Parece que el rey reconocía de un modo vago la soberanía del Emperador sobre los cristianos nativos; que Manuel prometía ayuda naval y financiera siempre que se proyectase otra expedición contra Egipto, y que se emprendería una acción común contra Mleh de Armenia. Había probablemente cláusulas acerca de la Iglesia griega de Antioquía, e incluso tal vez en todo el reino, donde Manuel, ya en 1169, había tomado a su cargo la restauración de la decoración de la iglesia de

[46] Guillermo de Tiro, XX, 19-20, págs. 973-7; Ibn al-Athir, págs. 577-8.

[47] Guillermo de Tiro, XX, 22-4, págs. 980-7; Cinnamus, pág. 280 (un relato muy breve, en el que dice que Amalarico prometió «δουλείαν» al Emperador). Miguel el Sirio, III, pág. 343.

la Natividad en Belén. Una inscripción en el mosaico atestigua que el artista Efraim trabajaba por orden del Emperador. También se obligó a la restauración del Santo Sepulcro [48].

El llamamiento a Occidente tuvo menos éxito. Federico de Tiro estaba aún peregrinando sin resultado alguno por las cortes de Francia e Inglaterra. Hacia fines de junio de 1170, Amalarico le escribió para que invitase a Esteban de Champagne, conde de Sancerre, a trasladarse a Palestina, con el fin de casarse con la princesa Sibila [49]. La proposición se debió a una tragedia acaecida a la familia real. Balduino, el hijo de Amalarico, tenía entonces nueve años de edad y había sido enviado con muchachos de su misma edad para ser educado por Guillermo, archidiácono de Tiro. Era un chico guapo e inteligente; pero, cierto día, cuando sus discípulos estaban probando su resistencia clavándose unos a otros sus uñas en los brazos, Guillermo se percató de que el príncipe era el único que nunca se acobardaba. Le observó cuidadosamente y pronto se dio cuenta de que el muchacho era insensible al dolor por estar leproso [50]. Era el juicio de Dios por el matrimonio incestuoso de sus padres, Amalarico e Inés, y constituía un mal presagio para el reino. Incluso aunque Balduino creciera, nunca podría asegurar la dinastía. La joven reina griega bien podía aún tener un hijo, pero, entretanto, y para mayor seguridad, Amalarico obraría con prudencia si casaba a su hija mayor, Sibila, con algún rico y experto príncipe occidental que pudiese actuar, de ser necesario, como regente o aun como rey. Esteban aceptó la invitación y desembarcó con un grupo de caballeros en Pales-

[48] De Vogue, *Les Eglises de la Terre Sainte,* págs. 99-103, ofrece la inscripción de los mosaicos de Belén. El viajero griego Focas los menciona y habla de las reparaciones en el Santo Sepulcro (págs. 19, 31). La Monte, «To what extent was the Byzantine Empire the suzerain of the Crusading States?», analiza el tema de la soberanía imperial, y afirma que no fue nunca admitida. Pero Manuel, como sus predecesores antes de las Cruzadas, probablemente se consideraba a sí mismo responsable del bienestar de los ortodoxos en Palestina, y su derecho de intervenir en su defensa fue admitido. Véase *supra,* página 295, n. 50, acerca del patriarca de Jerusalén, a quien Manuel retuvo en Constantinopla. Probablemente se debieron a la ayuda de Manuel las reparaciones que en aquella época se hicieron en las fundaciones ortodoxas en Palestina, así la de Lavra de Calamon (v. Vailhé, «Les Laures de Saint Gérasime et de Calamon», en *Journal of the Royal Central Asian Society,* vol. XXI, páginas 292-3).

[49] Guillermo de Tiro, XX, 25, pág. 988. Esteban era nieto del cruzado conde de Blois y el hijo más joven de Tibaldo, conde de Blois, Chartres y Troyes. Nació hacia 1130 y contrajo matrimonio raptando a su mujer, Matilde de Douzy (véase Anselme, *Hist. Généalogique de la France,* II, pág. 847). Pero como su mujer es designada a veces con el nombre de Alix y otras con el de María, es probable que se casara más de una vez; estaba viudo en 1170.

[50] Guillermo de Tiro, XXI, 1, págs. 1004-5.

tina en el verano de 1171, pocos días antes de que Amalarico llegara de Constantinopla. Pero no le gustó el aspecto de Palestina. Bruscamente rompió las negociaciones matrimoniales y, después de ofrecer sus votos a los Santos Lugares, salió con su séquito hacia el Norte, pensando visitar Constantinopla. Cuando pasaba por Cilicia, cayó en una celada de Mleh de Armenia, que le despojó de todo cuanto llevaba consigo [51].

Al año siguiente llegó un visitante aún más ilustre a Jerusalén, Enrique el León, duque de Sajonia y Baviera, nieto del emperador Lotario y yerno de Enrique II de Inglaterra. Pero también él se negó a luchar por la Cruz. Había venido sólo como peregrino y salió lo antes posible para Alemania [52].

La indiferencia de Occidente fue amarga y decepcionante, pero tal vez no se necesitara una inmediata expedición contra Egipto, pues las relaciones de Saladino con Nur ed-Din parecían próximas a la ruptura. Hacia enero de 1171, Nur ed-Din había establecido una guarnición propia en Mosul, donde gobernaba su sobrino Saif ed-Din, y se había anexionado Nisibin y el valle de Khabur para sí mismo, y Sinjar para su sobrino favorito, Imad ed-Din. Después, deseando, en su piedad, el triunfo del Islam ortodoxo, escribió a Saladino pidiéndole que las oraciones en las mezquitas egipcias no deberían seguir citando al Califa fatimita, sino al Califa de Bagdad. Saladino no quería obedecer. Después de dos siglos de gobierno fatimita, las influencias chiitas eran poderosas en Egipto. Además, aunque estaba obligado a Nur ed-Din como señor suyo, su autoridad en Egipto dimanaba del Califa fatimita. Saladino se mostraba ambiguo, hasta que en agosto Nur ed-Din le amenazó con trasladarse personalmente a Egipto si no era obedecido. Después de tomar precauciones policíacas, Saladino se preparó para el cambio, pero nadie se atrevió a dar el primer paso hasta que, el primer viernes del año islámico de 657, un teólogo forastero de Mosul subió audazmente al púlpito de la gran mezquita y oró por el califa al-Mustadi. Su oración fue repetida en todo El Cairo. En palacio, el califa fatimita al-Adid yacía moribundo. Saladino prohibió a sus servidores que le informaran de la noticia. «Si se repone, se enterará lo bastante pronto de todo», dijo. «Si es que ha de morir, dejadle morir en paz.» Pero cuando el desdichado joven, pocas horas antes de su muerte, pidió ver a Saladino, su petición fue rechazada por miedo a una conspiración. Saladino se arrepintió de su negativa cuando era demasiado tarde, y ha-

[51] *Ibid.*, XX, 25, pág. 988.

[52] Describe extensamente su Cruzada Joranson, «The Crusade of Henry the Lion», en *Medieval Essays presented to G. W. Thompson.* Arnolfo de Lübeck es la fuente principal.

bló con afecto de él. Con al-Adid se extinguió la dinastía fatimita. Los príncipes y princesas que sobrevivieron, fueron reunidos para pasar el resto de su vida con lujo, pero apartados de todo contacto con el mundo [53].

Pocos días después, Saladino salió para atacar el castillo de Montreal, al sur del mar Muerto. Llevó el asedio con dureza, y Amalarico, debido a una mala información, salió de Jerusalén demasiado tarde para poder socorrer a Montreal. Pero, precisamente cuando la guarnición se preparaba a capitular, apareció de repente Nur ed-Din en el camino de Kerak, ante lo cual Saladino levantó el sitio. Dijo a Nur ed-Din que las guerras de sus hermanos en el Egipto superior le obligaban a regresar al Cairo. A Nur ed-Din su acto le pareció mera traición, que había que castigar por la fuerza. Enterado de su furia, Saladino se alarmó y reunió en consejo a su familia y sus principales generales. Los elementos más jóvenes de la familia aconsejaron el reto. Pero el padre de Saladino, el viejo Najm ed-Din Ayub, se levantó para manifestar de una vez para siempre que era leal a su amo y censuró a su hijo por su ambición, y volvió a reprenderle en privado por dejar que su ambición se manifestara tan a las claras. Saladino siguió su consejo y envió humillantes disculpas a Nur ed-Din, quien las aceptó de momento [54].

En el verano de 1171, Nur ed-Din proyectó y abandonó después una expedición contra Galilea. A fines de otoño, furioso por un acto de piratería cometido por los francos de Laodicea contra dos barcos egipcios, asoló los territorios antioqueno y tripolitano, destruyendo los castillos de Safita y Araima, y tuvo que ser contenido mediante una fuerte indemnización [55]. Pero en 1172 prefirió la paz, en parte porque desconfiaba de Saladino y en parte porque quería ganarse la ayuda seléucida para un ataque contra Antioquía. Pero el sultán seléucida, después de una seria advertencia de Constantinopla, rechazó sus proposiciones y en lugar de ello inició una guerra de dos años contra los Danishmend. La alianza bizantina, aunque iba a resultar algo diferente, al fin salvó a Antioquía de la coalición entre Alepo y

[53] Ibn al-Athir, págs. 575-80, y *Atabegs,* págs. 202-3; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 551; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 61-2.

[54] Guillermo de Tiro, XX, 27, págs. 992-4; Ibn al-Athir, págs. 581-3, y *Atabegs,* págs. 286-8; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 552; Maqrisi, ed. por Blochet, *Revue de l'Orient Latin,* vol. III, pág. 506. Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 62-3; versión llena de tacto y vaga, confunde las expediciones de 1171 y 1173. También hace decir a Saladino que él se limitó a no tener en cuenta la oposición a Nur ed-Din (pág. 65).

[55] Ibn al-Athir, *Atabegs,* pág. 279; Kemal ad-Din, pág. 584; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* pág. 62, dice que Nur ed-Din conquistó Arga, confusión con Aryma.

Konya[56]. Hacia la misma época, Nur ed-Din consintió al fin en poner en libertad a Raimundo de Trípoli por la suma de 80.000 denarios. El rey y los hospitalarios, juntos, aportaron el grueso del dinero, y Raimundo pudo regresar a casa. Nunca pagó unos 30.000 denarios que se le quedaron a deber a Nur ed-Din[57].

La guerra empezó de nuevo en 1173. Amalarico se sentía lo bastante seguro para avanzar hacia el Norte, a Cilicia, para castigar a Mleh por su ultraje contra Esteban de Champagne y para llevar a cabo la promesa hecha al Emperador. La campaña no consiguió nada positivo, salvo impedir la ulterior expansión de Mleh[58]. Nur ed-Din aprovechó la ocasión para invadir Transjordania, y llamó a Saladino para que acudiera en ayuda suya. Saladino, fiel al consejo de su padre, llegó con un ejército desde Egipto y puso sitio a Kerak. Entretanto, Nur ed-Din avanzó desde Damasco. Ante su llegada, Saladino levantó el sitio y regresó a Egipto, alegando, con verdad, que su padre estaba gravemente enfermo. Pero era evidente que no quería destruir el estado-tapón de los francos que se hallaba entre él y su autoritario señor. Nur ed-Din, por su parte, acampó ante Kerak. El feudo de Transjordania, del cual Kerak era la capital, pertenecía a una heredera, Estefanía de Milly. Su primer esposo, Hunfredo, heredero de Torón, había muerto años atrás. Su segundo esposo, Miles de Plancy, senescal de Amalarico, se hallaba con el rey. Fue su primer suegro, el anciano condestable Hunfredo II de Torón, el que acudió en su socorro. Ante la movilización de las fuerzas que habían quedado en el reino, Nur ed-Din se retiró. Su ira contra Saladino era incontenible. Cuando se enteró de la muerte, acaecida en agosto, de Najm ed-Din Ayub, su más leal amigo en El Cairo, hizo votos de invadir personalmente Egipto en la primavera próxima[59].

Esta desunión en el mundo musulmán era un consuelo para los francos, y en el otoño de 1173 recibieron proposiciones de otro sector, completamente inesperado. Poco se había sabido de los Asesinos

[56] Cinnamus, págs. 291-2; Imad ed-Din, págs. 159-60. Enrique el León fue bien recibido por Kilij Arslan cuando atravesó Anatolia, a su regreso de Palestina.

[57] Abu Shama, pág. 168; Guillermo de Tiro, XX, 28, pág. 995. Las circunstancias de la liberación de Raimundo son oscuras. Véase Baldwin, *Raymond III of Tripoli*, pág. 11 y n. 23. Ocurrió entre septiembre de 1173 y abril de 1176.

[58] Guillermo de Tiro, XX, 26, págs. 991-2; véase referencias *supra*, página 356, nota 50. Guillermo probablemente confundió las dos expediciones de Amalarico.

[59] Ibn al-Athir, págs. 587-93, y *Atabegs*, pág. 293; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 553; Maqrisi, ed. por Blochet, *Revue de l'Orient Latin*, vol. VIII, págs. 509-11. Najm ed-Din Ayub murió a consecuencia de una caída cuando jugaba al polo.

durante las últimas décadas, aparte de la muerte arbitraria que dieron a Raimundo II de Trípoli en 1152. Se habían dedicado tranquilamente a consolidar su territorio en las montañas Nosairi. En general, no tenían ninguna animosidad contra los francos. Su enemigo odiado era Nur ed-Din, cuyo poder les limitaba a mantenerse en el Este. Pero había sido incapaz de suprimirlos, y una daga encontrada cierta noche sobre su almohada le avisó de que no debía ir demasiado lejos. Con más simpatías hacia los chiitas que hacia los sunníes, se sintieron muy afectados por el fin del Califato fatimita. En 1169, el cuartel general Asesino enclavado en Alamut, en Persia, envió un nuevo gobernador para la provincia de Nosairi, Rashid ed-Din Sinan de Basra. Este formidable jeque, que sería conocido por los francos como el Viejo de las Montañas, inició una política más activa. Envió ahora un emisario a Amalarico para proponerle una estrecha alianza contra Nur ed-Din e insinuando que él y toda su gente estaban pensando en su conversión al cristianismo. A cambio solicitó, según parece, que un tributo que los templarios de Tortosa habían conseguido imponer a varias aldeas Asesinas quedase suprimido. Amalarico, creyera o no que los Asesinos se fuesen a convertir al cristianismo, se alegró de poder alentar su amistad. Los enviados del jeque Sinan regresaron hacia las montañas con la promesa de que pronto les seguiría una embajada franca. Según marchaban, más allá de Trípoli, un caballero templario, Gualterio de Mesnil, en connivencia con su gran maestre, les tendió una emboscada y degolló a todos. El rey Amalarico se horrorizó. Su política había sido destruida y su honor mancillado, precisamente porque la Orden era tan codiciosa que no quería sacrificar una mínima parte de sus ingresos. Ordenó al gran maestre, Odón de Saint-Amand, que entregase al culpable. Odón se negó, y sólo ofreció enviar a Gualterio a ser juzgado por el Papa, única autoridad que reconocía. Pero Amalarico estaba demasiado furioso como para preocuparse de la constitución de la Orden. Marchó a toda prisa con algunas tropas a Sidón, donde se hallaban el gran maestre y el Capítulo, se abrió paso hasta llegar a su presencia y apresó a Gualterio, al que encarceló en Tiro. Los Asesinos recibieron seguridades de que se había hecho justicia, y aceptaron las disculpas del rey. Entretanto, Amalarico proyectó pedir a Roma que la Orden fuese disuelta [60].

El año de 1174 empezó bien para los cristianos. Los Asesinos se mostraban amigos. La alianza bizantina se mantenía. El joven rey de Sicilia, Guillermo II, prometió ayuda naval para la primavera. La discordia entre Nur ed-Din y Saladino estaba llegando a un punto

[60] Guillermo de Tiro, XX, 29-30, págs. 995-9.

crítico, y el propio Saladino no estaba nada seguro en Egipto, donde la nobleza chiita había vuelto a intrigar contra él y se hallaba en contacto con los francos. En 1173 envió a su hermano mayor, Turan Shah, a conquistar el Sudán, para que pudiera servir de asilo a la familia, caso de que ocurriera lo peor. Turan ocupó el país hasta Ibrim, cerca de Wady Halfa, donde degolló al obispo copto y a su grey, dando el mismo trato a su congregación que a sus setecientos cerdos. Pero informó que el país era inadecuado como refugio. Saladino le envió después a la Arabia meridional, que le gustaba más. La conquistó en nombre de su hermano y gobernó allí como virrey hasta 1176 [61].

Pero no hubo ninguna necesidad de huir de la ira de Nur ed-Din. En la primavera de 1174, el atabek llegó a Damasco para preparar su campaña egipcia. Cuando cabalgaba con sus amigos, cierta mañana, por las huertas, les habló de la incertidumbre de la vida humana. Nueve días después, el 15 de mayo, murió de angina de pecho. Había sido un gran gobernante y un hombre bueno, que amó, sobre todas las cosas, la justicia. Después de su enfermedad, diecinueve años antes, se vio privado algo de su energía, y cada vez dedicó más tiempo a los ejercicios piadosos. Pero su piedad, a pesar de ser intolerante, le ganó el respeto de sus súbditos y de sus enemigos. Era austero y rara vez sonreía. Vivía con sencillez y obligó a su familia a hacer lo mismo, y prefería gastar sus enormes rentas en obras de caridad. Fue un administrador cuidadoso y vigilante, y su prudente gobierno consolidó el reino que su espada había conquistado. Especialmente procuró contener la intranquilidad de sus emires turcos y kurdos, estableciéndolos en feudos cuyas rentas pagaban aquéllos en soldados, aunque sus propios tribunales los mantenían rígidamente bajo control. Este feudalismo mitigado contribuyó en gran medida a restablecer la prosperidad de Siria, después de cerca de un siglo de gobierno nómada. Era alto, con la piel oscura, casi lampiño, con facciones regulares y una expresión noble y triste. El juego del polo era su único recreo [62].

El heredero de Nur ed-Din era su hijo, Malik as-Salih Ismail, un muchacho de once años, que había estado con él en Damasco. Allí, el emir Ibn al-Muqaddam, respaldado por la madre del muchacho, se hizo cargo de la regencia, mientras Gümüshtekin, gobernador de Alepo, que había sido la capital más importante de Nur ed-Din, se proclamó regente. El primo del muchacho, Saif ed-Din de Mosul, intervino para anexionarse Nisibin y todo el Jezireh hasta Edesa.

[61] Ibn al-Athir, págs. 599, 602-3, y *Atabegs,* pág. 293; Beha ed-Din. *P. P. T. S.,* págs. 65-6.

[62] Ibn al-Athir, págs. 604-5; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* pág. 65.

Saladino, como gobernador de la provincia más rica de Nur ed-Din, escribió a Damasco para reclamar la regencia para sí. Pero carecía de poder para hacer valer sus pretensiones [63]. El colapso de la unidad musulmana ofrecía a los francos una ocasión que Amalarico aprovecharía rápidamente. En junio marchó sobre Banyas. Al-Muqqadam salió de Damasco para entrevistarse con él y, probablemente, como pensaba Amalarico, en seguida le propuso que se alejara mediante la promesa de una enorme suma de dinero, la liberación de todos los prisioneros francos en Damasco y una alianza en el futuro contra Saladino [64]. Amalarico, que empezaba a sufrir una afección de disentería, aceptó las propuestas. Después de firmado el pacto, regresó a caballo, por Tiberíades y Nablus, a Jerusalén, habiéndose negado a utilizar la comodidad de una litera. Cuando llegó estaba gravemente enfermo. Médicos griegos y sirios fueron llamados para cuidarle junto a su lecho de enfermo, y él les pidió que le sangraran y le dieran una purga. Ellos se negaron, pues le consideraban demasiado débil para soportar la tensión. En vista de ello recurrió a su médico franco, que no tenía tantos escrúpulos. El tratamiento pareció sentarle bien, aunque sólo durante uno o dos días. El 11 de julio de 1174 murió, a la edad de treinta y ocho años [65].

Si la historia es sólo una cuestión de reto y respuesta, entonces el desarrollo de la unidad musulmana bajo Zengi, Nur ed-Din y Saladino no fue más que la reacción inevitable a la primera Cruzada. Pero la fatalidad a menudo cambia caprichosamente los dados. A principios de 1174, la estrella de Saladino parecía estar declinando. La muerte de Nur ed-Din y la de Amalarico, ninguna de ellas esperada, le salvaron y abrieron las puertas para sus grandes victorias venideras.

Para los francos de Oriente, la muerte de Amalarico, en ese momento, y los percances que afectaban a su familia, presagiaban el fin de su reino. Amalarico fue el último rey de la Jerusalén cristiana que mereció el trono. Había cometido errores. Se dejó dominar por el entusiasmo de sus nobles en 1168 y por sus vacilaciones en 1169. Estaba siempre dispuesto en demasía a aceptar donativos en metálico, que su gobierno requería momentáneamente, más que a llevar a cabo una política de largo alcance. Pero su energía y su espíritu emprendedor eran incontenibles. Demostró que ni sus vasallos ni las órdenes podían desafiarle impunemente. De haber vivido más tiempo, podría haberse opuesto a lo inevitable, al triunfo del Islam.

[63] Ibn al-Athir, págs. 606-9; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, págs. 558-60.

[64] Guillermo de Tiro, XX, 31, pág. 1000; Abu Shama, pág. 162; Ibn al-Athir, pág. 611.

[65] Guillermo de Tiro, XX, 31, págs. 1000-1. El doctor sirio era probablemente Suleiman ibn Daoud. Véase *supra*, pág. 292, n. 42.

Libro V

EL TRIUNFO DEL ISLAM

Capítulo 18

LA UNIDAD MUSULMANA

«Los sabios heredarán la gloria, mas los insensatos adquirirán la ignominia.»

(Proverbios, 3, 35.)

A Saladino, ávido observador desde El Cairo, la muerte del rey Amalarico le pareció señal de favor divino. Las intrigas chiitas contra él alcanzaron su punto culminante en abril, cuando le fue descubierta una conspiración para matarle. La sofocó en seguida y crucificó a los cabecillas, pero no podía estar seguro de que no quedaran más personas dispuestas a conspirar en el caso de que viniera en ayuda suya un ejército cristiano. Y, entretanto, la herencia de Nur ed-Din podía pasar definitivamente a otras manos [1]. Ahora, muerto Amalarico, no había peligro de invasión por tierra. Verdad es que una flota siciliana se hallaba en alta mar, pues el rey Guillermo II no había sabido nada ni del fracaso de la conspiración chiita ni de la muerte de Amalarico. El 25 de julio de 1174, los sicilianos, con 284 barcos para transportar sus hombres, sus animales y sus provisiones, al mando de Tancredo, conde de Lecce, se presentaron de repente ante Alejandría. Pero no hallaron el apoyo con que habían contado; además, se negaron a consentir cualquier ayuda del Emperador, pues Guillermo había reñido con Manuel, quien, después de ofrecerle la mano de su hija María, retiró el ofrecimiento; y en todo

[1] Ibn al-Athir, pág. 600.

caso, Guillermo quería demostrar que lo haría mejor que los bizantinos en 1169. Al fracasar en la ocupación de la ciudad por sorpresa, y ante el avance de Saladino con un ejército, los sicilianos se retiraron de nuevo a sus barcos y zarparon el 1.° de agosto. Saladino se hallaba ahora libre para marchar sobre Siria [2].

Ibn al-Muqaddam, gobernador de Damasco, estaba aterrorizado y llamó a los francos en su ayuda. Su temor aumentó cuando el joven as-Salih huyó con su madre a Alepo para ponerse bajo la más poderosa protección de Gümüshtekin. Después, Ibn al-Muqaddam recurrió a Saif ed-Din de Mosul para que le ayudase, pero Saif ed-Din prefería consolidar sus conquistas en el Jezireh. La gente de Damasco insistió después en que el gobernador llamase a Saladino. Saladino salió en seguida con 700 jinetes selectos. Cabalgó rápidamente por Transjordania, donde los francos no hicieron ningún intento de contenerle, y llegó a Damasco el 26 de noviembre. Fue recibido allí con júbilo. Pasó la noche en la antigua mansión de su padre. A la mañana siguiente, Ibn al-Muqaddam le abrió las puertas de la ciudadela. Nombró gobernador a su hermano Toghtekin, en nombre de as-Salih, y, después de hacer las delicias de los damascenos con generosos donativos procedentes del tesoro de as-Salih, salió en dirección norte contra Gümüshtekin [3].

La muerte del rey Amalarico dejó impotentes a los francos para una intervención. El único príncipe que había quedado de la casa real era el leproso Balduino, que tenía trece años. Su hermana Sibila, un año mayor que él, estaba aún soltera. Su madrastra, la reina María Comneno, no dio a luz más que hembras, una de las cuales había muerto, y la otra, Isabel, tenía dos años. Los barones aceptaron sin dilación como rey a Balduino. Cuatro días después de la muerte de su padre fue coronado por el patriarca. No fue nombrado ningún regente. El senescal, Miles de Plancy, el más íntimo amigo del difunto rey, y señor, por derecho de consorte, del gran feudo de Transjordania, tenía a su cargo el gobierno. Pero Miles era impopular, sobre todo entre la aristocracia nacida en Tierra Santa, con cuyo apoyo el conde Raimundo de Trípoli reclamaba la regencia. Después de las hermanas, Raimundo era el pariente más cercano del rey en la rama real de la familia. Su madre, Hodierna de Jerusalén, era tía de Amalarico. Aunque Bohemundo de Antioquía descendía de Alicia, la hermana mayor de Hodierna, le separaba de la corona la dis-

[2] Abu Shama (citando a Imad ed-Din), págs. 164-5; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 66-7, da como fecha de la llegada de los sicilianos el 7 de septiembre; Guillermo de Tiro, XXI, 3, pág. 1007.

[3] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 67-70; Ibn al-Athir, págs. 614-16; Maqrisi, ed. por Blochet, *Revue de l'Orient Latin,* vol. VIII, pág. 517.

tancia de una generación. Además, vivía lejos, mientras Raimundo se había casado recientemente con la segunda gran heredera en el reino, Eschiva de Bures, princesa de Galilea, viuda de Gualterio de Saint-Omer.

Los que apoyaban a Raimundo, dirigidos por el viejo condestable Hunfredo II de Torón, por la familia de los Ibelin y por Reinaldo de Sidón, insistieron en sus derechos y fueron oídos ante el Tribunal Supremo. Miles se resistió con artilugios todo el tiempo que pudo, pero tuvo que ceder. A fines de otoño, Raimundo quedó establecido como regente. Pocas semanas después, Miles, que había aceptado de muy mala gana su caída del poder, fue asesinado, cierta noche sombría, en las calles de Acre [4].

Raimundo tenía entonces treinta y cuatro años: era un hombre alto y delgado, de cabello oscuro y tez cetrina, con el rostro presidido por una nariz grande, frío de carácter, con dominio de sí mismo y algo cicatero. Nada había en él de aquel espíritu caballeresco, entusiasta, de los primeros cruzados. Durante sus muchos años de cautiverio había leído a fondo, aprendió el árabe y estudió las costumbres de los musulmanes. Consideraba los problemas de los estados francos desde un punto de vista local. Estaba interesado en su supervivencia, no en su papel de punta de lanza de la Cristiandad agresiva. Era hombre capacitado y le apoyaban amigos eficaces, pero no era más que regente y tenía enemigos [5].

Su regencia se inició con resquebrajaduras dentro del reino. Ya antes hubo facciones, sobre todo en los días de la reina Melisenda. Pero fueron de escasa duración. La corona pudo conservar el control. Ahora surgían dos partidos definidos, uno compuesto de los barones nativos y los hospitalarios, que apoyaban al conde Raimundo, procurando un entendimiento con sus vecinos extranjeros y sin deseos de embarcarse en aventuras arriesgadas, y otro, compuesto de los que llegaban de Occidente y los templarios. Este partido era agresivo y cristiano militante, y encontró sus jefes, en 1175, cuando al fin Reinaldo de Châtillon salió de la prisión musulmana, juntamente con Joscelino de Edesa, un conde sin condado, a quien el destino convirtió en aventurero [6]. La animosidad personal era incluso más fuerte que las diferencias en política. Los nobles, en su mayoría, estaban emparentados entre sí, y las riñas familiares son siempre las más agrias. Las dos esposas del rey Amalarico se tenían mucho odio. Inés de Courtenay, la hermana del conde Joscelino, se había casado dos veces desde su divorcio. Su marido siguiente, Hugo de Ibelin, murió

[4] Guillermo de Tiro, XXI, 3-4, págs. 1007-9.
[5] Guillermo de Tiro, XXI, 5, págs. 1010-12.
[6] Acerca de la liberación de Reinaldo y Joscelino, véase *infra*, pág. 369.

a los pocos años de su boda; su sucesor, Reinaldo de Sidón, se alegró al descubrir que él, igual que Amalarico, era un pariente lo bastante cercano como para conseguir una anulación[7]. Mientras Inés se puso al lado de su hermano y los templarios, él se unió al partido opuesto. La reina María Comneno volvió a casarse rápidamente; su nuevo esposo era Balian, hermano de Hugo de Ibelin, y ella aportó su feudo de Nablus. El matrimonio fue feliz, y la reina viuda desempeñó un gran papel en el partido de su esposo[8]. Reinaldo de Châtillon, algunos meses después de haber sido puesto en libertad, se casó con la heredera de Transjordania, Estefanía, la viuda de Miles de Plancy, que consideraba al conde Raimundo como asesino de su marido[9]. La prolongada disputa entre Raimundo y los templarios empezó por una cuestión personal. Un caballero flamenco, Gerardo de Ridfort, llegó a Trípoli en 1173 y se puso al servicio del conde, que le prometió la mano de la primera heredera adecuada que hubiese en su condado. Pero cuando murió el señor de Botrun, a los pocos meses, dejando sus posesiones a su hija Lucía, Raimundo olvidó la petición de Gerardo y dio la mano de Lucía a un rico señor de Pisa, llamado Plivano, quien, sin elegancia alguna, puso a la muchacha en una balanza y ofreció pagar al conde su peso en oro. Gerardo, furioso y desilusionado, ingresó en la Orden del Temple y pronto se convirtió en su elemento más influyente y en senescal de la misma. Nunca perdonó a Raimundo[10].

El joven rey, precozmente enterado de las intrigas en torno a él, procuró mantener el equilibrio entre los partidos. Raimundo permaneció tres años como regente, pero lazos de parentesco le inclinaban íntimamente hacia los Courtenay. En 1176 nombró senescal a su tío Joscelino, y su madre, Inés, regresó a la corte. Su influencia fue desastrosa. Era viciosa y codiciosa, insaciable de hombres y de dinero. No se le permitió educar a sus hijos. Balduino estuvo al cuidado de Guillermo de Tiro, y Sibila a cargo de su tía-abuela, la princesa abadesa Joveta de Betania. Pero ahora empezó a inmiscuirse en sus

[7] Hugo de Ibelin, que había sido delegado de Amalarico en El Cairo, murió hacia 1169. Había estado prometido con Inés antes de que ésta se casara con Amalarico (Guillermo de Tiro, XIX, 4, pág. 890). Guillermo también relata el divorcio de Reinaldo de Sidón. El padre de Reinaldo demostró que él e Inés eran parientes. Era, sin duda, por parte de la madre de ella, Beatriz, viuda de Guillermo de Sahyun, cuyo nombre de soltera no se conoce.

[8] Guillermo de Tiro, XXI, 18, pág. 1035; Ernoul, pág. 44.

[9] Ernoul, págs. 30-1.

[10] Ernoul, pág. 114; *Estoire d'Eracles*, págs. 51-2. Plivano pagó 10.000 besantes por su novia. Si eran de oro macizo, su peso debió de haber sido de 140 libras, aproximadamente.

vidas. Balduino le hacía caso, en contra de su propio y mejor criterio, y Sibila cayó bajo su férula [11].

El primer deber de Raimundo como regente fue el de contener el aumento del poder de Saladino. Los francos habían sido incapaces de impedir la unión de Damasco con El Cairo, si bien Alepo, al menos, estaba aún separado. Tan pronto como llegaron refuerzos de Egipto, Saladino avanzó desde Damasco a Alepo. El 9 de diciembre de 1174 entró en Homs y dejó tropas para cercar el castillo, que resistió contra él. Prosiguió por Hama a Alepo. Cuando Gümüshtekin le cerró las puertas, inició un asedio de la ciudad, el 30 de diciembre. Los ciudadanos estaban bastante inclinados a rendirse, pero el joven as-Salih apareció personalmente entre ellos y les suplicó que le libraran del hombre que había robado su herencia. Conmovidos por su súplica, los defensores no vacilaron. Entretanto, Gümüshtekin solicitó la ayuda de los Asesinos y de los francos. Algunos días después fueron hallados algunos Asesinos en el corazón del campamento de Saladino, en su mismísima tienda. Fueron degollados después de una defensa desesperada. El 1.º de febrero, el conde Raimundo y un ejército franco aparecieron ante Homs y, con la ayuda de la guarnición del castillo, empezaron a atacar las murallas de la ciudad. Se obtuvo el efecto deseado. Saladino levantó el sitio de Alepo y llegó precipitadamente al Sur. Raimundo no se detuvo a esperarle. Durante el mes siguiente, Saladino fue retenido por el sitio del castillo de Homs. Hacia abril, era dueño de toda Siria, hasta Hama, por el Norte; pero Alepo seguía siendo independiente. En señal de gratitud hacia los francos, Gümüshtekin puso en libertad a Reinaldo de Châtillon y Joscelino de Courtenay y a todos los otros prisioneros cristianos que languidecían en las mazmorras de Alepo [12].

Los éxitos de Saladino molestaron al sobrino de Nur ed-Din, Saif ed-Din de Mosul, que envió a su hermano, Izz ed-Din, con un gran ejército a Siria para unirse a Gümüshtekin. Saladino, esperando tal vez originar un conflicto entre Alepo y Mosul, ofreció ceder a Gümüshtekin Hama y Homs. El ofrecimiento fue rechazado. Pero el ejército aliado fue sorprendido en un barranco entre las colinas al norte de Hama y despedazado por los veteranos de Saladino. Saladino no se sentía lo bastante fuerte para explotar su victoria. Se acor-

[11] Joscelino es atestiguado como senescal a partir de 1177 (Röhricht, *Regesta,* pág. 147). Es llamado siempre «conde Joscelino». En las cartas de privilegio Inés es llamada condesa; fue condesa de Jaffa y Ascalón durante su matrimonio con Amalarico. Nunca fue reina ni nunca se la llamó así (Guillermo de Tiro, XXI, 2, pág. 1006, para la educación de Sibila, y *supra,* pág. 356, para la de Balduino).

[12] Guillermo de Tiro, XXI, 6, págs. 1012-13, 1023; Abu Shama, págs. 167-8; Ibn al-Athir, págs. 618-20; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, págs. 562-4.

dó una tregua, que permitió a Saladino ocupar unas cuantas ciudades al norte de Hama, si bien dejó las cosas tal y como estaban antes [13].

Saladino se desprendió ahora de su pretendido vasallaje a as-Salih. Había hecho todo lo posible por servirle con lealtad, decía, pero as-Salih prefirió otros consejeros y rechazó su ayuda. Por tanto, adoptó el título de rey de Egipto y Siria y acuñó moneda con su propio nombre. El Califa de Bagdad generosamente aprobó este paso y le envió los mantos reales, que le llegaron por el mes de mayo, en Hama [14].

La tregua con la casa de Zengi fue de corta duración. En marzo de 1176, Saif ed-Din de Mosul cruzó personalmente el Eufrates con un numeroso ejército y se unió a las tropas de Gümüshtekin en las afueras de Alepo. Saladino, cuyo ejército había sido reforzado nuevamente desde Egipto, salió a su encuentro. Un eclipse solar, el 11 de abril, asustó a sus hombres cuando cruzaban el Orontes cerca de Hama, y fueron cogidos por sorpresa, diez días después, por Saif ed-Din, cuando sus caballos se hallaban abrevando. Pero Saif ed-Din vaciló en el ataque inmediato. A la mañana siguiente, cuando Saif ed-Din reunió todas sus fuerzas para atacar el campamento de Saladino en la Mota del Sultán, unas veinte millas al sur de Alepo, era demasiado tarde. Su primera embestida estuvo a punto de triunfar, pero Saladino contraatacó al frente de sus reservas y rompió las líneas enemigas. Al atardecer era el amo del campo. El tesoro que Saif ed-Din había dejado en su campamento al huir fue repartido totalmente por Saladino para premiar a sus hombres. Los prisioneros que capturó recibieron buen trato y pronto fueron puestos en libertad. Su generosidad y clemencia causaron excelente impresión [15].

Alepo aún se resistía a abrir sus puertas a Saladino; por eso atacó y conquistó las fortalezas entre la ciudad y el Eufrates, Biza'a y Benbij, y puso sitio después a Azaz, la gran fortaleza que dominaba la ruta del Norte. Allí, una vez más, estuvo a punto de ser víctima de uno de los Asesinos que entraron en la tienda donde descansaba. Se salvó sólo gracias a la malla que llevaba debajo del turbante. Azaz se rindió el 21 de junio. El 24 de junio Saladino volvió a presentarse

[13] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 70-1; Ibn al-Athir, págs. 621-2, llama al lugar de la batalla los Cuernos de Hama; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 564.

[14] Las primeras monedas que llevan el título real de Saladino tienen la fecha 570 A. M. (1174-5). Nunca se arrogó el título de sultán, pero los escritores árabes, aun sus contemporáneos, le dan este título (así Jubayr y Beha ed-Din). Véase Wiet, *op. cit.*, págs. 335-6.

[15] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 71-4; Ibn al-Athir, págs. 625-6. Beha ed-Din afirma que la batalla tuvo lugar en Tel es-Sultán y en los Cuernos de Hama.

ante Alepo. Pero ahora accedió a entrar en conversaciones. As-Salih y los príncipes ortóquidas de Hisn Kaifa y Mardin, que le habían apoyado, aceptaron ceder a Saladino todo el territorio que había conquistado, y ellos y Saladino juraron solemnemente mantener la paz. Una vez firmado el tratado el 29 de julio, la hermana pequeña de as-Salih salió de la ciudad para visitar el campamento de Saladino. Le preguntó cariñosamente qué le gustaría como regalo, y ella respondió: «El castillo de Azaz.» Y Saladino se lo devolvió a su hermano [16].

Aunque Alepo aún no había sido conquistado, as-Salih y sus primos estaban acobardados. Saladino podía cambiar y tratar con los Asesinos y los francos. Penetró en las montañas Nosairi para poner sitio a Masyaf, la principal fortaleza Asesina. El jeque Sinan estaba lejos, y cuando regresó apresuradamente a su casa, los soldados de Saladino habrían podido capturarle de no haberles detenido alguna fuerza misteriosa. Existía en torno a todo ello algo de magia. El propio Saladino estaba muy afectado por sueños terribles. Cierta noche despertó sobresaltado y encontró sobre su lecho algunos bizcochos calientes de una especie que sólo preparaban los Asesinos, y con ellos un puñal envenenado y un trozo de papel en el que se hallaba escrita una rima amenazadora. Saladino creyó que el Viejo de las Montañas había estado en persona en su tienda. Perdió la serenidad. Envió un mensajero a Sinan solicitando ser perdonado por sus pecados y prometiendo, a cambio de un salvoconducto, no molestar a partir de aquel momento a los Asesinos. El Viejo le perdonó y el tratado entre ellos fue respetado [17].

Con los francos no podía hacerse un convenio de tal índole. Hubo una tregua en 1175, cuando Saladino, para poder tratar con Saif ed-Din, puso en libertad a los prisioneros cristianos que tenía en su poder [18]. Pero al año siguiente los francos rompieron la tregua. Mientras Saladino ponía sitio a Alepo, Raimundo de Trípoli invadió el Beqa'a partiendo del Buqaia, y el ejército real, al mando de Hunfredo de Torón y del rey, de quince años, acudió desde el Sur. Parece que Raimundo sufrió una ligera derrota frente a Ibn al-Muqaddman, entonces gobernador de Baalbek, pero los cristianos consiguieron establecer contacto y derrotaron seriamente al hermano de Saladino,

[16] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 74-5; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, págs. 146-7; Ibn al-Athir, *loc. cit.* Según Kemal ad-Din, la opinión pública en Alepo se oponía al tratado y estaba decididamente a favor de as-Salih.

[17] Abu Firas, ed. por Guyard, *Journal Asiatique*, séptima serie, vol. IX, 1877, texto árabe, págs. 455-9; Ibn al-Athir *(loc. cit.)* escribe acerca de una carta amenazadora enviada por Sinan al tío materno de Saladino, Shihab ed-Din.

[18] Guillermo de Tiro, XXI, 8, págs. 1017-19. Reprocha a Hunfredo de Torón, que fue el responsable de la tregua, de haber dejado escapar una oportunidad de sorprender a Saladino cuando estaba en situación apurada.

Turan Shah, y a la milicia de Damasco. Se retiraron tan pronto como Saladino inició su aproximación desde el Norte. No les persiguió. Deseaba regresar a Egipto. Dejando a Turan Shah al mando de un fuerte ejército en Siria, se deslizó de nuevo por Transjordania y llegó a El Cairo a fines de septiembre [19].

Durante un año hubo un respiro en la lucha, que agradecieron ambos bandos. Mientras Saladino reorganizaba Egipto y reconstruía y volvía a fortificar El Cairo, el gobierno de Jerusalén afrontó su más importante problema interno. En 1177 el rey Balduino llegó a la mayoría de edad, a los dieciséis años, y Raimundo abandonó la regencia. Pero la lepra del rey iba de mal en peor; era evidente que no viviría muchos años. Para prevenir la sucesión había que casar a la princesa Sibila. En 1175, tal vez por sugerencia de Luis VII de Francia, Balduino invitó a Guillermo, llamado *Larga Espada,* hijo mayor del marqués de Montferrato, a trasladarse a Palestina y aceptar la mano de Sibila. Fue una buena elección. Guillermo estaba bien emparentado. Su padre era el príncipe más rico de la Italia del norte. Era primo del emperador Federico Barbarroja y del rey Luis. Su primogénito, aunque ya no joven, era valiente y guapo como para agradar a una princesa alegre. Desembarcó en Sidón en octubre de 1176. A raíz de su matrimonio con Sibila, celebrado pocos días después, se le dio el condado de Ascalón y Jaffa y se le consideró implícitamente como heredero del trono. Pero las esperanzas puestas en su vigor y en sus elevados parentescos fueron vanas. A principios de 1177 cayó enfermo de malaria. Su enfermedad se prolongó durante algunos meses, y murió en junio. Su viuda dio a luz un niño a finales de verano, un heredero para el reino, aunque resultaría inevitable una regencia. Los emisarios del rey volvieron a explorar las cortes europeas con el fin de hallar un segundo esposo para la princesa [20].

Sus enviados también pulsaron en Europa la posibilidad de hallar aliados contra Saladino, ya que la calma bélica no podía evidentemente durar mucho tiempo. Pero los príncipes de Occidente estaban plenamente ocupados en sus propios problemas, y tampoco Constantinopla podía proporcionar la misma ayuda que antes. El año 1176 fue un punto culminante en la historia de Bizancio. El sultán seléucida, Kilij Arslan II, se había rebelado contra el Emperador. Mientras vivía Nur ed-Din, se le podía tener sometido, pues Nur ed-Din había in-

[19] Guillermo de Tiro, XXI, 11, págs. 1021-3; Ibn al-Athir, pág. 627.

[20] Guillermo de Tiro, XXI, 13, págs. 1025-6; la madre de Guillermo era hermanastra del rey Conrado y del padre de Federico Barbarroja. Su padre y la madre del rey Luis, Adelaida de Maurienne, eran hijos, en dos matrimonios diferentes, de Gisela de Borgoña.

tervenido en Anatolia en 1173 para impedir que los seléucidas asolaran las tierras de los Danishmend. Abdalmassih, general de Nur ed-Din, que había sido anteriormente ministro de su hermano Qutb ed-Din de Mosul, devolvió Cesarea-Mazacha al danishmend Dhu'l Nun, y él mismo se quedó con una guarnición en Sivas. Shahinshah, hermano de Kilij Arslan, fue confirmado al propio tiempo en la posesión de Ankara, donde le había instalado el Emperador algunos años antes. Hacia fines de 1174, Abdalmassih estaba de vuelta en Mosul; Duh'l-Nun y Shahinshah se hallaban desterrados en Constantinopla, y Kilij Arslan se había quedado con sus tierras. Luego se volvió contra Bizancio. En el verano de 1176, Manuel decidió afrontar de una vez para siempre el asunto de los turcos. Algunos leves éxitos el verano anterior le habían animado a escribir al Papa para decirle que el momento era propicio para una nueva Cruzada. Ahora limpiaría para siempre el camino a través de Anatolia. Mientras un ejército al mando de su primo Andrónico Vatatses fue enviado por la Paflagonia para devolver a Dhu'l-Nun su territorio, Manuel dirigió personalmente el gran ejército imperial, engrosado por todos los refuerzos que pudo conseguir, contra la capital del sultán en Konya. Al enterarse de la expedición, Kilij Arslan envió emisarios para pedir la paz. Pero Manuel ya no tenía fe en su palabra.

A principios de septiembre la expedición de Paflagonia sufrió un descalabro ante las murallas de Niksar. La cabeza de Vatatses fue enviada como trofeo al sultán. Pocos días después, el ejército de Manuel salió del valle del Meandro, pasó junto a la fortaleza que había construido el año anterior el Subleo y rodeó el extremo del lago de Egridir hacia las colinas que ascendían a la gran cordillera de Sultán Dagh. Pesados vagones que contenían máquinas de asedio y provisiones hacían aún más lento su avance, y los turcos habían devastado el terreno por donde tenían que pasar. El camino llevaba por un desfiladero llamado por los griegos Tzibritze, con el arruinado fuerte de Miriocéfalo en la lejana salida. Allí el ejército turco estaba visiblemente concentrado en la ladera calva de la colina. Los generales más expertos de Manuel le previnieron del peligro de llevar su pesado ejército a través del difícil desfiladero teniendo al enemigo enfrente; pero los príncipes más jóvenes confiaban en sus proezas y estaban ávidos de gloria. Le convencieron a que siguiera avanzando. El sultán reunió tropas de todos sus aliados y vasallos. Su ejército era tan numeroso como el de Manuel, peor armado pero más móvil. El 17 de septiembre de 1176, la vanguardia se abrió paso por el desfiladero. Los turcos cedieron ante los bizantinos, pero sólo para ascender a las colinas y lanzarse por las laderas cuando el grueso del ejército imperial pasaba por el estrecho camino. El cuñado del

Emperador Balduino de Antioquía, al frente del regimiento de caballería, contraatacó al enemigo en la colina, pero él y sus hombres fueron muertos. Los soldados, en el valle, vieron su derrota. Estaban tan estrechamente amontonados que apenas podían mover las manos. Un caudillo valiente hubiese salvado, tal vez, la jornada. Pero a Manuel le abandonó el valor. Fue el primero en sentir pánico y en huir del desfiladero. Todo el ejército intentó imitarle. Pero, en el caos, los vagones de transporte cerraron el camino. Pocos soldados pudieron escapar. Los turcos, enarbolando la cabeza de Vatatses, los mataban a placer, hasta que se echó la noche. Después el sultán envió un heraldo al Emperador, cuando éste trataba de reorganizar sus tropas en la llanura, y le ofreció la paz a condición de que se retirase en seguida y desmantelara sus dos nuevas fortalezas de Subleo y Dorileo. Manuel aceptó agradecido las condiciones. Su vanguardia, intacta, regresó libremente por el desfiladero y se unió a los tristes restos que Manuel llevaba ahora a la patria, hostigado por los turcos, que no podían comprender la clemencia de Kilij Arslan. Es probable que el sultán no se diera cuenta de la totalidad de su victoria. Su interés principal estaba ahora en Oriente. No tenía, de momento, interés por una expansión hacia el Oeste. Todo lo que necesitaba era seguridad[21].

Manuel, sin embargo, se percató perfectamente de la significación del desastre, que él mismo comparaba con el de Manzikert, acaecido más de un siglo antes[22]. La gran máquina bélica que su abuelo y su padre habían construido fue súbitamente destrozada. Costaría muchos años volver a reconstruirla, y de hecho no lo fue nunca. Había tropas suficientes para guarnecer las fronteras, e incluso para obtener algunas victorias menores en los tres años siguientes. Pero ya nunca más podría el Emperador avanzar hacia Siria y dictar su voluntad a Antioquía. Ni tampoco había quedado nada de su gran prestigio que, en el pasado, detuvo a Nur ed-Din, en la cima de su poder, de ir demasiado lejos en sus ataques a la Cristiandad. Para los francos, el desastre de Miriocéfalo fue casi tan fatal como para Bizancio. A pesar de su mutua desconfianza y de los malentendidos, sabían que la existencia de un poderoso imperio era una última salvaguardia

[21] Nicetas Choniates, págs. 236-48; Miguel el Sirio, III, págs. 369-72. Véase Chalandon, *Les Comnènes,* págs. 506-13, y Cahen, *La Syrie du Nord,* pág. 417, n. 3, y para la batalla, Ramsay, «Preliminary report», en *History and Art of the Eastern Provinces of the Roman Empire,* págs. 235-8.

[22] Nicetas Choniates, pág. 249. Manuel, por otra parte, trató de quitarle importancia al desastre en su carta a Enrique II acerca del mismo (citada por Roger de Hoveden, *Chronica,* II, pág. 101). La batalla fue conocida por muchos cronistas occidentales; por ejemplo, *Vita Alexandri,* en *Liber Pontificalis,* II, pág. 435, y *Annales S. Rudberti Salisburgensis,* pág. 777.

contra el triunfo del Islam. En aquel momento, siendo gobernante de la Siria del norte el débil muchacho as-Salih, no advirtieron la importancia de la batalla. Pero cuando Guillermo de Tiro visitó Constantinopla, tres años después, y se enteró con detalle de lo que había sucedido, se dio cuenta de los peligros que se avecinaban [23].

Aunque el ejército de Manuel había sucumbido, su flota era aún poderosa, y estaba dispuesto a utilizarla contra Saladino. Una vez más, en 1177, prometió enviarla en apoyo de un ataque franco contra Egipto. Durante el verano corrieron rumores de una nueva Cruzada desde Occidente; Luis VII y Enrique II de Inglaterra, se decía entonces, habían abrazado la Cruz [24]. Pero sólo uno de los dos potentados occidentales apareció en Palestina. En septiembre, mientras el rey Balduino se recobraba de un grave ataque de malaria, Felipe, conde de Flandes, desembarcó con un considerable séquito en Acre. Era hijo del conde Thierry y de Sibila de Anjou, y los francos, recordando las cuatro Cruzadas de su padre y el piadoso amor de su madre hacia Tierra Santa, pusieron grandes esperanzas en él. La noticia de su llegada hizo que vinieran cuatro embajadores de elevada cuna, en nombre del Emperador, con el fin de ofrecer dinero para una expedición egipcia, y, pisándoles los talones, una flota de setenta barcos bien equipados hizo su entrada en aguas de Acre. El rey Balduino, demasiado enfermo para combatir personalmente, se apresuró a ofrecerle la regencia si quería aceptar el mando de una expedición a Egipto. Pero Felipe vaciló y contestó ambiguamente. Dijo primero que había venido únicamente para hacer la peregrinación; después alegó que no podía asumir solo tales responsabilidades, y, cuando el rey propuso que Reinaldo de Châtillon fuese el jefe adjunto, criticó el carácter de Reinaldo. Se le advirtió que la flota bizantina estaba dispuesta a colaborar. El se limitó a preguntar que por qué iba a comprometer a los griegos. Al fin confesó que su único motivo para venir a Palestina había sido el casar a sus dos primas, las princesas Sibila e Isabel, con los dos hijos jóvenes de su vasallo favorito, Roberto de Béthune. Esto fue más de lo que los barones de Jerusalén podían soportar. «Creíamos que habíais venido para luchar por la Cruz y sólo habláis de matrimonios», exclamó Balduino de Ibelín cuando el conde hizo su petición ante el Tribunal. Desconcertado y furioso, Felipe se dispuso a partir. La riña sorprendió a los embajadores del Emperador. Era evidente que no iba a haber ninguna expedición a Egipto. Esperaron alrededor de un mes, y después zar-

[23] Guillermo de Tiro, XXI, 12, pág. 1025.

[24] Enrique II y Luis VII se pusieron de acuerdo en el Tratado de Ivry, el 21 de septiembre de 1177, para unirse a una Cruzada (Benedicto de Peterborough, I, págs. 191-4). El plan fue desechado poco después.

paron disgustados con la flota, para advertir a su señor contra la incurable frivolidad de los francos [25].

El conde de Flandes salió de Jerusalén para Trípoli a fines de octubre. Tal vez tuviera remordimientos de conciencia, pues aceptó acompañar al conde Raimundo en una expedición contra Hama, y el rey Balduino le proporcionó tropas del reino como refuerzo. Mientras un pequeño contingente corría el territorio de Homs, consiguiendo únicamente caer en una emboscada y perder todo el botín que había capturado, los dos condes pusieron sitio a Hama, cuyo gobernador estaba gravemente enfermo. Pero, cuando llegaron las tropas de Damasco, se retiraron sin haber logrado nada. Desde Trípoli el conde Felipe se trasladó a Antioquía, y accedió a ayudar al príncipe Bohemundo en un ataque contra la ciudad de Harenc. Harenc había pertenecido al antiguo ministro de as-Salih, Gümüshtekin, pero había reñido con su amo, que le mandó matar. Sus vasallos en Harenc se habían rebelado, por tanto, contra as-Salih, pero al acercarse los francos su motín se acabó. Bohemundo y Felipe, con indiferencia, pusieron sitio a la ciudad. Sus operaciones de minado no tuvieron éxito, y as-Salih pudo mandar un destacamento a través de sus líneas para reforzar a la guarnición. Cuando as-Salih les envió unos emisarios para subrayar que Saladino, el auténtico enemigo tanto de Alepo como de Antioquía, estaba nuevamente en Siria, accedieron a levantar el sitio. Felipe de Flandes regresó a Jerusalén por Pascua de Resurrección y después se embarcó en Laodicea rumbo a Constantinopla [26].

Saladino pasó la frontera, procedente de Egipto, el 18 de noviembre. Su servicio de espionaje era siempre excelente. Sabía que la alianza franco-bizantina había fracasado y que el conde de Flandes estaba lejos, en el Norte. Decidió un rápido contraataque a lo largo de la costa, hacia Palestina. Los templarios reunieron a todos los caballeros disponibles de la Orden para la defensa de Gaza, pero el ejército egipcio avanzó directamente hacia Ascalón. El viejo condes-

[25] Guillermo de Tiro, XXI, 14-18, págs. 1027-35. Sugiere que Raimundo de Trípoli y Bohemundo de Antioquía se oponían a una expedición egipcia y desanimaron a Felipe. Pero los Ibelin estaban disgustados con Felipe, y como ellos generalmente cooperaban con Raimundo, es posible que Guillermo exagerase. Era el responsable de la alianza bizantina y, por tanto, le perturbó su ruptura, y el deseo que posteriormente demostró Felipe de ayudar a Raimundo y a Bohemundo posiblemente despertó sospechas en él. Véase también Ernoul, pág. 33, quien habla del vituperio lanzado por Balduino de Ibelin.

[26] Guillermo de Tiro, XXI, 19, 25, págs. 1036, 1047-9; Ernoul, página 34; Miguel el Sirio, III, págs. 75-6; Abu Shama, págs. 189-92; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 76-7; Ibn al-Athir, págs. 630-3; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, págs. 148-53.

table Hunfredo de Torón estaba gravemente enfermo, y el rey hacía poco tiempo que había abandonado la cama. Con las tropas que pudo reunir, quinientos caballeros en total, y con el obispo de Belén llevando la Verdadera Cruz, Balduino marchó a toda prisa a Ascalón y entró en la fortaleza justo antes de llegar el enemigo. Había convocado a todos los hombres de armas del reino para reunirse con él en dicho punto, pero los primeros contingentes fueron interceptados por Saladino y hechos prisioneros. Dejando una exigua fuerza para contener al rey en Ascalón, Saladino avanzó hacia Jerusalén. Por una vez, Saladino se confió demasiado. No había quedado enemigo entre él y la capital cristiana; por eso toleró un relajamiento en la disciplina de sus tropas y les permitió que anduvieran por el campo dedicadas al pillaje. Con el valor de la desesperación, Balduino consiguió enviar un mensaje a los templarios pidiéndoles que abandonaran Gaza y se unieran a él. Cuando se acercaban, salió de Ascalón y cabalgó con todos sus hombres por la costa hasta Ibelin, y después dobló tierra adentro. El 25 de noviembre el ejército egipcio cruzaba un barranco cerca del castillo de Montgisard, pocas millas al sudeste de Ramleh, cuando súbitamente los caballeros francos cayeron sobre él según venía del Norte. Fue una completa sorpresa. Algunas de las tropas de Saladino se hallaban ausentes, en correrías de forrajeo, y él no tuvo tiempo de reagrupar al resto. Muchas de ellas huyeron al primer golpe. El propio Saladino sólo se salvó gracias a su guardia personal, compuesta de mamelucos. Los regimientos que consiguieron mantenerse fueron casi aniquilados. Entre los cristianos, el rey se hallaba en primera línea. El valor de los hermanos Ibelin, Balduino y Balian, y de los hijastros de Raimundo, Hugo y Guillermo de Calilea, contribuyó a la victoria, y el propio San Jorge fue visto combatiendo al lado de ellos.

En pocas horas el ejército egipcio se hallaba en plena huida hacia su país, abandonando todo el botín y los prisioneros que había cogido. Los soldados incluso arrojaron sus escudos para poder huir más aprisa. Saladino consiguió restablecer en cierta medida el orden, pero el paso del desierto del Sinaí fue penoso, con los beduinos que hostigaban a los casi indefensos fugitivos. Desde la frontera egipcia, Saladino envió emisarios en dromedarios a El Cairo para asegurar a cualquier presunto rebelde que él seguía aún vivo, y su regreso a El Cairo fue anunciado por todo Egipto mediante palomas mensajeras. Pero su prestigio había recibido un rudo golpe [27].

Fue una gran victoria, y el reino, de momento, estaba a salvo.

[27] Guillermo de Tiro, XXI, 20-24, págs. 1037-47; Ernoul, págs. 41-5; Miguel el Sirio, III, pág. 375; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 75-6; Abu Shama, págs. 184-7; Ibn al-Athir, págs. 627-35.

Pero, a la larga, no modificó la situación. Los recursos de Egipto eran inagotables; mientras, los francos seguían escasos de hombres. De haberle sido posible al rey Balduino perseguir al enemigo hacia Egipto o hacer un rápido ataque sobre Damasco, podría haber aplastado el poder de Saladino, pero sin ayuda del exterior no podía arriesgarse con su exiguo ejército propio a lanzar una ofensiva. En lugar de ello decidió construir poderosas fortificaciones a lo largo de la frontera damascena, donde la pérdida de Banyas alteró el sistema defensivo del reino. Mientras Hunfredo de Torón fortificaba la colina de Hunin en el camino de Banyas a Torón, el rey emprendió la construcción de un castillo en el Jordán superior, entre el lago Huleh y el mar de Galilea, con el fin de dominar el vado junto al cual Jacob luchó con el ángel, vado conocido también como el vado de las Penas. El país estaba habitado en ambas partes por campesinos y pastores musulmanes, vasallos, algunos, de Damasco; otros, de los cristianos. Pasaban de vez en cuando libremente por la frontera, marcada únicamente por un gran roble, y los francos se habían propuesto no fortificar nunca el paso. Balduino deseó mantener el tratado y construir un castillo en otra parte, pero los templarios le desbordaron. Los musulmanes nativos se quejaron de violación de la palabra dada a Saladino, quien ofreció a Balduino 60.000 y después 100.000 monedas de oro si abandonaba el proyecto. Al negarse el rey, se prometió a sí mismo actuar personalmente [28].

Después del desastre en Montgisard permaneció varios meses en Egipto, hasta que estuvo seguro de que todo lo tenía bien sujeto a su mando. A finales de la primavera de 1178 regresó a Siria y pasó el resto del año en Damasco. La única guerra del año consistió en algunas correrías y sus contrapartidas [29]. Más al Norte, Antioquía y Alepo estaban en paz entre sí, y existía una alianza entre Antioquía y Armenia, cuyo príncipe renegado, Mleh, había sido derrocado poco después de muerto Nur ed-Din por su sobrino Roupen III. Roupen era amigo de los francos, a los que había ayudado en el ineficaz sitio de Harenc [30]. Bohemundo III buscó también la amistad del Emperador, y en 1167 se casó en segundas nupcias con una pariente de Manuel, de nombre Teodora [31].

[28] Guillermo de Tiro, XXI, 26, págs. 1050-1; Ernoul, págs. 51-2; Abu Shama, págs. 194-7; Ibn al-Athir, pág. 634. Saladino estaba ocupado en aquel momento por una revolución local en Baalbek. El vado de Jacob se cruza en la actualidad por un puente llamado puente de las Hijas de Jacob.

[29] Ibn al-Athir, pág. 633.

[30] Sembat el Condestable, pág. 624; Vahram, *Crónica Rimada,* pág. 509. Sobre el matrimonio de Roupen, véase *infra,* pág. 381.

[31] Guillermo de Tiro, XXII, 5, pág. 1069. Se discute la fecha de su casamiento y hasta el nombre de la novia. Los *Lignages* (V, pág. 446) la llaman

En la primavera de 1179, cuando empezó el desplazamiento de los rebaños propio de la temporada, el rey Balduino salió para capturar las ovejas que pasasen hacia Banyas procedentes de las llanuras de Damasco. Saladino envió a su sobrino Faruk-Sha para ver lo que pasaba. Tenía que informar a su tío, mediante palomas mensajeras, de la dirección que hubiesen tomado los francos. El 10 de abril, Faruk-Sha cayó repentinamente sobre el enemigo en un estrecho valle en el bosque de Banyas. Al rey le cogió por sorpresa. Pudo solamente salvar su ejército debido al heroísmo del viejo condestable, Hunfredo de Torón, que resistió frente a los musulmanes con su cuerpo de guardia hasta que el ejército real se hubo retirado. Hunfredo se hallaba herido mortalmente; murió en su nuevo castillo, en Hunin, el 22 de abril. Incluso los musulmanes rindieron tributo a su personalidad. Su muerte fue un golpe terrible para el reino, pues había sido el único político de edad universalmente respetado.

Saladino explotó la victoria y puso sitio al castillo del vado de Jacob. Pero la defensa fue tan poderosa que se retiró pocos días después para acampar ante Banyas. Desde ahí envió algareros a Galilea y por el Líbano para destruir las cosechas entre Sidón y Beirut. El rey Balduino reunió las fuerzas del reino y recurrió a Raimundo de Trípoli para que se uniera a él. Avanzaron por Tiberíades y Safed a Torón. Allí supieron que Faruk-Sha y un grupo de algareros volvían de la costa cargados de botín. Se dirigieron al Norte para interceptarlos en el valle de Marj Ayun, el valle de las Fuentes, entre el río Litani y el Jordán superior. Pero Saladino había advertido desde un puesto de observación, en una colina al norte de Banyas, que los rebaños al otro lado del Jordán estaban desaparramándose con pánico. Se dio cuenta de que el ejército franco pasaba cerca de allí y salió en persecución de él. El 10 de junio de 1179, mientras el ejército real derrotaba a Faruk-Sha en Marj Ayun, el conde Raimundo y los templarios avanzaron algo, de frente hacia el Jordán. A la entrada del valle se encontraron con el ejército de Saladino. Los templarios en seguida presentaron batalla, pero el contraataque de Saladino les hizo retroceder confusamente sobre las tropas de Balduino. Estas también fueron obligadas a retroceder, y antes de que pasara mucho tiempo todo el ejército cristiano estaba en plena hui-

Irene y dicen que tenía una hija llamada Constanza, por otra parte desconocida. No se sabe si era Comneno o si estaba emparentada con el Emperador a través de su madre. Rey, «Histoire des Princes d'Antioche», *Revue de l'Orient Latin,* 1896, II, págs. 379-82, cree que fue la primera mujer de Bohemundo. Es más probable que su primera mujer fuera Orgillosa de Harenc, que aparece en las cartas de privilegio de 1170-5 (Röhricht, *Regesta,* págs. 125, 139). Guillermo dice tajantemente que Bohemundo abandonó a Teodora para vivir con Sibila.

da. El rey y el conde Raimundo, con parte de sus hombres, pudieron cruzar el Litani y refugiarse en el gran castillo de Beaufort, a mucha altitud sobre la ribera occidental. Todos los hombres que quedaron al otro lado del río fueron degollados o, más tarde, apresados. Algunos de los fugitivos no se detuvieron en Beaufort, sino que fueron directamente hasta la costa. En su camino encontraron a Reinaldo de Sidón con sus tropas locales. Le dijeron que era demasiado tarde, y entonces Reinaldo dio media vuelta, aunque de haber avanzado hasta Litani habría salvado a muchos otros fugitivos.

Entre los prisioneros de Saladino se hallaban Odón de Saint-Amand, gran maestre del Temple, cuya temeridad había sido la causa principal de la derrota; Balduino de Ibelin, y Hugo de Galilea. Hugo fue rescatado muy pronto por su madre, la condesa de Trípoli, por 55.000 denarios tirios. Por Balduino de Ibelin, Saladino pedía 150.000 denarios, rescate del rey, tanto consideraba la importancia de Balduino. Después de algunos meses, Balduino fue puesto en libertad a cambio de 1.000 prisioneros musulmanes y bajo promesa de encontrar dinero. Se propuso canjear a Odón por un prisionero musulmán importante, pero el gran maestre era tan orgulloso que no admitía que nadie pudiera ser de igual valor que él. Quedó en una mazmorra de Damasco hasta que le sobrevino la muerte al año siguiente.

Saladino no siguió adelante en su victoria mediante una invasión de Palestina, tal vez a causa de que había tenido noticias de la llegada de un numeroso grupo de caballeros procedentes de Francia, mandados por Enrique II de Champagne, Pedro de Courtenay y Felipe, obispo de Beauvais. En lugar de ello atacó el castillo de Balduino, en el vado de Jacob. Después de un sitio de cinco días, desde el 24 al 29 de agosto, consiguió minar las murallas y forzar la entrada. Los defensores fueron muertos y el castillo arrasado. Los forasteros franceses no quisieron salir en un intento de salvar el castillo, sino que pronto regresaron a su otra patria. Una vez más, los cruzados de Occidente habían sido completamente ineficaces [32].

Después de que la flota egipcia consiguió una triunfal incursión en octubre contra los barcos en el mismo puerto de Acre y después de una gran penetración musulmana en Galilea a principios del nuevo año, el rey Balduino envió un mensaje a Saladino pidiéndole una

[32] Guillermo de Tiro, XXI, 27-30, págs. 1052-9; Ernoul, págs. 53-4; Abu Shama, págs. 194-202; Ibn al-Athir, págs. 635-6; Maqrisi, ed. por Blochet, *Revue de l'Orient Latin,* vol. VIII, págs. 530-1. Existen dudas acerca de si Odón de Saint-Amand fue en realidad muerto, como sugiere una bula del papa Alejandro III, o si vivió prisionero. Véase D'Albon, «La Mort d'Odon de Saint-Amand», en *Revue de l'Orient Latin,* vol. XII, págs. 279-82.

tregua. Saladino accedió. Hubo una terrible sequía a lo largo del invierno y al principio de la primavera, y toda Siria tuvo que afrontar el hambre. Nadie deseaba incursiones que pudiesen dañar las escasas cosechas. Y Saladino había decidido probablemente que la conquista de Alepo debería preceder a la conquista de Jerusalén. Se estableció una tregua de dos años mediante un tratado firmado por representantes de Balduino y de Saladino en mayo de 1180. Trípoli quedó excluida de la tregua; pero, después de que la flota egipcia hubo hecho una incursión en el puerto de Tortosa y Saladino fue rechazado en una correría en el Buqaia, concertó un tratado parecido con Raimundo [33]. En el otoño marchó hacia el Norte, hasta el Eufrates, donde el príncipe ortóquida Nur ed-Din de Hisn Kaifa, que se había convertido en aliado suyo, riñó con Kilij Arslan, el seléucida. Nur ed-Din se había casado con la hija del sultán, pero la abandonó por una bailarina. El 2 de octubre de 1180 Saladino celebró un consejo cerca de Samosata; asistieron los príncipes ortóquidas y enviados de Kilij Arslan, de Saif ed-Din de Mosul y de Roupen de Armenia. Juraron solemnemente guardar la paz entre ellos durante los dos años siguientes [34].

El rey Balduino dedicó este compás de espera al intento de erigir un frente cristiano contra el Islam. Guillermo de Tiro, arzobispo desde 1175, fue a Roma a un concilio lateranense en 1169, y en su viaje de regreso visitó Constantinopla durante los últimos días del año. El emperador Manuel se mostró tan cortés y amable como de costumbre, pero Guillermo pudo advertir que estaba con un pie en la sepultura. Nunca se recobró del golpe de la batalla de Miriocéfalo. Pero aún demostraba un gran interés por Siria. Guillermo permaneció allí durante siete meses. Estuvo presente en las grandes ceremonias celebradas con ocasión de las bodas de María, hija de Manuel, solterona de veintiocho años, con Raniero de Montferrat, cuñado de Sibila, y del hijo de Manuel, Alejo, de diez años de edad, con la princesa Inés de Francia, de nueve años. Regresó con emisarios imperiales hasta Antioquía [35]. El príncipe armenio Roupen tenía vivos deseos de fortalecer su alianza con los francos. A principios de 1181 llegó en una peregrinación a Jerusalén y allí se casó con la señora Isabel de Torón, hija de Estefanía de Transjordania [36]. In-

[33] Guillermo de Tiro, XXII, 1-3, págs. 1053-6; Abu Shama, pág. 211; Ibn al-Athir, pág. 642.

[34] Ibn al-Athir, págs. 639-40.

[35] Guillermo de Tiro, XXII, 4, págs. 1066-8.

[36] Sembat el Condestable, pág. 627. Ernoul, pág. 31, hace mención del matrimonio y llama a Roupen el hijo de Thoros. También (págs. 25-30) describe una visita de Thoros a Jerusalén, de la que no se habla en ningún otro lugar, probablemente mítica.

cluso los jacobitas sirios proclamaron su lealtad a la causa cristiana unida cuando su patriarca, el historiador Miguel, visitó Jerusalén y tuvo una larga entrevista con el rey [37].

Había esperanzas también de que surgiera un aliado del lejano Oriente. Desde 1150 había circulado por toda la Europa occidental una carta presuntamente escrita al emperador Manuel por el gran potentado el Preste Juan. Aunque era casi seguro que se trataba de una falsificación de un obispo alemán, la fábula de la riqueza y la piedad del rey presbítero era demasiado agradable para no ser creída. En 1177, el Papa envió a su médico Felipe con un mensaje solicitando información y ayuda. Parece que Felipe terminó su viaje en Abisinia sin alcanzar ningún resultado concreto [38].

Pero aún no llegaba ningún caballero poderoso de Occidente, ni siquiera para aceptar el ofrecimiento de la mano de la princesa Sibila y la sucesión al trono. Federico de Tiro, cuando estuvo en Roma, envió un emisario a Hugo III de Borgoña, de la casa real de los Capeto, para rogarle que aceptara la candidatura. Hugo accedió al principio, pero prefirió permanecer en Francia. Entretanto, Sibila, por su parte, se había enamorado de Balduino de Ibelin. La familia de los Ibelin, aunque modesta en sus orígenes, se hallaba ahora en el primer plano de la nobleza palestiniana. A raíz de la muerte de Balian el Viejo, el fundador de la familia, Ibelin fue entregada a los hospitalarios, pero Ramleh pasó a su primogénito, Hugo, y al morir éste, a su hermano Balduino, que se había casado, aunque la repudió después, alegando cómodamente impedimento de parentesco, con la heredera de Beisan. El hermano más joven, Balian, era ahora el esposo de la reina María Comneno y señor de la ciudad de Nablus, que ella había recibido como dote. Balduino y Balian eran los más influyentes de todos los nobles locales y, a pesar de su *pedigree* poco distinguido, una boda de Balduino con Sibila habría sido popular en todo el país. Antes de que se arreglase ningún compromiso, Balduino fue hecho prisionero en Marj Ayun. Sibila le escribió a su prisión asegurándole su amor. Pero, cuando fue puesto en libertad, le dijo fríamente que no podía pensar en la boda mientras debiese aún una gran suma de rescate. Su argumento era razonable, aunque desalentador; por eso Balduino, no sabiendo cómo conseguir el dinero, se trasladó a Constantinopla y se lo pidió al Emperador. Manuel, tan aficionado a los gestos generosos, lo pagó todo. Balduino regresó triunfante a Palestina a principios de la primavera de 1180

[37] Miguel el Sirio, III, pág. 379.

[38] Röhricht, *Regesta*, págs. 67, 145. Sobre la leyenda del Preste Juan, véase Marinescu, «Le Prêtre Jean», en *Bulletin de la Section Historique de l'Académie Roumaine*, vol. X.

y se encontró con que Sibila estaba prometida con otro hombre [39].

Madama Inés nunca tuvo afecto a los parientes de sus diversos esposos y reprobaba a los Ibelin. Algunos años antes había llegado a Palestina un caballero de Poitou, Amalarico, segundón del conde de Lusignan. Era buen soldado, y a la muerte de Hunfredo de Torón fue nombrado condestable. Por la misma época se casó con Eschiva, hija de Balduino de Ibelin. Era también amante de Inés. Tenía en Francia un hermano menor llamado Guido. Con el apoyo de Inés empezó a referir a Sibila los extraordinarios encantos y belleza del joven, hasta que ella, al fin, rogó que le trajeran a Palestina. Mientras Balduino se hallaba en Constantinopla, Amalarico se trasladó a toda prisa a su patria para ver a Guido y prepararle para el papel que iba a desempeñar. Sibila le encontró tan hermoso como le habían dicho y anunció que pensaba casarse con él. En vano protestó su hermano, el rey; pues Guido, como saltaba a la vista, era un muchacho débil y alocado. Los barones de Palestina se enfurecieron cuando se dieron cuenta de que podían tener como futuro rey al segundón de un noble franco menor que sólo tenía en su haber el descender de la sirena Melusina. Pero Inés y Sibila abrumaron con sus ruegos al rey, enfermo y cansado, hasta que dio su consentimiento. En Pascua de Resurrección de 1180, Guido se casó con Sibila y recibió en feudo los condados de Jaffa y Ascalón [40].

Los Ibelin estaban disgustados, tanto por razones políticas como por causas personales, y la brecha entre ellos y los Courtenay, fomentada por Reinaldo de Châtillon, se hizo más profunda. En octubre de 1180, el rey intentó aproximarlos mediante el compromiso matrimonial de su hermanastra Isabel con Hunfredo IV de Torón. Isabel era la hijastra de Balian de Ibelin, y Hunfredo, el hijastro de Reinaldo de Châtillon. Hunfredo era además, como nieto y heredero del gran condestable y heredero forzoso, por parte de su madre, del feudo de Transjordania, el mejor partido de la nobleza local, a la que se suponía satisfecha con tal boda. Debido a la edad de la princesa, que sólo tenía ocho años, la verdadera ceremonia se aplazó para tres años después [41]. Pero el compromiso matrimonial no hizo

[39] La historia del asunto amoroso de Balduino de Ibelin se encuentra únicamente en Ernoul, págs. 48, 56-9. Ernoul estaba al servicio de Balian, el hermano de Balduino, y se hallaba, por tanto, bien informado en lo concerniente a la familia.

[40] Guillermo de Tiro, XXII, 1, págs. 1064-5; Ernoul, págs. 59-60; Benedicto de Peterborough, I, pág. 343, dice que Sibila ya había convertido a Guido en su amante. Cuando lo descubrió el rey quiso matar a Guido, pero a petición de los templarios le perdonó la vida y permitió el matrimonio.

[41] Guillermo de Tiro, XXII, 5, págs. 1068-9; Ernoul, págs. 81-2. Según Guillermo, Hunfredo cedió sus tierras en Galilea al rey a cambio del compro-

ningún bien. Pocos días más tarde, los Courtenay mostraron su poder en el nombramiento de un nuevo patriarca. El patriarca Amalarico murió el 6 de octubre. El 16 de octubre, el Capítulo de Jerusalén, bajo la presión de madama Inés, eligió como sucesor a Heraclio, arzobispo de Cesarea. Era un presbítero poco letrado, procedente de la Auvernia, pero de tan buen ver que Inés le encontró irresistible, y con su favor procuró su elevación constante. Su amante actual era la esposa de un pañero de Nablus, Paschia de Riveri, conocida muy pronto por todo el reino como *Madame la Patriarchesse*. Guillermo de Tiro llegó alborotado desde su diócesis para oponerse a la elección, pero fue en vano. Los electores le nombraron para el segundo lugar, pero el rey, a petición de su madre, confirmó el nombramiento de Heraclio [42].

El poder estaba ahora firmemente en manos de los Courtenay y los Lusignan y sus aliados, Reinaldo de Châtillon y el nuevo patriarca. En abril de 1181 atacaron a Guillermo de Tiro, quien, como antiguo tutor del rey, era peligroso para ellos. Después de infructuosos intentos por cerrar la brecha, Guillermo partió en 1182 ó 1183 para Roma, con el fin de defender su causa ante la corte papal. Se demoró allí y allí murió, envenenado —decía la gente— por un emisario del patriarca [43]. Raimundo de Trípoli fue el siguiente en ser atacado. Cuando, a principios de 1182, se preparaba para cruzar desde su condado al territorio de su esposa en Galilea, los funcionarios del rey le prohibieron entrar en el reino, porque Inés y su hermano Jos-

miso. Balduino donó Torón a su madre. Ibn Jubayr, ed. por Wright, pág. 304, dice que pertenece a la «puerca, la madre del cerdo que es señor de Acre», y Hunin a su tío Joscelino.

[42] Guillermo de Tiro, XXII, 4, pág. 1068, una breve nota en que se omite cuidadosamente toda cuestión acerca de su propia candidatura. Ernoul, págs. 82-4, dice específicamente que Inés insistió en la elección de Heraclio porque «pour sa biauté l'ama»; lo había hecho ya arzobispo de Cesarea. Añade que Guillermo previno a los canónigos para que no le eligiesen. *Estoire d'Eracles,* II, págs. 57-9, afirma que Guillermo profetizó que la Cruz, recuperada por Heraclio, sería perdida por él mismo.

[43] Ernoul, págs. 84-6; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 57-9, cuenta que Guillermo fue envenenado por un médico enviado por Heraclio a Roma, y que posteriormente el propio Heraclio visitó Roma. Las fechas de la partida de Guillermo y su muerte son desconocidas. La historia se interrumpe en 1183. Heraclio visitó Roma en 1184 (véase *infra,* pág. 400 n. 10). Por otra parte, se menciona a Guillermo en una carta privilegio del papa Urbano III, fechada el 17 de octubre de 1186, como asesor en un pleito entre el Hospital y el obispo de Buluniyas (Röhricht, *Regesta, Additamenta,* pág. 44). Röhricht, por tanto, presume que había vuelto a Tierra Santa (*Geschichte der Kreuzzugen,* pág. 491, n. 5). Es más probable que el canciller papal cometiese una equivocación acerca del nombre. Josías era arzobispo de Tiro el 21 de octubre de 1186 (Röhricht, *Regesta,* pág. 173).

celino habían convencido a Balduino de que estaba conspirando contra la corona. Sólo después de furiosas protestas de los barones del reino cedería Balduino. De mala gana consintió en recibir a Raimundo, que le convenció de su inocencia [44].

Las intrigas en torno al agónico rey leproso habrían resultado menos peligrosas de no haber sido crítica la situación exterior. El 24 de septiembre de 1180 los francos perdieron su más poderoso aliado cuando el emperador Manuel murió en Constantinopla. Los había querido auténticamente y auténticamente laboró en beneficio de ellos, excepto cuando se lesionaban los intereses de su Imperio. Fue un hombre brillante, impresionante, pero no un gran emperador, pues su ambición de dominar la Cristiandad le había llevado a aventuras que el Imperio no podía seguir soportando. Sus tropas habían sido llevadas a Italia y Hungría cuando eran necesarias en la frontera de Anatolia y en los Balcanes. Creía que su tesorería era inagotable. El desastre de Miriocéfalo fue un golpe mortal para su ejército, cansado en demasía, y en una larga serie de concesiones comerciales a las ciudades italianas, a cambio de ventajas diplomáticas inmediatas, había minado la vida económica de sus súbditos, y, en consecuencia, la tesorería imperial nunca volvería a estar llena. El esplendor de su corte había deslumbrado al mundo, que creía que el Imperio era más grande de lo que realmente era, y, de haber vivido más tiempo, su flota y su oro hubiesen sido aún de alguna utilidad para los francos. Su personalidad había mantenido unido al Imperio, pero con su muerte se puso claramente de manifiesto la decadencia. Luchó contra la muerte, aferrado tercamente a profecías que le prometían aún catorce años de vida, y no dio ningún paso para tomar las medidas conducentes a una regencia que su hijo necesitaría [45].

El nuevo emperador, Alejo II, tenía once años. Según el precedente establecido de antiguo, la emperatriz se hizo cargo de la regencia. Pero la emperatriz María era una latina de Antioquía, la primera latina que iba a gobernar el Imperio, y como latina no contaba con el afecto de la gente de Constantinopla. La larga serie de disputas eclesiásticas en Antioquía vino a contribuir a la acritud de los bizantinos. El tumultuoso paso de los cruzados por territorio imperial jamás se había olvidado, y había recuerdos de matanzas en Chipre, y de matanzas perpetradas por venecianos, pisanos y genoveses. Los más odiados de todos eran los mercaderes italianos, que se pavoneaban por las calles de Constantinopla, contentos de dominar el comercio del Imperio, a menudo obtenido mediante ataques contra pacífi-

[44] Guillermo de Tiro, XXII, 9, págs. 1077-9.

[45] Véase Chalandon, *op. cit.*, págs. 605-8. Guillermo de Tiro, XXII, 5, pág. 1069, refiere su muerte.

cos ciudadanos de las provincias. La emperatriz eligió como consejero y, según se creyó, como amante a un sobrino de su esposo, el protosebasto Alejo Comneno, tío de la reina María de Jerusalén. Era impopular e imprudente. Juntos se apoyaban en el elemento latino y en los mercaderes italianos. La oposición a la emperatriz estaba dirigida por su hijastra, la porfirogeneta María, y su esposo, Raniero de Montferrato. Su conspiración para asesinar al favorito fracasó, pero, cuando se refugiaron en la iglesia de Santa Sofía, el favorito ofendió al pueblo aún más al intentar profanar el santuario. La emperatriz se vio obligada a perdonar a los conspiradores, pero en su inseguridad pidió a su cuñado, Bela III de Hungría, que viniese en socorro suyo. El primo de su marido Andrónico Comneno, perdonado después de su carrera de seductor en Oriente, vivía ahora retirado en el Ponto. Sus compatriotas recordaban su gallardía y su encanto, y cuando sus amigos le colocaron en primer plano como caudillo nacional hubo una respuesta favorable. En agosto de 1182 avanzó por Anatolia. Las pocas tropas que no se sumaron a él fueron fácilmente derrotadas. Pronto quedó la emperatriz en Constantinopla con el único apoyo de los latinos. Cuando Andrónico se acercó al Bósforo, la gente de Constantinopla cayó repentinamente sobre todos los latinos de la ciudad. El orgullo latino había provocado la matanza, pero su horrible desarrollo indignó a muchos de los más patriotas entre los bizantinos. Sólo sobrevivieron algunos mercaderes italianos. Se trasladaron en sus barcos y zarparon rumbo al Oeste, atacando las costas por donde pasaban. El camino de Constantinopla se hallaba abierto a Andrónico.

Su primer acto fue eliminar a sus rivales. El protosebasto fue encarcelado y cegado cruelmente. La porfirogeneta María y su esposo sufrieron muertes misteriosas. Después la emperatriz fue condenada a morir estrangulada, y su joven hijo fue obligado a firmar, de su puño y letra, el decreto. Andrónico se convirtió en emperador adjunto, pero dos meses después, en noviembre de 1182, el adolescente Alejo II fue asesinado, y Andrónico, de sesenta y dos años de edad, se casó con la viuda de aquél, Inés de Francia, que tenía doce años.

Aparte de estos asesinatos, el reinado de Andrónico empezó bien. Eliminó del servicio civil a los elementos corruptos y a los supernumerarios; insistió en una estricta administración de justicia; obligó a los ricos a pagar los impuestos y protegió a los pobres contra la explotación. Nunca, desde hacía siglos, las provincias habían estado tan bien gobernadas. Pero Andrónico estaba atemorizado, y tenía sus buenas razones. Muchos de sus parientes estaban envidiosos de él, la aristocracia se sentía molesta con su política y los asuntos exteriores eran una amenaza. Se dio cuenta de la mala impresión causada en

Occidente por la matanza de 1182 y se apresuró no sólo a hacer un tratado con Venecia por el que prometía una indemnización anual como compensación por las pérdidas venecianas, sino que procuró aplacar también al Papa mediante la construcción de una iglesia para el rito latino en la capital y alentó a los mercaderes occidentales a volver. Pero sus enemigos principales eran el Emperador de los Hohenstaufen y el rey de Sicilia, y en 1184 tuvo lugar un fatal matrimonio entre Enrique, hijo del emperador Federico, y Constanza, hermana y heredera de Guillermo II. Sabiendo que los sicilianos estaban a punto de atacarle, Andrónico quiso estar seguro en su frontera oriental. Comprendió que Saladino ganaba allí terreno; por tanto, alterando por completo la política de Manuel, hizo un tratado con Saladino, dejándole las manos libres contra los francos a cambio de una alianza contra los seléucidas. Parece ser que se habían proyectado los detalles de las divisiones de conquistas futuras y de esferas de influencia. Pero el convenio no dio ningún resultado, pues Andrónico, temeroso de su posición en Constantinopla, empezó a tomar medidas represivas que aumentaron en ferocidad, hasta que nadie en la capital se sintió seguro. No sólo atacó a la aristocracia, sino también a los mercaderes, y los humildes artesanos eran arrestados por su policía ante la más fútil sospecha de conspiración y cegados o enviados al cadalso. Cuando, en agosto de 1185, un ejército siciliano desembarcó en el Epiro y avanzó sobre Tesalónica, Andrónico fue presa del pánico. Sus detenciones y ejecuciones en gran escala provocaron la revolución del pueblo, que estalló cuando un primo, de edad e inofensivo, del Emperador, Isaac el Angel, consiguió escapar de sus carceleros y llegar al altar de Santa Sofía, desde donde pidió ayuda. Incluso su guardia personal abandonó a Andrónico. En vano intentó huir al Asia; fue capturado y exhibido por la ciudad montado en un camello sarnoso, y, después de torturarlo, la plebe, furiosa, lo mató. Isaac el Angel fue proclamado emperador. Restableció una especie de orden y concertó una paz humillante con el rey de Sicilia. Pero fue totalmente ineficaz como gobernante. El antiguo Imperio se había convertido en una potencia de tercer orden con escasa influencia en la política mundial[46].

La decadencia de Bizancio alteró el equilibrio de poder en Oriente. Los príncipes de Armenia y Antioquía estaban encantados, y celebraron su satisfacción riñendo unos con otros. Ante la noticia de la muerte de Manuel, Bohemundo III repudió a su esposa griega para casarse con una dama, ligera de cascos, de Antioquía, llamada

[46] Acerca del reinado de Andrónico, véase Nicetas Choniates, págs. 356-463. Guillermo de Tiro, XXII, 10-13, págs. 1079-86, ofrece un relato bastante bien informado de la subida de Andrónico al trono.

Sibila. El patriarca Aimery no tenía simpatía por el matrimonio griego, pero le indignaba el adulterio. Excomulgó a Bohemundo, puso a la ciudad en entredicho y volvió a retirarse a Qosair. Los nobles de Antioquía odiaban a Sibila, con razón, pues era una espía que cobraba una renta de Saladino a cambio de informes sobre la fuerza y los movimientos de los ejércitos francos. Apoyaban a Aimery. Estaba a punto de estallar una guerra civil, cuando el rey Balduino envió una delegación eclesiástica, presidida por el patriarca Heraclio, para arbitrar en la cuestión. A cambio de una compensación económica, Aimery accedió a levantar el entredicho, pero no la excomunión, aunque Sibila fue reconocida como princesa. Muchos de los nobles estaban descontentos con el arreglo y huyeron a la corte de Roupen. Las relaciones entre los dos príncipes fueron además complicadas a fines de 1182, cuando el gobernador bizantino de Cilicia, Isaac Comneno, en rebeldía contra Andrónico, buscaba la ayuda de Bohemundo contra Roupen y admitió a sus tropas en Tarso. Bohemundo, rápidamente, cambió de idea y vendió Tarso, con su gobernador, a Roupen. Los templarios rescataron a Isaac sobre la base de que los chipriotas, que le tenían afecto, devolverían el rescate. En consecuencia, Isaac se retiró a Chipre, donde se estableció como emperador independiente y se olvidó de la deuda. Roupen atemorizó después a sus vecinos al devorar el pequeño principado armenio de los hetoumianos, que se había mantenido en Lamprón, al noroeste de Cilicia, bajo el patrocinio de Constantinopla. La expansión de su poder asustó a Bohemundo, que en 1185 le invitó a un banquete de reconciliación en Antioquía y le detuvo a su llegada. Pero León, hermano de Roupen, llevó a cabo la conquista de los hetoumianos y atacó Antioquía. Roupen fue puesto en libertad contra la cesión de Mamistra y Adana a Bohemundo, pero a su regreso a Cilicia pronto las recuperó, y se convirtió en dueño de toda la provincia. Bohemundo hizo varias incursiones ineficaces, pero no consiguió nada más [47].

Estas deplorables querellas entre los gobernantes cristianos menores eran muy convenientes para Saladino. Ni Bizancio, ni tampoco los francos de la Siria del Norte, impedirían su avance ni enviarían ayuda al reino de Jerusalén. El único Estado cristiano en Oriente que imponía respeto a los musulmanes era el lejano reino de Georgia, en aquel momento en situación de crecer a expensas de los príncipes

[47] Guillermo de Tiro, XXII, 6-7, págs. 1071-4; Guillermo de Tiro, *Latin Continuation,* pág. 208; Ernoul, pág. 9; Nicetas Choniates, págs. 376-7; Neófito, *De calamitatibus Cypri,* pág. clxxxvii; Miguel el Sirio, III, págs. 389-94; Sembat el Condestable, pág. 628; Vahram, *Crónica Rimada,* págs. 508-10. Sobre el espionaje de Sibila, véase Ibn al-Athir, págs. 729-30; Abu Shama, pág. 374.

seléucidas del Irán, cuyas dificultades eran muy convenientes al sultán [48]. Bajo tales circunstancias era esencial para el reino conservar la tregua de 1180. Pero Reinaldo de Châtillon, ahora señor de Transjordania, no podía entender una política que iba contra sus deseos. Según las cláusulas de la tregua, los mercaderes cristianos y musulmanes podían atravesar libremente los respectivos territorios. Reinaldo estaba fastidiado de ver las ricas caravanas musulmanas pasando impunemente tan cerca de sus tierras. En el verano de 1181 cedió a la tentación y mandó sus tropas locales en dirección este, hacia Arabia, hasta Taima, cerca del camino de Damasco a La Meca. Cerca del oasis cayó sobre la caravana que transitaba tranquilamente hacia La Meca y le arrebató todos los bienes. Parece que incluso había considerado la posibilidad de avanzar para atacar Medina, pero Saladino, que estaba en Egipto, envió una rápida expedición bajo su sobrino Faruk-Shah, desde Damasco a Transjordania, y obligó a Reinaldo a regresar precipitadamente a sus tierras. Saladino se quejó al rey Balduino de la ruptura del pacto y exigió una compensación. Balduino admitió la justicia de la reclamación, pero, a pesar de sus apremiantes requerimientos, Reinaldo se negó a hacer ninguna reparación. Sus amigos en el Tribunal le apoyaban, hasta que Balduino por debilidad dejó que el asunto se detuviera. Pero Saladino siguió adelante con él. Pocos meses después, un convoy de mil quinientos peregrinos fue obligado, por el temporal, a desembarcar en Egipto, cerca de Damietta, ignorando que la tregua había sido violada. Saladino los encadenó a todos y ofreció a Balduino dejarlos en libertad tan pronto como la mercancía robada por Reinaldo fuese devuelta. De nuevo se negó Reinaldo a devolver nada. La guerra resultó ahora inevitable [49].

Reinaldo y sus amigos convencieron al rey para que concentrara el ejército real en Transjordania, con el fin de sorprender a Saladino cuando llegara de Egipto. En vano subrayaron los Ibelin y Raimundo que este paso dejaría expuesta a Palestina al ejército musulmán si proseguían en el intento. Saladino salió de Egipto el 11 de mayo de 1182. Cuando se despedía ceremoniosamente de sus ministros, una voz de la muchedumbre gritó un verso de una poesía que significaba que él nunca volvería a ver El Cairo. La profecía resultó verdadera. Llevó su ejército a través del desierto del Sinaí hasta Akaba y avanzó

[48] Para la historia georgiana durante el reinado del rey Jorge III (1156-84), véase *Crónica Georgiana,* págs. 321-7. Le sucedió su hija, la gran reina Thamar. Véase Allen, *History of the Georgian People,* págs. 102-4.

[49] Guillermo de Tiro, XXII, 14, pág. 1087, omite el por qué Saladino detuvo a los peregrinos; Ernoul, págs. 54-6; Shama, págs. 214-18; Ibn al-Athir, págs. 647-50.

hacia el Norte sin dificultad, bastante al este de donde se hallaba el ejército franco, destruyendo a su paso las cosechas. Cuando llegó a Damasco encontró que Faruk-Shah había corrido ya las tierras de Galilea y saqueado las aldeas en las laderas del monte Tabor, capturando veinte mil cabezas de ganado y mil prisioneros. A su regreso, Faruk-Shah atacó la fortaleza de Habis Jaldak, excavada en la roca sobre el río Yarmud, más allá del Jordán. Un túnel abierto en la roca la dejó a su merced, y la guarnición, cristianos sirios sin grandes deseos de morir por los francos, se rindió rápidamente. Saladino pasó tres semanas en Damasco; después partió con Faruk-Shah y un gran ejército el 11 de julio y cruzó hacia Palestina, bordeando el sur del mar de Galilea. El rey, dándose cuenta ahora de la locura de su estrategia anterior, regresó de Transjordania y avanzó sobre la margen oeste del río, acompañado del patriarca y de la Verdadera Cruz para bendecir sus armas. Los dos ejércitos se encontraron debajo del castillo de Belvoir, de los hospitalarios. En la feroz batalla que siguió, los francos conservaron el terreno frente a los ataques de Saladino, pero sus contraataques no rompieron las líneas musulmanas. Al final del día, cada una de las partes se retiró, atribuyéndose la victoria [50].

Había sido un fracaso para Saladino como invasor, aunque sólo de momento. En agosto cruzó de nuevo la frontera en un avance relámpago por las montañas hasta Beirut. Al mismo tiempo, su flota, llamada desde Egipto por las palomas mensajeras que enlazaban a Damasco con El Cairo, apareció en la costa. Pero Beirut estaba bien fortificada, y su obispo, Odón, organizó una valiente y poderosa defensa. Balduino, ante la noticia, desvió su ejército a toda prisa desde Galilea, deteniéndose sólo para reunir los barcos anclados en los puertos de Acre y Tiro. Al no poder tomar la ciudad por asalto antes de la llegada de los francos, Saladino se retiró [51]. Era oportuno para él que se ocupase de asuntos más urgentes.

Saif ed-Din de Mosul murió el 29 de junio de 1180, dejando sólo niños pequeños. Los emires de Mosul invitaron a su hermano, Izz ed-Din, para sucederle. Dieciocho meses después, el 4 de diciembre de 1181, as-Salih de Alepo murió repentinamente de un cólico, atribuido por todo el mundo a veneno. Era un muchacho de dieciocho años, brillante e inteligente, que hubiese podido ser un gran gober-

[50] Guillermo de Tiro, XXII, 14-16, págs. 1087-95; Abu Shama, págs. 218-222; Ibn al-Athir, págs. 651-3. El romance cantado a Saladino cuando abandonó El Cairo decía: «Goza el perfume de las margaritas de Nejd. Después de esta noche no habrá más margaritas.»

[51] Guillermo de Tiro, XXII, 17-18, págs. 1096-1101; Abu Shama, pág. 223; Ibn al-Athir, pág. 653.

nante. En su lecho de muerte rogó a sus emires que ofrecieran la sucesión a su primo Mosul, con el fin de unir las tierras de la familia contra Saladino. Izz ed-Din llegó a Alepo a fin de año y fue recibido con entusiasmo. Llegaron emisarios del emir de Hama para rendirle homenaje. Pero la tregua de dos años con Saladino no había expirado, y el ofrecimiento fue rechazado por Izz ed-Din, más a causa de indolencia que de honor. Tenía bastante de que preocuparse, ya que en febrero de 1182 su hermano Imad ed-Din de Sinjar reclamó una parte en la herencia y conspiró con el jefe del ejército de Alepo, Kukburi. En mayo, Izz ed-Din regresó a Mosul, e Imad ed-Din le dio Sinjar a cambio de Alepo. Kukburi fue recompensado con el emirato de Harran. Desde allí conspiró con los vecinos ortóquidas, los príncipes de Hisn Kaifa y Birejik, contra los príncipes de Alepo y Mosul y el ortóquida Qutb ed-Din de Mardin, y los conspiradores llamaron a Saladino para que les ayudase. La tregua entre los príncipes musulmanes acabó en septiembre. El día en que se terminó, Saladino cruzó la frontera y, después de una finta contra Alepo, avanzó sobre el Eufrates, en Birejik. Las ciudades del Jezireh cayeron ante él: Edesa, Saruj y Nisibin. Siguió contra Mosul e inició el sitio de la ciudad el 10 de noviembre. Una vez más fue detenido por fortificaciones demasiado poderosas para ser asaltadas. Su señor espiritual, el califa an-Nasir, indignado con esta guerra entre hermanos musulmanes, intentó negociar una paz. El gobernante seléucida de Persarmenia y el príncipe de Mardin se dispusieron a enviar una fuerza de socorro. Por eso Saladino se retiró a Sinjar, que tomó por asalto después de un asedio de quince días. Por una vez fue incapaz de contener a sus soldados de saquear la ciudad, pero puso en libertad al gobernador y le envió con todos los honores a Mosul. Izz ed-Din y sus aliados salieron para enfrentarse a él cerca de Mardin, aunque enviaron previamente un emisario para proponer una tregua. Cuando Saladino contestó violentamente que se encontrarían en el campo de batalla, se dispersaron y huyeron a sus respectivos lares. No les persiguió, sino que se dirigió al Norte para conquistar Diarbekir, la fortaleza más grande y más rica del Jezireh, donde se hallaba la más hermosa biblioteca del Islam. Dio la ciudad al príncipe Hisn Kaifa. Después de reorganizar el Jezireh, colocando cada ciudad bajo un emir como feudatario, se presentó de nuevo, el 21 de mayo, ante Alepo [52].

Cuando Saladino avanzó contra ellos, Imad ed-Din e Izz ed-Din buscaron ayuda de los francos. Una embajada de Mosul les prometió

[52] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 79-86; Kemal ad-Din, ed. por Blochet págs. 159-60; Ibn al-Athir, págs. 656-7.

un subsidio anual de diez mil denarios, con la devolución de Banyas y Habis Jaldak y la puesta en libertad de todos los prisioneros cristianos que pudieran ser hallados en poder de Saladino, siempre que ellos hicieran un ataque brusco contra Damasco. Era un momento lleno de esperanza, porque, unos pocos días después de invadir Saladino el Jezireh, murió de repente su sobrino Faruk-Shah, gobernador de Damasco. El rey Balduino, acompañado por el patriarca y la Verdadera Cruz, dirigió, por tanto, un ataque a través del Hauran, saqueando Ezra y llegando a Bosra, mientras Raimundo de Trípoli reconquistaba Habis Jaldak. A principios de diciembre de 1182, Raimundo dirigió un ataque de caballería y penetró de nuevo hasta Bosra, y pocos días después el ejército real partió contra Damasco y acampó en las afueras de Dareiya. Hay una famosa mezquita, que Balduino dejó intacta después de recibir a una delegación de los cristianos de Damasco advirtiendo que se tomarían represalias contra su Iglesia si se le causaba algún destrozo a la mezquita. El rey no se atrevió a atacar la ciudad misma, y pronto se retiró, cargado de botín, para pasar la Navidad en Tiro. Proyectaba una nueva campaña para la primavera, pero a principios del Año Nuevo cayó desesperadamente enfermo con fiebre en Nazaret. Durante algunas semanas estuvo entre la vida y la muerte, y su enfermedad inmovilizó su ejército [53]. Más al Norte, Bohemundo III era impotente para tomar ninguna medida contra Saladino. Mandó un emisario a su campamento ante Alepo y concertó con él una tregua de cuatro años. Esto le permitió reparar las defensas de su capital [54].

En Alepo, Imad ed-Din hizo pocos esfuerzos para oponerse a Saladino. Era impopular en la ciudad y, cuando Saladino le ofreció devolverle su antiguo hogar en Sinjar, juntamente con Nisibin, Saruj y Rakka, para tenerlos como feudos, aceptó muy contento. El 12 de junio de 1183, Saladino tomó posesión de Alepo. Cinco días después, Imad ed-Din partió para Sinjar, escoltado con honores, aunque la multitud de la ciudad se burlaba de él por abandonarla tan fácilmente. El 18 de junio, Saladino hizo su entrada formal y cabalgó hacia el castillo [55].

El 24 de agosto el sultán regresó a Damasco, que iba a ser su ca-

[53] Guillermo de Tiro, XXII, 20-22, págs. 1102-16; Ibn al-Athir, páginas 155-9.

[54] Ibn al-Athir, pág. 662.

[55] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 86-8; Ibn al-Athir, pág. 662; Abu Shama, págs. 225-8; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 167; Guillermo de Tiro, XXII, 24, págs. 1113-14 (comprende el significado de la conquista de Alepo por Saladino).

pital[56]. Su Imperio se extendía ahora desde la Cirenaica hasta el Tigris. Hacía más de dos siglos que no había habido un príncipe musulmán tan poderoso. Le respaldaba la riqueza de Egipto. Las grandes ciudades de Damasco y Alepo se hallaban bajo su mando directo. En torno a ellas y en dirección nordeste, hasta las murallas de Mosul, había feudos militares en cuyos gobernadores podía confiar. Le apoyaba el Califa de Bagdad. Izz ed-Din de Mosul estaba acobardado ante él. El sultán seléucida de Anatolia buscaba su amistad, y los príncipes seléucidas de Oriente eran impotentes para oponérsele. El Imperio cristiano de Bizancio ya no constituía ningún peligro para él. Lo único que quedaba ahora era suprimir a los intrusos extranjeros, cuya posesión de Palestina y del litoral sirio era una vergüenza permanente para el Islam.

[56] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 89.

Capítulo 19

LOS CUERNOS DE HATTIN

«Acercóse nuestro fin, cumpliéronse nuestros días, ciertamente nuestro fin ha llegado.»

(Lamentaciones, 4, 18.)

Cuando el rey Balduino se levantó de su lecho de enfermo en Nazaret era evidente que ya no podía gobernar el país. Su lepra se había agravado con la fiebre. Se le anquilosaron brazos y piernas, y sus extremidades empezaban a deshacerse. Había perdido casi la vista. Su madre, su hermana Sibila y el patriarca Heraclio le vigilaban y le convencieron para que entregase la regencia al esposo de Sibila, Guido de Lusignan. Guido iba a tener el dominio completo del reino, a excepción sólo de la ciudad de Jerusalén, la cual, con una renta de 10.000 besantes, se reservó el rey para sí mismo. Los barones del reino aceptaron de mala gana la decisión del rey [1].

Reinaldo de Châtillon estuvo ausente de estas deliberaciones. Cuando se enteró de la marcha de Saladino hacia el Norte, en el otoño de 1182, puso en práctica un proyecto que había acariciado hacía tiempo: lanzar una escuadra por el mar Rojo para atacar a las ricas caravanas marítimas que iban a La Meca e incluso atacar la misma Ciudad Santa del Islam. Hacia fines del año se dirigió hasta Aila, en la cabecera del golfo de Akaba, llevando galeras que había construido con maderas procedentes de los bosque del Moab y que había

[1] Guillermo de Tiro, XXII, 25, págs. 1116-17.

probado en las aguas del mar Muerto. Aila, que había estado en poder de los musulmanes desde 1170, fue ocupada por él, pero la fortaleza de la isla próxima, la Ile de Graye de los cronistas francos, resistió, y Reinaldo se quedó con dos de sus barcos para bloquearla. El resto de su flota zarpó alegremente, con piratas indígenas como pilotos. Navegaron por la costa africana del mar Rojo, atacando las pequeñas ciudades costeras por donde pasaban, y finalmente atacaron y saquearon Aidib, el gran puerto nubio frente a La Meca. Allí capturaron varios mercantes cargados con riquezas que procedían de Adén y de la India, y un grupo de desembarco saqueó una enorme caravana indefensa que había pasado por el desierto procedente del valle del Nilo. Desde Aidib los corsarios cruzaron a la costa de Arabia. Incendiaron las embarcaciones en al-Hawra y Yambo, los puertos de Medina, y penetraron hasta ar-Raghib, uno de los puertos de la misma Meca. Acto seguido hundieron un barco de peregrinos destinado a Jedda. Todo el mundo musulmán fue presa del horror. Incluso los príncipes de Alepo y Mosul, que habían solicitado ayuda franca, estaban avergonzados de tener aliados que hacían semejantes ultrajes a la fe. El hermano de Saladino, Malik al-Adil, gobernador de Egipto, tomó medidas. Envió al almirante egipcio Husan ed-Din Lulu, con una flota tripulada por marineros marroquíes del norte de Africa, en persecución de los francos. Lulu corrió primero al castillo de Graye y reconquistó Aila, de donde Reinaldo se había ya retirado, y después se enfrentó con la flota corsaria en aguas de al-Hawra, destruyéndola y capturando a casi todos los hombres que había a bordo. Algunos de ellos fueron enviados a La Meca, para ser ceremoniosamente ejecutados en el lugar del sacrificio, en Mina, durante la próxima peregrinación. Los prisioneros restantes se los llevaron a El Cairo, donde fueron todos decapitados. Saladino juró solemnemente que Reinaldo no sería perdonado nunca por el ultraje cometido [2].

El 17 de septiembre de 1183, Saladino salió de Damasco con un gran ejército para invadir Palestina. El 29 cruzó el Jordán, justo al sur del mar de Galilea, y entró en Beisan, cuyos habitante habían huido todos para protegerse tras las murallas de Tiberíades. Ante la noticia de su llegada, Guido de Lusignan convocó toda la fuerza del reino, reforzada por dos ricos cruzados forasteros, Godofredo III, duque de Brabante, y el aquitano Rodolfo de Mauleon, y todos sus

[2] Abu Shama, págs. 231-5; Ibn al-Athir, pág. 658; Maqrisi, ed. por Blochet, *Revue de l'Orient Latin,* vol. VIII, págs. 550-1. Ernoul (págs. 69-70), el único cronista franco que menciona la incursión, la refiere como si fuera una expedición científica. Ibn Jubayr (ed. por Wright, pág. 49) vio los prisioneros francos de El Cairo.

hombres. Con Guido se hallaban Raimundo de Trípoli, el gran maestre del Hospital, Reinaldo de Châtillon, los hermanos Ibelin, Reinaldo de Sidón y Gualterio de Cesarea. El joven Hunfredo IV de Torón llegó para unirse a ellos con las fuerzas de su padrastro, procedente de Transjordania, pero cayó en una emboscada tendida por los musulmanes en las laderas del monte Gilboa, y sus hombres fueron casi todos degollados. Saladino después envió destacamentos para conquistar y destruir las pequeñas fortalezas de la vecindad, mientras otros saqueaban el convento griego en el monte Tabor, aunque fracasaron en el intento de penetrar las fuertes murallas del establecimiento latino en la cima de la montaña. Saladino, por su parte, acampó con su ejército principal junto a la fuente de Tubaniya, en el sitio de la antigua ciudad de Jezreel.

Los francos se habían reunido en Seforia y avanzaron hacia la llanura de Jezreel el día 1.º de diciembre. La vanguardia, al mando del condestable Amalarico, fue inmediatamente atacada por los musulmanes, pero le salvó la oportuna llegada de los Ibelin con sus tropas. Los cristianos acamparon en las piscinas de Goliat, frente a Saladino, que extendió las alas de su ejército casi hasta cercarlos. Durante cinco días las tropas permanecieron en posición estacionaria. Era difícil que los cristianos recibieran suministros. Después de un día o dos los mercenarios italianos se quejaban de hambre y sólo el casual descubrimiento de pesca en las piscinas de Goliat salvó al ejército de la inanición. Muchos soldados, incluyendo a los caballeros de Francia y al indomable Reinaldo, querían atacar a los musulmanes. Guido vacilaba y quería ceder, pero Raimundo y los Ibelin insistieron con firmeza en que provocar una lucha contra un enemigo muy superior en número sería fatal. El ejército tenía que permanecer a la defensiva. Tenían razón. Saladino intentó muchas veces atraerlos al combate. Cuando fracasó, levantó su campamento, el 8 de octubre, y retrocedió, repasando el Jordán [3].

La conducta de Guido molestó a los soldados, que le consideraban un cobarde, igual que a los barones, que le sabían débil. A su regreso a Jerusalén riñó con el rey. Balduino creía que el clima de Tiro sería más favorable para él que las alturas, batidas por los vientos, de Jerusalén. Pidió a su cuñado un intercambio de las dos ciudades. Guido recibió la petición con rudeza; ante lo cual, Balduino, en un acceso de desesperada energía, convocó a sus principales vasallos y, siguiendo su consejo, destituyó de la regencia a Guido. Como remedio, el 23 de marzo de 1183 proclamó heredero a su sobrino Baldui-

[3] Guillermo de Tiro, XXII, 26-7, págs. 1118-24; Ernoul, págs. 96-102; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 90-1; Abu Shama, págs. 243-6.

no, el hijo de Sibila habido en su primer matrimonio, un niño de seis años, e intentó convencer a su hermana para que anulase su matrimonio. Entretanto, aunque él no se podía mover sin ayuda, ni podía firmar más que con su nombre, volvió a asumir el gobierno. La respuesta de Guido fue retirarse a su condado de Ascalón y Jaffa y violar allí su fidelidad a la corona. Balduino ocupó Jaffa, que puso bajo la autoridad directa de la corona; pero Guido le desafió en Ascalón. En vano el patriarca Heraclio y los grandes maestres del Temple y del Hospital intercedieron en favor del rebelde. El rey perdió su serenidad con ellos y los desterró de la corte. Los había llamado para ordenarles que predicaran la Cruzada en la Europa occidental, pero pasaron varios meses antes de que consintieran en marchar [4].

El Consejo de barones que recomendó al rey la destitución de Guido estaba compuesto por Bohemundo de Antioquía, Raimundo de Trípoli, el señor de Cesarea y los dos Ibelin. El señor de Transjordania no se hallaba presente. Había llegado la ocasión para que tuviera lugar el matrimonio entre la princesa Isabel, de once años de edad, y Hunfredo de Torón, de alrededor de diecisiete. Reinaldo decidió que la ceremonia se celebrase con toda la pompa posible en su castillo de Kerak, del cual era heredero el novio. Durante el mes de noviembre empezaron a llegar huéspedes al castillo. Muchos de ellos, tales como la madre de la novia, la reina María Comneno, eran enemigos personales de Reinaldo, pero acudían en un último intento de salvar la brecha entre las facciones en lucha. Con los huéspedes llegaron títeres, bailarines, juglares y músicos de todos los rincones del Oriente cristiano. De repente, todo el festejo se interrumpió ante la terrible noticia de que Saladino se acercaba con su ejército.

La destrucción de Kerak y de su impío señor constituía una de las principales ambiciones de Saladino. Mientras Reinaldo conservara su gran castillo, podía interceptar todo el tráfico que intentaba pasar entre Siria y Egipto, y la experiencia había demostrado que ningún tratado podía someterle. El 20 de noviembre Saladino recibió refuerzos de Egipto y acampó ante las murallas. Los labradores y pastores del campo, cristianos sirios, llevaron sus rebaños para mayor seguridad al interior de la ciudad, y muchos se refugiaron en los patios del castillo. Saladino atacó en seguida la parte baja de la ciudad y forzó la entrada. Reinaldo sólo pudo escapar retrocediendo hacia el castillo, debido al heroísmo de uno de sus caballeros, que, con una sola mano, defendió el puente sobre el foso entre la ciudad y la ciudadela, hasta destruirlo tras él. Como magnífica demostración de

[4] Guillermo de Tiro, XXII, 29, págs. 1127-8. Guillermo dice que Balduino fue coronado en aquella ocasión.

bravura, las ceremonias de la boda prosiguieron en el castillo. Mientras caían las piedras contra sus murallas, el canto y la danza seguían en el interior. Madama Estefanía, la madre del novio, preparó personalmente unos platos del festín nupcial, que envió a Saladino. El, a cambio, preguntó en qué torre estaba alojada la joven pareja y dio órdenes de que no fuese bombardeada por sus máquinas de asedio. Pero en ningún otro sentido remitió en sus esfuerzos. Sus nueve grandes catapultas estuvieron en acción constante y sus zapadores casi llenaron el foso.

Habían sido enviados emisarios a toda prisa a Jerusalén para pedir ayuda al rey. Reunió el ejército real, que puso al mando del conde Raimundo, aunque insistió en ir él en persona en su litera con sus hombres. Pasaron a toda prisa por Jericó y siguieron el camino junto al monte Nebo. Al acercarse, Saladino, cuyas máquinas hacían poca mella en las poderosas murallas de la fortaleza, levantó el sitio, y el 4 de diciembre retrocedió hacia Damasco. El rey fue llevado triunfalmente a Kerak, y los huéspedes de la boda pudieron regresar sanos y salvos a sus casas [5]. Esta experiencia no dio fin a su discordia, de la cual iba a ser víctima la joven novia. Su suegra, sin duda a petición de Reinaldo, le prohibió que viera a la madre de ella, y ésta, enfrascada en intrigas de camarilla, que le gustaban mucho a causa de su sangre griega, le consideraba como una semitraidora. Unicamente su esposo mostrábase cariñoso con ella. Hunfredo de Torón era un joven de extraordinaria belleza y grandes conocimientos, más adecuado por sus gustos para ser una muchacha que un hombre. Pero era afectuoso y considerado con su esposa niña, y ella le quería [6].

El otoño siguiente Saladino volvió a avanzar contra Kerak con un ejército, al que se unieron contingentes de sus vasallos ortóquidas. Una vez más las grandes fortificaciones fueron demasiado para

[5] Guillermo de Tiro, XXII, 28, 30, págs. 1124-7, 1129-30; Ernoul, páginas 102-106; únicamente él relata las fiestas nupciales a las que, como escudero de Balian, pudo haber asistido. Cree que Saladino de joven fue huésped en Kerak, donde madama Estefanía le meció en sus rodillas. Ninguna otra fuente menciona esta temprana cautividad de Saladino. Como Saladino nació en 1137 y Estefanía probablemente no antes de 1145 —se casó hacia 1162-3, y las muchachas se casaban jóvenes—, la afirmación es poco probable. Abu Shama, pág. 248; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 91-2; Maqrisi, ed. por Blochet, *Revue de l'Orient Latin*, vol. IX, págs. 13-14.

[6] Véase *infra*, pág. 404. La historia subsecuente del matrimonio pertenece a la narración de la tercera Cruzada. El autor del *Itinerarium Regis Ricardi* (pág. 120) describe a Humphrey como «Vir feminae quam viro proprior, gestu mollis, sermone fructus». Beha ed-Din *(P. P. T. S.*, pág. 288) describe su belleza y dice que hablaba bien el árabe. *Estoire d'Eracles*, II, pág. 152, relata que a Isabel le estaba prohibido ver a su madre.

él. No pudo atraer a los defensores para luchar en las laderas debajo de la ciudad, y una vez más, al acercarse un ejército de Jerusalén, se retiró a su propio territorio, dejando sólo un destacamento para correr Galilea y saquear el campo hacia el Sur hasta Nablus. Saladino regresó a Damasco. Quedaba aún mucho por hacer en la reorganización del Imperio. No había llegado la ocasión definitiva para eliminar a los cristianos [7].

En Jerusalén, el rey leproso sostenía las riendas del gobierno en sus despedazadas manos. Guido aún conservaba Ascalón, negándose a admitir funcionarios reales en su ciudad. Pero sus amigos, el patriarca y los grandes maestres, estaban lejos, en Europa, intentando vanamente impresionar al emperador Federico, al rey Luis y al rey Enrique de los peligros que esperaban al Oriente cristiano. Los potentados occidentales los recibieron con todos los honores y estudiaron planes para una gran Cruzada. Pero cada uno de ellos presentó disculpas por las cuales no podía participar personalmente. El único resultado de la misión fue que algunos caballeros aislados abrazaron la Cruz [8].

En el otoño de 1184, Guido volvió a provocar la ira de su cuñado. Desde la conquista cristiana de Ascalón, los beduinos de la zona, mediante el pago de un pequeño tributo al rey, habían podido desplazarse según les conviniera para apacentar sus rebaños. Guido, molesto porque el tributo iba a parar a manos del rey y no a sus propias arcas, les atacó cierto día, degollándoles y quedándose con sus rebaños [9].

Balduino estaba ahora postrado y no volvería ya a levantarse. Se dio cuenta entonces de lo fatal que había sido la influencia de su madre y los amigos de ella, y envió en busca de su primo Raimundo de Trípoli para que se hiciera cargo de la administración. Entretanto, se preparó para su muerte. Ante una reunión de barones, a principios de 1185, expresó su voluntad. Su sobrino niño debía sucederle en el trono. Por deseo expreso de la asamblea, Guido no debería ocupar la regencia, la cual debería encomendarse a Raimundo de Trípoli, que recibiría Beirut como pago de sus servicios. Pero Raimundo se negó a aceptar la guardia personal del pequeño rey por temor a que el muchacho, que parecía delicado, pudiese morir joven y se le acusase a él de haber acelerado su muerte. En vista de la sa-

[7] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 95-8; Abu Shama, págs. 249-56; carta de Balduino IV a Heraclio, en Radulfo de Diceto, II, págs. 27-8.

[8] Sobre la misión, véase Benedicto de Peterborough, I, pág. 338; Radulfo de Diceto, II, págs. 32-3. Enrique II consultó a su consejo, quien le recomendó que no fuera a la Cruzada.

[9] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 3.

lud del muchacho, los barones juraron además que, si moría antes de alcanzar la edad de diez años, el conde Raimundo conservaría la regencia hasta que los cuatro grandes gobernantes de Occidente, el Papa, el Emperador occidental y los reyes de Francia e Inglaterra, hubiesen decidido acerca de los mejores derechos de las princesas Sibila e Isabel, respectivamente. Entretanto, en un último intento de pacificar las facciones, la custodia personal del muchacho fue encomendada a su tío-abuelo, Joscelino de Courtenay, que empezaba ahora a profesar una amistad cordial hacia Raimundo [10].

Todos los barones reunidos juraron llevar a cabo los deseos del rey. Entre ellos estaba el patriarca Heraclio, que acababa de regresar de Occidente, con el gran maestre del Hospital, Roger de Les Moulins. El gran maestre del Temple, Arnoldo de Toroga, murió durante el viaje. Como sucesor, la Orden había elegido, después de un tumultuoso debate, al viejo enemigo de Raimundo, Gerardo de Ridfort. Gerardo también dio su asenso a la voluntad del rey. El niño fue llevado a la iglesia del Santo Sepulcro, y allí, en brazos de Balian de Ibelin, fue coronado por el patriarca [11].

Pocas semanas después, en marzo de 1185, la muerte liberó al rey Balduino IV de las agonías de su larga enfermedad. Sólo tenía veinticuatro años. Fue el más desgraciado de todos los reyes de Jerusalén. Su capacidad estaba fuera de toda duda y su valor era enorme. Pero desde su lecho de enfermo fue impotente para dominar las intrigas en torno a él y demasiado a menudo había cedido a la nociva influencia de su perversa madre y de su necia hermana. Al me-

[10] *Estoire d'Eracles*, II, pág. 7; Ernoul, págs. 115-19 (la versión más completa). La sitúa después del segundo sitio de Saladino a Kerak (septiembre de 1184), y dice que Balduino IV murió poco después. Pero Guillermo de Tiro (véase *supra*, pág. 397, n. 4) relata la coronación de Balduino V, y da la fecha de 20 de noviembre de 1183. Como Guillermo murió antes de que finalizase el año 1184, aunque escribió sus últimas páginas en Roma, pudo enterarse en la decisión de Balduino de coronar a su sobrino, sobre todo desde la desgracia de Guido en 1183, pero equivocarse al creer que la coronación se llevó a cabo. Los derechos legales de Sibila e Isabel crearon un problema. Un *assise* dado por Amalarico en 1171 permitía a las hermanas compartir feudos, de acuerdo con la vieja costumbre feudal de la Europa occidental. Grandclaude, *op. cit.*, pág. 340, opina que atañía a la sucesión del trono. La reina María probablemente acababa de dar a luz a su primogénita. Por otra parte, se concedía específicamente primacía a los hijos, varones y hembras, del primer matrimonio sobre los del segundo (v. La Monte, *Feudal Monarchy*, pág. 36). Pero, ¿tuvo primacía el matrimonio anulado con Inés sobre el matrimonio imperial con María? Resulta evidente por los acontecimientos de 1186 que la opinión pública estaba de parte de las demandas de Sibila (v. *infra*, pág. 403). Pero el caso era lo suficientemente oscuro para que se meditase sobre él.

[11] *Estoire d'Eracles*, II, págs. 7-9; Ernoul, págs. 113, 118.

nos se le ahorraron las humillaciones finales que iban a caer sobre el reino [12].

Cuando el lamentable cadáver del rey había sido enterrado en la iglesia del Santo Sepulcro, Raimundo, en calidad de regente, convocó de nuevo a los barones para consultarles acerca de la política que debía seguir. No se habían producido las lluvias de invierno y sobre el país se cernía la amenaza del hambre. El único cruzado que vino a Oriente fue el viejo marqués Guillermo de Montferrato, abuelo del rey niño, y después de convencerse de que todo estaba en orden en relación con su nieto, se estableció tranquilamente en un feudo de Galilea. Su hijo Conrado, el tío del rey, salió para seguirle, pero se detuvo, a su paso, en Constantinopla, donde había muerto pocos años antes su hermano Raniero. Ofreció ayudar al vengador de Raniero el emperador Isaac el Angel, con cuya hermana se casó. Se olvidó de su sobrino y de Palestina. Todos los barones reunidos en Jerusalén se dieron cuenta de que, mientras no pudiese llegar una nueva y gran Cruzada, el país, famélico, no podía afrontar la guerra. Aprobaron la proposición de Raimundo de que se debía negociar con Saladino una tregua de cuatro años.

Por su parte, Saladino se mostró de acuerdo. Había habido una riña entre sus parientes en Egipto que requería un arreglo, y recibió noticias de que Izz ed-Din de Mosul volvía a estar inquieto. Se firmó el tratado. Se reanudó el comercio entre los estados francos y sus vecinos, y una expedición de cereales desde el Este salvó a los cristianos de la inanición [13].

En abril de 1185, Saladino marchó hacia el Norte, cruzando el Eufrates en Birejik el día 15 del mismo mes. En aquel punto se le unieron Kukburi de Harran y emisarios de los vasallos de Izz ed-Din, los señores de Jezireh y de Irbil. Izz ed-Din envió embajadas a los gobernantes seléucidas de Konya y Persarmenia. El último envió algunas tropas en su ayuda; el primero mandó un mensaje amenazador a Saladino, pero no tomó ninguna acción. En junio, Saladino se hallaba ante Mosul, rechazando todos los ofrecimientos de paz de Izz ed-Din, incluso cuando la anciana madre del príncipe fue personalmente a pedírselo a Saladino. Pero Mosul era aún una fortaleza demasiado poderosa. Sus tropas empezaron a enfermar del calor de la canícula. Cuando, en agosto, murió de repente el sultán seléucida de Persarmenia, Soqman II, Saladino se trasladó hacia el Norte para conquistar las ciudades vasallas del sultán Diarbekir y

[12] Ernoul, págs. 118-19; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 9. Imad ed-Din (Abu Shama, pág. 258) rinde homenaje a la memoria de Balduino IV.

[13] Ernoul, págs. 121-8; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 12-13; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 104-5.

Mayyafaraqin, y con el fin de procurar descanso a sus hombres en el clima más fresco de las tierras altas. Allí cayó enfermo Saladino, y, casi moribundo, cabalgó hasta el castillo de su amigo Kukburi, en Harran. Su hermano, al-Adil, ahora gobernador de Alepo, se apresuró a venir con los mejores médicos de Oriente, pero no pudieron hacer nada. Creyendo que su fin estaba próximo, y sabiendo que toda su parentela conspiraba por la herencia, obligó a todos sus emires a jurar fidelidad a sus hijos. Entonces, inopinadamente, empezó a mejorar. Hacia enero de 1186 estaba fuera de peligro. A fines de febrero recibió una embajada de Izz ed-Din y accedió a hacer la paz. Por un tratado que firmaron los embajadores el 3 de marzo, Izz ed-Din se convertía en vasallo de Saladino y fue confirmado en sus propias posesiones, pero las tierras al otro lado del Tigris, al sur de Mosul, incluyendo Arbil y Shahrzur, fueron puestas bajo el mando de emires nombrados por Saladino y directamente dependientes de él. La presencia de estos emires aseguraba la lealtad de Izz ed-Din [14]. Saladino mismo estaba entonces en Homs, donde Nasr ed-Din, el hijo de Shirkuh y su propio yerno, era emir. Nasr ed-Din había conspirado por el trono de Siria durante la enfermedad de Saladino. Nadie se sorprendió, por tanto, cuando se le encontró muerto en su cama el 5 de marzo, después de la celebración de la fiesta de las Víctimas. El hijo del muerto, Shirkuh II, un muchacho de doce años, recibió la herencia de Homs. Saladino le confiscó mucho de su dinero, pero el muchacho citó oportunamente un pasaje del *Corán* que amenazaba con tormento a aquellos que robaban a los huérfanos, y Saladino se lo devolvió. En abril, Saladino estaba de regreso en Damasco. Su Imperio se extendía ahora seguro hasta las fronteras de Persia [15].

La tregua entre los cristianos y los musulmanes devolvió alguna prosperidad a Palestina. El comercio entre el interior y los puertos de Acre y Tiro se reanudó ávidamente, con ventaja para los mercaderes de ambas religiones. Si era posible mantener la paz hasta que alguna gran Cruzada llegase de Occidente, podía haber aún alguna esperanza para el reino. Pero la suerte fue de nuevo cruel con los cristianos. Hacia fines de agosto de 1186, el rey Balduino V murió en Acre, cuando aún no tenía nueve años de edad [16].

El regente Raimundo y el senescal Joscelino se hallaban presentes junto al lecho de muerte. Deseando ansiosamente colaborar con

[14] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 98-103; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, págs. 123-6; Abu Shama, pág. 228; *Bustan*, pág. 581.

[15] Abu'l Feda, pág. 55. Véase Lane Poole, *Saladin*, págs. 194-5 (Shirkuh II cita el pasaje, *Corán*, iv, 9); Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 103-4.

[16] Ernoul, pág. 129; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 25. 5.

Raimundo, Joscelino le convenció para que fuera a Tiberíades e invitase a los barones del reino a reunirse con él allí, con el fin de prevenirse contra las conspiraciones del patriarca, y asegurar que las condiciones de la voluntad de Balduino IV se llevarían a cabo. El mismo acompañaría el cadáver del niño hasta Jerusalén para darle sepultura. Raimundo cayó en la trampa y se marchó de buena fe. Nada más ausentarse, Joscelino envió tropas, a las que podía confiar la ocupación de Tiro y Beirut, mientras él se quedaba en Acre, donde proclamó reina a Sibila. Envió el cadáver real a Jerusalén encomendado a los templarios. Sus mensajeros avisaron a Sibila y a Guido para que acudieran desde Ascalón y asistieran al funeral, y Reinaldo de Châtillon se apresuró a unirse a ellos desde Kerak.

Raimundo descubrió que había sido engañado. Cabalgó hasta Nablus, donde se hallaba el castillo de Balian de Ibelin, y, en calidad de regente legítimo del reino, convocó el Tribunal Supremo de los barones. Todos sus partidarios se apresuraron a unirse a él. Con Balian y su esposa, la reina María, se hallaban la hija de ésta, Isabel, acompañada de Hunfredo de Torón; Balduino de Ramleh, Gualterio de Cesarea, Reinaldo de Sidón y todos los feudatarios de la corona, con excepción de Reinaldo de Châtillon. Allí recibieron una invitación de Sibila para asistir a su coronación. Replicaron con el envío de dos monjes cistercienses como emisarios a Jerusalén, para recordar a los conspiradores el juramento prestado al rey Balduino IV y para prohibirles cualquier acción hasta que el Tribunal hubiese deliberado.

Pero Sibila conservaba Jerusalén y los puertos marítimos. Las tropas del senescal Joscelino y el condestable Amalarico, el hermano de Guido, estaban de su parte, y Reinaldo había traído a sus hombres de Transjordania. El patriarca Heraclio, el antiguo amante de su madre, le aseguró el apoyo de la organización eclesiástica. El gran maestre del Temple, Gerardo de Ridfort, haría cualquier cosa para molestar a su antiguo enemigo, Raimundo. En Jerusalén sólo el gran maestre del Hospital era fiel al juramento que había prestado al monarca. Entre la gente de Jerusalén había mucha simpatía por Sibila. Ella representaba el derecho hereditario, y aunque el trono era aún nominalmente electivo, los derechos de la heredera no podían ser fácilmente ignorados. En la época del divorcio de su madre, la legitimidad de Sibila había sido confirmada. Su hermano había sido rey, y también lo había sido su hijo. Su única desventaja era que a su marido no se le tenía afecto, sino que se le despreciaba.

El patriarca y los templarios cerraron las puertas de Jerusalén y apostaron guardias, para impedir cualquier ataque de los barones de Nablus. Luego hicieron los preparativos para la coronación. La in-

signia real fue guardada en un cofre con tres cerraduras, cuyas llaves estaban al cuidado del patriarca y de los dos grandes maestres, cada uno de los cuales guardaba una. Roger del Hospital se negó a entregar su llave para un propósito que consideraba contrario a su juramento; pero, al fin, con un gesto de disgusto, la arrojó desde su ventana. Ni él ni ninguno de sus caballeros tomaría parte en la ceremonia, que se celebró tan pronto como todas las cosas pudieron estar dispuestas. En vista de la impopularidad de Guido, el patriarca coronó sólo a Sibila. Pero una segunda corona fue colocada a su lado, y Heraclio, después de coronarla, le rogó que la utilizara para coronar al hombre que ella considerase merecedor de gobernar el reino. Requirió a Guido que se acercase a ella y se arrodillara, y luego colocó la corona sobre su cabeza. La concurrencia rindió después homenaje a la nueva pareja real. Cuando salía de la iglesia, Gerardo de Ridfort exclamó en voz alta que esta corona reparaba la boda de Botrun.

Contra el hecho de la coronación poco podía hacer el Tribunal Supremo de Nablus. Balduino de Ibelin se levantó en la asamblea para decir que él no quería permanecer en un país que iba a ser gobernado por semejante rey, y aconsejó a todos los barones que hiciesen lo mismo. Pero Raimundo contestó que aún no estaba todo perdido. Ellos contaban —decía— con la princesa Isabel y su esposo, Hunfredo de Torón. Que fuesen coronados y se les llevase a Jerusalén. Sus rivales no podrían resistir frente a los ejércitos unificados de todos los barones, menos Reinaldo de Châtillon, y al apoyo del Hospital. Raimundo agregó que, mientras él fuese regente, podía garantizar que Saladino respetaría la tregua. Los barones manifestaron su acuerdo y juraron apoyarle aun en el caso de que ello significara guerra civil. Pero no contaron con uno de los factores principales. Hunfredo estaba aterrado con la suerte que le esperaba; no tenía ganas de ser rey. Se escabulló de Nablus y marchó a Jerusalén. Allí pidió ver a Sibila. Al principio, ésta le insultó; pero, cuando se quedó como un cordero ante ella, rascándose la cabeza, cedió y le dejó soltar toda su historia. Le escuchó generosamente y ella misma le llevó a presencia de Guido, a quien rindió homenaje [17].

La defección de Hunfredo derrotó a los barones. Raimundo los liberó de su juramento, y uno tras otro fueron a Jerusalén y ofrecie-

[17] Ernoul, págs. 129-36, la versión más completa y gráfica; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 25-31; Radulfo de Diceto, II, pág. 47; Arnoldo de Lübeck, páginas 116-17. Las dos primeras fuentes (las más dignas de crédito) fechan la coronación en septiembre; Radulfo, en agosto, y Arnoldo, el 20 de julio. La primera Carta privilegio de Guido está fechada en octubre (Röhricht, *Regesta,* página 873).

ron sumisión a Guido. Incluso Balian de Ibelin, el más respetable de todos ellos, vio que no se podía hacer otra cosa. Pero su hermano Balduino repitió su decisión de abandonar el reino antes de aceptar a Guido, y Raimundo de Trípoli se retiró a las tierras de su esposa, en Galilea, jurando que él tampoco rendiría nunca homenaje al nuevo rey. Hubiese aceptado lealmente a Isabel como reina, pero la cobardía de Hunfredo le convenció de que él era ahora el único candidato digno del trono [18].

Poco después, el rey Guido celebró su primera reunión de barones en Acre. Raimundo no se presentó, y Guido anunció que Beirut, administrada por Raimundo como regente, le sería retirada, y mandó un emisario para pedirle que rindiera cuentas de los fondos públicos que había gastado durante su regencia. Balduino de Ibelin, que estaba presente, fue requerido por Reinaldo de Châtillon, que se hallaba al lado del rey. Se limitó a dirigir al rey un saludo formal, diciéndole que dejaba sus tierras de Ramleh a su tijo Tomás, que rendiría homenaje cuando tuviese la edad pertinente; él, por su parte, nunca haría tal cosa. Salió del reino pocos días después y se puso al servicio de Bohemundo de Antioquía, que le recibió gozoso y le dio un feudo mayor que el que había dejado. Otros señores menores se le unieron allí, pues Bohemundo no hizo ningún secreto de sus simpatías hacia Raimundo y su partido [19].

Con el reino tan desgarrado por facciones agriadas era conveniente que la tregua con los sarracenos se conservara a rajatabla. Guido la hubiese mantenido, pero no contó con su amigo Reinaldo de Châtillon. Protegidas por la tregua, las grandes caravanas que viajaban entre Damasco y Egipto habían vuelto a pasar sin ningún impedimento por territorios francos. A fines de 1186, una enorme caravana se hallaba en camino desde El Cairo, escoltada por un pequeño destacamento de tropas egipcias para protegerla contra los algareros

[18] Es evidente que Raimundo se consideraba a sí mismo como candidato al trono; Ibn Jubayr relata rumores de su ambición ya en 1183 (Ibn Jubayr, pág 304). Abu Shama (págs. 257-8) cita la versión de Imad ed-Din de que estaba dispuesto a hacerse musulmán para conseguirlo, e Ibn al-Athir (pág. 674) refiere que contaba para ello con la ayuda de Saladino. La tardía *Historia Regni Hierosolymitani* (págs. 51-2) dice que pretendía el trono porque su madre (aquí llamada Dolcis) había nacido después de la coronación del padre de ella, mientras que Melisenda nació antes. Como únicamente la más joven de las hijas de Balduino, la abadesa Joveta, había nacido en la púrpura, no pudo haber utilizado este argumento. Quizá alegaran una razón parecida para justificar a los barones en Nablus al elegir a Isabel antes que a Sibila, y el cronista mezcló los relatos.

[19] Ernoul, págs. 137-9; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 33; *Les Gestes des Chiprois* (pág. 659) afirman que Guido hubiera desbancado a Balduino de no haber sido por su alta alcurnia.

beduinos. Cuando marchaba hacia el Moab, Reinaldo cayó súbitamente sobre ella, matando a los soldados y apresando a los mercaderes y sus familias con todos sus bienes, y se llevó a todos al castillo de Kerak. El botín fue mucho mayor que cualquier otro de anteriores correrías. Pronto le llegó a Saladino la noticia de la afrenta. Respetuoso con el tratado, envió un emisario a Reinaldo pidiéndole que pusiese en libertad a los prisioneros y una compensación por sus pérdidas. Reinaldo se negó a recibir a los enviados, que marcharon a Jerusalén a presentar sus quejas al rey Guido. El monarca escuchó, conmovido, el relato y ordenó a Reinaldo que pagase las reparaciones. Pero Reinaldo, sabiendo que Guido debía y conservaba el trono gracias a su apoyo, no hizo ningún caso de la orden del rey, y éste no pudo o no quiso obligarle a obedecer [20].

Una violación tan descarada de la tregua hizo que la guerra fuese inevitable, una guerra que el país, dividido, no estaba en condiciones de afrontar. Bohemundo se apresuró a renovar su tregua con Saladino [21]. Raimundo de Trípoli concertó una tregua para su condado y la hizo extentiva para proteger el principado de Galilea, que era de su esposa, incluso aunque su soberano el rey pudiese estar en guerra con los musulmanes. Al mismo tiempo se aseguró la simpatía de Saladino, que le prometió apoyo en su aspiración de hacerse rey. A pesar de la prudencia que podía haber en la política de Raimundo, implicaba sin duda una traición. Alentado por Gerardo del Temple, Guido convocó a sus vasallos leales y marchó en dirección hacia Nazaret, para reducir a Galilea a la obediencia antes de que empezase el ataque musulmán. La guerra civil se evitó sólo por la intervención de Balian de Ibelin, quien, al llegar al campamento, preguntó violentamente al rey qué era lo que estaba haciendo. Cuando Guido replicó que se proponía sitiar Tiberíades, Balian subrayó la insensatez del plan, pues Raimundo, con la ayuda sarracena a la que podía recurrir, tendría fuerzas más numerosas que las del rey. Balian pidió, en cambio, que se le enviase para parlamentar con Raimundo. Pero su llamamiento a la unidad no hizo ningún efecto sobre el conde, que sólo quería someterse a Guido si se le devolvía Beirut. Era un precio que Guido estimó demasiado caro [22]. Pero cuando llegó la noticia de los preparativos de Saladino para la guerra próxima, Balian volvió a tratar con el rey de una reconciliación con Raimundo.

[20] *Estoire d'Eracles,* II, pág. 34. Refiere que la hermana de Saladino fue capturada en la caravana. En realidad, ella viajaba, de regreso de La Meca, en una caravana posterior (v. *infra,* pág. 410); Abu Shama, págs. 259-61.

[21] Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* pág. 109.

[22] Ernoul, págs. 141-2; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 31-5. Ernoul refiere que Raimundo recibió de hecho refuerzos de Saladino.

«Habéis perdido a vuestro mejor caballero en Balduino de Ramleh», dijo, mencionando a su hermano con orgullo. «Si perdéis la ayuda y el consejo del conde Raimundo, habréis terminado.» Guido, generalmente dispuesto a estar de acuerdo con todo el que le hablara con firmeza, permitió a Balian que llevara una nueva embajada a Tiberíades, acompañado de Josías, arzobispo de Tiro, y de los grandes maestres del Hospital y del Temple. Era esencial que el último, el enemigo más acre de Raimundo, estuviese implicado en cualquier arreglo pacífico que se hiciera [23].

Los delegados, escoltados por diez hospitalarios, salieron de Jerusalén el 29 de abril de 1187. Pasaron la noche en el castillo de Balian, en Nablus. Allí, Balian tenía que resolver algunos asuntos; por eso dijo a los grandes maestres y al arzobispo que se adelantaran; él pensaba pasar el día allí y los alcanzaría al siguiente en el castillo de La Fève, en la llanura de Esdraelon. A última hora de la tarde del día 30, Balian salió de Nablus con algunos ayudantes, pensando cabalgar toda la noche. Pero de repente se acordó que era la víspera de San Felipe y Santiago. Por tanto, se desvió del camino en Sebastea, la Samaria de los antiguos, y llamó en la puerta del palacio del obispo. El obispo se despertó y le admitió, y ambos pasaron la noche charlando hasta que llegó el alba y se pudo celebrar la misa. Después se despidió de su anfitrión y siguió su camino.

El 30 de abril, mientras Balian discutía de negocios con sus administradores, y los grandes maestres cabalgaban sobre las colinas de La Fève, el conde Raimundo recibió en Tiberíades un enviado de los musulmanes de Banyas. Al-Afdal, el joven hijo de Saladino, comandante del campamento de aquel punto, recibió la orden de su padre de enviar un reconocimiento a Palestina, y con mucha corrección pidió permiso para que sus hombres pudiesen atravesar el territorio del conde de Galilea. Raimundo, ligado por su pacto privado con Saladino, no pudo negarse al molesto requerimiento. Sólo puso como condición que los musulmanes deberían cruzar la frontera después del amanecer del día siguiente y regresar antes del anochecer, y que no podrían hacer daño alguno a ciudades o aldeas del territorio. Después envió mensajeros a todo su feudo para advertir a las gentes que, con sus rebaños, se quedaran durante todo el día dentro de las murallas y que no temieran nada. En ese momento se enteró de la llegada de la delegación de Jerusalén. Envió otro mensaje para hacer la misma advertencia. A primera hora de la mañana del 1.° de mayo, Raimundo divisó desde su castillo al emir Kukburi y a siete mil mamelucos, que siguieron cabalgando alegremente.

[23] Ernoul, págs. 142-3. Reinaldo de Sidón tenía que haberse unido a la delegación, pero partió por su cuenta.

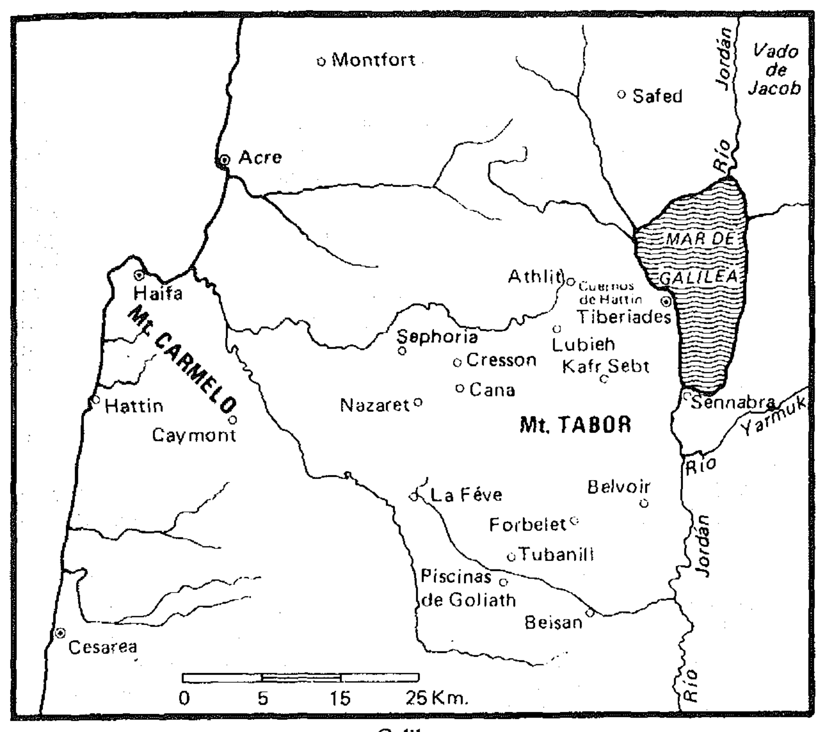
A media mañana de aquel día, Balian y su grupo llegaron a La Fève. Desde lejos habían visto tiendas de los templarios en la parte baja de las murallas; pero, cuando se acercaron, las hallaron vacías, y en el castillo reinaba silencio. El ayudante de Balian, Ernoul, entró en el edificio y deambuló de un cuarto a otro. No había nadie allí, excepto dos soldados que yacían en una de las galerías superiores, mortalmente heridos e incapaces de hablar. Balian estaba perplejo y preocupado. Esperó una hora o dos, sin saber qué hacer, y después salió por el camino de Nazaret. De repente, un caballero templario galopó a su alcance, desgreñado y sangrando, exclamando que había habido un gran desastre.

A la misma hora, Raimundo vio en Tiberíades regresar a los mamelucos. Habían cumplido el pacto. Era antes de la caída de la noche, y no habían dañado ningún edificio de la provincia. Pero en las lanzas de su vanguardia iban clavadas las cabezas de los caballeros templarios.

El mensaje de Raimundo llegó a manos de los grandes maestres en La Fève, en la tarde del 30. Aunque Roger del Hospital protestó, Gerardo del Temple en seguida convocó a los templarios de las proximidades para que se unieran a él allí. El mariscal del Temple, Jaime de Mailly, se hallaba en la aldea de Kakun, a cinco millas, con noventa caballeros. Acudió y pasó la noche delante del castillo. A la mañana siguiente, la cabalgata salió para Nazaret, donde se le unieron cuarenta caballeros seglares. El arzobispo de Tiro se quedó allí, pero Gerardo se detuvo sólo para anunciar a los habitantes que pronto iba a haber una gran batalla y que tenían que venir para coger el botín. Cuando los caballeros pasaban por la colina detrás de Nazaret, encontraron a los musulmanes que abrevaban a sus caballos en las fuentes de Cresson, en el valle de la parte baja. A la vista de lo numerosos que eran, tanto Roger como Jaime de Mailly aconsejaron la retirada. Gerardo se puso furioso. Dio la espalda despectivamente a su compañero, el otro gran maestre, e insultó a su mariscal. «Tenéis demasiado apego a vuestra cabellera rubia y no queréis perderla», dijo. Jaime replicó orgulloso: «Yo moriré en el campo de batalla como un hombre valiente. Sois vos quien queréis huir como un traidor.» Picados por los insultos de Gerardo, los hombres cargaron contra los mamelucos. Fue una matanza más que una batalla. La cabeza rubia de Jaime fue una de las últimas en sucumbir, y el gran maestre del Hospital cayó a su lado. Rápidamente, todos los caballeros templarios fueron degollados, menos tres, de los que uno era Gerardo. Retrocedieron al galope hasta Nazaret. Uno de ellos cabalgó hasta encontrar a Balian. Los caballeros seculares quedaron con vida.

Algunos de los codiciosos ciudadanos de Nazaret habían salido al campo de batalla para encontrar el botín que Gerardo había prometido. Fueron cercados y hechos prisioneros.

Después de mandar a su mujer un aviso apremiante para que reuniera a todos sus caballeros, Balian se entrevistó con Gerardo en



Galilea.

Nazaret e intentó convencerle de que fuese a Tiberíades. Gerardo alegó que sus heridas eran demasiado graves, por lo que Balian partió con el arzobispo. Hallaron a Raimundo despavorido ante la tragedia, de la que consideraba culpable a su propia política. Aceptó gustoso la mediación de Balian y, cancelando su tratado con Saladino, cabalgó hacia el Sur, a Jerusalén, y se sometió al rey. Guido, a pesar de todos sus defectos, no era vengativo. Dio a Raimundo una bienvenda cordial e incluso se disculpó por el procedimiento de su coronación. Al fin el reino parecía otra vez estar unido [24].

24 Narra el relato de modo muy completo Ernoul, que estaba con Balian

Más valía así. Pues se sabía que Saladino estaba reuniendo un gran ejército, al otro lado de la frontera, en el Hauran. En mayo, mientras se reunía la hueste de todas las partes de su imperio, realizó un pequeño viaje por el camino hacia La Meca para escoltar una caravana de peregrinos en la que su hermana y su hijo regresaban de la Ciudad Santa, para asegurarse de que Reinaldo no intentara otro de sus ataques de bandolero. Entretanto llegaban a torrentes las tropas desde Alepo, Mosul y Mardin, hasta que su ejército fue el mayor que hasta entonces había mandado. Al otro lado del Jordán, el rey Guido convocó a todos sus vasallos principales y sus colonos para que sus hombres se reunieran con él en Acre. Las órdenes del Hospital y del Temple, ávidas de vengar la matanza de Cresson, acudieron con todos sus caballeros disponibles, dejando sólo pequeñas guarniciones para defender los castillos que estaban a su cargo. Los templarios ayudaron además entregando al rey la parte del dinero enviado recientemente a las órdenes por el rey Enrique II para expiar el asesinato de Tomás Becket. Se les había dicho que lo guardasen como contrapartida por la Cruzada que Enrique había jurado hacer, pero la necesidad presente era demasiado apremiante. Los soldados equipados con este dinero llevaban una enseña con las armas de Enrique. A impulsos de un llamamiento de Raimundo y Balian, Bohemundo de Antioquía prometió un contingente al mando de Balduino de Ibelin, y envió a su hijo Raimundo para que se uniera al conde de Trípoli, que era su padrino. A fines de junio, 1.200 caballeros completamente armados, un número más grande de caballería ligera indígena, turcópolos de media casta y casi diez mil infantes se habían reunido en el campamento ante Acre. Se pidió al patriarca Heraclio que viniera con la Verdadera Cruz. Pero él dijo que estaba indispuesto y confió la reliquia al prior del Santo Sepulcro, para que se la entregara al obispo de Acre. Sus enemigos dijeron que prefería quedarse con su amada Paschia.

El viernes, 26 de junio, Saladino revistó sus tropas en Ashtera, en el Hauran. El mismo mandaba el centro; su sobrino Taki ed-Din, el ala derecha, y Kukburi, la izquierda. El ejército salió en orden de batalla para Khisfin y luego hacia el extremo sur del mar de Galilea. Allí se detuvo cinco días, mientras los escuchas de Saladino reunían

como escudero (págs. 143-54). *Estoire d'Eracles,* II, págs. 37-44; Imad ed-Din, en Abu Shama, pág. 262; Ibn al-Athir (pág. 678) refiere que al-Afdal envió a Kukburi al mando de la expedición, y cifra en 7.000 el número de los jinetes. *De Expugnatione* (págs. 210-11) da el mismo número, pero su corta versión niega que Raimundo insistiera en que no se causasen daños a la propiedad, y trata de dejar bien a los templarios. La Fève es el pueblo árabe el-Fuleh (ambos nombres significan La Judía [alubia]), a mitad de camino entre Jenin y Nazaret.

información sobre las fuerzas cristianas. El 1.° de julio cruzó el Jordán en Sennabra, y el 2 acampó con medio ejército en Kafr Sebt, en las colinas, cinco millas al oeste del lago, mientras sus tropas atacaban Tiberíades. La ciudad cayó en sus manos después de una hora de combate. Raimundo y sus hijastros estaban con el ejército del rey, pero la condesa Eschiva, después de enviar un mensajero a su marido para decirle lo que sucedía, resistió con su pequeña guarnición en el castillo.

Cuando llegaron las noticias de que Saladino había cruzado el Jordán, el rey Guido celebró consejo con sus barones en Acre. El conde Raimundo fue el primero en hablar. Señaló que bajo el atosigante calor de la canícula el ejército atacante se hallaba en desventaja. La estrategia que debía seguirse sólo podría ser de índole defensiva. Con el ejército cristiano invicto, Saladino no podría mantenerse con sus numerosas fuerzas durante mucho tiempo en un territorio calcinado. Después de algún tiempo tendría que retirarse. Entretanto llegarían los refuerzos de Antioquía. Los caballeros, en su mayoría, eran partidarios de seguir este consejo, pero tanto Reinaldo de Châtillon como el gran maestre Gerardo acusaron a Raimundo de ser un cobarde y de estar vendido a los sarracenos. El rey Guido se dejaba convencer siempre por el último que hablaba y dio órdenes al ejército para que saliera en dirección a Tiberíades.

En la tarde del 2 de julio los cristianos acamparon en Seforia. Era un sitio excelente para un campamento, con agua abundante y buenos pastos para los caballos. Si se hubiese quedado allí, como se quedaron cuatro años antes en las Piscinas de Goliat, Saladino nunca se habría arriesgado a atacarlos. Su ejército era casi tan numeroso como el suyo, y tenían la ventaja del terreno. Pero aquella noche llegó el mensajero de la condesa de Trípoli. Una vez más celebró Guido consejo en su tienda. El espíritu caballeresco de los guerreros se emocionó al imaginar a la gallarda dama resistiendo desesperadamente a orillas del lago. Sus hijos, con lágrimas en los ojos, pedían que su madre fuese socorrida. Otros se sumaron en apoyo de su petición. Entonces se levantó Raimundo. Repitió su discurso, igual que el de Acre, aunque infundiéndole aún mayor emoción. Demostró que era una locura abandonar la poderosa posición actual para hacer una marcha azarosa bajo el calor de julio por la árida ladera de la colina. Argumentó diciendo que Tiberíades era su ciudad, y la defensora, su mujer. Pero prefería perder Tiberíades y todo lo que contenía que perder el reino. Sus palabras resultaron convincentes. El Consejo se levantó a media noche, resolviendo permanecer en Seforia.

Cuando los barones se hubieron retirado a sus cuarteles, el gran maestre del Temple se deslizó hacia la tienda real. «Sire —dijo—,

¿estáis dispuesto a confiar en un traidor?» Era vergonzoso perder una ciudad que sólo estaba a seis leguas de distancia. Declaró que los templarios antes abandonarían su Orden que perder una ocasión de vengarse del infiel. Guido, que había sido sinceramente convencido por Raimundo una hora antes, vaciló y se dejó convencer ahora por Gerardo. Envió a sus heraldos por todo el campamento para anunciar que el ejército avanzaría al amanecer hacia Tiberíades.

El mejor camino de Seforia a Tiberíades pasaba algo al Nordeste, a través de las colinas de Galilea, y descendía hasta el lago una milla al norte de la ciudad. El otro camino llevaba al puente de Sennabra, donde un ramal bordeaba el lago en dirección norte. El campamento de Saladino se hallaba enfrente del camino de Sennabra, por el que había venido desde el otro lado del río. Es posible que traidores del campamento cristiano le informasen de que Guido había salido de Seforia por el camino norte. Por tanto trasladó su ejército unas cinco millas por las colinas hasta Hattin, donde el camino iniciaba la bajada hacia el lago. Era un aldea con muchos pastos y agua en abundancia. Allí se le unieron las tropas procedentes de Tiberíades, donde sólo quedaron las necesarias para el cerco del castillo.

La mañana del viernes 3 de julio se presentó calurosa, sin aire, cuando el ejército cristiano abandonó las verdeantes huertas de Seforia para avanzar sobre las yermas colinas. Raimundo de Trípoli, como señor del feudo, tenía derecho, por costumbre feudal, de mandar la vanguardia. El rey, mandaba el centro, y Reinaldo, con las órdenes, y Balian de Ibelin mandaban la retaguardia. No había agua a lo largo del camino. Pronto, los hombres y los caballos empezaron a sufrir terriblemente de sed. Su agotamiento hizo que la marcha fuera más lenta. Guerrilleros musulmanes atacaban continuamente a la vanguardia y a la retaguardia, disparando flechas contra ellos y escapando a caballo antes de que se pudiera hacer un contraataque. Hacia la tarde, los francos habían llegado a la planicie sobre Hattin. Frente a ellos se alzaba una colina rocosa con dos picos de unos cien pies, y al otro lado de ella había un brusco declive que llevaba al pueblo y al lago. Se llamaba los Cuernos de Hattin. Los templarios avisaron al rey de que ellos ya no podían seguir más aquel día. Algunos de los barones le pidieron que ordenase al ejército seguir adelante y abrirse paso luchando a través del lago. Pero Guido, conmovido por el cansancio de sus hombres, decidió detenerse durante la noche. Al saberlo, Raimundo retrocedió desde el frente, exclamando: «¡Oh, Dios mío, la guerra ha terminado, estamos muertos, el reino se ha acabado!» Siguiendo su consejo, estableció su campamento justo más allá de Lubieh, hacia la ladera de los Cuernos, donde había

una fuente, y todo el ejército se colocó en torno suyo. Pero el sitio había sido mal elegido, pues la fuente estaba seca.

Saladino, esperando con todos sus hombres en el verdeante valle, apenas podía disimular su gozo. Al fin había llegado su oportunidad.

Los cristianos pasaron la noche con angustia, escuchando las oraciones y cantos que llegaban de las tiendas musulmanas en la parte baja. Algunos soldados salieron del campamento en un vano intento de hallar agua, y fueron muertos por el enemigo. Para que sus sufrimientos fuesen mayores, los musulmanes incendiaron las escobas secas que cubrían la colina, y una humareda cálida empezó a invadir el campamento. Protegido por la oscuridad, Saladino cambió la posición de sus hombres. Cuando rompió el alba, el sábado 4 de julio, el ejército real estaba cercado. Ni un gato —dice el cronista— hubiese podido escapar de la red.

El ataque musulmán empezó inmediatamente después del amanecer. La infantería cristiana sólo tenía un pensamiento: agua. Formando una masa agitada, los cristianos intentaron lanzarse por la ladera abajo hacia el lago, que brillaba a lo lejos. Fueron contenidos en un otero, sin poder seguir por las llamas y por el enemigo. Muchos de ellos fueron degollados en seguida, otros muchos cayeron prisioneros, y su aspecto, cuando yacían heridos y con la boca tumefacta, era tan lamentable, que cinco caballeros de Raimundo se dirigieron a los jefes musulmanes pidiéndoles que los mataran a todos, para acabar con su angustia. Los jinetes en la colina lucharon con coraje soberbio y desesperado. Una carga tras otra de la caballería musulmana era rechazada con pérdidas, pero sus propias fuerzas iban menguando. Debilitados por la sed, les empezó a faltar el vigor. Antes de que fuese demasiado tarde, a petición del rey, Raimundo lanzó a sus caballeros en un intento de abrirse paso por las líneas musulmanas. Con todos sus hombres penetró a través de los regimientos mandados por Taki ed-Din. Pero Taki abrió sus filas para darles paso y las cerró tras ellos. No pudieron volver a reunirse de nuevo con sus compañeros y, por tanto, miserablemente, se alejaron del campo de batalla hacia Trípoli. Poco después Balian de Ibelin y Reinaldo de Sidón también se abrieron paso. Fueron los últimos en escapar.

No quedaba esperanza para los cristianos, pero aún siguieron combatiendo, retirándose de la colina hacia los Cuernos. La roja tienda del rey fue trasladada a la cima, y sus caballeros se reunieron en torno a él. El joven hijo de Saladino, al-Afdal, se hallaba al lado de su padre presenciando su primera batalla. Muchos años después tributó homenaje al valor de los francos. «Cuando el rey franco se había retirado al pico de la colina —decía—, sus caballeros lanzaron

una valiente carga y obligaron a los musulmanes a retroceder hacia mi padre. Yo observaba su descorazonamiento. Cambió de color y se mesó la barba, y luego se abalanzó hacia delante, gritando: '¡Adelante, como sea!' Entonces nuestros hombres cayeron sobre el enemigo, que se retiró hacia la colina. Cuando vi que los francos huían, exclamé con júbilo: 'Los hemos derrotado.' Pero volvieron a atacar y rechazaron otra vez a nuestros hombres hasta donde se hallaba mi padre. Nuevamente volvió a apremiar a los hombres a que avanzaran, y otra vez consiguieron hacer retroceder al enemigo hasta la colina. Yo exclamé entonces: 'Les hemos derrotado.' Pero mi padre se volvió hacia mí y dijo: 'Cállate. No les habremos derrotado mientras que esa tienda siga donde está ahora.' En aquel momento la tienda fue derribada. Entonces mi padre descendió del caballo y se inclinó a tierra, dando gracias a Dios, con lágrimas de alegría.»

El obispo de Acre había sido muerto. La Santa Cruz que había llevado a la batalla se hallaba en manos de un infiel. Sobrevivieron pocos caballos de los caballeros. Cuando los vencedores alcanzaron la cima de la colina, los caballeros, y entre ellos el rey, yacían en tierra, demasiado cansados para seguir combatiendo, y apenas con fuerzas para entregar sus espadas en señal de rendición. Sus jefes fueron trasladados a la tienda levantada en el campo de batalla para el sultán [25].

Allí Saladino recibió al rey Guido, su hermano, el condestable Amalarico, Reinaldo de Châtillon y su hijastro Hunfredo de Torón, el gran maestre del Temple, el anciano marqués de Montferrato, los señores de Jebail y Botrun, y muchos de los barones menores del reino. Les saludó generosamente. Sentó al rey cerca de él y, dándose cuenta de su sed, le ofreció una copa de agua de rosas, enfriada con nieves del monte Hermón. Guido bebió de ella y se la pasó a Reinaldo, que estaba a su lado. Por las leyes de la hospitalidad árabe, dar comida o bebida a un cautivo significa que su vida estaba a salvo; por eso, Saladino dijo rápidamente al intérprete: «Di al rey que es él quien da de beber a ese hombre, y no yo.» Después se volvió hacia Reinaldo, cuyo impío bandolerismo no podía perdonar, y le recordó sus crímenes, su traición, su blasfemia y su codicia. Cuando Reinaldo contestó con truculencia, Saladino empuñó su alfanje y le cortó la cabeza. Guido tembló, pensando que en seguida le tocaría a él lo mismo. Pero Saladino le tranquilizó: «Un rey no mata a otro rey —dijo—, pero la perfidia de ese hombre y su insolencia habían ido demasiado lejos.» Luego dio órdenes para que ninguno de los baro-

[25] Sobre las pruebas complicadas y contradictorias acerca de la campaña de Hattin, véase *infra*, apéndice II.

nes seculares sufrieran daño, sino, al contrario, que fuesen tratados con cortesía y respeto durante su cautiverio. En cambio no quería salvar a los caballeros de las órdenes militares, con excepción del gran maestre del Temple. Una banda de sufíes musulmanes fanáticos se había unido a sus tropas. Les encomendó que mataran a sus prisioneros templarios y hospitalarios. Realizaron su tarea con regodeo. Terminado el asunto, retiró su ejército de Hattin, y los cadáveres que había en el campo de batalla fueron pasto de los chacales y las hienas.

Los prisioneros se enviaron a Damasco, donde los barones quedaron cómodamente instalados y la gente humilde fue vendida en el mercado de esclavos. Había tantos que el precio de un solo prisionero bajó a tres denarios, y se podía adquirir una familia entera y saludable, marido, mujer, tres hijos y tres hijas, por ochenta denarios. Algún musulmán incluso pensaba que era una ganga cambiar un prisionero por un par de sandalias [26].

Los cristianos de Oriente habían sufrido desastres con anterioridad. Sus reyes y príncipes habían caído prisioneros alguna vez, pero sus capturadores fueron reyezuelos menores, y su ventaja no tenía importancia. En los Cuernos de Hattin el ejército más numeroso que el reino había reunido jamás hasta entonces quedó aniquilado. Se perdió la Santa Cruz. Y el vencedor era el señor de todo el mundo musulmán.

Destruidos sus enemigos, sólo le quedaba a Saladino ocupar las fortalezas de Tierra Santa. El 5 de julio, sabiendo que no podía llegarle ninguna ayuda, la condesa de Trípoli rindió Tiberíades a Saladino. Este la trató con los honores que se merecía la dama y le autorizó a trasladarse con su séquito a Trípoli [27]. Después situó el grueso de su ejército ante Acre. El senescal Joscelino de Courtenay, que mandaba la ciudad, sólo pensaba en su propia seguridad. Envió a un ciudadano llamado Pedro Brice para entrevistarse con Saladino cuando llegó ante las murallas el día 8, ofreciendo su rendición si garantizaba las vidas y los bienes de los habitantes. A muchos de la ciudad esta dócil rendición les pareció vergonzosa. Se produjo un breve tumulto en el que fueron incendiadas varias casas, pero se restableció el orden antes de que Saladino entrara en posesión formal de Acre, el día 10. Tuvo la esperanza de convencer a la mayoría de los mercaderes cristianos para que permaneciesen en la ciudad. Pero ellos temían por su porvenir y emigraron con todos sus bienes muebles. Los

[26] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 114-15; Kemal ad-Din (ed. por Blochet, págs. 180-1) da una versión un poco diferente, pero en el mismo sentido; Ernoul (págs. 172-4) refiere, poco más o menos, los mismos hechos.

[27] Ernoul, pág. 171; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 69; Abu Shama, págs. 266-7

inmensos almacenes de mercancías, sedas y metales, joyas y armas, que fueron abandonados, fueron distribuidos por los conquistadores entre sus soldados y compañeros, especialmente por al-Afdal, el joven hijo de Saladino, a quien fue entregada la ciudad. La gran fábrica azucarera fue saqueada por Taki ad-Din, para disgusto de Saladino [28]. Mientras éste permanecía en Acre, destacamentos de su ejército recibieron la sumisión de ciudades y castillos de Galilea y Samaria. En Nablus, la guarnición de Balian resistió durante algunos días y obtuvo condiciones honorables cuando se rindió, y el castillo de Torón se defendió durante dos semanas antes de que capitulara su guarnición. Hubo algunos otros focos de resistencia [29]. Entretanto, el hermano de Saladino, al-Adil, acudió desde Egipto y puso sitio a Jaffa. La ciudad no quiso entregarse, por lo que la tomó por asalto y envió a todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños, al cautiverio. Casi todos fueron a parar a los mercados de esclavos y a los harenes de Alepo [30].

Conquistada Galilea, Saladino ascendió por la costa fenicia. Los supervivientes de Hattin habían huido, en su mayoría, con Balian, a Tiro. La ciudad estaba bien guarnecida y las grandes murallas que la defendían desde tierra eran demasiado poderosas. Al fracasar su primer ataque, pasó de largo. Sidón se rindió sin combate el 29 de julio. Su señor, Reinaldo, huyó a su castillo inexpugnable de Beaufort, en el interior. Beirut intentó defenderse, pero capituló el 6 de agosto. Jebail lo hizo pocos días después, por orden de su señor, Hugo Embriaco, a quien Saladino dejó en libertad con esa condición. A fines de agosto los cristianos al sur de Trípoli sólo tenían Tiro, Ascalón, Gaza, algunos castillos aislados y la ciudad santa de Jerusalén [31].

En septiembre, Saladino apareció ante Ascalón, trayendo consigo a los dos cautivos principales que tenía, el rey Guido y el gran maestre Gerardo. Se le había dicho a Guido que su libertad podía ser comprada mediante la rendición de Ascalón, y a su llegada ante las murallas arengó a los ciudadanos diciéndoles que abandonaran la lucha. Gerardo unió su súplica a la de Guido, pero aquéllos les contestaron con insultos. Ascalón fue valientemente defendida. El sitio

[28] Ernoul, *loc. cit.*; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 70-1; Abu Shama, páginas 295-7; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 116; Ibn al-Athir, págs. 688-90.

[29] *Estoire d'Eracles,* II, pág. 68; *De Expugnatione,* págs. 31-4; Beha ed-Din, *loc. cit.* (únicamente menciona a Torón); Abu Shama, págs. 300-6; Ibn al-Athir, *loc. cit.*

[30] Ibn al-Athir, págs. 690-1. El mismo compró una esclava en el mercado de Alepo, una mujer joven, que había perdido a su marido, con seis hijos (pág. 691); *De Expugnatione,* pág. 229.

[31] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 116-17; Abu Shama, págs. 306-10; Ibn al-Athir, págs. 692-3; *De Expugnatione,* pág. 236.

costó a Saladino la vida de dos de sus emires. Pero el 4 de septiembre la guarnición se vio obligada a capitular. Se autorizó a los ciudadanos a salir con todos sus bienes muebles. Fueron escoltados por los soldados de Saladino hasta Egipto e instalados cómodamente en Alejandría, hasta que pudieron ser repatriados a tierras cristianas [32]. En Gaza, cuya guarnición templaria fue obligada por los estatutos de la Orden a obedecer al gran maestre, el mandato de que se rindieran, dado por Gerardo, fue llevado a efecto en seguida. A cambio de la fortaleza obtuvo la libertad [33]. El rey Guido, en cambio, siguió en prisión unos meses más, primero en Nablus y después en Laodicea. Se permitió a la reina Sibila que viniera desde Jerusalén a reunirse con él. Como Saladino esperaba, sin duda la puesta en libertad de los reyes, que se decretó en la primavera siguiente, contribuyó a la confusión de los cristianos [34].

El día en que las tropas de Saladino entraron en Ascalón hubo un eclipse de sol, y en la oscuridad, Saladino recibió a una delegación de ciudadanos de Jerusalén, a los que había convocado para discutir las condiciones de la rendición de la Ciudad Santa. Pero no hubo discusión. Los delegados se negaron a entregar la ciudad donde su Dios había muerto por ellos. Regresaron orgullosamente a Jerusalén, y Saladino juró tomarla por las armas. A Jerusalén había llegado un auxiliar inesperado, Balian de Ibelin, que se hallaba con los refugiados francos en Tiro, envió un emisario a Saladino con el fin de pedir un salvoconducto para Jerusalén. Su esposa, la reina María, se había retirado con sus hijos de Nablus a la capital, y Balian deseaba llevarlos consigo a Tiro. Saladino accedió a su petición con la condición de que sólo pasara una noche en la ciudad y que no llevase armas. Cuando llegó allí, Balian encontró al patriarca Heraclio y a los oficia-

[32] Ernoul, pág. 184; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 78-9; *De Expugnatione,* págs. 236-8; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* pág. 117; Ibn al-Athir, págs. 696-7.

[33] Abu Shama, págs. 312-13; Beha ed-Din, *loc. cit.;* Ibn al-Athir, pág. 697.

[34] Según Ernoul (págs. 175, 185), Sibila estuvo en Jerusalén hasta la víspera del sitio, y entonces le fue permitido marcharse a Nablus (pág. 185). Ibn al-Athir, pág. 703; *Estoire d'Eracles,* II, pág. 79, y el *Itinerarium Regis Ricardi,* págs. 21-23, dicen que Sibila estuvo en Jerusalén todo el tiempo que duró el sitio y después fue a Nablus sólo para una corta entrevista. Beha ed-Din *(P. P. T. S.,* pág. 143) refiere que Guido fue llevado a Tortosa por Saladino y puesto en libertad allí mientras Saladino estaba sitiando el Krak des Chevaliers. Esto ocurría en julio de 1188, pocos días antes de que Saladino tomara Tortosa. Posiblemente Tortosa (Antartus) es una equivocación de Beha ed-Din en lugar de decir Trípoli, pero la liberación de Guido tuvo lugar, sin duda, en julio de 1188. Ernoul, sin embargo (pág. 185), dice que Guido fue puesto en libertad en marzo de 1188, pero (pág. 252) la sitúa en la época en que Saladino estaba sitiando Trípoli (julio de 1188). El *Itinerarium* dice que Guido fue puesto en libertad en Tortosa, donde más tarde se le unió Sibila (pág. 25).

les de las órdenes intentando preparar la defensa de la ciudad, pero no había ningún jefe en el que el pueblo tuviera confianza. Todos pedían que Balian se quedase para mandarlos y no querían dejarle marchar. Profundamente apenado, Balian escribió a Saladino para explicarle la violación de su juramento. Saladino era siempre cortés con un enemigo a quien respetaba. No sólo perdonó a Balian, sino que envió una escolta para acompañar a la reina María, con sus hijos, su séquito y todos sus bienes, hasta Tiro [35]. Con ella iba el joven sobrino de Balian, Tomás de Ibelin, y el hijo menor de Hugo de Jebail. Saladino lloró al ver pasar, por su campamento, camino del destierro, a estos niños, herederos de una grandeza marchita.

En Jerusalén, Balian hizo lo que pudo. La población había crecido con los refugiados de todas las zonas vecinas, y pocos de ellos eran útiles como combatientes. Por cada hombre había cincuenta mujeres y niños. Sólo se hallaban dos caballeros en la ciudad, por lo que Balian armó caballero a todo muchacho mayor de dieciséis años nacido de familia noble y a treinta miembros de la burguesía. Mandó que grupos de hombres reunieran toda la comida que pudieran encontrar antes de que los ejércitos musulmanes cerraran el cerco. Se hizo cargo del tesoro real y del dinero que había mandado Enrique II para los hospitalarios. Incluso llegó a arrancar la plata que había en el tejado del Santo Sepulcro. Entregó armas a todos los que podían llevarlas.

El 20 de septiembre, Saladino acampó ante la ciudad e inició el ataque a las murallas norte y noroeste. Pero sus soldados tenían el sol de cara y las defensas eran demasiado poderosas. Después de cinco días trasladó su campamento. Durante un instante los defensores creyeron que había levantado el sitio, pero en la mañana del 26 de septiembre su ejército se había establecido en el monte de los Olivos, y sus zapadores, apoyados por sus jinetes, estaban minando la muralla cerca de la puerta de la Columna, no lejos del lugar por donde había penetrado en la ciudad Godofredo de Lorena ochenta y ocho años antes. Hacia el 29 del mismo mes había una enorme brecha en la muralla. Los defensores la guarnecieron lo mejor posible y lucharon furiosamente, pero eran demasiado pocos para resistir durante mucho tiempo contra las hordas enemigas. Los soldados francos quisieron hacer una salida desesperada y, de ser necesario, morir. Pero el patriarca Heraclio no tenía vocación de mártir. Si hacían la salida —afirmó— dejarían a sus mujeres y niños caer en esclavitud irremediable, y él no podía dar su bendición a un paso

[35] Ernoul, págs. 174-5, 185-7; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 81-4; *De Expugnatione,* pág. 238.

tan impío. Balian le apoyaba; comprendió la locura de sacrificar más vidas. El 30 de septiembre marchó él mismo al campamento enemigo para pedir condiciones a Saladino.

Saladino tenía la ciudad a su merced. Podía asaltarla en el momento en que quisiera, y dentro de la ciudad tenía muchos amigos en potencia. La soberbia de la Iglesia latina produjo siempre el resentimiento de los cristianos ortodoxos, que constituían la mayoría de la gente humilde de la ciudad. No había habido ningún cisma explícito. La familia real y la nobleza secular, excepto en Antioquía, habían mostrado afecto y respeto hacia el clero ortodoxo. Pero la jerarquía superior había sido exclusivamente latina. En los grandes santuarios de su fe, los cristianos nativos se vieron obligados a asistir a ceremonias cuya lengua y ritos les eran extraños. Recordaban con nostalgia los tiempos en que, gobernados por musulmanes justos, pudieron rendir culto como querían. El consejero secreto de Saladino para sus relaciones con los príncipes cristianos era un ortodoxo erudito de Jerusalén llamado José Batit. Este entró entonces en contacto con las comunidades ortodoxas de la ciudad, y ellas prometieron abrir las puertas a Saladino.

Su intervención no fue necesaria. Cuando Balian llegó ante la tienda, Saladino declaró que había jurado tomar Jerusalén por las armas y que sólo una rendición incondicional le desligaría de su juramento. Recordó a Balian las matanzas cometidas por los cristianos en 1099. ¿Por qué iba a obrar él de manera distinta? Mientras hablaba, ardía furiosa la batalla, y Saladino señaló que su estandarte había sido izado ya en la muralla de la ciudad. Pero poco después los musulmanes fueron rechazados, y Balian advirtió a Saladino que, a menos que diera condiciones honrosas, los defensores, en su desesperación, antes de morir destruirían todo lo que había en la ciudad, incluso los edificios en la zona del Templo, sagrados para los musulmanes, y que degollarían a todos los prisioneros musulmanes que tenían. Saladino, siempre que se reconociera su poder, estaba dispuesto a ser generoso, y deseaba que Jerusalén sufriera lo menos posible. Accedió a poner condiciones y ofreció que todo cristiano podía comprar su libertad por diez denarios los hombres, cinco las mujeres y uno los niños. Balian subrayó entonces que había 20.000 personas pobres en la ciudad que nunca podrían pagar tal cantidad. ¿No podría acordarse un tanto alzado facilitado por las autoridades cristianas que proporcionase la libertad a todos los cristianos? Saladino estaba dispuesto a aceptar 100.000 denarios por los 20.000. Pero Balian sabía que no se podía conseguir tanto dinero. Se decidió que por 30.000 denarios se pondrían en libertad 7.000. Siguiendo las órdenes de Balian, la guarnición depuso las armas, y el viernes, 2 de octubre, Sa-

ladino entró en Jerusalén. Era el día 27 del Rajab, el aniversario del día en que el Profeta, en su sueño, había visitado Jerusalén y fue elevado desde allí a los cielos.

Los vencedores se portaron con corrección y humanidad. Donde los francos, ochenta y ocho años antes, habían pasado a través de la sangre de sus víctimas, ni un edificio fue saqueado y ni una persona molestada. De acuerdo con los instrucciones de Saladino, patrullas de guardia dominaban las calles y las puertas, impidiendo cualquier ultraje a los cristianos. Entretanto, todos los cristianos se afanaban por hallar el dinero del rescate y Balian vació la tesorería para pagar los 30.000 denarios prometidos. Con mucha dificultad se consiguió que el Hospital y el Temple se desprendieran de sus riquezas, y el patriarca y el Capítulo sólo se preocupaban de sí mismos. Sorprendió a los musulmanes el ver a Heraclio pagando sus diez denarios por el rescate y saliendo de la ciudad inclinado bajo el peso del oro que llevaba consigo, seguido por los carros cargados de alfombras y vajillas. Gracias a los restos de la donación de Enrique II, los 7.000 pobres fueron libertados, pero muchos miles más habrían podido escapar de la esclavitud de haber sido más generosas las órdenes y la Iglesia. Pronto empezaron a salir de la ciudad dos riadas de cristianos: una, la de los rescatados por sí mismos o los esfuerzos de Balian; otra, la de los que no podían pagar y que iban hacia el cautiverio. Tan impresionante era el espectáculo que al-Adil se volvió hacia su hermano y le pidió un millar de prisioneros como premio a sus servicios. Se los adjudicó y él los puso en seguida en libertad. El patriarca Heraclio, encantado de hallar una manera tan fácil de hacer bien, pidió entonces que se le dieran algunos esclavos para ponerlos en libertad. Se le entregaron 700, y 500 a Balian. Después Saladino mismo anunció que pondría en libertad a todos los ancianos y ancianas. Cuando las damas francas que se habían rescatado a sí mismas llegaron a él, llorando, para preguntarle a dónde irían, pues sus esposos o padres habían sido muertos o hechos prisioneros, contestó con la promesa de poner en libertad a todos los esposos cautivos, y a las viudas y huérfanos les dio donativos de su propio tesoro, a cada cual según su condición social. Su generosidad y amabilidad se hallaban en raro contraste con los actos de los conquistadores cristianos de la primera Cruzada.

Algunos de sus emires y soldados fueron menos amables. Hubo historias de cristianos que habían sido pasados clandestinamente y disfrazados por musulmanes que luego les despojaban de todo cuanto poseían. Otros señores musulmanes decían que reconocían a los esclavos fugitivos y luego les imponían altas sumas de rescate para

dejarles marchar. Pero siempre que Saladino se enteraba de tales prácticas era implacable en el castigo [36].

La larga fila de refugiados avanzaba lentamente hacia la costa sin ser molestada por los musulmanes. Viajaban en tres grupos: el primero dirigido por los templarios, el segundo por los hospitalarios y el tercero por Balian y el patriarca. En Tiro, donde ya era excesivo el número de otros refugiados, sólo podían admitirse hombres útiles para la guerra. Cerca de Botrun, un barón nativo, Raimundo de Niphin, les robó muchos de sus bienes. Siguieron hasta Trípoli. También allí la ciudad estaba llena de refugiados anteriores, y las autoridades, escasas de comida, no querían admitir más y cerraron sus puertas contra ellos. Hasta no llegar a Antioquía no hallaron lugar tranquilo, e incluso allí tampoco se les dejó entrar de buena gana en la ciudad. Los refugiados de Ascalón tuvieron más suerte. Cuando los capitanes de barcos mercantes italianos se negaron a llevarlos a puertos cristianos si no se les pagaban fuertes sumas, el gobierno egipcio no autorizó la salida de los barcos hasta que éstos admitieron gratuitamente el pasaje [37].

Los cristianos ortodoxos y los jacobitas se quedaron en Jerusalén. Todos tenían que pagar oficialmente un impuesto de capitación además de su rescate, aunque muchas gentes pobres fueron exceptuadas del pago. Los ricos compraron muchas propiedades que quedaron sin dueño a raíz de la marcha de los francos. El resto fue comprado por musulmanes y judíos a los que Saladino animó a establecerse en la ciudad. Cuando llegó a Constantinopla la noticia de la victoria de Saladino, el emperador Isaac el Angel le envió una embajada para felicitarle y para pedir que los Santos Lugares cristianos volvieran a manos de la Iglesia ortodoxa. Después de una breve tardanza accedió a la petición. Muchos de los amigos de Saladino le habían apremiado a destruir la iglesia del Santo Sepulcro. Pero él subrayó que era el lugar, y no el edificio, lo que veneraban los cristianos, y éstos seguirían deseando hacer peregrinaciones al lugar sagrado. Saladino tampoco quería impedirlo. En realidad, la iglesia sólo estuvo cerrada

[36] Ernoul, págs. 174-5, 211-30, la versión más completa y auténtica; Ernoul estaba con Balian en Jerusalén. *Estoire d'Eracles,* II, 81-99; *De Expugnatione,* págs. 241-51, una versión suministrada por un testigo ocular que fue herido durante el sitio y que desaprobaba la rendición; Abu Shama, págs. 320-40; Beha ed-Din, *P. P. T. S.,* págs. 118-20; Ibn al-Athir, págs. 699-703. La historia de José Batit aparece en *The History of the Patriarchs of Alexandria,* página 207, una fuente copta hostil. El autor añade que los cristianos ortodoxos lamentaron la capitulación, porque les hubiera gustado asesinar a los francos.

[37] Ernoul, págs. 320-4; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 100-3.

durante tres días. Luego fueron admitidos los peregrinos francos mediante el pago de una cierta cantidad [38].

Los refugiados cristianos no salieron de la ciudad antes de que se desmontara la cruz de la Cúpula del Peñasco y se hubiesen eliminado todos los signos del culto cristiano, y hasta que la mezquita de al-Aqsa quedó libre de los rastros de la ocupación de los templarios. Ambos edificios fueron rociados con agua de rosas y dedicados nuevamente al culto del Islam. El viernes, 9 de octubre, Saladino asistió en la mezquita, con una enorme muchedumbre, a una acción de gracias al Señor [39].

Con la reconquista de Jerusalén, Saladino había llevado a cabo el deber principal para con su fe. Pero quedaban aún algunas fortalezas francas que había que reducir. Madama Estefanía de Transjordania se hallaba entre los cautivos rescatados de Jerusalén, y había pedido a Saladino que pusiera en libertad a su hijo Hunfredo de Torón. Accedió a condición de que se rindieran sus dos grandes castillos. Hunfredo salió de la prisión para reunirse con ella, pero ni en Kerak ni en Montreal querían las guarniciones obedecer las órdenes de rendición. No habiendo podido cumplir lo tratado, devolvió a su hijo como cautivo. Su honrado gesto agradó a Saladino, que puso a Hunfredo en libertad pocos meses más tarde. Entretanto, al-Adil y el ejército egipcio sitiaron Kerak. El sitio se prolongó más de un año. Durante muchos meses, los defensores estuvieron próximos a la inanición. Sus mujeres y niños fueron sacados del castillo para que se defendieran por sí mismos; algunas de las mujeres fueron incluso vendidas por los hombres a los beduinos a cambio de comida. Hasta que no fue sacrificado el último caballo de la fortaleza no se rindió el castillo, a fines de 1188. Montreal, menos estrechamente atacado, resistió algunos meses más [40].

Más al Norte, el castillo templario de Safed se rindió el 6 de diciembre de 1188, después de un bombardeo muy fuerte que duró un mes, y los hospitalarios de Belvoir, el fuerte que dominaba el valle del

[38] Para el destino de los cristianos nativos, véase Bar-Hebraeus, trad. de Budge, págs. 326-7; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 198-201, refiere el cambio de embajadas entre Saladino y el Emperador. Maqrisi, ed. por Blochet, *Revue de l'Orient Latin*, vol. IX, pág. 33, narra el cierre temporal del Santo Sepulcro. Acerca de los judíos, véase Schwab, «Al-Harizi», en *Archives de l'Orient Latin*, I, pág. 236.

[39] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 120; Ibn al-Athir, págs. 704-5; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 104; Ernoul, págs. 234-5; *De Expugnatione*, págs. 250-1; Ibn Khallikan, II, págs. 634-41, refiere el incitante sermón predicado por el principal cadí de Alepo, en la primera ceremonia celebrada en la mezquita al-Aqsa.

[40] Ernoul, pág. 187; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 122; Abu Shama, página 382; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 139, 143.

Jordán, siguieron su ejemplo un mes después. El Château Neuf de Humin había sido ocupado algún tiempo antes. Beaufort, donde se había refugiado Reinaldo de Sidón, se salvó mediante su diplomacia. Era un hombre culto, con apasionado interés por la literatura árabe. Fue a la tienda de Saladino manifestando que estaba dispuesto a rendir su castillo y retirarse a Damasco si se le permitía que durante tres meses arreglase sus asuntos. Incluso insinuó que podría llegar a abrazar el Islam. Tan cautivadora era su conversación, que Saladino se convenció de su buena fe, descubriendo demasiado tarde que la tregua concedida había servido para reforzar las defensas del castillo. Entretanto, Saladino se había trasladado a los territorios de Trípoli y Antioquía [41].

Raimundo de Trípoli murió hacia fines de 1187. Poco después de su huida de Hattin cayó enfermo de pleuresía, aunque se pensó que su enfermedad era debido a melancolía y vergüenza. Muchos de sus contemporáneos le consideraban un traidor egoísta que había contribuido a arruinar el reino, pero Guillermo de Tiro y Balian de Ibelin eran amigos suyos y defensores. Su verdadera tragedia fue la tragedia de todos los colonos francos de la segunda y tercera generaciones, que, por temperamento y por razones políticas, estaban dispuestos a convertirse en parte integrante del mundo oriental, pero que, a causa del fanatismo de sus hermanos occidentales recién llegados, se veían obligados a tomar partido, y, en última instancia, no podían sino inclinarse del lado de sus hermanos de religión, los cristianos. No tuvo hijos, por lo que legó su condado a su ahijado Raimundo, hijo de uno de sus parientes varones más próximos, el príncipe Bohemundo de Antioquía, pero estipuló que, si viniera un miembro de la casa de Tolosa a Oriente, el condado debería ser para este último. Bohemundo aceptó la herencia para su hijo; luego sustituyó al titular por su hermano más joven, Bohemundo, por miedo a que Antioquía y Trípoli juntas fuesen más de lo que pudiese defender un hombre solo [42].

En efecto, pronto quedó muy poco de la herencia. El 1.° de julio de 1188 Saladino barrió el Buqaia con fuerzas de refresco procedentes de Sinjar. Pasó de largo por la fortaleza de los hospitalarios en

[41] Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 122-3, 138-41, 142-3. Conoció a Reinaldo y lo encontró encantador; Abu Shama, págs. 395-400; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, pág. 191.

[42] Relatan la muerte de Raimundo, sin decir fecha exacta, la *Estoire d'Eracles*, pág. 72, donde figuran los arreglos para la sucesión, según Imad ed-Din (en Abu Shama, pág. 284) y Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 114. Los autores árabes dicen que murió de pleuresía. Acerca de su comportamiento en Hattin, véase *infra*, apéndice II. Benedicto de Peterborough refiere que fue hallado muerto en su lecho (II, pág. 21).

el Krak, que consideraba demasiado poderosa para ser atacada. Avanzó hacia Trípoli, pero ante la llegada a ese puerto de la flota del rey de Sicilia desistió del ataque. Se volvió hacia el Norte. En Tortosa asaltó la ciudad, pero el castillo de los templarios resistió. Siguió atacando bajo las murallas de Marqab, donde los hospitalarios intentaron cerrarle el paso. Jabala se rindió el viernes, 15 de julio; Laodicea, el viernes, 22. Laodicea había sido una ciudad encantadora, con sus iglesias y palacios de época bizantina. El cronista musulmán Imad ed-Din, que estaba con el ejército, lloraba cuando la vio saqueada y en ruinas. Desde Laodicea, Saladino se volvió hacia el interior en dirección a Sahyun. El enorme castillo de los hospitalarios se consideró como inexpugnable, pero después de algunos días de feroz combate fue tomado por asalto el viernes, 29 de julio. El viernes, 12 de agosto, la guarnición de Bakas-Shoqr, aunque su castillo se hallaba bien protegido por hondos barrancos, se rindió al no recibir ninguna ayuda procedente de Antioquía. El viernes 19 cayó la ciudad de Sarminya. Pocos días después, el 23, capituló Burzey, el castillo más meridional de la zona del Orontes. Su jefe se casó con la hermana de la espía de Saladino, la princesa de Antioquía. El y su esposa obtuvieron la libertad. El 16 de septiembre, la fortaleza templaria de Darbsaq, en las montañas Amánicas, se rindió también; el 26 lo hizo el castillo de Baghras, que dominaba el camino desde Antioquía a Cilicia [43]. Pero el ejército de Saladino estaba ahora cansado y las tropas de Sinjar querían regresar a sus casas. Cuando el príncipe Bohemundo pidió una tregua que reconocía todas las conquistas musulmanas, Saladino se la concedió. Pensó que podía liquidar su tarea en cualquier momento en que le pareciese oportuno. Pues todo lo que le había quedado a Bohemundo fueron sus dos capitales de Antioquía y Trípoli y el puerto de San Simeón, mientras los hospitalarios conservaron Marqab y el Krak y los templarios Tortosa [44].

Pero más al Sur había otra ciudad que Saladino no había conquistado, y ahí estuvo su gran error. Los barones refugiados de Palestina se hallaban entonces apiñados en Tiro, la ciudad más fuerte de la costa, unida al continente sólo por una estrecha y arenosa península, a través de la cual se había construido una gran muralla. Si Saladino hubiese lanzado un ataque contra Tiro tan pronto como fue

[43] Ernoul, págs. 252-3; *Estoire d'Eracles*, II, pág. 122; Abu Shama, páginas 356-76; Betha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 125-38; Kemal ad-Din, ed. por Blochet, págs. 187-90; Ibn al-Athir, págs. 726-9; Abu Shama, págs. 361-2, cita la descripción que Imad ed-Din hace de Laodicea y el saqueo de esta ciudad.

[44] Ibn al-Athir, págs, 732-3; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, pág. 137. La tregua había de durar siete meses.

suya Acre, ni siquiera esa muralla le habría detenido. Pero se retrasó demasiado. Reinaldo de Sidón, que mandaba entonces la ciudad, negociaba la rendición, y Saladino había enviado incluso dos banderas suyas para izarlas en la ciudadela, cuando el 14 de julio de 1187, diez días después de la batalla de Hattin, entró un barco en el puerto. A bordo se hallaba Conrado, hijo del viejo marqués de Montferrato y hermano del primer marido de la reina Sibila. Había fijado su residencia en Constantinopla, pero se vio complicado en un asesinato, por lo que zarpó secretamente con un grupo de caballeros francos para hacer una peregrinación a los Santos Lugares. No sabía nada de los desastres de Palestina y puso rumbo a Acre. Cuando su barco se hallaba en aguas del puerto, el capitán se sorprendió de no oír la campana que se tocaba cuando un barco estaba a la vista. Presintió que algo no estaba en orden y no echó el ancla. Pronto apareció una chalupa con un funcionario musulmán del puerto, y Conrado, fingiéndose un mercader, preguntó qué sucedía, y se le dijo que Saladino había tomado la ciudad cuatro días antes. Su horror ante la noticia provocó la sospecha del musulmán, pero antes de que pudiera dar la alarma el barco salió rumbo a Tiro. Fue recibido allí como libertador y encargado de la defensa de la ciudad. Rechazó las condiciones de paz de Saladino y arrojó sus banderas al foso. Comprendió que la ciudad podía defenderse hasta que llegara ayuda de Occidente, y tenía confianza de que, ante la noticia de la caída de Jerusalén, la ayuda llegaría con toda seguridad. Cuando se presentó Saladino, pocos días después, delante de Tiro la defensa le pareció demasiado poderosa. El caudillo musulmán trajo consigo, desde Damasco, al viejo marqués de Montferrato y le exhibió frente a las murallas, amenazando con matarle si no se rendía la ciudad, pero el amor filial de Conrado no era tan fuerte como para desligarle de las obligaciones de un guerrero cristiano. No se inmutó, y Saladino, con su acostumbrada benevolencia, perdonó la vida al anciano. Levantó el sitio y marchó sobre Ascalón. Cuando volvió a presentarse en las puertas de Tiro, en noviembre de 1187, encontró fortificaciones mucho más sólidas que antes, al par que la ciudad había recibido algunos refuerzos navales y terrestres; la estrechez del terreno impidió a Saladino el empleo de sus hombres y sus catapultas para conseguir alguna ventaja. Diez barcos musulmanes se trasladaron desde Acre, pero el 29 de diciembre cinco de ellos fueron capturados por los cristianos, y un ataque simultáneo contra las murallas fue también rechazado. En un consejo de guerra Saladino hizo caso de los emires, que le señalaron que sus tropas necesitaban descanso. El invierno se presentaba húmedo y frío y reinaba malestar en el campamento. El día de Año Nuevo de 1188 Saladino licenció a la mitad de su ejército y se retiró

para conquistar las fortalezas del interior. La energía y la confianza de Conrado salvaron a la ciudad y también la continuidad del reino cristiano [45].

Saladino lamentaría después con honda amargura su fracaso en la conquista de Tiro. Pero sus éxitos habían sido ya inmensos. Prescindiendo de si sus triunfos eran consecuencia de la inevitable respuesta del Islam al reto de los francos intrusos, o de la política de largo alcance de sus predecesores, o de las querellas y locuras de los francos mismos, o resultado de su propia personalidad, lo cierto es que Saladino dio pruebas de vigor y ánimo orientales. En los Cuernos de Hattin y en las puertas de Jerusalén vengó la humillación de la primera Cruzada y demostró cómo celebra su victoria un hombre de honor.

[45] Ernoul, págs. 179-83, 240-4; *Estoire d'Eracles*, II, págs. 74-8, 104-10; *Itinerarium Regis Ricardi*, págs. 18-19; Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 120-2; Ibn al-Athir, págs. 694-6, 707-12.

APENDICES

Apéndice 1

FUENTES PRINCIPALES PARA LA HISTORIA DEL ORIENTE LATINO (1100-1187)

1. *Fuentes griegas*

Los historiadores griegos sólo se ocupan de los latinos en Oriente cuando se produce un contacto directo entre ellos y Bizancio. Hasta 1118, la *Alexiada,* de Ana Comneno, es aún la fuente griega más importante, aunque la sucesión de los acontecimientos en su versión de los asuntos francos es bastante confusa [1]. Para los reinados de Juan y Manuel Comneno, las dos fuentes esenciales son las historias de Juan Cinnamus y Nicetas Acominatus, o Choniates. El primero fue secretario de Manuel Comneno y escribió su obra inmediatamente después de la muerte de Manuel. Su relato del reinado de Juan es algo superficial, pero se ocupa minuciosamente y con autoridad del de Manuel. Aparte de algunos ligeros prejuicios patrióticos, es un historiador sobrio en el que se puede confiar [2]. Nicetas escribió a principios del siglo XIII, y se extiende desde el reinado de Juan hasta después de la conquista latina de Constantinopla. Su historia es totalmente independiente de la de Cinnamus. Desde la segunda mitad del reinado de Manuel describe acontecimientos que vivió personalmente, y a pesar de un estilo superretórico y una tendencia a moralizar, es exacto y digno de confianza [3]. Ninguna otra fuente griega

[1] Véase *supra,* vol. I, págs. 306-320.
[2] Publicado en el *Corpus* de Bonn.
[3] Publicado en el *Corpus* de Bonn.

es de mayor importancia [4], excepto un relato, interesante aunque bastante vago, de una peregrinación a Palestina en 1178 realizada por un cierto Juan Focas [5].

2. *Fuentes latinas*

Para la historia primitiva de los estados cruzados nuestras fuentes principales son los historiadores de la primera Cruzada, sobre todo Fulquerio de Chartres [6] y Alberto de Aix [7], y en menor grado Radulfo de Caen [8], Ekkehard de Aura [9] y Caffaro [10]. He analizado estos extremos en el primer volumen de esta historia. Debe añadirse que para el período comprendido entre 1100 y 1119, que es cuando acaba, la *Historia,* de Alberto, puede considerarse como una fuente fidedigna y concienzuda. No se sabe de dónde obtuvo su información, pero siempre que se puede confrontar con las fuentes sirias es confirmada por éstas.

Para la historia antioquena del período 1115-1122 hay una obra breve llamada *De Bello Antiocheno,* de Gualterio el Canciller, que fue probablemente canciller del príncipe Roger. Es una obra sin pretensiones, llena de información útil sobre la historia e instituciones de Antioquía en la época [11].

Desde 1127, año en que Fulquerio concluye su obra, hasta la última década antes de la conquista de Jerusalén por Saladino, la única fuente latina importante es la *Historia Rerum in Partibus Transmarinis Gestarum,* de Guillermo de Tiro, que abarca el período de 1095 a 1184 [12]. Guillermo nació en Oriente, poco antes de 1130. Probablemente aprendió el árabe y el griego siendo niño, y después marchó a Francia para completar su educación. Poco después de su regreso a

[4] Zonaras resulta aún útil para los primeros años del siglo. Véase *supra,* volumen I, pág. 307. La crónica en verso de Manasses proporciona un material escaso y sin importancia (publicada en el *Corpus* de Bonn). Los importantes poemas de Prodromus están publicados en *Recueil des Historiens des Croisades.*

[5] Traducido en *Palestine Pilgrims' Text Society,* vol. V.

[6] Véase *supra,* vol. I, pág. 308.

[7] Véase *supra,* vol. I, pág. 310.

[8] Véase *supra,* vol. I, pág. 310.

[9] Véase *supra,* vol. I, pág. 309.

[10] Véase *supra,* vol. I, pág. 311.

[11] Ed. en el *Recueil.*

[12] Ed. en el *Recueil.* Véase *supra,* vol. I, págs. 311-2. Sobre la cronología de Guillermo, véase Stevenson, *Crusades in the East,* págs. 361-71, un análisis completo y autorizado.

Palestina, hacia 1160, fue nombrado archidiácono de Tiro y canciller del reino de 1170 a 1174. También fue tutor del futuro Balduino IV. En 1175 fue nombrado arzobispo de Tiro. En 1183, después de su fracaso en conseguir el patriarcado, se retiró a Roma, donde murió antes de 1187. Empezó a escribir su *Historia* en 1169 y había terminado los primeros 13 libros hacia 1173. Se llevó toda la obra a Roma y se hallaba aún trabajando en ella en el momento de su muerte. Para su relato de la primera Cruzada, Guillermo se fio principalmente de Alberto y, en menor medida, de Raimundo de Aguilers, de la versión de Baudri de los *Gesta* y de Fulquerio. Desde 1100 a 1127 Fulquerio es su fuente principal, aunque también utilizó a Gualterio el Canciller. Sus únicas adiciones a estos autores son anécdotas personales sobre los reyes e información sobre las iglesias orientales y sobre Tiro. Para el período de 1127 hasta su regreso a Oriente, dependió de los archivos del reino y de una perdida *Crónica* esquemática de los reyes. En consecuencia, su información acerca de la Siria del Norte es a veces poco de fiar. Desde la década de 1160 en adelante tuvo un conocimiento íntimo, personal y penetrante de los acontecimientos y actores que describía. Sus fechas son confusas y a veces probadamente erróneas. Es probable que fueran agregadas a su manuscrito por un copista primitivo. Guillermo es uno de los más grandes historiadores medievales. Tenía sus prejuicios, tales como su disgusto frente al control secular de la Iglesia, pero es moderado en sus palabras sobre sus enemigos personales, como el patriarca Heraclio e Inés de Courtenay, ambos merecidamente censurados por él. Comete errores cuando su información es inadecuada. Pero tenía una amplia visión; comprendió el significado de los grandes acontecimientos de su época y la secuencia de causas y efectos en la historia. Su estilo es directo y no carece de humor. Su obra deja la impresión de que se trata de un hombre sabio, honrado y simpático. Su obra principal, una *Historia de Oriente,* basada en la historia árabe de Said ibn Bitriq, desgraciadamente se ha perdido, aunque fue utilizada por historiadores del siglo siguiente, tales como Jacobo de Vitry.

Una continuación latina de la *Historia* de Guillermo de Tiro fue escrita en Occidente en 1194, con adiciones posteriores [13]. Es una obra sobria y objetiva, basada probablemente en una obra perdida que es también la base del primer libro del *Itinerarium Regis Ricardi,* que abarca los años desde 1184 hasta la tercera Cruzada [14]. Las continuaciones en francés antiguo presentan un problema mayor. Hacia me-

13 Ed. por M. Salloch.
14 El *Itinerarium* está publicado en las Rolls Series, ed. por Stubbs.

diados del siglo XIII la *Historia* de Guillermo fue traducida por un súbdito del rey francés. Parafraseó algunos fragmentos e incluyó comentarios de valor dudoso. Agregó una continuación que se extiende bastante hasta el siglo XIII. Debido a sus palabras iniciales esta obra es conocida generalmente como la *Estoire d'Eracles*. Hacia la misma época, un cierto Bernardo el Tesorero escribió en Oriente una continuación hasta el año 1128 atribuida a Ernoul, que fue escudero de Balian de Ibelin. Estas dos traducciones están estrechamente relacionadas y se hallan en gran número de manuscritos, los cuales, sin embargo, contienen variaciones que pueden dividirse en tres grupos para el período 1184 a 1198. Es imposible decir cuál es el manuscrito original, ya que cada grupo contiene episodios no mencionados en ninguno de los otros. La solución más probable es que todos ellos procedan para este período de una obra perdida escrita por el propio Ernoul. Ernoul suministró evidentemente la versión de primera mano de los acontecimientos del 1.° de mayo de 1187, que se encuentran en Ernoul editado por Bernardo; y todo el grupo demuestra un interés por los Ibelin y da muchas descripciones de testimonio ocular que encajan con que el autor sea uno del séquito de Ibelin. Estas continuaciones son en conjunto fuentes fidedignas, aunque no objetivas. Ernoul parece haber sido un cronista cuidadoso siempre que se lo permitiera su parcialidad a favor de Ibelin. La cronología de los pasajes primitivos es desordenada. Parecen constar de observaciones y memorias inconexas [15].

La conquista de Palestina por Saladino se describe también en un breve *Libellus De expugnatione Terrae Sanctae per Saladinum*, atribuido a veces a Rodolfo de Coggeshall y casi con seguridad escrito por un inglés pocos años después del acontecimiento que describe. El autor muestra admiración por las órdenes militares, sobre todo por la del Temple, cuyos desafueros silencia con prudencia, aunque al mismo tiempo se muestra amistoso hacia Raimundo de Trípoli. Incluye un relato de testimonio ocular sobre el sitio de Jerusalén, suministrado por un soldado que fue herido durante el sitio [16].

Hay algunas historias tardías del reino que dan otra información, especialmente la *Historia Regni Hierosolymitani*, una continuación de Caffaro, los *Annales de la Terre Sainte* y una breve *Historia Regum Hierosolymitanorum* [17]. La historia de la segunda Cruzada se

[15] La *Estoire d'Eracles* está editada en el *Recueil*. A Ernoul lo editó Mas Latrie. Para un análisis de todo el problema, véanse las introducciones de Mas Latrie a Ernoul y Cahen, *La Syrie du Nord*, págs. 21-4.

[16] Ed. por J. Stevenson en las Rolls Series.

[17] La *Historia Regni Hier.* está publicada en *M. G. H. Ss.*; los *Annales*

trata totalmente en *De Ludovici VII profectione in Orientum,* de Odón de Deuil, y es un relato vivo y lleno de prejuicios de un participante en la expedición de Luis hasta Attalia, y más brevemente en los *Gesta Friderici,* de Otón de Freisingen, también participante, y en la vida de Luis VII de Sugerio [18]. El poema de Ambrosio *L'Estoire de la Guerre Sainte,* igual que el *Itinerarium Regis Ricardi,* aunque se ocupa de la tercera Cruzada, da información retrospectiva [19].

Muchos cronistas occidentales tienen pasajes de importancia referentes al Oriente latino, así los ingleses Guillermo de Malmesbury, Benedicto de Peterborough y los historiadores de la tercera Cruzada; los franceses Sigeberto de Gembloux y sus continuadores, y Roberto de Torigny; los italianos Romualdo y Sicardo de Cremona, y otros [20]. El más importante es el normando Orderico Vital, cuya *Crónica,* que termina en 1138, está llena de información sobre Ultramar, especialmente sobre la Siria del norte. Es probable que Orderico tuviera amigos o parientes entre los normandos de Antioquía. Muchos de sus relatos son evidentemente leyendas, pero la mayor parte de sus noticias es convincente y no se encuentra en otras partes [21].

De las cartas coetáneas importantes el grupo principal se halla contenido en la correspondencia papal. La correspondencia entre Luis VII y Conrado III aclara aspectos de la segunda Cruzada [22]. Nos han llegado algunas cartas escritas por distinguidos latinos en Oriente [23]. Los archivos de tres establecimientos eclesiásticos en Oriente han sobrevivido, los del Santo Sepulcro y los de las abadías de Santa María de Josafat y de San Lázaro. Los archivos de la Orden del Hospital se hallan casi completos, pero los del Temple sólo se conocen por raras e indirectas referencias. Hay también un cierto número de informes seculares que se refieren a la transferencia de tierras en los estados francos [24]. Los archivos vaticanos dan alguna información adicional, y se pueden obtener datos acerca de los asuntos comerciales en los ar-

de la Terre Sainte están editados por Röhricht en *Archives de l'Orient Latin,* y la *Historia Regum,* en Kohler, *Mélanges.*

18 El libro de Odón, o Eudes, de Deuil ha sido editado recientemente por Waquet, y los *Gesta,* de Otón de Freisingen, por Hofmeister, en *M. G. H. Ss.,* nuevas series. No existe una buena edición de la obra de Sugerio.

19 Ambrosio está editado por G. Paris. Existe una traducción inglesa de Hubert y La Monte, con útiles notas.

20 Sobre ediciones de estos cronistas, véase bibliografía, *infra.*

21 La mejor edición de Orderico es todavía la de Le Prévost.

22 Publicado en *R. H. F.* y en *Wibaldi Epistolae* (Jaffé, *Bibliotheca),* respectivamente.

23 Están publicadas, en su mayoría, en *R. H. F.* Otras se encuentran en diversas crónicas.

24 Véase bibliografía, *infra,* para los *Cartulaires.* La mayor parte están resumidos en la *Regesta* de Röhricht.

chivos de Pisa, Venecia y Génova [25]. Los *Assises* de Jerusalén, escritos más tarde, contienen *assises* específicos que datan del siglo XII [26].

Dos viajeros que visitaron Palestina durante el siglo XII, Saewulf, que fue probablemente un inglés que visitó el país en 1107, y el alemán Juan de Wurzburgo, que estuvo allí hacia 1175, nos han dejado relatos interesantes [27].

3. *Fuentes árabes*

Entrado el siglo XII las fuentes árabes coetáneas aumentan en número. Para la primera parte del siglo dependemos de Ibn al-Qalanisi [28] para los asuntos damascenos, de al-Azimi [29] para la Siria del norte y de una obra algo confusa de Ibn al-Azraq [30] para el Jezireh, aparte de citas procedentes de crónicas perdidas dadas por escritores posteriores. Tenemos, sin embargo, las inestimables memorias de Usama ibn Munquidh [31]. Usama era un príncipe de Shaizar, nacido en 1095. Fue desterrado cuarenta y tres años después, a consecuencia de una intriga familiar, y pasó el resto de sus noventa y tres años de vida principalmente en Damasco, con estancias en Egipto y en Diarbekir, y, aunque, como intrigante total, para él la lealtad personal nada significaba, era un hombre de gran encanto e inteligencia, un soldado, deportista y hombre de letras. Sus recuerdos, titulados *Instrucciones por ejemplos*, no tienen un orden cronológico y son las memorias no comprobadas de un anciano, aunque dan una imagen extraordinariamente vívida de la vida entre los aristócratas árabes y francos de su época. Casi tan animados son los viajes del español Ibn Jubary, que pasó por el reino de Jerusalén en 1181 [32].

La carrera de Saladino dio origen a una vasta producción biblio-

[25] Las cartas papales se encuentran en *M. P. L.* Los archivos italianos no han sido publicados totalmente. Para un resumen de las publicaciones existentes, véase Cahen, *op. cit.*, págs. 3-4.

[26] Los *Assises* están publicados en el *Recueil.* Para un análisis, véase La Monte, *Feudal Monarchy,* págs. 97-100, y Grandclaude, *op. cit.*, *passim.*

[27] Ed. y traducido al inglés en *P. P. T. S.*, vols. IV y V.

[28] Véase *supra,* vol. I, pág. 312.

[29] Véase *supra,* vol. I, pág. 312.

[30] No publicado por completo. Cahen, en *Journal Asiatique,* 1935, analiza extractos importantes.

[31] Para Usama utilizo la traducción de Hitti *(An Arab-Syrian Gentleman),* basada en un estudio más cuidadoso del texto original que la versión de Derenbourg.

[32] El texto completo de Ibn Jubayr, ed. por Wright, fue publicado hace cerca de cien años en Leyden. Se encuentra en curso de publicación una traducción al francés por Gaudefroy-Demonbynes, y en breve se publicará una traducción al inglés por R. Broadhurst. El *Recueil* recoge fragmentos.

gráfica, cuyos autores más importantes son Imad ed-Din [33], de Isfahan; Beha ed-Din Ibn Shedad [34], y el autor anónimo del *Bustan*, el *Jardín general de todas las historias de los tiempos* [35]. Imad ed-Din fue un funcionario seléucida en el Iraq que pasó al servicio de Nur ed-Din y sirvió como secretario, desde 1173, a Saladino. Escribió bastantes obras, entre ellas una *Historia* de los seléucidas y una relación de las guerras de Saladino. La última fue reproducida casi por completo por Abu Shama y es la fuente más autorizada para la biografía de Saladino. Su lenguaje es particularmente recargado, complejo y difícil. Beha ed-Din era también miembro de la comitiva de Saladino, a la que se unió en 1188. Su *Vida de Saladino,* escrita en un estilo sencillo y conciso, se basa principalmente en relatos orales y en algunos recuerdos de Saladino hasta dicha fecha. A partir de entonces su historia posee tanta autoridad como la de Imad ed-Din. El *Bustan* fue escrito en Alepo en 1196-7. Es casi una historia del Islam, sencilla y resumida, tratando sobre todo de Alepo y Egipto, pero contiene información que sólo se encuentra, si no, en la historia posterior y más completa de Ibn abi Tayyi. Ambas pueden proceder de una fuente chiita perdida. Los otros cronistas coetáneos, al-Fadil, as-Shaibani e Ibn ad-Dahhan, sólo se conocen por las citas [36].

El más grande historiador del siglo XIII es Ibn al-Athir de Mosul, que nació en 1160 y murió en 1233. El *Kamil at-Tawarikh,* o *Compendio Histórico,* es una historia del mundo musulmán, para la cual realizó minuciosas selecciones críticas de autores anteriores y coetáneos. Para la primera Cruzada y los principios del siglo XII sus comentarios son más bien breves. Para el final del siglo se basa principalmente en escritores del séquito de Saladino, aunque agrega algunos recuerdos personales. Para mediados del siglo, de los que no se ocupa ningún historiador musulmán importante, parece haber utilizado material original. Su cronología es deficiente; no cita sus fuente y a menudo altera sus versiones, sobre todo para adaptarlas a sus prejuicios en favor de Zengi. Pero, a semejanza de Guillermo de Tiro, es un auténtico historiador, que intentó comprender la vasta significación de los acontecimientos que describía. Su segunda obra, la *Historia de los Atabeks de Mosul,* es de menos categoría literaria,

[33] Para las obras de Imad ed-Din, véase Cahen, *La Syrie du Nord,* páginas 50-2. Abu Shama (v. *infra*), pág. 482, repite largos fragmentos de sus obras.

[34] El texto árabe está editado por Schultens y en el *Recueil.* En las notas, *supra,* hago referencia a la traducción inglesa publicada en *P. P. T. S.*, hecha a base de una correlación entre las dos ediciones.

[35] Ed. por Cahen en el *Bulletin del'Institut Oriental à Damas.*

[36] Véase Cahen, *La Syrie du Nord,* págs. 52-4.

un panegírico sin criterio, aunque, no obstante, contiene noticias que no se encuentran en otra parte [37].

Las *Minas de Oro,* de Ibn abi-Tayyi de Alepo, el único gran cronista chiita, nacido en 1180, sólo nos es conocido debido al uso copioso, si bien bastante cohibido, de los cronistas sunníes. Fue, evidentemente, una obra de gran importancia, que abarcaba toda la historia musulmana, con referencia especial a Alepo, y por lo que se desprende de las citas que sobreviven, ha tenido que utilizar, de manera más detallada, la misma fuente que el *Bustan* [38]. Kemal ed-Din de Alepo, que vivió de 1191 a 1262, autor de una enciclopedia biográfica probablemente no terminada, escribió antes de 1243 una *Crónica de Alepo,* obra extensa, escrita con claridad y sencillez, basada en gran parte en al-Azimi, Ibn al-Qalanisi y los coetáneos de Saladino, así como en tradiciones y versiones orales. Kemal no es muy cuidadoso en la correlación de sus fuentes y adolece de prejuicios contra los chiitas [39]. Sibt Ibn al-Djauzi, nacido en Bagdad en 1186, escribió una de las más largas crónicas musulmanas, el *Espejo de los Tiempos,* pero por lo que se refiere al siglo XII sólo reprodujo la información dada por autores precedentes [40]. Abu Shama, nacido en Damasco en 1203, completó una historia de los reinados de Nur ed-Din y Saladino, llamada el *Libro de los dos Jardines* [41]. Consta, en su mayor parte, de transcripciones de Ibn al-Qalanisi, Beha ed-Din, de los *Atabeks* de Ibn al-Athir, Ibn abi Tayyi, al-Fadil y, sobre todo Imad ed-Din, en cuyo estilo introdujo, sin embargo, una poda muy oportuna.

De los historiadores posteriores, Abu'l Feda, príncipe de Hama a principios del siglo XIV, escribió una historia que no es más que un útil resumen de los autores precedentes, pero que gozó de una popularidad enorme y que se cita con frecuencia [42]. Ibn Khaldun, que escribió a fines del siglo XIV, resumió a Ibn al-Athir para las cuestiones sirias, pero utilizó, para la historia egipcia, la crónica perdida de Ibn al-Tuwair, escrita en la época de Saladino [43]. Maqrisi, escribiendo a

[37] Acerca de ediciones, véase *supra,* vol. I, pág. 312, n. 26.

[38] Véase Cahen, *op. cit.,* págs. 55-7.

[39] Véase *supra,* vol. I, pág. 312, n. 27. Los capítulos que abarcan la última parte del siglo XII están traducidos por Blochet y publicados en la *Revue de l'Orient Latin.*

[40] Se encuentran publicados en el *Recueil* algunos fragmentos. Una edición facsímil de un manuscrito bastante diferente está publicada por Jewett (Chicago, 1907).

[41] En Bulaq, 1871 y 1875, se publicó una edición. Mis referencias son a los fragmentos publicados en el *Recueil.*

[42] Ed. en el *Recueil.*

[43] Ed. en Bulaq, 7 vols., 1868.

principios del siglo XV, contiene información sobre Egipto que no se encuentra en ninguna otra parte[44].

El diccionario biográfico de Ibn Khallikan, compilado en el siglo XIII, contiene algunos datos únicos para la información histórica[45].

No existe ninguna fuente que se ocupe directamente de los turcos anatolianos. En efecto, Ibn Bibi, autor del siglo XIII, nos informa de que no pudo hacer arrancar su historia de los seléucidas antes del año 1192, fecha de la muerte de Kilij Arslan II, debido a la falta de material[46]. Tampoco hay fuentes importantes en persa.

4. *Fuentes armenias.*

La fuente principal armenia para las primeras décadas del siglo XII es, lo mismo que para la primera Cruzada, Mateo de Edesa, que murió en 1136[47]. Continuó su obra, con el mismo espíritu nacionalista y antibizantino, Gregorio el Presbítero, de Kaisun, hasta el año 1162[48]. Su coetáneo, San Nerses Shnorhal I, católico desde 1166 hasta 1172, escribió un largo poema sobre la caída de Edesa, carente, en cierto sentido, de interés poético y de interés histórico[49]. Tampoco es mucho mejor el poema de su sucesor, el católico Gregorio IV Dgha, dedicado a la caída de Jerusalén[50]. Desde el punto de vista poético, vale más la elegía escrita por un sacerdote llamado Basilio el Doctor, sobre Balduino de Marash, de quien fue capellán[51]. Los anales de Samuel de Ani, escritos en la Gran Armenia y que llegan al año 1177, son más importantes[52]. Se basan parcialmente en Mateo y en parte en las historias perdidas de Juan el Diácono y de un cierto Sarcavag. La hornada siguiente de historiadores armenios, que escribían en la Gran Armenia a fines del siglo XIII, como Mekhitar de Airavank, Vartan y Kirakos, no son de fiar cuando tratan de asuntos francos, aunque son importantes para el trasfondo musulmán[53]. Los historiadores de la Armenia Menor (Cilicia) comienzan

[44] Hay fragmentos traducidos por Blochet en *Revue de l'Orient Latin.*

[45] Traducido al francés por Slane.

[46] Los comentarios de Ibn Bibi se encuentran al comienzo del vol. III de Houtsma, *Textes Relatifs a l'Histoire des Seldjoukides* (traducción del turco antiguo por Ibn Bibi).

[47] Véase *supra,* vol. I, pág. 313.

[48] Ed. en el *Recueil* (al que hago referencia en las notas a pie de página). Está traducido por Dulaurier al final de su edición de Mateo.

[49] Ed. en el *Recueil.*

[50] Ed. en el *Recueil.*

[51] Ed. en el *Recueil.*

[52] Ed. en el *Recueil.*

[53] Fragmentos en el *Recueil.*

con un escritor anónimo que, hacía 1230, tradujo la *Crónica,* de Miguel el Sirio, adaptándola libremente para adecuarla a su apasionado patriotismo [54]. Hacia 1275, el condestable Semat, traductor de los *Assises* de Antioquía, escribió una crónica basada, para la historia del siglo XII, en Mateo y en Gregorio, aunque agrega alguna información sacada de los archivos del Estado [55]. Pocos años después, el llamado «historiador real» escribió una crónica que no ha sido aún publicada [56]. A principios del siglo XIV, el canciller Vahram de Edesa escribió una *Crónica Rimada,* basada en gran parte en Mateo, pero con mucha información, cuya fuente es desconocida [57].

5. *Fuentes sirias*

De las fuentes sirias, la más importante es la *Historia Universal,* de Miguel el Sirio [58]. Fue un historiador consciente y cuidadoso, que únicamente pecaba de su fuerte prejuicio contra los bizantinos. Cita las fuentes sirias —hoy todas perdidas— de que se sirvió, y conocía también una fuente árabe, no identificable, para los años 1107 y 1119, la cual parece haber conocido también Ibn al-Athir.

Una crónica siria anónima, escrita por un modesto sacerdote de Edesa, hacia 1240, contiene valiosa información sobre Edesa, aparte de los datos sacados evidentemente de Miguel [59]. Hacia fines del siglo XIII, Gregorio Abu'l-Faraj, más conocido como Bar-Hebraeus, escribió una historia universal que, para el siglo XII, se basa principalmente en Miguel y en Ibn al-Athir, aunque tiene cierta riqueza de información derivada de fuentes persas y otras [60].

6. *Otras fuentes*

La única fuente hebrea de importancia para este período es el *Viaje de Benjamín de Tudela,* que ofrece una versión minuciosa de las colonias judías en Siria en la época de su viaje transmediterráneo en 1166 a 1170 [61].

[54] Ed. en el *Recueil.*
[55] Ed. en el *Recueil.*
[56] El manuscrito se encuentra en Venecia en la Biblioteca Mekhitarist.
[57] Ed. en el *Recueil.*
[58] Ed. y traducido al francés por Chabot.
[59] La parte primitiva de esta crónica ha sido publicada en una traducción inglesa de Tritton (*Journal of the Royal Asiatic Society;* v. *supra,* vol. I, página 327). El texto completo en sirio está publicado por Chabot en el *Corpus Scriptorum Orientalium.*
[60] Ed. y traducido al inglés por Wallis Budge.
[61] Ed. por Adler.

Las fuentes georgianas, sólo de valor para la historia de Georgia y los países vecinos, fueron reunidas en la recompuesta *Crónica Georgiana,* editada en el siglo XVIII [62].

En el antiguo eslavónico hay la *Peregrinación,* de Daniel el Higumeno, que visitó Palestina en 1104 [63].

Ciertas sagas escandinavas, sobre todo las que tratan de la Cruzada del rey Sigurd, contienen fragmentos de información histórica en medio de detalles legendarios [64].

[62] Ed. por Brosset.

[63] Traducido al francés por Mme. de Khitrowo. No he conseguido ver el texto eslavo. La misma señora ha traducido del eslavo el breve *Pilgrimage of the Abbess Euphrosyne.*

[64] Están resumidos en Riant, *Les Expéditions des Scandinaves.*

Apéndice 2

LA BATALLA DE HATTIN

La batalla de Hattin está descrita con alguna extensión en fuentes latinas y árabes, pero sus versiones no se hallan siempre de acuerdo. He intentado dar, en las páginas 435-440, un relato coherente y probable de la batalla, pero es necesario registrar las divergencias. Desgraciadamente, los únicos autores que aparecen como testigos presenciales de la batalla, aparte del templario Terencio (o Terricus), que escribió una breve carta sobre ella, y algunos musulmanes, cuyas cartas se citan en Abu Shama, son Ernoul, quien, en calidad de escudero de Balian de Ibelin, probablemente acompañó a su señor y escapó con él, e Imad ed-Din, que se hallaba en la comitiva de Saladino. Pero la versión original de Ernoul ha sido interpolada por Bernardo el Tesorero y los otros continuadores de Guillermo de Tiro, y el relato de Imad ed-Din, aunque resulta en ocasiones vívido, parece más bien retórico que exacto. La versión del momento crítico de la batalla, dada por al-Afdal, el hijo de Saladino, a Ibn al-Athir, es vívida, pero muy breve.

La *Estoire d'Eracles* es la única fuente que pone en claro que el rey Guido celebró dos consejos antes de la batalla, uno en Acre, probablemente el 1.° de julio, y otro en Seforia, en el atardecer del 2 de julio. Raimundo de Trípoli habló en ambas ocasiones, y dos discur-

sos independientes citados en la *Estoire* dan, sin duda, la sustancia de sus verdaderas palabras. Pero la *Estoire* tiene que estar equivocada cuando dice que el Consejo de Acre fue convocado después de que la condesa de Trípoli había anunciado que Saladino conquistó la ciudad de Tiberíades, pues Saladino entró en Tiberíades en la mañana del día 2, y Raimundo no menciona a Tiberíades en su discurso de Acre, sino que sólo aconseja una estrategia defensiva. Ernoul, según la edición de Bernardo el Tesorero, desconoce el primer consejo. Bernardo probablemente decidió por su cuenta que los dos discursos de Raimundo habían sido pronunciados en la misma ocasión. El *De Expugnatione* también menciona sólo el segundo Consejo. El segundo discurso de Raimundo era conocido por Ibn al-Athir, que lo reproduce casi con las mismas palabras que la *Estoire d'Eracles,* Ernoul y el *De Expugunatione.* Por tanto, el consejo de Raimundo es cierto, aunque Imad ed-Din creía que apremió al ataque, y escritores posteriores del séquito de Ricardo Corazón de León, partidarios de Guido de Lusignan, le acusan de traición. Ambrosio y el *Itinerarium Regis Ricardi* sugieren que Raimundo desvió al ejército a causa de un acuerdo con Saladino, y el mismo cargo se halla en la carta de los genoveses al Papa, y más tarde en el sirio Bar-Hebraeus.

Imad ed-Din dice que la condesa de Trípoli tenía con ella a sus hijos en Tiberíades. Pero Ernoul dice que los cuatro hijastros de Raimundo escaparon con él de la batalla, y la carta de los genoveses informa de la ansiedad de aquéllos por rescatar a su madre durante el Consejo antes de la batalla.

El rey Guido decidió salir de Seforia a petición de Gerardo del Temple. Esto se halla claramente consignado en la *Estoire* y en Ernoul, pero se omite por el autor del *De Expugnatione,* quien, por alguna razón, nunca quería culpar a los templarios, a juzgar por sus alusiones y reticencias. Raimundo, como señor del territorio, fue requerido para que aconsejase el camino que debía seguirse y eligió el que pasaba por Hattin. Este consejo, que demostró ser desastroso, fue la excusa para los enemigos de Raimundo, que le denunciaron como traidor. En la carta de los genoveses y en la circular de los hospitalarios acerca de la batalla se nos habla de seis traidores, que eran evidentemente caballeros de Raimundo —uno se llamaba Laodiceo o Leucius de Tiberíades— y que informaron a Saladino de la situación del ejército cristiano. Yo creo que su traición se produjo en esta coyuntura, y que consistiría en decir a Saladino el camino elegido por los cristianos. Es difícil entender qué información útil

podían haber dado después a Saladino. La *Estoire* y Ernoul culpan a Raimundo por haber elegido el terreno del campamento ante Hattin. Creía que había agua en aquel sitio, pero la fuente estaba seca. El autor del *De Expugnatione* da una versión más completa. Dice que Raimundo, en la vanguardia, recomendó avanzar rápidamente hacia el lago, pero los templarios, en la retaguardia, no podían ir más lejos. Raimundo se aterró ante la decisión del rey de acampar y exclamó: «Estamos perdidos»; pero, una vez tomada la decisión, probablemente eligió el lugar del campamento en la creencia errónea de que había agua. Imad ed-Din refiere la alegría de Saladino ante los movimientos del ejército cristiano.

El verdadero lugar del campamento es incierto. El *De Expugnatione*, el *Itinerarium* y Ambrosio lo llaman la aldea de Marescalcia o Marescallia —¿se conserva tal vez el nombre en el Khan de Meskeneh?—, mientras Imad ed-Din y Beha ed-Din lo llaman la aldea de Lubieh, que se halla en la actual carretera, dos millas al sudoeste de los Cuernos de Hattin. Los autores árabes llaman a la batalla la batalla de Hattin (o Hittin), y ponen de manifiesto que las escenas últimas se desarrollaron en los Cuernos de Hattin. Los *Annales de la Terre Sainte* la llaman la batalla de Karneatin (es decir, *Qarnei Hattin*, los Cuernos de Hattin)[1]. Ernoul dice que la batalla se libró a dos leguas de distancia de Tiberíades. Los Cuernos se hallan, efectivamente, a cinco millas de Tiberíades, en línea recta, y a unas nueve por carretera.

Imad ed-Din dice que los arqueros sarracenos empezaron a disparar flechas contra los cristianos en marcha, y complica el relato diciendo que era jueves, pues deseaba situar la batalla en un viernes. Ernoul y la *Estoire* mencionan graves pérdidas sufridas por los cristianos durante la marcha. No se sabe con certeza cuándo fue incendiado el terreno. Ibn al-Athir atribuye el fuego a un accidente provocado por un voluntario musulmán, y aquél, igual que Imad ed-Din, afirma que el fuego estaba en su apogeo al empezar la batalla en la mañana del 4 de julio. Imad ed-Din hace un relato vívido de las oraciones y cánticos en el campamento árabe durante la noche.

En la mañana de la batalla, la infantería franca intentó, según al-Athir, precipitarse hacia el agua. Imad ed-Din dice que, debido a las llamas, los infantes francos no pudieron avanzar hacia el agua. El *De Expugnatione* dice que los soldados de a pie huyeron en se-

[1] *Qarnei* es el dual de *Qarn*, un cuerno.

guida en masa compacta hacia una colina, separándose de los caballeros y negándose a regresar como ordenaba el rey, alegando que se estaban muriendo de sed. Allí fueron muertos todos. Ernoul, por su parte, afirma que se rindieron, aunque cinco de los caballeros de Raimundo se dirigieron a Saladino, pidiéndole que los matase a todos. Puede ser este acto el que se considerase como la traición mencionada por los hospitalarios (véase más arriba), aunque tal y como lo refiere Ernoul podría tratarse muy bien de pedir, por misericordia, una muerte rápida. Beha ed-Din dice simplemente que el ejército cristiano fue dividido en dos partes, una de las cuales, presuntamente la infantería, impedida por el fuego, fue muerta en su totalidad, mientras la otra, compuesta de los caballeros que rodeaban al rey, fue capturada. Todos los autores musulmanes afirman que antes de iniciarse el ataque contra los caballeros francos hubo un combate individual entre un mameluco y un caballero franco, en el que el primero, a quien los cristianos creían equivocadamente el hijo del sultán, resultó muerto.

Según Ernoul, cuando el rey vio la matanza de la infantería pidió a Raimundo que mandase una carga contra los sarracenos. Raimundo, como señor de aquella zona, era la persona adecuada para hacerlo, y esa carga era la única oportunidad que tenía el ejército para salvarse. Parece, no obstante, que no hay base para la acusación de traición que arrojaron sobre Raimundo autores cristianos posteriores, los genoveses y los amigos del rey, ni para la acusación de cobardía que le imputan los musulmanes. Pero la inteligente maniobra de Taki, abriendo sus filas para que Raimundo pasase entre ellas, parece apoyar la acusación primera, si bien Imad ed-Din dice que los hombres de Raimundo sufrieron graves pérdidas. Ernoul dice que Raimundo no huyó del campo de batalla hasta que vio que la posición del rey se hallaba sin esperanza alguna y que no había ninguna posibilidad de socorrerle. El *De Expugnatione* dice que Balian y Reinaldo de Sidón huyeron con Raimundo, sin dar detalles; lo mismo afirma Imad ed-Din. Pero Ernoul supone que escaparon por separado, lo cual es más probable, pues se encontraban en un ala diferente del ejército. Tuvieron que haberse abierto paso con algunos templarios, cuya huida está recogida por Terencio. El detallado relato de la batalla del *De Expugnatione* se detiene en la huida de Raimundo. Probablemente, el informante del autor era uno de los hombres de Raimundo.

Imad ed-Din dice que, después de la huida de Raimundo, el rey

y sus caballeros iniciaron la retirada hacia la cima de Hattin, dejando sus caballos (que, al parecer, habían sido heridos y se hallaban inservibles). Subraya que los caballeros cristianos eran impotentes sin sus caballos. Ibn al-Athir dice que intentaron levantar sus tiendas en la cima, pero que sólo tuvieron tiempo de preparar la del rey. Los caballeros se hallaban a pie y agotados cuando fueron hechos prisioneros. Ambos dicen que la Cruz fue capturada por Taki. El relato de al-Afdal refiere los últimos momentos del ejército cristiano, mientras Ibn el-Kadesi da el detalle del fuerte viento que se levantó a mediodía, cuando los musulmanes lanzaron su ataque final.

Las incidencias en la tienda de Saladino después de la batalla se refieren casi con las mismas palabras en Ernoul y la *Estoire* y en Imad ed-Din e Ibn al-Athir. No es necesario dudar acerca de la historia del agua ofrecida al rey Guido ni de la muerte de Reinaldo de Châtillon a manos de Saladino.

El volumen del ejército cristiano se halla en la *Historia Regni Hierosolymitani:* 1.000 caballeros del reino, con 1.200 más pagados por el rey Enrique II; 4.000 turcópolos y 32.000 infantes, 7.000 de éstos pagados por Enrique. Estas cifras son evidentemente exageradas. El *Itinerarium* habla de un total de 20.000, número probablemente aún demasiado elevado. La cifra verdadera para los caballeros debe de ser de 1.000, con 200 más equipados por Enrique, o sea, 1.200 en total. La *Estoire d'Eracles* calcula todo el ejército en 9.000 hombres en un manuscrito, y en otro, en 40.000. La carta de los hospitalarios habla de 1.000 caballeros capturados o muertos en la batalla y de 200 que escaparon. Ernoul dice que Raimundo de Antioquía llevó 50 ó 60 caballeros (las lecturas del manuscrito no coinciden). Terencio dice que en la batalla fueron muertos 260 templarios y que apenas ninguno escapó —dice «nos», que puede significar que tal vez sólo él mismo escapó. La carta de los hospitalarios calcula los supervivientes en 200. La infantería no puede haber excedido a la caballería en una proporción tan grande como la de diez a uno, y probablemente sería considerablemente inferior a 10.000. La caballería ligera turcópola puede haber llegado a 4.000, pero parece no haber desempeñado un papel especial en la batalla, y era seguramente más reducida. El ejército de Saladino era tal vez algo mayor, pero no se dan números que sean de fiar. La cifra de 12.000 jinetes y gran número de voluntarios dada por Imad ed-Din es evidentemente exagerada, aunque no tanto como la de 50.000 que da para los cristianos. (Beha ed-Din, sin embargo, va más lejos, dicien-

do que fueron muertos 30.000 cristianos y otros tantos capturados.) Podemos suponer, quizá, que todo el ejército regular de Saladino tuviera unos 12.000 hombres y que se incrementó con voluntarios y contingentes procedentes de aliados hasta alcanzar unos 18.000. Los ejércitos parecen haber sido los mayores puestos en pie de guerra hasta entonces, tanto por lo que hace a los cruzados como por lo que se refiere a sus enemigos, pero 15.000 en el bando cristiano y 18.000 en el musulmán deben considerarse como cifras máximas. Los caballeros cristianos iban mejor armados que cualquier soldado musulmán, pero la caballería ligera musulmana se hallaba probablemente mejor equipada que los turcópolos y la infantería igual de bien o mejor que la cristiana.

NOTAS

Las principales fuentes para la batalla son las siguientes.

Francas.—Ernoul, págs. 155-74; *Estoire d'Eracles,* II, págs. 46-9; *De Expugnatione,* págs. 218-28; *Itinerarium Regis Ricardi,* págs. 12-17; Benedicto de Peterborough, II, págs. 10-14, incorpora la carta de los genoveses al Papa y la carta del templario Terencio; Ambrosio, ed. París, cols. 67-70; Ansberto, *Gesta Fredirici,* contiene una carta de los hospitalarios a Archimbaldo; *Historia Regni Hierosolymitani,* págs. 52-3; *Annales de la Terre Sainte,* pág. 218.

Arabes.—Beha ed-Din, *P. P. T. S.*, págs. 110-16; Ibn al-Athir, págs. 679-88, incluye la descripción de al-Afdal sobre la batalla; Abu Shama, págs. 262-89, contiene todo el relato de Imad ed-Din sobre la batalla y fragmentos de Beha ed-Din y Mohammed ibn el-Kadesi.

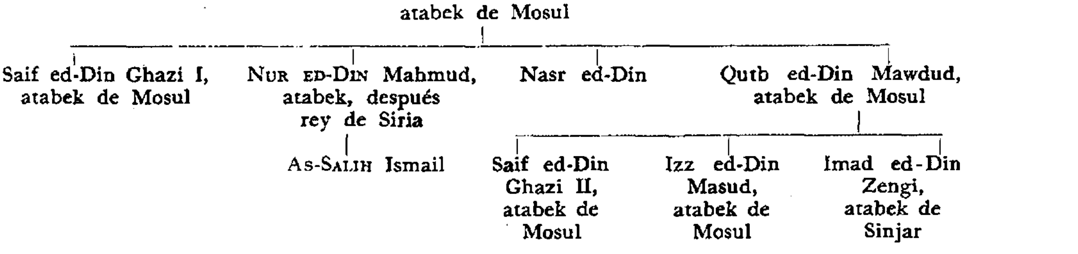
Hay una breve descripción de la batalla en Miguel el Sirio, III, pág. 404, y otra más larga e inexacta en Bar-Hebraeus, trad. de Budge, págs. 322-4, en la que confunde a la reina Sibila con la condesa Eschiva de Trípoli. La versión armenia de Miguel el Sirio (págs. 396-8) y la de Kirakos de Gantzag (páginas 420-1) constituyen relatos inexactos. Las versiones armenia y siria califican a Raimundo de traidor.

Existe un valioso análisis de las fuentes y del papel de Raimundo, en Baldwin, *Raymond III of Tripolis,* págs. 151-60.

5. PRINCIPES ORTOQUIDAS

- Ortoq
  - Soqman de Hisn Kaifa
    - Ibrahim de Hisn Kaifa
    - Dawud
      - Kara Arslan
        - Abu Bakr de Kharpurt
        - Nur ed-Din Mohammed de Hisn Kaifa
          - Soqman II
  - Ilghazi de Mardin
    - Ayaz
    - Suleiman Mayyafaraqin
    - Timurtash de Mardin (señor de Mardin 1122-1152)
      - Alpi de Mardin (señor de Mardin 1152-1176)
        - Qutb ed-Din Ilghazi de Mardin (señor de Mardin, 1176-1184)
  - Bahram
    - Balak (señor de Harran, después de Kharpurt y Alepo)
  - Abd-al-Jabbar
    - Suleiman Said ed-Daulah (señor de Alepo 1121-1122)

6. CASA DE ZENGI



BIBLIOGRAFIA

(*Observación.*—Esta bibliografía es un complemento a la contenida en el volumen I de esta *Historia,* y no incluye obras ya mencionadas en aquélla. Se utilizan las mismas abreviaturas.)

1. Fuentes originales

1. *Colecciones de fuentes*

Borgo, F. Dal: *Diplomata Pisana,* 1765.
Demetracopoulos, A. K.: *Bibliotheca Ecclesiastica.* Leipzig, 1866.
Fornmanna Sögur, 12 vols. Copenhague, 1825-37.
Halphen, L., y Poupardin, R.: *Chroniques des Comtes d'Anjou.* París, 1913.
Liber Jurium Reipublicae Genuensis (ed. Ricotti), 3 vols., en *Monumenta Historiae Patriae.* Turín, 1854-7.
Marchegay, P., y Mabille, E.: *Chronique des Eglises d'Anjou.* París, 1869.
Muratori, L. A.: *Antiquitates Italicae,* 6 vols. Milán, 1738-42.
Recueil des Historiens des Croisades, Lois, 2 vols. París, 1841-3; incluye los *Assises* y *Lignages* de Jerusalén *(R. H. C., Lois).*
Reinaud, M.: *Extraits des Historiens Arabes,* en Michaud, *Bibliothèque des Croisades.*
Tafel, G. L. F., y Thomas, G. M.: *Urkunden zur ältern Handels- und Staatsgeschichte der Republik Venedig,* 3 vols. Viena, 1856-7.

2. *Fuentes latinas y francesas antiguas*

Ambrosio: *L'Estoire de la Guerre Sainte* (ed. Paris). París, 1897.
Annales Barenses, en *M. G. H. Ss.,* vol. V.
Annales Beneventani, en *M. G. H. Ss.,* vol. III.

Annales Herbipolenses, en *M. G. H. Ss.*, vol. XVI.
Annales Palidenses, en *M. G. H. Ss.*, vol. XVI.
Annales Romani, en *M. G. H. Ss.*, vol. V.
Annales S. Rudberti Salisburgensis, en *M. G. H. Ss.*, vol. IX.
Annales de Terre Sainte (ed. Röhricht), en *Archives de l'Orient Latin*, vol. II. París, 1884.
Ansberto: *Gesta Frederici Imperatoris in Expeditione Sacra*, en *M. G. H. Ss.*, 1892.
Arnoldo de Lübeck: *Chronica Slavorum*, en *M. G. H. Ss.*, 1868.
Benedicto de Peterborough: *Gesta Regis Henrici II* (ed. Stubbs), 2 vols., Rolls Series. Londres, 1867.
Bernardo, San, abad de Claraval: *Epistolae*, en *M. P. L.*, vol. CLXXXII.
Burcardo de Monte Sion: *Description of the Holy Land* (trad. ingl. Stewart), en *P. P. T. S.*, vol. XII. Londres, 1896.
Cesáreo de Heisterbach: *Dialogus Miraculorum* (ed. Strange), 2 vols. Colonia, 1851.
Cartulaire de Notre Dame de Chartres (ed. L'Epinois y Merlet), 3 vols. Chartres, 1852-5.
Cartulaire de Sainte Marie Josaphat (ed. Kohler), en *Revue de l'Orient Latin*, vol. VII. Ginebra, 1899.
Cartulaire du Saint Sépulcre (ed. Rozière). París, 1849.
Cartulaire Général de l'Ordre des Hospitaliers (ed. Delaville Le Roulx), 4 volúmenes. París, 1894-1904.
Cartulaire Général de l'Ordre du Temple (ed. D'Albon). París, 1913
Chronicon Mauriniacense, en *R. H. F.*, vol. XII.
Chronicon Sancti Maxentii, en Marchegay y Mabille, *op. cit.*
Chronicon Vindocinense, en Marchegay y Mabille, *op. cit.*
Dandolo: *Chronicon Venetum*, en Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores*, volumen XII.
De Expugnatione Terrae Sanctae per Saladinum Libellus (ed. Stubbs), Rolls Series. Londres, 1875.
Ernoul: *Chronique d'Ernoul et de Bernard le Trésorier* (ed. Mas Latrie). París, 1871.
Estoire d'Eracles, en R. H. C. *Occ.*, vols. I y II.
Eudes. Véase Odón.
Gesta Ambaziencium Dominorum, en Halphen y Poupardin, *op. cit.*
Gesta Consulum Andegavorum, en Halphen y Poupardin, *op. cit.*
Gestes des Chiprois, en *R. H. C. Arm.*, vol. II.
Gualterio el Canciller: *Bella Antiochena*, en R. H. C. *Occ.*, vol. V.
Guillermo el Monje: *Dialogus Apologeticus* (ed. Wilmart), en *Revue Mabillon*. París, 1942.
Guillermo el Monje: *Vita Sugerii*, en Sugerio, *Opera* (véase *infra*).
Guillermo de Nangis: *Gesta Ludovici VII*, en *R. H. F.*, vol. XX.
Guillermo de Tiro: *Die lateinische Fortsetzung (La continuación latina)* (ed. Salloch). Leipzig, 1934.
Historia Ducum Veneticorum, en *M. G. H. Ss.*, vol. XIV.
Historia Regni Hierosolymitani, en *M. G. H. Ss.*, vol. XVIII.
Historia Regum Hierusalem Latinorum, ed. en Kohler, *Mélanges pour servir à l'histoire de l'Orient Latin*, vol. I. París, 1906.
Historia Welforum Weingartensis, en *M. G. H. Ss.*, vol. XXI.
Ibelin: *Le Livre de Jean d'Ibelin*, en R. H. C. *Lois*, vol. I.
Itinerarium Peregrinorum et Gesta Regis Ricardi (ed. Stubbs), Rolls Series. Londres, 1864.

Juan de Salisbury: *Historiae Pontificalis quae Supersunt* (ed. Lane Poole). Oxford, 1927.
Juan de Wurzburg: *Description of the Holy Land* (trad. ingl. de Stewart), en *P. P. T. S.*, vol. V. Londres, 1896.
Landolfo el Joven: *Historia Mediolanensis*, en Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores*, vol. V.
Cartas del rey Amalarico, maestres del Temple, funcionarios del Temple y otros funcionarios de Ultramar, en *R. H. F.*, vols. XV y XVI.
Lignages d'Outremer, en *R. H. C. Lois*, vol. II.
Luis VII, rey de Francia, cartas en *R. H. F.*, vols. XV y XVI.
Miracula Sancti Leonardi, en *Aa. Ss.* (Nov.), vol. III.
Necrologia Panormitana (ed. Winkelmann), en *Forschungen zur deutschen Geschichte*, vol. XVIII. Gotinga, 1878.
Odón (Eudes) de Deuil: *De Profectione Ludovici VII in Orientem* (ed. Waquet). París, 1949.
Osborn: *De Expugnatione Lyxbonensi*, en Stubbs, *Memorials of the Reign of Richard I*, Rolls Series. Londres, 1864.
Otón, obispo de Freisingen: *Chronica* (ed. Hofmeister), en *M. G. H. Ss. in usum scholarum*, 1912.
Otón, obispo de Freisingen: *Gesta Friderici Imperatoris* (ed. Simson), en *M. G. H. Ss., in usum scholarum*, 1912.
Otón de Saint Blaise: *Chronica* (ed. Hofmeister), en *M. G. H. Ss., in usum scholarum*, 1912.
Pascual II, Papa: *Epistolae*, en *M. P. L.*, vol. CLXIII.
Passiones Sancti Thiemonis, en *R. H. C. Occ.*, vol. V.
Pedro Diácono: *Chronica* (ed. Wattenbach), en *M. G. H. Ss.*, vol. VII.
Pilgrimage of Saewulf to Jerusalem (trad. ingl. del obispo de Clifton), en *P. P. T. S.*, vol. IV. Londres, 1896.
Radulfo de Diceto: *Opera Historica* (ed. Stubbs), Rolls Series. Londres, 1876.
Roberto de Torigny: *Chronique* (ed. Delisle), 2 vols. Ruán, 1872-3.
Rodolfo de Coggeshall: *Chronicon Anglicarum* (ed. Stevenson), Rolls Series. Londres, 1875.
Roger de Hoveden: *Chronica* (ed. Stubbs), 4 vols., Rolls Series. Londres, 1868-71.
Romualdo de Salerno: *Chronicon* (ed. Arndt), en *M. G. H. Ss.*, vol. XIX.
Sugerio, abad de Saint-Denis: *Gesta Ludovici cognomine Grossi* e *Historia gloriosi regis Ludovici VII* (ed. Molinier). París, 1887.
Sugerio, abad de Saint-Denis: *Opera* (ed. de la Marche). París, 1867.
Vita Alexandri III, en *Liber Pontificalis*, vol. II.
Vita Sancti Bernardi, en *M. P. L.*, vol. CLXXXV.
Wibaldo, *Wibaldi Epistolae*, en Jaffé, *Bibliotheca Rerum Germanicarum*, vol. I.

3. *Fuentes griegas*

Chrysolan, Pedro, arzobispo de Milán: *De Sancto Spiritu*, en *M. P. G.*, volumen CXXVII.
Cinnamus, Juan: *Epitome Historiarum*, en *C. S. H. B.* Bonn, 1836.
Eustratio, arzobispo de Nicea: *Sobre el Espíritu Santo*, en Demetracopoulos, *Bibliotheca Ecclesiastica*, vol. I.
Focas. Véase Phocas.
Nicetas Choniates (Acominatus): *Historia*, en *C. S. H. B.* Bonn, 1835.
Neófito: *De Calamitatibus Cypri* (ed. Stubbs), Rolls Series. Londres, 1864 (en el prefacio al *Itinerarium Regis Ricardi*).

Phocas, Juan: *A Brief Description* (trad. ingl. de Stewart), en *P. P. T. S.*, volumen V. Londres, 1896.
Prodromus, Teodoro: *Poemata*, selecciones, en *M. P. G.*, vol. CXXXIII, y *R. H. C. G.*, vol. II.

4. *Fuentes árabes* *

Abu Firas: *Palabra Noble*, ed. en Guyard, *Un Grand Maître des Assassins*, en *Journal Asiatique*, 7.ª serie, vol. IX. París, 1877.
Abu'l Mahâsin: *Extractos*, en *R. H. C. Or.*, vol. III.
Abu Shama: *Libro de los Jardines*, extractos en *R. H. C. Or.*, vols. IV y V; edición completa, El Cairo, 1870-1. (Excepto cuando se advierte, las citas son de la edición de *R. H. C.*)
Al-Azimi: *Resumen* (ed. Cahen), en *Journal Asiatique*, vol. CCXXXII. París, 1940.
Beha ed-Din ibn Shedad: *Life of Saladin* (trad. de Conder), en *P. P. T. S.*, volumen XIII. Londres, 1897.
Bustan al-Djami li Djami Tawarikhi z-Zaman (ed. Cahen), en *Bulletin d'Etudes Orientales de l'Institut de Damas*, vols. VII y VIII. Damasco, 1938.
Crónica de Zettersteen (anónima), ed. K. V. Zettersteen. Leyden, 1919.
Ibn Jubayr: *Viaje* (texto árabe, ed. Wright). Leyden, 1852.
Ibn Moyessar: *Extractos*, en *R. H. C. Or.*, vol. III.
Ibn at-Tiqtaqa: *Al-Fakhri (Historia de las dinastías musulmanas)*, trad. Amar. París, 1910.
Imad ed-Din: *Al Fath al Qussi fi'l Fath al Qudsi* (ed. de Landsberg). Leyden, 1888. Extractos citados por Abu Shama, *op. cit.*
Kemal ad-Din: *Crónica de Alepo* (fragmentos posteriores trad. por Blochet), en *Revue de l'Orient Latin*, vols. III y VI. París, 1895-8.
Maqrisi: *Historia de Egipto* (trad. Blochet), en *Revue de l'Orient Latin*, volúmenes VIII-X. París, 1900-2.
Sibt ibn al-Djauzi: *Extractos*, en *R. H. C. Or.*, vol. III.
Usama ibn Munqidh: *Autobiografía* (ed. Hitti). *Un caballero árabe sirio de las Cruzadas*. Nueva York, 1929.

5. *Fuentes armenias, sirias, georgianas y hebreas*

Basilio el Doctor: *Elegía funeral a Balduino de Marash*, en *R. H. C. Arm.*, vol. I.
Gregorio el Presbítero: *Continuación de la Crónica de Mateo de Edesa*, en *R. H. C. Arm.*, vol. I.
Gregorio IV Dgha, Católico: *Elegía a la caída de Jerusalén*, en *R. H. C. Arm.*, volumen I.
Nerses Shnorhal I, Católico: *Elegía a la caída de Edesa*, en *R. H. C. Arm.*, volumen I.
Crónica Anónima Siria (texto completo, ed. Chabot), en *C. S. C. O.*, vol. III (citada como *Chron. Anon. Syr.*). Las citas proceden de la traducción de Tritton (véase *supra*, vol. I, bibliografía), excepto si se indica otra cosa.
Crónica Georgiana, en Brosset, *Histoire de la Géorgie*.

* Las citas de Ibn al-Athir corresponden, cuando no se advierte otra cosa, a su *Sumario de Historia Universal (Kamil at-Tawarikh)*.

Benjamín de Tudela: *Viajes* (ed. Adler). Londres, 1907.
José ben Joshua ben Meir: *Crónica* (trad. de Biellablotzky), 2 vols. Londres, 1835.

6. *Fuentes eslavas y nórdicas*

Daniel el Higumeno: *Vie et Pèlerinage de Daniel, Hégoumène Russe* (trad. de Khitrowo), en *Itinér. Russes en Orient, Société de l'Orient Latin*. Ginebra, 1889.
Pèlerinage en Palestine de l'Abbesse Euphrosyne, Princesse de Polotsk (trad. de Khitrowo), en *Revue de l'Orient Latin*, vol. III. París, 1896.
Agrip of Noregs Konungasögum (ed. Munch), en *Samlinger til det Norske Folks Sprog og Histoire*, vol. II. Oslo, 1834.
Sigurdar Saga Jorsalafara ok brœdra hans in Fornmanna Sögur, vol. VII.

2. Obras modernas

Abel, F. M.: *Géographie de la Palestine*, 2 vols. París, 1933-8.
Allen, W. E. D.: *History of the Georgian People*. Londres, 1932.
Almeida, F. de: *Historia de Portugal*, 4 vols. Coimbra, 1922-6.
Anselme de la Vierge Marie (P. de Guibours): *Histoire Généalogique et Chronologique de la France*, 9 vols. París, 1726-33.
Baldwin, M. W.: *Raymond III of Tripolis and the Fall of Jerusalem*. Princeton, 1936.
Bel, A.: Artículo *Almohads*, en *Encyclopaedia of Islam*.
Bernhardi, W. von: *Konrad III*. Leipzig, 1883.
Brosset, M. F.: *Histoire de la Géorgie*. San Petersburgo, 1849.
Browne, E. G.: *Literary History of Persia*, 4 vols. Londres, 1906-30.
Cahen, C.: *Indigènes et Croisés*, en *Syria*, vol. XV. París, 1934.
Cahen, C.: «Notes sur l'histoire des Croisades et de l'Orient latin», en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, 1951.
Caspar, E.: «Die Kreuzzugsbullen Eugens III», en *Neues Archiv der Gesellschaft*, vol. XLV. Hannover, 1924.
Cate, J. L.: «A Gay Crusader», en *Byzantion*, vol. XVI, 2. Nueva York, 1943.
Codera, F.: *Decadencia y desaparición de los almorávides en España*. Zaragoza, 1899.
Cosack, H.: «Konrad III's Entschluss zum Kreuzzug», en *Mitteilungen des Instituts für österreichische Geschichtsforschung*, vol. XXXV. Viena, 1914.
Guissard, C.: *Les Seigneurs du Puiset*. Orléans, 1881.
Curzon, H. de: *La Règle du Temple*. París, 1886.
D'Albon, G. A. M. J. A.: «La Mort d'Odon de Saint-Amand», en *Revue de l'Orient Latin*, vol. XII. París, 1904.
Delaville le Roulx, G.: *Les Hospitaliers en Terre Sainte et à Chypre*. París, 1904.
Delisle, L.: *Mémoire sur les Opérations Financières des Templiers*. París, 1889.
Dib, P.: Artículo «Maronites», en Vacant et Mangenot, *Dictionnaire de Théologie Catholique*.
Dodu, G.: *Histoire des Institutions Monarchiques dans le Royaume Latin de Jérusalem*. París, 1894.
Dositeo, patriarca de Jerusalén: Ιστορία περὶ τῶν ἐν Ἱεροσολύμοις πατριαρχευσάντων. Bucarest, 1715.

Erdmann, K.: «Der Kreuzzugsgedanke in Portugal», en *Historische Zeitschrift*, volumen CXLI. Munich, 1930.
Gerulli, E.: *Etiopi in Palestina*. Roma, 1943.
Gleber, H.: *Papst Eugen III*. Jena, 1936.
Glandclaude, M.: «Liste d'Assises remontant au premier Royaume de Jérusalem», en *Mélanges Paul Fournier*. París, 1929.
Hagenmeyer, H.: *Chronologie du Royaume de Jérusalem*. París, 1901.
Hammer, J. von: *Histoire de l'Ordre des Assassins* (trad. francesa). París, 1833.
Hertzog, E.: *Die Frauen auf den Fürstentronen der Kreuzfahrerstaaten*. Zurich, 1915.
Johns, C. N.: «'The Crusaders' attempt to colonize Palestine and Syria», en *Journal of the Royal Central Asian Society*, vol. XXI. Londres, 1934.
Joranson, E.: «The Crusade of Henry the Lion», en *Medieval Essays presented to G. W. Thompson*. Chicago, 1938.
Kohler, C.: «Un nouveau récit de l'invention des Patriarches Abraham, Isaac et Jacob à Hébron», en *Revue de l'Orient Latin*, vol. IV. París, 1896.
Kügler, B.: *Studien zur Geschichte des zweiten Kreuzzuges*. Stuttgart, 1866.
La Monte, J. L.: «The Lords of Caesarea in the period of the Crusades», en *Speculum*, vol. XXII. Cambridge, Mass., 1947.
La Monte, J. L.: «The Lord of Le Puisset on the Crusades», en *Speculum*, volumen XVII. Cambridge, Mass., 1942.
La Monte, J. L.: «The Lords of Sidon», en *Byzantion*, vol. XVII. Nueva York, 1944.
La Monte, J. L.: «To what extent was the Byzantine Empire the suzerain of the Crusading States?», en *Byzantion*, vol. VII. Bruselas, 1932.
Lane Poole, S.: *Saladin*. Londres, 1898.
Le Quien, M.: *Oriens Christianus*, 3 vols. París, 1740.
Luchaire, A.: *Louis VI le Gros*. París, 1890.
Marinescu, C.: «Le Prêtre Jean», en *Bulletin de la Section Historique de l'Académie Roumaine*, vol. X. Bucarest, 1923.
Martin, Abate: «Les premiers princes croisés et les Syriens jacobites de Jérusalem», en *Journal Asiatique* (8.ª serie), vols. XII y XIII. París, 1888-9.
Melville, M.: *La Vie des Templiers*. París, 1951.
Musil, A.: Artículo «Aila», en *Encyclopaedia of Islam*.
Nau, F.: «Le croisé lorrain, Godefroy de Ascha», en *Journal Asiatique* (9.ª serie), vol. XIV. París, 1899.
Neumann, C.: *Bernhard von Clairvaux und die Anfänge des zweiten Kreuzzuges*. Heidelberg, 1882.
Ramsay, W. M.: «Preliminary report on exploration in Phrygia and Lycaonia» y «War of Moslem and Christian for the posession of Asia Minor», en *Studies in the History and Art of the Eastern Provinces of the Roman Empire*. Aberdeen, 1906.
Rey, E. G.: «Les Signeurs de Giblet», en *Revue de l'Orient Latin*, vol. III. París, 1895.
Rey, E. G.: «Les Seigneurs de Barut» y «Les Seigneurs de Montréal et la Terre d'Oultrejourdain», en *Revue de l'Orient Latin*, vol. IV. París, 1896.
Rey, E. G.: «Résumé de l'Histoire des princes d'Antioche», en *Revue de l'Orient Latin*, vol. IV. París, 1896.
Richard, J.: *Le Comté de Tripoli sous la dynastie Toulousaine*. París, 1945.
Schlumberger, G.: *Campagnes du roi Amaury de Jérusalem en Egypte*. París, 1906.
Schlumberger, G.: *La Numismatique de l'Orient Latin*. París, 1878.
Schlumberger, G.: *Les Principautés Franques du Levant*. París, 1877.

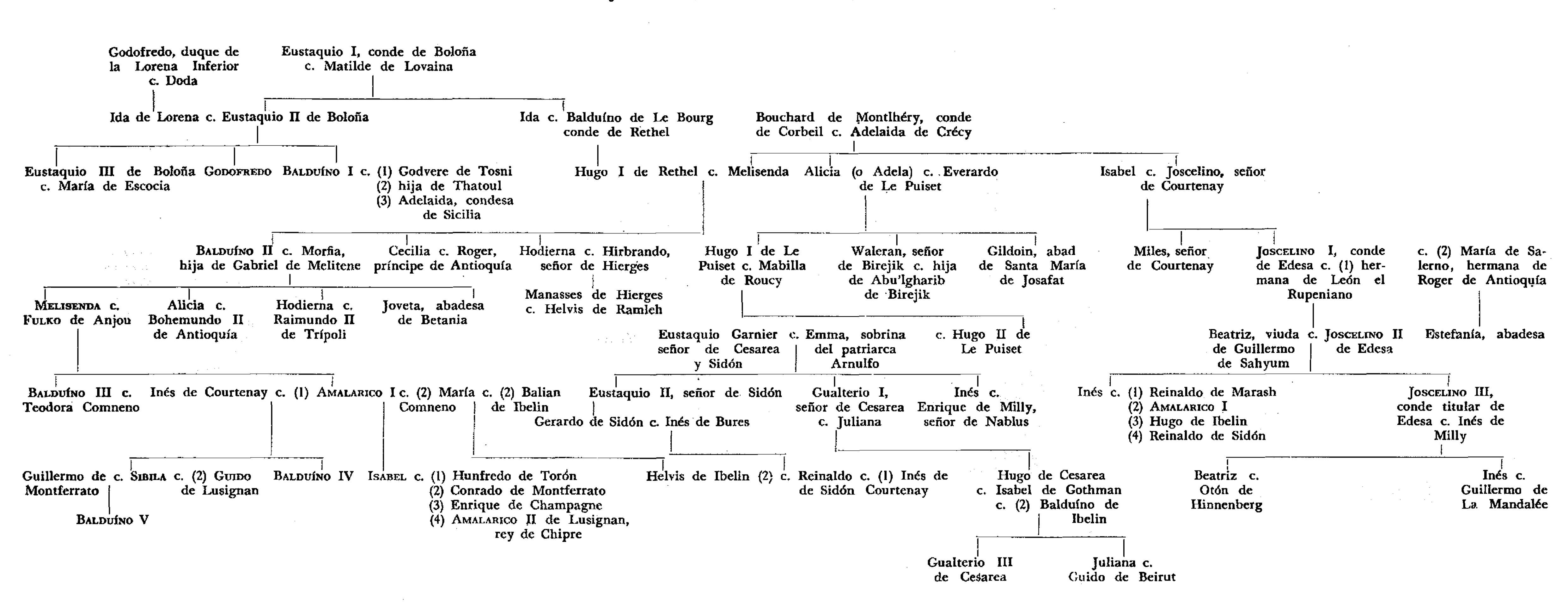
Schlumberger, G.: *Renaud de Châtillon*. París, 1923.
Schwab, M.: «Al-Harizi et ses pérégrinations en Terre Sainte», en *Archives de l'Orient Latin*, vol. I. París, 1881.
Vacandard, E.: *Vie de Saint Bernard, Abbé de Clairvaux*, 2 vols. París, 1895.
Vailhé, S.: «Les Laures de Saint Gérasime et de Calamon», en *Echos d'Orient*, volumen II. París, 1899.
Vogue, C. J. M. de: *Les Eglises de la Terre Sainte*. París, 1860.
Walker, C. H.: «Eleanor of Aquitaine and the disaster at Cadmos Mountain», en *American Historical Review*, vol. LV. Nueva York, 1950.

INDICE ALFABETICO

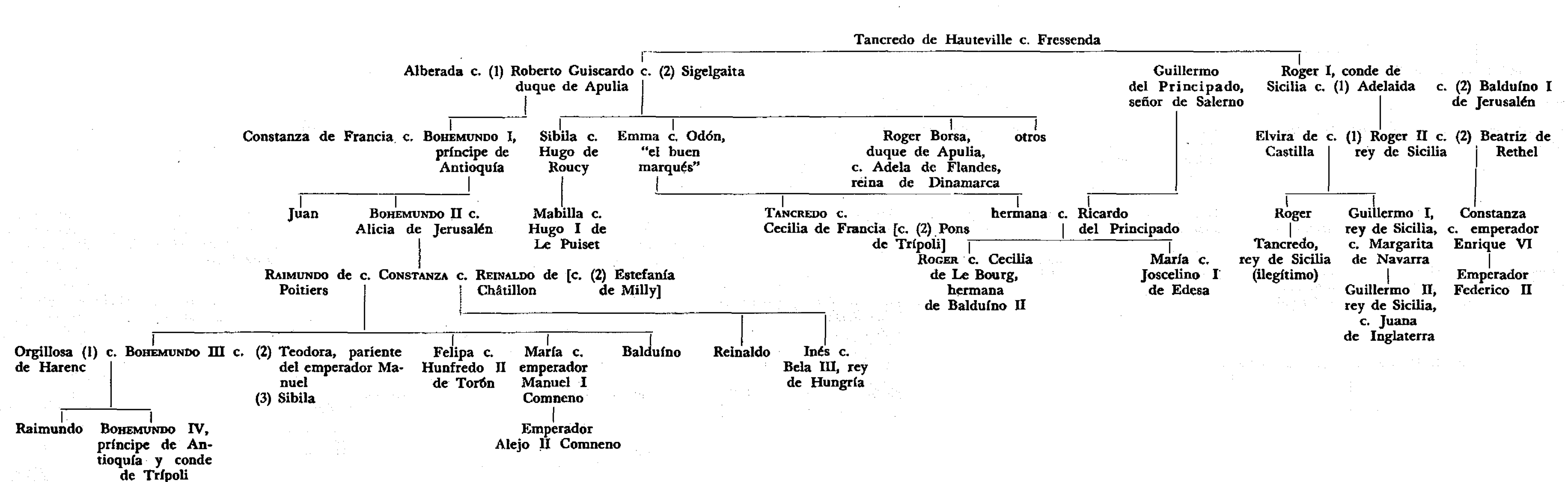
[No se incluyen en este índice nombres de pueblos, tales como árabes, turcos, francos, franceses, italianos, alemanes, etc., ni sus países, ni otros como Siria o Palestina, o estados como Bizancio, el Califato o los cuatro estados cruzados: Jerusalén, Antioquía, Trípoli y Edesa, ni las capitales de los mismos.]

APENDICE III: ARBOLES GENEALOGICOS

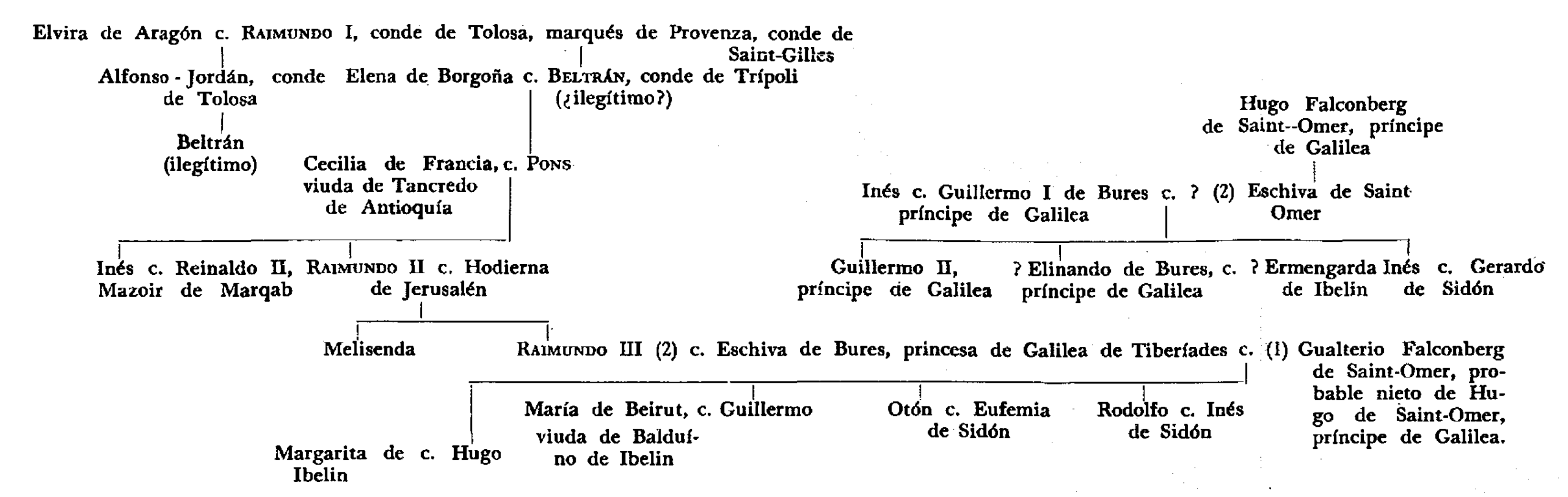
1. CASA REAL DE JERUSALEN; CONDES DE EDESA; SEÑORES DE SIDÓN Y CESAREA



2. PRINCIPES DE ANTIOQUIA Y REYES DE SICILIA



3. CONDES DE TRIPOLI Y PRINCIPES DE GALILEA



Nota.—La genealogía de los príncipes de Galilea es muy incierta. V. Ducange, *Familles d'Outremer*, ed. Rey, págs. 447-455, y Grousset, *Histoire des Croisades*, II, págs. 840-50

4. SEÑORES DE TORON, TRANSJORDANIA, NABLUS Y RAMLEH (CASA DE IBELIN)

Romano del Puy
- Pagano, señor de Transjordania
- x
  - Mauricio, señor de Transjordania

Hunfredo I, señor de Torón

heredera de Banyas c. Hunfredo II de Torón, condestable c. (2) Felipa Antioquía

Guido de Milly c. Estefanía c. Balduíno, señor de Ramleh
señor de Nablus

Isabel c. Felipe de Milly, señor de Nablus

Guido

Inés c. Garnier

Enrique el Búfalo

Manasses de Hierges (2) c. Helvis, heredera de Ramleh c. (1) Balian el Viejo, señor de Ibelin

Hunfredo III c. Estefanía heredera de Transjordania c. (2) Miles de Plancy (3) Reinaldo de Châtillon

Elena c. Gualterio III de Beirut

Helvis c. Adán de Beisán
- Richelda

Inés c. Joscelino III de Edesa

Estefanía c. (1) Guillermo Dorel, señor de Botrun (2) Hugo III Embriaco, señor de Jebail

Hugo de Ramleh c. Inés de Courtenay

Richelda c. Balduíno de Ramleh c. (2) Isabel de Gothman, viuda de Hugo de Cesarea (3) María de Beirut
de Beisan

Balian c. María Comneno, viuda de Amalarico I, señora de Nablus

Ermengarda c. príncipe de Galilea ¿Elinando?

Hunfredo IV c. Isabel de Jerusalén

Isabel c. Roupen III, príncipe de Armenia

Plivano de Génova c. Lucía, heredera de Botrun

Tomás

Eschiva c. Amalarico II (de Lusignan), rey de Chipre y luego de Jerusalén

Estefanía c. Amalarico, vizconde de Nablus

Juan, después señor de Beirut

Felipe

Helvis c. Reinaldo de Sidón

Margarita c. (1) Hugo de Tiberíades (2) Gualterio III de Cesarea

Romántica aventura cristiana o última in[illegible] mo-
vimiento animado por razones religio[illegible] la ambición y la codicia, la HISTORIA DE LAS [illegible]AS constituye, en cualquier caso, un acontecimiento decisivo en la Edad Media. Antes de su inicio —en el siglo XI— los grandes centros de la civilización eran Bizancio y los países del Califato árabe; antes de su conclusión —en el siglo XIV— la hegemonía de la cultura y del poder se había desplazado ya hacia Occidente. Para comprender ese lento pero irresistible movimiento de deriva no basta con estudiar las circunstancias que dan cuenta de su génesis en Europa; es preciso también explicar las condiciones que en Oriente posibilitaron el avance de los cruzados. Al narrar lo que Gibbon llamó «la controversia del mundo», la mirada debe abarcar desde el Atlántico hasta Mongolia, y el espectador ha de situarse en la perspectiva tanto de los francos como de los árabes y los cristianos de Oriente. Los tres volúmenes de la obra —«La primera Cruzada y la fundación del Reino de Jerusalén» (núm. 59), «El Reino de Jerusalén y el Oriente Franco» (núm. 60), «El Reino de Acre y las últimas Cruzadas» (núm. 61)— constituyen la mejor ilustración de las vastas posibilidades de una historiografía que —como defiende programáticamente STEVEN RUNCIMAN— se niega a permanecer encerrada dentro de las fronteras de la erudición alejandrina y la parcialización de las especialidades y considera su principal deber «registrar en una extensa sucesión los hechos y movimientos más importantes que han dominado, con su vaivén, los destinos del hombre».

Alianza Editorial

Cubierta: "Godofredo de Bouillon dando órdenes a sus caballeros".
Biblioteca Nacional de París. Fotografía: Edistudio.